







Amores que dejan

HUELLA

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
E-pack Bianca, n.º 437 - abril 2026

I.S.B.N.: 9791370176563

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Traiciones del pasado
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Epílogo
- Si te ha gustado este libro…

La meta: tu corazón
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Epílogo
- Si te ha gustado este libro…

Sin escándalos
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Si te ha gustado este libro…

Una carrera contra el deseo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Capítulo 15
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Portadilla

BIANCA™

ABBY GREEN

TRAICIONES DEL PASADO

HARLEQUIN™

Prólogo

Roma

Con la espalda apoyada en el coche, los brazos cruzados y expresión despreocupada, Leonardo Falzone no dejaba entrever lo tenso que estaba. Los chóferes de los otros coches en el cementerio lo miraban curiosos, como si intuyeran que algo en él no encajaba. Aunque iba de uniforme como ellos –gorra incluida–, saltaba a la legua que había algo inusual en él.

Y no se equivocaban, porque no era un mero chófer, aunque lo hubieran contratado –bajo un nombre falso, obviamente– para recoger a alguien al término del funeral. El funeral del hombre que lo había traicionado vilmente, aprovechándose de la amistad que habían forjado años atrás en un centro de acogida.

Él había creído que esa amistad entre ellos era inquebrantable… hasta que su «amigo» y socio, Aldo Bianchi, lo había apuñalado por la espalda, no solo en lo profesional, sino también en lo personal. Aunque en lo tocante a lo segundo, no podía culparlo de que Angelica lo hubiera dejado por él.

«Fuiste tú quien la alejaste de ti», le recordó su conciencia. Sí, porque ella había empezado a decir cosas absurdas, como que lo amaba. Él no tenía ningún interés en casarse ni en formar una familia. Así que sí, podría decirse que la había apartado de su lado, pero… ¿qué había hecho ella? Había corrido a meterse en la cama de su mejor amigo.

Aldo había sido su socio, pero el cerebro de la compañía, Falzone Industries, siempre había sido él. Leo había creído que Aldo se contentaba con poder aportar su encanto personal para atraer a nuevos clientes y establecer vínculos con otras empresas. Nunca

habría imaginado que hubiera albergado hacia él tal envidia y resentimiento.

Parecía que ambos habían ido en aumento junto con su drogadicción, pero por desgracia él no se había dado cuenta. Solo había tomado plena conciencia de la magnitud del desastre en la cárcel, donde había pasado los últimos tres años. Allí, donde los minutos pasaban tan despacio, había tenido tiempo para pensar y atar cabos. Aldo lo había acusado de desfalco y uso de información privilegiada.

Había logrado incriminarlo de tal modo, con pruebas falsas, que le había llevado tres años demostrar su inocencia. Y entretanto Aldo se había puesto al timón de la compañía, que había rebautizado con su apellido: Bianchi Industries.

Y no solo eso; también se había casado con Angelica, apenas un mes después de que él hubiera roto con ella. Aquello le había demostrado lo poco que la conocía en realidad y cuáles habían sido sus intenciones desde un principio: llenarse los bolsillos.

Él había quedado en libertad hacía poco, pero sus ansias de venganza se habían visto desbaratadas al descubrir que Aldo había sido encontrado sin vida hacía una semana. Había muerto de una sobredosis, en el callejón trasero de uno de los clubs nocturnos más famosos de Roma.

Quizá la mala conciencia había empeorado la drogadicción de Aldo, llevándolo al límite. La cuestión era que ahora ya no podía vengarse de él. Pero alguien más formaba parte de la ecuación, alguien cuya traición había sido aún más mezquina. Angelica había compartido su cama y le había susurrado mentiras al oído, haciéndole creer que sentía algo por él. ¿Habría estado confabulada ya entonces con Aldo? No podía descartarlo.

Ahora lo que necesitaba era retomar el control total de la compañía y volver a ponerla a su nombre. Y el único obstáculo era la mujer que había heredado las acciones de Aldo: su hipócrita viuda doliente.

Fijó la mirada en ella, de pie junto a la tumba, ahora que el resto de asistentes habían empezado a alejarse y a subirse a los otros coches. Iba de luto, con un vestido negro en apariencia recatado, de

manga larga y falda hasta la rodilla. Sin embargo, el corte entallado resaltaba sus formas femeninas: senos firmes y turgentes, cintura estrecha, caderas redondeadas y piernas interminables. Calzaba zapatos de tacón, y llevaba el cabello castaño recogido en un moño bajo.

Un velo corto ocultaba sus facciones, bellas pero engañosas, una cara de ángel cuyo recuerdo lo había atormentado durante esos tres años en la cárcel: ojos verdes, finas cejas, nariz aristocrática, pómulos elevados, una mandíbula delicada pero definida, unos labios carnosos hechos para ser besa… «¡Basta!», se increpó, atajando esos pensamientos.

No iba a dejar que su atracción por ella le nublara la mente. Iba a recuperar el control de la compañía y a reparar el daño que las mentiras de Aldo habían hecho a su imagen pública. Y para eso no solo necesitaba la otra mitad de las acciones, sino también una esposa. Y no una esposa cualquiera, sino una que comprendiera que no tenía ningún interés en el matrimonio. Una mujer que fuese la esposa perfecta de cara a la galería, pero que no esperara nada de él: ni romanticismo, ni amor, ni hijos.

No quería una familia. Él había sido parte de una familia feliz, pero un matón de la mafia había ametrallado ante sus ojos a sus padres y a sus hermanos cuando él no era más que un chiquillo. Si había sobrevivido había sido únicamente porque su madre lo había escondido tras un armario.

Aquello había hecho arraigar en él un profundo temor a la sola idea de volver a experimentar tanto dolor, de tener algo tan importante y perderlo otra vez. Por eso, ese matrimonio sería únicamente algo temporal. Y en ese momento se juró a sí mismo que la mujer junto a la tumba pagaría por sus pecados… convirtiéndose en Angelica Falzone.

Capítulo 1

Libre… ¡Al fin! Si hubiera podido, Angelica se habría arrancado el velo en ese momento y echado la cabeza hacia atrás, para que los rayos del sol purificasen su alma, haciendo que se evaporase la toxicidad que la había anegado durante esos tres años de purgatorio.

Por fin podría desprenderse de la armadura de cinismo con la que había tenido que protegerse para sobrevivir. Y no solo por aquel matrimonio al que Aldo la había forzado, sino también por el dolor que le había causado su rechazo, el rechazo del primer hombre con el que había estado. Su primer amor. Había creído que él la amaba también, pero cuando le había expresado sus sentimientos había reaccionado de un modo gélido y la había apartado de él.

Había sido una ingenua. Había crecido en Sicilia, al filo de la violencia de la mafia, y siempre se había considerado resiliente, pero al conocer a Leo se había dado cuenta de que era tan vulnerable como cualquier otra mujer.

Por aquel entonces ella había tenido veintiún años y, aunque ahora solo tenía veinticuatro, a veces se sentía mucho mucho mayor. A pesar de haber perdido a manos de la mafia a su padre, envuelto contra su voluntad en actividades delictivas, al conocer a Leo había descubierto que aún conservaba cierta ingenuidad y la esperanza de un futuro mejor. Y aquello no había hecho sino que el rechazo de Leo resultase aún más duro para ella.

Pero todo eso ya había quedado atrás, y ahora al fin volvía a ser libre. Solo tenía que subirse al coche que la estaría esperando y decirle al chófer dónde quería que la llevara. Y entonces por fin

podría arrancarse el velo, aquel velo que ocultaba su ausencia de dolor por la muerte de su «esposo».

Uno de los empleados de la funeraria se acercó a ella.

–Señora Bianchi, acompáñeme, por favor. La conduciré hasta su coche.

Ella murmuró un «gracias» y lo siguió hasta un vehículo negro junto al que aguardaba un chófer uniformado con la cabeza gacha. La visera de la gorra ocultaba sus ojos, pero su estatura hizo que por un instante viera a Leo en él. Durante el primer año de casada le había parecido verlo en todas partes. Lo cual era absurdo, por supuesto, ya que estaba en prisión, encarcelado por la avaricia y los celos de Aldo.

Aunque sabía que Leo no se merecía que le hubiera hecho aquello, ella también había estado presa durante esos tres años, por mucho que la suya hubiese sido una jaula dorada. Los dos habían sufrido. ¿Habría pasado página él? Sin duda le habría enfurecido que se casara con Aldo. Lo habría visto como una traición, aunque hubiera sido él el que la había dejado.

Aldo no había dejado escapar la oportunidad de echar más sal en la herida: no le había bastado con robarle el negocio a su amigo y hacer que lo encarcelaran con falsas acusaciones; también la había coaccionado a ella para que se casase con él. De nada había servido que intentase explicarle que Leonardo no sentía nada por ella, que le daría igual; Aldo no la había escuchado.

Ella se había enterado de la salida de la cárcel de Leo porque había salido en todos los periódicos. Estaba segura de que aquella noticia había sido lo que había llevado a Aldo al límite, volviéndolo aún más volátil. De ahí la sobredosis que lo había matado. Un final triste y patético para un ser humano triste y patético.

–Lléveme al aeropuerto, por favor –le dijo al chófer cuando este le abrió la puerta trasera.

El hombre asintió sin decir nada y cuando ella se subió al coche cerró la puerta. Una mampara opaca separaba el asiento trasero de la parte delantera del vehículo, y agradeció poder disfrutar de algo de privacidad. Poco después oyó cómo se abría y se cerraba la puerta del conductor, y el vehículo se puso en marcha. Suspiró

aliviada y se arrancó el velo. Ni siquiera llevaba una maleta consigo; lo único que necesitaba era su pasaporte. Iba a dejarlo todo atrás.

Se quitó las horquillas que sujetaban el moño para soltarse el cabello. Luego se descalzó y movió un poco los entumecidos dedos de los pies. Dejó caer la cabeza contra el respaldo del asiento y sintió como los músculos de su cuerpo se distendían mientras se alejaban del cementerio.

Estaba agotada. Si pudiera dormiría durante un mes. Por lo menos. Giró la cabeza hacia la ventanilla, y estaba absorta en sus pensamientos cuando vio una señal que indicaba una salida hacia el aeropuerto. Una salida que el chófer se saltó.

Frunció el ceño y se irguió en el asiento. Cuando pasaron de largo junto a otra señal de salida en dirección al aeropuerto la invadió una sensación que la había acompañado constantemente durante los últimos tres años: miedo.

Se inclinó hacia delante y golpeó la mampara con los nudillos. No hubo respuesta. Volvió a golpearla. Silencio. Su miedo empezó a tornarse en pánico. Probó con la manilla de la puerta y descubrió que el cierre centralizado estaba activado. Aunque a la velocidad a la que iban por la autopista tampoco podía tirarse del coche en marcha…

No tenía motivo alguno para temer nada ahora que Aldo estaba muerto. ¿Quién podría querer hacerle daño? Pensó en el breve instante en que el chófer le había recordado a… Sacudió la cabeza. Aquello era ridículo; era imposible que… Y justo en ese momento se oyó un zumbido eléctrico y la mampara descendió unos centímetros.

El chófer se había quitado la gorra y ahora podía verle la cara.

–Leonardo… –musitó.

Los ojos de él se encontraron con los de ella en el retrovisor.

–*Ciao*, Ángel.

Angelica apretó los labios.

–No me llames así.

Él volvió a fijar la vista en la carretera.

–Antes te gustaba que lo hiciera.

Un recuerdo repentino acudió a ella: sus cuerpos desnudos y sudorosos en la cama, entrelazados el uno con el otro, moviéndose

frenéticos en pos del clímax. Y Leo deslizando la mano entre ambos para tocarla mientras le susurraba: «Déjate llevar, Ángel; déjate llevar…».

Apartó esas imágenes de su mente.

–¿Qué haces aquí? –lo increpó–. ¿A dónde me llevas?

El corazón le martilleaba en el pecho, pero no por temor. Sabía que Leonardo jamás le haría daño. No físicamente.

Había pasado los últimos tres años con un hombre a cuyo lado la amenaza de violencia había flotado todo el tiempo en el ambiente, como un gas venenoso. Y, sin embargo, jamás podría haberle hecho daño de verdad porque nunca le había abierto su corazón.

Con Leo, en cambio, sí lo había hecho, y tres años atrás se lo había destrozado. Pero lo había superado, se dijo. Y ya no tenía ese poder sobre ella; ni volvería a tenerlo.

–¿No vas a felicitarme? –le preguntó Leo con sarcasmo–. Me han absuelto de un delito que no había cometido y me han devuelto la libertad.

Angelica sintió una punzada en el vientre.

–Sé que no te merecías lo que te hizo Aldo.

Él volvió a mirarla por el retrovisor.

–Y aun así no hiciste nada para detenerlo, ni para defenderme. Claro que obviamente estabas compinchada con él.

Creía que lo había traicionado, tal y como se había temido. Pero no era verdad; ella no había hecho nada. Y, sin embargo, ¿cómo podría explicárselo? Se negaría a escucharla. Además, tenía que pensar en su madre y en su hermano.

–¿A dónde me llevas? –insistió.

–Pronto lo verás –fue la enigmática respuesta, antes de que la mampara volviera a cerrarse.

Angelica se echó hacia atrás, aturdida. Jamás había esperado volver a verlo. «¿De verdad te crees eso?», replicó su conciencia. «¿Acaso no has soñado varias veces con él? ¿No has fantaseado con que te respondiera que él también te quería cuando le soltaste lo que sentías por él?».

Se mordió el labio, como si con eso pudiera reprimir el recuerdo de la cara de espanto que había puesto Leo cuando le había

confesado sus sentimientos tres años atrás. Había creído que su amor era correspondido, pero parecía que para él aquello solo había sido sexo.

Para ser justa, tenía que reconocer que él jamás le había prometido nada. Nunca le había hablado de amor ni de un futuro con ella. Lo que los había unido había sido una fascinación mutua y el hecho de que habían conectado porque tenían una historia parecida. Los dos se habían criado en Sicilia y habían sufrido la plaga de la violencia, que había destrozado sus vidas.

Leonardo había sido testigo del asesinato de toda su familia, un episodio horrible que le había relatado una noche en la cama. Ella le había contado a su vez que había perdido a su padre también a manos de la mafia, y que a ella la había descubierto una agencia de modelos, lo cual la había ayudado a abandonar Sicilia. Y no solo a ella, sino también a su madre y a su hermano pequeño, aunque eso a Leonardo no se lo había dicho.

Su hermano había estado a punto de meterse en líos con una banda vinculada a la mafia. Por eso, en cuanto hubo ahorrado el dinero suficiente, Angelica alquiló un apartamento lejos de allí para su madre y para él, para que estuvieran a salvo. Tenía miedo de que los hombres que habían asesinado a su padre intentaran matarlos también.

Las personas de la asociación benéfica que la había ayudado a sacarlos del país le habían aconsejado que no le dijera a nadie dónde se habían mudado, y ella se había mantenido vigilante desde entonces.

Al empezar a trabajar se había cuidado de mantener las distancias con sus compañeros de trabajo y había evitado forjar amistades estrechas. Leo era la primera persona con quien se había permitido bajar la guardia.

Había estado a punto de contárselo muchas veces, pero siempre había terminado callándoselo. Su relación había sido un torbellino que apenas había durado unas semanas. Iba a haberle dicho lo de su hermano y su madre el mismo día que le había confesado que lo amaba. Había creído que podía confiar en él. Y cuando la había

rechazado solo la había consolado que al menos no había llegado a revelarle aquel secreto.

Claro que tampoco era que le hubiera servido de mucho. Aldo, no sabía cómo, se había enterado de que tenía una madre y un hermano, que habían huido de Sicilia, y había averiguado su paradero. Luego había utilizado esa información para coaccionarla y obligarla a que se casara con él.

Por aquel entonces, su hermano estaba terminando el instituto. Su madre y él se habían adaptado bien a su nueva vida y estaban contentos. Su hermano había estado charlando con ella de la carrera universitaria que le gustaría estudiar. Ya no hablaba de vengar la muerte de su padre.

Pero Aldo la había amenazado con que le bastaría con hacer una llamada para que los asesinos de su padre acabaran con los «cabos sueltos».

Aldo había crecido en un centro de acogida con Leo. Él también había conocido de cerca el entramado de la mafia, pero, al contrario que Leo, que había cortado lazos con todos a los que había conocido en el pasado, Aldo le había asegurado que aún tenía contactos.

Le había enseñado un vídeo de su hermano yendo al instituto, riéndose y bromeando en la calle con sus amigos. Y otro de su madre en el supermercado, haciendo la compra. El saber que podía vigilar con tanta facilidad sus movimientos en el día a día la había aterrado, y no le había quedado otra elección más que acceder a su chantaje.

Por suerte, todo eso había quedado atrás. ¿Qué podía querer Leo ahora de ella? Vengarse por lo que le había ocurrido parecía lo más evidente. Sobre todo porque tras la muerte de Aldo no tenía a nadie más que a ella a quien echarle la culpa.

Leo tuvo que hacer un esfuerzo para sofocar las emociones encontradas que lo asaltaron. El perfume de Angelica se había quedado flotando en el ambiente, a pesar de que había vuelto a subir la mampara que los separaba. Ese aroma inconfundible a gardenias había evocado de inmediato en él toda una serie de

recuerdos, como el día que la había conocido en un evento en Roma y lo había cautivado su belleza.

Le había evocado también su primer beso, la primera vez que la había visto desnuda y la había acariciado. Se había sentido culpable, como si estuviera corrompiéndola, pensando que para ella era su primera vez. Aquello era algo que lo había torturado en esos tres años de cárcel, el pensar que solo había fingido que era virgen, mientras se reía de él a sus espaldas por que hubiera sido tan ingenuo.

Fuera como fuera, no pensaba volver a tocarla. Solo la necesitaba para que cumpliese con el papel que iba a asignarle. Apretó el volante con fuerza. Sí, iba a cobrarse su venganza con Angelica Malgieri, o Angelica Bianchi, como se llamaba ahora… aunque pronto su nombre sería Angelica Falzone. Las comisuras de sus labios se arquearon en una sonrisa cruel cuando divisó a lo lejos la torre de la iglesia. No pararía hasta que hubiera pagado por su traición.

Angelica miró recelosa por la ventanilla cuando el coche aminoró la velocidad y se detuvo frente a una pequeña iglesia. Cerca de la entrada había un pequeño grupo de hombres vestidos con traje. ¿Dónde estaban? ¿Por qué habían parado allí?

Leo se bajó del vehículo y lo rodeó para abrirle la puerta. Le tendió una mano para ayudarla a bajar, pero ella la ignoró y se tomó su tiempo para ponerse los zapatos antes de salir del coche con tanta dignidad como pudo. Ahora lamentaba haberse quitado el velo y haberse soltado el cabello.

–¿De qué va todo esto?

Él cerró la puerta del coche y se apoyó en ella con los brazos cruzados, como si tuviese todo el tiempo del mundo.

–¿Ni siquiera unas palabras de cortesía? Después de tres años viviendo como una reina a costa de los réditos de mi trabajo, por lo menos podrías mantener conmigo una conversación civilizada.

–¿Qué es lo que quieres? –insistió ella.

Leonardo ladeó la cabeza, como si estuviese sopesando la respuesta.

–Bueno, habría sido una gran satisfacción para mí hacer que Aldo me mirara a los ojos y me explicara por qué me hizo esa jugarreta –comenzó a contestar–. Pero hasta de eso me ha privado ahora que ha muerto.

–Te han absuelto de todos los cargos –apuntó ella.

Bajó la vista y se mordió el labio al darse cuenta de su torpeza. Debía haber sonado como si aquello pudiera compensar todo por lo que había pasado.

–Es lo menos que merecía; he perdido tres años de mi vida.

«Y yo también», replicó ella para sus adentros. Se quedaron un momento en silencio.

–Tengo entendido que has estado muy ocupada –dijo él de pronto.

Angelica parpadeó. Su trabajo era lo único que Aldo no había intentado controlar. Había disfrutado demasiado con la exclusividad que le otorgaba el estar casado con una de las modelos más importantes del mundo. Y aquello probablemente era lo que la había ayudado a sobrevivir a aquel matrimonio forzado.

–Sí, lo he estado –respondió.

Solo en ese año había cruzado el globo más veces de las que podía recordar. Y estaba cansada; cansada de viajar y de tanto trabajar. Lo había usado como un escudo durante esos tres años, pero la verdad es que estaba deseando dejarlo. Quería poder pasar tiempo con su madre y con su hermano. Verlos, abrazarlos, hablar con ellos… Aldo no le había permitido visitarlos siquiera en todo ese tiempo; amenazándola con matarlos si lo intentaba.

Hacía cuatro años que no los veía. Su hermano ya casi había terminado la carrera. Estaba tan orgullosa de él… Y por fin dentro de unas horas podría volver a reunirse con su madre y con él.

Inquieta, le echó un vistazo a su reloj de pulsera y le dijo a Leonardo:

–Ya tendría que estar en el aeropuerto; voy a perder mi vuelo.

Él enarcó una ceja.

–¿A dónde tenías pensado ir?

–No es asunto tuyo.

–En realidad, yo creo que sí.

El corazón de Angelica palpitó nervioso.

–¿Y eso por qué?

Él se irguió y descruzó los brazos.

–Porque tienes una cita muy importante a la que no puedes faltar.

–Déjate de una vez de acertijos y dime de qué va esto.

Algo relumbró en los ojos de él.

–Muy bien, te lo diré –contestó finalmente–: Dentro de esta iglesia está esperando un funcionario del Registro Civil que va a casarnos. Vas a convertirte en mi esposa y actuarás como tal hasta que considere que mi reputación ha quedado rehabilitada y que has pagado por lo que Aldo y tú me hicisteis.

Capítulo 2

Angelica, que se había quedado paralizada al oír sus palabras, lo miró con absoluta incredulidad.

–¿Acaso te has vuelto loco? Acaba de celebrarse el funeral de Aldo.

Él esbozó una sonrisa sarcástica.

–No creo que eso te suponga un inconveniente.

–Es imposible que estés hablando en serio…

–Muy en serio, te lo aseguro. Ibas de camino al aeropuerto, así que imagino que llevarás encima tu pasaporte. No se necesita nada más; eso y una firma en un impreso.

Leo sabía que lo que estaba haciendo era muy poco ortodoxo, y hasta desacertado, pero tenía la necesidad imperiosa de que Angelica pagase por lo que le había hecho. Durante esos tres años lo había torturado una pesadilla recurrente en la que Aldo y ella estaban al otro lado de los barrotes de su celda y se burlaban de él antes de empezar a besarse y a desvestirse el uno al otro. Cada vez se había despertado con el cuerpo rígido, el corazón martilleándole en el pecho y una sensación de náuseas, y se había jurado que se vengaría de ella.

Salvo que, ahora que la tenía ante él y estaba a punto de llevar a cabo su venganza, no le parecía que Angelica tuviese la piel tan gruesa como siempre había pensado. De hecho, casi tenía un aire frágil y cansado. Quizá los últimos tres años habían hecho mella en ambos, aunque ella había disfrutado de una libertad de la que a él lo habían privado.

Angelica dio un paso atrás.

–Esto es una locura. Ya te has divertido bastante –le dijo–. Ya tendría que estar en aeropuerto, así que, si tú no vas a llevarme, buscaré un taxi.

Iba a darse la vuelta para marcharse cuando él la asió por el brazo y la detuvo.

–No irás a ninguna parte hasta que hayas expiado tu culpa.

Angelica se apartó de él. El brazo le quemaba como si la mano de Leo la hubiese marcado al rojo vivo.

–Ojalá nunca nos hubiéramos conocido –masculló.

Leo chasqueó la lengua.

–¿Y perder todos esos recuerdos felices? Pasamos buenos momentos juntos, Ángel. A menos que estuvieras haciendo un papel desde el principio, que te vieras con Aldo a escondidas y estuvieses preparándole el terreno.

A Angelica se le revolvió el estómago al oírle decir eso.

–No fue así –murmuró.

Por más que detestase admitirlo, después de que sus recuerdos hubiesen quedado contaminados por el rechazo de Leo, era verdad que habían pasado muchos buenos momentos. Hasta el punto de que había llegado a creer que él también sentía algo por ella. La ira volvió a avivarse en su interior.

–Pero, fuera como fuera, ¿por qué iba a querer casarme contigo? –le espetó.

–Una vez dijiste que me amabas.

Angelica sintió que le ardían las mejillas, pero antes de que pudiera contestar Leo añadió:

–Dime, ¿ya estabas confabulada con Aldo antes de que rompiéramos?, ¿o te echaste en sus brazos cuando pinchaste en hueso conmigo?

Ella se estremeció por dentro, repugnada ante la mera idea.

–No estábamos confabulados.

–Pero te casaste con él apenas un mes tras nuestra ruptura.

–Fuiste tú quien rompió conmigo –le recordó ella, alzando la barbilla.

–¿Estás tratando de decirme que iba en serio lo de que me querías? –inquirió él en un tono burlón.

Angelica sintió una punzada en el pecho.

–No seas ridículo –masculló, optando por mentir.

–¿Y entonces por qué me dijiste aquello? Podríamos haber seguido como estábamos, pero es obvio que tú querías algo más.

Lo había dicho porque le había salido del alma como una fuerza imparable. Y había aprendido la lección. Su corazón se había endurecido desde aquello.

–No tenemos nada que decirnos, Leo. Todo eso ya pasó. Aldo está muerto y tú has salido de prisión.

–¿De verdad piensas que voy a dejar que te libres así, sin más, que no tendrás que afrontar las consecuencias de lo que hiciste?

–Yo no hice nada.

–Nada salvo calentarle la cama al hombre que hizo que me encarcelaran. Nada salvo conspirar con él contra mí.

–No hubo ninguna conspiración.

–Te casaste con él, y ahora que ha muerto has heredado su parte de la compañía –replicó él–. Mi compañía –recalcó.

Angelica sintió un cierto alivio al comprender qué era lo que Leo quería en realidad.

–Puedes quedártela. No tengo ningún interés en esas acciones.

Sin embargo, sus esperanzas de zanjar aquel asunto quedaron truncadas cuando Leo le dijo:

–No es tan sencillo. Podría ser un proceso largo y legalmente complejo conseguir que se me transfiera lo que has heredado de Aldo, pero si nos casáramos el proceso se simplificaría enormemente.

–Con un matrimonio he tenido bastante. No tengo ninguna intención de volver a casarme.

–Lamento oír eso. ¿Tu matrimonio con Aldo no era tan idílico como parecía? –inquirió con sarcasmo–. Ahora que lo pienso, daba la impresión de que pasabais mucho tiempo lejos el uno de otro. ¿Se te cayó la venda de los ojos cuando te diste cuenta de que era una víbora?

Angelica enarcó una ceja.

–Has estado leyendo revistas de cotilleos en la cárcel, ¿eh?

Entonces fue él quien se sonrojó, pero Angelica estaba demasiado agitada como para disfrutar del efecto de su pulla. A esa hora el vuelo que iba a tomar debía haber salido ya. Tenía que ponerse en contacto con su madre y su hermano.

–Escucha, Leo…

–No, escúchame tú –la cortó él–. No vamos a irnos de aquí hasta que seamos marido y mujer. Quiero recuperar el control de la compañía y necesito una esposa para reparar mi imagen.

–El día que rompiste conmigo me dejaste muy claro que no querías comprometerte. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Él apretó los labios.

–Nada. Será un matrimonio únicamente sobre el papel, para recuperar lo que es mío y dar una imagen de estabilidad y respetabilidad.

A Angelica se le ocurrió que quizá debería enfocar aquello de otro modo. La realidad era que Leo no tenía ningún interés en casarse con ella, como él mismo había reconocido. Quizá, si le seguía la corriente, se daría cuenta de lo absurda que era su idea.

–¿Sabes qué? Tienes razón –comenzó a decir, alzando el rostro hacia él–. Lo que te hizo Aldo fue cruel, y te mereces recuperar tu vida y tu negocio. Yo no quiero interponerme en tu camino, así que, si crees que casándonos podemos enmendar lo ocurrido, hagámoslo.

Él se tensó visiblemente, y Angelica suspiró de alivio para sus adentros. Solo había sido un farol, se dijo. Pero entonces la expresión de Leo cambió y, con un firme «Pues vamos», la asió por el brazo y tiró de ella hacia la iglesia, junto a la que seguía esperando el pequeño grupo de hombres.

A Angelica el corazón le dio un vuelco, y trató de resistirse.

–¡No, espera!

Los hombres ya habían entrado delante de ellos. Leo se detuvo y la miró con una ceja enarcada.

–¿Pensabas que no iba en serio? Yo nunca voy de farol.

Angelica se soltó y dio un paso atrás.

–¿Y qué vas a hacer?, ¿arrastrarme hasta el altar?

–No, no voy a obligarte. Pero te aseguro que casándote conmigo todo será mucho más fácil.

–¿Y si no lo hago me llevarás a los tribunales para conseguir lo que es tuyo?

–Algo así. Aunque quisieras cederme las acciones de Aldo, no sería tan sencillo. Es parte de lo que recibirás en herencia automáticamente por haber sido su esposa, y esa herencia está sujeta a toda una serie de requisitos legales en torno a su tramitación y ejecución. En cambio, si te casas conmigo, podremos establecerlo como patrimonio conjunto.

Angelica frunció el ceño.

–Aun así… ¿Todo ese proceso no lleva bastante tiempo?

–Sí, pero el matrimonio lo aceleraría considerablemente. Y más aún teniendo en cuenta que se ha demostrado que soy inocente y que tengo derecho a recuperar mi compañía. Te casaste con Aldo, has permitido que pasase estos tres años en la cárcel, y ahora tendrás que atenerte a las consecuencias.

Mil pensamientos cruzaban por la mente de Angelica. No tenía elección. No podía contarle a Leo lo del chantaje de Aldo porque tendría que hablarle de su madre y de su hermano y no se fiaba de él. Temía que intentara utilizarlos para controlarla, igual que Aldo. No podía volver a pasar por eso. Ahora estaban a salvo y no iba a poner sus vidas en peligro.

–¿Cuánto tiempo? –le preguntó.

–¿Cuánto tiempo qué?

–Quiero saber hasta cuándo tendremos que permanecer casados –le dijo ella.

Si no había una fecha límite ni siquiera se lo plantearía.

–Seis meses mínimo.

–Un mes.

Leo sacudió la cabeza.

–Es muy poco tiempo.

–Dos meses.

Él frunció los labios.

–Cuatro. El tiempo suficiente para solventar los detalles jurídicos y reposicionarme en el sector.

–Tres meses. Es lo máximo a lo que estoy dispuesta a acceder –regateó ella.

Tres meses serían tolerables. Y luego volvería a ser libre y podría seguir con su vida.

–Bien.

Angelica parpadeó.

–¿Estás de acuerdo?

–Sí, pero nos casamos ahora mismo y serás mía durante los próximos tres meses.

Ella apretó los labios y le dijo:

–Me casaré contigo, pero no soy propiedad tuya ni de nadie. Además, tengo compromisos de trabajo a los que no pienso renunciar.

No iba a contarle lo quemada que estaba por su trabajo, ni que quería dejarlo y hacer algo que le diera más sentido a su vida.

–Mientras estés disponible cuando te necesite, por mí no hay problema –le aseguró Leo–. Y si en algún momento nuestros intereses chocan, ya lo discutiremos.

Oyéndole decir aquello cualquier otra persona diría que parecía un hombre razonable. Solo que la había «secuestrado» y estaba coaccionándola para que se casara con él.

–Ojalá no nos hubiésemos conocido… –repitió.

–Demasiado tarde para lamentarse –contestó él.

–Te aseguro que dentro de poco serás tú quien desearás no haberte casado conmigo –le advirtió ella–. No voy a ponértelo fácil.

Se había blindado mental y emocionalmente frente a Aldo, y haría lo mismo con él. Solo serían tres meses. Estaba segura de que podría hacerlo.

Leo se rio entre dientes y volvió a tomarla del brazo.

–Créeme, después de todo por lo que he pasado, estar casado contigo será un paseo. Es hora de ajustar cuentas, *cara*.

A bordo de su *jet* privado, camino de Nueva York, donde quería reiniciar su vida y retomar el control de su negocio, Leo miraba

pensativo por la ventanilla. Angelica ni le había chistado cuando le había dicho a dónde se dirigían.

¿Por qué no se sentía triunfante?, se preguntó, mirando de reojo a su ahora esposa, que iba sentada frente a él. Aquello era justo lo que se había propuesto: darle una lección a la mujer que lo había traicionado con su socio. Pero en vez de satisfacción se sentía frustrado.

Angelica apenas lo había mirado durante la breve ceremonia. El único momento en que había dejado entrever alguna emoción había sido en el momento de ponerse el uno al otro el anillo. Cuando él había sacado del bolsillo de su chaqueta las sencillas alianzas de oro que había comprado, ella había levantado su mano para mostrarle el anillo de Aldo, que aún llevaba puesto.

–Ya tengo uno –le había dicho–. Usar otro sería malgastar el dinero.

Con la sangre hirviéndole, él había mascullado:

–Quítatelo.

Ella se había quedado mirándolo, con el rostro pálido y las facciones tensas, antes de quitarse finalmente el anillo. Luego él le había puesto el que había comprado, sintiendo una necesidad imperiosa de atarla a él. Le daba igual que pudiese albergar resentimiento hacia él por aquello.

Giró la cabeza y miró a Angelica. Estaba descalza y medio acurrucada en el asiento, con las piernas dobladas debajo de ella. Se había dejado suelto el cabello, que le caía sobre los hombros en sedosas ondas de color castaño. Estaba absorta, tecleando algo en el móvil, y de pronto una idea desagradable cruzó por la mente de Leo.

–¿Estás saliendo con alguien? –le preguntó.

Angelica alzó el rostro, y sus ojos verdes lo dejaron un instante sin aliento, como le había ocurrido la primera vez que la había visto.

–No es asunto tuyo.

Leo apretó la mandíbula.

–No toleraré que me seas infiel mientras estemos casados.

Ella dejó el móvil en el asiento vacío a su lado. Boca abajo, observó él, como si no quisiera que viera la pantalla. Tuvo que

contenerse para no alargar el brazo y tomarlo. Nunca había sentido celos por causa de una mujer… hasta que la había conocido a ella.

Angelica suspiró.

–No estoy saliendo con nadie.

Aun así, Leo no la creyó. Ahora ya sabía qué clase de persona era: una embustera y una traidora.

–¿Y tú? –le preguntó ella.

A Leo le entraron ganas de reírse, pero no lo hizo, sino que sacudió la cabeza y respondió:

–Tampoco.

Una expresión de ligero pánico se dibujó en el rostro de Angelica.

–No vamos a dormir juntos –le advirtió.

Leo sintió que un cosquilleo eléctrico lo recorría, como si su cuerpo estuviera diciéndole que, por más que quisiera negarlo, aún la deseaba. Sin embargo, replicó:

–No te preocupes; no estoy tan desesperado como para conformarme con las sobras de otro. Como te he dicho, esto será solo de cara a la galería.

Las sobras de otro… A Angelica se le revolvieron las tripas al oírle decir eso, pero, aunque habría querido decirle cuatro cosas, se mordió la lengua. No le debía ninguna explicación.

Tanto mejor para ella que ya no la deseara, se dijo. «Pero tú aún lo deseas…», susurró una vocecilla en su mente. Una ola de calor la inundó, y no pudo evitar que sus ojos se posaran en la mandíbula de Leo y que descendieran hacia sus hombros, su tórax, la estrecha cintura, los fuertes muslos…

Se obligó a mirarlo a la cara, pero eso no le sirvió de mucha ayuda. Había acariciado y besado demasiadas veces esas facciones.

–Bien –masculló–. Entonces estamos de acuerdo.

Podría aparentar, igual que había hecho con Aldo. Al fin y al cabo era modelo; su trabajo era dar la imagen que se esperaba de ella. Se plantearía aquello como un trabajo de tres meses. De pronto se le ocurrió una idea descabellada. Leo la había obligado a convertirse en su esposa, pero ella no tenía por qué ponerle las cosas fáciles.

–¿A qué viene esa expresión?

El corazón le dio un vuelco. Había olvidado que era como un libro abierto para él. Durante los tres últimos años con Aldo había logrado esconder sus emociones tras una máscara de impasividad. ¿Por qué con él no podía? Pensó rápidamente en algo para desviar su atención.

–Iba a decir que… si tanto te preocupan las apariencias, ¿no crees que a la gente le extrañará que te hayas casado con la viuda de tu antiguo socio, del hombre que hizo que acabaras en la cárcel?

Leo se encogió de hombros.

–No es lo ideal, pero dadas las circunstancias dudo que hubiera podido encontrar una esposa más a la medida. Además, es de dominio público que durante un tiempo estuvimos juntos, así que la gente simplemente pensará que eres una mujer veleidosa que va detrás de cualquier hombre con dinero. Y pronto saldrá cualquier otra noticia que hará que se olvide el tema.

Leo bajó la vista a la tableta electrónica que tenía en la mano y Angelica se mordió los carrillos, frustrada. Su móvil vibró, y cuando lo tomó y encendió la pantalla vio que había recibido un mensaje de su madre con un emoticono de una carita llorosa. Le partía el corazón haber tenido que decirles que aún no podría reunirse con ellos, pero la sostenía el saber que estaban a salvo, llevando una vida normal y feliz.

–¿Cómo es que no traías equipaje contigo? –le preguntó Leo abruptamente.

Ella lo miró y bajó las piernas al suelo. Haberlas tenido tanto tiempo en aquella postura estaba haciendo que empezase a notarse un hormigueo. Al hacerlo, vio la mirada de Leo posarse brevemente en sus muslos. Quizá no fuera tan inmune a ella como pretendía hacerle creer, pensó, con una satisfacción que sabía que no debería sentir.

–Porque no había nada que quisiese llevar conmigo –le contestó.

Era la verdad. Aldo había hecho que le quitaran todos sus objetos personales y los destruyesen, y no quería nada de lo que él le había comprado.

Una sensación de pánico la invadió de repente al recordar que había algo que sí había conseguido quedarse sin que él se enterara: un collar que Leo le había regalado. En se momento casi le quemaba la piel, y dio gracias para sus adentros por que el cuello alto del vestido lo ocultara y Leo no pudiera verlo.

Se lo había puesto casi sin pensar, tan pronto como supo que Aldo había muerto. Claro que dudaba que Leo recordara aquel día en que, paseando de la mano por una estrecha calle de Venecia, habían pasado por una tienda para turistas que vendía bisutería hecha con cuentas de cristal de Murano. Un colgante con forma de corazón, entre verde y naranja, con una cadenita de plata le había llamado la atención.

Leo se había dado cuenta y la había arrastrado al interior de la tienda y le había dicho al dependiente que se lo llevaban. Aunque ella había protestado, en el fondo la había conmovido aquel detalle.

Leo interrumpió sus pensamientos.

–Cuando lleguemos a Nueva York llamaré a una *personal shopper* para que le digas todo lo que necesitas. Y pediré que venga una estilista para aconsejarte sobre la ropa que necesitarás para los eventos sociales a los que tengas que asistir conmigo.

–Tengo mi propio dinero y no necesito a nadie que me diga qué ponerme –replicó ella.

–Mientras estés casada conmigo, seré yo quien corra con los gastos.

Angelica no podía negar que Leo siempre había sido increíblemente generoso. Todo lo contrario que Aldo, que no podía haber sido más tacaño y avaro. No le gustaba que un hombre pagase por ella, pero Leo le había destrozado el corazón y ahora la había obligado a casarse con él, así que le parecía que se lo debía.

–Como quieras –dijo encogiéndose de hombros.

Tomó la revista que había dejado hacía un rato en el asiento vacío a su lado y se puso a hojearla sin el más mínimo interés. Solo esperaba que llegaran pronto a Nueva York. Porque cuanto antes diese comienzo aquella charada, antes terminaría y podría reunirse con su madre y su hermano.

Capítulo 3

No llegué a preguntarte a dónde ibas después del funeral.

Angelica, que estaba frente al ventanal, de espaldas a Leo, no se volvió. La vista ante ella se extendía desde el centro de Manhattan, donde estaban, hasta el One World Trade Center. El suave sol otoñal arrancaba reflejos al río Hudson.

Al ver que no respondía, Leo añadió:

–Di por hecho que irías al apartamento del Upper East Side.

Era donde ella había pasado la mayor parte de los últimos tres años, y si Aldo le decía que iba a ir a Nueva York, siempre buscaba una excusa para marcharse antes de que él llegara.

–Tengo entendido que Aldo lo redecoró –dijo Leo.

Sí, lo había redecorado, y el resultado no podría haber sido peor.

–Supongo que podría llamársele así.

–Me imagino los cambios que hizo –murmuró Leo en un tono áspero–: Todo ostentoso y recargado… En cuanto vuelva a estar a mi nombre lo pondré a la venta.

Angelica se dio la vuelta y paseó la mirada por el enorme salón del apartamento, moderno y con espacios abiertos.

–¿Cómo puedes permitirte este sitio? –le preguntó con curiosidad–. Creía que Aldo te había dejado sin nada y que todo estaba a su nombre.

–Ahora lo está al tuyo.

–Como ya te he dicho, estoy ansiosa por desligarme de ese patrimonio.

–Lo creeré cuando tenga un papel con tu firma en él. También me dijiste que no me lo ibas a poner fácil.

Sí, pero no en ese sentido.

–Sabes perfectamente que nunca me ha interesado el dinero –le dijo dolida.

Leo enarcó una ceja.

–¿Nunca? ¿Y por eso corriste a meterte en la cama de Aldo?

Angelica tuvo que morderse la lengua. Comprendía que esa fuera la impresión que le había dado, y era una agonía para ella no poder decirle la verdad. No se atrevía; tenía que proteger a su madre y a su hermano. No podía tener la seguridad de que Leo no fuera a intentar utilizarlos para coaccionarla, como había hecho Aldo.

–Mis cuentas y mis activos quedaron congelados cuando entré en prisión –continuó Leo–, lo cual fue una suerte porque Aldo solo tenía acceso a los ingresos de la compañía y a sus activos. Huelga decir que no volveré a tener un socio jamás.

–No todo el mundo es como Aldo –apuntó Angelica.

–Me da igual; prefiero no correr riesgos.

–Lo conocías desde que erais niños. ¿Cómo es posible que no vieras el resentimiento que albergaba hacia ti?

Leo le había hablado de cuando lo habían trasladado de Sicilia a la península, a un centro de acogida dirigido por una organización benéfica que trataba de alejar a los niños de los tentáculos de las bandas de la mafia. Allí se había hecho amigo de Aldo, que había llegado a aquel lugar por estar en una situación parecida.

Leo giró la cabeza hacia el ventanal.

–Fue el mayor error que he cometido en mi vida: confiar en ese hombre –dijo.

–Pero tú le querías; era como un hermano para ti.

Cuando Leo giró de nuevo la cabeza hacia ella, Angelica vio la desolación en su mirada.

–A mis hermanos los asesinaron delante de mí –respondió–. Aldo no era más que una sanguijuela que esperó el momento adecuado para apuñalarme por la espalda.

Angelica tuvo que volver a morderse la lengua. En una ocasión, estando borracho, Aldo le había contado que en los últimos años había sentido que Leo estaba cada vez más por encima de él y que nunca podría llegar a su nivel. Los celos y el resentimiento lo habían

corrompido hasta llevarlo a orquestar la caída de su amigo, y eso había acabado precipitándolo al abismo.

–Aún no has contestado a mi pregunta –le dijo Leo–: ¿A dónde ibas después del funeral?

En un tono lo más despreocupado posible, Angelica respondió:

–A España.

–¿Por qué a España?

No podía decirle que para reunirse con su familia. Encogió un hombro.

–Me iba a tomar unas vacaciones; había hecho una reserva en un hotel –mintió.

Leo dejó escapar un silbido.

–¿Justo después de enterrar a tu marido? ¿Y sin equipaje? No me lo creo –masculló–. Sea quien sea el hombre con el que estás, quiero que cortes todo contacto con él ahora mismo. Te tendrá de vuelta muy pronto… si es que está dispuesto a esperar.

Que pensara que estaba con alguien era risible después de lo harta que había acabado tras tres años casada con un hombre petulante, inmaduro y vengativo.

–Cree lo que quieras; no voy a malgastar saliva otra vez –le dijo–. Y ahora, si no te importa, me gustaría ir a quitarme esta ropa, darme una ducha y descansar. Ha sido un día muy largo y estoy cansada.

Leo se sintió algo incómodo cuando tuvo que admitir para sus adentros que la fragilidad que había advertido antes en Angelica no parecía una pose. Incluso tenía ojeras.

Todavía no podía creerse que estuviera allí, frente a él, con un anillo en el dedo que la convertía en su esposa… Claro que también llevaba aún ese vestido de luto. De pronto lo urgió la necesidad de borrar por completo cualquier cosa que su mente asociara a Aldo.

–Claro, ponte cómoda.

Los ojos de ella brillaron casi con humor.

–Vaya, gracias. ¡Qué considerado…!

Leo lamentó haber bajado la guardia, aunque solo hubiera sido un momento. No, Angelica no era frágil, se dijo, solo humana.

Entonces recordó que Aldo había muerto de una sobredosis, y se preguntó si ella no habría participado de su estilo de vida, a pesar de que años atrás le había dicho que estaba absolutamente en contra de las drogas.

Cuando iba a darse la vuelta para abandonar el salón, la agarró por el brazo para detenerla. Angelica alzó la vista hacia él y notó cómo se tensaba.

–No sé si la influencia de Aldo habrá hecho que cambies tus hábitos, pero debes saber que no toleraré que tomes drogas.

Ella lo miró repugnada y se apartó de él.

–Lástima. Si hubiera sabido que serviría para disuadirte del matrimonio, habría mencionado antes que soy cocainómana –le dijo con una sonrisa burlona. Luego se puso muy seria y añadió–: Jamás he tomado drogas, ni tengo intención de hacerlo.

Se giró sobre los talones y abandonó el salón con un aire regio, absolutamente deslumbrante.

Leo se volvió hacia el ventanal y se tiró del nudo de la corbata, mientras se cuestionaba una vez más si no habría perdido la cordura. Cada vez que la miraba, que lo envolvía el olor de su perfume, que hablaba con ella… Le costaba recordar que debía mantener la mente fría.

Aunque estaba agotada, Angelica no lograba relajarse. Había encontrado lo que parecía una *suite* para invitados, decorada en elegantes tonos apagados. Se había dado una larga ducha y ahora estaba envuelta en un albornoz. Había salido a la pequeña terraza de su dormitorio y estaba apoyada en la barandilla viendo cómo la luz del atardecer teñía la silueta de Manhattan con sus rascacielos.

A pesar de todo lo que había ocurrido, y del hecho de que en solo unas horas había enterrado a su «marido» y de que se había visto obligada a casarse con el hombre que le había destrozado el corazón, no podía negar que por fin sentía una cierta paz.

Y aunque sabía que no podía fiarse de Leo, también sabía que no le haría daño alguno. La vida con Aldo, por sus cambios de humor y su carácter volátil, la había mantenido en un estado de constante alerta. Lo que la había ayudado a sobrellevar esos tres años había sido el poder utilizar el trabajo como excusa para mantenerse lejos de él tanto tiempo como le había sido posible.

Con Leo solo tendría que prestarse a aquella pantomima durante tres meses… o menos, si conseguía salirse con la suya. Tenía la esperanza de hacer que Leo empezase a pensar que aquello había sido una mala idea. Tres años de matrimonio con Aldo le habían enseñado a mostrarse sonriente en cada uno de los eventos a los que acudía con él, y a hacer todo lo posible para no destacar. Y ahora sabía que lo que tenía que hacer era justo lo contrario: hacer todo lo posible para llamar la atención.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, a Angelica le llevó un par de minutos recordar dónde estaba: en otro continente, casada con otro hombre. Con el hombre del que se había enamorado años atrás y que la había rechazado. Se incorporó. Se había quedado dormida con el albornoz que se había puesto después de la ducha.

No se oía ni una mosca. Se bajó de la cama, se apretó el cinturón del albornoz y salió del dormitorio. Oyó ruidos que provenían de la cocina y se dirigió hacia allí. Para su sorpresa, se encontró con un hombre mayor vestido con unos pantalones y una camisa negros. Le dedicó una sonrisa y se presentó como «Michael».

–Soy el mayordomo del señor Falzone. Me pidió que le dijera que se ha ido a una reunión, y que a las cuatro llegarán la estilista y su equipo para ayudarla a prepararse.

¿A prepararse para qué? Angelica no preguntó.

–Ah… bien –murmuró.

Estaba claro que esa noche debía haber algún evento al que él tenía que asistir y esperaba que lo acompañase.

–¿Qué le apetece para desayunar? –le preguntó el mayordomo–. Aunque será más bien un *brunch* que un desayuno.

Angelica tragó saliva.

–¿Qué hora es?

–Casi mediodía.

Llevaba horas durmiendo…

–Vaya. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

–El señor Falzone me dijo que la dejara dormir. ¿Le preparo algo?

Angelica, que necesitaba tomar aire fresco y ubicarse un poco, respondió:

–La verdad es que quería salir, pero tengo un pequeño problema: no he traído equipaje conmigo y solo tengo la ropa con la que he viajado.

–No se preocupe por eso; venga conmigo –le dijo Michael.

Aturdida, Angelica lo siguió fuera de la cocina hasta una puerta cerca de su dormitorio. Cuando la abrió, Angelica vio que era un vestidor y que estaba lleno de ropa. Entró, y tras mirar unas cuantas etiquetas vio que todo era de su talla. Había de todo: ropa informal, vestidos de cóctel, ropa deportiva… incluso ropa interior. Se volvió hacia el mayordomo.

–¿De dónde ha salido todo esto?

–El señor Falzone le pidió a la estilista que le consiguiera todo lo que pudiera necesitar y lo han traído esta misma mañana. ¿Necesita algo más?

Angelica esbozó una sonrisa.

–No, gracias. Me ha sido de mucha ayuda.

Cuando el mayordomo la dejó a solas, Angelica se puso ropa interior limpia, unos vaqueros y un top de manga larga. No es que la sorprendiera que Leo hubiera hecho aquello, porque siempre había sido generoso, pero era impresionante la rapidez con que lo había gestionado.

Escogió también una chaqueta de cuero ligera, se colgó el bolso y se marchó.

En la calle hacía fresco, pero no un frío excesivo. Entonces se acordó de unas Navidades que había pasado allí por las intensas nevadas. Se había alegrado de que el mal tiempo le diese una excusa para no viajar y reunirse con Aldo, que entonces estaba en Europa. Él, por supuesto, no se lo había tomado bien, porque tenía

varios eventos sociales importantes a los que quería que lo acompañara, pero tampoco había podido hacer nada al respecto.

Angelica había aprovechado para llamar a su madre y a su hermano y habían estado hablando por videoconferencia durante horas. No les había dicho nada de las amenazas de Aldo. No quería que se preocuparan. Les había hecho creer que le habían aconsejado que no fuese a verlos aún durante una temporada para asegurarse de que seguirían estando a salvo hasta que dejasen de estar bajo el punto de mira de la mafia. Y también había utilizado el trabajo como excusa.

Ahora, por culpa de Leo, seguía sin poder verlos, pero al menos tenía la certeza de que estaban a salvo y, aunque todavía no fuese libre, sí se sentía más libre de lo que se había sentido en los últimos tres años.

Inspiró profundamente y se fue a buscar una cafetería. Aferrarse a su independencia la había ayudado a sobrevivir a su matrimonio con Aldo, y estaba segura de que eso mismo podría ayudarla ahora.

«Solo que en realidad no te molesta la idea de pasar tiempo con él…», apuntó una vocecilla en su mente. Angelica frunció el ceño y apretó el paso. Solo había dejado atrás a un carcelero que había sido reemplazado por otro. Leo ya no significaba nada para ella, se dijo con firmeza.

La estilista y su equipo ya se habían marchado. Angelica no había visto a Leo en todo el día, pero sabía que había regresado al apartamento, y cuando alguien golpeó con los nudillos la puerta del vestidor el corazón le palpitó nervioso.

–¿Sí?

–Nos marchamos dentro de cinco minutos –contestó la voz de Leo desde el pasillo.

Angelica se sintió tentada de hacer algo infantil, como girar la cabeza hacia la puerta cerrada y sacarle la lengua, pero se contuvo y respondió:

–Bien.

Ni siquiera había preguntado por ella en todo el día. Se había casado con ella, la había llevado a la otra punta del mundo, la había dejado sola en aquel apartamento y ahora esperaba que hiciera lo que él quería, como si fuera una marioneta.

No podía decirse que fuera muy distinto de Aldo. Se miró en el espejo. La estilista había optado por un *look* de elegancia clásica: un recogido sencillo, un vestido de tubo negro de escote palabra de honor, zapatos de tacón, complementos discretos, maquillaje natural…

Aldo lo habría aprobado, y estaba segura de que Leo lo aprobaría también. Y precisamente por eso no iba a seguir el guion. Con la eficiencia adquirida tras cambiarse de ropa docenas de veces en un día de trabajo, se quitó el vestido y volvió a colgarlo en su percha antes de escoger un atuendo completamente distinto.

Vestido de esmoquin, Leo se paseaba con impaciencia por el salón. Le había costado concentrarse a lo largo de todo el día porque no había podido dejar de pensar en Angelica. Sabía que había salido a la calle esa mañana y, durante un par de horas, hasta que su mayordomo le había notificado que había vuelto, no las había tenido todas consigo de que no fuera a intentar esfumarse.

Angelica siempre había sido independiente, mucho más sensata y autosuficiente que otras mujeres que había conocido. Era una de las cosas que lo habían atraído de ella.

La verdad era que se había sentido incómodo ante la idea de dejarla sola en el apartamento, y había tenido la intención de llamarla para decirle lo del evento de esa noche, pero la reunión con sus abogados –sobre el proceso legal para volver a poner la compañía a su nombre– había sido ardua e intensa.

En ese momento oyó pasos a su espalda, y cuando se giró vio a Angelica en el umbral. Frunció el ceño. Iba vestida con unos vaqueros, una camiseta negra y zapatos de tacón. Llevaba un elegante recogido, pero se había puesto un collar y una pulsera de bisutería, con unas cuentas grandes de madera en tonos ocres y rojos.

–¿Aún no estás lista?

–Claro que lo estoy. Es que no me apetecía llevar un vestido.

–Es un evento de etiqueta.

–Llevo ropa de firma –replicó ella, señalando su atuendo con un ademán.

Leo comprendió al instante lo que estaba pasando. Creía que se la iba a jugar… Aunque para sus adentros lo negó, lo excitó que estuviera desafiándolo. Cuando avanzó hacia ella, Angelica pareció sobresaltarse y sus mejillas se tiñeron de rubor. Se detuvo justo frente a ella.

–Mira, Ángel, si estás intentando fastidiarme…

Los ojos de ella relampaguearon cuando lo oyó llamarla así.

–No soy tan infantil.

Leo resopló y puso los ojos en blanco.

–De acuerdo, pues vámonos –dijo tomándola del brazo.

El solo contacto con su piel le hizo sentir como si un río de lava corriera por sus venas. Apretó los dientes. Era cautivadora como las sirenas de la leyenda de Ulises y, del mismo modo en que este tuvo que ignorar su canto, él tendría que ignorar el efecto que Angelica tenía en él y controlarse.

Casi habían llegado a la puerta cuando ella se detuvo frente al espejo del recibidor para mirarse.

–Coco Chanel aconsejaba que antes de salir había que deshacerse de algún complemento –dijo.

–En eso te puedo ayudar –se ofreció Leo.

Le quitó la pequeña peineta que sostenía el recogido y el cabello se le desparramó en suaves ondas sobre los hombros. Conteniéndose para no hundir los dedos en su pelo, dejó la peineta en la mesita alta que había bajo el espejo.

–Listo; perfecta. Y ahora vámonos.

Le pareció ver un atisbo de satisfacción y sorpresa en la expresión de Angelica, pero, para cuando salieron y se subieron al coche que esperaba, su rostro volvía a ser de nuevo una máscara inexpresiva.

Los pantalones de *denim* ceñían de un modo provocativo sus largas piernas, y la camiseta apenas disimulaba las curvas de sus perfectos senos.

Curiosamente, no había sido solo su belleza lo que le había llamado la atención el día en que se habían conocido, sino algo en su actitud… sin filtros, auténtica. Tan distinta de la gente que los rodeaba en aquel exclusivo evento en Roma.

Se había chocado con ella cuando alguien lo había empujado por accidente, tratando de abrirse paso entre la gente, y a ella se le había derramado la copa de champán por todo el frontal de su inmaculado vestido color pastel. Él se había preparado para un estallido de ira, como habría cabido esperar de cualquier mujer en esas circunstancias, pero Angelica había alzado la vista y le había sonreído, y su belleza lo había dejado sin palabras.

–Gracias –le había dicho ella, sin perder la sonrisa–; estaba buscando una excusa para poder irme.

Él había intentado balbucear algo coherente, disculparse por haberle tirado encima la bebida, pero ella ya estaba retrocediendo y solo había acertado a preguntarle con voz ronca:

–¿Quién eres?

–Nadie importante –había contestado ella–. Gracias otra vez.

Luego se había dado media vuelta para alejarse entre la gente, y había desaparecido tan deprisa que se había quedado preguntándose si no habría soñado aquel breve intercambio de palabras con la mujer más hermosa que había conocido.

Al día siguiente había visto su rostro en un cartel publicitario en la calle, de una famosa marca de joyas. «Nadie importante», le había dicho… No, solo una de las modelos más destacadas del momento. Después de aquel encuentro había movido cielo y tierra para ponerse en contacto con ella y no había cejado en su empeño hasta que Angelica había accedido a tener una cita con él.

Se había preguntado muchas veces si aquel primer encuentro habría sido tan espontáneo e inocente como había parecido. ¿No se las habría ingeniado Angelica para chocar con él y despertar su interés? Se le antojaba mucho más plausible que hubiera estado jugando con él desde ese primer día, y no que hubiese sido tan ingenua como había creído en un principio. Fuera como fuera, lo importante era que había aprendido la lección y ahora era él quien tenía el control. No dejaría que volviera a jugársela.

El coche se detuvo frente a uno de los edificios más icónicos de Manhattan. Una amplia escalinata subía hasta el pórtico de la entrada, adornado con guirnaldas de hojas y farolillos. Una alfombra roja cubría los escalones, y los invitados al evento estaban entrando ya, todos vestidos de etiqueta.

Leo se bajó del vehículo y lo rodeó para ayudar a salir a Angelica. Cuando llegaron al pie de la escalinata ella iba a soltar su mano, pero Leo la retuvo. Ella lo miró, contrariada, y él se llevó su mano a los labios y le besó la palma. Fue algo inesperado, y tan íntimo que sintió una punzada de deseo en el vientre.

Los fotógrafos de la prensa que estaban a un lado empezaron a llamarlos, y Angelica, que en ese momento estaba en piloto automático, se detuvo para posar para ellos.

–¿De qué diseñador es la ropa que llevas, Angelica? –le preguntó uno.

–¿Es verdad que os habéis casado? –inquirió otro.

Ella ignoró las preguntas y forzó una sonrisa. Subieron la escalinata y cuando llegaron a las puertas Angelica se dio cuenta de que no había soltado la mano de Leo. Nunca le habían molestado las cámaras, pero de pronto se sentía expuesta y cohibida. Sobre todo porque sabía que, con sus vaqueros y su camiseta, por mucho que fuesen de firma, iba a destacar entre el resto de los asistentes.

Intentó ignorar esa sensación incómoda –solo pretendía poner en un aprieto a Leo y que se arrepintiese de haberse casado con ella–, pero cuando entraron en el inmenso salón su atuendo pareció causar el impacto opuesto al que había esperado. Por ejemplo, cuando una pareja se acercó a saludar a Leo, la mujer le dijo a Angelica:

–A tu lado parecemos todos unos estirados, vestidos de catorce botones…

Angelica esbozó una sonrisa a modo de disculpa.

–Bueno, no era esa mi intención.

–No te preocupes –le dijo la mujer–. Si me hubiera atrevido, yo también habría venido informal –añadió, guiñándole un ojo–. Esto de

la etiqueta está tan pasado de moda…

Cuando se alejaban, Leo inclinó la cabeza hacia Angelica y murmuró divertido:

–Parece que la jugada no te ha salido como planeabas…

Angelica le sonrió con afectada dulzura.

–No importa; tengo muchas más ideas para llamar la atención –contestó burlona, tomando una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba. Dio un buen trago y añadió–: Con el alcohol, por ejemplo, no controlo mucho…

Leo le quitó la copa y la dejó en la bandeja de otro camarero.

–Ni se te ocurra –le advirtió–. Vamos a bailar. La boda fue tan apresurada que ni siquiera pudimos festejarla.

Angelica frunció el ceño.

–No por mi culpa, desde luego.

Leo la condujo a la pista de baile, donde varias parejas habían comenzado a moverse al ritmo de la balada que estaba tocando la orquesta. Cuando la atrajo hacia sí, Angelica se tensó. De pronto se encontró apreciando el hecho de que, al menos, durante su matrimonio con Aldo, no había tenido que luchar contra sus hormonas. Muy al contrario; había estado encantada de dejar que se viera con otras mujeres… y hombres.

–Has perdido peso –observó Leo.

Sí, era el resultado de haber vivido con los nervios a flor de piel durante los últimos tres años.

–No es asunto tuyo –le respondió.

–Ahora soy tu marido.

Ella resopló.

–¿Y qué?, ¿eso hace que te preocupes por mi salud? Si estoy demasiado delgada para ti…

–Yo no he dicho eso.

–He estado muy volcada en mi trabajo.

–Y yo que creía que no querrías apartarte ni un momento de tu adorado marido… –murmuró él con sorna.

Angelica apartó la vista.

–Mi matrimonio con Aldo no era exactamente… lo que parecía.

Leo la atrajo un poco más hacia sí y sus senos quedaron aplastados contra el pecho de él. Incapaz de reprimir la atracción que sentía, notó como se le endurecían los pezones mientras el olor de su colonia la embriagaba.

–¿Estás diciendo que cometiste un error al casarte con él? –inquirió Leo.

Angelica se contuvo para no poner los ojos en blanco.

–Lo que estoy diciendo es que las cosas no eran perfectas –mintió.

–Bueno, teniendo en cuenta que no pareces una viuda doliente en absoluto, creo que es lo más sincero que has dicho desde el día del entierro –observó Leo con aspereza–. ¿Por qué te casaste con él? ¿Qué te ofreció Aldo? ¿O quizá debería decir «qué esperabas conseguir de él»?

La melodía terminó en ese momento, y Angelica se detuvo y se apartó de él.

–No tengo por qué responder. Perdiste todo el derecho a saber nada de mí cuando me rechazaste hace tres años y me dijiste que me fuera –le espetó. Y se alejó de él sin volver la vista atrás.

Capítulo 4

Leo siguió a Angelica con la mirada y se fijó en que todo el mundo giraba la cabeza a su paso. Y no era de extrañar; era absolutamente cautivadora. También empezó a advertir, ahora que se había quedado solo, que una cierta sensación de claustrofobia se estaba apoderando de él al verse rodeado de gente. De pronto, sentía náuseas en la boca del estómago.

Había comenzado a pasarle tras salir de prisión. Las muchedumbres lo agobiaban y de inmediato sentía la necesidad de espacio. Era normal después de haber pasado tres años en la cárcel, pero había creído que lo estaba superando porque llevaban un rato allí y no se había sentido mal.

Solo ahora comprendía que era porque tener a Angelica a su lado lo había ayudado a distraerse. Apretó la mandíbula y fue tras ella mientras intentaba controlar la creciente sensación de pánico. Por fin llegó al otro extremo del salón, donde había menos gente, y pudo respirar aliviado. Vio a Angelica junto a la entrada, de espaldas a él.

Pensó en lo frágil y vulnerable que le había parecido mientras bailaban. No, se reiteró, era una impresión errónea. Igual que la idea de que se arrepentía de haberse casado con Aldo. La realidad era que había heredado una fortuna al morir él, una fortuna que le pertenecía a él. Y no esperaba, ni por un segundo, que fuera a renunciar a ella sin más, tal y como le había dicho.

Sin embargo, al día siguiente, en una sala de reuniones del bufete de sus abogados, situado en una de las últimas plantas de un alto edificio de Manhattan, Angelica hizo precisamente eso. Firmó cada

hoja en la que tenía que firmar, sin haber leído siquiera los documentos. Incluso había rechazado la posibilidad de que su representante legal estuviera presente.

Leo la observaba de pie en un rincón, apoyado en el ventanal, mientras la secretaria le iba indicando dónde tenía que firmar. El cabello castaño le caía sobre un hombro, dejando el cuello al descubierto. Llevaba un top de seda, vaqueros y zapatos planos. Un atuendo similar al del evento del día anterior. Las fotos a su llegada al edificio ocupaban las portadas de toda la prensa sensacionalista. Especulaban sobre qué podría significar que Angelica hubiese ido vestida de aquella manera, ignorando el código de etiqueta.

No decían nada sobre lo escandaloso que era que se hubiese vuelto a casar el mismo día en que había enterrado a su marido. No decían nada sobre él, sobre su cruzada legal para recuperar lo que le pertenecía. Aunque tampoco era que fuese algo malo. Por mucho que necesitase reparar su imagen, no le convenía en absoluto que pusiesen el foco en él. No quería que diseccionaran el estado de sus negocios, que especularan acerca de cómo podía haber permitido que Aldo hubiera causado en la compañía tales estragos. Así que quizá incluso le resultara útil que Angelica hubiese acaparado la atención de la prensa, aunque hubiera sido por su controvertida elección de atuendo.

–Ya está todo –le dijo a Leo la secretaria.

Él se irguió y se acercó a la mesa.

–Los únicos documentos que quedan por firmar son los de Roma –intervino el jefe de su equipo legal.

Sí, y eran los más importantes. Aún estaban sin terminar de redactar cuando habían abandonado Italia. Eran unos documentos relacionados con la creación de la compañía. Aldo había intentado reescribir su historia mientras él estaba en la cárcel, convirtiéndose sobre el papel en el cerebro tras Industrias Falzone, y hasta había cambiado el nombre por el suyo.

Tendrían que regresar a Roma para resolver esa última formalidad, y se temía que Angelica no se mostraría tan dócil allí. Tal vez ese fuera su plan: hacerle creer que iba a plegarse a todo antes de atizarle con una larga lista de condiciones.

Pero en ese momento, cuando dejó la pluma sobre la mesa y se levantó, nada en su expresión parecía delatar que estuviera tramando algo. Claro que siempre se le había dado bien hacerse la inocente…

–Espero que puedas prescindir de mí durante el resto de la mañana –le dijo–. Una amiga diseñadora se ha enterado de que estaba en la ciudad y me he comprometido a posar para ella en la sesión de fotos de su nueva colección.

Leo se quedó un poco descolocado al oír eso. No iba a irse de compras ni iba a volver al apartamento para apoltronarse en el sillón y leer alguna novela o ver la tele. Iba a trabajar.

–Claro. Pero esta tarde tenemos un evento; saldremos a las seis.

–Bien. Estaré de vuelta antes de esa hora.

–Avisaré a mi chófer para que te lleve a donde tengas que ir.

–No hace falta; me han mandado un coche. Ya debe estar esperándome.

Leo recordó lo mucho que había valorado siempre su independencia. Era evidente que su matrimonio con Aldo no la había cambiado en ese sentido, y eso le gustó, a pesar de las contradicciones en torno a ella en las que prefería no pensar.

–De acuerdo, pues nos vemos luego.

Ella asintió y abandonó la sala como si no le importase lo más mínimo haberle cedido sus acciones de la compañía. Sin embargo, la verdadera prueba llegaría cuando tuviese que firmar los otros documentos en Roma, porque hasta entonces podría seguir dándole muchos problemas. No iba a dar nada por hecho.

Y justamente poco después de que se fuera, recibió un mensaje del bufete de Roma, diciéndole que los documentos estaban listos para la firma. Llamó a su secretaria para que despejara su agenda para el día siguiente. Cuanto antes atara ese cabo suelto, mejor.

Angelica sintió que volvía a remorderle la conciencia cuando se miró en el espejo. Lo que llevaba puesto hacía que su atuendo de la noche anterior pareciera refinado y elegante. Pero no iba a dejar que los nervios pudieran con ella. Esa mañana, al firmar esos

documentos, había comenzado el proceso para desligarse por completo del tóxico recuerdo de Aldo. No quería nada de él. Ni un céntimo.

El siguiente paso era firmar el resto de documentos en Roma. Leo le había mando un mensaje para avisarla de que viajarían allí el día siguiente. Tenía la impresión de que no se fiaba de ella, que lo inquietaba que pudiese dar un volantazo en el último momento e imponer todo tipo de exigencias para firmar.

Pero pronto le demostraría que estaba equivocado, y confiaba en que con eso bastara para convencerlo de que la dejase marchar, que pusieran fin a aquella farsa. Quería recuperar su vida, reunirse con su familia.

Sin embargo, por el momento lo único que podía hacer era volver a poner a prueba la paciencia de Leo. Se recogió el pelo en una coleta alta y se calzó unos zapatos rojos de tacón de aguja. Inspiró profundamente y fue al salón, donde Leo ya estaba listo y esperándola, vestido esta vez con un esmoquin con chaqueta blanca y pajarita. Estaba tan guapo que tardo un momento en darse cuenta de que había enrojecido de ira y tenía los ojos desorbitados.

–¿Qué diablos es eso? –le preguntó.

–Un vestido –respondió ella, sin poder evitar contraer el rostro.

Técnicamente lo era, pero tenía que admitir que no podía decirse que se ajustara a esa descripción.

Leo se sentía como si le quemaran los ojos. Una cosa era segura: la imagen de Angelica quedaría para siempre grabada a fuego en su retina. ¿Que aquello era un vestido, había dicho? En otras circunstancias se habría reído, pero en ese momento era incapaz siquiera de pensar con claridad. Sus pensamientos eran como ráfagas entrecortadas de electricidad: rojo… encaje… medio desnuda… Tragó saliva. El «vestido» se sostenía de algún modo, desafiando a la gravedad. La parte superior ceñía los senos de Angelica, aunque no sabía cómo. Parecía como si el encaje hubiera sido pintado sobre aquellas esferas perfectas. Al fijarse en cómo se marcaban los pezones, toda la sangre se le bajó a la entrepierna.

Luego la tela formaba un triángulo que descendía hasta su cintura, y el encaje semitransparente quedaba pegado a sus caderas formando una especie de falda que le llegaba a la mitad del muslo. Las mangas estaban cortadas por debajo del hombro y en el cuello llevaba una gargantilla de terciopelo adornada con una pequeña flor roja.

Sus ojos descendieron por las interminables piernas de Angelica hasta los zapatos, rojos y con tacón de aguja. En conjunto podía decirse que el «vestido» cubría menos que lo que dejaba entrever. Por no hablar de lo que quedaba al descubierto: una piel tersa, de color aceitunado… y que él sabía que era suave como el satén. De pronto, se encontró recordando las veces que habían hecho el amor, su cuerpo blando, cálido…

–No puedes ir con eso –acertó a decir antes de que acabara poniéndose en evidencia.

–Le prometí a mi amiga que lo llevaría esta noche para promocionar su trabajo. Ha ganado el premio a Diseñador Emergente del Año.

–Entonces es evidente que no necesita tu ayuda.

–Pues claro que sí. Ha conseguido el reconocimiento del sector, pero el público aún no la conoce.

Leo tuvo que contenerse para no responderle con sorna que no se estaban perdiendo demasiado. Era evidente que Angelica solo estaba traspasando los límites para provocarlo. No era que lo molestara la idea del revuelo que causaría. Al fin y al cabo, como había comprobado, podía serle incluso útil porque distraía la atención de él. No, se trataba de algo mucho más personal y prosaico: ¿cómo iba a mantener la cabeza fría cuando no podía apartar los ojos de ella?

Angelica se preguntó si no se habría pasado un poco con Leo. Tal vez. Y, sin embargo, nunca habría imaginado que fuera a disfrutar tanto provocándolo. «Claro, como que desde que te ha visto así "vestida" no ha dejado de mirarte…», la picó su conciencia. Angelica frunció el ceño, aunque sabía que no podía negarlo. Le daba igual

escandalizar a la gente. En cambio, estaba encantada con cómo estaba mirándola, como si fuese un volcán a punto de entrar en erupción.

–Te aseguro que, aunque sea atrevido, este vestido es perfectamente aceptable.

–Al menos no has dicho «respetable» –masculló él.

A Angelica se le encendieron las mejillas.

–Bueno, sí, es que a Idrina le gusta desafiar los cánones establecidos.

–¿Desafiar los cánones? ¿Es así como llama a eso? –inquirió Leo, señalando el vestido con un ademán despectivo.

Ella puso los ojos en blanco.

–Hablas igual que un padre chapado a la antigua.

–Créeme, un padre no pensaría en lo que estoy pensando yo ahora mismo. Aunque sí te ordenaría que fueras a tu cuarto a cambiarte y ponerte algo más apropiado.

–Pues no voy a hacerlo. O lo tomas o lo dejas. Yo estaría encantada de quedarme aquí, pedir comida preparada y ponerme a ver una serie de televisión.

Contuvo el aliento. El ambiente parecía cargado de electricidad estática. Leo tenía la mandíbula tan apretada que se le marcaba un músculo en la mejilla.

–Muy bien, vámonos. Ya llegamos tarde, así que tu entrada captará la atención de todos los reporteros.

Angelica apenas había tomado su bolso de mano cuando la asió del brazo y la condujo fuera del apartamento. El chófer los estaba esperando en la puerta, y Leo le metió tanta prisa para que se subiera al coche que a ella apenas le dio tiempo a percatarse de que hacía algo de frío.

Mientras atravesaban las calles de la ciudad, notó cómo Leo la miraba de cuando en cuando.

–¿Qué será lo siguiente?, ¿un tanga y nada más? –inquirió.

Se volvió hacia él y se fijó en que no se había afeitado.

–Tampoco es que tú te preocupes por tu aspecto –respondió, saliéndose por la tangente.

Leo frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir con eso?

Por toda respuesta, Angelica alargó la mano y deslizó un dedo por la áspera línea de su mandíbula. No fue una buena idea, porque de inmediato una ráfaga abrasadora la sacudió, y cuando intentó apartar la mano él la atrapó con la suya.

De repente, fue como si una fuerza magnética la atrajera hacia él. Estaban tan cerca que sus muslos casi se tocaban y no podía despegar los ojos de los labios de Leo. La mirada de él también estaba fija en su boca, y descendió un momento a su escote antes de volver a su rostro. Había fuego en sus ojos. Angelica quería que la besara, que la anclara a algún tipo de realidad, aunque fuera a un infierno. Su vida llevaba patas arriba tanto tiempo…

Tan abstraída estaba, que no se dio cuenta de que el coche se había detenido. Y al parecer tampoco Leo, porque cuando el chófer carraspeó, se puso tenso y soltó su mano tan deprisa que cayó como un peso muerto sobre su regazo.

Leo se bajó del vehículo y lo rodeó para abrirle la puerta. Ella habría querido rechazar la mano que le tendió para ayudarla a bajar, pero con aquel vestido sería imposible que lo hiciera sola con decoro, así que no tuvo más remedio que poner su mano en la de él, y fue como si todas sus terminaciones nerviosas volvieran a revolucionarse.

Al empezar a subir la escalinata del edificio donde se celebraba el evento, los fotógrafos se volvieron locos, como cabía esperar. Estaba claro que Leo no quería que posara, pero cuando ella se detuvo no tuvo más remedio que pararse también.

–No es que la atención mediática no tenga su parte positiva –le dijo irritado–, pero preferiría que no ocuparas las portadas cada dos días.

Angelica no se achantó.

–Es que le prometí a mi amiga que conseguiría la mayor publicidad posible para su vestido.

Leo resopló con sorna.

–¡Qué altruista! Y yo pensando que tu objetivo era escandalizarme, dejando que te fotografíen medio en cueros.

Angelica soltó su mano con una sonrisa forzada y le hizo un ademán para que se apartase y pudiesen fotografiarla sola. A nadie que estuviese observándolos le extrañaría; era algo habitual entre los famosos en la alfombra roja.

Se tomó su tiempo, asegurándose de que la fotografiasen desde todos los ángulos. Cuando por fin se despidió de los fotógrafos y volvió con Leo, este casi echaba humo por las orejas. Entrelazó su brazo con el de él y, mientras continuaban subiendo la escalinata, le dijo con afectada dulzura:

–Si esto es demasiado para ti, hay una solución muy rápida.

–¿Cuál?

–El divorcio.

–No te librarás de mí hasta que vuelva a estar todo a mi nombre.

Angelica agarró la ocasión por los pelos.

–Entonces, ¿te divorciarás de mí cuando haya firmado los papeles que faltan?

Leo se detuvo al llegar a la parte superior de la escalinata y se volvió hacia ella.

–Ni lo sueñes. Ni aunque al próximo evento fueras completamente desnuda y con el cuerpo pintado. Acordamos tres meses para rehabilitar mi imagen, y tendrás que cumplir con ese tiempo.

Angelica se tragó su frustración y volvió a sonreírle con dulzura.

–Pues da la casualidad de que conozco a un artista con mucho talento que hace pintura corporal. He trabajado con él en varias campañas de moda; podría mandarle un mensaje…

–Intenta todo lo que quieras, Ángel, no cambiará nada –le dijo él.

Cuando cruzaron las puertas del inmenso salón se hizo el silencio y todo el mundo se giró para mirarlos. Angelica se sintió incómoda de nuevo. Podía llevar ropa como aquella sin problemas para una sesión fotográfica, pero mostrarse así en público era muy distinto.

Sin embargo, no era momento para lamentarse, se dijo. Leo acababa de confirmarle lo mucho que le irritaba lo que estaba haciendo y que iba en la dirección correcta. Si repetía aquel número un par de veces más, empezaría a suplicarle que se divorciaran en cuanto hubiera renunciado a todo lo que había recibido al morir Aldo.

Cuando empezaron a avanzar, sin embargo, notó que Leo estaba muy tenso. El silencio se había convertido en un murmullo incesante a su alrededor. Leo se detuvo. Estaba apretándole la mano con tal fuerza que casi le hacía daño, y cuando levantó la vista para mirarlo el estómago le dio un vuelco. Estaba pálido y tenía la frente perlada en sudor.

–¿Qué pasa, Leo? –le preguntó.

–Necesito moverme; necesito espacio… –respondió él con voz ronca.

Angelica vio un hueco entre la gente y tiró de Leo en esa dirección hasta que llegaron al lateral del salón, que estaba más despejado. Se volvió hacia él.

–¿Estás bien? –le preguntó preocupada. Nunca lo había visto así.

Lo vio tragar saliva. Aprovechando que un camarero pasaba cerca con una bandeja con vasos de agua, tomó uno y se lo tendió.

–Toma, bebe.

Leo se llevó el vaso a los labios con dedos algo temblorosos y dio un buen trago. Angelica, viendo que no parecía que fuese a beber más, volvió a tomar el vaso de su mano.

–¿Te encuentras mejor? –le preguntó.

–Perdona –murmuró él–. El otro día sentí algo parecido, pero no fue tan angustioso.

–¿Qué es lo que sentiste?

–Claustrofobia. Al verme rodeado de gente… me siento atrapado…

Un escalofrío recorrió la espalda de Angelica.

–¿Empezó a pasarte en la cárcel? –inquirió con suavidad, poniéndole una mano en la espalda.

A Leo por fin estaba volviéndole el color a las mejillas. Asintió lentamente.

Hasta ese momento, Angelica no había pensado siquiera en lo que debía haber pasado en prisión, pero estaba empezando a intuirlo. Leo se irguió.

–Ya estoy bien.

Angelica estaba segura de que no era del todo cierto, pero no quiso llevarle la contraria.

–No tenemos que quedarnos –le dijo–. No es más que un evento social.

Él sacudió la cabeza.

–No, nos quedamos.

La tomó de la mano y la llevó de nuevo hacia el centro del salón. Angelica lo observó maravillada mientras conversaba con las personas que se acercaban a hablar con él. Nadie diría que había estado al borde de un ataque de pánico hacía un momento.

Para ella fue una lección de humildad. Esos tres años casada con Aldo habían sido una pesadilla para ella, pero al menos no la había privado de su libertad ni había coartado sus movimientos. Leo, en cambio, había estado encerrado en una prisión y se estremecía solo de pensar en lo angustioso que había debido ser para él, a juzgar por lo que acababa de ocurrir.

Al poco rato los invitaron a pasar a un enorme comedor con una larga mesa con platos de porcelana fina, copas de cristal tallado y cubiertos de plata. Cuando les sirvieron el entrante, miró a Leo, que parecía ya completamente calmado y había empezado a comer con entusiasmo. Siempre había tenido buen apetito… y no solo con la comida, recordó, sintiéndose enrojecer.

–¿No comes? –le preguntó él al ver que apenas había probado bocado.

–Tengo que tener cuidado de no manchar el vestido –respondió ella–. No me gustaría derramarme encima esta crema de pollo.

Fue un error decir eso, porque dio pie a que Leo bajara la vista a su generoso escote antes de que alzara de nuevo la mirada y murmurara:

–Tampoco sería tan malo…

Al instante, un recuerdo acudió a la mente de Angelica, un recuerdo de Leo depositando pequeñas cucharadas de helado sobre sus pechos. Más concretamente sobre sus pezones. Aún recordaba la chocante sensación del frío, seguida del delicioso calor de la boca de Leo al cerrarse sobre ellos. Las mejillas se le encendieron y lo miró irritada, pero él se limitó a sonreír y luego se puso a hablar con el hombre sentado a su izquierda cuando este le preguntó algo.

Un par de horas después, la cena había terminado y todos volvieron al salón. Angelica estaba empezando a lamentar seriamente haberse puesto aquel vestido. La gente no hacía más que mirarla y cuchichear. En un momento dado había ido al servicio, y había oído a una mujer mayor decirle a otra:

–Estas chicas jóvenes de hoy van enseñándolo todo.

La otra le había contestado con un suspiro:

–Bueno, si yo tuviera un cuerpo así, también lo luciría.

Cada vez se sentía más incómoda. Sobre todo porque muchos se acercaban para mirarla mejor –sin el menor disimulo–, y le preocupaba que Leo pudiera volver a agobiarse otra vez si se veía rodeado de gente.

«Todavía te importa», le susurró su conciencia. Sí, aún le importaba. Pero era normal seguir sintiendo afecto por alguien a quien había querido, se dijo, aunque la hubiera rechazado. Aunque la odiase por lo que creía que había hecho.

Al término del evento corría un aire frío cuando salieron a la calle, y Angelica se estremeció. Leo, que lo vio, se quitó la chaqueta y se la echó sobre los hombros. Su calor y el aroma de su colonia la envolvieron.

–Gracias –musitó.

–No podías ni traerte un abrigo, claro… Y todo por llamar la atención y soliviantarme… –la reprendió él. Pero era un detalle que se mostrase considerado con ella; algo que Aldo jamás había hecho.

–Como últimamente ha hecho tan buen tiempo, pensé que no me haría falta –se defendió ella.

Parecía que el otoño ya estaba empezando a dar paso al invierno.

Cuando el chófer detuvo el coche frente a ellos, Leo le abrió la puerta y Angelica entró en el vehículo y se arrebujó en la chaqueta de Leo. El trayecto de vuelta al apartamento fue tranquilo, pero Angelica no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido. Ver a Leo tan sobrepasado al encontrarse rodeado de gente la había desarmado, había derribado sus barreras, y eso la hacía más vulnerable.

Leo estaba aún un poco agitado por cómo se había apoderado de él aquella sensación de claustrofobia. Siempre había creído que se había endurecido tras haber presenciado el asesinato de su familia y haber crecido en un hogar de acogida, pero tenía que admitir que su paso por prisión lo había afectado de un modo del que hasta entonces no había sido plenamente consciente. La falta de privacidad y de espacio, el sentirse constantemente amenazado, la desesperanza, la ira, la frustración, la impotencia…

Cuando abrió la puerta del apartamento y la sostuvo para que Angelica entrara, lo embriagó su perfume al pasar por su lado. Durante toda la velada se había sentido bajo su embrujo. Y había descubierto que tenerla a su lado lo había ayudado a calmarse, aunque aquel vestido los hubiese convertido en el centro de atención durante toda la velada.

La observó mientras se quitaba un zapato y luego el otro. Aún tenía su chaqueta sobre los hombros. Como era demasiado grande para ella, la hacía parecer algo más joven y también frágil. Le llegaba más abajo que el vestido; debería haber hecho que se la pusiera en el evento. Sus femeninas curvas se adivinaban bajo la prenda, y mientras la miraba sintió que se reavivaban en su interior las brasas del deseo.

Cuando Angelica alzó la vista, sus ojos le parecieron más verdes y brillantes que nunca. Sin embargo, también advirtió que estaba algo ojerosa.

–Gracias –le dijo quitándose la chaqueta de los hombros para tendérsela.

Él dio un paso adelante para tomarla, pero sin darse cuenta posó su mano sobre la de Angelica y saltaron chispas entre ellos. Ninguno hizo ademán de apartar la mano.

Leo sintió que estaba perdiendo el control. Su recuerdo lo había atormentado durante aquellos tres años de cárcel y ahora estaba allí, frente a él, con un vestido que apenas tapaba nada. De hecho, se le antojaría menos peligrosa si estuviera desnuda.

Las piezas de encaje del vestido atraían la mirada a cada curva de su cuerpo de un modo provocativo. Sus pezones se marcaban bajo la fina tela, y se encontró pensando en cuánto le gustaría tomar sus

pechos en las palmas de sus manos y explorarlos con la lengua, y sentir cómo los pezones se endurecían aún más mientras la volvía loca…

–Leo…

Él la miró aturdido.

–Deja de mirarme así –murmuró ella con las mejillas sonrosadas.

Leo se moría por besarla y le costaba hasta pensar, pero hizo un esfuerzo por articular algo coherente y preguntó:

–¿Que no te mire cómo?

Capítulo 5

Como el lobo feroz miraría a Caperucita», pensó Angelica. El corazón le latía tan deprisa que apenas podía respirar. Era como si hubieran quedado paralizados en el tiempo, los dos sujetando la chaqueta, con la mano de Leo aún sobre la de ella.

Un ansia irrefrenable brotó en ella. Los ojos de él se posaron hambrientos en sus labios.

–Leo…

–No sabes hasta qué punto me ha atormentado tu recuerdo estos tres años… –dijo Leo.

Le quitó la chaqueta de la mano para arrojarla sobre una silla y le rodeó la cintura con los brazos para atraerla hacia sí. Ella no se resistió.

–¿En qué sentido?

–Aparecías en mis sueños, en mis pesadillas… –Leo apretó los labios–. Sobre todo en mis pesadillas.

–Lo siento –musitó Angelica.

Ella también había tenido sueños y pesadillas en los que se reencontraba con él.

–Pero el pasado ha quedado atrás, y ahora estamos donde estamos.

Angelica tragó saliva.

–¿Qué quieres decir?

–Que el presente es lo único que importa, avanzar hacia delante. Y solo se me ocurre una forma de avanzar.

Angelica intuyó cuáles eran sus intenciones, y se estremeció por dentro a la vez que el fuego del deseo se extendía por todo su

cuerpo. Sabía que aquello era una muy muy mala idea, pero ¿cómo podría resistirse?

–¿De verdad pensaste que podría verte vestida así y mantenerme frío como un témpano? –le dijo Leo.

–No me vestí así por eso…

Él esbozó una media sonrisa.

–No, lo hiciste para sacarme de mis casillas y hacerme quedar como a un tonto.

–Bueno, sí –admitió ella. Y, antes de que él pudiera decir nada más, añadió–: Pero me sentí fatal cuando te pusiste… ¿Cómo podría haber imaginado que…?

–Tranquila. No podías saberlo –repuso él–. Pero no quiero hablar de eso ahora. De hecho, lo último que quiero hacer ahora mismo es hablar.

Angelica tampoco quería hablar, y cuando se inclinó hacia ella levantó el rostro, ansiosa. Con los labios de ambos a solo unos milímetros, sus dedos se aferraron a la pechera de la camisa de Leo. Hasta le temblaban las piernas.

Por fin sus labios se fundieron, y una intensa emoción la embargó. Era como volver a casa… Leo hizo el beso más profundo y Angelica se dejó llevar, sedienta de él. Tras lo que pareció a la vez un minuto y una eternidad, Leo despegó sus labios de los de ella. A Angelica le costó abrir los ojos, y cuando lo hizo su visión estaba algo borrosa.

Leo le acarició el labio inferior con el pulgar y murmuró:

–Eso está mejor.

Angelica no sabía a qué se refería; solo sabía que quería sentir sus manos en su piel desnuda.

–Leo, por favor… Te necesito… –murmuró, poniéndose de puntillas para apretar sus labios de nuevo contra los de él.

Fue como arrojar una cerilla encendida sobre un montón de paja seca. Mientras volvían a besarse con pasión, los brazos de Leo la estrecharon con fuerza y la levantaron del suelo. Sus senos estaban aplastados contra el pecho de él y podía sentir su miembro erecto contra su pelvis. Se frotó contra él, impaciente, y Leo interrumpió el beso y maldijo entre dientes, haciéndola reír.

Leo la agarró por debajo de las nalgas y la llevó hasta su dormitorio. Era muy amplio, con un ventanal del suelo al techo que ofrecía una espléndida vista nocturna de Manhattan con sus edificios iluminados.

Cuando la dejó en el suelo, junto a la cama, ella alargó las manos para quitarle la pajarita y empezó a desabrocharle la camisa. Él la observó en silencio mientras se la abría y la empujaba por los hombros para que cayera al suelo. Angelica devoró su tórax desnudo con la mirada: la perfecta musculatura, su piel dorada… Levantó una mano para tocarlo, pero sus ojos se posaron en algo que hizo que se le cortara la respiración. Tenía una cicatriz terrible justo debajo de las costillas, una cicatriz que no había estado ahí años atrás. La tocó ligeramente con las yemas de los dedos y alzó la vista para mirarlo a los ojos.

–¿Qué te pasó?

Él puso su mano sobre la de ella y la apartó con suavidad.

–Digamos que fue una lección que recibí, nada más llegar a prisión, de cuál era mi sitio.

A Angelica se le hizo un nudo en el estómago al pensar que había tenido que sufrir esa clase de violencia cuando él no había hecho nada para estar allí. No se atrevía a mirarlo a la cara.

–Lo siento –musitó.

–No fuiste tú quien me clavó la navaja que me dejó esa cicatriz.

Tal vez no, pero él seguía creyendo que había sido cómplice de Aldo, y que por tanto, en cierto modo, sí que era responsable de que hubiera ido a la cárcel. Iba a decirle cuánto sentía que hubiera tenido que pasar por aquello y que ella no había tenido nada que ver, pero Leo le puso un dedo en los labios.

–Olvidémoslo. Eso ahora no importa.

Se llevó las manos a la hebilla del cinturón, la desabrochó, y luego desabrochó también el botón de los pantalones.

–Deja que lo haga yo –le pidió ella.

Le bajó con cuidado la cremallera de la abultada bragueta y los pantalones cayeron al suelo. Leo sacó un pie y luego el otro, y Angelica enganchó los dedos en sus bóxers y se los bajó. Cuando su

miembro erecto quedó libre, las rodillas le flaquearon de nuevo. Era tan impresionante como lo recordaba.

No se dio cuenta de que le temblaba la mano hasta que la alargó para tocarlo, siguiendo con las yemas de los dedos las venas que recorrían su miembro. Leo aspiró entre dientes y le agarró la mano.

–Si sigues haciendo eso no aguantaré mucho –le advirtió con voz ronca.

Angelica dejó caer la mano, alzó la vista para mirarlo y se dio la vuelta.

–El vestido tiene una cremallera en la espalda –le dijo.

Pero en vez de ocuparse de la cremallera, las manos de Leo se pusieron a deshacerle el recogido, hundiendo los dedos en su pelo y masajeándole el cuero cabelludo. Angelica gimió suavemente y él le echó la melena sobre un hombro y encontró la cremallera, hábilmente escondida en la parte trasera del vestido.

A Angelica le habría dado igual que hubiese rasgado la tela, pero Leo se tomó su tiempo y se la bajó lentamente. Ella sacó los brazos y empujó hacia abajo el vestido, que cayó a sus pies. No llevaba sujetador; solo un tanga. Las transparencias del vestido no permitían nada más.

No se había desnudado delante de ningún otro hombre. Ni siquiera delante de Aldo… gracias a Dios. Se estremeció de solo imaginarlo.

–Tienes frío –dijo Leo.

Ella se volvió y sacudió la cabeza. No, no tenía frío, pero estaba nerviosa, y no pudo evitar cruzarse de brazos para taparse los senos. Para su sorpresa, él le apartó los brazos con suavidad y murmuró en un tono casi reverente:

–En estos años de cárcel hubo momentos en que dudé que fueras real y pensé que no eras más que un producto de mi imaginación. Me parecía imposible que nada tan bello pudiera existir.

Angelica alzó la vista.

–Hay un montón de mujeres mucho más atractivas que yo.

–Eso lo dudo –replicó él–. Ven aquí.

La atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos se tocaron. Un cosquilleo de excitación recorrió la piel de Angelica. Leo volvió a besarla y ella

respondió con fervor, rodeándole el cuello con los brazos y apretándose aún más contra él. Las manos de Leo, que estaban deslizándose arriba y abajo por su espalda, se detuvieron para bajarle el tanga. Cuando tomó uno de sus senos y lo apretó, echó la cabeza hacia atrás, jadeante, y le suplicó:

–Te necesito, Leo… Ahora…

Leo la empujó suavemente y ella cayó de espaldas sobre el colchón. Hizo ademán de subirse a la cama él también, pero se detuvo y maldijo entre dientes.

–Tengo que ir a por un preservativo…

Se fue al baño con tanta prisa que a Angelica no le dio tiempo a decirle que no hacía falta. Había tomado la píldora durante el tiempo que habían estado juntos, y luego había seguido tomándola durante su matrimonio con Aldo, porque la había aterrado que intentase forzarla.

Cuando pasaron los minutos y vio que Leo no volvía, frunció el ceño, extrañada, y se incorporó sobre el codo.

–¿Leo?

–¿Leo?

Cuando oyó a Angelica llamarlo, a Leo su cuerpo parecía estar gritándole que se apresurara a volver al dormitorio, pero al ver su reflejo en el espejo del baño se quedó paralizado. Sus ojos brillaban de deseo, tenía la mandíbula apretada, los músculos tensos… En su mente la veía echada en la cama: las largas piernas, las suaves curvas, el cabello oscuro desparramado sobre las sábanas blancas, los pezones endurecidos suplicando que los lamiera, los rizos de su pubis… Se imaginó hundiendo su miembro en ella, el cálido y húmedo abrazo de su sexo, haciéndolo enloquecer…

Y entonces fue como si recibiera una bofetada en la cara, una bofetada que le devolvió el sentido común. Estaba a punto de arrojarse de nuevo al fuego que casi lo había consumido tres años atrás.

Angelica le había dicho que lo amaba, pero había sido una mentira, porque cuando la había rechazado había ido corriendo a

meterse en la cama de su «mejor» amigo. Y juntos lo habían traicionado.

Y sin embargo allí estaba él, a punto de olvidar esos tres años de purgatorio que ambos le habían infligido. Le picaba la cicatriz, y acudió a su mente el recuerdo de aquel día en que varios presos lo habían rodeado, impidiéndole cualquier posible escapatoria, y el dolor lacerante que le había provocado el navajazo de uno de ellos en las costillas. Recordó sus risotadas crueles, la sangre manando de la herida…

Y entonces las caras de aquellos hombres fueron reemplazadas por el rostro de Angelica. Ella también debía estar riéndose de él, de la facilidad con que había olvidado su indignación por lo que le habían hecho Aldo y ella, por la rapidez con que estaba abriéndole sus brazos de nuevo, por lo débil que era. Aquellos pensamientos apagaron las llamas del deseo.

Se irguió, alcanzó una toalla y se la lio a la cintura. Cuando abrió la puerta del baño, Angelica estaba de pie al otro lado. Se había puesto su camisa, pero en vez de abrocharla solo la tenía asida por el frontal con una mano para que no se abriese. Parecía preocupada.

–¿Estás bien?

Leo se esforzó por ignorar el calor que afloró en su entrepierna solo por verla con su camisa, sabiendo que no llevaba nada debajo, con el cabello suelto sobre los hombros y los sensuales labios hinchados por sus besos. ¡*Dio*! Antes de que pudiera cambiar de idea, le dijo:

–Creo que deberías irte a tu habitación. Esto ha sido un error.

Angelica tardó un momento en digerir las palabras de Leo y, cuando por fin comprendió lo que le estaba diciendo, se sintió como si hubiese recibido un golpe en el estómago que la hubiera dejado sin aliento.

¡Qué estúpida había sido! Por supuesto Leo había planeado todo aquello para humillarla de la peor manera posible. Había conseguido desnudarla, tumbarla en su cama, hacer que le suplicara… y ahora

estaba rechazándola de nuevo, echándole un jarro de agua fría a la cara.

Dio un paso atrás, agradeciendo haberse puesto la camisa al bajarse de la cama. Había ido a ver si estaba bien porque estaba preocupada, porque llevaba varios minutos en el baño. ¡Qué estúpida! ¿Es que no había aprendido nada?

–¿Por qué? –se oyó preguntarle, aunque sabía cuál era la respuesta.

Las facciones de Leo estaban tensas.

–Es solo que… no estaba pensando en lo que hacía; esto no es una buena idea.

Una risa amarga escapó de los labios de Angelica.

–Ya lo creo que sabías lo que estabas haciendo. Lo sabías perfectamente. Pero nos estás haciendo un favor a los dos, porque tienes razón: esto no es una buena idea.

Se dio la vuelta antes de que él pudiera leer en su mirada las emociones que estaban ahogándola, pero Leo la llamó.

–Ángel, espera… Yo no pretendía…

Ella no se giró; solo masculló:

–Nunca te comportaste como un canalla, pero puede que hayas cambiado, igual que yo.

Atravesó el dormitorio y salió, cerrando tras de sí.

Leo había dormido mal. Las palabras de Angelica se habían repetido en su mente toda la noche. «Nunca te comportaste como un canalla, pero puede que hayas cambiado»… Le remordía la conciencia. Entendía lo que debía haberle parecido su negativa de la noche anterior, pero estaba equivocada. No se había propuesto seducirla para luego rechazarla. Pero es que había sentido que no podía fiarse de ella, de que no fuera a acostarse con él sin alguna motivación oculta. Sobre todo después de que lo hubiera traicionado tres años atrás.

Y, sin embargo, no le había parecido que tuviese segundas intenciones. Cuando le había dicho que aquello no era buena idea, lo había mirado aturdida, como si le hubiese pegado un puñetazo.

Había palidecido, y él había visto dolor en sus ojos. Le había recordado a aquella mañana en Venecia, cuando ella le había dicho que lo amaba y él la había echado con cajas destempladas.

Pero aquello solo había sido un número, porque entonces ya estaba compinchada con Aldo, se reiteró, pero cada vez le costaba más creerlo.

¿Dónde diablos estaba Angelica? Tenían que salir en breve para Roma… Si no aparecía en el comedor en los próximos cinco minutos… Oyó pasos, y cuando levantó la mirada del periódico, que en realidad no había estado leyendo, la vio de pie en el umbral.

Llevaba unos pantalones oscuros, una blusa blanca de manga larga, zapatos planos y el cabello recogido en un moño. Nada más lejos de aquella hechicera seductora con ese vestido rojo de encaje que casi lo había hecho sucumbir a la tentación. «¿Y eso habría sido tan malo?», le reprochó su conciencia, en un tono burlón. «¿Aunque hubiera estado riéndose de ti?».

Se levantó de su silla y le dijo a Angelica:

–Aún faltan unos minutos para que nos vayamos, si quieres desayunar. ¿Te apetece algo caliente?

Ella entró en el comedor sin mirarlo y se sentó en el otro extremo de la mesa. El mayordomo apareció en ese momento con una cafetera y una taza con su plato y su cucharilla y los dejó frente a ella.

–Gracias, Michael –le dijo Angelica con una sonrisa, alzando la vista hacia él.

–No hay de qué.

Cuando el mayordomo se hubo marchado, Leo la observó mientras se servía el café. Estaba algo pálida.

–Ángel, yo…

Ella levantó la vista y con expresión indolente lo interrumpió diciendo:

–Por favor, no me llames así. Y si lo que vas a decir tiene algo que ver con lo de anoche, te pido que no lo digas; no hay nada que hablar al respecto.

La tensión que palpitaba en el ambiente daba a entender lo contrario, pero Leo decidió dejarlo estar… por el momento.

–Está bien. Nos marchamos dentro de cinco minutos.

Ella se limitó a asentir y tomó un sorbo de su taza de café.

Angelica era muy consciente de la presencia de Leo, sentado frente a ella en el *jet* privado, pero estaba haciendo todo lo posible por ignorarlo.

La noche anterior se había sentido tan mal que al llegar a su dormitorio se había ido derecha a la ducha y había llorado como una magdalena. No solo por la humillación que le había provocado el rechazo de Leo, sino también por el estrés y la tensión acumulados en esos últimos tres años, y por el dolor que no había llegado a exteriorizar por el fin de su relación.

Lo que le había dicho la noche anterior era lo que sentía: el Leo al que había conocido años atrás jamás habría hecho algo tan cruel. Claro que cuando se habían conocido él había sido un joven idealista, orgulloso del éxito profesional que había logrado sin mostrarse arrogante ni pagado de sí mismo, un joven que estaba ansioso por dejar su huella en el mundo. Y, por si eso fuera poco, también destinaba una buena parte de sus ingresos a proyectos benéficos, para mejorar la vida de los menos favorecidos. No era difícil imaginar por qué se había enamorado de él.

Pero había cambiado, y la cicatriz de aquella puñalada era solo la punta del iceberg. Quizá su paso por la cárcel le había enseñado a ser cruel, rencoroso y vengativo.

Y, sin embargo, la noche anterior no le había parecido triunfante, como si hubiese conseguido lo que pretendía: seducirla para luego rechazarla y humillarla. En cambio, sí le había dado la impresión de que se había quedado algo… descolocado. Como si se hubiese mirado en el espejo y hubiese visto algo que lo hubiese desconcertado. O como si hubiese recordado de repente que la odiaba y que no debería degradarse besándola y tocándola.

Ahora tenía todavía menos razones para confiar en él. Lo que necesitaba era distanciarse, aislarse emocionalmente, como cuando

había estado casada con Aldo. Lo había hecho durante tres años para poder sobrevivir, y ahora que solo serían unos meses, podía hacerlo también, se reiteró de nuevo.

El trayecto desde el aeródromo privado hasta el centro de Roma no pudo ser más silencioso. Tan silencioso como había sido el viaje en avión; las ocho horas y veinte minutos. Leo lo sabía bien porque cada minuto se le había hecho eterno.

Claro que Angelica había dormitado durante casi la mitad del viaje, acurrucada en su asiento. Él le había sugerido que usase el dormitorio que había en la parte trasera del *jet*, pero ella había rehusado con una brusca negación de cabeza. Ni siquiera lo había mirado, y le resultaba desconcertante porque sabía que no se trataba de una pataleta ni de petulancia. Lo estaba tratando como si no estuviera ahí, literalmente, o como si su mera presencia fuese irrelevante para ella.

–Iremos directos al bufete de mis abogados –le dijo, para romper el silencio más que nada.

–Bien.

Era la primera vez que Leo oía su voz desde esa mañana, en el desayuno. Apretó la mandíbula y giró la cabeza hacia la ventanilla. Era como si hubiera levantado entre ellos un muro invisible.

Cuando llegaron a su destino, Angelica ya se había bajado del coche cuando él lo rodeó para abrirle la puerta. Era evidente que quería que mantuviese las distancias, así que se limitó a indicarle con un ademán que entrase ella primero en el edificio.

Quizá aquel tratamiento gélido no fuera más que la antesala al momento en el que se quitaría la careta. El momento en el que le haría saber abiertamente que no estaba dispuesta a renunciar por completo a la fortuna de Aldo. Leo casi deseaba que así fuera, porque de ese modo podría aplacar su conciencia y decirse que no había estado equivocado con respecto a ella. Pero de algún modo tenía el presentimiento de que Angelica volvería a desconcertarlo, como había estado haciendo desde el principio.

Cuando Angelica firmó el último documento se hizo un silencio sepulcral en la sala de reuniones. Podía sentir los ojos de Leo fijos en ella. Su sorpresa era palpable.

–¿Podrían darme un vaso de agua, por favor? –pidió, dejando la pluma en la mesa.

La secretaria, que parecía un poco distraída, tardó en reaccionar, y para cuando lo hizo Leo ya estaba acercándose a la mesa con un botellín de agua y un vaso.

–Perdona, no tendrías ni que haberlo pedido –le dijo, lanzándole una mirada de censura a la secretaria antes de llenarle él mismo el vaso.

Angelica lo tomó y bebió un sorbo. Probablemente Leo no estaría mostrándose tan complaciente si hubiese montado un número y se hubiese negado a firmar. Solo que había firmado todos los papeles que le habían puesto delante, y ahora por fin se había liberado completamente de cualquier vínculo con Aldo.

Mientras la secretaria y los abogados salían, se levantó y se giró hacia Leo, que estaba mirándola con cierto recelo. El recuerdo de lo humillada que se había sentido la noche anterior volvió a embargarla, pero se esforzó por no exteriorizar esa emoción. Detestaría que Leo pudiera entrever siquiera hasta qué punto la había afectado su nuevo rechazo.

–No lo entiendo –dijo él finalmente, en un tono casi acusador, cuando se hubieron quedado a solas–. Si no fue por su dinero, ¿por qué te casaste con Aldo?

Angelica se alejó hasta el ventanal. Fuera había caído la noche y las luces iluminaban la ciudad. Podía ver a Leo, a sus espaldas, reflejado en el cristal. Se sentía frágil y expuesta.

–Eres tan cínico… –murmuró–. A lo mejor estábamos enamorados –añadió, y casi se le atragantaron las palabras.

Leo resopló.

–Sí, claro. Es palpable el dolor que sientes por su muerte.

Angelica se cruzó de brazos y se giró hacia él.

–Sea como sea, no es asunto tuyo. Fuiste tú quien cortaste conmigo, ¿recuerdas?

Leo frunció el ceño.

–¿Te fuiste con él para vengarte de mí?

Angelica casi se rio por lo absurdo de esa mera idea, pero estaba tan hastiada de todo aquello…

–No, por supuesto que no –respondió. Leo abrió la boca para decir algo más, pero ella levantó una mano para interrumpirlo–. Ha sido un día muy largo y estoy cansada. ¿Dónde vamos a alojarnos?

–He reservado una *suite* en un hotel no muy lejos de aquí –contestó él–. Aldo vendió el apartamento que tenía aquí, en Roma, a nombre de la compañía.

Angelica bajó la vista. Siempre le había gustado ese apartamento, y la había entristecido saber que se había deshecho de él.

–Yo tengo que quedarme un rato por asuntos de trabajo, pero el chófer está esperando abajo y te llevará al hotel –continuó Leo–. Mañana por la noche tenemos un evento benéfico en un museo. Será nuestro primer acto público en Roma, y estoy seguro de que harás que sea tan memorable como nuestras apariciones en Nueva York. Nos vemos por la mañana.

A Angelica se le habían quitado las ganas de pensar qué podría ponerse para volver a dar la nota y enfadar a Leo. No respondió, sino que abandonó la sala sin decir nada, sintiéndose a la vez aliviada –por haberse desligado por completo de la herencia envenenada de Aldo– y apesadumbrada por ser aún «prisionera» del hombre que tan feliz y tan desgraciada la había hecho.

Cuando llegó al hotel y el botones la condujo a la *suite* que Leo había reservado, una vez se hubo quedado sola entró en el primer dormitorio que encontró y se desvistió, intentando no pensar en la noche anterior. Luego se dio una ducha, se metió en la cama con el albornoz y se quedó profundamente dormida.

Capítulo 6

A la mañana siguiente un suave zumbido despertó a Angelica. Siguió con los ojos cerrados; estaba tan a gusto y tan calentita en la cama… Pero entonces los recuerdos del día anterior se colaron en su mente: la firma de aquellos documentos, ella intentando mantenerse distante y fría con Leo…

Abrió los ojos y frunció el ceño al volver a oír ese zumbido. Parecía provenir del cuarto de baño.

Apartó las sábanas y se bajó de la cama. Se ciñó el cinturón del albornoz y se acercó a la puerta cerrada del baño. Se quedó escuchando antes de abrirla, y se quedó clavada al ver a Leo, de espaldas a ella, con el torso desnudo y una toalla liada a la cintura.

Estaba afeitándose con una maquinilla eléctrica, y cuando oyó abrirse la puerta se volvió y la miró.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó Angelica.

–Cuando vengo a Roma duermo en esta habitación de la *suite*. Y como tengo todas mis cosas de aseo en este baño…

Angelica miró tras de sí y vio cosas en las que no se había fijado la noche anterior. Un reloj de pulsera de hombre en la mesilla de noche del otro lado de la cama. Libros. Un reloj despertador. Hasta el albornoz que llevaba era demasiado grande para ella. Se le subieron los colores a la cara.

–Perdona. Es que cuando llegué esta fue la primera habitación que encontré y me fui directa a la ducha y luego me metí en la cama, y no pensé…

–No pasa nada; he dormido en la habitación de invitados.

–Me llevaré mis cosas allí esta mañana –le dijo ella.

–Puedes quedarte en este dormitorio si quieres; no me importa.

Sus palabras la hicieron imaginarlos a Leo y a ella en la misma cama, despertándose abrazados el uno al otro, como tantas veces años atrás…

–Creo que voy llamar para que me suban un café –musitó. Necesitaba despertarse y dejar de pensar en esas cosas.

–Ya deberían haber traído el desayuno –dijo Leo.

Angelica salió del dormitorio sin mirarlo, y cuando llegó al comedor se encontró con un par de empleadas del hotel que le dieron los buenos días y se marcharon.

Habían puesto sobre la mesa una amplia selección de platos calientes y fríos, bollería, fruta y cereales. Además de café, leche y zumo. Se sirvió una taza de café y tomó un sorbo, con la esperanza de que la ayudara a reencontrar su equilibrio.

–¿Tienes algún plan para hoy?

La voz de Leo a sus espaldas sobresaltó a Angelica. No sabía cuánto rato llevaba allí sentada, con una segunda taza de café y una napolitana con crema. Debía haber estado absorta en sus pensamientos, porque no lo había oído llegar. Iba vestido de traje y corbata.

–Tengo algunos asuntos personales de los que ocuparme –le respondió, tratando de mantener su fachada imperturbable.

Leo se sentó a la mesa y se sirvió café y un buen plato de salchichas y huevos revueltos. Otro recordatorio de su buen apetito… en todos los sentidos. Se preguntó si habría estado con alguna mujer desde su salida de prisión. Después de que rompieran ella no había vuelto a salir con nadie.

–También tengo que pasarme por el despacho de mi agente –añadió–. Me ha dicho que tiene algunos posibles trabajos en perspectiva para mí de los que quiere hablarme.

–Si quieres puedo dejarte allí de camino a la oficina.

Ella sacudió la cabeza.

–No, gracias. Prefiero caminar.

–¿Cómo llevaba Aldo que fueras tan independiente?

Angelica lo miró y respondió:

–No le quedó más remedio que aceptarlo.

–Me alegra saber que en eso no logró cambiarte.

A Angelica la emocionó oírle decir eso, que recordara lo importante que era para ella su independencia. Desde que había abandonado Sicilia había sido muy consciente del hecho de que su madre y su hermano dependían de ella, y luego se había desvivido para mantenerlos a salvo.

Se sentía orgullosa de haber podido hacer todo eso posible gracias a sus ingresos. Para ella había sido el eje de su vida hasta que Leo había llegado y había puesto su mundo patas arriba. Y ahora estaba volviendo a ocurrir. Temiendo que advirtiera esa mella en su coraza, se levantó y le dijo sin mirarlo:

–Tengo que ir a vestirme. Te veo luego.

Esa tarde, mientras esperaba a Angelica en el salón de la *suite* vestido de esmoquin, Leo tuvo que admitir para sus adentros, por mucho que lo irritara, que sentía curiosidad por ver su atuendo para la velada.

Cuando finalmente apareció, casi se desinfló de decepción. Iba tapada desde el cuello hasta los pies con un vestido negro, muy clásico y elegante, complementado con algunas joyas discretas, y llevaba el cabello suelto. No podría ir más recatada.

–Estoy lista –le dijo.

Tenía la misma expresión fría e inescrutable que había tenido desde la noche anterior. Le entraron ganas de ir junto a ella, tomar su rostro entre ambas manos y besarla apasionadamente para hacer caer esa máscara. «Ni hablar».

–Muy bien, pues vámonos –respondió.

Cuando estaban cruzando el vestíbulo del hotel para salir fuera, donde los esperaba su chófer, vio que muchos hombres se volvían para mirar a Angelica. Solo entonces se dio cuenta de que el vestido tenía una abertura en un lado, que dejaba entrever su larga y torneada pierna mientras caminaba. También se fijó en otro detalle que le había pasado desapercibido: el vestido estaba hecho de una tela semitransparente que se le pegaba al cuerpo. Parecía que no

era tan recatado después de todo, pensó, notando un cosquilleo en la entrepierna. Iba a ser una velada muy larga.

A Angelica le dolían las mejillas de obligarse a sonreír a las personas que se acercaban a saludarlos a Leo y a ella. A él lo notaba tenso en medio de la gente, y la irritaba estar preocupada por él, pero al menos no mostraba signos de que fuera a tener un ataque de pánico, como la vez anterior.

Nadie mencionaba a Aldo. Era como si nunca hubiese existido. Claro que tampoco podía decirse que en los círculos de la alta sociedad le hubieran tenido nunca mucho aprecio. De hecho, siempre la había usado para parecer menos… vinculado a un pasado dudoso.

Era algo por lo que Leo nunca había tenido que preocuparse. Jamás había ocultado sus orígenes, y además había hecho todo lo posible para distanciarse de la mafia y que no pudiesen asociarlo a ella de manera alguna. Aldo no.

A ella Aldo siempre le había causado rechazo. Cuando Leo se lo había presentado, no le había gustado el modo en que la había mirado, como si fuese un trozo de carne, ni cómo había invadido su espacio, como para provocar en ella una reacción. Pero ella no se había achantado y lo había mirado fijamente hasta que él había apartado la vista. De hecho, cuando se habían casado, había descubierto que no era más que un fanfarrón. En el fondo no había sido más que un cobarde.

Pero en ese momento lo último que quería hacer era pensar en Aldo. Estaba nerviosa y emocionada porque quizá podría ir a ver en secreto a su madre y a su hermano. Tenía un trabajo en Madrid, donde vivían, y estaba bastante segura de que podría arreglárselas para reunirse con ellos sin que Leo sospechase nada.

Cuando una pareja se acercó a saludarlos, Angelica sonrió con sinceridad ante el mero pensamiento de que en las próximas veinticuatro horas podría ver y abrazar a su madre y a su hermano. Y aunque solo fuera un breve encuentro, le daría fuerzas para resistir unos meses más.

–Eso está mejor –le susurró Leo cuando la pareja se alejó, rodeándole la cintura con un brazo y atrayéndola hacia sí.

La sonrisa se borró de los labios de Angelica, que maldijo para sus adentros y alzó la vista hacia él.

–No vuelvas al modo robot –le dijo él–. Por un instante habías vuelto a parecer humana.

–No sé de qué hablas.

Leo suspiró y la tomó de la mano para conducirla al lateral del enorme salón. Cuando se detuvo y se volvió hacia ella, Angelica no pudo evitar fijarse en que se había asegurado de que estaban de cara a la gente, sin nadie a su espalda. Angelica soltó su mano. La había humillado de la peor manera posible, y jamás se lo perdonaría.

–Ángel…

–No me llames así.

Leo frunció el ceño.

–Está bien; Angelica, entonces. Quería que habláramos de lo de anoche.

–Pues yo no –replicó ella, bajando la vista a su pajarita para rehuir su mirada.

–Mira, anoche… yo no pretendía parar. Te deseaba de verdad… Te deseo de verdad. Los dos sabemos que negar eso no sería más que una burda mentira.

Angelica tragó saliva, y contuvo las lágrimas como pudo.

–No tienes que decir nada.

–Claro que sí. Tú sabes que yo no soy así. ¿De verdad me consideras tan cruel o vengativo como para seducirte solo para rechazarte después?

Angelica alzó la vista hacia él.

–¿Y entonces por qué lo hiciste?

Leo volvió a suspirar.

–Porque de pronto me sentí… vulnerable.

–Yo también me sentía vulnerable.

Leo asintió.

–Por eso quiero pedirte perdón; porque no te merecías que me comportara como me comporté.

Angelica, que no se había esperado una disculpa sincera, sintió que algo se resquebrajaba en su interior, otro trozo de la coraza que se había forjado para poder sobrevivir.

–No puedo confiar en ti –le dijo Leo–; no después de todo lo que pasó… Pero aún te deseo.

–Yo tampoco me fio de ti –contestó ella.

–Pero el que no haya confianza no significa que no podamos sentir deseo físico el uno hacia el otro –reconvino él.

Angelica apretó la mandíbula. La sola idea de volver a exponerse como lo había hecho la noche anterior…

–Puede que nos deseemos, Leo, pero tenías razón en que lo de anoche fue un error.

–No, lo que fue un error fue parar.

Los latidos de Angelica se aceleraron. El murmullo de las conversaciones a su alrededor pareció diluirse. No podía apartar sus ojos de los de Leo.

–No he estado con nadie más desde que corté contigo –le dijo él.

Otro trozo de la coraza se resquebrajó. Angelica sacudió la cabeza y tragó saliva.

–No dejaré que vuelvas a humillarme.

–No lo haré.

–No, no lo harás; porque no volverás a tener la oportunidad de hacerlo.

–Ángel, no puedes cerrarte de ese modo…

–Te he dicho que no me…

–¡Ah, estás ahí, Leo! –exclamó de pronto una voz masculina–. ¡Llevábamos un rato buscándote!

Leo, aprovechando el desconcierto de Angelica, tomó su mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Un cosquilleo afloró en su vientre. Sabía que no dejaría que se soltase, pero lo peor era que no quería soltarse. Cuando Leo desplegaba sus dotes de seductor era casi imposible resistirse a él.

Era así como la había convencido para que saliera con él. Ella había estado centrada exclusivamente en su carrera y no tenía ningún interés en embarcarse en una relación. Para ella lo más importante era ganar el dinero suficiente para poder vivir y

mantener a su madre y a su hermano. Además, nunca había conocido a ningún hombre que despertara en ella el menor interés. Pero entonces Leonardo Falzone se había presentado en el despacho de su agente y le había preguntado si podía darle un mensaje de su parte.

Ella estaba en medio de una reunión cuando llamaron a la puerta y entró su agente. Leo se había quedado en el pasillo, frente a la puerta, y en cuanto lo vio, lo reconoció. Era aquel hombre tan guapo con el que se había chocado en aquel evento, días atrás, cuando se había derramado la copa por todo el frontal del vestido.

Y cuando desdobló la nota de parte de Leo que le tendió su agente, donde le pedía su número de teléfono y su permiso para llamarla, ni se lo pensó. Garabateó su número debajo y le devolvió el papel a su agente con un asentimiento de cabeza.

Leo la había llamado esa misma noche y…

–Vamos a bailar.

Angelica parpadeó, y al alzar la vista el pasado y el presente se fundieron por un instante, haciéndola sentirse algo mareada. Las personas que habían estado hablando con Leo se habían marchado, y ahora él estaba tirando de ella hacia la pista de baile.

–¿Cómo lo llevas hoy… lo de la claustrofobia? –le preguntó, por hablar de algo.

Parecía estar bien, pero había una ligera tensión en las comisuras de sus labios.

–Mucho mejor –respondió él. La tomó entre sus brazos, y cuando la atrajo hacia sí sus pechos quedaron aplastados contra el firme tórax de él–. Mucho mejor –repitió Leo, con un énfasis sugerente.

Angelica trató de permanecer rígida entre los brazos de Leo, pero era algo casi imposible. En esos tres últimos años había estado tan encorsetada que su cuerpo ansiaba relajarse y dejarse llevar. Irritada por cómo parecía estar desmantelando Leo todas sus defensas, lo miró a los ojos y le espetó:

–¿Cómo puedes desearme cuando me odias?

Él dejó de bailar un momento y una expresión extraña cruzó por sus facciones, como si lo hubiese pillado desprevenido, pero se desvaneció antes de que pudiera descifrarla.

–Yo… no te odio.

Como si un diablillo la estuviese aguijoneando, se oyó a sí misma preguntarle:

–¿Y entonces por qué me dejaste?

Leo se puso tenso y al cabo de un buen rato respondió:

–Porque nunca te prometí más de lo que había entre nosotros. No quería comprometerme.

Ella se quedó callada.

–Conoces mi historia, que es similar a la tuya –continuó Leo–. Jamás he querido una relación seria, ni una familia. Y cuando dijiste lo que me dijiste… Pero no, no te odio –reiteró–, y sí, te deseo.

Habían empezado a bailar de nuevo, y la fricción de sus cuerpos la estaba volviendo loca. Sobre todo porque la tela de su vestido era tan fina como una gasa. ¿Cómo podría negar que ella también lo deseaba? No podía ocultarlo. No era algo que pudiese controlar; no tenía un interruptor con el que pudiera anular sus emociones. Y sus intentos por mostrarse fría e indiferente estaban fracasando estrepitosamente, igual que un cubito de hielo se derrite bajo el calor del sol.

Leo bajó la vista hacia ella y murmuró:

–Dices que no es asunto mío, pero yo creo que sí lo es.

–¿Qué no es asunto tuyo? –inquirió ella, aturdida.

–Por qué te fuiste con Aldo si no era por vengarte de mí, ni por su dinero.

Angelica se tensó. No quería que Leo hurgase en sus motivos. No tenía manera de explicarse si no era hablándole de su madre y su hermano, y no podía fiarse de él, así que se salió por la tangente.

–¿Seguro que no quieres divorciarte de mí ahora que vuelves a tener todo a tu nombre?

Leo sacudió la cabeza.

–Tres meses fue lo que acordamos. Además, has demostrado que puedes serme muy útil. Temía que los medios se cebaran conmigo, especulando sobre cómo pude dejar que Aldo me la jugara y sobre el futuro de la compañía. Pero con tu atuendo en los dos eventos anteriores lograste captar toda la atención y desviarla de mí.

–Empezaré a vestirme como una monja.

–Eso les encantará. Nada de lo que te pongas podría atenuar tu belleza ni tu sensualidad.

Angelica tragó saliva. Había sido Leo quien le había abierto los ojos a su propia sensualidad. No se había considerado una persona sensual hasta el día en que había hecho el amor por primera vez con él.

–Ten cuidado –le dijo–. Eso casi ha sonado como un cumplido.

–No creo que te haga falta que te diga lo hermosa que eres.

–Soy afortunada porque soy fotogénica y mi cuerpo se ajusta a los patrones de belleza actuales, pero hay mujeres mucho más guapas que yo –replicó ella–. ¿Ves a esa mujer de ahí? –dijo señalando discretamente con la barbilla hacia su derecha.

–¿La señora mayor del pelo gris?

Angelica asintió.

–A pesar de su edad está espectacular. Es evidente que no se ha hecho ninguna cirugía, y sus arrugas cuentan la historia de una vida vivida intensamente. Se la ve feliz.

–¿Te has vuelto una romántica, o siempre lo has sido y yo no me había dado cuenta?

Angelica notó que le ardían las mejillas y se sintió irritada consigo misma. Pero ¿qué le estaba pasando? Tenía que alejarse de él un rato. Se echó hacia atrás y murmuró:

–Perdona, tengo que ir al servicio.

Angelica se sentó en uno de los silloncitos del aseo de señoras, en la antesala a los cubículos y los lavabos, y fingió retocarse un poco el maquillaje mientras recobraba la compostura. Sí, había sido una romántica… hasta que él le había dicho que lo suyo había acabado. Luego la crueldad de Aldo había erosionado aún más su ingenuidad y su idealismo. Pero lo que acababa de pasar era la prueba de que no los había perdido por completo, y Leo se había percatado de esa vulnerabilidad.

La verdad era que a ella misma le había chocado darse cuenta de hasta qué punto aún anhelaba algo más. Seguía queriendo imaginar una vida junto a alguien especial con quien formar una familia llena

de amor, envejecer a su lado… Una vida plena en la que disfrutaría de las pequeñas cosas; nada extraordinario.

Cuando por fin se armó de valor para volver con Leo, decidida a luchar contra la atracción que sentía por él, lo último que se esperaba era encontrarlo fuera, junto a la puerta del servicio. Al verla aparecer, se apartó de la pared en la que había estado apoyado y se acercó a ella.

–Estaba pensando que podríamos irnos ya –le dijo–. ¿Te importa?

Aliviada, Angelica sacudió la cabeza.

–En absoluto.

No le pasó desapercibida la intensa mirada de Leo, pero la ignoró por completo. En cuanto llegaran al hotel se iría derecha a la habitación de invitados, se daría una ducha y se metería en la cama.

Cuando salieron del edificio, Leo se quitó la chaqueta y se la puso a ella sobre los hombros. La prenda había guardado su calor corporal, y Angelica apretó los dientes antes de murmurar un «gracias». Estaba claro que Leo sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Ya en la *suite* del hotel, evitó mirarlo cuando se quitó la chaqueta de los hombros y se la tendió, preparándose para pararle los pies por si intentaba algo, pero él se limitó a tomarla.

Angelica lo miró, sintiéndose tonta de repente, como si esa mirada intensa de antes solo hubiese sido producto de su imaginación, pero en cuanto sus ojos se encontraron supo que no se la había imaginado. Y las palabras que pronunció Leo a continuación se lo dejaron aún más claro.

–No hay ninguna razón por la que no podamos satisfacer nuestras necesidades. Nos gustamos el uno al otro, y está claro que hay una tensión no resuelta flotando en el ambiente.

Angelica se irguió.

–Preferiría que siguiera sin resolver. Y en cuanto a tus… necesidades, podrías haberlas satisfecho con cualquiera de las mujeres que no dejaban de mirarte esta noche. Aldo nunca tuvo reparos en eso.

Solo se dio cuenta de lo que parecía dar a entender lo que acababa de decir cuando vio a Leo fruncir el ceño.

–¿Es eso lo que pasó? ¿Te fue infiel? –inquirió, y soltó un improperio entre dientes.

Si Leo había interpretado que su matrimonio con Aldo no había sido feliz por las infidelidades de este, mejor dejarlo así. Al fin y al cabo, no podía explicarle la verdad.

–Sí, eso fue lo que pasó –murmuró con voz monótona.

–¿Y tú? ¿También le fuiste infiel?

Angelica lo miró indignada.

–No. Yo sería incapaz de hacer algo así.

–Yo tampoco te seré infiel, aunque este solo sea un matrimonio de conveniencia –dijo él–. ¿Por qué iba a buscar la compañía de ninguna otra mujer cuando la única que me interesa está ante mí?

–No trates de dorarme la píldora; no voy a acostarme contigo –le dijo Angelica–. No voy a permitir que sigas divirtiéndote cruelmente como si fuera un juguete que puedes usar y dejar tirado por ahí cuando te cansas de él.

–Te pido disculpas si es así como te he hecho sentir, pero no pretendía ser cruel.

Angelica sacudió la cabeza.

–Hay demasiada mala sangre entre nosotros.

–Estoy de acuerdo. Y quizá la única manera de lidiar con esto sea admitir que seguimos sintiéndonos atraídos el uno por el otro y satisfacer esa ansia –insistió él–. No he dejado de pensar en ti en todo este tiempo.

Ella tragó saliva.

–Querrás decir que no has dejado de pensar en cómo podrías castigarme.

Leo encogió un hombro.

–Es verdad, no puedo negarlo, pero en estos últimos días, ahora que has firmado los documentos, me he dado cuenta de que no se trata tanto de eso como de… este fuego que hay entre nosotros –murmuró acortando la distancia entre ellos. Le pasó una mano por detrás de la nuca y enredó los dedos en su cabello.

–Leo… –musitó ella.

–¿Qué podría hacer para demostrarte que puedes confiar en mí? Sé que los dos queremos esto.

Angelica volvió a tragar saliva.
–Ya te he dicho que no…
–¿Y si dejase que me ataras?

Capítulo 7

Angelica sintió un calor repentino entre las piernas ante aquella atrevida sugerencia. Tener a Leo a su merced, rogándole y suplicándole…

–¿De verdad me dejarías hacer eso?

Él pareció dudar un momento, pero luego asintió, y un impulso travieso impelió a Angelica a decir:

–Está bien, de acuerdo.

Dio un paso atrás y extendió su mano. Él se quedó mirándola un momento antes de ponerla en la suya, y ella lo condujo al dormitorio entre nerviosa y excitada. Una vez allí le soltó la mano y se volvió hacia él. Sintiéndose muy lanzada de repente, le ordenó:

–Quítate la ropa.

Él enarcó una ceja.

–¿Qué tal un «por favor»?

–Por favor.

Angelica no estaba segura de si Leo se prestaría de verdad a aquello. Quizá hubiera recobrado el sentido común y la echara de allí, pensó. Pero en vez de eso se descalzó y se quitó los calcetines. Después se deshizo la pajarita y la dejó caer al suelo. Luego empezó a desabrocharse la camisa, botón a botón.

Iba tan despacio que Angelica se preguntó si el tiempo se habría ralentizado. No podía apartar los ojos de sus largos dedos, ni de su ancho tórax, que iba quedando poco a poco al descubierto. Se fijó en el suave vello que lo cubría, en los definidos pectorales, en los abdominales…

Poco después la camisa cayó también al suelo. Leo se llevó las manos al cinturón y lo desabrochó. Se desabrochó también el botón

de los pantalones. Luego se bajó la cremallera. Angelica vio el bulto en sus calzoncillos y se sintió satisfecha al ver que, a pesar de su pretendida indiferencia y calma, estaba excitado.

Su respiración se había tornado entrecortada. Tenía que respirar, se dijo. Leo agarró la cinturilla de los pantalones con ambas manos y se los bajó, arrastrando con ellos su ropa interior. Sacó un pie y luego el otro de la pila de ropa que había quedado en el suelo. Estaba desnudo ante ella en toda su gloria y su virilidad, sin el menor pudor. Los ojos de Angelica lo recorrieron, se posaron en la cicatriz, en las estrechas caderas, en su vello púbico, en su miembro erecto, en sus fuertes muslos… Parecía mucho más musculoso de lo que lo recordaba.

–¿Dónde me quieres?

Angelica alzó la vista con la boca seca, sin acabar de creerse que estuviese dejando que le diese órdenes. Era excitante, esa sensación de poder.

–Túmbate en la cama, de espaldas.

Leo hizo lo que le había pedido y apoyó la cabeza en un brazo.

–Deberías ir a por un preservativo –le dijo–. Tengo un paquete en el baño.

Angelica se quitó los zapatos y se fue al cuarto de baño. Evitó mirarse en el espejo. Se notaba las mejillas ardiendo. Tomó dos preservativos del paquete y sintió que se sonrojaba aún más. ¿Quizá debería decirle que…? No, mejor no.

Regresó al dormitorio y vio la pajarita deshecha en el suelo. La recogió, sin pensar demasiado en lo que iba a hacer, porque sabía que si no perdería el valor. Dejó los dos preservativos en la mesilla de noche, se arrodilló en la cama, junto a él, y le dijo:

–Dame una mano.

Él extendió el brazo en el que había tenido apoyada la cabeza. Angelica le envolvió la pajarita alrededor de la muñeca y le hizo un nudo.

–Y ahora la otra.

Él le tendió el otro brazo y Angelica le ató juntas las dos muñecas, puesto que no tenía nada a la que atarlas.

–¿Dónde aprendiste a hacer eso? –inquirió él.

–Me lo enseñó mi padre. Es un nudo marinero.

–Ya veo –murmuró Leo. Se quedaron los dos callados un momento–. Me siento un poco… desvestido –dijo él con humor.

Angelica se bajó de la cama y se sacó el vestido por la cabeza, quedándose en ropa interior. Luego procedió a desabrocharse el sujetador. Siempre había sido más voluptuosa que las otras modelos –pechos, caderas…–, y desde el principio de su carrera la habían catalogado como *sexy*. En aquella época, en la que apenas empezaba a verse a sí misma como una mujer, para ella ese adjetivo no había tenido ningún sentido. Solo al conocer a Leo se había sentido *sexy* por primera vez por cómo la había mirado –igual que la estaba mirando en ese momento–, con fuego en los ojos.

Se bajó las braguitas y las arrojó a un lado. Ya estaba completamente desnuda, como él. Se notaba los senos pesados y los pezones tirantes.

–Ven aquí, Ángel, necesito tocarte –le dijo Leo, que se había sentado para mirarla mientras se desvestía.

No fue capaz de decirle que no la llamara así. La verdad era que le gustaba y lo había echado de menos. Se subió a la cama, poniéndose de rodillas frente a él, y Leo la imitó. Se quedaron mirándose un buen rato y, por absurdo que fuera, a Angelica le pareció algo casi espiritual. Aunque tenía las manos atadas, Leo las levantó, tomó el rostro de Angelica entre ellas y se inclinó para besarla. Se dejaron caer sobre la cama, apretados el uno contra el otro mientras se besaban y, cuando Leo deslizó un muslo entre las piernas de ella, Angelica sintió que un calor húmedo afloraba en su sexo.

Leo estaba tumbado de espaldas con ella encima de él. Como tenía las manos atadas no podía hacer gran cosa con ellas, y aunque Angelica se moría por sentirlas deslizándose por todo su cuerpo, estaba disfrutando con la más que obvia frustración de Leo.

–Ángel, no creo que aguante mucho más… –le dijo él con voz ronca–. Te necesito…

Ella también lo necesitaba. Estaba deseando volver a tenerlo dentro de sí. Alcanzó uno de los preservativos y rasgó el envoltorio con manos algo temblorosas. Se arrodilló junto a él y deslizó el

preservativo sobre su erección, lenta y cuidadosamente, mientras Leo la observaba con los dientes apretados, esforzándose por controlarse.

Angelica se colocó a horcajadas sobre él y tomó su miembro para acercarlo a su sexo. La cabeza de este se hundió en ella, y Angelica cerró los ojos un momento, disfrutando de la sensación. Luego, cuando se sintió preparada, se dejó caer poco a poco, permitiendo que Leo se adentrara más y más en ella.

–¡*Dio*, Ángel…!

Aunque tenía la vista algo nublada por el deseo, Angelica se fijó en el sudor que perlaba la frente de Leo y en la mirada casi febril en sus ojos. Ella misma no podía articular palabra y apenas podía respirar por las exquisitas sensaciones que estaban apoderándose de ella. Hacía tanto tiempo de la última vez…

Empezó a cabalgar lentamente sobre él. Le plantó las manos en el pecho y notó cómo los latidos de su corazón se volvían más fuertes y rápidos, igual que los suyos.

–Sí…, así… –jadeó Leo.

Era como un baile ancestral, y Angelica se dejó llevar. Leo levantó las manos y masajeó con ellas sus pechos, primero uno y luego el otro, y le pellizcó los pezones. Angelica se inclinó para que pudiera lamerlos y succionarlos, y cuando sintió que necesitaba más volvió a echarse hacia atrás y empezó a cabalgarlo de nuevo mientras Leo la asía como podía por la cintura y arqueaba las caderas una y otra vez.

Los movimientos de ambos se volvieron más frenéticos a medida que se aproximaban al clímax. Este pilló completamente desprevenida a Angelica, que se dio cuenta de que había estado completamente equivocada, creyendo que era ella quien tenía el control. Por un instante, se encontró en la cresta de la ola, y luego fue como esa ola la derribara y la arrastrara a las profundidades de un océano de placer, mientras los músculos de su vagina se contraían y palpitaban.

Leo seguía levantando las caderas al unísono con sus movimientos. Angelica pensó que le quedarían las marcas de sus dedos en la piel de cómo había intentado sujetarla mientras

cabalgaba sobre él. Y entonces, con un grito ronco, todo el cuerpo de Leo se tensó y se hundió una última vez en ella antes de derrumbarse sobre el colchón, en medio de los jadeos de ambos.

Los dos estaban empapados en sudor. Leo le pasó las manos por encima de la cabeza y se las puso en el hueco de la espalda. Angelica cerró los ojos y sintió cómo el sueño la arrastraba.

Cuando en un momento dado, no sabía cuánto tiempo después, Angelica se despertó, se encontró con que estaba de lado, vuelta hacia Leo. Él también estaba despierto. Estaban pegados el uno al otro, y se dio cuenta de que Leo ya no tenía las manos atadas, porque una de ellas estaba entre los dos y con la otra estaba acariciándole la espalda.

–¿Cómo te has desatado?

–Creo que no te lo he contado, pero mi abuelo era pescador y me enseñó a hacer y deshacer todos los nudos marineros –le explicó él con una sonrisa traviesa.

Angelica sentía que casi podría engañarse e imaginar que los tres años anteriores no habían sucedido, que no habían roto, que quizá al otro lado de la ventana estaba el Gran Canal de Venecia. Si pudieran volver atrás en el tiempo y ella no le dijera que lo amaba, quizá…

Leo le puso un dedo en los labios, que aún estaban hinchados por sus besos.

–Deja de pensar.

Angelica frunció el ceño, sorprendida. Seguía siendo capaz de darse cuenta cuando estaba dándole vueltas a algo. Le lamió el dedo, cerró los labios en torno a él y lo mordió suavemente. El miembro de Leo volvió a endurecerse contra su vientre, y el aire pareció volverse denso por el ansia que flotaba en el ambiente. Y esa vez, como sabía que no tenía nada que temer, y ya no le preocupaba que él fuera a rechazarla de nuevo, Angelica aceptó encantada las atenciones de Leo, que empezó a besar y acariciar cada centímetro de su cuerpo como si necesitara reavivar su recuerdo de cada detalle de su anatomía.

Y luego, en el momento en que se colocó sobre ella, Angelica abrió las piernas sin dudarlo. Cuando comenzó a penetrarla aspiró bruscamente con los dientes apretados porque su cuerpo estaba aún algo sensible tras la primera vez. Leo se quedó muy quieto.

–¿Estás bien?

Ella asintió.

–Sí, no pares.

Le puso las manos en las nalgas y se las apretó, y Leo se hundió lentamente en ella y luego empezó a sacudir las caderas, entrando y saliendo de ella con un ritmo acompasado y sensual que fue *in crescendo* hasta que alcanzaron el clímax al mismo tiempo, un clímax increíble que los dejó jadeantes y abrazados el uno al otro como si hubiesen sido sacudidos por una tormenta.

A la mañana siguiente Leo parpadeó algo desorientado cuando se despertó. Fuera ya era de día, y él estaba acostumbrado a levantarse al alba. Estaba solo en la cama, y los únicos signos de que la noche pasada no había sido una alucinación eran los envoltorios rasgados de los preservativos sobre la mesilla y su pajarita deshecha, que estaba en el suelo.

Se sentía saciado, y también completamente relajado, por primera vez, después del constante estado de alerta en que había estado desde que había entrado en prisión. Cerró los ojos un momento y su mente se llenó de imágenes de Angelica cabalgando sobre él, moviéndose tan despacio que el exquisito y tortuoso placer casi lo había hecho correrse antes de tiempo.

Y sus perfectos pechos, con esas areolas oscuras y esos pezones endurecidos que había lamido con deleite… Y la sensación cálida y húmeda de su vagina en torno a su miembro, ciñéndose a él como un guante… Frunció el ceño y abrió los ojos. Había sido casi como la primera vez que lo había hecho con ella.

Pero eso no tenía sentido; había estado casada tres años con Aldo. Claro que, ahora que sabía que Aldo le había sido infiel, también podría ser que ella lo hubiese echado del dormitorio.

Y a todo aquello… se preguntó dónde estaría Angelica. Tras darse una ducha y vestirse salió del dormitorio y la encontró desayunando en el comedor de la *suite*. Estaba vestida, con unos vaqueros y un jersey de cachemira. Tenía el cabello algo húmedo y se había hecho un recogido informal con una pinza. No llevaba maquillaje.

Cuando él entró, alzó la vista y sus mejillas se tiñeron de un suave rubor. Leo se quedó un poco descolocado y tuvo la impresión de que Angelica iba varios pasos por delante de él, como si supiese algo que él no sabía.

–Hola –lo saludó–. Perdona, se me olvidó que tengo que irme hoy a Madrid por trabajo. Es solo un par de días. Pensaba decírtelo anoche, pero… –Se quedó callada y volvió a sonrojarse.

–Podías habérmelo dicho en la fiesta; o antes.

Angelica bajó la vista al cruasán que estaba abriendo por la mitad con un cuchillo y se encogió de hombros.

–Para serte sincera, se me fue por completo de la cabeza.

Leo fue a sentarse frente a ella y se sirvió una taza de café. Angelica seguía rehuyendo su mirada, y la sensación de que había algo que le estaba ocultando le hizo decir:

–Te acompañaré.

Entonces sí que levantó la cabeza y lo miró, repentinamente pálida.

–¿Para qué? Seguro que tienes un montón de trabajo.

Estaba claro que tramaba algo. Leo se preguntó si lo de la noche anterior no habría sido solo una táctica de distracción por su parte.

–No pasa nada –respondió en un tono despreocupado–. De hecho, tengo algunos contactos en Madrid con los que me vendría bien reunirme, para tranquilizarlos con respecto a la compañía y que sepan que todo marcha bien. Podemos ir en mi *jet* privado.

–Pero es que mi agente ya me había sacado el billete de ida y vuelta en un vuelo.

Leo esbozó una sonrisa forzada.

–Seguro que puede cancelarlo.

Cuando Angelica tomó su taza, Leo se fijó en que le temblaba un poco la mano, pero respondió con calma:

–Bueno, está bien. Si de verdad no te importa cambiar tus planes…

–Pues claro que no –le aseguró él.

Había sido un tonto por no haber sospechado que desde el principio se había traído algo entre manos.

Cuando el *jet* estaba llegando a Madrid, Angelica intentó mantener una expresión neutral. Estaba segura de que podría sacar una hora de algún sitio, antes o después de su compromiso de trabajo, para ir a ver a su madre y a su hermano. Además, si Leo iba a estar ocupado también, debería serle fácil. Y entonces por fin… por fin… podría volver a abrazarlos y contarles todo.

–¿Te has acordado de algo divertido?

Angelica miró a Leo, que iba sentado frente a ella, y se dio cuenta de que estaba sonriendo. Se puso seria y, cruzando mentalmente los dedos, respondió:

–La fotógrafa que dirige la sesión de fotos de hoy es una de mis mejores amigas. La conozco desde que empecé a trabajar y estoy deseando verla.

Tampoco era mentira.

–¿Cómo se llama? –preguntó Leo.

Su tono hizo que le diese un vuelco el estómago. Sospechaba algo.

–Natalja Jordan Segal. Acaba de reincorporarse al trabajo tras una baja por maternidad. Hace poco más de un año tuvo a su tercer hijo.

El hecho de que Leo siguiese sin confiar en ella, incluso después de lo de la noche anterior, hizo que algo en su interior se marchitara.

–Debería haber un coche esperándome en la pista para llevarme al lugar donde va a hacerse la sesión de fotos –continuó, pese a todo–. Estaré de vuelta en el hotel esta tarde.

–Yo he quedado a cenar con un grupo de empresarios. Me gustaría que vinieras; todos traerán a sus esposas.

–Claro.

Minutos más tarde, cuando desembarcaron, Leo la acompañó hasta el coche que la esperaba, y Angelica intentó no dejar entrever lo emocionada y nerviosa que estaba.

–Nos vemos luego, entonces –dijo Leo.

Ella lo miró un momento y sintió una punzada de tristeza al recordar la noche pasada y pensar en cómo, de repente, volvían a tratarse como dos extraños.

–Sí, en el hotel –murmuró, y se subió al coche.

El chófer de Leo detuvo el coche frente a un almacén en las afueras de la ciudad. Había recibido un mensaje de texto de Angelica hacía unas horas: «Lo siento, pero no voy a poder llegar a la cena; todavía nos queda bastante para terminar».

Después de la cena había decidido acercarse a recogerla… y allí estaba. Cuando entró en el almacén, parecía como si hubiera docenas de personas yendo de aquí para allá. Se sentía algo más calmado ahora que veía que Angelica le había dicho la verdad. ¿Quizá se estaba volviendo un poco paranoico?

Y entonces la vio a lo lejos y se detuvo. Estaba de pie delante de un fondo negro, con un vestido dorado hecho con una tela resbaladiza que hacía que pareciese que le hubiesen vertido oro líquido por encima. Resaltaba de un modo muy sensual cada curva de su cuerpo.

Había un par de personas retocándole el peinado y el maquillaje. Una rubia delgada con el pelo recogido en un moño desaliñado y una cámara en las manos daba órdenes a los demás. Debía ser la amiga de Angelica.

Empezaron a tomar fotos en distintas poses y ángulos, hasta que unos veinte minutos después alguien gritó:

–Muy bien, chicos, hemos terminado. ¡Buen trabajo!

Unos cuantos se rieron y aplaudieron. Angelica, sonriente, abrazó a la fotógrafa, y entonces, por encima del hombro de esta lo vio a él, y puso unos ojos como platos y su sonrisa se desvaneció. Leo se sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Estaba claro que no se alegraba de verlo.

Se acercó a él y le dijo:

–No tenías que haberte molestado en venir hasta aquí.

–No es molestia. La cena terminó pronto y pensé en venir a recogerte.

–¿Qué tal fue?

–Bien. Ha sido productiva.

–Me alegro. Bueno, pues voy a cambiarme y a recoger mis cosas.

Leo asintió y la siguió con la mirada mientras se alejaba. Una mujer le tendió algo cuando pasó por su lado y Leo vio que era su bolso. Angelica se lo agradeció con una sonrisa y se detuvo en medio de la gente para sacar de él el teléfono móvil. Se quedó allí de pie, con la cabeza agachada y los ojos fijos en la pantalla. Se puso a teclear con los dedos, como si estuviera mandándole un mensaje de texto a alguien. A Leo el estómago le dio un vuelco. Su instinto no lo había engañado.

Sin pensar, avanzó furioso hasta donde estaba y se plantó a su lado, pero ella estaba en su pequeño mundo, con una sonrisilla tonta en los labios, igual que en el avión. Cuando le arrancó el móvil de las manos y ella levantó la cabeza y lo vio, se puso blanca como el papel.

Leo leyó el mensaje que estaba escribiendo: «Lo sé, yo también estoy deseando que nos veamos. Si puedo escaparme, te…».

Ella le quitó el móvil de la mano como un torbellino y lo apretó contra su pecho.

–¿Cómo te atreves? –lo increpó, con las mejillas encendidas.

Leo reconoció de inmediato el regusto agrio de la traición, y se sintió estúpido al recordar como la noche anterior había dejado incluso que le atase las muñecas.

–Ya puedes decirle a tu amante que estarás libre para poder ir a reunirte con él.

Ella sacudió la cabeza.

–Eso no es… No es lo que crees.

Hasta ahí habían llegado, se dijo Leo. Había sido patético por su parte intentar vengarse de ella con aquel matrimonio de conveniencia. Había estado riéndose de él desde el principio. ¡Qué estúpido había sido!

Estaba girándose para marcharse cuando ella le puso una mano en el brazo.

–¡Leo, espera! –exclamó, antes de ponerse delante de él–. No estaba mandándole un mensaje a ningún amante.

–¿Y entonces a quién? –le espetó él.

Se preguntó qué mentira iría a inventarse ahora. La vio tragar saliva. Parecía nerviosa. Cuando estaba empezando a perder la paciencia, le dijo de sopetón:

–Era a mi hermano. Estaba mandándole un mensaje a mi hermano, Paolo.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire. Leo no acababa de procesar lo que le había dicho.

–Nunca habías mencionado que tuvieras un hermano.

–No podía; no me atrevía porque temía ponerlos a mi madre y a él en peligro.

¿A qué diablos estaba jugando ahora? Como si intuyera lo que estaba pensando, Angelica volvió a sacudir la cabeza y le dijo:

–Por favor, al menos dame la oportunidad de explicártelo. Solo necesito un momento para ir a cambiarme. Los de seguridad están esperando que les dé el vestido porque lleva pedrería. ¿Me esperarás?

Leo no sabía qué pensar. Lo había dejado completamente desconcertado; igual que aquel día en que había sabido por los periódicos que Aldo y ella se habían casado.

–Solo espérame, ¿de acuerdo? –insistió Angelica, antes de alejarse.

Angelica se miró en el espejo del camerino. Se había puesto su ropa de nuevo, se había desmaquillado y se había recogido el pelo en una coleta. Estaba pálida. No estaba segura de si Leo seguiría fuera; tal vez se hubiera ido. Tal vez pensase que lo que iba a decirle era mentira.

¿De verdad iba a contarle lo de su madre y de su hermano, después de todas las precauciones que había tomado para

protegerlos? Bueno, en realidad acababa de hablarle de ellos, se recordó.

Lo cierto era que se lo debía. Aquella semana había minado sus defensas el verlo recoger los pedazos de su vida y empezar a reconstruirla, ladrido a ladrillo, con decisión y pragmatismo, tras la traición de Aldo y lo que había soportado en prisión.

Tenía que confiar en que no utilizaría a su madre y a su hermano para coaccionarla. Estaba segura de que no sería capaz de algo así. Era un hombre íntegro; no era como Aldo. En ese respecto no había cambiado.

Tomó su bolso y salió del camerino. El equipo estaba recogiéndolo todo. Al principio no vio a Leo entre todos los que iban y venían, y cuando sus ojos lo encontraron por fin sintió un gran alivio. Estaba de espaldas a ella, con las manos en los bolsillos. Como si intuyera su presencia, se volvió y Angelica avanzó nerviosa hacia él. Su rostro no dejaba traslucir sus emociones, pero tendió una mano para llevarle el bolso, y esa pequeña cortesía hizo a Angelica sentir que estaba haciendo lo correcto.

El chófer de Leo estaba esperándolos fuera con el coche. Durante el trayecto ninguno dijo nada y ya en el hotel subieron a la *suite* también en silencio. Al entrar, Angelica vio unas puertas cristaleras que daban a una terraza y salió. Necesitaba aire. Ya había anochecido, la ciudad estaba iluminada y del cielo colgaba una luna casi llena.

–Angelica –la llamó Leo a sus espaldas.

Se obligó a girarse hacia él. Estaba de pie, con los brazos en jarras y muy serio. Se había quitado la corbata y la chaqueta. Decidió ir al grano, sin preámbulos.

–No tengo ningún amante. Pero sí tengo una madre y un hermano a los que mantengo con mi trabajo.

Capítulo 8

Leo la observó mientras iba a donde había dejado su bolso. Sacó de él su móvil, tocó varias veces la pantalla y regresó a su lado. Cuando volvió el móvil hacia él, vio una fotografía de una mujer de mediana edad con el cabello entrecano y un chico alto y delgado.

Saltaba a la vista el parentesco con Angelica. Los dos sonreían, y el chico tenía el brazo en torno a los hombros de la madre.

–Hace cuatro años que no los veo.

–¿Por qué no me habías hablado de ellos?

–No podía; me aconsejaron que no le hablara de ellos a nadie, y que no revelara su paradero.

–¿Quién?

–La asociación benéfica que me ayudó a sacarlos de Italia –le explicó ella. Dejó el móvil en una mesita alta y se alejó unos pasos por el salón de la *suite* antes de volverse hacia él de nuevo–. Después de que mataran a mi padre…

–Yo había dado por hecho que no tenías más familia.

Angelica asintió.

–Lo sé, y si dejé que así lo creyeras fue por lo que acabo de decirte –respondió–. Cuando mataron a mi padre, mi hermano Paolo estaba furioso con la mafia. Mi madre y yo temíamos que hiciera alguna locura. Yo tenía dieciocho años y ya había empezado a trabajar y me había ido de casa. Cuando supe de esa asociación que ayudaba a la gente amenazada a escapar de la mafia, decidí recurrir a ellos. Otros necesitan que los ayuden económicamente, pero yo fui capaz de costearlo todo gracias a mi trabajo. Mi madre cambió su apellido y el de mi hermano por el apellido de soltera de su abuela y abandonaron Italia. A Paolo le costó adaptarse, como es

comprensible, pero ahora va a licenciarse en Derecho, y mi madre y él están a salvo.

Leo notó el orgullo y la emoción en su voz.

–¿Por qué no me lo contaste antes?

Angelica tragó saliva.

–Ya te lo he dicho: me dijeron que, al menos durante el primer año tras su traslado, no debía confiar en nadie. No podía poner en riesgo su seguridad.

–No te fiabas de mí.

–No es eso… De hecho, estaba a punto de decírtelo el día en que… el día en que rompiste conmigo.

El día en que le había dicho que le quería… Leo recordó el pánico que lo asaltó al pensar en lo que implicaban esas palabras, la posibilidad de perderlo todo, de volver a quedarse destrozado, como cuando habían asesinado a su familia.

Sin embargo, siendo completamente sincero consigo mismo, la verdad era que esas palabras no solo le habían evocado terror, sino también algo aún peor: esperanza. La esperanza de algo que jamás se habría atrevido a imaginar precisamente por eso, por el miedo a la pérdida.

–¿Y Aldo?, ¿lo sabía?

Cuando ella asintió lentamente, a Leo le ardió la sangre en las venas. Apretó la mandíbula, furioso. De modo que a él no se lo había contado, pero a aquella serpiente sí… ¿Acaso necesitaba más pruebas de que había estado compinchada con él?

–Pero no fue porque yo se lo contara –replicó Angelica, para su sorpresa–. Fue él quien lo descubrió. Debió contratar a un investigador privado, o algo así, para que escarbara en mi vida, porque poco después de que rompieras conmigo vino a mi apartamento en Roma. –Comenzó a pasear de nuevo por el salón–. Cuando se presentó allí, yo no acertaba a imaginar qué podía querer de mí. Apenas lo conocía; solo de los eventos a los que te había acompañado. –Se detuvo y se volvió hacia él–. Me dijo que tenía información sobre mí, y me enseñó unas fotos que alguien había hecho con un teleobjetivo de mi madre y de mi hermano mientras hacían su vida de diario. Yo no me lo podía creer… –murmuró,

sacudiendo la cabeza. Su rostro reflejaba el miedo que debía haber sentido en ese momento.

Si estaba actuando, desde luego se merecía un óscar, pensó, pero luego, con cierta desazón, tuvo que admitir para sus adentros que no parecía que estuviera actuando. La verdad era que, después de todo lo que había ocurrido, creía a Aldo más que capaz de algo así.

–Aldo me amenazó con que, a menos que hiciese lo que me decía, daría órdenes para que le hiciesen daño… o algo peor, a mi madre y a mi hermano.

Leo sabía que Aldo había mantenido contactos con cierta gente de su pasado, vinculada a la mafia, pero no había sido consciente del peligro que eso suponía hasta que se había visto en prisión sin haber cometido delito alguno.

–¿Y qué te dijo que hicieras? –inquirió, a pesar de que estaba empezando a imaginarlo. La sola idea hizo que se le revolvieran las tripas.

–Que me casara con él.

Era lo mismo que había hecho él… Por un momento, Leo sintió náuseas y las manos se le pusieron frías y sudorosas, pero hizo que lo dijera de nuevo:

–¿Cómo?

–Me dijo que me casara con él –repitió Angelica–. Si me negaba, iría a por mi madre y mi hermano.

–Entonces… ¿entre tú y él no…?

Angelica sacudió la cabeza, y sus ojos relampaguearon cuando dijo:

–Yo despreciaba a ese hombre; era un ser odioso.

Un horrible temor asaltó a Leo.

–¿Te forzó a…?

–No. –Angelica se quedó callada un momento y tragó saliva–. Aunque lo intentó. –Se estremeció antes de continuar–. Pero no pudo. Creo que era el sentimiento de culpa por lo que nos estaba haciendo a ti y a mí. Y como conmigo no había sido capaz de… en fin… no volvió a intentarlo. Se puso furioso; te culpaba a ti. Te echaba la culpa de todo. No sabes cómo te odiaba. Envidiaba tu

éxito. Durante esos tres años se acostó con un montón de mujeres, y también con hombres. Incluso pagaba por ello.

Leo fue junto a ella y le puso las manos en los hombros.

–¿Te pegó? ¿Pagó su ira contigo?

Ella volvió a sacudir la cabeza.

–No –respondió en un murmullo–. Solo me utilizaba en sus apariciones en público. Yo trataba de pasar el mayor tiempo posible trabajando, y por suerte no le importaba, porque le gustaba alardear de su esposa florero, que era una modelo importante.

Leo se sintió aliviado de saber que Aldo no la había maltratado, pero digerir todo aquello era demasiado. Sin embargo, una cosa estaba clara, y era importante que hablaran de ello.

–Escucha, Angelica…

Cuando ella alzó el rostro, de pronto vio en sus ojos la factura que le habían dejado esos tres años. Había un cansancio en su mirada que él también sentía.

«Te quiero, Leo»… Incómodo, acalló aquel recuerdo. Si todo lo que le estaba diciendo ahora era cierto… entonces, aquello también debía haber sido cierto.

–¿Dónde están ahora tu madre y tu hermano?

–Aquí, en Madrid –respondió ella. Los ojos le brillaban–. Por eso no dejé pasar la oportunidad de venir aquí por trabajo. Viven justo a las afueras de la ciudad. Ahora que Aldo ha muerto, por fin están a salvo.

Leo pensó en el día del funeral, cuando prácticamente la había arrastrado hasta la iglesia para obligarla a casarse con él. Sacudió la cabeza.

–¿Y a mí? ¿Cómo has podido dejar que te tratase de esta manera?

Ella se encogió de hombros.

–Ya no estaba segura de saber quién eras, en quién te habías convertido. El Leo al que yo conocía jamás habría amenazado a nadie, pero acababas de salir de prisión, y no tenía ni idea de cómo podría haberte afectado. Sabía que debías creer que te había traicionado. Y después de que Aldo utilizara a mi familia para coaccionarme, no podía confiar en alguien que claramente me odiaba.

–Yo no te odio, Ángel. Estaba enfadado, y sí, me sentía traicionado, pero lo que siento hacia ti no es odio.

Desde luego tampoco era amor, pensó Angelica. Con todo, se sentía como si le hubiesen quitado un peso enorme de encima. Era la primera vez que le había hablado a alguien de su familia desde que habían abandonado Italia.

–¿Era aquí donde tenías pensado viajar el día del funeral? –inquirió Leo–, ¿para ver a tu madre y a tu hermano?

Ella asintió y Leo miró su reloj de pulsera.

–Pues, ya que estás aquí, no deberías hacerles esperar más.

El corazón de Angelica palpitó con fuerza. Lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Lo dices en serio? ¿Ahora?

Leo asintió.

–Avisaré a mi chófer.

Angelica se tapó la boca con la mano para ahogar un sollozo de emoción y, dejándose llevar por un impulso, le echó a Leo los brazos al cuello. Por un momento, él no respondió, como si se hubiera quedado aturdido, pero enseguida la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí.

–Gracias –murmuró Angelica con voz entrecortada, y le plantó un beso en el cuello. Cuando se irguió, estaba algo temblorosa–. Iré a cambiarme y los llamaré para decirles que voy a ir a verlos.

Mientras se preparaba, se sentía como si estuviese en medio de un sueño, y tenía miedo de pellizcarse y despertarse. Se puso un pantalón y una blusa, y encima una chaqueta ligera de cuero. Luego se calzó unas botas sin tacón y se maquilló lo mejor que pudo para disimular el cansancio.

Cuando volvió al salón de la *suite*, Leo estaba hablando por el móvil.

–Mi chófer está esperando abajo –le dijo después de colgar.

Angelica asintió, sintiéndose como si estuviera al borde de un precipicio. ¿Qué iba a pasar con ellos después de aquello?

Echó a andar hacia la puerta, pero, al ver que él no se movía, se detuvo y se volvió.

–¿No vienes?

–¿Tú quieres que vaya? –inquirió él, como sorprendido.

–Me gustaría que los conocieras.

–Pero… hace años que no los ves.

–No pasa nada –murmuró ella–. Aun así me gustaría que me acompañaras. A menos que tengas algún compromiso o que…

Antes de que pudiera terminar la frase, Leo ya estaba agarrando su chaqueta y diciéndole:

–Pues claro que no. Venga, vámonos.

Cuando el coche enfiló la calle cuya dirección Angelica le había dado al chófer, sus nervios eran casi palpables. Leo habría querido poner su mano sobre la de ella para intentar calmarla, pero se contuvo.

Todo había cambiado con aquella revelación, pero de eso ya hablarían en otro momento. A unos metros vio a una mujer y a un joven junto a una farola, esperando delante de uno de los bloques de pisos. Angelica gimió, y cuando la miró vio que se había tapado la boca con la mano y que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Le dijo al chófer que parara. El coche apenas se había detenido cuando Angelica se bajó y corrió a los brazos de su madre y su hermano. Leo se quedó sentado, con una tirantez dolorosa en el pecho. Durante años, después de haber sido testigo del asesinato de su familia, cada vez que había visto una escena familiar, en la calle o en cualquier sitio, había sufrido ataques de pánico. No le había hecho falta ir a un psicólogo para comprender que probablemente padecía estrés postraumático, porque donde otros solo veían algo entrañable, él veía peligro y horror.

Con el tiempo había aprendido a dominar esa reacción, pero en ese momento, viendo a Angelica abrazada a su madre y a su hermano, por primera vez en mucho tiempo volvió a experimentar esa horrible sensación de angustia.

Con todo, se obligó a bajar del coche. Paolo lo miró y le dijo algo a Angelica, que se apartó de su madre y de él con una sonrisa, enjugándose las lágrimas. Su madre también estaba llorando de alegría.

Angelica le hizo señas para que se acercara y él se obligó a ir hacia ellos, aunque una parte de él quería salir corriendo. Angelica le presentó a su madre y a su hermano y les estrechó la mano a ambos, consciente de su recelo.

–¿Puedo hablar contigo un momento? –le pidió a Angelica.

Ella asintió y se apartaron unos pasos.

–Quédate con ellos el tiempo que necesites –le dijo Leo–. Solo quería decirte que yo voy a quedarme en Madrid un par de días más. Me gustaría que habláramos antes de que me marche.

–Yo… claro, por supuesto. Estaremos en contacto –murmuró ella con los ojos brillantes y llenos de emoción–. Gracias por dejar que me reuniera por fin con ellos.

Leo sacudió la cabeza. Se lo debía; le debía tanto… Aquello no era más que el principio. Los dos habían sido víctimas de la tóxica envidia de Aldo.

Se despidió de la madre y el hermano de Angelica con un asentimiento de cabeza y volvió al coche. Cuando se subió y cerró la puerta, le dijo al conductor que lo llevara de vuelta al hotel y no miró atrás. No le hacía falta. La imagen de Angelica con su familia se había quedado grabada en su memoria y reavivaba peligrosamente ese débil halo de esperanza que había sentido cuando Angelica le había dicho que lo amaba, antes de que él lo extinguiera de un plumazo.

Si acaso, el ver a Angelica con su familia no había hecho sino reafirmarlo en su decisión de no volver a exponerse al riesgo de la pérdida. Había llegado el momento de dejar ir a Angelica. Y esa vez para siempre.

Dos días después, Angelica regresó al hotel en el centro de Madrid. Por primera vez en años al fin se sentía en paz. Esas cuarenta y ocho horas con su madre y su hermano la habían sanado.

Y el saber que a partir de ahora podría verlos siempre que quisiera… aún le parecía un sueño.

A su hermano no podía irle mejor: estaba haciendo prácticas en un bufete y se iba a ir a vivir con su novia. Su madre, por otra parte, había conocido a un viudo jubilado en un club de lectura, y habían iniciado una relación con el mutuo acuerdo de tomárselo con calma e ir despacio.

Ahora era ella la que tenía que pasar página y avanzar, pero se sentía incapaz de imaginar una vida sin Leo. Mientras subía a la *suite* en el ascensor no sabía qué podía esperar de la conversación que iban a tener.

Cuando entró, Leo estaba hablando por el móvil, de espaldas a ella, frente al ventanal del salón, con una camisa blanca y unos pantalones oscuros. Le había dicho que no la odiaba, pero tenía la impresión de que, sintiera lo que sintiera hacia ella, no bastaría para sostener aquel matrimonio. No cuando a Leo solo lo habían empujado el ansia de venganza y de restaurar su maltrecha reputación.

Ahora esa necesidad de venganza había desaparecido, y la verdad era que ella tampoco había hecho mucho por ayudarlo a rehabilitar su imagen pública. A lo sumo, como él había dicho, solo había logrado distraer la atención de los medios e impedido que lo atosigaran.

Cuando se volvió hacia ella, el corazón le palpitó con fuerza. Pero es que aún lo amaba… ¡No! ¿Cómo podía amarlo cuando le había destrozado el corazón tres años atrás? Lo que sentía hacia él no era más que deseo, se dijo, intentando convencerse, pero de solo pensar eso le dolía el corazón, porque sabía que no era verdad.

Leo colgó el teléfono y le dijo:

–No estaba seguro de si volvería a verte.

No parecía que aquel pensamiento lo entristeciera demasiado, y Angelica tuvo que disimular como pudo su decepción. Levantó la mano en la que llevaba el anillo:

–Aún estamos casados, ¿no?

–Sí, pero no estás atada a mí de ningún modo –respondió él–. En cuanto quieras podemos iniciar los trámites del divorcio.

–En cuanto yo quiera… –repitió ella lentamente.

Leo asintió.

–Yo te forcé a este matrimonio porque quería vengarme, Angelica –dijo–. No tenía derecho a hacer eso.

«Angelica»… Se le encogió el estómago. Leo parecía tan distante… Le estaba hablando en un tono tan formal…

–Bueno, tú no sabías que… Había cosas que ignorabas porque no te las había contado –murmuró.

Él esbozó una sonrisa amarga.

–Sí, porque te aterraba que pudiera amenazar con hacerle daño a tu familia si me lo contabas, como Aldo.

Angelica tragó saliva.

–Yo jamás te creí capaz de algo así, pero… pasó todo tan rápido… Y también es cierto que me sentía culpable. Estaba convencida de que eras inocente, que no habías hecho nada para ir a prisión, pero no podía hacer nada para ayudarte.

–Tú también estuviste en una jaula durante esos tres años.

–Pero no como tú –replicó ella, estremeciéndose al recordar su cicatriz, al pensar en lo que habría tenido que soportar en ese lugar.

–¿Cómo has encontrado a tu madre y a tu hermano? –le preguntó él entonces.

La tensión de Angelica se disipó de inmediato. No podía dejar de sonreír mientras hablaba.

–Estupendamente. Se les ve tan bien y tan felices… Gracias por dejarme ir a verlos.

–No tienes por qué dármelas. Ahora eres libre de hacer lo que quieras.

–¿Qué quieres decir?

–Que puedes marcharte y seguir con tu vida, Ángel. No debería haberte hecho esto. Necesitaba castigar a alguien y Aldo había muerto, pero no estuvo bien.

«Ángel»… Una débil llamita de esperanza prendió en su corazón, y Angelica se aferró a ella. Le resultaba insoportable la idea de darse media vuelta, cruzar la puerta y salir para siempre de la vida de Leo. Aunque fuera él quien quisiera alejarla de sí.

Empujada por la angustia que sentía, le preguntó de sopetón:

–¿Aún me deseas?

Leo apretó la mandíbula.

–Pues claro que sí.

Angelica sintió un profundo alivio al oírle decir eso. Se quitó la chaqueta y la dejó junto con el bolso en una silla. Luego fue hacia Leo, que la miró con los ojos entornados.

–¿Qué estás haciendo?

Ella se detuvo frente a él.

–Acordamos que este matrimonio duraría tres meses.

–Los dos sabemos que eso apenas podría llamarse un acuerdo, cuando te coaccioné para que aceptaras. Por eso no puedo pedirte que te quedes más tiempo.

–Pero quieres que me quede, ¿no?

–No se trata de lo que yo quiera.

–¿Y qué hay de lo que yo quiero? –le espetó ella.

Él se quedó mirándola, como aturdido.

–¿Qué es lo que quieres?

–A ti.

No podía creer que estuviese siendo tan directa con él, pero ahora que Leo sabía la verdad y que había vuelto a ver a su madre y a su hermano, se sentía liberada.

–Mira, Ángel, esto no es buena idea. Después de todo lo que ha pasado…

–Precisamente por eso. Sería como hacer una especie de «exorcismo». Aldo nos quitó tres años de nuestras vidas y casi echó a perder por completo tu reputación y todo lo que habías construido. Mereces recuperarlo todo.

–¿Y qué me dices de ti?

A Angelica se le hizo un nudo en la garganta.

–Vuelvo a tener a mi familia, y por ahora eso es suficiente. En los últimos tres años me refugié en mi trabajo para escapar de Aldo, pero siento que en ese sentido necesito un cambio, algo que me llene de verdad.

Una familia. Las palabras saltaron a su mente de improviso y tuvo que acallarlas. Aquello no era algo que Leo pudiera darle. Le había dejado muy claro que no estaba interesado en formar una familia.

Sin embargo, sabía que ella sería incapaz de iniciar una relación con ningún otro hombre mientras siguiese sintiendo esa química explosiva con Leo.

–Y hasta que lo encuentre, me gustaría que no tuviésemos que despedirnos aún.

Como si él tampoco pudiese controlarse, Leo alargó la mano y le acarició la mejilla.

–¿Y qué propones?

Ella se acercó un poco más a él.

–Puedo interpretar el papel de esposa diligente y solícita, capaz de dar una buena imagen pública, que era lo que tú querías. Deja que lo haga.

–¿No más momentos Lady Godiva?

Ella se sonrojó y sacudió la cabeza.

–No a menos que tú me lo pidas –respondió–. Y… bueno, mientras siga habiendo deseo, ¿por qué no dejar que ese fuego siga ardiendo, hasta que se extinga por sí solo? –Tragó saliva y se quedó callada, expectante.

Leo dio un paso atrás y murmuró:

–Hace tres años me dijiste que me amabas. Nada ha cambiado; no puedo ofrecerte más.

Angelica trató de parecer lo más indiferente posible.

–Hace tres años era una ingenua. Aquella fue mi primera relación. Estaba encaprichada de ti como una colegiala –contestó. Pero ya no estaba enamorada de él, no lo estaba, se dijo, intentando convencerse una vez más–. Aunque sí que me gustaría formar una familia… algún día.

Él palideció un poco.

–Los dos sufrimos una experiencia muy traumática con nuestros seres queridos. ¿No te angustia que algo así te pudiera volver a pasar si te casas y tienes hijos? –le preguntó–. Aldo incluso usó a tu madre y a tu hermano para coaccionarte.

–Sí, pero también han sido lo único que me ha mantenido cuerda y me ha ayudado a no rendirme durante estos tres años –replicó ella–. Además, si perdemos cualquier esperanza de un futuro mejor, ¿qué sentido tiene levantarte cada mañana?

Contuvo el aliento, esperando la respuesta de Leo.

–Nada ha cambiado para mí a ese respecto –dijo él finalmente–. Si acaso, estos tres años no han hecho sino que me reafirme en que no querría hacer pasar a nadie por lo que has pasado tú con tu madre y tu hermano.

–Yo no te estoy pidiendo que cambies –respondió ella, aunque no era cierto. De pronto la distancia entre ellos parecía un abismo. Sintiéndose derrotada, añadió–: Mira, Leo, si lo que quieres es que pongamos fin a este matrimonio, pues lo hacemos y se va cada uno por su lado. Quizá sea lo mejor para los…

Leo la asió por el brazo y, cuando lo miró a la cara, el deseo descarnado en su mirada le dijo exactamente lo que pensaba de esa idea y el corazón le dio un brinco.

–¿Cómo vamos a divorciarnos cuando ni siquiera nos hemos ido de luna de miel?

Angelica parpadeó. Eso sí que no se lo había esperado.

–¿De… luna de miel?

Él asintió y la atrajo hacia sí. Le puso una mano en la mejilla y le acarició el labio inferior con el pulgar.

–No se me ocurren dos personas que se merezcan más un descanso ahora mismo que nosotros –dijo Leo–, después de todo por lo que hemos pasado. ¿Y a ti?

Un cosquilleo de excitación recorrió a Angelina. Sacudió la cabeza y murmuró:

–No.

–Bien. Entonces… ¿lista para la aventura?

Angelica sonrió, ignorando la vocecilla que le decía que podía volver a quemarse, que Leo ya le había hecho daño una vez.

–Más que lista –respondió.

Capítulo 9

Angelica se sentía como si estuviese en el cielo. Nunca había estado tan relajada. El sol pegaba bastante, pero estaba a la sombra de una sombrilla. Solo se oía el suave ruido de las olas que bañaban la orilla, y el de los pájaros que sobrevolaban la playa privada y trinaban en las ramas de la exuberante vegetación que la rodeaba.

Toda la isla, una esmeralda en medio del Caribe, era privada. Una cadena de hoteles había construido en ella un exclusivo complejo turístico con bungalós tan separados que desde que habían llegado Angelica solo había atisbado la silueta de alguna otra persona a lo lejos. Incluso tenían una piscina privada y ese trozo de playa.

A su llegada el día anterior le habían dado un masaje increíble. Mientras se lo daban a Leo, tras terminar con ella, se había echado en la cama envuelta en el albornoz y se había quedado dormida. Cuando se había despertado a la mañana siguiente, se dio cuenta de que había dormido toda la noche de un tirón. Al levantarse había encontrado a Leo en el patio, dando buena cuenta del desayuno que les habían servido.

–Perdona, no sabía que estuviera tan cansada.

Él le había sonreído y le había confesado:

–Yo también me dormí nada más echarme. –Luego había extendido el brazo hacia ella y le había dicho–: Ven aquí.

Angelica había ido con él y Leo la había sentado en su regazo y se había quedado mirándola un buen rato antes de murmurar:

–Buenos días.

Ella había sonreído como una boba y había murmurado en respuesta:

–Buenos días.

–¿Cuánta hambre tienes?

Sentada en su regazo, con sus fuertes brazos rodeándola, en ese momento solo había podido pensar en una cosa.

–No demasiada –le había contestado.

Y como a buen entendedor pocas palabras bastan, Leo la había llevado dentro, al dormitorio, y en cuestión de segundos habían estados los dos desnudos en la cama, besándose y acariciándose apasionadamente, hechos una amalgama de brazos y piernas. Cuando Leo había alargado el brazo hacia la mesilla para alcanzar la caja de los preservativos, ella lo había detenido diciéndole:

–No hace falta. Todavía me dura el efecto de la píldora. He estado tomándola estos tres años porque tenía miedo de que Aldo volviera a intentar… Ya sabes.

Leo había contraído el rostro y murmurado:

–Lo siento tanto, Ángel… No deberías haber tenido que pasar por todo eso…

Ella le había puesto una mano en la mejilla y había replicado:

–Lo sé, pero aquello terminó. Aldó ya no está, y nosotros, en cambio, seguimos aquí. Nunca pensé que volveríamos a estar juntos… así…

Leo no había dicho nada más; se había hundido en ella y había empezado a moverse sensualmente, privándola de la capacidad de articular palabra e incluso de pensar, hasta llevarlos a ambos a un orgasmo cataclísmico.

En ese momento Angelica oyó a Leo saliendo del agua, y levantó la cabeza y se hizo visera sobre los ojos con la mano. Verlo así, emergiendo del mar con el agua chorreando por su musculoso cuerpo, con un bañador que dejaba poco a la imaginación, parecía un héroe de la mitología griega.

–Deberías haberte metido en el agua conmigo; está buenísima –le dijo.

–Estoy disfrutando de las vistas –contestó ella con una sonrisilla.

–¿Ah, sí?

Asintió divertida.

–¿Qué tal si vamos a echarnos una siesta? –le propuso él, tendiéndole la mano.

Angelica la tomó y él la ayudó a incorporarse. Tenía arena pegada a la piel y se sentía joven y despreocupada, igual que cuando se habían conocido… Hasta que él la había dejado. Apartó de su mente aquel pensamiento sombrío. «Nada de sombras aquí», se dijo. Estaban allí para disfrutar, para exorcizar los malos recuerdos.

–Suena bien.

Un destello travieso relumbró en los ojos de Leo, y antes de que Angelica pudiera reaccionar se la había cargado al hombro, como un troglodita. Le dio una palmada en el trasero y echó a andar hacia el mar mientras le decía:

–La siesta solo se la gana uno después de un poco de ejercicio.

Angelica dio un gritito cuando, tras haberse adentrado lo suficiente, Leo la arrojó al agua. Ella salió a la superficie tosiendo y riéndose.

–¡Te vas a enterar, Falzone! –exclamó, y empezó a echarle agua con las manos.

Él se sumergió y tiró de ella hacia abajo. Se besaron bajo el agua y sus cuerpos se entrelazaron mientras subían lentamente a la superficie agitando las piernas.

Cuando emergieron de nuevo, ella aún tenía las piernas en torno a las caderas de Leo y los brazos alrededor de su cuello. Los labios de ambos estaban a solo unos centímetros.

–Creo que ya es suficiente ejercicio por ahora –dijo Leo sin aliento.

Angelica se apretó contra su miembro erecto.

–Estoy de acuerdo. Hora de la siesta.

Y nadaron de vuelta a la orilla y regresaron al bungaló de la mano.

Ya estaba poniéndose el sol cuando, unas horas después, Leo salió al porche del bungaló. Se habían pasado la tarde en la cama y, aunque detestaba admitirlo, no le había parecido solo sexo, sino algo más profundo. Era como si hubieran vuelto el uno al otro, como si su relación únicamente se hubiese quedado en pausa tres años atrás.

En aquella época no había tenido en ningún momento la impresión de que estuviese enamorándose de él, y por eso se había

quedado en *shock* cuando se lo había soltado de sopetón. Angelica le había dicho que aquello no había sido más que un encaprichamiento por su parte, y quizá tuviera razón. Era verdad que ella había sido muy joven, y que aquella había sido su primera relación. Pero, en cualquier caso, los dos habían vivido una pesadilla en los últimos tres años, y lo más probable era que Angelica viese ahora la vida de un modo mucho más pragmático.

Un ruido a su izquierda lo hizo girar la cabeza, y vio que el personal del hotel estaba sirviendo la cena en el patio, un bufet con todo tipo de comida: pescado, ensalada, pan de pita, humus, brochetas de carne…

Y entonces vio aparecer a Angelica, que debía haber salido por la puerta lateral del bungaló. Estaba preciosa, con un vestido largo sin mangas de estilo caftán con muchos colores y el cabello recogido con una pinza. Su piel había adquirido un suave tono dorado por el sol y se la veía menos cansada.

Se mostró muy amable con el personal del hotel, alabando el gusto con el que habían dispuesto el bufet y dándoles las gracias con una sonrisa. Entonces lo vio a él en el porche y se acercó. Leo se fijó en que iba descalza y no llevaba nada de maquillaje. Nunca había estado más hermosa.

–¿Has visto todo lo que nos han traído? –le dijo mientras el personal se retiraba–. Tiene una pinta increíble. Venga, vamos a cenar; me muero de hambre.

Lo tomó del brazo y tiró de él hasta el patio, iluminado por la tenue luz de las lámparas solares colocadas estratégicamente en el suelo entre los maceteros. En la mesa habían puesto además un par de candelabros.

Llenaron sus platos y se sentaron.

–Hacía tanto que no disfrutaba así, relajadamente, de una buena comida… –comentó ella.

–¿Sigues pidiendo comida a domicilio? –le preguntó Leo.

Angelica arrugó la nariz.

–Querría poder decir que aproveché estos tres años de purgatorio para aprender a cocinar –respondió–, pero viajaba por trabajo todo lo que podía para evitar a Aldo, así que siempre me tomaba

cualquier cosa rápida en el descanso, o pedía que me subieran algo a mi habitación en el hotel en el que estuviese.

–Yo hice un curso de cocina en prisión.

Angelica casi se atragantó y tuvo que tomar un buen trago de agua para dejar de toser antes de preguntarle:

–¿Que hiciste… qué?

–Lo que oyes, un curso de cocina –respondió Leo, asintiendo con la cabeza–. Y preparábamos unos platos bastante elaborados, no te creas. Ahora sé cortar verduras como un profesional, y soy capaz de hacer un montón de platos de pasta y estofados. ¡No imaginas cómo alabó la profesora mi *boeuf bourguignon*!

–Me alivia saber que no todo fue malo –comentó Angelica con una sonrisa triste.

Leo contrajo el rostro.

–Bueno, para serte completamente sincero, aunque desde luego no fue una experiencia agradable y tuve que aprender a guardarme las espaldas después de que me apuñalaran, lo peor probablemente eran las horas interminables y el aburrimiento. Y la sensación de impotencia –le explicó.

–Me siento tan mal cada vez que pienso en lo que debió ser para ti estar allí esos tres años… –murmuró Angelica.

–No te sientas mal; tú no podías hacer nada –replicó él–. Me apuntaba a todos los cursos que podía para que el tiempo se pasara un poco más rápido. Hice boxeo, algo de defensa personal… Así me sentía más fuerte y capaz de defenderme.

–La verdad es que me he fijado en que estás un poco más… musculoso –observó Angelica, con las mejillas sonrosadas.

Leo sonrió divertido y enarcó una ceja.

–¿Ah, sí? ¿Un poco más musculoso, dices?

Ella frunció el ceño y le tiró una aceituna, pero él la atrapó al vuelo y se rio antes de metérsela en la boca. Hacía mucho tiempo que no se reía así, de verdad.

–Háblame más de aquello que me dijiste, de que te gustaría trabajar en algo que te llenara más –le pidió.

–Llevo un tiempo queriendo dejar el mundo de la moda –le confesó Angelica–. Es muy competitivo. Algunas modelos se convierten en *influencers* y lanzan su propia línea de maquillaje o de ropa, pero no es algo que me atraiga. He estado pensando en establecer una especie de fundación benéfica, un programa de ayuda para los jóvenes en zonas contraladas por las bandas y los grupos mafiosos. No solo en Italia, sino en todo el mundo.

–¿Y cómo funcionaría? –inquirió Leo, mientras tomaba una brocheta.

–Les ofrecería una amplia selección de becas para formarse, una ruta de escape, una nueva vida lejos de esos entornos llenos de violencia y muerte –le dijo ella. Al ver que Leo la escuchaba con interés, continuó–: La asociación que ayudó a mi madre y a mi hermano no disponía de los recursos suficientes para sacarlos de Italia, y antes o después la mafia los habría encontrado. Gracias a lo que gano con mi trabajo fuimos capaces de mandarlos a España… aunque Aldo sí que averiguó su paradero, así que no puedo decir que funcionara del todo –admitió con una mirada sombría–. No sé, tal vez no sea tan buena idea –concluyó desanimada, dejando caer la espalda contra el respaldo de la silla.

Leo se inclinó hacia delante.

–Aldo quería utilizarte, y consiguió esa información para poder coaccionarte –replicó–. No descartes tu idea; por supuesto que es buena. Requeriría una planificación y una coordinación importantes, y también recaudar los fondos necesarios, pero es posible sacarla adelante. Una asociación parecida a la que ayudó a tu madre y a tu hermano fue la que me consiguió plaza a mí en un centro de acogida. Si no hubiera sido por ellos, mi vida habría sido muy distinta. Y si a Aldo y a mí nos hubieran enviado también a otro país… ¿quién sabe?, quizá él se habría desligado de ciertas malas compañías.

–Tú lo hiciste –apuntó ella.

–Después de que asesinaran a toda mi familia me quedó muy claro que no quería nada con esa gentuza –respondió Leo–. Mi padre ni siquiera tenía trato con la mafia. Simplemente se había endeudado y no podía pagar. El tipo que vino a por él estaba hasta

arriba de droga y no sabía ni lo que hacía. –Tomó un sorbo de vino de su copa y, aunque su tono era calmado, Angelica se fijó en que le temblaba un poco la mano–. Creo que la única razón por la que no fueron detrás de mí fue porque solo tenía ocho años y no suponía una amenaza para ellos.

–Mi padre tampoco estaba vinculado a la mafia de ningún modo –le confesó Angelica. Hasta ese momento nunca habían hablado de los detalles–. Regentaba una tienda, y lo habían coaccionado para que les guardara en el almacén armas y drogas. Una banda rival entró a robarlo todo una noche y lo mataron.

Leo alargó el brazo y puso su mano sobre la de ella.

–Lo importante es que los dos conseguimos dejar atrás todo eso y que tú has vuelto a reunirte con tu madre y tu hermano.

–Sí, tienes razón –murmuró ella. No pudo evitar sentirse mal por Leo, cuya pérdida había sido mucho mayor que la suya–. La verdad es que lo entiendo.

–¿El qué?

–Lo de que no quieras formar una familia. ¿Quién querría arriesgarse a pasar por otro trauma así?

–Precisamente –asintió él.

Angelica habría querido decir más, pero algo en la mirada de Leo la disuadió de hacerlo. Él había tomado la decisión de cerrarse a esa posibilidad, y sería una tonta si creyera que podría persuadirlo de cambiar de idea.

Dejándose llevar por un impulso, se levantó de repente y Leo alzó la vista hacia ella.

–¿Qué pasa? –inquirió.

–Me voy a dar un chapuzón.

–Pero si ha anochecido.

Angelica se encogió de hombros y cruzó el jardín en dirección a la playa. La luna brillaba tanto que iluminaba la orilla y el agua. Deshizo el nudo que sujetaba el vestido tras la nuca y lo dejó caer al suelo.

Miró tras de sí y vio que Leo había echado a andar con parsimonia tras ella.

–¿Vienes o no? –lo llamó.

Echó a correr hasta adentrarse en el agua, diciéndose que debía aprovechar cada momento mientras aún estuvieran juntos. Oyó detrás de sí un chapoteo y pronto los brazos de Leo le rodearon la cintura y la hicieron volverse hacia él. Donde estaban aún hacían pie. Leo tomó sus pechos en las palmas de las manos y frotó los pulgares contra sus pezones endurecidos. Ella emitió un gemido ahogado y se agarró a sus duros bíceps.

–¿Qué te parece si dejamos de hablar del pasado? –le propuso–. Disfrutemos de esto.

Angelica le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él.

–Estoy de acuerdo –murmuró.

Habían pasado cuatro días más en aquel paraíso terrenal entregándose a los placeres mundanos: la deliciosa comida, el sol, el mar, el sexo… Y habían tenido cuidado de no volver a rememorar el pasado, conversando sobre cosas triviales y centrándose en el presente.

Ahora estaban de vuelta en Nueva York, donde estarían un par de días. Leo tenía varias reuniones de negocios, y Angelica una sesión de fotos para una icónica firma de joyería. No habían hablado de cuánto tiempo más continuarían con aquel falso matrimonio, pero los dos parecían haber llegado a un acuerdo tácito de no planteárselo por el momento.

Cuando subieron al coche que los esperaba en el aeródromo, Angelica se dio cuenta de que el traje de lino de chaqueta y pantalón que llevaba no había sido una buena elección porque la temperatura había bajado mucho. Ya estaba llegando el invierno.

Leo se había pasado la mayor parte del vuelo trabajando con su ordenador portátil. Ella había hablado con su agente, que estaba entusiasmado con una oferta que le habían hecho. Una de las líneas de cosméticos más famosas del mundo quería que Angelica se convirtiese en su imagen. Ella le había dicho que se lo pensaría. Hacía unos años habría aceptado al instante, pero en ese momento firmar un contrato así la haría sentirse aún más constreñida.

Iba abstraída en esos pensamientos, con la vista fija en la ventanilla, cuando Leo puso su mano sobre la de ella. Giró la cabeza hacia él y se obligó a esbozar una sonrisa, pero él notó que la preocupaba algo.

–Eh, ¿qué ocurre? –inquirió frunciendo el ceño.

Por algún absurdo motivo a Angelica le entraron ganas de llorar. Quizá porque tenía las emociones a flor de piel. Sacudió la cabeza.

–No es nada; solo un bajón posvacacional –bromeó.

Le contó lo que le había dicho su agente, y Leo le dijo con suavidad:

–¿Y no deberías estar entusiasmada? Es una oportunidad increíble, ¿no?

Ella sonrió.

–Sí, lo es, y me siento muy agradecida de que hayan pensado en mí, pero… si acepto será un compromiso que me atara durante un año entero, cuando no sé si quiero seguir con este trabajo.

Leo se quedó mirándola un momento y le dijo:

–Falzone Global Management tiene un departamento que financia proyectos benéficos aquí, en Nueva York. Podría concertarte una reunión con ellos, si quieres. Son quienes mejor te podrían asesorar sobre qué pasos tendrías que seguir para montar esa organización benéfica.

Angelica sintió que un cosquilleo de emoción la recorría.

–¿De verdad harías eso? –inquirió con los ojos muy abiertos–. Sería increíble.

–Por supuesto. Los llamaré ahora mismo. ¿Querrías ir hoy, si tuvieran un hueco?

Angelica asintió con entusiasmo.

–Ah, por cierto, hay un evento mañana por la noche en el museo Metropolitan al que querría que me acompañaras –le dijo Leo.

Angelica se irguió en su asiento.

–Claro. ¿Qué necesitas de tu esposa de conveniencia para la ocasión? ¿Refinamiento y elegancia o una maniobra de distracción?

Aunque sabía que lo había dicho de un modo jocoso, al oír a Angelica referirse a sí misma como su «esposa de conveniencia» Leo

se sintió como si le hubiesen propinado un puñetazo en el estómago. La conciencia le remordía cada vez que recordaba como, ansioso por vengarse, la había coaccionado para que se casase con él.

–En realidad, no tienes por qué venir si no quieres, Ángel –le dijo–. Si prefieres que no sigamos con esto…

Ella se puso tensa.

–¿Quieres que lo dejemos?

Leo contrajo el rostro.

–No, mientras tú quieras que sigamos con nuestro acuerdo, yo estoy encantado –le aseguró–. Es solo que… bueno, soy consciente de que al principio no te di elección, y no quiero que tengas la impresión de que no puedes decidir.

Angelica se relajó un poco.

–Estoy aquí porque quiero –le dijo. Y antes de que él pudiera contestar a eso, añadió con una sonrisa–: Creo que optaré por la elegancia y el refinamiento para ese evento de mañana. Ya no necesitas maniobras de distracción. Le has demostrado a los medios que vuelves a tenerlo todo bajo control.

Leo experimentó por primera vez en su vida una sensación de verdadera camaradería, de que tenía a su lado a alguien a quien le importaba lo que le pasara. Y el pensar en que había dudado de ella volvió a hacer que se le remordiera la conciencia. Quizá fuera egoísta por su parte, pero no sería él quien le pusiese fecha al fin de aquel matrimonio. Si Angelica estaba contenta con que las cosas siguiesen como estaban, al menos por el momento, él tampoco tenía queja alguna.

Capítulo 10

Al día siguiente, por la noche, Leo estaba esperando en el museo a Angelica. Ella venía directamente de la sesión de fotos, así que habían pensado que lo mejor era que se reunieran allí. Estaba de pie en lo alto de la escalinata, después de haber lidiado con los fotógrafos y los reporteros. Todos le habían preguntado dónde estaba Angelica.

Un coche se detuvo frente al edificio en ese momento y supo que tenía que ser ella. La puerta trasera se abrió, y un empleado del museo ayudó a Angelica a bajarse. Cuando Leo la vio, le flaquearon las piernas. Se hizo un silencio repentino. Los otro invitados que estaban llegando se hicieron a un lado, como si fuera de la realeza. Y lo parecía; parecía una reina.

Llevaba un vestido blanco de satén con escote palabra de honor que resaltaba todas sus curvas. Su piel brillaba por el suave bronceado de aquellos días en el Caribe, lucía un elegante recogido, y para adornarse únicamente había escogido un sencillo collar de diamantes con unos pendientes largos a juego. Rezumaba elegancia y sofisticación.

Cuando por fin llegó junto a él, tras posar brevemente para los fotógrafos, le preguntó con un brillo travieso en los ojos:

–¿Qué tal estoy?

Leo, que tenía un nudo en la garganta, tuvo que carraspear para poder decir:

–Estás deslumbrante, Ángel.

Las mejillas de ella se arrebolaron.

–Gracias. Tú tampoco estás mal con ese esmoquin –bromeó–. ¿Entramos?

Leo se tensó un poco ante la idea de encontrarse rodeado de gente, pero, como si le hubiese leído el pensamiento, Angelica entrelazó su mano con la de él, se la apretó suavemente y le dijo:

–Todo irá bien.

Él asintió y se fijó en que, durante toda la velada, Angelica estuvo pendiente de que en ningún momento estuvieran demasiado rodeados de gente, llevándolo hacia algún espacio más despejado cuando parecía intuir que se estaba agobiando. Volvió a experimentar esa sensación de camaradería entre ellos, agradecido por su consideración, pero se dijo que haría bien en no acostumbrarse, porque no siempre la tendría a su lado. La sola idea hizo que se sintiera de repente muy solo, pero no podía ser de otra manera. A cada día que pasara tendría más miedo de perderla, y precisamente por eso debía dejarla ir.

Dos días después. Venecia

Angelica sintió como los nervios le atenazaban el estómago cuando el taxi-lancha enfiló por el gran Canal, donde se encontraba el antiguo *palazzo* en el que estaba el apartamento de Leo.

El taxi se detuvo junto al embarcadero y Leo saltó fuera antes de volverse para ayudarla a ella. Al entrar en el edificio el conserje saludó afectuosamente a Leo, diciéndole cuánto se alegraba de que lo hubieran absuelto, y Angelica se emocionó un poco.

El apartamento de Leo ocupaba toda la segunda planta. Era muy acogedor, con suelos de madera, alfombras orientales y unos preciosos muebles antiguos. Había estado allí con él varias veces tres años atrás. Por aquel entonces. Leo pasaba casi tanto tiempo en Venecia como en Roma.

–Tengo una reunión esta tarde –le dijo él–, pero antes quería enseñarte algo… si es que ha llegado –añadió en un tono enigmático.

Angelica lo siguió a través del amplio salón y luego por un pasillo que conducía a las habitaciones. Leo entró en el dormitorio principal, que tenía un pequeño balcón que se asomaba al Gran Canal. Abrió

el armario y sacó una percha cubierta con una funda protectora con cremallera. La puso sobre la cama y bajó la cremallera, dejando al descubierto un vestido que dejó a Angelica sin aliento. Era de una belleza etérea, de gasa y seda dorada con adornos de encaje, delicadas mangas de casquillo y escote barco.

–¿Para qué es? –inquirió.

–Para el evento de esta noche. Es un baile de máscaras.

Angelica se fijó entonces en la máscara con plumas a juego que estaba sujeta con un imperdible al vestido.

–Es precioso –murmuró, alargando la mano para tocar la tela.

–Me sabe mal tener que dejarte sola –le dijo Leo–. ¿Qué tienes pensado hacer esta tarde?

–No te preocupes; tengo una reunión por Zoom con tu equipo para hablar de mi proyecto benéfico.

–Ah, estupendo. Bueno, pues, si necesitas cualquier cosa, mándame un mensaje.

–Lo haré.

Leo se quedó mirándola tanto rato que Angelica se sintió enrojecer.

–¿Por qué me miras así?

Leo sacudió la cabeza, como si acabase de salir de un estado de trance.

–Es que me hipnotizas –murmuró.

Angelica puso los ojos en blanco y levantó la mano en la que llevaba el anillo.

–Estamos casados, Leo; no tienes que decirme esas cosas.

Leo levantó el brazo y le acarició la mejilla.

–Nunca le he dicho algo así a ninguna otra mujer, ni tengo intención de hacerlo.

Angelica sintió una punzada en el pecho.

–Para, Leo, de verdad que no tienes que… –comenzó a protestar de nuevo.

Pero él la cortó con un beso que prendió de inmediato el fuego del deseo en ambos. ¿Que lo prendió? ¿A quién quería engañar?, era como si ese fuego no se apagase jamás.

Cuando finalmente Leo despegó sus labios de los de ella, Angelica tenía aferradas ambas manos a su camisa y su respiración se había tornado entrecortada.

–¿A qué ha venido eso? –inquirió.

–No puedo imaginar no desearte, Ángel… Siento que sería como si me faltara el aire que respiro o la sangre que corre por mis venas.

Angelica se notaba toda temblorosa. ¿Podría ser Leo estuviese finalmente admitiendo que quizá sintiese algo por ella?

–A mí me ocurre lo mismo –musitó.

Leo se irguió.

–Querría poder quedarme y sofocar este fuego que nos consume, por desgracia no puedo –le dijo, antes de alejarse hacia la puerta. Cuando ya tenía la mano en el picaporte se volvió y la miró–. ¿Nos vemos luego?

Angelica se limitó a asentir, aún acalorada y con el corazón martilleándole en el pecho. Cuando Leo salió, se sentó en la cama y miró el vestido con pesar. Leo solo había dicho que quería sofocar el fuego que los consumía; no era una confesión de que quizá significara más para él de lo que había pensado hasta entonces. Nada había cambiado. Si le dijese que todavía lo amaba, probablemente volvería a apartarla de él; exactamente igual que había hecho antes.

El evento de esa noche se celebraba en otro *palazzo* a unos metros de donde estaba el apartamento de Leo, también en el Gran Canal. Cuando entraron en el salón de baile, fue como retroceder en el tiempo, pues estaba iluminado con enormes candelabros y farolillos. Los camareros zigzagueaban entre la gente con bandejas repletas de canapés y copas de champán.

Leo y Angelica se habían vestido relativamente discretos en comparación con otros invitados, que llevaban elaborados ropajes medievales. A Angelica le gustó la sensación de anonimato que le daba la máscara.

En esa ocasión fue Leo quien tomó a Angelica de la mano y la guio de un sitio a otro. Parecía que poco a poco iba sintiéndose más

cómodo, pensó ella. Incluso en un momento dado le soltó la mano. Le presentaba a las personas con las que se paraba a hablar, pero en más de una ocasión la conversación lo abstraía de tal modo que tuvo la impresión de que ya no la necesitaba.

Cuando Leo se excusó con los anfitriones un par de horas más tarde, diciéndoles que iban a retirarse aunque era temprano, se sintió aliviada.

Ya de regreso en el apartamento, Leo se quitó la pajarita y se desabrochó el cuello de la camisa mientras ella se quitaba el abrigo y lo dejaba sobre una silla.

–¿Te apetece una copa? –le preguntó.

Angelica no era mucho de beber, pero pensó que no le iría mal con lo baja que estaba de ánimos.

–Bueno. Quizá un *whisky* rebajado.

Leo enarcó una ceja.

–Empiezas fuerte –bromeó.

Angelica respondió con una media sonrisa y lo siguió hasta el salón. Leo sirvió dos vasos de *whisky* y le tendió uno. Brindaron y tomaron un sorbo. Angelica dejó su vaso sobre el mueble bar, fue hasta las puertas cristaleras del balcón y salió.

Un taxi se alejaba por el canal y una góndola avanzaba perezosa por la superficie del agua. Angelica se fijó en la pareja que iba abrazada en el asiento detrás del gondolero. Leo y ella también habían paseado en góndola una vez. Se preguntó si aquella pareja duraría, o si acabarían rompiendo, como ellos.

–Ángel… –la llamó Leo a su espalda.

Se volvió y vio que seguía de pie junto al mueble bar. Dejó su vaso junto al de ella y le dijo:

–Ven aquí.

Un arranque de rebeldía hizo a Angelica contestar:

–Por favor.

Las comisuras de los labios de Leo se arquearon.

–Por favor.

Angelica entró, se quitó los sandalias de tacón y las dejó en el suelo. Mientras avanzaba hacia él se bajó la cremallera que el vestido tenía a la espalda. Se detuvo a un par de pasos de Leo y se

bajó la parte superior del vestido, dejando al descubierto sus pechos.

Vio como se dilataban las pupilas de Leo cuando empujó el vestido hacia abajo, que finalmente cayó a sus pies, dejándola solo con las braguitas. Luego se soltó el cabello, que se desparramó sobre sus hombros.

Leo dio un paso adelante, hundió los dedos en su pelo y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

–Bésame –le pidió ella con una sonrisa trémula.

Él la complació, tomando sus labios con un beso sensual que por un instante la privó hasta de la capacidad de raciocinio. Mejor así, se dijo, no quería seguir dándole vueltas a todo; quería dejarse llevar y saborear cada segundo.

Leo la alzó en volandas para llevarla al dormitorio y la sentó a los pies de la cama. Bajo el haz de luz de luna que entraba por la ventana, Leo se fue desvistiendo hasta quedarse desnudo. Los ojos de Angelica lo recorrieron sin el menor pudor: el ancho tórax, los marcados abdominales, la estrecha cintura y su poderoso miembro.

–Recuéstate –le dijo Leo.

Cuando obedeció, él le enganchó los pulgares en las braguitas y se las quitó. Luego le puso las manos en las rodillas y deslizó las palmas por la cara interna de los muslos, abriéndole las piernas. Se puso de rodillas en el suelo y subió beso a beso por las piernas de Angelica hasta alcanzar la unión entre ellas.

Las manos de Angelica se aferraron a las sábanas cuando el cálido aliento de Leo la hizo estremecer de arriba abajo. Leo le separó un poco más las piernas y su respiración se tornó rápida y entrecortada. Y entonces comenzó a explorarla con la lengua, de un modo tan exquisito y tan meticuloso que se encontró arqueando la espalda y despegando las caderas de la cama. Leo alargó un brazo y le acarició el estómago, como para calmarla, y luego su mano se cerró sobre uno de sus senos y lo apretó suavemente, y comenzó a pellizcarle el pezón, desatando unas descargas eléctricas de placer desde su pecho hasta su sexo, que él seguía asaltando con sensuales lengüetazos.

Leo ignoró por completo sus súplicas, y cuando Angelica creía que no iba a soportar más, alcanzó el clímax, que le sobrevino bajo la forma de una intensa ola de placer tras otra. Intentó cerrar las piernas, pero Leo no se lo permitió y siguió lamiéndola hasta que se derrumbó sobre el colchón, jadeando como si acabara de correr un maratón. Ni siquiera se había dado cuenta de que sus manos estaban estrujándole el cabello.

–Perdona –murmuró azorada mientras las apartaba.

Él se colocó a horcajadas sobre ella y sonrió divertido.

–No hay nada que perdonar.

Angelica frunció el ceño.

–Eres perverso, Leonardo Falzone –murmuró.

–Lo sé –dijo él riéndose–. Y eso ha sido solo el principio.

Angelica se agarró a sus hombros y, aunque aún se notaba temblorosos los brazos y las piernas, lo hizo rodar sobre la espalda y se puso sobre él.

–No tan deprisa, vaquero.

Leo, que claramente estaba disfrutando con aquello, cruzó los brazos por detrás de la nuca y se quedó expectante. Ella empezó por cubrir su pecho de besos. Cuando llegó a uno de los pezones lo lamió de un modo juguetón. Una de sus manos descendió al bajo vientre de Leo y notó como sus músculos se contraían. Envolvió su miembro erecto con la mano y se tomó su tiempo masajeándolo hasta que vio que el sudor perlaba la frente de Leo, y que todo su cuerpo estaba tenso. Solo entonces se inclinó y lo tomó en su boca.

Leo creía que iba a morirse allí mismo de gusto. Aunque al menos sería una muerte feliz, se consoló. Angelica era una auténtica hechicera. Estaba llevándolo a cotas de placer que nunca antes había conocido. No solía gustarle que le hicieran sexo oral… o tal vez debería decir que no le había gustado hasta que había conocido a Angelica. Siempre se había sentido demasiado expuesto y vulnerable. Pero la primera vez que Angelica se lo había hecho, había sido tan evidente que no sabía lo que estaba haciendo que

había sido hasta tierno. Poco a poco, sin embargo, había ido adquiriendo más habilidad.

En ese momento Angelica estaba siendo tan inmisericorde como lo había sido él con ella, y al cabo Leo perdió por completo el control y terminó derramando su semilla entre gemidos de placer mientras ella lo succionaba. Cuando hubo terminado de relamerlo, Angelica se colocó encima de él, restregando sus voluptuosos senos por su pecho con una sonrisa traviesa. Leo la agarró por las nalgas y le propinó una suave guantada en ellas.

–Pagarás por eso.

–Promesas, promesas… –murmuró Angelica.

Apoyó la cabeza en el hueco de su cuello y mientras su aliento le acariciaba la piel Leo sintió que una sensación de profunda paz se apoderaba de él, una paz que no había creído que volviera a experimentar jamás. Deslizó la mano arriba y abajo por la espalda de Angelica y al poco oyó un suave ronquido que lo hizo sonreír. Cerró los ojos él también y se dejó arrastrar por el sueño.

Capítulo 11

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Leo se sentía maravillosamente relajado. Después de quedarse dormidos, Angelica y él se habían despertado poco después y habían vuelto a hacer el amor, como si ese hambre del otro los hubiera arrancado del sueño. De hecho, a lo largo de la noche volvieron a entregarse varias veces a los placeres de la carne, con un deseo que a veces rozaba la desesperación. No se habían dormido finalmente hasta casi el amanecer.

En ese momento el sol entraba a raudales por la ventana, y cuando abrió los ojos Leo vio que Angelica no estaba en la cama. Alargó la mano. El colchón estaba frío. Debía hacer rato que se había levantado.

Se incorporó sobre el codo, contrariado. Apartó las sábanas y se fue derecho al cuarto de baño. Después de la ducha se puso lo primero que encontró a mano –unos vaqueros y una camisa– con cierta inquietud.

Cuando llegó al salón vio que Angelica estaba de pie junto a la ventana, mirando el canal. Llevaba unos vaqueros, una sudadera y zapatillas de deporte, y se había recogido el pelo en una coleta. Y entonces se fijó en la maleta que había en el suelo, junto a ella, y que tenía colgado el bolso, cruzado sobre el cuerpo.

Su inquietud aumentó, pero pensó que quizá la hubieran llamado para un trabajo.

–¿Ángel?

Cuando se volvió, Leo vio que estaba pálida y muy seria. Tenía ojeras, pero eso era de esperar, con lo poco que habían dormido. Tratando de no dejar traslucir su inquietud, le preguntó:

–¿Va a algún sitio?

Ella asintió.

–Me temo que he estado mintiéndote. A ti, y también un poco a mí misma.

Leo frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

De pronto un sudor frío lo recorrió. ¿Podía ser que sí hubiese tenido un propósito oculto después de todo?

Ajena a los cínicos pensamientos que rondaban su mente, Angelica le dijo de pronto:

–La verdad es que sigo enamorada de ti. Nunca he dejado de quererte. He estado intentando convencerme de que no era amor, o de que era agua pasada, pero no es cierto. –Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada–. Créeme, no se me escapa lo irónico que es que volvamos a estar en el mismo sitio, teniendo la misma conversación tres años después. –Soltó una risa brusca–. Cualquiera diría que había aprendido la lección, pero no…

Leo sintió que empezaba a encerrarse en sí mismo, a poner distancia con ella.

–Siento no poder decir lo que querrías oír –murmuró–. Es algo que no va conmigo: un compromiso de por vida, una familia…

Pero si lo que estaba diciendo era verdad, ¿por qué esas palabras le dejaban un regusto amargo?

Angelica tragó saliva.

–Yo… lo entiendo, porque también perdí a mi padre y crecí rodeada por la amenaza de la violencia, pero… ¿no ves que al cerrarte de esa manera a la posibilidad de ser feliz en cierto modo no estás honrando el recuerdo de tus padres y tus hermanos?

Leo apretó los dientes y resopló.

–Me sentiría culpable de tener lo que ellos no pudieron tener.

–Solo porque tú sobrevivieras no significa que tengas que abstenerte de amar y ser feliz. Sé que no me quieres, pero puede que algún día conozcas a alguien por quien llegues a sentir algo, y te mereces ser feliz, Leo. Eres un buen hombre y encerrarse en uno mismo no es bueno. Yo tuve que hacerlo durante esos tres años de matrimonio con Aldo, para poder sobrevivir, y eso casi me destrozó.

Leo no podía pensar con claridad. Una multitud de emociones lo asaltaban al mismo tiempo.

–¿Qué piensas hacer? –le preguntó a Angelica–. ¿A dónde vas a ir?

Ella lo miró triste y resignada.

–A Madrid. Creo que me compraré un apartamento cerca de mi madre y de Paolo. Seguiré trabajando al tiempo que pongo en marcha esa organización benéfica, y con suerte algún día, dentro de no muchos años, pueda dejar el mundo de la moda y dedicarme a esa causa por entero.

–Pero… ¿y qué hay del resto de tu vida? –le espetó Leo.

No sabía por qué estaba preguntándose aquello. No tenía derecho a hacerle esa pregunta; debería dejarla marchar.

Angelica levantó la barbilla.

–Yo sí quiero amor, y una familia. Quiero poder criar a mis hijos en un entorno en el que no se sientan amenazados. Quiero ser feliz y sentirme plena.

–Y lo serás –le dijo él–. Serás una madre y una esposa increíble. Y estoy seguro de que tu proyecto funcionará y cambiarás muchas vidas. Te mereces todo eso y mucho más –añadió, pero esas palabras volvieron a dejarle un regusto amargo.

–Gracias –musitó ella–. Tengo algo para ti.

Se acercó y le tendió una cadenita de plata con dos pequeños objetos colgando de ella: un colgante de cristal de Murano con forma de corazón, y el anillo de boda. Aturdido, extendió la palma de la mano y Angelica los dejó caer en ella. Leo recordó el día en que ella se quedó mirando aquel corazón en un escaparate, años atrás, y cómo él había decidido comprárselo, dejándose llevar por un impulso.

–No puedo creer que aún tengas este colgante –murmuró.

Angelica no respondió a eso.

–El anillo que me dio Aldo lo vendí y entregué el dinero a la beneficencia. Quizá podrías hacer lo mismo con los de nuestra boda.

Fue a por la maleta y se dirigió a la puerta del salón que daba paso al vestíbulo. Leo se sentía perdido, sin saber qué hacer. Era como si no pudiera moverse ni articular palabra. Angelica no se

detuvo ni se volvió, y poco después oyó abrirse y cerrarse la puerta del apartamento.

Igual que el día en que él la había echado de su vida, sintió el impulso de correr tras ella. Pero… ¿cómo iba a hacer eso cuando no podía darle lo que quería? Se quedó allí plantado un buen rato, con el colgante y el anillo en la palma de su mano. «No tienes corazón…», le susurró en un tono acusador su conciencia. No, eso no era verdad. Había sentido cómo se desgarraba de dolor el día en que habían asesinado a toda su familia. Y en ese momento podía sentirlo también, latiendo con pesadez. De pronto se sentía muy cansado, como si hubiera estado empujando una piedra colina arriba, como Sísifo, el personaje de la mitología griega, y acabara de rodar colina abajo, pasándole por encima.

Salió al balcón y miró abajo. Había un taxi-lancha esperando en el embarcadero. El conductor estaba ayudando a Angelica a subir a la embarcación. Ella se había puesto unas gafas de sol, pero Leo sabía que estaba llorando.

La había hecho llorar. Y más de una vez. Y sin saberlo se la había puesto en bandeja a Aldo, que había sentido tantos celos de cualquier cosa que fuera importante para él, que la había querido para sí.

El eco de ese pensamiento resonó en su mente. Cerró el puño y apretó la cadena con el colgante y el anillo. «Cualquier cosa que fuera importante para él»… De pronto todo empezó a encajar, como las piezas de un rompecabezas. Recordó lo tocado que se había quedado cuando Angelica se había ido… «Sí, después de que tú la rechazaras…». Recordó lo fácil que le había sido a Aldo aprovecharse de esas circunstancias para arrebatárselo todo. Porque Aldo había sido capaz de ver lo que él no había visto: que se había enamorado de Angelica.

Sí, se había enamorado de ella. Angelica había puesto su vida patas arriba y él la había rechazado en vez de afrontar que era un cobarde y que tenía demasiado miedo de aceptar ese amor que ella le había ofrecido.

Miró abajo de nuevo y vio que el taxi estaba empezando a alejarse del embarcadero para unirse al bullicioso ir y venir de góndolas y

otras embarcaciones por el canal. Y de pronto supo que Angelica tenía razón. En todo. Guardó la cadena en el bolsillo del pantalón y salió corriendo del apartamento.

Angelica no podía siquiera contener los sollozos que se le escapaban. Se sintió azorada por el conductor, aunque a juzgar por el modo en que estaba ignorándola, más de una mujer debía haberse deshecho en lágrimas como ella, a bordo de su lancha por los canales de Venecia.

Iba de pie en la parte trasera, agarrada a la barandilla, reprochándose el haber sido tan tonta como para dejar que el mismo hombre volviese a romperle el corazón.

Entre su llanto, el ruido del motor y la algarabía del canal, le llevó un rato darse cuenta de que alguien estaba gritando su nombre.

–¡Angelica!, ¡espera!

Se volvió y tuvo que levantarse las gafas de sol para asegurarse de que no era una alucinación. Otro taxi estaba acercándose a ellos a una velocidad considerable, y Leo iba a bordo, agitando los brazos y gritando su nombre una y otra vez. Se quedó mirándolo boquiabierta.

La otra lancha se colocó junto a la suya. Leo estaba gritándole al conductor que se acercara más. Cuando Angelica dedujo lo que planeaba, le chilló:

–Pero ¿qué estás haciendo? ¡Te caerás al agua!

Pero Leo hizo oídos sordos y, tras retroceder un poco para tomar impulso, saltó de una lancha a otra. Aterrizó junto a ella, en la parte de atrás, pero se tambaleó y casi se cayó hacia atrás. Ella lo agarró como pudo.

–¡Pero si vas descalzo! –exclamó al bajar la mirada y ver sus pies desnudos.

¿Había salido corriendo detrás de ella con lo puesto? Una llamita de esperanza se encendió en su pecho. Leo la asió por los brazos y le dijo algo al conductor que ella ni oyó, aturdida como estaba con lo que acababa de ocurrir.

–¿Llego demasiado tarde? –le preguntó luego.

–¿Para qué? –inquirió ella.

–Para ir contigo.

–¿A dónde?

–A donde tú vayas, si tú me dejas.

Angelica se llevó una mano a la boca para reprimir un sollozo. No paraban de caérsele las lágrimas. Sacudió la cabeza, confundida.

–¿Qué estás diciendo, Leo?

Él sonrió y le enjugó las lágrimas con los pulgares.

–No quiero volver a ser el causante de tus lágrimas nunca más. Lo que estoy diciendo, *amore mio*, es que te quiero. Siempre te he querido, pero estaba demasiado asustado como para admitirlo y pagamos un precio terrible por mi cobardía.

Angelica giró la cabeza y besó la palma de la mano de Leo. Luego lo miró y le dijo:

–No fue cobardía; solo era un mecanismo de autoprotección, por el trauma que sufriste en tu infancia.

–Sí, pero tenías razón en que al distanciarme de ti y cerrarme al amor no estoy honrando la memoria de mi familia, sino todo lo contrario. Se merecen algo mejor de mí, y tú desde luego mereces algo mejor también –le dijo Leo–. Pero… ¿estás segura de que me quieres a tu lado, después de todo por lo que te he hecho pasar?

–¿De verdad tienes que preguntarme eso, Leo? Te quiero; nunca he dejado de quererte. Quiero formar una familia contigo y envejecer contigo, y ver a nuestros nietos convertirse en adultos.

A Leo se le humedecieron los ojos de la emoción.

–Entonces me esforzaré por ser el mejor marido, padre y abuelo posibles, aunque puede que me lleve un poco hacerme a ello. Durante mucho tiempo, cosas tan inofensivas como ver a una familia feliz me provocaban ataques de pánico.

Angelica entrelazó su mano con la de él.

–Iremos tan despacio como necesites, cariño, y sin que te des cuenta un día seremos una familia.

Leo se inclinó para besarla. Ninguno de los dos era consciente de que entre los turistas y los habitantes de la ciudad también estaban siendo observados por los *paparazzi* que andaban siempre por el canal a la caza de famosos.

Las fotos de ambos besándose apasionadamente en la parte trasera de la lancha se hicieron virales, igual que otras de Leo poniéndole el anillo en el dedo y el colgante en el cuello. La prensa rosa especulaba sobre lo que podía haber ocurrido, pero de lo que no había ninguna duda era de lo enamorados que estaban y lo felices que eran.

Epílogo

Un mes después de aquel momento viral volvieron a Venecia para renovar sus votos matrimoniales. Angelica vistió para la ocasión un vestido de novia con volantes y un velo de encaje. Paolo, que había acudido a la boda con su novia, fue quien la llevó al altar, y por supuesto su madre y el novio de esta también asistieron. Fue un día muy feliz.

Y luego, tres años después, Leo y Angelica regresaron de nuevo a Venecia, aprovechando que él se había tomado unos días libres. Mientras caminaban por las estrechas callejuelas de la ciudad, Leo se detuvo junto al escaparate de una tienda y se quedó mirando el reflejo. Llevaba a su hijo Luca, de dos años, sobre los hombros, y a su lado estaba Angelica, tendiéndole un cucurucho de helado al pequeño para que diese un mordisco. En un portabebés colgado al frente llevaba a su hija recién nacida, Sara.

Angelica le había dicho que sin que se diese cuenta un día serían una familia, y así había sido. A veces lo aterraba la idea de poder perderlos, pero la mayor parte del tiempo lo embargaba el amor que sentía por su esposa y por sus hijos y rogaba por que siempre estuviesen juntos y fuesen así de felices.

Bajó la vista hacia Angelica y sonrió, y ella miró el reflejo en el escaparate y sonrió también, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Entrelazó su mano con la de él y siguieron paseando, una familia más entre muchas otras, aunque quizá estuviesen un poco más enamorados y fuesen un poco más felices precisamente por el largo y tortuoso camino que habían tenido que recorrer para volver a estar juntos… y no alejarse el uno del otro nunca más.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Portadilla

BIANCA™

JOSS WOOD

LA META:
TU CORAZÓN

HARLEQUIN™

Capítulo 1

Shanghái

–Llega tarde. ¿Por qué llega tarde?

En la lujosa *suite* de Taz de Rossi, situada sobre el *pit lane* del Circuito Internacional de Shanghái, Millie James contuvo las ganas de preguntarle con sarcasmo a Sylvie si acaso no conocía a De Rossi. Desde que había empezado a trabajar como responsable de Prensa para él hacía seis semanas, jamás había llegado puntual a ningún compromiso. Como encargada de gestionar sus intervenciones en medios y su imagen, pasaba gran parte del tiempo disculpándose por sus retrasos o ausencias. No sabía por qué Sylvie esperaba que Taz asistiera a aquella rueda de prensa del equipo De Rossi; no había acudido a ninguna otra en lo que iba de temporada.

El propietario y piloto principal del famoso equipo de Fórmula Uno nunca hacía nada que no quisiera hacer. ¿Y por qué habría de hacerlo? Procedía de una familia legendaria de pilotos y estaba a punto de batir el récord de tres campeonatos consecutivos de Fórmula Uno de su hermano mayor.

También era, con diferencia, el cliente más difícil –aunque también el más atractivo– con el que había trabajado jamás.

Arrogante, seguro de sí mismo y exasperante, pero increíblemente seductor.

Al igual que los padres de Millie, era una de esas personas a las que la vida parecía sonreír. Al pensarlo, se dio cuenta de que llevaba meses sin saber nada de ellos. Era revelador que le resultara más fácil pensar en su familia disfuncional que en la incómoda atracción que sentía por su jefe.

Millie suspiró. Su familia…

Era imposible pensar en sus padres sin hacerlo también en su tía y su tío –su madre y su tía eran gemelas y vivían a dos puertas de distancia–, ya que las dos parejas de actores medianamente conocidos se movían siempre como si fueran una manada. Su primo Ben y ella, ambos hijos únicos, se habían criado como hermanos, muy unidos, fortalecidos por las críticas parentales y la apatía. Ben solía bromear diciendo que estaban sorprendentemente bien adaptados, teniendo en cuenta que los habían criado las cuatro personas más egocéntricas del planeta. Para ser justos, él había salido menos afectado que Millie de aquella locura colectiva.

Por desgracia, era cierto eso de que los buenos morían jóvenes…

Millie miró el dije plateado con forma de coche de carreras que colgaba de su pesada pulsera de eslabones de plata. En los últimos meses, a medida que se acercaba el décimo aniversario de la muerte de Ben, había empezado a cuestionarse su vida: quién era, qué quería y hacia dónde iba. Últimamente, la voz de Ben resonaba con fuerza: «Estás sobrecualificada para tu puesto de publicista júnior, no deberían haberte pasado por alto para ese ascenso, estás estancada». Él había sido la única persona en su vida que creía de verdad que era inteligente, capaz e interesante.

A finales de su adolescencia, había ignorado sus invitaciones para pasar fines de semana viéndole competir en ciudades glamurosas y había rechazado sus ofertas de entradas VIP para las carreras. Su timidez y falta de confianza le impedían integrarse en su sofisticado mundo. Estaba convencida de que tenían mucho tiempo por delante, de que brindarían juntos en bodas y cumpleaños importantes…, hasta que Ben murió en un terrible accidente y, durante años, Millie evitó todo lo relacionado con la Fórmula Uno.

Entonces vio el anuncio para el puesto de responsable de Prensa en De Rossi Racing, el antiguo equipo de Ben, y sintió la necesidad de postularse. Hacía dos meses, había cambiado su trabajo estable como gestora de cuentas júnior en una firma de Relaciones Públicas por un contrato de diez meses con De Rossi Racing para la temporada de Fórmula Uno.

A pesar de odiar la incertidumbre de lo que vendría después, Millie nunca cuestionó la decisión. Necesitaba estar allí, en el mundo que

Ben había amado y donde su voz resonaba con más fuerza, para decidir si podía verse como él la veía –capaz, inteligente, interesante– o como la veían sus padres: aburrida y poco aventurera. Ellos eran audaces y atractivos, se sentían cómodos bajo los focos, y consideraban la timidez y la reserva de Millie como graves defectos de carácter. A sus ojos, era inadecuada.

Desde la muerte de su primo, los había evitado tanto a ellos como a sus tíos mientras aprendía a adaptarse a la vida sin Ben. A base de decisión y distanciamiento emocional, había logrado mantenerse a flote. Pero la oportunidad de ser la responsable de Prensa de Taz de Rossi parecía una señal para dejar de estar estancada y empezar a nadar. Para seguir adelante, para cambiar…, para vivir adentrándose en el mundo que Ben –su mejor amigo, su hermano– había adorado.

Mika, la responsable sénior de Relaciones Públicas del equipo, gimió y golpeó su teléfono contra la frente, sacándola de su ensimismamiento. Millie reconoció la exasperación de Mika, al igual que Sylvie, que se le adelantó preguntando:

–¿Qué ha hecho ahora?

Mika levantó el teléfono y Sylvie y ella se turnaron para mirar las fotos en la pantalla. Millie reconoció el club Lily's de Londres. En las imágenes, Taz salía del exclusivo local que él solía frecuentar. Lo que las hacía noticiables era que, en lugar de hacerlo con la siempre volátil Phoebe –la exmodelo e *influencer* con la que mantenía una relación intermitente–, iba de la mano de una despampanante rubia.

Meredith, la prometida del difunto hermano de Taz, se llevaba la otra mano a la cara, intentando protegerse de los cegadores *flashes*, mientras que él parecía querer hacerle daño a alguien.

Para ser justos, a menudo tenía ese aspecto. A diferencia de su hermano Alex, encantador, extrovertido y sociable, la expresión habitual de Taz solía ser intimidante o taciturna. Y tenía el rostro adecuado para ello: cabello castaño oscuro, casi negro, ojos grises penetrantes, nariz larga y pómulos altos. Mientras Alex había sido guapo como un modelo de portada, el rostro de Taz, de ángulos severos, era más duro, más áspero y decididamente masculino. Como una buena pintura, era un rostro que podías contemplar toda la vida y seguir encontrándolo fascinante.

Pero todo el mundo sabía que Taz nunca sentaría cabeza. La idea era inconcebible. Era el soltero más codiciado del mundo y estaba decidido a seguir siéndolo. Era egoísta, narcisista y despiadadamente ambicioso. También exigente, desdeñoso y difícil; se parecía demasiado a los padres de Millie. Desde que había empezado a trabajar allí, había muchas ocasiones en las que se sentía cohibida e insegura en su presencia. Se recordó que era adulta, no la niña asustada y rechazada que había vivido a la sombra de sus padres.

En su vida personal, trataba de poner distancia con la gente de su clase. Pero, por desgracia, evitar a su jefe no era una opción. Y, profesionalmente, de cara al público, Taz era un desastre. *Su* desastre.

–¿Qué se cree que hace Taz? –dijo Mika–. Sabe que Meredith es territorio prohibido.

–¿Crees que fueron juntos al club? –preguntó Sylvie, frunciendo el ceño.

–Desde luego salieron juntos –respondió Mika–. Y, según los rumores en Internet, pasaron gran parte de la noche acurrucados en un reservado.

Millie volvió a mirar la fotografía. Taz, con su metro ochenta y siete de estatura, camisa blanca con las mangas arremangadas y vaqueros azul oscuro, se erguía sobre la delgada exmodelo. Su físico tonificado, los hombros anchos y las piernas musculosas hacían que Meredith pareciera aún más menuda. Era innegablemente atractivo y desprendía una actitud de absoluto desinterés por la opinión ajena.

Millie era hija de padres narcisistas y vanidosos. Había perdido años deseando ser la hija que querían, persiguiendo expectativas que había acabado descubriendo que eran inalcanzables. Admiraba la actitud rebelde y despreocupada de Taz. Qué liberador sería que a uno no le importara lo que la gente pensara.

Entornó los ojos. Algo no le cuadraba. No percibía nada sexual en aquel encuentro con la mujer que estuvo a punto de convertirse en su cuñada. Aunque Taz solía complicarle el trabajo más de lo necesario, no estaba segura de que todo fuera como parecía.

–Le mostraré la foto a Taz, a ver si me dice algo al respecto –anunció Millie. No lo conseguiría, pero lo intentaría.

Mika hizo una mueca.

–Pisa ese campo minado con cuidado. Una vez me amenazó con despedirme por preguntarle sobre su vida amorosa. Y nunca se debe mencionar a Alex.

Alex, el mejor amigo y compañero de equipo de Ben, había formado parte de la realeza de las carreras, pero había muerto hacía siete años en un extraño accidente doméstico. En los foros de Internet circulaban teorías conspirativas sobre si realmente fue un accidente. Para participar en esas discusiones solo se necesitaba imaginación, no pruebas.

Dos jóvenes del mismo equipo, ambos carismáticos y pilotos destacados de Fórmula Uno, muertos antes de cumplir los treinta. La vida podía ser incomprensiblemente terrible.

Millie volvió a fruncir el ceño. Algo en la foto de Taz y Meredith seguía molestándola. ¿Debería decir algo? ¿Tenía derecho? ¿La escucharían?

–Yo… –comenzó a decir.

Mika la miró con impaciencia.

–¿Qué?

–No creo que estén saliendo juntos –afirmó Millie–. Sus dedos no están entrelazados. Los amantes no se toman de la mano así. Y él parece… preocupado.

Sylvie sonrió.

–Creo que lo conocemos mejor que tú, Millie. Llevamos trabajando con Taz más de una década.

Había sido estúpido pensar que le harían caso. Ellas lo conocían desde hacía más tiempo y Millie llevaba poco trabajando allí. Pero quizá también veían lo que esperaban ver. Era el típico chico malo y esperaban que se comportara como tal.

Cuando Mika y Sylvie entraron en la sala de conferencias, Millie bajó la mirada a su iPad. Mientras esperaba a Taz en el pasillo, repasó la agenda, aunque sabía que él no la seguiría. Tenía una entrevista con una influyente periodista deportiva a la una y media que no le convenía perderse, debía asistir a la conferencia de prensa de la FIA y, a las ocho, tenía la cena con los patrocinadores…

–¿Cómo supiste que no era una cita?

La voz grave de Taz la sobresaltó. Millie se estremeció al sentir su cálido aliento en la mejilla; no lo había oído acercarse. El calor que emanaba de él se mezclaba con su colonia fresca y veraniega. Giró la cabeza y vio sus ojos inyectados en sangre y el rostro demacrado. Era evidente que no había dormido.

Odiaba cómo la hacía sentir: nerviosa, temblorosa. A su lado, el mundo parecía tambalearse y le costaba horrores no dejarle ver cuánto la afectaba.

Tampoco tenía experiencia tratando con hombres que se movían por la vida con total soltura y confianza. El último con el que había salido –si dos cenas podían considerarse salir con alguien– tenía cuarenta y pocos años, vivía con su madre y estaba obsesionado con los videojuegos. No era virgen, pero tampoco experimentada.

¿Acaso importaba la experiencia? Para ella, el matrimonio no era un objetivo. Había crecido entre dos matrimonios disfuncionales y manipuladores y no tenía intención de repetir ese patrón.

Antes de que pudiera responder, Taz señaló el pasillo con la cabeza.

–Sígueme.

Millie abrazó el iPad contra el pecho mientras Taz cerraba la puerta de la *suite* tras ella. Luego avanzó unos pasos, se detuvo y se cruzó de brazos frente a ella con cara de pocos amigos. Millie se preguntó cómo se vería con una sonrisa. Aún no le había visto ninguna.

–Buenos días, señor De Rossi –dijo ella, decidida a ser educada. Quizá algún día captara la indirecta y le devolviera la cortesía, aunque no contaba con ello.

Él entornó los ojos y la mandíbula se le tensó. Millie pensó que quizá no debería provocar al oso…, así que bajó la mirada a la pantalla.

–¿Podemos repasar el horario de hoy? El recorrido del circuito es a las diez y el ajuste final del asiento es a las once. Después tiene una aparición en la zona de fans antes del almuerzo. Tiene una entrevista con…

–Cancélala.

La orden no la tomó por sorpresa, pero sí la irritó. Llevaba semanas mareando a la periodista, que ya estaba perdiendo la

paciencia. Millie no la culpaba.

–No creo que sea buena idea. Tiene una enorme presencia en redes sociales y es más influyente de lo que probablemente cree.

–Un millón de seguidores en todas sus plataformas, con un público de entre veinte y treinta y cinco años –replicó Taz.

Así que sí la escuchaba.

–Entonces, ¿por qué se niega a concederle una entrevista?

Sus ojos grises ardieron y apretó los labios, pero no respondió.

Lo intentaría una vez más. Su trabajo consistía en velar por conseguir una imagen positiva de él.

–Me dijo que, si no se reúne con ella esta vez, publicará su artículo sin su opinión.

Él levantó los hombros en un gesto de indiferencia.

–Que lo haga.

Millie suspiró. A Taz de Rossi no le importaba lo que la gente pensara o escribiera sobre él. No solo marchaba al ritmo de su propio tambor: componía la música. Quiso decirle que estaba siendo desconsiderado y grosero, pero, como sus padres, a Taz no le importaba cómo se sintiera ella. Era su empleada; él, su arrogante e imperioso jefe.

Y ella nunca había regañado a nadie en su vida.

Ya no era tan tímida como de adolescente; irse a la universidad le había dado algo de seguridad. Aun así, tendía a refugiarse en su caparazón cuando se sentía incómoda, y Taz la hacía sentirse *muy* incómoda. Frente a gente como él, su confianza flaqueaba.

Millie enderezó los hombros. Había aceptado ese trabajo para hacer algo distinto, para ser distinta. Estaba cansada de dejarse llevar, de preguntarse si había más en la vida, más en sí misma… Quería salir de su capullo, como Ben siempre había querido que hiciera. Honrarlo, diez años después, significaba averiguar si él tenía razón sobre ella.

–Cancela la entrevista –reiteró Taz–. No estoy de humor para ser amable con los periodistas.

En realidad, él nunca lo estaba. Millie asintió, esperando que la periodista no la odiara.

–Haré el recorrido del circuito y el ajuste del asiento –añadió Taz.

Por supuesto que lo haría. Aunque estaba en la cima de su carrera y conocía el circuito, lo inspeccionaría igualmente con sus ingenieros y su estratega. Ganar su cuarto campeonato consecutivo era lo único que importaba. Las entrevistas y su imagen de cara al público quedaban muy abajo en su lista de prioridades.

Ahora venía lo difícil.

–Hay mucho revuelo sobre Meredith y usted. ¿Cómo quiere que lo manejemos?

La mirada que le lanzó la clavó al suelo.

–¿Cómo crees que quiero que lo manejes? –preguntó él, con un tono sedoso y despectivo.

–¿Sin responder?

–Entonces, si ya lo sabes, ¿por qué te molestas en preguntarme?

Millie tragó saliva. Él no se movió ni habló, pero no necesitaba hacerlo. Dondequiera que fuera, su mera presencia exigía atención absoluta, y Millie no era inmune. Ella permaneció inmóvil, su compostura vacilando bajo la intensidad de la mirada de su jefe.

¿Por qué la miraba así?

Él era una leyenda de la Fórmula Uno… Un hombre intocable. Despiadado. Implacable.

El cuerpo de Millie se tensó bajo su escrutinio y pequeños fuegos artificiales estallaron sobre su piel. Una descarga eléctrica le recorrió la columna hasta los dedos de los pies. El corazón le dio un vuelco y el estómago se le contrajo. ¿Tenía que estar tan cerca? ¿Y por qué de repente le faltaba el aire?

A juzgar por sus ojos entornados y el indicio casi imperceptible de una sonrisa petulante en unos labios acostumbrados a estar serios, él era muy consciente del efecto que tenía en ella.

Tras unos segundos tensos, Millie apartó la mirada y volvió a fijarse en su *tablet*.

Estaba allí, se recordó, para mejorar su vida, no para complicarla con sentimientos hacia su jefe.

Le irritaba admitir que, cada vez que pensaba en salir con alguien, el rostro de Taz aparecía en su mente. Algo más allá de su atractivo y de su aura de seguridad la intrigaba. Era como una muñeca rusa: una figura dentro de otra. ¿Cuál contenía al verdadero Taz de Rossi?

Nadie lo sabía. Desde luego, ella no. Y daba igual, porque él estaba fuera de su alcance.

Nunca la invitaría a salir, aunque ella tampoco aceptaría. Gente como él –como sus padres– no miraba hacia abajo. Miraba hacia arriba o alrededor. Existía una especie de norma no escrita que colocaba a los ricos y atractivos en la cúspide. Negarlo era ingenuo.

Millie apartó esos pensamientos. Era hora de volver al trabajo. Y, sobre todo, de alejarse de Taz. Cuando no estaba cerca de él, era sensata y racional. A menos de veinte metros, la estupidez recubierta de lujuria se le instalaba en la cabeza junto a preguntas incómodas. ¿Por qué la intrigaba tanto? ¿Y por qué seguía esperando algo más allá de su altivez y su apariencia impecable?

«Basta, Millie. Es un caso perdido».

Se giró para marcharse, pero él extendió la mano, le agarró el codo y la detuvo en seco. Ella se volvió para enfrentarlo y arqueó las cejas.

–No respondiste a mi pregunta.

El pulso se le aceleró.

–¿Cuál? –preguntó ella, fingiendo no entender.

La miró fijamente, desafiándola. Millie se frotó la nuca. No la dejaría irse hasta que respondiera.

–Eh… Usted parecía protector con ella, no… excitado. Lo noté en la forma en que le sostenía la mano a Meredith.

Él puso cara de confusión.

–¿La forma en que le sostenía la mano?

Millie entrelazó los dedos.

–Los amantes se toman de la mano así –dijo mientras lo demostraba–. Usted le sostenía la mano como se la sostendría a una hija o a una hermana.

–Muy observadora.

Él inclinó la cabeza y ella notó curiosidad en sus ojos.

No, debía de ser imaginación suya…

–Mi trabajo consiste en analizar la cobertura mediática y garantizar que se muestre una imagen adecuada de usted –respondió ella, con un tono seco y profesional, ignorando la forma en que su cuerpo se tensaba bajo su escrutinio.

Él no movió ni un músculo, pero pareció inclinarse hacia ella, más cerca que antes.

–¿Y cómo te va con eso? –le preguntó con voz ronca, con un leve destello de humor en los ojos.

Ambos conocían la respuesta: mal. Millie soltó un suspiro y, bajo la barba incipiente, la boca de Taz se curvó en una sonrisa fugaz capaz de derretir un iceberg.

¿Estaba jugando con ella? Millie arrugó la nariz y se balanceó sobre los talones, incómoda.

–Creo que debería irme –respondió ella.

Como él no respondió, lo rodeó y puso la mano en el pomo. Cuando empezó a abrir la puerta, Taz habló:

–No es tu trabajo defenderme, y no me gusta que cotillees sobre mi vida privada.

Millie se quedó rígida, sintiendo cómo el calor le subía por el cuello hasta la cara.

–Vuelve a hacerlo y serás despedida.

Sí. Ahí estaba de nuevo el imbécil exigente que le pagaba el sueldo.

Capítulo 2

El domingo, día de la carrera, Millie permanecía al fondo de la sala VIP del equipo con la mirada fija en la enorme pantalla frente a ella. Podría haber bajado al *paddock*, pero, como ocurría con la mayoría de los deportes, se apreciaba mejor viéndolo y escuchándolo por televisión.

Se despegó del cuerpo la camiseta negra y rosa de De Rossi que cubría su piel sudorosa. La llevaba metida por dentro de sus vaqueros negros ajustados favoritos y calzaba zapatillas deportivas. Se había recogido la maraña de rizos en un moño desordenado y hacía rato que se le había borrado todo el pintalabios.

Ver carreras no era su actividad predilecta –una consecuencia directa del accidente mortal de Ben en Imola–, pero normalmente no sentía aquel nudo en el estómago ni la presión en la garganta. ¿Por qué tenía la sensación de que algo terrible estaba a punto de ocurrir? Taz llevaba de mal humor desde el jueves, arrancando cabezas a su paso, pero eso no era inusual. Ella había aprendido a no tomárselo como algo personal. Apenas pasaba tiempo con él. Entonces, ¿por qué se sentía tan nerviosa y tan tensa?

Mantuvo la vista clavada en la pantalla, que mostraba a Taz con una ventaja considerable sobre el resto del pelotón. Seguía impresionándola su dominio absoluto de aquel vehículo que parecía un proyectil. Se necesitaban inteligencia, agallas y reflejos extraordinarios para hacerlo.

Taz hizo rugir el motor de su coche al acercarse a otro más lento para adelantarlo. El piloto del otro coche, un novato según el comentarista, intentó colocarse detrás de él al aproximarse a una curva cerrada y frenó una fracción de segundo demasiado tarde. Su

parachoques delantero golpeó la parte trasera del coche de Taz y ambos vehículos comenzaron a girar.

Millie se llevó los puños a la boca, rezando para que ninguno impactara contra una barrera. Finalmente, los dos coches se detuvieron. En la sala, en boxes, en las gradas y ante millones de pantallas en todo el mundo, se oyó un suspiro colectivo de alivio. A esas velocidades, la seguridad era crucial. Todos sabían que siempre existía la posibilidad de lesiones graves o muerte.

Pero no ese día. No con Taz.

Aunque ya no tenía ninguna posibilidad de ganar la carrera de Shanghái. No pasaba nada; podía permitirse perder una o dos. Pero sabía que a él no le daría igual. Ganar lo era todo.

Millie se dejó caer en el asiento, ignorando las maldiciones dirigidas al piloto novato. Cerró los ojos y respiró hondo varias veces, agradecida de que Taz no estuviera herido. ¿Temblaba porque aquel accidente le recordaba las lesiones mortales de Ben? Quizá.

El deporte era emocionante. Y también brutalmente peligroso.

Millie abrió los ojos y vio en pantalla el coche de Taz entrando a duras penas en boxes, justo debajo de ellos. Taz salió, se arrancó el casco y la cámara captó su ceño fruncido. La furia emanaba de él en oleadas.

Ignorando a sus mecánicos, salió avanzando a grandes zancadas, con las cámaras siguiéndolo, hasta el box del novato. La voz del comentarista se aceleró mientras Taz irrumpía ante el piloto, que se encogió al oír su nombre.

Los segundos siguientes fueron caóticos. Taz lo levantó de puntillas y lo empujó contra la pared, gritándole. Ignoró las manos que intentaban separarlo hasta que un mecánico corpulento le rodeó la cintura y lo arrastró hacia atrás. Entonces cedió. Durante un instante, Millie captó en su rostro una expresión fugaz de: «¿Qué diablos estoy haciendo?», antes de que regresara el ceño duro. Apartó al mecánico de un manotazo y estampó el puño contra la pared junto al hombro del novato. Luego se alejó con la cabeza alta y los ojos en llamas.

Millie se frotó la nuca. Bueno, si antes estaba de mal humor, ahora sería mucho peor.

Taz entró en su habitación de piloto y cerró de un portazo. Giró el pestillo y fue directo a la nevera. Bebió una botella de agua de un trago, vació otra y solo entonces agarró la botella de *whisky* que tenía guardada en un armario. Dio un largo trago directamente de la botella antes de servirse un vaso generoso. El nutricionista no lo aprobaría, pero en ese momento le importaba un carajo. Le dolían los brazos y tenía el cuello rígido.

Estaba agotado.

Y la había cagado. Pero bien.

Se sentó en el sofá de cuero, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la botella en la mano. Había dejado que su temperamento anulara el sentido común y pagaría el precio. Como mínimo, se enfrentaría a una sanción; quizá incluso a una suspensión.

Se presionó los ojos con los dedos y maldijo. Su ventaja sobre su archirrival se evaporaría si no podía competir. Cuando regresara, tendría que luchar con más ferocidad.

Perder el control había sido una estupidez. A sus treinta y cinco años, ya debería saberlo. Él era mejor que eso. Aunque nadie lo creyera.

Dio otro sorbo y dejó la botella en el suelo. El accidente había sido la guinda de una semana horrible. Debería haber anticipado la torpeza del novato. Pero había permitido que su atención se dispersara.

Con sus dos principales rivales fuera de carrera, había entrado en piloto automático, dejando que su mente vagara por territorios prohibidos mientras conducía a toda velocidad. Lo había hecho con memoria muscular y experiencia, con pensamientos sobre su responsable de Prensa entrando y saliendo de su cabeza. No le concedía a nadie ese espacio mental cuando competía.

Entonces, ¿por qué a Millie sí?

No era glamurosa, nada que ver con las sofisticadas mujeres con las que se acostaba. Un mar de pecas le cubría la nariz y las mejillas, y bajo el sol sus rizos color miel mostraban reflejos rojizos.

Su boca era carnosa, la barbilla obstinada, el cuerpo curvilíneo. Y el ligero tono áspero de su voz le ponía los nervios de punta.

Pero su aspecto cautivador no era su única distracción. Recordaba cómo lo había defendido el otro día, cómo había dado la cara por él cuando todos asumieron que salía con Meredith. ¿Cuándo fue la última vez que alguien había hablado en su favor? ¿Su madre, tal vez? ¿En algún momento antes de su muerte, poco después de que él cumpliera cinco años? Sinceramente, no lo recordaba, y no creía que su padre o su hermano lo hubieran hecho nunca. Después de todo, él siempre había sido el último de la familia, el repuesto del heredero, ignorado y descuidado. Era propietario del equipo y piloto principal solo por muerte y destino.

Si Alex no hubiera muerto, sumiendo a su padre en una espiral de desesperación que terminó en una serie de infartos, probablemente seguiría siendo el paria de la familia De Rossi. No lo suficientemente digno para sentarse a la mesa.

En la pista, mientras adelantaba al novato, había estado pensando en lo bien que se sentía tener a alguien de su lado, aunque fuera por un minuto. Había imaginado cómo sería contar con alguien como Millie, alguien genuino, apoyándolo. Un segundo después, oyó el golpe y empezó a dar vueltas.

Lo había arriesgado todo: había puesto en peligro su objetivo de ganar su cuarto campeonato por perder la concentración, porque Millie no había sacado conclusiones precipitadas como todos los demás, porque había mirado más allá de la imagen pública que él mismo se había encargado de construir. Tampoco es que hubiera hecho nada para desmentir esa percepción; al contrario, se había esforzado por perpetuar el mito de ser descaradamente seguro de sí mismo, egoísta y despreocupado. Prefería que lo odiaran antes que lo compadecieran, que lo detestaran antes que lo menospreciaran.

Nada debía interponerse entre él y lo que hacía en la pista, y estaba furioso por haber permitido que una mujer –su empleada, por el amor de Dios– se le metiera bajo la piel. ¿Qué demonios le pasaba?

No necesitaba su aprobación ni la de ninguna otra persona. Era Tazio de Rossi, y no le debía explicaciones a nadie. Además, ¿alguien

creería que su encuentro con Meredith en el club había sido una coincidencia? Probablemente no. Pero jamás habría elegido pasar cuatro horas escuchándola hablar de Alex. Habían pasado siete años de su muerte, pero para Meredith era como si hubiera ocurrido el día anterior.

Por eso la evitaba. Por eso nunca mostraba fotos de Alex, ni allí ni en ninguna de sus casas. No soportaba los recordatorios del hermano que su padre había adorado. Toda la vida lo habían comparado con él.

Cuando murió, Alex fue homenajeado como un ídolo del automovilismo. Enamorado de su futura esposa, filántropo comprometido, habitual de los programas de entrevistas, famoso por su ingenio y su encanto. Taz se preguntaba qué pensarían sus legiones de admiradores si conocieran la verdad.

A simple vista, todo había sido sencillo: un accidente horrible y trágico que nadie podría haber previsto. La prensa relató los hechos con precisión. Durante las vacaciones de verano de la F1, Alex voló a Nueva York para un fin de semana largo mientras su prometida de toda la vida, Meredith, asistía a una despedida de soltera en Roma. Alojado en la mansión familiar, Alex –en calcetines– corrió para contestar el teléfono, resbaló y se golpeó la cabeza contra la esquina afilada de la losa de mármol italiano de la isla de la cocina. Murió en el acto.

Todo el mundo, fuera o no aficionado a la F1, coincidió en que la muerte de Alex había sido desgarradora.

Después del trágico suceso, aquella misma noche, Matteo de Rossi sufrió el primero de una serie de derrames cerebrales. El último le costaría la vida solo dos años después.

Al día siguiente de la muerte de Alex, Taz visitó a su padre en el hospital. Allí, el abogado de Matteo le explicó lo que había ocurrido en realidad. Todo había sido fruto de un malentendido.

Tanto Matteo como Alex creían que la casa estaría vacía aquel fin de semana. El padre, convencido de estar solo, oyó los gritos de una mujer y bajó corriendo para ver qué pasaba. Se encontró con una joven semidesnuda, arrodillada junto al cuerpo de Alex, con la mano apoyada en su pecho.

Sobre la encimera de la isla de la cocina había varias líneas de cocaína; en la mesa del salón contiguo, botellas de alcohol de todo tipo. La chica –a quien aún le faltaba un mes para cumplir dieciocho años– estaba completamente drogada.

Cuando Matteo comprendió que Alex estaba muerto, llamó a su abogado en lugar de al 911. El abogado llegó poco después y se llevó a la chica, las drogas y cualquier rastro de aquella fiesta privada.

Solo cuando la vivienda quedó limpia y vacía, con la amenaza a la reputación de Alex neutralizada, se llamó a la policía. La historia que contó Matteo fue sencilla: había bajado a tomar una copa, vio a Alex en el suelo y llamó al 911. Se mantuvo entero hasta que, de madrugada, se derrumbó mientras hablaba con su abogado y fue trasladado de urgencia al hospital.

Cuando recuperó la conciencia días después, su primera y única exigencia fue que las indiscreciones de Alex permanecieran en secreto. Y así fue. Habían pasado cinco años desde la muerte de Matteo, y solo Taz y el abogado conocían la verdad. Tras revisar el teléfono y el portátil de Alex, descubrieron que las orgías con drogas y chicas menores de edad eran habituales. Dada su notoriedad, era un milagro que nunca hubiera salido a la luz.

¿Se agravaban la ira y la amargura de Taz porque su padre, incluso después de la muerte de Alex, continuara denigrándolo mientras ensalzaba a su hermano en público y en privado? Taz luchaba a menudo contra el impulso de gritar la verdad, de decirle al mundo que el perfecto Alex era todo lo contrario. Pero se mantuvo callado, y siguió bajo la sombra de su brillante hermano.

Se frotó las manos por la cara. Algo se había apagado en él la noche de la muerte de Alex. Años después, seguía sintiéndose a oscuras, observando el mundo desde la distancia. La única forma de salir a la luz era batir el récord de Alex de tres campeonatos consecutivos. Sabía que nunca sería tan popular ni tan adorado. Pero, si batía el récord, el mundo lo vería como el mejor piloto de F1. Ese era su objetivo.

Y lo había puesto en peligro al perder los nervios con el piloto novato.

¿En qué diablos había estado pensando? Sabía que no debía hacerlo. Pero se había visto atrapado en una tormenta de resentimiento, miedo y furia. El chico había sido un blanco fácil.

Su comportamiento en boxes había sido inaceptable. Era un piloto veterano, un referente para los jóvenes y el propietario de un equipo. No era la primera vez que se avergonzaba de sus actos, pero sí la más grave. Tenía que disculparse: en privado con el piloto y en público con el mundo del automovilismo.

Había metido la pata antes, pero nunca así. Y había ocurrido porque había permitido que su atención se desviara hacia una de sus empleadas.

Se pasó los dedos por el pelo. Había puesto en peligro su campeonato, había arriesgado todo por lo que había trabajado.

Era inaceptable. Y tenía que acabar.

Puso la mano en el brazo del sillón e intentó levantarse, pero un dolor ardiente le recorrió la mano hasta la muñeca. Levantó la mano hinchada y amoratada, tenía los nudillos ensangrentados. Probablemente se había roto un dedo. Tal vez algo más.

«Mierda».

Se levantó con dificultad y abrió la puerta. En el pasillo lo esperaban su director general, su director técnico, el ingeniero de carrera y, detrás, el equipo de Relaciones Públicas. Incluida Millie.

Se apoyó en el marco y captó la simpatía en los ojos azul violáceos de ella, junto con una evidente exasperación. La frustración del resto no le importaba, pero por alguna razón le importaba lo que Millie pensara. No era algo que le gustara.

Mantuvo el rostro frío.

–Supongo que mis acciones han sido noticia –dijo con sarcasmo.

–Alex nunca… –empezó Len.

–Ahora no –lo cortó Taz. Nunca estaría a la altura del legado del santo de su hermano.

Miró a su director general.

–¿Alguna noticia del comité disciplinario?

–Nada oficial, pero no va a ser bueno.

Taz miró su mano hinchada.

–¿Eres consciente de que has echado por tierra la ventaja que tenías? –añadió Len–. Tendrás que ganar casi todas las carreras a partir de ahora.

Lo sabía. Se frotó la cara con la mano sana y miró a Millie. Vio la preocupación en sus ojos, cómo se desviaban una y otra vez hacia su mano. Pensó en las semanas que se avecinaban, en cómo iba a arreglárselas con una sola mano. Necesitaba ayuda. No podía arreglar aquello solo.

La idea le resultó pesada, incómoda. Depender de otros no era propio de su naturaleza. Se había construido a base de autosuficiencia y aislamiento emocional.

Aun así, recordó cómo Millie había analizado la foto con Meredith. No había sacado conclusiones precipitadas. Le había dado el beneficio de la duda. No recordaba la última vez que alguien había hecho eso. Necesitaba a alguien que viera más allá de su reputación y del mito de Alex. Alguien que lo viera a él.

También recordaba haber oído que Millie había dejado un puesto seguro en Londres para trabajar como su responsable de Prensa en su equipo. Ella sabía lo que hacía.

Decisión tomada.

–Voy a ascender a Millie de responsable de Prensa a responsable de Relaciones Públicas. Si necesitáis hablar conmigo, hacedlo a través de ella.

Millie se quedó boquiabierta mientras un murmullo de desaprobación recorría el pasillo.

–Millie, llama al médico del equipo –le ordenó Taz.

–Eh… Creo que antes deberíamos hablarlo –dijo ella, con pánico en la voz.

Estaba agotado. Le ardía la mano.

–Un médico. Ahora mismo –insistió, luego entró en su habitación cerrando la puerta de un portazo.

Se dejó caer en el sofá, apoyó con cuidado la mano lesionada sobre el vientre y se cubrió los ojos con el otro brazo.

¿Cómo diablos iba a salir de aquel agujero?

Capítulo 3

Mucho más tarde aquella noche, Millie se coló en la habitación privada de Taz en el hospital y se estremeció al ver el yeso que le cubría la mano desde las puntas de los dedos hasta varios centímetros por debajo del codo. Horas después de que el médico del equipo examinara la radiografía, lo habían llevado en silla de ruedas a un quirófano de última generación donde el mejor cirujano ortopédico de China le operó la mano. En ese momento, el yeso descansaba sobre la cama mientras él sostenía la nuca con la otra mano. Tenía los ojos cerrados y no parecía sufrir dolor.

Millie vaciló. No conocía lo suficiente a Taz como para visitarlo en el hospital, para estar en su habitación tan tarde, pero necesitaba preguntarle cómo quería que respondiera a las incesantes demandas de los periodistas, desesperados por obtener algún comentario o actualización de su estado de salud. Si la había amenazado con despedirla por compartir su opinión sobre una foto, tomar la iniciativa y publicar un comunicado sin su aprobación sería, sin duda, motivo de despido.

Y aunque le habría gustado decir que estaba allí solo como su responsable de Prensa, no era cierto. Se sentía inquieta e insegura. Trabajar para Taz siempre había sido un desafío, pero algo manejable. Su atracción hacia él había sido poco más que un murmullo bajo la superficie. Pero desde hacía un tiempo se había convertido en una corriente intensa e imposible de ignorar. ¿Qué había cambiado entre ellos? ¿O acaso estaba imaginando cosas? Lo cual era posible.

Durante la carrera había estado tensa, esperando que algo ocurriera. Hasta que finalmente ocurrió. Él chocó, perdió los nervios

y luego, sin previo aviso, anunció que la ascendía de puesto ante todos. La dejó atónita; nadie lo entendía. Pero al entrar en la habitación del hospital se quedó paralizada. El rostro pálido de Taz con los ojos cerrados sugería que no era el momento. Estaba herido; lo que tuviera que decirle podía esperar.

Se dio la vuelta para salir de puntillas, pero la voz grave de Taz flotó por la habitación.

–Millie.

La había pillado.

Ella lo miró y, en lugar de encontrarse con unos ojos vidriosos y una sonrisa aturdida, lo vio completamente alerta.

–¿Cuánto tiempo lleva fuera del quirófano? –preguntó ella.

–Unas dos horas. ¿Qué haces aquí?

Millie metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y se balanceó levemente.

–La prensa está revolucionada por el altercado con el piloto novato. Necesito saber cómo quiere que mitigue los daños. Y también me gustaría hablar sobre mi inesperado ascenso.

Él miró el yeso.

–¿Y no podías esperar hasta mañana?

–Cuanto antes empecemos a darle la vuelta a la historia, antes se olvidará.

–Podría haber esperado –insistió él.

Millie se removió incómoda. No podía decirle la tercera razón. Era simple: quería saber cómo estaba. Y sentía que debía estar allí porque dudaba que alguien más lo hiciera. Taz era respetado, pero no querido. Nadie debería estar solo después de una operación. Ni siquiera el increíblemente autosuficiente Taz de Rossi.

–¿Le duele? –preguntó ella, acercándose a la cama.

–Con la anestesia y los medicamentos estoy sorprendentemente lúcido –respondió él, sonriendo de manera cautivadora. Parecía más joven cuando sonreía–. Y sin dolor.

–¿Qué le han hecho?

–Me han puesto un clavo para estabilizar el dedo corazón. Tengo una pequeña fractura en la muñeca. Golpeé la pared con bastante

fuerza, pero debería curarse en cuatro o seis semanas. No estuve muy fino en ese momento, la verdad.

Millie arqueó las cejas, sorprendida porque admitiera haber cometido un error.

Era tarde y la planta en la que se encontraban estaba en completo silencio. La camiseta azul marino de Taz le marcaba los músculos del pecho y los hombros. El yeso blanco contrastaba con el bronceado de su brazo. Tenía la barba más espesa y los ojos grises cansados, pero seguían siendo penetrantes. Evaluadores. Haría falta algo más que un accidente, un desastre mediático y una operación para hacer sudar a Taz de Rossi.

–¿Cómo de graves son las consecuencias? –preguntó él–. ¿Del uno al diez?

Ella pensó en mentir, pero se limitó a encogerse de hombros.

–¿Doce?

Taz soltó una maldición.

–¿Y qué han decidido los comisarios?

–Todavía lo están discutiendo. Dijeron que enviarían un correo electrónico a primera hora de la mañana.

Él hizo una mueca.

–Si necesitan tanto tiempo para discutirlo, entonces estoy en problemas.

Francamente, lo estaba. Sus acciones se habían retransmitido a millones de personas en todo el mundo. En el mejor de los casos, había perdido los nervios; en el peor, había recurrido a la violencia. Fuera o no propietario del equipo, fuera o no una figura pública, no era precisamente un ejemplo de deportividad.

–Ha sido un día duro –murmuró Taz, el rey de los eufemismos.

Millie estaba de acuerdo. Era difícil, reservado y a menudo grosero, pero su día había ido de mal en peor hasta rozar lo catastrófico.

–Y los próximos días serán igual de malos, si no peores. Si los comisarios deciden imponerme una sanción para el resto de la temporada, se acabó. No habrá forma de que pueda ganar…

Se interrumpió y apartó la cabeza, pero no antes de que Millie captara la aprensión en sus ojos, el pánico fugaz en su rostro. Era la

primera vez que veía resquebrajarse su fachada de: «Lo tengo todo bajo control». Aquella grieta lo hacía parecer aún más atractivo.

Y peligroso. Muy peligroso.

Millie miró hacia la puerta e intentó sonreír.

–Me voy. Volveré por la mañana. Como le dije, hay cosas que me gustaría discutir con usted, incluido el tema de mi ascenso…

–La mayoría de la gente estaría encantada de recibir un ascenso.

Si pensaran que podían manejarlo. Millie tenía sus dudas. Solo había llevado cuentas pequeñas, y Taz tenía los ojos del mundo puestos encima. Aquel era un trabajo para los mejores, no para alguien que aún estaba descubriendo quién era y qué quería.

–Como he dicho, me gustaría discutirlo –insistió ella. No debería estar allí; era inapropiado y él parecía agotado–. Pero puede esperar hasta mañana. Debería irme.

–Espera. –Taz levantó la mano sana y la sujetó por el brazo. La atrajo hacia él hasta que sus bocas quedaron a escasos centímetros–. No te gusto mucho, ¿verdad?

Hasta hacía poco no. O no demasiado. Al igual que sus padres, era arrogante y estaba acostumbrado a salirse con la suya. Pero algo había cambiado, dejándola desorientada.

Era como si se hubiera puesto unas gafas nuevas y, de repente, el mundo –él– se hubiera vuelto más nítido. Tal vez era la expresión de dolor en su rostro, sus ojos cansados o el yeso en su brazo, pero sus rasgos parecían menos duros, su distancia menos marcada, su soledad palpable. No estaba preparada para que nada cambiara entre ellos.

Como él, estaba exhausta. Había sido un día largo. Pensar demasiado era inevitable.

–¿Por fin están haciendo efecto los medicamentos? –preguntó ella, desviando la conversación.

–Estoy bien –aseguró él. La comisura de su boca se levantó en una media sonrisa–. No hace falta que respondas. Lo veo en tus ojos. A poca gente le gusto, y puedo vivir con ello.

Quiso negarlo, pero un instinto de supervivencia la detuvo. ¿Qué sentido tenía admitir que la fascinaba? Nunca podría haber nada entre ellos. Él era una estrella y ella…

–No creo que deje que la gente se acerque lo suficiente como para formarse una opinión real sobre usted.

Él arqueó las cejas y ladeó la cabeza, con la mano aún sobre su brazo.

–Pero tú quieres que te bese. Te atraigo.

Sus palabras fueron suaves, pero la golpearon con la fuerza de un ciclón. Era un hombre con experiencia; había sido ingenua al pensar que no había notado su atracción. No le sorprendería que supiera que, cada vez que estaba cerca, ella se sentía como alcanzada por un rayo. La asaltaban pensamientos sobre cómo sería sentir sus labios, recorrer con las manos su cuerpo duro y musculoso.

«Atraída» era una palabra demasiado suave para describir su reacción hacia él. La verdad era que nunca había deseado tanto a nadie. Ardía por él, y no era una mujer a la que le gustara jugar con fuego. ¿Por qué la hacía sentir así?

Millie contuvo la respiración cuando la mano de Taz subió por su brazo y se deslizó por su nuca, hundiendo los dedos en su cabello. Sabía que debía ser sensata y apartarse, poner distancia entre ellos. Pero estaba cansada de ser sensata, de hacer lo que se esperaba. Quería adentrarse en el fuego y sentir las llamas en el rostro. Besarlo era una muy mala idea y, aun así, iba a hacerlo.

Taz inclinó la cabeza y los labios de ambos se encontraron en un beso tan suave como sensual. Millie apoyó los dedos en su mandíbula, sorprendida por la suavidad de la barba incipiente contra su piel. Él exploró su boca, presionando la comisura con la lengua, exigiendo entrar.

No debería hacerlo. Él era su jefe, le pagaba el sueldo. Ni siquiera debería estar allí, en aquella habitación de hospital. Pero su cuerpo, o más bien su boca, no lograba descifrar los frenéticos mensajes de su cerebro. Sus labios se separaron, por sorpresa y por necesidad, y él se deslizó dentro, provocando una cascada de fuegos artificiales bajo su piel. Sus lenguas se entrelazaron y oyó su gruñido de aprobación mientras su mano se apretaba en su cabello. Millie cerró los ojos, sentía que le hervía la sangre y no quería que aquello se detuviera nunca. Aquel era, sin duda, el mejor beso de su vida…

El suave gruñido que él dejó escapar rompió el último hilo de control que le quedaba. Millie le enredó los dedos en el cabello mientras la otra mano se deslizaba bajo la camiseta de Taz hasta encontrar su piel cálida. Quería montarse sobre él, balancearse contra la dureza de su entrepierna. Quería estar desnuda y tenerlo dentro. No se reconocía, nunca se había sentido tan necesitada, tan… desenfrenada.

Los hombres nunca la habían hecho sentir salvaje, fuera de control. Taz, por alguna extraña razón, sí lo conseguía.

Y sabía usar muy bien los labios. ¿Sería igual de bueno haciendo el amor? Por supuesto que sí; había tenido práctica con un sinfín de mujeres. Entonces, ¿por qué la estaba besando a ella?

Justo en ese momento, él dejó de hacerlo.

Millie se apartó. Sus miradas se encontraron y creyó ver sorpresa en los ojos de él. Taz se enderezó y apoyó la cabeza en la almohada, pasándose la mano por el cabello revuelto.

Si él no fuera Taz de Rossi, pensaría que aquel beso lo había tomado por sorpresa. Pero eso era imposible.

Él cerró los ojos de repente. Puso cara de dolor y apretó los labios.

–¿Le duele? –preguntó ella. Tenía que decir algo; el silencio era insoportable.

–Sí –respondió él, con voz áspera.

Aunque ella estaba segura de que había algo más. Empezaba a leer su lenguaje corporal: la mandíbula tensa, los labios apretados, algo hirviendo bajo la superficie. Estuvo tentada de insistir, pero no lo hizo.

Era tarde. Habían pasado demasiadas cosas. No había necesidad de echar leña al fuego.

Quizá aquel beso solo había sido el final extraño de un día duro. No debía darle más importancia. Tal vez él ni siquiera lo recordara por la mañana. Y si lo hacía, con suerte, lo consideraría un momento impulsivo sin más.

Dios, esperaba que así fuera.

Millie salió de la habitación, cerró la puerta tras de sí y se dejó caer en la silla más cercana del pasillo, apoyando la frente en el puño.

Un domingo normal en Londres significaba comer curri en pijama frente a la televisión o hacer la colada. Pero allí estaba, en un hospital de Shanghái, recién ascendida a un puesto que no creía poder desempeñar, reviviendo un beso con su jefe.

¿Quién era ella realmente?

Ese era el problema. Por eso estaba allí. Porque no quería ser quien era, pero no sabía quién quería –o podía– ser. Necesitaba una nueva versión de sí misma, una Millie 2.0, sin tener idea de cómo era ni en qué creía.

De joven se había sentido intimidada por el mundo sofisticado de las carreras, por las chicas glamurosas, por la riqueza que rodeaba a Ben. Sus padres y los de él se movían en ese ambiente con naturalidad. A ella no le gustaba ser el centro de atención.

Sus padres querían tener un hijo. Aventurarse a tener otro habría exigido más de lo que estaban dispuestos a dar. Se sintieron decepcionados con la hija que tuvieron y se lo hicieron saber con demasiada frecuencia: no era lo bastante segura, encantadora o talentosa como ellos.

A Ben le ocurrió lo mismo hasta que triunfó. Entonces fue aceptado.

Ben siempre le decía que era fuerte, encantadora e inteligente, que podía mantener la cabeza alta dondequiera que fuera. Era el único que la apreciaba y que creía que podía hacer grandes cosas.

Y, de una forma inesperada, el ascenso de Taz y luego su beso la hacían sentir lo mismo. Como si pudiera hacer cosas difíciles, asumir más responsabilidades…

Como si fuera más atractiva de lo que creía.

Como si importara.

No. Estaba siendo ingenua. El mundo no funcionaba así. Probablemente el ascenso sería revocado por la mañana. El beso no significaba nada. Había sido la anestesia. Un impulso.

–¿Va todo bien?

Millie dio un respingo al oír la voz de una enfermera y levantó la cabeza bruscamente, con la mano en el corazón.

–Lo siento, me ha asustado.

–Pareces cansada.

Millie lo estaba, física y emocionalmente. Había sido un día muy duro.

–Quizá deberías irte ya.

Millie asintió, tomó su bolso, se lo colgó al hombro y miró la puerta cerrada de la habitación de Taz. Pensó que debería decir algo, pedirle a la enfermera que lo vigilara, pero era estúpido e innecesario. Era su empleada, no su novia.

Tenía que recordarlo. Tenía cosas que hacer, y enamorarse de su atractivo jefe no formaba parte del plan.

Taz oyó cómo se cerraba la puerta y se cubrió los ojos con el brazo sano. Un dolor agudo le recorrió el otro brazo hasta el hombro, y lo único que deseaba era el olvido del sueño inducido por los medicamentos. O volver a sentir los labios de Millie sobre los suyos.

Mientras la besaba, se había olvidado de todo. La agonía de la lesión se desvaneció, la humillación perdió fuerza y la ansiedad por el campeonato se disipó. Estaba completamente absorto en ella: su ligero perfume, la suavidad de su cabello, su gloriosa boca.

Maldijo en voz baja. Tal vez los medicamentos le habían afectado más de lo que creía, porque las mujeres –y menos una como Millie, insegura, poco sofisticada, real– no deberían hacerlo sentir así. Desquiciado. Fuera de control.

Siempre había preferido estar solo. La autosuficiencia era más fácil que la decepción, que el abandono, que el rechazo que había sufrido por parte de su padre y su hermano. Ellos habían sido un equipo del que él había quedado excluido.

Tenía dos opciones: desaparecer o llamar la atención. Eligió lo segundo. A los dieciséis años rogó que lo enviaran a las academias adecuadas y, gracias a su talento, lo consiguió. Cuando su padre se negó a darle un puesto en el equipo De Rossi F3, otro equipo lo contrató. Ascendió rápido, llegó a la F1 con una escudería rival y se convirtió en uno de los mejores, en un contendiente directo de Alex. Cuando la prensa preguntó por qué no pilotaba para el equipo

familiar, su padre habló de meritocracia. La verdad era más simple: no lo quería allí.

Eso solo alimentó su ambición. Tras la muerte de Ben en Imola, y obligado por sus propias palabras, su padre le ofreció a regañadientes un puesto junto a Alex. Estuvo a punto de rechazarlo, pero el equipo De Rossi era la cima del automovilismo. Y él nunca se conformaba con ser el segundo.

Nada cambió en la dinámica familiar. Mantuvo la distancia, aprendió a no reaccionar, a no mostrar grietas. Se volvió estoico. Indiferente. Impasible.

Con el tiempo, dejó de ser una máscara y se convirtió en su manera de ser.

Hasta el día que descubrió que Millie podía ver más allá de su fachada. O quizá semanas antes, cuando miró por primera vez sus ojos azul violáceos y sintió que algo cedía en su interior.

Se había metido en un callejón sin salida. No le gustaba cómo lo hacía sentir y su primer impulso era apartarla. Pero aunque la degradara de puesto seguiría viéndola. Y despedirla no tenía justificación, lo haría parecer voluble.

Además, sería injusto. Le había dado expectativas, una oportunidad. Quitársela al día siguiente sería un golpe bajo. ¿O estaba buscando excusas para mantenerla cerca? Apartó la idea, incómodo.

La había ascendido. Mantendría su decisión. Haría que funcionara.

Y rezaría para que, por la mañana, todo volviera a estar bajo control.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Millie entró en la *suite* del ático del hotel del equipo y abrió los ojos de par en par al contemplar las vistas del distrito de Pudong, el Bund de Shanghái, el río Huangpu y la Torre Perla Oriental desde las alturas. Pero no era solo el exterior lo que impresionaba, sino la *suite* en sí: muebles lujosos, un piano de media cola y ventanales de suelo a techo. La decoración en blanco, negro y gris se veía interrumpida por toques en tono mandarina. El ambiente era austero, duro, severo… igual que su jefe.

Por cierto, ¿dónde estaba? Le habían dado el alta aquella mañana y sabía que ella iría a verlo. Solo podía estar en el dormitorio. Después del beso de la noche anterior, no pensaba acercarse a donde dormía, así que dejó el bolso en el sofá y se dirigió al telescopio en la esquina.

Había pasado casi toda la noche despierta, atrapada en un torbellino de pensamientos: la muerte de Ben, el beso de Taz, la imagen que tenía de sí misma y la que sus padres habían construido de ella. Por qué estaba allí, cómo pensaba salvar la reputación de Taz –si es que aún quedaba algo que salvar–. ¿Por qué la había besado? ¿Por qué la había ascendido? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Y por qué la vida, en lugar de ordenarse, parecía enredarse cada vez más?

–Millie.

Se giró y Taz apareció en la sala a su derecha. Tras él, vislumbró fugazmente una enorme cama en medio de una habitación gigantesca. Pero fue su aspecto lo que la desconcertó. Solía vestir con trajes impecables o conjuntos informales caros; en ese momento llevaba una camiseta holgada, pantalones de chándal e iba

descalzo. No se había peinado y la barba estaba más crecida. Parecía peligroso, y estaba muy muy sexi.

Bajó la cabeza y se aclaró la garganta, maldiciendo su atracción. Quizá era porque él era lo opuesto a los hombres con los que había salido en los últimos años: insípidos, aburridos, poco interesantes. Cuando por fin se preguntó por qué soportaba cenas interminables y fines de semana tediosos, entendió la respuesta: creía que no merecía nada mejor. Cansada de perder el tiempo, se había apartado de los hombres.

Tenía que dejar de sabotearse. Por eso había dado un giro para unirse al circo de la F1, para asumir un nuevo desafío. Y si parte de la lección vital consistía en lidiar con su atracción por aquel hombre carismático, que así fuera.

¿Habría puesto la vida a Taz en su camino para desafiar su costumbre de dudar de sí misma?

Millie se aclaró la garganta de nuevo y señaló la escayola.

–¿Cómo se encuentra? –preguntó, sentándose en una de las butacas frente al enorme sofá angular.

–Como si me hubieran clavado un hierro en el dedo para estabilizar el hueso –replicó, sarcástico como siempre.

Millie lo observó, pero nada en su expresión indicaba que fuera a mencionar lo ocurrido entre ellos la noche anterior. Había vuelto a ser su jefe gruñón y distante.

–Lo siento –soltó Taz de repente, pasándose la mano sana por la cara.

Maldición. No era habitual que Taz se disculpara, y Millie no sabía cómo lidiar con ello, así que ignoró la disculpa.

–Estar indispuesto me pone de mal humor –añadió él–. Ducharme ha sido una pesadilla y vestirme no ha sido nada fácil. He estado de un humor de perros toda la mañana.

–Recibí su mensaje para reunirnos aquí –dijo Millie, mostrando su teléfono–. ¿Podemos hablar ahora de mi ascenso?

Él frunció el ceño.

–¿Por qué es un problema? La mayoría de la gente ya me habría dado las gracias mil veces.

Dios, qué arrogante.

–¡Porque no estoy segura de querer el ascenso y, sobre todo, no sé si puedo hacerlo! –contestó ella, alzando la voz sin querer.

Se quedó sorprendida, ya que había aprendido a no mostrar sus emociones. No entendía por qué perdía el control.

–Por supuesto que puedes –afirmó él.

Su convicción era contagiosa y, durante unos segundos, le creyó. Pero la realidad volvió a imponerse y Millie negó con la cabeza.

–No lo entiende. Nunca he trabajado en una campaña importante.

–Es siempre lo mismo, ¿no? Construir y mantener una imagen positiva.

Esencialmente.

–Bueno, sí, en el nivel más básico –admitió ella.

El encogimiento de hombros de Taz sugirió que la discusión había terminado. Pero ella aún tenía preguntas.

–No creo que…

–Se acabó. Sigamos adelante –zanjó Taz–. Los comisarios de la F1 me han impuesto realizar servicios comunitarios como castigo por empujar al novato –continuó él, sentándose en el sofá y colocando sin pudor los pies descalzos sobre la mesa de cristal. La miró y torció el gesto–. Anoche acordaron que ya me había castigado bastante al golpear la pared y quedar fuera, pero aun así tenían que sancionarme.

Millie tuvo que cambiar de tema mentalmente. Volvería después a su ascenso.

–El servicio comunitario no está tan mal –opinó ella, entrelazando las manos alrededor de la rodilla–. ¿Cuánto y para cuándo?

–La única condición es que cause impacto. Depende de mí.

Millie repasó algunas opciones.

–Podría hacer lo que hizo su hermano: visitar hospitales infantiles, orfanatos, dar charlas en institutos, trabajar en un comedor social.

Por un instante, algo irreconocible brilló en los ojos de Taz antes de apagarse.

–No. No quiero que parezca que tomo el camino fácil haciendo lo que él hacía –respondió él con tono defensivo.

–Tu hermano recibió muy buena prensa por esas apariciones –señaló Millie.

Según se decía, el trabajo comunitario formaba parte de la personalidad de Alex, tan alabado por su filantropía como por su conducción. Perderlo había sido una tragedia. Su muerte debía de seguir siendo muy dolorosa para Taz.

–¿Por qué los buenos siempre mueren jóvenes? –murmuró Millie.

–¿Supones que Alex era bueno? –preguntó Taz, bajando los pies e inclinándose hacia delante.

Millie frunció el ceño. En realidad, pensaba en Ben, pero no iba a decirlo. Rara vez hablaba de su familia, y menos aún de su primo. Además, no quería comparaciones.

–Bueno… Era conocido por dedicar tiempo a las causas que le importaban –respondió ella, desconcertada–. Visitaba niños enfermos, participaba en actos benéficos.

–Era un santo…

Millie no supo identificar si él estaba siendo sarcástico.

–No he tenido tiempo de leer los informes de Mika sobre las repercusiones de mi accidente y la pelea –dijo él, cambiando de tema de repente–. Ponme al día.

–Pues… es un desastre.

–Era de esperar. Suéltalo sin rodeos.

Millie respiró hondo.

–Le describen como temperamental e incontrolable, mimado y privilegiado. Dicen que está poniendo en peligro su título y su marca. Se preguntan cuándo va a madurar…

–¿Y la periodista con la que querías que me reuniera el jueves?

–Ahora es una de sus críticas más feroces. Su pódcast, comparándole con Alex, se ha disparado en las listas.

Taz entrecerró los ojos.

–Si me dices que no debí rechazarla el jueves, te despido.

«Ojalá…», pensó Millie. Tuvo que apretar los dientes, casi se le escapa en voz alta.

Podía encargarse de la prensa –comunicados, entrevistas, el caos habitual–, pero ¿ser responsable de su imagen? ¿De rehabilitarla? Eso la aterrorizaba. Taz no necesitaba un responsable de Relaciones Públicas, necesitaba un milagro.

¿Cómo iba a mejorar su imagen cuando apenas entendía la suya? Podía escribir un comunicado impecable o programar entrevistas al segundo. Pero transformar la percepción pública requería una confianza y una audacia que no sentía tener.

–¿Por qué no está aquí su equipo de Relaciones Públicas? –preguntó ella, buscando una salida y odiándose por no lanzarse al desafío como sabía que debería, después de todas las promesas que se había hecho a sí misma y a Ben–. Tienen mucha más experiencia que yo.

–¿Por qué sigues intentando convencerte de que no debes aceptar el ascenso?

–¡Porque necesita a alguien más cualificado!

–No vamos a discutirlo más, Millie –replicó él–. Eres inteligente, observadora y piensas con claridad. Deja de menospreciarte y súmate al proyecto.

Millie abrió y cerró la boca, atónita. Era un cumplido inesperado y no supo qué decir.

–Ponme al día sobre lo que dice la prensa.

La orden la obligó a recomponerse.

–Le están destrozando. Y los patrocinadores no están contentos.

–Porque cualquier impacto en mi marca es un impacto en la suya. Si se quejan, tengo un problema mayor del que pensaba.

–Es la tormenta perfecta –admitió Millie–. A la gente no le gustó que saliera con Meredith…

–Eso no es lo que pasó, y lo sabes.

–La verdad no importa, tan solo lo que la gente perciba –replicó ella–. Después de que la prensa insinuara que se acuesta con la prometida de su hermano, tuvo un accidente que puso en peligro su campeonato. Luego empujó a un piloto novato, uno de los más simpáticos, y, para rematar, golpeó una pared, lesionándose. La prensa y el público odian ese tipo de actitudes, señor.

–No necesito que me recuerdes mis errores… –dijo él con un tono de voz helador–. Y el arrepentimiento no cambia nada. –Se pasó las manos por el pelo y entrelazó los dedos detrás del cuello–. Necesito seguir adelante. Y eso requiere soluciones y estrategias desde ya.

Un discreto golpe en la puerta interrumpió la conversación. Millie exhaló un suspiro largo y tembloroso, agradecida por el respiro. Podía considerarse inexperta, pero, por alguna razón, Taz parecía creer que podía soportar la presión. Estaba poniendo su fe –y su reputación– en sus manos.

Era Taz de Rossi, famoso por contratar a los mejores y despedirlos cuando no cumplían sus expectativas, pero… si él creía en ella, quizá era hora de dejar de dudar e intentarlo. Como mínimo, se lo debía a sí misma y a Ben.

Taz saludó al camarero del servicio de habitaciones y se acercó a los ventanales. El empleado sirvió café y se marchó en silencio.

Millie se unió a Taz junto a la ventana y le entregó una taza de café solo.

–He estado pensando…

–¿Es peligroso? –preguntó él.

Así que Taz tenía sentido del humor. Era bueno saberlo.

–Creo que no es prudente que me asciendas –insistió ella, dejando el tono formal–, pero es evidente que necesitas mejorar tu reputación.

–No voy a hacer visitas a hospitales ni grupos juveniles.

–Si lo hicieras, te compararían con Alex –razonó Millie–. El público te acusaría de ser falso, de intentar aprovechar la reputación de tu hermano para mejorar la tuya. Sería un desastre.

Su expresión se endureció. Millie se preguntó si lo había herido. No, eso era imposible. Nadie estaba seguro de que Taz tuviera sentimientos.

Aunque el beso de la noche anterior sugería lo contrario.

«No pienses en cómo se sentía su boca sobre la tuya, Millie…».

–Por favor, no te cortes… –murmuró Taz.

¿Estaba siendo sarcástico? Millie no tenía tiempo de descifrarlo. Dejó su taza y se paseó frente a la ventana, pensativa.

–Aparte de las carreras, ¿qué se te da bien? –le preguntó. Antes de que él pudiera responder, añadió–: Según Internet, eres un esquiador fantástico, un jugador de polo aún mejor y un golfista con un buen hándicap. Dicen que, si no te hubieras dedicado a las carreras, podrías haberte ganado la vida con el polo o el golf.

No podía imaginar a Taz haciendo ninguna de las dos cosas: eran demasiado tranquilas para alguien que vivía a mil por hora.

Coleccionaba vinos, era propietario de la sociedad que gestionaba el equipo De Rossi y sus filiales, tenía un viñedo en Francia, una villa en la Toscana, propiedades en Nueva York y Londres… Y entonces se le ocurrió.

–Tengo una idea…

–¿Debería asustarme?

Millie lo miró con los ojos entrecerrados. Aquel hombre no conocía el miedo.

–¿Por qué no haces lo que mejor sabes hacer?

Él levantó el yeso.

–Porque tengo la mano inutilizada –replicó con su mejor tono burlón.

–Eres un miembro de la alta sociedad, una celebridad de primer nivel. Te mueves con la misma soltura en eventos sociales que en la pista. Podemos usar eso para mejorar tu reputación.

–Ni siquiera he escuchado la propuesta y ya sé que no me va a gustar –protestó Taz con los ojos cerrados.

Después de un suspiro profundo, le hizo un gesto para que continuara.

–Creo que deberías ofrecerte como reclamo para que organizaciones benéficas recauden fondos con tu presencia. Podrías presentar alguna gala, ser invitado VIP en un cóctel, asistir a un torneo de golf… Contaría como servicio comunitario y ayudaría a mejorar tu pésima reputación.

–No soy un *boy scout* precisamente, pero mi reputación no es tan mala como para llevarme de cabeza al infierno –protestó él.

–Bueno… Phoebe y tú habéis tenido una relación tumultuosa durante años…

–Creo que llamarlo «relación» es exagerar –la corrigió Taz.

–Tomo nota… Eres grosero, impaciente y, francamente, incontrolable.

–¿Quién se supone que debe controlarme? –replicó él–. Soy el dueño del equipo. Yo tomo las decisiones.

–Nunca haces nada para frenar la mala publicidad.

Taz se encogió de hombros.

–La gente puede escribir lo que quiera, creer lo que quiera.

–Hasta ahora, tu única salvación ha sido tu comportamiento ejemplar dentro y fuera de la pista –continuó Millie–. Los periodistas siempre te han elogiado por no llevar tus travesuras de chico malo a tu vida profesional… Hasta ahora.

Taz se tensó. Había dado en el clavo.

–La prensa y los aficionados se preguntan si tu vida personal se ha filtrado a la pista. Pueden excusar tus excesos fuera de ella, pero no los tolerarán dentro.

Él asintió. ¿La estaba escuchando de verdad?

–¿No te ofende? –preguntó ella.

–Prefiero que me duela la verdad a que me consuele una mentira –respondió Taz–. ¿Así que crees que prestar mi influencia a organizaciones benéficas me redimirá?

–¿Junto con una disculpa al novato? Sí. Como mínimo, no te perjudicará.

–Pensaba disculparme con él en privado. Creo que así tiene más peso.

Millie estuvo de acuerdo.

–También necesitas una declaración pública, Taz. Una foto dándoos la mano ayudaría mucho.

–Quería hablar con él antes de que se fuera por el descanso de dos semanas antes de Miami, pero –levantó el yeso– la operación me retrasó.

A lo largo de la temporada de Fórmula Uno, todo lo que el equipo necesitaba en una carrera –desde los coches y el cuartel general hasta los neumáticos, el combustible y la marca de café preferida de Taz– se transportaba de un circuito a otro. La siguiente parada sería Florida, para el Gran Premio de Miami. La Fórmula Uno era un circo ambulante: montar, correr, desmontar. Y vuelta a empezar.

–¿Puedes disculparte con el novato por videollamada? Así podremos enviar un comunicado a la prensa más rápido.

A Taz no le gustó la sugerencia, pero finalmente aceptó. Millie lo celebró mentalmente y, aprovechando el impulso, siguió presionando.

–¿Y considerarías colaborar con organizaciones benéficas?

Sus miradas se cruzaron y Millie sintió el estallido de un corcho de champán en el estómago.

–Haz una lista de veinte organizaciones benéficas –pidió él–. Que envíen una propuesta breve. Yo decidiré.

Excelente. Era una victoria clara. Excepto por un inconveniente: Phoebe.

–Puedo explicar lo de Meredith, dado que era la prometida de Alex –dijo Millie–. Pero Phoebe tiene que mantenerse al margen de esto, Taz.

La parte de ella que había besado a Taz la noche anterior deseaba que Phoebe desapareciera de su vida. Millie mandó callar a esa voz.

–Su reputación es peor que la tuya, y las organizaciones benéficas no merecen verse envueltas en vuestros asuntos. Si va a aparecer, dímelo y buscaré otra estrategia.

–Me gusta tu idea –respondió Taz, sorprendiéndola–. Y Phoebe y yo hemos terminado. Para siempre.

¿De verdad? Millie quiso creerlo.

–Sigo los comunicados de prensa que mencionan tu nombre, y ella ha estado dando entrevistas diciendo que volveréis a estar juntos. Que os iréis al Caribe para retomar la relación.

Taz se burló.

–No hay nada que retomar. Se lo dejé claro antes de irme de Londres.

Parecía sincero, aunque Phoebe tenía la costumbre de reaparecer. Millie captó la advertencia en su mirada y dio el tema por cerrado.

Bajó la vista al iPad. Habían avanzado más de lo esperado.

Era hora de irse.

–Me pondré a trabajar en el comunicado y en la investigación de organizaciones benéficas.

–Vincúlalas con los circuitos –añadió él–. Una de Miami para el circuito de Miami. Una italiana para Imola.

Millie tragó saliva. Había estado evitando pensar en Imola, el circuito donde Ben había muerto. Faltaba un mes…, así que se preocuparía de eso más adelante.

–Veré qué puedo hacer.

Tomó su bolso y, aunque no debería preguntar, lo hizo igualmente:

–¿Vuelves a Londres o a Nueva York?

–Eso no es asunto tuyo, pero aún no lo sé.

Por un momento pensó que estaba convirtiéndose en un jefe tolerable. Se equivocaba. Aun así, se obligó a ser profesional.

–Buen vuelo entonces. Que te recuperes pronto.

Le dio la espalda y se dirigió a la puerta.

–Millie…

Se giró despacio. Taz estaba sentado en el brazo del sofá; la intensidad de su mirada la alcanzó de lleno.

–Ese beso…

Pensó que ya habían esquivado aquella mina… El calor le subió al rostro. Abrazó el iPad contra el pecho mientras una gota de sudor le recorría la espalda.

El silencio se volvió insoportable.

–Trabajo para usted, señor De Rossi. Lo que pasó va contra las normas de la empresa –respondió ella, recuperando de nuevo el tono formal.

–Lo sé. Es mi empresa. Y fue un beso excelente.

Quiso agarrarlo por la camiseta y sacudirlo. Estaba convencida de que había nacido para volverla loca.

–Creo que lo disfrutaste tanto como yo –añadió él, con tono deliberadamente provocador.

«Sé sensata, Millie».

–No me involucro con personas para las que trabajo –contestó ella–. Sería poco profesional. Además, usted tiene novia, y me arrancaría los ojos si se enterara.

–Ya te expliqué que Phoebe no forma parte de mi vida. No me gusta repetirme.

Millie levantó la barbilla.

–Aparte de no salir con jefes, tampoco salgo con chicos malos. No salgo con nadie. Ya no.

–Qué pena –respondió Taz, burlón.

Millie giró el pomo con más fuerza de la necesaria. Tenía que alejarse antes de hacer algo estúpido. Como soltar el bolso y lanzarse a sus brazos. Levantarle la camiseta, besarle el cuello…

Sacudió la cabeza. No era una mujer que se desnudara y se revolcara con un multimillonario.

Además, había demasiado en juego.

Taz tenía el poder, la riqueza y la influencia para recuperarse de sus errores.

Ella no.

Capítulo 5

Miami

Era un hermoso y caluroso día primaveral en Florida. Cuando la azafata abrió la puerta del *jet*, una ráfaga de aire caliente invadió el avión climatizado. Taz se desabrochó el cinturón y se estiró, deseando haber dormido más de unas pocas horas la noche anterior.

No debería haber aceptado la invitación de quedar con unos amigos en el Lily's, pero, después de que empezaran a circular rumores de que se escondía porque no soportaba las críticas, los *influencers* se hicieron eco de aquellas tonterías en las redes sociales. Millie le había enviado un mensaje diciéndole que saliera y pareciera alegre mientras lo hacía. Pensó en ignorarla –no era un hombre que permitiera que nadie, y mucho menos voces insignificantes en Internet, dictara cómo vivía–. Siempre había hecho lo que quería. Pero entonces recordó lo duro que estaba trabajando Millie; algunos de sus correos indicaban que seguía trabajando pasada la medianoche. Se frotó la nuca, incómodo y algo culpable por haberle entregado un cáliz envenenado.

Después de lo de Shanghái, había necesitado retirarse, curar sus heridas autoinfligidas y castigarse en privado. Había puesto en peligro todo por lo que él y su equipo trabajaban y había torpedeado su objetivo personal de ser mejor piloto que Alex, la única competición en la que podía vencer a su hermano muerto y aparentemente perfecto.

Pero cuanto más tiempo pasaba solo, más fuertes se volvían las voces del pasado que lo atormentaban. La soledad no siempre era sinónimo de paz, y a veces necesitaba evadirse en bares y clubes llenos de música demasiado alta.

Así que había ido al Lily's en Londres y, como era de esperar, se había topado con la prensa.

Y con Phoebe, que había intentado regresar a su cama. La rechazó con frialdad. Desde el principio le había dejado claro que no buscaba relaciones a largo plazo, pero ella siempre creyó que podría cambiarle y acabar llevando su apellido.

No iba a suceder. Además, ser un De Rossi no era tan maravilloso como el mundo creía.

Toda su vida lo habían comparado con Alex y siempre había salido perdiendo. Como resultado, se había esforzado por ser todo lo contrario. Y si uno vivía siempre actuando, ¿cómo podía alguien llegar a conocerte de verdad?

En apariencia, lo tenía todo: casas, dinero, coches, ropa… Pero nadie con quien compartirlo. Y así era como lo prefería. Tras la muerte de su madre, ni su padre ni su hermano supieron –o quisieron– lidiar con un niño afligido. Lo apartaron, y él pasó el resto de su infancia intentando alcanzarlos, superar un listón que nunca dejaban de subir. Su única esperanza de vencer a Alex era en la pista. Cuando ganara su cuarto campeonato, el mundo tendría que admitir que era mejor piloto. Nunca sería tan buen hombre. Nunca mancharía el apellido De Rossi revelando quién había sido realmente Alex, pero se conformaría con que lo reconocieran como el mejor piloto.

Había puesto todo eso en peligro en Shanghái. Se había disculpado y había aprobado un comunicado público pidiendo perdón al piloto novato, a la FIA y a los aficionados. El texto de Millie sonaba auténtico sin ser servil. También lo había convencido de dar una rueda de prensa en una hora, la primera desde el accidente, donde anunciaría su servicio comunitario y las organizaciones benéficas que apoyaría.

Se puso las gafas de aviador y bajó las escaleras del avión hacia el todoterreno que lo esperaba. El conductor abrió la puerta, y Taz se quedó inmóvil al ver a Millie sentada al fondo, con el rostro pálido. Llevaba un vestido sin mangas de colores vivos que se ceñía a sus curvas. Como siempre, llevaba el pelo recogido, y el delineador y la máscara de pestañas ligeramente corridos. Estaba… preciosa.

Y ahí estaba su otro problema.

Durante las últimas dos semanas, no había dejado de pensar en su beso, de anhelar que hubiera durado más. Recordaba su boca suave, su cabello sedoso, su perfume ligero. Los delicados dedos en su mandíbula, sus manos en su cuerpo… Todo había sido simplemente increíble.

Se frotó la mandíbula. Millie había cobrado importancia para él. Sí, se había sentido atraído desde el principio –esa combinación de ojos azul violáceo y cabello dorado rojizo–, pero precisamente por eso, y porque trabajaba para él, había levantado más barreras de lo habitual.

Con Millie, la lujuria y el trabajo chocaban, y le resultaba frustrante. La deseaba, y aquella noche, tras uno de los peores días en mucho tiempo, había bajado la guardia y cedido a la tentación de besarla. Había sido mejor de lo que jamás había imaginado, y eso que tenía una imaginación muy buena…

Sacudió la cabeza ante esos pensamientos mientras subía al coche. Trabajaba para él y estaba fuera de su alcance.

–¿Millie? No esperaba verte aquí –dijo él, cerrando la puerta. Ella tenía mala cara, parecía… estresada–. ¿Va todo bien?

–Oh, de maravilla –murmuró ella, fulminándolo con la mirada–. ¿No podías haberte mantenido alejado de problemas un par de semanas, Taz?

Era un hombre adulto, propietario y director de un equipo de carreras y de una empresa valorada en miles de millones. Nadie le decía qué tenía que hacer. Y, aun así, disfrutaba de su enfado: del color en sus mejillas, del fuego en sus ojos. Sabía que ella prefería negociar a discutir, así que admiró su intento de salir de su zona de confort.

–¡No era mucho pedir!

Bien. Se le había acabado la paciencia.

–Modera tu tono, Millie –pidió él, manteniendo la voz baja y subiendo la mampara de privacidad del coche–. ¿Te importaría decirme por qué estás enfadada?

–Fuiste al Lily’s anoche. –Le pasó el iPad.

Él no se molestó en mirarlo.

–¿Y?

–La mala prensa empezaba a calmarse, pero tu juerga anoche ha hecho que vuelvan a cuestionar tu sinceridad. Hay más de una docena de artículos insinuando que no lo sientes, que divertirte es más importante que las carreras y que no te tomas tu trabajo en serio.

Las carreras eran lo único que le importaba. Se pasó la mano por el pelo, rechinando los dientes. Quiso justificarse, algo que nunca hacía.

–¡Me dijiste que saliera!

–¡Me refería a tomar un café o visitar a un amigo! ¡No que te fueras de juerga!

–Llegué poco después de las once. Había estado trabajando y no podía dormir. Entré en la zona VIP, tomé un par de copas y me fui.

–Phoebe estaba allí.

Él apretó el puño de la mano ilesa.

–Según ella, has perdido el interés en las carreras. Y además ha asegurado que te mostraste violento. Ha echado gasolina al fuego.

Taz se agarró el puente de la nariz y cerró los ojos. Tenía que haber imaginado que ella arremetería contra él tras rechazarla. ¿Pero insinuar que había perdido los estribos con ella? Eso era caer muy bajo.

¿Y por qué le importaba tanto que Millie le diese credibilidad?

No se parecía a las mujeres con las que solía salir. Era sensata, con los pies en la tierra, no era dada a las tonterías. Le gustaba. Más de lo prudente. Pero aquella conversación demostraba que, como el resto de la gente, tal vez no podía verlo con tanta claridad como había pensado.

Se sintió irracionalmente decepcionado.

–Sé que miente, pero el mundo no lo sabe –continuó ella.

Taz recuperó algo de calma al oírla decir eso.

–Admito que soy impaciente cuando las cosas no salen como quiero. Pero nunca, jamás, he perdido los estribos con una mujer. Corté con ella al comienzo de la temporada. Ahora está removiendo el avispero porque la rechacé de nuevo anoche.

–¿Quiere volver contigo?

Él se encogió de hombros.

–Phoebe no acepta un no. El de anoche fue definitivo. Se enfadó y buscó venganza.

–¿Llamando a periodistas sensacionalistas a medianoche?

Él sonrió ante su ingenuidad.

–Solo necesitaba salir del club. Había un montón fuera. Me gritaron un montón de preguntas, pero los ignoré a todos. Probablemente ella se desahogó con ellos.

Millie miró por la ventana mientras avanzaban por la autopista hacia el circuito alrededor del Hard Rock Stadium en Miami Gardens.

–Nunca he trabajado para alguien tan expuesto a los medios –murmuró ella. Lo miró, y él vio la confusión en sus ojos–. Ser tu responsable de Relaciones Públicas está resultando muy difícil… Quizá deberías contratar a alguien con más experiencia.

¿Otra vez con esas?

–Millie, podría contratar a quien quisiera, a la mejor agencia del mundo. No los quiero a ellos. Te quiero a ti.

Nadie lo haría mejor. Tenía la certeza. Su intuición rara vez fallaba.

Sus miradas se encontraron.

Más allá del trabajo, ¿sabía cuánto la anhelaba? En su cama, debajo de él, de la forma más primitiva… No podía dejar de imaginar su cabello rizado esparcido sobre la almohada, recorriendo su piel pálida con la lengua y escuchando sus jadeos, marcando sus curvas con los dientes…

Ella abrió los ojos y se tocó el labio superior con la punta de la lengua, un gesto inconsciente.

Era lo bastante experimentado para saber que ella lo deseaba tanto como él a ella. Lo que no sabía era cómo dar sentido a lo que estaba sintiendo.

La lujuria era lujuria, una fuerza básica y primitiva. No tenía por qué significar nada: un choque de feromonas y química que a menudo no conducía a ningún sitio. No había necesidad de darle más importancia. Pero Millie –sospechaba– era alguien que analizaba todo desde todos los ángulos para darle sentido. Su cerebro tomaba las decisiones relacionadas con su cuerpo. Y eso significaba que no la vería desnuda en mucho tiempo.

Maldición.

Apartó esos pensamientos y se obligó a concentrarse en los negocios. La había ascendido porque ella lo veía –no al propietario ni al piloto, sino al hombre– con más claridad que nadie antes. Eso lo valía todo.

–Eras mi responsable de Prensa y ahora eres mi responsable de Relaciones Públicas –dijo él, retomando el tema–. Espero que hagas tu trabajo.

Millie soltó un largo suspiro.

A él no le gustaba discutir; prefería que la gente hiciera lo que pedía a la primera.

–Sería útil si tu ex dejara de agitar las cosas –murmuró ella–. ¿Considerarías…?

No. No iba a pedirle a Phoebe que se callara. No pensaba abrir una puerta cerrada.

–La gente puede pensar lo que quiera –respondió él antes de que ella terminara la pregunta–. Solo me importa lo que piensen de mi equipo y de mis carreras, de mis habilidades como piloto. Todo lo demás es superfluo.

Centrarse en las carreras había sido lo que le había permitido sobrevivir tras la muerte de Alex y luego la de su padre. Resolver los trámites legales y asegurar su derecho al imperio De Rossi había costado tiempo y dinero. El testamento de Matteo dejaba todo a Alex; como no había redactado uno nuevo, era Alex quien se lo había dejado todo a él. Que su padre nunca hubiera querido que heredara nada seguía siendo sal en una herida abierta.

Cuando ganara su cuarto campeonato, el mundo lo vería por méritos propios. Algo que ni su padre ni su hermano habían logrado. Sería su logro, sin la sombra de su hermano.

Se había prometido que aquella temporada estaría libre de escándalos. Había dejado casi por completo los bares y las fiestas, y, aun así, en las dos únicas veces que había salido, se había topado con Meredith y Phoebe. Era como si lo persiguiera la mala suerte.

–Háblame sobre las organizaciones benéficas que has preseleccionado –le pidió él, poniéndose cómodo.

Millie repasó la lista y le explicó brevemente a qué se dedicaban. En diez minutos decidieron apoyar a cinco: un torneo de polo ese mismo fin de semana, otro de golf, un baile, una fiesta al aire libre y un cóctel. Cinco organizaciones en seis semanas.

Millie se golpeó los labios con el bolígrafo. Labios que él deseaba besar con desesperación…

–Es una pena que no tengas una novia decente y agradable, alguien que pueda acompañarte a esos eventos.

–He asistido solo durante años.

–Pero una mujer guapa, con un vestido bonito, alguien que no sea conocida por armar escándalos, ayudaría mucho –añadió ella–. ¿Conoces a alguien así?

Él solía preferir mujeres atrevidas. Millie no lo era. Pero había algo en ella que lo atraía, y si la química entre ellos llegaba a la cama, el sexo sería explosivo.

«Trabaja para ti, De Rossi. Sería una estupidez».

–¿Y bien? –Millie esperaba una respuesta.

¿Que si conocía a alguien así? Claro que sí: esposas o novias de otros pilotos, directivas, mujeres irreprochables. Era cierto: los hombres salían con chicas malas y se casaban con chicas buenas. Pero a él no le interesaba el matrimonio. Tan solo le movía la marca De Rossi.

–Te conozco a ti.

Sus miradas chocaron. Millie hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

–¿A alguien más aparte de mí? ¿A alguien a quien puedas pedirle que sea tu acompañante?

Ella lo acompañaría a todos esos eventos de todos modos. ¿Por qué añadir a alguien más?

–Tú puedes ser mi acompañante.

Ella lo miró fijamente y luego se echó a reír.

–Sí, claro –se burló Millie.

Él se irritó de golpe. ¿Se estaba menospreciando a sí misma o a él? Ambas cosas le molestaban.

–¿Y por qué no?

–Porque soy la última mujer del mundo con la que saldrías –respondió ella–. No soy tu tipo.

Había un tono de desesperación en su voz, teñido de resignación.

–Vas a estar dondequiera que yo esté. Sería mucho más fácil si actuaras como mi acompañante.

Con cualquier otra persona habría expectativas y complicaciones que no estaba dispuesto a gestionar. Con Millie, no. Mientras mantuviera todo en un plano superficial –y lo haría–, ella podría desempeñar el papel y volver a su trabajo cuando todo terminara. Sin dramas. Sin ataduras.

Tener a Millie como cita no solo era conveniente; era previsible. Y necesitaba previsibilidad.

–Millie, tiene sentido.

–Tal vez para ti –replicó ella–. Yo me mantengo en segundo plano. No aparezco en los titulares, los manipulo. No se me ocurre nada peor que estar en el centro de atención contigo.

Sus palabras le dolieron más de lo esperado. Sabía demasiado bien lo que era vivir a la sombra de otro. Durante años había intentado ser digno de los elogios de su padre y había aceptado, a regañadientes, el mito construido en torno a Alex.

O quizá lo que realmente quería era que alguien como ella se sintiera orgullosa de estar a su lado. No por la fama ni la riqueza, sino por el hombre que intentaba ser.

Era absurdo pensar así. El mundo funcionaba por transacciones, y él era un negociador excelente.

–¿Cuánto? –preguntó él sin rodeos.

–¿Cuánto por qué? –respondió ella, desconcertada.

–Por hacerte pasar por mi novia.

–¿Me estás ofreciendo dinero para salir contigo?

¿Por qué no? Tenía dinero de sobra y, en ese momento, le vendría bien una novia sensata como parte de su papel de embajador de marca.

–Si invitara a otra persona, tendría que pagar vuelos, hotel, comida y probablemente ropa. Ya estoy pagando eso por ti. Necesitarías vestidos de cóctel, algunos de gala, trajes de

diseñador… –Hizo un gesto al ver su expresión–. Yo pagaré la ropa mientras actúes como mi pareja.

–¡No voy a ser tu acompañante!

–Quinientas mil libras.

Ella abrió la boca y negó con la cabeza.

–¿Setecientas cincuenta? –subió la oferta sin inmutarse.

Millie miró por la ventana, los hombros tensos, las mejillas encendidas.

–Vamos, fue idea tuya –insistió él.

–Nunca pensé que sería la estrella del espectáculo.

–No lo serás –contestó él, luchando por no reír–. Ese es mi trabajo. Tú solo aportarás un poco de brillo extra.

–Estás loco…

–O contigo o con nadie. Setecientas cincuenta mil libras por hacer de mi novia en cinco eventos no es un mal trato.

–Creo que el accidente de Shanghái te dejó el cerebro hecho papilla –dijo ella, guardando el iPad y el teléfono en su enorme bolso, preparándose para salir.

–¿Eso es un sí?

Millie respiró profundamente y se pasó la mano por los rizos.

–Es un «lo pensaré».

Taz contuvo una sonrisa. Nadie se tomaba a la ligera una oferta así.

–Bien, dame unos minutos y estaré listo para irnos.

Estaba seguro de que ella diría que sí, sería el dinero más fácil que jamás ganaría. Y el mejor que él jamás gastaría.

Porque, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, Millie era la única persona con la que se veía pasando tiempo. Era inteligente, con los pies en la tierra y sorprendentemente atrevida.

Y también peligrosa.

Respiró hondo, recordándose que era Taz de Rossi y que podía resistirse. Había dejado atrás princesas, actrices y modelos sin remordimientos. No iba a caer bajo el hechizo de su responsable de Prensa.

Y aun si lo hiciera, era piloto de F1. El mejor. Vivía rodeado de peligro.

Sabía exactamente cómo salir ileso.

Capítulo 6

El conductor detuvo el vehículo en la zona VIP, dejando el motor en marcha. Millie reunió sus pertenencias –y sus pensamientos– y se preparó para salir.

¿Setecientas cincuenta mil libras? ¿Había oído bien? ¿Solo por fingir ser su novia?

Era una locura. Estaba bromeando, ¿verdad?

Taz salió y rodeó el coche, le abrió la puerta a Millie y le quitó el bolso del portátil para colgárselo al hombro. Los fans comenzaron a gritar en cuanto lo reconocieron.

Millie observó a la multitud y a la prensa.

–Tienes fans mirándote y cámaras apuntándote. Intenta sonreír.

Quería hablar de aquella oferta descabellada, pero había demasiados oídos cerca, demasiados ojos. Cuando estuvieran a solas, se sentaría con él y le explicaría por qué no podía hacerlo, por qué era imposible.

Aunque había setecientas cincuenta mil razones para hacerlo.

Dejando el dinero a un lado –podría donarlo al fideicomiso creado en nombre de Ben–, ¿por qué no podía? ¿Y por qué la voz que se lo preguntaba sonaba exactamente como la de su primo?

«Te fuiste de mi vida, Ben. Ya no tienes derecho a opinar», se dijo, irritada.

«Sigues diciendo que quieres descubrir quién eres, dónde encajas…».

«No encajo, Ben».

Arrugó la nariz, inquieta. Era lo mismo que decía cuando Ben la invitaba a acompañarlo a Mónaco o Silverstone. El hecho de no encajar y no saber moverse en el mundo de los ricos era también la

excusa de sus padres para dejarla atrás cuando viajaban a Montecarlo, Ibiza, Jamaica o Río.

«Eso era entonces. Esto es ahora. ¿Cómo sabes que no encajas si no lo intentas?», insistió su primo en su cabeza.

«¿Y si lo avergüenzo?».

El Ben de su mente se rio.

«Taz no se avergüenza fácilmente. ¿Crees que te lo pediría si le preocupara? Además, él es exigente con las mujeres».

El ego de Millie se duplicó ante la idea de hacerse pasar por la novia de Taz. Se llevó una mano al estómago revuelto y se obligó a centrarse.

Estaba intentando descubrir quién era y hacia dónde iba, cómo navegar el resto de su vida. Pero no lo lograría quedándose al margen.

Taz le estaba ofreciendo una puerta de entrada al mundo de Ben.

Y al de sus padres.

De todas las maneras en que había imaginado enfrentarse a su pasado –a la muerte de Ben, a sus padres y a su falta de confianza–, nunca pensó que sería fingiendo ser la novia de Taz. Sus padres sabían fingir sonrisas y también cuándo hablar con la prensa y cuándo parecer misteriosos. Taz jugaba con reglas distintas, sobre todo porque era lo bastante rico y poderoso como para inventárselas sobre la marcha. Ella, en cambio, era una mujer corriente con una vida corriente. Prefería mantenerse lejos de las cámaras, vivir tranquila.

Si aceptaba su oferta, se vería arrojada al centro de atención con los ojos del mundo puestos en ella. Como le habían repetido mil veces, no estaba hecha para los focos. A veces, sus inseguridades –alimentadas por una vida entera de críticas paternas– amenazaban con abrumarla.

Además, aceptar significaba invitar a su familia de vuelta a su vida. Volverían a irrumpir, ignorando el pasado, fingiendo ser una gran familia feliz mientras esperaban que su relación con Taz elevara su propio perfil público. Sus padres eran parásitos de la publicidad.

No. No podía arriesgarse a eso…

Frunció el ceño, molesta consigo misma. ¿Por qué seguía permitiendo que sus padres influyeran en sus decisiones? ¿No estaba intentando romper ese patrón? La oferta de Taz le brindaba la oportunidad de poner a prueba los mensajes que había interiorizado de niña –que no era suficiente, que era una vergüenza, que no encajaba–. Si lograba desenvolverse en el mundo sofisticado en el que Taz se movía con tanta facilidad, quizá podría reescribir esas críticas.

¿Y si sus padres aparecían? Cruzaría ese puente si llegaba a él. Primero tenía que decidir si quería hacerse pasar por la novia de Taz.

Era muchísimo dinero. Con setecientas cincuenta mil libras podría cambiar muchas vidas, hacerlo en nombre de Ben. ¿Cómo rechazar algo así?

Pero no era momento de decidir. Tenía que trabajar.

Aceleró el paso para alcanzar las largas zancadas de Taz hacia la entrada del circuito.

–Tu conferencia de prensa será en breve –le informó ella–. Te preguntarán por Shanghái y por tus lesiones. Y, por cierto, puedo llevar mi bolso yo misma.

–Lo llevo yo. Y ya vi tu correo sobre la conferencia. Todo está bajo control.

Millie se detuvo en seco, sorprendida.

–¿Has oído lo que he dicho?

–No estoy sordo –replicó él–. Y si no seguimos andando, nos van a rodear.

Los fans y la prensa comenzaron a concentrarse. Millie reanudó la marcha, esforzándose por seguirle el ritmo. El ruido aumentó al acercarse a la multitud que bloqueaba el acceso al *paddock*. Miró a Taz; las gafas de sol ocultaban aquellos ojos impresionantes.

Un fan le pidió una foto. Taz se detuvo para el selfi, luego para otro más. Aquello era raro en él. Y entonces, para empeorar las cosas, tomó la mano de Millie y entrelazó los dedos con los suyos.

Ella intentó soltarse. Daba la impresión equivocada; era un problema que ninguno necesitaba. Entonces un periodista enfocó la cámara hacia sus manos.

–¿Sales con tu responsable de Prensa, Taz? –preguntó, con las cejas en alto.

Taz miró las manos entrelazadas, sin soltarla.

–Nunca respondo preguntas sobre mi vida personal.

Millie consiguió liberarse y señaló la barrera de entrada.

–Necesito la mano para sacar el pase del bolso.

Taz se subió las gafas a la cabeza y captó la atención de un guardia.

–¿Nos dejas pasar, Juan?

La barrera se abrió con un clic. Millie entró en el *paddock* casi trastabillando, todavía consciente del calor de la palma de Taz. Lo observó meterse las manos en los bolsillos, con aire despreocupado y una sonrisa insinuándose en sus labios.

–Lo has hecho a propósito –le susurró con tono de enfado mientras avanzaban hacia la zona del equipo De Rossi.

Taz saludó a un piloto, estrechó la mano de otro y respondió a una pregunta sobre su lesión. Luego la miró.

–No quería perderte entre la multitud.

¡Qué tontería! No había tanta gente al otro lado de la valla, y podría haberlos esquivado fácilmente si él la hubiera soltado. No, estaba intentando manipularla para que fingiera ser su novia, convencido de que, al crear esa percepción, ella cedería.

Era algo que sus padres habrían hecho. Como Taz, nunca aceptaban un no por respuesta.

–No me presionarás para fingir ser tu novia, Tazio De Rossi –contestó ella, sorprendida por la firmeza de su voz. Y quizá un poco orgullosa. Ya era hora de que pudiera defenderse.

Él se detuvo, la apartó del paso y cruzó los brazos.

–¿Qué tienes que perder? –preguntó en voz baja, íntima, con un matiz desafiante–. Vas a pasar las próximas seis semanas conmigo de todos modos. ¿Por qué no ganar un millón extra por darme la mano y mirarme con cierta adoración?

Había vuelto a subir la oferta. Su mente voló a todo lo que podría hacer con ese dinero: financiar el sueño de Ben, ayudar a jóvenes pilotos con talento. Pero tenía que pensar con claridad.

–Todo el mundo pensará que no soy profesional al mezclar negocios y placer.

–Todo el mundo sabe que soy difícil –replicó él con ironía–. Ya están impresionados de que hayas durado tanto. La mayoría de mis responsables de Prensa no pasan de una semana. Y no consiguen ascensos.

No se equivocaba. Aquello podría ayudar a cambiar la percepción que tenían de él. Y ella también estaba intentando salir de su zona de confort, ser menos cauta.

«Estás loca si no aceptas», resonó la voz de Ben con una claridad inquietante.

«Sé valiente. Arriésgate».

Dio un pisotón al suelo, frustrada. Si decía que no, sentiría que se fallaba a sí misma… y a él.

–¿Es eso un sí? –preguntó Taz.

Millie lo fulminó con la mirada.

–Un millón. Un tercio ahora, un tercio en tres semanas y el resto al cabo de seis.

Taz sonrió, descarado, como si nunca hubiera dudado del resultado.

–Trato hecho.

Millie le tendió la mano, esperando un apretón formal. Se quedó inmóvil cuando él tomó sus dedos y se los llevó a los labios. Un estremecimiento le recorrió el brazo.

–Excelente.

La rodeó con su mano libre y tiró de ella hacia la zona De Rossi del *paddock*.

–Espero buena asistencia a la conferencia de prensa –dijo ella, intentando recuperar el control.

–Soy Taz de Rossi. La exigen desde hace tiempo –respondió con absoluta convicción–. Estarán ahí.

Y tenía razón. Su correo y su teléfono no habían dejado de sonar.

–Te enviaré un borrador de la declaración en treinta minutos –dijo ella, consciente de las miradas clavadas en sus manos entrelazadas. Cinco minutos y ya se sentía como un pez en una pecera demasiado pequeña.

–La revisaré. Espera cambios –respondió él.

Claro que los habría. Taz nunca hacía lo esperado.

Antes de soltarla, le apretó la mano.

–Avísame cuando termines. Si no estoy en el box, búscame.

Millie lo observó alejarse, rodeado de su gente. Había sido absorbida por su mundo, por el torbellino que lo rodeaba.

Si se ahogaba en aquellas aguas desconocidas, no tendría a nadie más a quien culpar que a sí misma.

Taz, sentado solo tras la larga mesa llena de micrófonos, tamborileó con los dedos sobre el mantel blanco. Las conferencias de prensa eran un mal necesario; había mejores formas de pasar el tiempo.

Miró el reloj. Diez minutos de retraso. La sala ya estaba abarrotada.

Millie estaba de pie a su derecha, el iPad contra el pecho. Evitaba las miradas, el labio inferior atrapado entre los dientes, los hombros tensos. Dudando. De sí misma y de él.

Tenía novia.

Hizo una mueca ante el término. Resultaba infantil. Él había pasado la vida evitando enredos emocionales. Aquello era una estrategia: proteger la marca, centrar a patrocinadores y prensa en lo importante. Después de unas semanas, todo volvería a la normalidad.

Se obligó a relajarse.

Pero no lo conseguía. Porque era Millie. La misma Millie que seguía imaginándose desnuda bajo su cuerpo –o encima, no era exigente–, la piel enrojecida, los gemidos ahogados en su oído.

La deseaba casi tanto como el cuarto campeonato.

¿En qué se había metido?

–Damas y caballeros –anunció el moderador–, Taz de Rossi leerá ahora una declaración y responderá a algunas preguntas.

Bien. Su turno.

Se pasó la mano por el pelo y bajó la vista al texto que Millie había preparado con tanto cuidado. Excusas, explicaciones, mentiras que

la prensa devoraría encantada.

La estrujó hasta hacerla una bola.

Al ver las expresiones de sorpresa frente a él, casi sonrió.

–Podría sentarme aquí y darles una docena de excusas sobre mi comportamiento en Shanghái –comenzó–. Contarles lo estresado que estoy, cómo las exigencias de ser dueño de un equipo y su piloto número uno me afectaron el sábado pasado. Podría decirles que… –Miró a Millie, divertido por su expresión. ¿Horror o aprobación? ¿Ambas?–. Pero no voy a hacerlo. La verdad es que perdí la concentración. Mi mente no estaba completamente en la conducción. Jackson no hizo nada malo. La culpa es mía.

Ya estaba en el huracán; más valía cabalgarlo.

–Me he disculpado con Jackson en privado. También quiero disculparme con mis patrocinadores y con mis fans. –Alzó el brazo escayolado–. Estoy pagando por mi estupidez, como corresponde.

El silencio fue absoluto. Solo se oían bolígrafos y alguna tos aislada. El rebelde que llevaba dentro disfrutó del momento.

–Saben que la FIA me impuso servicio comunitario –continuó. No iba a mencionar los esfuerzos filantrópicos de Alex. Las comparaciones llegarían solas–. Tengo intención de completar ese servicio trabajando con cinco organizaciones benéficas mientras me recupero, para dar visibilidad a su labor.

Nombró cada una y explicó brevemente su trabajo.

–Encontrarán enlaces en la página web del equipo De Rossi. Si pueden, por favor, donen. Cualquier ayuda cuenta. –Esbozó una media sonrisa–. Estaré en todas las carreras, apoyando a mi equipo y, con suerte, sin volverlos demasiado locos.

Aquello provocó algunas risas.

–Responderé a algunas preguntas ahora.

Las manos se alzaron de inmediato y las voces se superpusieron. Miró a Millie; ella le sonrió, alentadora. De forma inesperada, eso disipó su irritación.

–¿Cómo se sintió cuando Jackson lo tocó en Shanghái?

Otra vez con lo mismo.

–Como ya he dicho dos veces, mi comportamiento fue inaceptable. No voy a repetirlo –respondió, sin ocultar el fastidio.

Miró el reloj. Les daría unos minutos más.

–¿Le preocupa perder puntos del campeonato?

–Claro que sí. –Había tirado por la borda una ventaja crucial por perder los nervios.

–Parecían bastante acaramelados antes, usted y su responsable de Prensa –intervino otro periodista–. ¿Hay algo entre ustedes?

Taz tardó un segundo en procesarlo. Se recostó en la silla, clavó los dedos en los muslos y mantuvo la expresión neutra.

–Saben que nunca respondo preguntas sobre mi vida personal.

–¿Phoebe sigue en su vida? –insistió el periodista–. ¿Va a ir al Caribe con ella?

El impulso de lanzarse sobre la mesa fue fuerte, pero respiró hondo. Aquella línea de preguntas le irritaba más de lo habitual.

Porque habían mencionado a Millie.

Su instinto de protegerla lo dejó descolocado. Cuando apareciera con él en el torneo de polo el sábado, estaría en el radar de todos. La prensa convertiría cualquier gesto en noticia; era el precio de estar con alguien como él.

Se pasó la mano por el pelo. ¿Cómo sería tener a alguien de tu lado, apoyándote sin motivo?

Apartó la idea. No sabría qué hacer con una novia seria ni cómo manejar la confianza. No era para él.

Millie era distinta –inteligente, interesante–, pero era su empleada. Haría un papel mientras gestionaba su imagen.

Era solo un trato de negocios.

Y porque era un negocio, tenía que dejar de pensar en ella como una amante potencial. Era consciente del desequilibrio de poder. Él lo tenía todo y debía moverse con cuidado por aquel campo minado. Tenía que jugar, poner en marcha el engaño y recurrir a toda su fuerza de voluntad para mantener las manos quietas.

–¿Taz? ¿Taz?

Dio un respingo y volvió al presente. Se pasó la mano por el pelo y carraspeó.

–No he oído la pregunta. ¿Podría repetirla?

–¿Phoebe y usted siguen adelante con esa escapada al Caribe?

Taz soltó un suspiro lento. Se giró hacia Millie y le dedicó una sonrisa que pretendía ser afectuosa e íntima. Captó el destello de pánico en sus ojos.

Mejor arrancar la tirita de una vez. Brutal y limpio. Así retomaba el control de la narrativa. El control lo era todo. Y, además, ya era hora de que empezara a ganarse su millón de libras.

–Damas y caballeros –comenzó con voz suave–, permítanme presentarles a Millie James. No solo gestiona mi Departamento de Relaciones Públicas, sino que también es mi pareja.

Dejó que la revelación calara en los presentes, disfrutando de los jadeos y del silencio posterior.

–Nuestra relación es reciente, pero ambos creemos que tiene mucho futuro.

La sala quedó boquiabierta. Les dedicó una sonrisa irónica.

–Les pediría que respetaran nuestra privacidad, pero seamos sinceros…, eso no va a pasar.

Se levantó. El chirrido de la silla fue el único sonido. Cruzó la sala con calma hasta Millie, le acarició la mejilla y le dio un beso suave en los labios, deliberadamente posesivo. Sintió su jadeo ahogado; los dedos de ella temblaron al entrelazarse con los suyos.

–Vámonos –murmuró contra su oído.

La sala estalló en gritos y risas cuando se dirigieron hacia la salida. No le importó.

Como siempre, había conseguido exactamente lo que se proponía.

Capítulo 7

Más tarde aquella noche, Millie salió del segundo dormitorio de la *suite* –al parecer, compartir habitación formaba parte del pacto diabólico que había aceptado– y cruzó el salón hacia la cocina con la esperanza de encontrar chocolate caliente. Si había *whisky*, le añadiría un chorrito; cualquier ayuda para dormir sería bienvenida.

Había intentado volver a su propio hotel, pero Taz tenía otras ideas. Cuando le ordenó mudarse a su *suite*, ella protestó –en voz alta y con vehemencia–. Él no cedió.

–¿Quieres darle carnaza a la prensa? –la desafió–. El mundo espera que compartamos *suite*. Yo también.

Zanjó la discusión llamando a un becario para que subiera sus pertenencias veinte pisos más arriba.

Era la primera vez que compartía espacio con un hombre. Y si eso ya la habría puesto nerviosa, hacerlo con Taz –famoso y devastadoramente atractivo– resultaba surrealista.

¿Cómo se suponía que debía manejar aquello? ¿Manejarlo a él?

Con un pijama holgado de rayas rosas, calentó leche e intentó aflojar la tensión de los hombros. Había sido un día interminable, y el siguiente prometía ser incluso peor.

Tenía reuniones desde primera hora, incluida una cita con la estilista personal de Taz, que volaría desde Nueva York en *jet* privado cargada de ropa, zapatos y accesorios de su talla. En el *paddock* vestiría vaqueros, zapatillas y camisetas del equipo. Pero en los eventos benéficos tendría que parecer alguien con quien él saldría.

Sofisticada. Segura. Desenvuelta.

Todo lo que ella no era.

Vertió *whisky* en la taza y regresó al salón, dejándose caer en un sofá bajo, sin respaldo, frente a los ventanales de suelo a techo. Las luces de Miami se extendían ante ella y deseó poder perderse en South Beach, entre edificios *art déco* y comida callejera.

Como responsable de Prensa de Taz, había sabido moverse entre periodistas sin llamar la atención. Pero como novia de Taz de Rossi –inesperada y ferozmente escrutada– no podía dar un paso sin que la siguieran. Eran como hienas. La hacían sentirse expuesta, fuera de lugar.

Había visto las fotos de la rueda de prensa circulando por Internet, y apenas se reconocía. Ojos demasiado abiertos, piel pálida. Un ciervo deslumbrado por los faros. Joven. Vulnerable. Abrumada.

Estar con Taz no era para pusilánimes. Pero ya no era una niña. Si quería sobrevivir, tendría que armarse de valor y seguir el juego.

La reputación de Taz –y un millón de libras– estaban en juego.

Ben había apoyado discretamente a jóvenes pilotos prometedores, y, tras su muerte, Millie había creado una fundación en su nombre. Una vez reconocida como heredera, transfirió allí casi toda la herencia. Saber que había pilotos en F3 gracias a eso aún la conmovía. Ben lo habría aprobado. Tampoco necesitaba el dinero de Taz; pensaba donarlo.

Por un millón de libras podía fingir seguridad y desempeñar el papel de la novia perfecta.

Pero la publicidad traía riesgos. Sus padres acabarían enterándose. Siempre encontraban la forma de sacar provecho; la verdad nunca se interponía en el camino de una buena historia. Era una de las razones por las que había permanecido al margen durante años.

Una parte de ella quería huir. Pero hacerlo significaba renunciar a la oportunidad de encontrarse a sí misma en el mundo que Ben había amado.

¿No estaba intentando dejar de permitir que sus padres dictaran su vida?

Oyó el chasquido de una puerta. Se giró, conteniendo el aliento, cuando Taz entró en el salón desnudo salvo por la escayola de la

muñeca y unos pantalones cortos negros.

Su torso era amplio, fuerte, afinándose hacia un abdomen marcado. Desde los hombros poderosos hasta las piernas esculpidas, todo en él irradiaba una masculinidad peligrosa.

Se le secó la boca. Dio un sorbo apresurado al chocolate caliente para distraerse.

El *whisky* la hizo toser.

–¿Millie? –preguntó él, con la voz ronca de sueño–. Son más de las dos. ¿Qué haces levantada?

Ella alzó la taza.

–No podía dormir. Me preparé algo. Espero que no te importe.

Taz se pasó la mano por el pelo revuelto.

–Está bien.

Ella hizo una mueca.

–También me serví lo que creo que es un *whisky* muy bueno. *Whisky* que no debería mezclarse con chocolate caliente.

Él se acercó, le quitó la taza y bebió. Hizo una mueca inmediata.

–Tomaré *whisky* sin chocolate.

–¿Quieres que te sirva?

–Ya lo hago yo.

Millie intentó no reaccionar cuando Taz se sentó a su lado, irradiando calor corporal. Pensó en pedirle que se pusiera una camiseta, pero eso implicaría admitir que había reparado en su físico. Mantuvo la vista fija en las luces de la ciudad.

–¿Te duele? –le dijo, preguntándose por qué seguía despierto.

Por el rabillo del ojo vio encogerse su hombro.

–Es más molesto que doloroso.

–¿Y tú por qué no puedes dormir? –preguntó ella.

–Tengo demasiado en la cabeza.

–Quizá deberíamos hablar de cómo actuar cuando estemos juntos en los eventos benéficos. No me gusta ser el centro de atención. No disfruto teniendo todos los ojos encima.

Taz se recostó sobre los codos y la miró. A Millie le costó mantener los ojos en su rostro.

–¿Cómo crees tú que deberíamos actuar?

–No lo sé. –Tragó saliva–. ¿Me tomarás de la mano? ¿Me rodearás con el brazo…?

No se atrevió a preguntar si también la besaría.

Taz terminó su bebida y luego se quedó mirando el vaso vacío. Agradecida por el respiro, Millie se lo quitó, fue a la barra y le sirvió dos dedos más.

Sus manos se rozaron al entregarle el vaso y Millie sintió un chispazo que le recorrió la piel.

–¿Y bien? –preguntó él.

–¿Y bien qué?

–¿Cómo sabes lo que se siente al ser el centro de atención? ¿Eres *influencer*? ¿Aristócrata? ¿La novia de alguien famoso?

–Ja. No. Ojalá.

Dudó un instante y luego se inclinó hacia delante.

–Soy hija y sobrina de actores bastante conocidos –confesó ella, mencionando nombres y algunos papeles importantes.

Taz frunció el ceño, conectando piezas.

–Los conocí hace años. Por Ben Brennan.

La miró con más atención.

–Eres familia de Ben.

–Sí, era mi primo. Y, en muchos sentidos, mi protector cuando éramos niños. –Suspiró–. A nuestros padres les encantaba la atención. Nos arrastraban a estrenos, a posar ante las cámaras. Yo nunca encajé. Al final, era más fácil dejarnos con la niñera.

–Suena… oscuro.

–Lo era. Teníamos cuatro padres exigentes, narcisistas y ausentes. Ben y yo éramos un equipo para sobrevivirlos.

–¿Y por qué ocultas tu conexión con él?

Millie bajó la mirada.

–Siempre quería que fuera a verlo correr, pero cuando su carrera despegó yo era joven y no me interesaban los coches. Siempre encontraba excusas.

–Es un mundo intenso –comentó Taz–. Emocionante.

Ella apartó la vista hacia la ciudad.

–Ben fue una de las mejores personas que conocí –añadió él–. ¿Entraste en De Rossi Racing por él?

La pregunta la desarmó.

–El mes que viene se cumplen diez años de su muerte –respondió en voz baja–. Entré en su mundo como tributo. –Y para encontrar a la mujer que él creía que era–. Pero ha sido más complicado de lo que esperaba.

–¿Por mí? –preguntó tras un breve silencio–. ¿Quieres dejar de ser mi novia falsa?

–Sí. Pero no puedo.

–Por el dinero.

Ella asintió.

–Sí, por el dinero. No puedo permitirme perder la oportunidad de recaudar un millón de libras para la organización de Ben. Normalmente tardaríamos años en reunir algo así.

Taz la miró, sorprendido.

–¿Vas a donar a una organización benéfica el dinero que te pago?

Fue un placer verlo desconcertado por una vez.

–Nunca saldría contigo, ni falsa ni realmente, por beneficio personal –aseguró ella.

–Será mejor que me lo expliques.

Millie le contó lo esencial: la herencia de Ben, la fundación, su decisión de donarlo todo. Él escuchó sin interrumpirla, inexpresivo pero atento. Cuando terminó, asintió.

Odiaba necesitar su aprobación. Enderezó los hombros y volvió a lo práctico.

–Volviendo a lo de antes… ¿Cómo vamos a actuar cuando salgamos?

La miró con seriedad.

–¿Cómo quieres que actúe, Millie? Tú decides.

–No lo sé. Por eso pregunto.

Taz le tomó la mano, entrelazando los dedos, el pulgar acariciándole el dorso.

–Tendremos que tomarnos de la mano.

El gesto la tranquilizó. Era simple. Inofensivo. Asintió.

Él se acercó un poco más, muslo contra muslo.

–También nos daremos algún beso suave.

Ella asintió de nuevo.

–Hasta ahí en público. Y en público termina nuestro trato.

Ella frunció el ceño.

–No te sigo.

–Te pago para que actúes como mi novia –respondió él, con voz grave–. Pero lo que ocurra en privado no tiene nada que ver con el dinero ni con tu trabajo.

El pulso de Millie se aceleró.

–¿Y qué va a pasar en privado?

Él sonrió.

–Eres dulce. Y un poco ingenua.

No sonaba burlón. Sonaba… deslumbrado.

Se acercó más y le acarició el labio inferior con el pulgar.

–En privado voy a seducirte hasta volverte loca, Millie.

Taz mantuvo el pulgar sobre sus labios. Debería levantarse y volver a su habitación, pero eso era tan improbable como que un asteroide atravesara la *suite*.

La deseaba. Simple y complejo a la vez.

Ahora que sabía adónde iría su millón de libras, una barrera importante había caído. No le pagaba a ella, sino a una causa. Seguía siendo su empleada, sí, pero si mantenían trabajo y placer separados, si jugaban con reglas claras, podían explorar aquella atracción.

Las reglas debían quedar claras.

–Millie, te deseo. No voy a negarlo. Me encantaría llevarte a mi cama, desnudarte y hacerte mía.

Los ojos de ella se abrieron de par en par, tal y como él esperaba.

–Me muero por tenerte debajo de mí. Quiero darte el mejor orgasmo de tu vida.

No presumía. En todo buscaba la excelencia.

–Pero lo que hagamos desnudos no tiene nada que ver con el trato, el dinero ni tu trabajo –continuó él–. Cuando estamos a solas, somos iguales. Estamos al mismo nivel. Nada de lo que hagas tendrá consecuencias fuera de la cama.

La vio tragar saliva.

–Quiero llevarte a la cama. Pero solo seremos amantes. No me enamoro. No busco compromiso. Mi equipo y ganar un cuarto campeonato son lo único que me importa.

Millie se pasó la lengua por el labio superior, y a él le costó no gemir. Ya estaba duro como el acero.

–Eh…

Perfecto. La había dejado sin palabras.

Pero en lugar de apartarse, ella deslizó una mano alrededor de su nuca y alzó el rostro, invitándolo en silencio.

Taz aceptó.

Sus labios eran suaves; su lengua sabía a chocolate, a *whisky*… y a Millie. El beso fue lento, profundo, cargado de promesas.

–Esto no es propio de mí –murmuró él al separarse lo justo para respirar, arrodillándose para acercarse más.

Ella abrió los labios.

–Lo es cuando estás conmigo.

Necesitaba tocarla. Dejar de pensar.

Las manos de Millie recorrieron sus hombros y su espalda; un dedo se deslizó bajo la cinturilla del pantalón, la otra mano le agarró el trasero.

Taz respondió profundizando el beso, sabiendo –con una certeza peligrosa– que ya no había marcha atrás.

Impaciente, Millie comenzó a acariciarle el pecho, explorando los pezones endurecidos. Se montó a horcajadas sobre sus muslos y se deslizó hacia delante, frotándose contra él. A través de la ropa, su calor rozó su erección.

El deseo se incrementó. Taz la levantó, la tumbó de espaldas y le quitó el pijama con rapidez. Gimió al deslizar la mano entre sus piernas, empapando los dedos.

Alzó la vista y el corazón le dio un vuelco. La mirada de Millie era feroz.

–Sé que estoy desnuda, pero no estoy lista para acostarme contigo.

Él resopló, obligándose a frenar.

–De acuerdo.

Retiró la mano al instante, pero ella gimió, frustrada.

–Lo sé… Lo siento. Todavía no puedo. –Se mordió el labio–. Pero no quiero parar. ¿Puedes tocarme? Y yo… yo puedo tocarte. Si quieres.

Sí quería. Pero vio la ansiedad en sus ojos, como si esperara su enfado. No estaba enfadado en absoluto. Ella tenía derecho a poner límites.

Le acarició la mejilla.

–Vale. Hagamos eso.

Se tumbó y la alzó sobre él, su calor cayendo sobre su erección, las rodillas flanqueándole los muslos. Le clavó los dedos en las caderas, las luces de la ciudad dibujaban sombras sobre su piel. Taz se incorporó lo justo para prenderse de su pezón, arrancándole un gemido. Estaba caliente, receptiva, entregada.

Metió la mano ilesa entre ellos, encontró su clítoris y se dispuso a acariciarlo mientras ella hacía lo mismo con su dureza. Millie no tardó en gemir cada vez con más intensidad.

–Millie…, ¿vas a correrte para mí?

Entonces, ella empezó a temblar con espasmos. Cerró los ojos y gritó de placer.

Y Taz se dejó ir también.

Sintió como si ella le hubiera exprimido el alma. Se quedó tumbado, controlando la respiración. Millie se bajó de él de inmediato, recogió el pijama y cruzó el salón. Aún desnuda, se adentró en el segundo dormitorio.

El clic del cerrojo sonó como un disparo.

A la mañana siguiente, tras un sueño intranquilo, Millie paseaba frente a la ventana del dormitorio, los pies descalzos hundiéndose en la alfombra, tratando de ordenar sus pensamientos. El calor le subió al rostro al recordar la noche anterior. Se cubrió los ojos.

No podía decir que la hubieran seducido. Se había lanzado de cabeza. La mirada de Taz, sus gruñidos, la forma en que reaccionaba a su toque… Todo había erosionado su autocontrol.

No podía pensar en eso.

Trabajaba para él. Fingía ser su novia. Golpeó el cristal con el puño. No había ido a Miami para enredarse con el hombre más mujeriego de la Fórmula Uno. Había ido para honrar a Ben y para encontrarse a sí misma. Y, sin embargo, había caído bajo el hechizo de Taz.

Ben habría llamado a aquello valentía, un salto fuera de su zona de confort. Pero no era ese el valor que buscaba. Quería respetarse.

Y aun así…

Había ardido. Le había encantado su intensidad, esa atención absoluta. Había sido fuego. Y tan solo había probado una pequeña muestra. Acostarse con Taz podría destruirla.

Apoyó la frente contra el cristal.

No volvería a suceder.

No eran amantes. No eran amigos con derecho a roce. A partir de ese momento serían profesionales. Educados. Ignorarían la química.

Porque, por mucho que su cuerpo rogara, Millie se negaba a convertirse en otra parada en boxes de Taz de Rossi. Necesitaba retroceder. Ya.

Decidida, buscó su portátil y revisó la agenda. Tenían un evento benéfico a las tres y Taz pasaría la mañana en boxes.

Anotaba tareas en el móvil cuando chocó contra un pecho duro y desnudo. Jadeó, apoyando la mano libre en el pectoral de Taz. Solo llevaba unos pantalones largos de seda.

Él la rodeó por el cuello y la besó, la lengua deslizándose sin pedir permiso. Millie suspiró y se dejó llevar… Segundos después, recordó que no debía.

«No. No. No».

Besar aquellos labios era delicioso. Adictivo. Peligroso.

Reuniendo toda su fuerza de voluntad, se apartó. Se llevó la mano al puente de la nariz y respiró hondo.

–Buenos días, Mils.

Recién levantado, su voz sonaba más profunda. Más peligrosa…

«Sé fuerte. Es tu jefe».

–Señor De Rossi.

Taz entrecerró los ojos y se pasó la mano por el pelo revuelto. La barba incipiente y la marca de la almohada lo hacían parecer menos

el magnate mandón y más… humano.

–Solo revisaba su agenda. Tiene bastante que hacer antes del torneo de polo –dijo ella, cortante.

Él frunció el ceño.

–¿Nada de: «Buenos días, cariño, ¿cómo has dormido?»?

–Buenos días, señor De Rossi, ¿cómo ha dormido?

La miró con dureza, plantó las manos en las caderas y enderezó la espalda.

–¿Qué ha pasado? ¿Es que no has dormido nada?

Era hora de llevar la conversación al terreno profesional.

–Pasa que recuperé el sentido –respondió ella–. Y recordé que trabajamos juntos y que no estoy dispuesta a ser otra de tus conquistas.

Taz ladeó la cabeza.

–Necesito un café antes de seguir con esta conversación –contestó él, señalando la cafetera–. Doble. Solo.

Ella dudó. Él arqueó una ceja.

–¿No dices que trabajas para mí?

La había acorralado. Era irritante lo fácil que le resultaba. Su físico hacía olvidar lo astuto que era con las palabras.

Millie pensó rápido. Negarse marcaba distancia; hacerlo, aceptar el rol.

Con los dientes apretados, le preparó el café y dejó la taza en la mesa. Él no le dio las gracias, tan solo sonrió. La estaba probando.

Millie entró en el dormitorio, ignoró la cama deshecha y fue directa al vestidor. Todo estaba ordenado con precisión quirúrgica: camisas por colores, trajes perfectamente alineados, una colección obscena de zapatos.

Agarró una colonia, la olió y suspiró. Irritada consigo misma, tomó una camiseta y volvió al salón.

–Por favor, vístete.

Él la ignoró, concentrado en el móvil. Entonces Millie agarró el iPad y empezó a repasar la agenda con su voz más profesional, esperando a que se pusiera la camiseta. No iba a rogarle.

Leyó horarios y compromisos, pasando por alto sus respuestas secas. No le gustaba que le dijeran que no. Tendría que

acostumbrarse.

No iban a acostarse.

El sexo con Taz lo complicaría todo. Ya actuaba como su novia; no necesitaban añadir nada más para que el papel funcionara.

–¿Vas a responderme o no? –preguntó ella, alzando la vista hacia él. Le había preguntado por la ropa–. Tu estilista envió varios vestidos. Me decanto por uno largo con cuello *halter* en marrón y blanco…

Él parecía no escuchar.

–No te avergonzaré –añadió ella–, si eso te preocupa.

Entonces, él la miró con ojos turbulentos.

–No me preocupaba.

Estaba enfadado de verdad. Millie cerró el iPad.

–Mira, Taz, no podemos acostarnos y trabajar juntos. No puedo ser tu empleada un minuto y tu novia al siguiente. Es confuso.

Y peligroso.

–Esto ya es bastante complicado sin añadir combustible sexual.

La expresión de él no cambió.

–Bien.

–¿Eso es todo lo que vas a decir? –preguntó Millie alzando las manos.

–Quieres mantenerlo profesional, y te he dicho que bien. ¿Qué más necesitas?

Taz terminó el café, dejó la taza y se levantó.

–Deshazte de eso y pídeme un desayuno alto en proteínas. Para dentro de una hora. Me voy al gimnasio.

–Tienes la muñeca rota…

–No es tu problema –le espetó él mientras salía por la puerta.

Millie torció los labios.

Ella había pisado el freno y él había detenido la carrera por completo. Debería sentirse aliviada. Era exactamente lo que había pedido.

Entonces, ¿por qué se sentía tan frustrada?

Capítulo 8

El partido de polo era, en esencia, un pícnic con esteroides: la limonada se convertía en champán Moët & Chandon, los sándwiches de mantequilla de cacahuete en blinis con salmón, y los dónuts glaseados en elaboradas delicias pasteleras. Las marcas de diseño sustituían a la ropa gastada, y la cháchara insustancial se disfrazaba de conversación. Los cumplidos falsos volaban como granadas lanzadas con aparente naturalidad.

Taz fue, como cabía esperar, un éxito rotundo. Esquivaba elogios y preguntas con un encanto sin igual, provocando suspiros entre la audiencia cautivada.

Con chinos color piedra y una chaqueta de lino azul marino sobre una camisa blanca impecable, estaba increíblemente atractivo. No se había afeitado y la barba incipiente le sentaba demasiado bien. Un pañuelo verde y azul asomaba de su bolsillo, y las pulseras plateadas junto a su reloj Patek Philippe captaban el sol. Su gusto –o el de su estilista– era, admitió Millie a regañadientes, impecable.

Tomó un sorbo de champán y recordó un partido de polo de su infancia. Su madre había insistido en que vistiera de blanco y se enfadó cuando se manchó de barro. La castigó enviándola al coche el resto de la tarde. No fue tan terrible: había escondido un libro bajo el asiento. Otro ejemplo de expectativas imposibles. Siempre la preparaban para fallar.

Esperaba sentirse fuera de lugar, pero logró mantener conversaciones triviales, esquivar preguntas sobre Taz e incluso opinar sobre el juego. No estaba ni la mitad de nerviosa de lo que había anticipado. Taz acaparaba la atención –lo cual hacía que las

miradas también se centraran en Millie–, pero ella lo estaba soportando mejor de lo esperado.

Tal vez algunas de sus inseguridades se habían desvanecido. O tal vez había madurado.

Se sobresaltó cuando el brazo de Taz rodeó su cintura, atrayéndola hacia él. Antes de que pudiera reaccionar, él inclinó la cabeza y rozó su sien con los labios.

–Estoy aburrido. Esto es tedioso. ¿Cuánto falta?

–Tienes que ver el primer partido y deberías quedarte para el segundo –respondió ella, inhalando su aroma.

–Tener que verlo sin jugar es una tortura –murmuró él, apretándole la cadera.

Millie entendía su frustración. Le dio una palmadita en el bíceps.

–Aguanta. Estar aquí beneficia tanto a ti como a la organización benéfica. No pierdas de vista el objetivo.

Él se apartó lo justo para mirarla y el pulso de Millie se aceleró.

–Prefiero no quitarte la vista de encima a ti.

La imagen de la noche anterior cruzó por su mente y se le encendieron las mejillas.

–Taz…, la gente nos está mirando.

La sonrisa de él fue lenta. Peligrosa.

–Lo sé –dijo, tomando su rostro entre las manos–. Queremos que nos miren, ¿recuerdas?

Millie quiso protestar, pero él la besó. La lengua de Taz se deslizó entre sus dientes y el mundo se desvaneció. Él tomó el control y ella respondió sin resistencia.

No quería resistirse.

Taz se apartó con una sonrisa satisfecha.

–En un minuto estaremos en todas las redes sociales –comentó él–. El chico malo y la chica buena.

Millie resistió el impulso de tocarse los labios. La había besado para marcar territorio. Para castigarla por lo de esa mañana, por imponer límites. Había elegido el momento perfecto, cuando ella estaba en desventaja.

Era distinto a cualquiera que hubiera conocido. Sus padres tenían confianza, sí, pero la de Taz era absoluta, feroz. Sabía quién era y

qué hacía.

Si su familia era una fogata de jardín, Taz era un incendio forestal.

No chamuscaba.

Arrasaba.

Millie se sentía como si intentara apagarlo con una regadera.

La maldición en voz baja de Taz la puso en alerta. Siguió su mirada y vio a un jugador de polo con pantalones blancos de montar y camisa de marca, golpeando sus botas altas con una fusta de cuero. Colgada de su brazo, como una náufraga aferrada a un salvavidas, había una pelirroja pálida, larguirucha y excepcionalmente hermosa.

Y Millie supo –con una certeza instintiva que no sabía que poseía– que aquella mujer y Taz se habían visto desnudos.

Los celos, ácidos y repentinos, le quemaron el estómago. Le molestó su reacción visceral. Era su empleada y su novia falsa; no tenía derecho a sentir aquello.

–Ahí vienen problemas –murmuró Taz.

Al ver el rostro del jugador –duro, desafiante, molesto–, Millie supo que tenía razón.

Se inclinó hacia él y susurró:

–Te acostaste con ella, ¿verdad?

–Sí –admitió él sin rodeos–. Me dijo que habían roto.

–¿Va a causar problemas?

–Es muy posible.

Maldición. El día había ido bien hasta entonces. Había promesas de donaciones para la organización benéfica –un fondo para víctimas de desastres naturales– y, por una vez, la prensa estaba de su lado. Un enfrentamiento entre el invitado de honor y lo que parecía el capitán de un equipo de polo sería un desastre.

–De Rossi.

–Bertolo.

Se estrecharon la mano con una presión innecesaria. Millie captó la mueca de la pelirroja. Sí, aquello era un duelo a muerte disfrazado de saludo.

Millie empujó a Taz con el hombro de forma aparentemente juguetona y tendió la mano al jugador de polo. Brody no tuvo más

remedio que soltar a Taz.

–Soy Millie, la novia de Taz.

–Brody Bertolo.

Tras un apretón rápido, él puso las manos en las caderas y señaló la escayola.

–Una pena que estés lesionado. Si no, te habría retado a jugar un *chukka*. Si aguantas los siete minutos, haré una donación sustancial a tu causa.

Menudo idiota. Millie sonrió con dulzura profesional.

–¿Por qué no haces la donación y dejamos lo de que Taz se suba al caballo? –propuso ella, ocultando su antipatía.

–Podría jugar incluso con la mano rota –respondió Taz con tono calmado–. ¿De cuánto estamos hablando?

Millie reprimió un gemido. Apenas podía mover los dedos, ¿cómo iba a controlar un caballo y un mazo?

La conversación ya había atraído a curiosos. Estaba claro que el *affaire* con la pelirroja era un tema candente, y la protagonista parecía disfrutarlo.

–¿Medio millón en efectivo? –propuso Brody.

–¿Le darás quinientos mil a la organización benéfica si aguanto un *chukka*? –aclaró Taz.

–Pero tienes que jugar. Nada de quedarte al margen.

Era una cifra enorme. Cuando Taz ladeó la cabeza, Millie supo que lo estaba considerando.

–Necesitaría ropa adecuada –añadió él.

Millie abrió la boca, incrédula.

–Y si no aguantas, donas tú medio millón –remató Brody con una sonrisa burlona.

–Trato hecho.

Millie ya no pudo contenerse.

–Sabes que es piloto de Fórmula Uno, no jugador de polo, ¿verdad?

Las risas estallaron. Millie supo que ella era el blanco. Tragó saliva: allí era la novia sonriente, no la jefa de prensa.

La pelirroja le dedicó una sonrisa condescendiente.

–Obviamente, eres nueva aquí. No formas parte del mundo del polo. Todo el mundo sabe que Taz fue uno de los jugadores de polo más prometedores cuando era adolescente.

–¿Vas a hacerlo o no, De Rossi? –insistió Brody.

Antes de que Taz aceptara –y estaba a punto–, Millie deslizó la mano en la suya y sonrió.

–Disculpen, ¿nos dan un momento?

–Espera, Millie –gruñó Taz.

Ella le clavó las uñas en el dorso.

–Estoy segura de que el señor Bertolo puede concedernos cinco minutos.

Taz irradiaba irritación, pero la apartó del grupo. Su corpulencia la protegía de las miradas. Millie lo miró con furia contenida.

–¿Qué crees que estás haciendo? –siseó–. No puedes montar a caballo. Te está provocando.

–¿Y qué?

–Que puedes marcharte.

–¿Y parecer que me ha ganado? Eso no va a pasar.

–¿Y si te caes?

–Monto desde los tres años. No me caigo.

A Millie le quedaba un último cartucho.

–La prensa va a enterarse –soltó ella con rapidez–. Ya hay móviles preparados. En cinco minutos estará en Internet. Ganes o pierdas, dirán que eres imprudente, que arriesgas tu recuperación por ego, que no te tomas en serio el campeonato. Que no soportas perder. Eres un blanco fácil, Taz. No les des munición.

Esperó la réplica afilada. Sabía que él quería discutir.

¿Por qué necesitaba ser el mejor en todo? ¿Por qué no podía dejar pasar una provocación? Vivía en guerra constante, como si siempre tuviera algo que demostrar.

Pero, bajo la irritación y la decisión de Taz, Millie vio algo más.

Sufrimiento.

Desesperación.

Taz la miró fijamente y se frotó la barbilla.

–No puedo dar marcha atrás, Millie.

Ella estuvo a punto de poner los ojos en blanco. Claro que podía. Pero entendía que no podía permitir que Bertolo creyera tener ventaja.

Lo absurdo era que Bertolo no era nadie comparado con él. No era más que un insecto.

Si no encontraba una salida, Taz aceptaría la apuesta. Y ella tendría que dársela ya.

Pensó rápido.

–Sé sincero. Dile que no puedes arriesgar la mano ahora, pero que cuando te quiten la escayola, después de ganar tu cuarto campeonato, aceptarás su reto.

Taz reflexionó un instante antes de mirarla con aprobación. La sensación fue como sentir el sol en la piel.

«¿Y si me mirara así siempre?».

–Puedo vivir con eso –asintió él.

Millie soltó el aire que no sabía que retenía.

–¿Qué más puede pasar? ¿Que un esgrimista te rete a duelo? –le preguntó mientras él le acariciaba la mejilla–. ¿Hay algo que no sepas hacer?

–Al parecer –comenzó a responder él, mirándola a los ojos–, no puedo volver a tenerte en mi cama.

Millie se sonrojó.

Él había sido claro: lo que pasara en la cama no tenía nada que ver con el trato ni con el trabajo. Y ella le creía.

La verdad era que no quería poner excusas.

Era adulta. Y la forma en que Taz la hacía sentir –femenina, poderosa– borraba años de inseguridades. Cuando la miraba así, las dudas se desvanecían.

¿Y no era eso lo que estaba aprendiendo? A ser valiente.

–Creo que eso se puede arreglar –respondió ella en un susurro.

Taz sonrió, y Millie supo que acababa de poner la sartén al fuego. Tal vez acostarse con él fuera un error, pero si lo era, lo asumiría. Por primera vez elegía a un hombre por deseo, no por soledad.

Horas más tarde, ya de regreso en la lujosa *suite* de South Beach, Taz seguía preguntándose por qué Millie había cambiado de opinión. Le había insinuado lo de llevarla a la cama más por deseo que por certeza; su sí lo había sorprendido. Y él no se sorprendía fácilmente.

La observó sobre la cama y se excitó al instante. Ya preguntaría después. En ese momento quería dedicarle toda su atención.

La piel de Millie era suave, cremosa, apenas perfumada. Deslizó los nudillos desde su cuello hasta el vientre; ella cerró los ojos y arqueó la espalda mientras lo hacía.

Era receptiva y entregada. Nada que ver con sus amantes del pasado: algunas buscaban atención, otras una puerta a su estilo de vida. Millie estaba con él, centrada en aquel momento y en nada más.

Esa respuesta le dio al sexo una intensidad que había echado de menos durante demasiado tiempo. Antes había sido para él un modo de escape. Con Millie era… mucho más.

Bajó la boca y rodeó un pezón con la lengua, sonriendo cuando los dedos de ella se enredaron en su cabello. No tenía miedo de mostrarse, de decirle qué le gustaba. Él adoraba esa honestidad.

Y más aún: le gustaba que fuera inteligente, sensata y –aunque fuera temporalmente– estuviera de su lado. Tenía razón: jugar al polo habría sido una estupidez. Podría haber ganado la apuesta, sí, pero la reacción pública habría sido feroz.

Millie le había dado una salida elegante.

Y, quisiera o no admitirlo, había protegido algo más que su muñeca.

Había protegido su orgullo.

Las comparaciones constantes con Alex lo habían empujado a querer ser el mejor en todo. No competía solo contra su hermano, sino contra el mundo. Eso pasaba cuando tu padre te trataba como una pieza de recambio. De adolescente, necesitaba destacar para que lo vieran. Pero nunca bastaba, no les importaba. Él no era Alex.

¿Y por qué demonios pensaba en eso cuando tenía a aquella mujer sensacional en su cama?

Millie quería estar con él. Y le debía atención plena.

Taz dejó a un lado sus pensamientos y se centró en el diminuto triángulo de encaje que tenía ante él, pasó el dedo por la tela y lo deslizó entre sus piernas. Estaba empapada. Se arrodilló y le bajó las braguitas; ella levantó las caderas sin que tuviera que pedírselo. Las lanzó por encima del hombro. El sexo era mejor estando desnudos.

Podría mirarla durante horas: el pelo revuelto, el pecho pecoso, los ojos oscuros de deseo, las mejillas sonrojadas.

Millie tomó su mano y la llevó entre sus muslos. Aquella audacia lo encendió. Deslizó el dedo y sonrió cuando ella se mordió el labio y se tocó los pechos, buscando más.

–Así, Millie. Sigue –murmuró él, incorporándose.

Sin quitarse la ropa, la atrajo al borde de la cama y le separó las rodillas. Su intimidad, rosada e hinchada, quedó expuesta. Preciosa.

Se arrodilló. Ella se arqueó y él apoyó la mano en su vientre para mantenerla quieta mientras introducía uno, luego dos dedos. Estaba duro como nunca, mientras la chupaba con una lentitud calculada.

Pensó en tomarla después. Pero lo que más deseaba era mirarla a los ojos mientras se derrumbaban juntos. No recordaba la última vez que había querido eso.

Se apartó y se desnudó con rapidez. Cuando ella intentó tocarse, le apartó la mano.

–Espera. Lo haremos juntos.

Se colocó el preservativo sin delicadeza y se inclinó sobre Millie. Ella gimió cuando la punta rozó su entrada.

–Millie, mírame.

Ella intentó arquearse. Él se apartó lo justo.

–Si cierras los ojos, paro.

Intentó tocarse de nuevo, pero él le inmovilizó la mano.

–No te toques. No apartes la mirada. Solo te dejarás ir cuando yo diga.

–Tazio…

Oír su nombre completo de su boca fue como recibir una descarga. Incapaz de esperar más, se hundió en ella. Entonces su calor lo envolvió por completo. Incluso con el látex, lo sentía como nunca antes.

Quería hacerlo sin barreras. Quería que aquello fuera distinto. Que fuera eterno.

Porque no era solo sexo.

La habitación olía a piel, a flores blancas, a sábanas limpias. La brisa marina acariciaba sus cuerpos.

–Muévete –jadeó ella–. Te necesito.

Sabía que se refería a ese instante. Pero una parte de él pensó que quizá necesitaba algo más.

Lo cual era absurdo.

Solo podían tener una aventura de una noche. Al día siguiente se separarían y volverían a verse en Imola dentro de diez días.

Tenía que ser así.

Taz dejó de pensar y se movió con toda la furia y la confusión contenidas desde el primer momento en que la vio. Le elevó las caderas y se adentró con más fuerza.

Incluso cuando el cuerpo de ella se disolvió a su alrededor, cuando gritó su liberación, incluso cuando él estalló dentro de ella, los ojos de Millie no se apartaron de los suyos.

Y los de él tampoco.

Taz le tendió una botella de agua del minibar antes de volver a tumbarse a su lado. Bebió un largo trago, relajado, mientras el cuerpo de Millie aún vibraba y su mente era un torbellino.

El eco del orgasmo más intenso de su vida resonaba en su interior. Se sentía desarmada. Aquello no había sido solo buen sexo. Había sido… algo más. Algo que le había tocado el alma.

La mano de Taz encontró su muñeca y ese simple contacto la ancló al presente. Bajó la mirada mientras él jugueteaba con el diminuto coche de carreras de plata que colgaba de su pulsera. El amuleto era discreto, casi imperceptible, pero no para él.

–¿Cuándo lo compraste? –preguntó, alzándole el brazo para verlo mejor.

Millie sonrió, con una ternura teñida de tristeza.

–Era de Ben. Lo ataba a los cordones de sus zapatos antes de cada carrera.

Taz dejó descansar la mano sobre su muslo y se recostó contra el cabecero.

–Ahora lo recuerdo. Una vez lo perdió antes de Silverstone. Estuvo insoportable hasta que apareció.

Ella soltó una risa suave.

–Cuando yo tenía cuatro años, le regalé uno igual de plástico. Le gustó tanto que pidió que se lo reprodujeran en plata. –Acarició el amuleto–. Sus padres reclamaron el cuerpo tras su muerte, y el amuleto estaba con él. Se lo pedí… y, por suerte, me lo devolvieron antes de que se leyera el testamento.

El ceño de Taz se frunció.

–¿Por suerte?

–Me nombró su única heredera –explicó ella–. Sus padres se enfadaron mucho. Cuando supieron que planeaba donar todo su dinero a la fundación, impugnaron el testamento y me llevaron a juicio.

Taz alzó una ceja.

–Y ganaste.

–Tardé, pero sí. –Sonrió apenas–. Tenía correos de Ben donde hablaba de los jóvenes pilotos a los que ayudaba. Eso lo dejó claro.

–¿Y ahora? ¿Hablas con ellos?

Millie suspiró.

–No. Tampoco con mis padres. Apoyaron la impugnación.

Taz le apretó la rodilla, en un gesto de consuelo.

–Me gustaba Ben –dijo él en voz baja–. Y creo que era bueno para Alex.

Ella ladeó la cabeza.

–¿Por qué?

Taz dudó, mirando los lirios sobre la cómoda.

–Ben era sensato. Alex necesitaba un poco de eso.

–Alex parecía bastante sensato –contestó ella.

La expresión de Taz se endureció.

–Nunca hablo de Alex.

Se hizo un silencio espeso. Millie sabía que había tocado un tema delicado.

–Lo siento mucho, Taz –se atrevió a decir, acariciándole la mano.

Él no respondió. Solo apretó su mano un instante antes de vaciar la botella de agua de un trago y tirarla encestando en la papelera.

–Presumido –murmuró ella, intentando suavizar el ambiente.

Taz sonrió.

–Tengo muchos talentos… –respondió él, acariciándola de manera juguetona.

Ella también sonrió, disfrutando del toqueteo.

–¿Qué te parece Imola? –preguntó él de repente–. ¿Estarás bien allí?

El corazón de Millie se encogió.

–No lo sé. Tengo que ir. Es mi trabajo. Me siento culpable por no haberle visto antes de morir…, pero me alegro de no haber presenciado el accidente.

–Yo también, Mils –dijo él, atrayéndola hacia su pecho.

–Las familias son complicadas –murmuró ella.

–Mucho…

La sensación de cercanía de aquella conversación acabó despertando algo más. La mano de Millie descendió lentamente hasta encontrar su erección. Lo agarró envolviéndolo con la palma de la mano y sintió la respuesta inmediata de él. Aquel atrevimiento fue inesperado incluso para ella. Estaba dando pasos adelante en la seguridad en sí misma.

Sabía que aún tenía camino por recorrer. Que debía hacerse fuerte por sí misma.

Ningún hombre podía hacerlo por ella.

Pero dos cosas podían coexistir.

Mientras aprendía a sostenerse sola, podía disfrutar de él. De su deseo. Del presente.

–Sean complicadas o no –susurró Millie en su oído–, esto… no lo es.

Tal vez el mañana trajera problemas.

Pero esa noche, estar con él era lo único que importaba.

Capítulo 9

Imola, Italia

Doce días después, en el Autodromo Internazionale Enzo e Dino Ferrari, Taz inspeccionó la pista con sus pilotos, informó a los ingenieros y estrategas y mantuvo una videoconferencia con el equipo de investigación en el Reino Unido. Para media tarde ya había trabajado más que una jornada completa. Aun así, su temperamento se fue caldeando mientras respondía a las interminables preguntas de empleados, colegas y prensa sobre el paradero de Millie.

Antes de que pudiera sugerirle verse en Londres durante el descanso, ella había dicho que se encontrarían en Italia. Y desde entonces no la había visto. Como en Shanghái, Millie se colaba en sus pensamientos con demasiada frecuencia y en los peores momentos. Se preguntaba qué estaría haciendo, pensando, comiendo. Por primera vez en su vida, estar separado de una amante le molestaba. Y echarla de menos lo irritaba aún más. Los correos de trabajo y las llamadas breves no bastaban.

Taz se frotó la nuca. Millie había llegado a Italia hacía seis horas; debería llevar tiempo en la pista, pero no había rastro de ella. ¿Dónde estaba? La conocía lo suficiente para saber que no descuidaría el trabajo. Su puesto exigía estar a su lado o, como mínimo, a su alcance.

¿Había estallado algún tipo de escándalo urgente del que no tenía noticias? ¿O es que estaba enferma? Había estado trabajando sin descanso bajo mucha presión. Él era un jefe exigente. ¿La estaba abrumando el trabajo… o él?

Miró el reloj, apretó la mandíbula y tomó una decisión. Tenía unas horas antes de la cena con los patrocinadores. Tiempo suficiente para encontrarla y preguntárselo directamente. Ordenó a un becario que le consiguiera un coche y salió dando grandes zancadas.

Fuera, el ruido de los aficionados era ensordecedor y los *flashes* atravesaban el cielo nublado. Esperaba que las gafas ocultaran su ansiedad. No estaba acostumbrado a preocuparse por nadie. Le exasperaba que Millie pudiera hacerlo sentir así.

Al llegar al aparcamiento, se detuvo. A un metro había un Ferrari de edición limitada, una bestia impecable. ¿Su coche? Perfecto. No mejoró su humor, pero ayudó.

Ignoró la sonrisa seductora de la mujer que le tendía las llaves, se sentó al volante y pasó las manos por el cuero. Al acelerar, el rugido provocó vítores. Era una maravilla. Quizá debería comprarse uno.

Diez minutos después, aparcó frente al hotel donde se alojaban. Apagó el motor, salió y se colocó las gafas en el pelo. En el vestíbulo entregó las llaves al gerente.

–¿Puede moverlo, por favor?

–*Sì, signore. Con molto piacere.*

–La señorita James se ha registrado. ¿Dónde está?

–Creo que en el patio trasero.

Si alguien le hubiera dicho semanas atrás que estaría persiguiendo a una empleada, habría puesto los ojos en blanco. El trabajo siempre era lo primero. La marca De Rossi era la prioridad absoluta.

Pero conocía a Millie. Y confiaba lo suficiente en ella para saber que habría una buena razón. Algo iba mal.

El patio era un refugio tranquilo, cubierto por enredaderas. En la esquina más alejada, en un sofá de dos plazas, Millie estaba acurrucada con el portátil sobre las rodillas. Concentrada. Con el ceño fruncido y los dedos sobre el teclado.

Llevaba unos pantalones cortos rosa intenso y una camisa *oversize* remangada. La luz suave se filtraba entre las hojas y le iluminaba el cabello. Taz sintió una oleada de lujuria… y algo más incómodo.

Se apoyó un instante en el marco de la puerta para contemplarla.

«No. Basta». Era su empleada y se había ausentado sin permiso.

–¿Dónde has estado? ¿Y por qué no contestas al teléfono?

Millie levantó la cabeza, sobresaltada.

–Taz…

Se acercó, recordándose que debía tratarla como a cualquier empleado.

–Tu puesto requiere que estés en la pista, conmigo. No recuerdo ninguna cláusula que te permita quedarte en el hotel.

Millie apartó la mirada y se llevó la mano a la frente, cubriéndose los ojos. Taz frunció el ceño. Algo no encajaba. Millie nunca faltaba ni se escondía.

–¿Estás enferma? ¿Tienes migraña?

Ella negó con la cabeza, el labio inferior atrapado entre los dientes, la mirada fija en la pantalla.

La preocupación desplazó por completo la irritación.

–Millie, mírame –le ordenó con suavidad.

Le costó obedecer. No pudo alzar la vista hasta sus ojos; se quedó mirando la base de su garganta. Taz recorrió su rostro con atención, fijándose en los ojos hinchados y en la nariz enrojecida.

–¿Has estado llorando?

Ella se encogió de hombros.

Taz maldijo en silencio y se balanceó sobre los pies. No se involucraba emocionalmente con la gente. No tenía ni idea de cómo abordar aquello. El labio inferior de ella todavía temblaba.

–¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? –preguntó, haciendo una mueca al darse cuenta de lo brusco que había sonado–. Perdón.

No sabía qué hacer ante una mujer que lloraba. Normalmente se marchaba y dejaba que siguieran con lo suyo.

Miró la puerta del hotel y calculó que podría estar en el coche en segundos, y de vuelta en el circuito en quince minutos.

Pero se trataba de Millie. Y verla sufrir le dolía de una forma que no sabía nombrar. Irse no era una opción, así que tendría que comportarse como un adulto. Si podía enfrentarse a la muerte a trescientos kilómetros por hora, también podía lidiar con aquello.

Le cerró el portátil y apartó la mesa de centro para tener más espacio. Después se sentó frente a ella.

–Háblame, Millie.

Ella abrió las piernas y apoyó los antebrazos en las rodillas.

–Los dos sabemos que preferirías estar en cualquier otro sitio menos aquí, Taz.

–¿Por qué lloras? –insistió él en voz baja–. No me voy a mover hasta que me respondas.

–Ben…

Millie bajó la cabeza y jugueteó con el colgante de plata de su pulsera. El pequeño coche que Ben se ataba a los cordones antes de correr. El que llevaba cuando se estrelló en…

Taz maldijo mentalmente. Ben había muerto en Imola. Su coche había derrapado y había muerto antes de que los médicos llegaran.

Y él, siempre tan ocupado y egocéntrico, lo había olvidado.

Claro que volver allí era devastador para Millie. Estar en el lugar exacto donde la vida de Ben se había acabado.

Se pasó las manos por la cara, avergonzado. Confundido por su necesidad repentina de consolarla, de protegerla.

Había dejado el circuito porque necesitaba estar con ella. Porque la había echado de menos. No solo en su cama. Echaba de menos su sentido del humor, su sensatez, la forma en que lo anclaba al presente.

Pero aquello no iba de él.

Millie estaba enfrentándose al lugar donde había perdido a la persona que más había querido. Y eso le atravesó el pecho como una cuchillada.

Ella se secó las lágrimas con la palma de la mano.

–Pensé que estaría bien…, pero no he sido capaz de ir al circuito. Sé que tengo que hacerlo. Es mi trabajo. También quiero dejar flores donde murió. Pero no he tenido el valor de hacerlo.

Taz podía tomar curvas imposibles a trescientos kilómetros por hora, decidir en milésimas de segundo y cargar con la responsabilidad de miles de empleos. Pero ante los ojos bañados en lágrimas de Millie, se sentía completamente desbordado.

Ella alzó la vista hacia él.

–Me siento como una cobarde, Taz.

Su voz se quebró y él se estremeció.

Sus manos ansiaban consolarla, apartar los mechones húmedos de su rostro, pero se contuvo. Había distintas formas de valentía y,

en lo más profundo, Taz sabía que la de ella eclipsaba la suya. Podía seducir a cualquier mujer, pilotar, negociar contratos imposibles. Pero mostrar las heridas del alma requería una fortaleza que él no tenía.

Enfrentarse al pasado en lugar de encerrarlo dentro de una caja fuerte exigía una fuerza que solo podía admirar desde lejos. Emocionalmente estaba atrofiado. Incapaz de ir más allá de la superficie. Decían que se aprendía a amar en la infancia, y aunque había visto el amor que su padre sentía por Alex, para él no había quedado nada. Reconocerlo significaba aceptar que no había sido querido, y durante años eso había sido demasiado doloroso. Así que aprendió a verlo como algo innecesario en su vida.

Los sentimientos lo aterrorizaban.

Y aquella mujer, con sus lágrimas y su vulnerabilidad, lo desarmaba.

Intentó decir algo –que era extraordinaria, que su valentía lo dejaba sin palabras–, pero las frases se enredaron y murieron en su garganta. Eran demasiado grandes. Demasiado peligrosas. Así que hizo lo único que sabía hacer: retroceder. Cerró sus persianas emocionales y volvió a la fría jaula que siempre lo había protegido.

Y como tenía que decir algo, se refugió en lo seguro.

–Deberías centrarte en el trabajo. Eres muy buena en lo que haces. Este es un buen lugar para… evadirte.

Ella ladeó la cabeza.

–¿Eso es lo que haces tú, Tazio? ¿Evadirte?

No podía admitirlo. No podía abrir más esa grieta. Ni siquiera con ella, la mujer que había llegado más hondo que nadie.

–Tenemos mucho que hacer y poco tiempo –zanjó él–. Volvamos al trabajo.

Vio la expectativa en su mirada: un abrazo, una caricia, quizá solo que le dijera que estaba contento de verla. Pero no podía tocarla. Si lo hacía, perdería el control. Revelaría cuánto la había extrañado. Cuánto la deseaba. Toda su vulnerabilidad.

Y eso no era aceptable.

Vio la decepción en su rostro.

Decían que él era frío. Insensible. Egoísta. Y odiaba que le pusieran etiquetas. Pero al verla apagarse ante él, supo que, esa

vez, el mundo tenía razón.

Capítulo 10

En la sala de conferencias del equipo De Rossi en el circuito de Imola, de espaldas a la pista, Millie apartó el portátil e intentó estirarse para aliviar el estrés del día. Los dos días anteriores habían sido una vorágine caótica, exactamente lo que esperaba en la antesala de una carrera. Taz había estado más ocupado de lo habitual: trabajo de competición durante el día, cenas con patrocinadores por la noche. Se metía en la cama cuando ella ya dormía y se marchaba antes de que despertara.

Cuando coincidían en la pista, a veces la rodeaba por la cintura o le daba un beso en el pelo. Pero siempre había gente alrededor, y Millie nunca sabía si aquello alimentaba la farsa o si era un gesto genuino.

Se había mostrado sorprendentemente comprensivo con su ausencia del otro día. Esperaba una reprimenda; Taz de Rossi no toleraba fallos. En cambio, le dijo que estaba haciendo un gran trabajo. El elogio la había conmovido más de lo que admitiría jamás.

Suspiró. Ambos estaban agotados y tenían poco tiempo. Las conversaciones, casi siempre laborales, eran apresuradas. Aunque mantenían la apariencia pública y compartían cama, últimamente no conectaban de verdad. No podía evitar pensar que Taz la estaba evitando.

Había momentos fugaces de algo indefinible: una mirada, una vacilación, un destello de ternura sofocado al instante. Le parecía un hombre luchando contra algo que no sabía cómo manejar.

Le vibró el móvil con un mensaje en el chat del equipo: *Reunión en la pista, junto a los boxes De Rossi, en cinco minutos*.

Millie arqueó las cejas. Era tarde y todos estaban exhaustos. ¿A qué venía aquello?

Bajó a la pista y se reunió con sus colegas, que parecían inusualmente serios.

Taz, con traje oscuro y camisa blanca sin corbata, se abrió paso entre la multitud. Llevaba un enorme ramo de lirios blancos y rosas, el cual entregó a Millie. Luego le tomó la mano, entrelazando los dedos. Pilotos y mecánicos de otros equipos se acercaron para ver qué pasaba.

Taz se aclaró la garganta y todos se quedaron en silencio.

–Millie James es prima de Ben Brennan. Hace diez años, Ben perdió la vida en esta pista. –La miró–. Estamos aquí para recordarlo, Millie. Vamos, cariño –murmuró con una ternura que la desarmó.

A Millie le tomó unos segundos comprenderlo. Taz había organizado un homenaje a Ben. Una forma de conmemorar su muerte con la gente que compartía su mundo.

Confirmaba todo lo que ella intuía: que Taz era mucho mejor persona de lo que dejaba ver.

De la mano, comenzaron a caminar hacia la pista. Detrás, la multitud los siguió en silencio: pilotos, mecánicos, directivos… Los colores de los equipos se mezclaban; las rivalidades quedaban a un lado. Unidos para honrar a uno de los suyos.

Una oleada de gratitud la recorrió. Taz no solo le daba una forma de honrar a Ben; estaba ayudándola a canalizar su dolor, sus recuerdos, su amor. Con hechos, no con palabras.

Había usado su poder para crear un momento que llevaría consigo siempre.

Por primera vez en semanas, Millie sintió que podía empezar a soltar lastre. Las lágrimas corrieron libremente. Se aferró a la mano de Taz, cuyo agarre firme la mantenía anclada.

Tras unos minutos, él la guio hasta el borde de la pista, con la mano aún en su cintura.

–Aquí fue –le indicó–. Aquí se estrelló Ben.

Millie asintió con un nudo en la garganta. Se arrodilló y colocó el ramo en el asfalto, rozándolo con los dedos.

–Ben, te echo de menos. Mucho. Ojalá hubiera pasado más tiempo contigo. Lo siento.

Permaneció en cuclillas, protegida por la presencia de Taz.

–Estoy intentando ser mejor –añadió ella, con lágrimas incontenibles–. Poco a poco voy entendiendo mi vida… Espero que estés orgulloso de mí, Ben.

Al mismo tiempo que la mano de Taz se posó en su hombro, firme y reconfortante, la voz de Ben resonó en su interior: «Ni un solo día dejé de estarlo, Mils».

Por un instante fugaz, creyó sentir su presencia. Entonces, una voz profunda se alzó detrás, entonando la primera línea de *Amazing Grace*.

La compostura de Millie se hizo añicos. Arrodillada en la pista, con Taz protegiéndola, sollozó por todo lo perdido: por el primo que había sido como un hermano, por la chica que fue y por la mujer en la que luchaba por convertirse.

Horas más tarde, exhausto, Taz se detuvo frente a la puerta de su *suite* y apoyó la mano en la madera. Había sido un día largo y duro, uno más de muchos. Organizar el homenaje a Ben le había exigido más de lo que nadie –especialmente Millie– podía imaginar. Conseguir permisos, convencer a comisarios, coordinar equipos rivales… y ocultárselo todo a Millie para no ilusionarla en vano.

Ya no le gustaba esconderle cosas. Ni pensamientos ni emociones.

Ese era el problema. Quería protegerse y, al mismo tiempo, profundizar con Millie. Mantener distancia y conocerla por completo. Estaba inundado de deseos contradictorios.

Era un desastre. Y no le gustaba.

Pero no se arrepentía. Había organizado el homenaje para enmendar su torpeza al no haber entendido de inmediato su dolor, porque ella quería despedirse… y porque la necesitaba. Millie lo necesitaba.

Entró.

Millie estaba sentada en la cama, con aspecto de estar agotada. Resistió el impulso de querer abrazarla y se quedó cerca de la

puerta, con las manos inquietas.

–Tienes que comer, Millie.

–No puedo –respondió ella–. Tengo demasiadas palabras y demasiada gratitud.

No quería su agradecimiento. Era demasiado.

–Las palabras no son lo que necesito, Mils.

Ella se acercó, apoyó las manos en su pecho y lo besó en una mejilla. Cuando se apartó, lo miró fijamente.

–¿Qué necesitas, Taz?

–Te necesito a ti –susurró él, rezando para que no le pidiera explicaciones.

–¿En serio?

–¿Te quedarás conmigo esta noche?

–Sí –contestó ella sin dudar y lo rodeó con los brazos.

Taz hundió el rostro en su cabello mientras el pánico lo atravesaba. ¿Qué le estaba pasando?

Tras una noche en los brazos de Taz, Millie se despertó sintiéndose con más fuerzas. Se veía capaz de ir a la pista. Tal vez no para ver toda la carrera, pero al menos estaba más calmada tras haber dicho adiós a Ben.

Era hora de trabajar.

El sol italiano calentaba el patio del hotel. Millie sirvió un par de tazas de café, disfrutando de la paz que allí se respiraba. Al otro lado de la mesa, Taz parecía tenso, cargado de energía contenida.

–No te imaginas lo conmovida que estoy por lo de ayer. Gracias, Taz.

–Ya me lo agradeciste anoche.

Sabía que él no se sentía cómodo con los elogios personales, así que Millie lo dejó estar.

El homenaje a Ben había sido noticia. Ella sabía que Taz no lo había hecho por la prensa. Lo había hecho por ella.

Lo observó mientras mordía una fresa.

–¿Hiciste un funeral grande para Alex?

La mano de él se tensó.

–Es terrible que dos pilotos del equipo De Rossi murieran tan jóvenes. ¿Cómo era Alex?

–Búscalo en Internet –contestó él con frialdad.

Millie sintió el golpe, pero no retrocedió.

–No quiero la versión de Internet. Quiero la tuya. –Se inclinó hacia delante–. Podría contarte mil pequeñas cosas de Ben. Son esas tonterías las que lo hacían ser él.

–¿A qué viene el interrogatorio, Millie? Nos acostamos juntos. No compartimos nuestros secretos más profundos.

Sus palabras le dolieron, pero se mantuvo firme.

–Intento hablar contigo sobre tu hermano. Eso es lo que hace la gente.

Él dejó caer la servilleta, molesto.

–Yo no.

Debería parar. Pero ya había llegado demasiado lejos como para hacerlo. El homenaje a Ben había sido una experiencia sanadora para ella.

Quería lo mismo para él.

Se sentía menos vulnerable, había conseguido enterrar algunos de sus fantasmas. Quería que Taz sintiera algo del alivio que ella sentía. ¿Acaso era tan malo?

–Alex es alguien de quien estar orgulloso –dijo Millie con suavidad–. Era buena gente. ¿Por qué no hablas de él? Era tu hermano mayor. Y, ya que estamos, ¿por qué no hablas de tu padre?

–Millie, tengo un día ajetreado por delante y no quiero empezarlo con una pelea.

Ella arrugó la nariz.

–Yo tampoco quiero pelear. Intento hablar contigo.

–Podemos hablar de cualquier cosa menos de Alex… o de mi padre.

–¿Por qué todo lo que importa es territorio prohibido contigo? –preguntó ella, manteniendo el tono tranquilo.

La silla de Taz chirrió contra la piedra al levantarse bruscamente.

–No tienes ni idea sobre Alex. O sobre mi padre. Y no te debo explicaciones.

El corazón de Millie se encogió.

–Tienes razón. No me debes nada. Pero guardarte todo eso solo te hace daño.

–No te metas donde nadie te llama, Millie.

Y después de decir eso, se fue, dejándola angustiada en el patio. Sintiendo que una grieta gigantesca acababa de abrirse entre ellos.

Más tarde, Millie tuvo que ir al circuito ella sola. Tras marcharse furioso, Taz había abandonado el hotel sin decir palabra, obligándola a llamar a un becario para que la recogiera. Una humillación más.

Era día de carrera y la valentía que había encontrado días atrás se había esfumado. Estaba muy nerviosa. Miró el reloj. Aún faltaba una hora para la salida. El café estaba descartado, así que optó por una infusión de camomila y jengibre y las pastillas para la ansiedad que llevaba en el bolso.

Su mente racional le decía que era absurdo. El accidente de Ben había sido estadísticamente irrepetible. Pero la ansiedad podía más que la razón. No era solo la pista: era la suma de emociones, el cansancio, los sentimientos cada vez más profundos por Taz y aquella montaña rusa de pasión y distanciamiento.

Entró en la sala VIP, agradecida de encontrarla vacía. Desde el exterior, el ruido apagado de la multitud llegaba a sus oídos. Se negó a mirar y se frotó los ojos hinchados.

Echaba de menos a Ben. Debería estar allí, a su lado. Bromeando, riendo, viviendo el momento. Ben había sido un hombre dinámico, entregado, alguien que realmente amaba lo que hacía.

Millie aspiraba a ser así. Disfrutaba de su trabajo con Taz y se sorprendía de lo bien que se le daba. Había logrado transformar su imagen pública. Ya no era visto como un hombre impulsivo y obstinado, sino como un excelente líder de equipo que llevaba sobre sus hombros la responsabilidad de un gran legado. Y no había necesitado engañar a nadie; todo era verdad.

Pero esa carga parecía endurecer a Taz, reforzando sus muros. Su incapacidad para hablar de Alex, para dejarla ver más allá, era frustrante… y dolorosa. Mientras no la dejara entrar, solo tendrían

fugaces momentos de ternura, instantes robados unidos por el deseo.

¿Y por qué quería más?

Porque bajo la arrogancia había visto a un hombre profundamente solo. Complicado, exigente, pero también generoso. Entender a Taz de Rossi era como intentar grapar niebla a una pared.

El agotamiento lo amplificaba todo. Cuando se sintiera más fuerte, desenredaría sus emociones y trataría de entender qué significaban.

Taz se detuvo en seco cuando la puerta de la sala VIP se cerró tras Millie. El clic resonó en el pasillo vacío.

Echó la cabeza atrás, mirando el techo, intentando calmar la tormenta interior. Nada iba según el plan. Cada célula de su cuerpo ansiaba estar en la pista, sentir el rugido del motor, saber exactamente qué hacer.

Estaba perdiendo tiempo y puntos, limitado por el maldito yeso. La mezcla de rabia e impotencia lo devoraba. Y, como si el universo se burlara de él, había descargado todo en Millie.

¿Por qué sus preguntas sobre Alex y su padre habían logrado atravesar su coraza?

Taz apoyó una mano en la pared y dejó descansar la frente contra ella, rechinando los dientes.

Millie era un problema que no había previsto. Siempre había compartimentado su vida: emociones en una caja, sexo en otra, carreras en una caja fuerte sagrada. Pero Millie había destrozado algunas de esas cajas, difuminando las líneas que había tardado años en trazar.

Gimió y golpeó el yeso con el puño, sacudiendo la cabeza. Había cumplido casi todos los compromisos benéficos –con Millie a su lado–; solo quedaba el baile en Mónaco. En tres semanas volvería a competir, todo sería predecible otra vez y podría centrarse en ganar el campeonato. Demostrar, por fin, que era el mejor piloto del equipo De Rossi.

Sin embargo, la idea lo dejó vacío.

Apretó la mandíbula. «Basta». Si iba a sobrevivir las próximas semanas, tenía que arreglar lo que había roto con Millie. Descargar su frustración en ella había sido un acto cobarde. Y odiaba la cobardía.

Reuniendo todo el valor que pudo, entró en la sala y cerró la puerta tras él. Millie se volvió, con las cejas arqueadas y una expresión fría.

–Millie…

Ella bebió de su taza sin apartar la mirada. No iba a ponérselo fácil.

–Me pasé esta mañana. No lo merecías.

–¿Saltaste? ¿Te fuiste furioso? –dijo ella.

–Exacto –admitió él, obligándose a mirarla–. Lo siento.

La tensión no desapareció.

–Las disculpas no son tu fuerte, ¿verdad?

–No –confesó Taz–. Pero estoy aprendiendo.

Algo vaciló en su expresión, pero la cautela ganó.

–¿Por qué te pusiste así? –preguntó ella, con los brazos cruzados.

«Porque me importas demasiado», pensó Taz. Pero no lo dijo en voz alta.

Se encogió de hombros, con las manos en los bolsillos. Ella lo observó con atención; Taz se dio cuenta de que contenía la respiración.

Finalmente, Millie suspiró.

–Eres un desastre, Taz de Rossi.

–Me han llamado cosas peores.

La dureza de su rostro se suavizó y, por primera vez en horas, Taz sintió que el nudo en su pecho cedió un poco. No estaban bien. Pero tampoco estaban mal del todo.

Fue al frigorífico, sacó una botella de agua y se la apoyó en la frente.

–Eres demasiado buena, Mils –murmuró. Y, sin saber por qué, añadió–: ¿Ben te habló alguna vez sobre Alex?

¿Qué estaba haciendo?

–No hablábamos de Alex –respondió ella–. Lo poco que supe fue por lo que vi en Internet.

Claro. Ben no habría dicho nada. Nadie habría creído una crítica a Alex: el hijo favorito, el heredero perfecto. Si Ben hubiera hablado, habría quedado como envidioso.

Taz bebió y alzó la vista.

–No hablo de Alex porque… –tragó saliva– no era la persona que todos creían.

Ella frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–Es todo lo que puedo decir.

Millie dejó la taza y cruzó los brazos.

–¿Nada más?

¿No entendía que ya había ido más lejos que nunca? Aquellas palabras habían requerido más coraje que cualquier curva a trescientos kilómetros por hora.

Se pasó la mano por la mandíbula, temblorosa. Y entonces Millie hizo algo que lo desarmó por completo.

Se acercó, apoyó ambas manos en su pecho y descansó la frente contra su esternón. Lo rodeó con los brazos en un abrazo firme y silencioso. Sin exigencias. Sin preguntas. Sin condiciones.

Solo consuelo.

Taz se quedó paralizado, descolocado. Como la noche anterior, su abrazo no era sexual ni insinuante: era humano. Y, aun así, le temblaron las rodillas como si acabara de salir de un accidente mortal. No recordaba la última vez que alguien lo había consolado sin esperar nada a cambio. ¿Antes de que muriera su madre, quizá? Aquellos recuerdos estaban enterrados bajo décadas de dolor.

Millie retrocedió lo justo para buscar su mirada. Sus dedos rozaron su mandíbula en una caricia ligera.

–Debe de ser agotador que te comparen siempre con él –murmuró ella–. Lo siento mucho, Taz.

Las palabras atravesaron su armadura. Parpadeó con fuerza, decidido a no perder el control. La emoción era un lujo inútil, algo que había descartado siendo adolescente. Entonces, ¿por qué le resultaba tan difícil apartarla? Crear la distancia que sabía que necesitaba.

Un golpe en la puerta rompió el hechizo. Agradecido por la interrupción, fue a abrir.

El becario se encogió ante su ceño fruncido.

–Eh… Señor De Rossi, lo esperan en la sala de reuniones.

–Voy en un minuto.

El chico no se movió.

–¿Algo más?

–El coche está aquí, señor. El que pidió para llevar a la señorita James al hotel.

Cierto. Había querido mantenerla lejos de la carrera aquella tarde. El homenaje había sido duro; no necesitaba revivirlo desde la grada.

–Danos un minuto –pidió cerrando la puerta.

Se volvió hacia Millie y le apartó un mechón tras la oreja.

–Vete al hotel. No necesitas estar aquí.

Ella negó con la cabeza.

–Tengo trabajo que hacer.

–Hoy no –replicó él con suavidad–. No hay nada que no pueda esperar. No quiero que veas la carrera ni que tu imaginación se dispare pensando en Ben. Vuelve al hotel. Descansa. Piensa en cualquier cosa menos en esto.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Asintió, el labio inferior temblándole.

–Gracias.

Él la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí. Besó la coronilla de su cabeza y miró la hora. Ya debería estar en boxes.

–Mils…

Ella dio un paso atrás.

–Tienes que irte. Claro.

–Te acompaño al coche.

–No –dijo ella, medio riendo–. Todos se preguntarían por qué me voy y si hemos peleado… o si estoy embarazada. Evitemos las especulaciones. Me escabulliré.

A Taz no le gustaba la idea, pero confió en ella.

–¿Estás segura?

–Sí. Necesito un par de minutos para recoger mis cosas. –Al ver que él no se movía, resopló–. Te prometo que después volveré al

hotel.

Él asintió y después le dio un beso en los labios.

–Que pases una buena tarde.

Millie sonrió.

–¿Te veo luego?

–No sé cuándo volveré –respondió él–. Pero sí.

No sabía adónde iban ni cómo acabaría todo.

Solo sabía que quería estar con ella todo el tiempo posible.

Capítulo 11

Mónaco

Millie y Taz salieron de Italia y llegaron a Mónaco al día siguiente de la carrera de Imola. En lugar de volar, Taz la subió a lo que ella suponía que era un Bugatti –sus conocimientos sobre coches eran lamentables– y condujeron seis horas hasta la ciudad. Al entrar en el corazón de Mónaco, Millie hizo un esfuerzo por no mostrar su emoción. Era la semana previa al Gran Premio y la ciudad vibraba de expectación. El Mediterráneo brillaba bajo el sol; los yates relucían en el puerto.

Cafeterías y restaurantes llenos, conversaciones vibrantes y el sonido de tacones resonando sobre los adoquines. Una mezcla de sofisticación y caos. Mónaco no solo albergaba una carrera; se exhibía con orgullo.

Los teléfonos se alzaron cuando reconocieron a Taz. En un semáforo, el coche quedó rodeado de fans y *paparazzi*.

Cuando cambió a verde, primero avanzaron despacio para no atropellar a nadie y después salieron haciendo rugir el motor, deleitando a los espectadores. Unas manzanas después, llegaron al hotel.

Como era Taz de Rossi, los condujeron directamente a la *suite* del ático. Las vistas del Mediterráneo dejaron a Millie sin aliento. El espacio era amplio y luminoso, con una piscina infinita recorriendo la terraza. No necesitó explorar para saber que habría una cama descomunal y un baño exagerado.

–¿Vas a bajar a la pista? –preguntó estirándose, aún absorta en el paisaje–. ¿Por qué me miras así? –añadió, algo cohibida–. Mira esto. Es increíble.

–Tú lo eres más –respondió él, con la voz más grave–. Tengo cita con el médico del equipo en una hora. Y la estilista vendrá con vestidos para el baile de mañana.

El último evento como su novia falsa. Millie frunció la nariz.

–¿Por qué no puede elegir ella? Tengo muchísimo trabajo.

–Tienes que elegir tú.

La mano de Taz se posó en su cadera y la atrajo. Sus labios rozaron su cuello; Millie sintió cómo se endurecía contra su vientre. No tenía tiempo para aquello. Correos. Llamadas. Trabajo.

Pero la boca de Taz subió por su cuello, recorrió su mandíbula y encontró la suya. Millie suspiró.

Ya trabajaría después.

–Millie…

El beso fue feroz, urgente. Su lengua la invadió con un ritmo imprudente que la dejó sin aliento. Taz era adrenalina y caída libre. Ella se derritió, presionando las caderas contra él.

Pero entonces Taz se apartó, manteniendo el contacto solo con las manos firmes en su mandíbula. Su expresión era intensa… y controlada.

–¿Por qué has parado?

–Porque no quiero que termine rápido. Quiero algo más para ti que rapidez.

Ella se rio.

–No me importa que sea rápido.

Taz negó con la cabeza.

–Esta vez no, Mils.

La manera en que dijo su nombre la desarmó. No era amor…, no podía serlo. Pero cuando él la tomó en brazos y la llevó al dormitorio, las líneas entre sexo y algo más se difuminaron.

La dejó frente a un espejo alto. Se colocó detrás, mirándola a través del cristal. Sus manos descansaron sobre sus hombros.

–Tu única tarea es mirarme –le ordenó suavemente.

Comenzó a desabrocharle la blusa con lentitud deliberada, revelando piel centímetro a centímetro. Le acarició las clavículas y luego bajó las manos por sus brazos. El encaje quedó al descubierto. Le besó el cuello y masajeó sus pechos con reverencia.

–Mírate –murmuró–. Mira lo hermosa que eres. Eres atrevida, brillante…

–No, solo soy…

–Preciosa –la interrumpió él–. Tan sexi que me mareas. Mírate. Mira lo que yo veo.

Su reflejo la sorprendió. Se encontró con una mujer segura y llena de deseo. Quizá era hora de dejar de verse como alguien inferior.

Las manos de Taz desabrocharon su sujetador; los tirantes cayeron. Ella contuvo el aliento cuando él deslizó una mano bajo la cinturilla de sus pantalones.

–Dios, Millie –susurró–. No puedo esperar a estar dentro de ti.

Arrastrada por su voz, se despojó del resto de la ropa. Taz se arrodilló, separándole los muslos.

Ella jadeó.

–Confía en mí.

Y confió.

La besó con ternura devastadora. Su boca y sus dedos la llevaron al clímax con una intensidad que la deshizo. Sintió una liberación total.

Taz se apartó, mirándola con satisfacción reverente. Luego se irguió y ella le tendió la mano.

–Hazme el amor, Taz –le pidió susurrando.

Cuando la besó de nuevo, de forma lenta y profunda, Millie se preguntó si aquello era amor. Si Taz era el hombre al que entregaría su corazón.

¿Lo cuidaría… o lo rompería?

Pero mientras la besara así, no le importaba averiguarlo.

Capítulo 12

La noche siguiente, Taz permanecía de pie junto al borde de la piscina infinita mientras la brisa nocturna le acariciaba el pecho desnudo. Con solo una toalla alrededor de las caderas, tenía la mirada perdida en el Mediterráneo, cuya superficie se extendía inquietantemente tranquila.

Debería haber estado disfrutando del sexo bajo la ducha con Millie; el sabor de su boca aún persistía en sus labios, el calor de su cuerpo apretado contra el suyo. En cambio, tenía la mandíbula tensa y los puños cerrados, reviviendo el momento que había destrozado la intimidad.

El timbre estridente del teléfono.

Lo había oído incluso a través del agua a presión de la ducha, pero lo había ignorado. ¿A quién le importaba el mundo cuando Millie estaba desnuda entre sus brazos? Sus manos enjabonadas habían recorrido sus curvas cuando aquel sonido insoportable lo arrancó del momento.

Había salido de la ducha a regañadientes, el agua aún goteándole mientras se enrollaba la toalla. Al leer el informe de su jefe de Logística, su tarde comenzó a ir cuesta abajo.

–¿Cómo que se ha retrasado?

Un gran cargamento de piezas –neumáticos, herramientas especializadas, equipamiento esencial– estaba atrapado en una huelga de camioneros en Francia. Sin ese material, el equipo no podía empezar a afinar el coche para el circuito urbano.

Taz se pellizcó el puente de la nariz.

Pensó rápido en busca de una solución. Autorizó fletar un avión de carga desde la sede del equipo De Rossi en el Reino Unido. Que

movieran cielo y tierra.

Colgó y golpeó la barandilla con la palma, frustrado.

Los retrasos eran parte del circo de la Fórmula Uno, pero aquella noche estaba alterado.

Desde Shanghái, su vida era una cuerda floja sin red. Había perdido los nervios, sufrido una lesión, adquirido una novia falsa… y encontrado una amante real. Al menos le habían quitado por fin la escayola en la consulta médica del día anterior.

–Has sanado bien. Técnicamente podrías correr –le había dicho el médico–, pero no te lo recomendaría.

Taz necesitaba estar al volante. Ansiaba que llegara el sábado para poder hacerlo.

Se había guardado la noticia. El Taz de antes habría anunciado su regreso de manera triunfal. Pero el hombre que observaba el horizonte en ese momento era muy distinto. Desde que Millie había entrado en su vida, se sentía más blando, más vulnerable, como si parte de su armadura hubiera caído. Y no le gustaba.

Se pasó la mano por el pelo. No podía saltarse el baile; era el invitado de honor. Otro acto de cara al público para suavizar su imagen. Llevar a Millie había sido una gran idea. Con ella a su lado era menos impaciente, más humano.

Todo estaba bien. Excepto que Millie sabía que Alex no era el santo que todos creían.

No le había dado detalles. Si lo hiciera, ella lo entendería todo. Pero contárselo requería una confianza que no sabía si podía ofrecer. Si el secreto seguía siendo solo suyo, estaba a salvo. Si se lo revelaba, quedaría expuesto. Vulnerable. Y el miedo a que aquello saliera a la luz se convertiría en ansiedad pura.

Unos pasos suaves lo sacaron de sus pensamientos. La mano fría de Millie se posó en su espalda desnuda.

El cabello húmedo le caía sobre los hombros. Estaba descalza y llevaba una camiseta diminuta y unos pantalones cortos de algodón.

Al verla, sintió que el caos en su interior se calmaba un poco.

–¿Algún problema? –le preguntó ella.

Él asintió y se lo explicó, disfrutando del contacto de su mano.

–Parece que ya encontraste una solución. Entonces…, ¿qué es lo que realmente te preocupa?

Taz se encogió de hombros de forma brusca. Pero antes de que pudiera alejarse, ella le agarró la muñeca.

–Tazio.

Que usara su nombre completo era un desafío. Una negativa a dejarlo huir.

Sus miradas se encontraron.

–No me cierres la puerta.

Él se puso rígido.

–¿Por qué tienes que presionarme?

Los dedos de Millie se cerraron un poco más sobre su brazo.

–No era más que una pregunta sencilla. Una forma de recordarte que estoy aquí, dispuesta a escucharte.

Las palabras lo golpearon con más fuerza de la que esperaba. Porque ambos sabían que no hablaba de trabajo ni de carreras. Hablaba de lo que guardaba bajo llave en su interior.

Taz abrió la boca para decir algo, pero la cerró de nuevo. ¿Cómo explicarle que no tenía arreglo?

Buscó una salida fácil.

–¿Qué quieres que te diga? Mi ventaja en el campeonato se reduce. Mis mecánicos están nerviosos porque faltan piezas. Tengo patrocinadores, presión, un baile inútil al que acudir cuando debería estar trabajando en la estrategia.

–¿Por qué es tan importante ganar un cuarto campeonato? –preguntó ella–. ¿Porque Alex no lo consiguió?

Demasiado perspicaz. Veía demasiado, y eso lo aterrorizaba.

–En parte.

–Alex está muerto, Taz. A nadie le importa.

Tenía razón… y no la tenía. No se trataba de titulares ni de récords. Era algo más íntimo y doloroso: plantarse ante el recuerdo de su padre y demostrar que él también importaba. Que había merecido atención. Que no había sido invisible.

–Ojalá hablaras conmigo –dijo ella en voz baja.

¿No lo entendía? En pocas semanas le había dicho más que a nadie en toda su vida.

–Rara vez hablo con alguien –respondió él–. Y nunca hablo de Alex. Nunca. –Su voz se volvió áspera–. No puedo confiar en nadie.

El rostro de Millie se tensó; el dolor cruzó fugazmente sus ojos. Pero no se quebró. Se mantuvo firme.

–¿Te preocupa que diga algo? Perfecto. Firmaré un acuerdo de confidencialidad. Si sale algo, demándame por todo. Te devolveré el millón con intereses. Pero te aseguro que jamás te traicionaré.

Sus palabras lo atravesaron.

Ella no era el problema.

Él lo era.

Y los sentimientos desconocidos que despertaba en él –esa vulnerabilidad creciente, ese miedo a necesitarla– lo aterraban mucho más que cualquier pista de carreras.

El pánico le retorció las entrañas.

–Estás compitiendo con un fantasma, Taz.

No podía seguir así. Se pasó la mano por la cara, intentando recuperar el control de sí mismo y de la conversación.

Antes de que pudiera responder, Millie cambió de tema:

–¿Vas a correr el sábado?

Él miró su mano, ya libre de escayola.

–¿Cómo lo supiste?

Ella resopló.

–Porque te han quitado la escayola, tu ventaja se reduce y estás desesperado por volver a la pista.

Millie se dio la vuelta y él la dejó marcharse. Viéndola caminar hacia el interior, pensó en lo simple que había creído que era todo al principio: una pareja falsa en público, amantes en privado.

Lo único que no podía controlar –lo único que amenazaba su mundo cuidadosamente ordenado– era que ella se preocupara de verdad por él. Y que, pese a todos sus esfuerzos, él también se preocupara por ella. Incluso podía estar peligrosamente cerca de enamorarse.

Y eso era un riesgo demasiado grande.

Porque amar siempre terminaba en pérdida. Y perderla lo destrozaría.

Pero no estaba seguro de tener el valor suficiente para dejarla ir.

Entraron en el salón de baile del hotel Le Château du Ciel, y Millie dirigió la mirada a Taz. Parecía poco impresionado por la belleza del lugar. El techo, adornado con dioses y diosas pintados a mano, se alzaba sobre enormes candelabros de cristal que colgaban sobre un suelo de mármol brillante. Los espejos dorados, las cortinas de terciopelo azul medianoche y las ventanas arqueadas con vistas al Mediterráneo creaban un ambiente opulento. Camareros con guantes blancos se movían entre la multitud, ofreciendo copas de champán.

Millie se detuvo un segundo frente a un espejo y evaluó su reflejo. Su vestido morado oscuro, entretejido con plata, se ajustaba donde debía. El escote era sugerente sin ser excesivo y la falda dejaba asomar sus tacones altos. El maquillaje era discreto y llevaba el cabello recogido en una cola.

Taz vestía un esmoquin negro clásico que destacaba sus hombros anchos. Su barba de tres días recordaba que, pese a todo el lujo, seguía siendo un chico malo. Sonreía con soltura, pero Millie distinguía sin esfuerzo al Taz real del Taz público. Aquella cortesía era fingida, una capa más en la que esconderse.

Desde la conversación sobre Alex en Italia, él se había replegado. Seguía siendo un amante atento, generoso con su placer, pero hablaba menos y medía cada respuesta. Como si temiera decir algo que luego no pudiera retirar.

Y eso resultaba doloroso para Millie. Notaba la tensión en su mandíbula, la forma en que evitaba sostenerle la mirada. Sus muros emocionales estaban más altos que nunca.

¿Era tan imperdonable preguntar por su hermano? ¿No podía confiar en que sus secretos estaban a salvo con ella?

Millie se sintió insegura de repente. No pertenecía a aquel salón. No era lo bastante elegante ni perfecta para estar del brazo de Taz de Rossi.

Tratando de controlarse, enderezó la espalda y respiró profundamente.

Nadie, ni la prensa ni sus colegas del equipo De Rossi Racing, cuestionaba si era lo bastante buena para estar con él. Lo daban por hecho.

Entonces, ¿por qué se cuestionaba a sí misma?

¿Era la incapacidad –o la falta de voluntad– de Taz para abrirse lo que la hacía dudar de si era lo bastante fuerte, ingeniosa e inteligente para ser su pareja? Había sido decisión de él no hablar. Ella no había hecho nada malo.

Nunca sería una experta anfitriona en un acto público, pero había avanzado mucho. Los bailes, cócteles y alfombras rojas ya no la hacían temblar. Profesionalmente, había cumplido. Había mejorado la reputación de Taz tras semanas de mala prensa. Ahora se le veía bajo una luz más favorable y, cuando anunciara su regreso a la pista, la prensa enloquecería. Los comunicados estaban listos. Él estaría bien.

¿Pero ella?

Probablemente, lo estaría con el tiempo. Aunque quedaría un vacío persistente. Le gustaba su trabajo, pero lo que realmente deseaba era la atención de Taz. Quería ser el centro de su mundo, más allá de reputaciones y campeonatos.

Sí, quería quedarse en su mundo. Pero no por las cámaras ni el lujo. Ya no necesitaba demostrar que era digna. Lo era simplemente por ser ella misma. Su motivación era clara: quería estar donde estuviera Taz.

Pero él no quería lo mismo. Buscaba la emoción, no la permanencia. Así que debía elegir entre cortar radicalmente lo que tenían o quedarse a ver cómo el hombre del que se estaba enamorando se alejaba de ella poco a poco.

De cualquier modo, terminaría sola.

–Millie, te pregunté si querías otra copa.

La voz de Taz la sacó de su ensimismamiento.

–Eh… Estoy bien, gracias.

Él le quitó la copa y la dejó en la bandeja de un camarero. Se pasó la mano por el pelo y masculló una palabrota.

–¿Algún problema? –preguntó Millie.

–Esto es una pérdida de tiempo. Debería estar en la pista, preparándome.

Millie le echó hacia atrás la manga y miró su Rolex.

–Dos horas más y podrás escabullirte. –Vio su cara de enfado y suspiró–. Aceptaste venir. Tu presencia importa.

–Lo único que importa es lo que pasa en la pista. Ganar lo es todo.

Volvía a ser el hombre obstinado de siempre, centrado solo en correr. Muchas personas –ella incluida– habían trabajado horas extra para organizar aquel evento. Las organizaciones benéficas recibirían fondos importantes. Pero, para Taz, nada de eso contaba.

¿Alguna vez había pensado en el valor real de aquello, más allá de mejorar su imagen y ganar otro campeonato? ¿Se había engañado pensando que era un hombre mejor de lo que era?

Y si no valoraba aquel evento, tampoco valoraba su trabajo. Ni a ella. Todo en él estaba enfocado en ser campeón por cuarta vez.

No había espacio en su vida para ella.

A Millie se le cortó la respiración. El corazón le golpeó el pecho con fuerza. Para Taz, ella no era más que un entretenimiento fugaz en su mundo de coches, fama y campeonatos.

Pero ya era tarde. Se había enamorado de él demasiado rápido. Aún no había tocado fondo, pero sabía que, cuando lo hiciera, le dolería como el infierno.

Millie entró en la *suite* de Taz antes que él, con una frase resonándole en la cabeza: «Ganar lo es todo».

Ganar no podía ser más importante que las conexiones humanas. Que las personas. ¿O sí?

–Pareces distraída –dijo Taz, aflojándose la pajarita y quitándose la chaqueta.

Millie se descalzó y lo observó mientras él se servía una copa.

–Es coñac. ¿Quieres?

–No. –Lo que quería era entenderlo.

Millie se sentó en el borde del sofá, con los antebrazos apoyados en las rodillas. Taz se acercó al balcón, bebió un sorbo y contempló

las luces de la ciudad.

–¿Hablabas en serio antes? –preguntó ella–. Dijiste que ganar lo era todo. Que nada más importaba.

Él se limitó a encogerse de hombros.

–¿De verdad crees que nada más importa? –insistió ella–. Has recaudado millones. Has cambiado vidas. Eso también cuenta.

Millie buscaba una grieta. Una confirmación de que había espacio para algo más que la victoria.

Porque, si no la había… ¿qué significaba eso para ella?

Que no había importado. Que había sido otro paréntesis en su carrera hacia el podio. Otra presencia prescindible.

El miedo se apoderó de ella, volvía a sentir que no era suficiente. Quería importarle por quien era, no por lo que podía hacer por él. Porque era Millie.

Taz se giró despacio, con la copa en la mano.

–Mantengo lo que dije. Ganar mi cuarto campeonato es lo único en lo que pienso. Nada más importa. Ni mi reputación, ni los eventos benéficos, ni…

La palabra no dicha se quedó suspendida entre ellos.

«Ella».

Taz miró el fondo de su copa.

–Ganar lo es todo, Millie. Tiene que serlo.

La confirmación fue un golpe seco para ella. Su paciencia se acabó.

Con sus padres siempre había retrocedido. Callado. Aquella noche no pensaba hacerlo.

–¡No! –soltó Millie, poniéndose en pie–. Hay más en la vida que ganar, Taz.

Él puso cara de sorprendido durante un segundo.

–¿Ah, sí? –replicó después con desdén–. ¿Como qué?

–Como marcar la diferencia. Como usar tu influencia para dar visibilidad a causas que la necesitan.

Él soltó un bufido desdeñoso.

–¿Como hizo mi hermano? Alex era un santo en público y el diablo en privado.

Millie esperó a que continuara, pero no lo hizo.

–¡No puedes soltar algo así y no explicarlo! –protestó, alzando las manos, frustrada.

–Claro que puedo –respondió él–. Y no me levantes la voz.

Aquello encendió su temperamento.

–Explícate o deja de denigrar a tu hermano.

Nada. Él seguía callado, pero Millie ya no podía frenarse.

–Si no hablas, no me dejas otra opción que pensar que eres el hermano menor inseguro que nunca pudo estar a la altura. Por eso te comportas así, ¿no? Porque no puedes competir.

Le dolía decirlo. Sabía que no era verdad y, aun así, necesitaba que bajara las defensas, que fuera real con ella. Pero su escudo seguía intacto. Gritar solo haría que él se cerrara aún más. Tenía que mantener la compostura.

–Hemos logrado algo asombroso –continuó ella–, y me enfurece que descartes tan fácilmente mi trabajo y a mí. He trabajado duro para mejorar tu reputación…

–Nunca te pedí que lo hicieras gratis –la interrumpió–. Te llevaste un millón de libras.

Millie tomó aire profundamente.

–El mundo no gira a tu alrededor, Taz. La gente trabaja duro. Yo he trabajado duro para…

–En realidad, sí gira –la volvió a cortar él–. He construido una vida y un negocio para que así sea. Las carreras son mi mundo.

Los hombros de Millie se hundieron. Para él, las personas solo importaban en la medida en que servían a sus ambiciones. No había espacio para ella. Aquella era su elección. La suya era cómo responder.

Había pasado demasiado tiempo sintiéndose secundaria. Podía ser una mujer entre bastidores mientras él brillaba ante las cámaras, pero seguía siendo importante. Quería algo real. Un hombre completo, no alguien que solo ofrecía una fracción de sí mismo. No era suficiente para ella.

Tenía que irse ya, antes de volver a convencerse de que su lugar era estar en la sombra.

Enderezó la espalda y reunió el coraje que le quedaba.

–Si así te sientes, supongo que este es un buen momento para decirte que no puedo seguir con esto.

Él entrecerró los ojos, intentando comprender.

–Renuncio. Me quedaré hasta después de la carrera de mañana, pero el lunes ya no trabajaré para ti. Ni tampoco posaré como tu novia. –Hizo una pausa–. Si no haces ninguna estupidez, tu reputación debería mantenerse estable.

Él se pasó la mano por la cara.

–Mira, admito que ambos dijimos…

–No –dijo ella, alzando la mano para frenarlo–. Esto no es una negociación. He terminado. Hemos terminado.

–Millie…

–Dormiré en el otro cuarto. Tú puedes dormir solo y soñar con la carrera. Quizá entonces pienses en todo lo que te he dicho. Estás compitiendo con un fantasma.

Millie se dio la vuelta y comenzó a alejarse. En el umbral de la puerta, se detuvo y se giró hacia él.

–Y, por si no lo sabes…, el fantasma siempre gana.

Capítulo 13

Estás compitiendo con un fantasma».

Las palabras de Millie resonaban en la cabeza de Taz mientras el estómago se le revolvía, cargado de ansiedad, rabia y autodesprecio. La idea de que ella se marchara hizo que su sangre se encendiera, luego se helara y, por último, pareciera detenerse por completo. El impulso de correr por el pasillo, entrar en el dormitorio y abrazarla, cubrirla de besos y disculpas, era tan intenso como su deseo de ganar aquel cuarto campeonato.

No podía imaginar su ausencia ni saber cómo llenaría el vacío que dejaría. Pero tampoco podía permitir que sus sentimientos se interpusieran en lo que tenía que lograr. Caminaba de un lado a otro frente a la puerta abierta, con el corazón acelerado. Se había dado cierto margen porque estaba lesionado, porque no competía. Pero su mano estaba mejor, ya podía conducir.

Y eso significaba que ya era hora de centrarse en lo importante.

Competir.

Llegar a la cima, ser el mejor entre los mejores, exigiría niveles insanos de egoísmo y dedicación. ¿Por qué Millie no podía entender que no permitiría que nada se interpusiera entre él y las carreras? Un mínimo desvío podía costarle algo crucial: no solo en la pista, sino en liderazgo, en gestión. Aquella industria estaba llena de personas brillantes y hambrientas, listas para aprovechar cualquier error.

Estar absorto en sí mismo era una fortaleza.

No tener distracciones, otra.

No podía –ni quería– sacrificar su sueño por una mujer. Ni siquiera por una que lo entendía como Millie. Ella lo conocía, quizá

demasiado bien, pero ¿era lo bastante especial como para que renunciara a lo que había construido con tanto esfuerzo? No. Nadie lo era. Nadie lo sería jamás.

Su padre nunca creyó en él. Alex nunca lo respetó. Así que tenía que creer y respetarse por los dos. Había luchado contra la indiferencia, contra la sombra, por su lugar bajo el sol. No iba a renunciar a eso.

Y menos por algo tan etéreo como el amor.

Quizá lo mejor era que Millie desapareciera de su vida, profesional y personalmente. Así podría volver a ser el hombre enfocado y ambicioso que siempre había sido. Ganaría el campeonato y después buscaría un nuevo reto.

Millie estaba de pie en la sala de prensa, mordiéndose el pulgar mientras observaba la carrera de Mónaco en la gran pantalla. Tenía el corazón encogido. Taz estaba teniendo una carrera errática. Momentos de brillantez seguidos de decisiones arriesgadas e inexplicables. Los comentaristas estaban perplejos.

Ganar era imposible. Estar en el podio, poco probable.

Le dolía por él.

Miró la bolsa de su portátil y repasó mentalmente todo lo que tenía que dejar atado antes de salir de su vida al día siguiente.

Tenía que marcharse porque necesitaba estar en el centro de su propio mundo, no ser una nota al margen en el de otro. No podía ser una opción secundaria. Taz no estaba dispuesto a hacerle espacio en su vida. Ella había cumplido su papel. Había mejorado su reputación y se había comportado como la novia perfecta. También habían compartido una aventura intensa y real.

Había visto grietas en su armadura, destellos de autenticidad. Pero no eran suficientes ni duraban lo bastante. Había partes de él a las que nunca tendría acceso porque él no quería abrirlas.

Lo amaba.

Pero el amor no bastaba cuando era unilateral. No cuando ella estaba dispuesta a entregarlo todo y él no podía –o no quería– hacer lo mismo.

Marcharse era lo más difícil que había hecho nunca.

Pero lo único peor que irse habría sido quedarse… y perderse a sí misma en el proceso.

El teléfono de Millie vibró. Lo sacó del bolsillo trasero y entrecerró los ojos al ver el nombre de su madre. No habían hablado en siete u ocho meses. No necesitaba abrir el mensaje para saber qué diría.

Aun así, lo leyó:

Millie, cariño. Nos reuniremos contigo en Montreal la semana que viene. Resérvanos un par de habitaciones en el mismo hotel que tú y tu maravilloso Taz. Preferiblemente suites*. Haz la reserva en el Vin Mon Lapin. Taz tiene dinero de sobra para pagarlo.*

Millie no dudó y respondió de inmediato:

No soy idiota, mamá. Sé que no te habrías puesto en contacto conmigo si no estuviera saliendo con Taz de Rossi.

Ya no lo estaba, pero su madre no tenía por qué saberlo.

No soy vuestro pasaporte a la fama. No vengáis.

Vio que su madre empezaba a escribir, pero prefirió guardar el teléfono sin leer la respuesta. No estaba de humor para manipulaciones.

Le sorprendió lo tranquila que se sentía. ¿Había aprendido, por fin, a desconectarse emocionalmente? En comparación con la pérdida de Taz, la desaprobación de su familia apenas le pesaba ya. Había desperdiciado suficiente tiempo de su vida intentando complacerlos.

Se había encontrado a sí misma, por fin se veía como Ben la veía: inteligente, capaz, interesante. Podía entrar en salones de baile o salas de juntas sin encogerse. Ya no necesitaba la validación de nadie.

Aunque Taz no pudiera amarla ni hacerle un hueco en su vida, ella era suficiente.

La voz exaltada del comentarista la devolvió a la pantalla. Las cámaras no seguían al líder, sino al coche de Taz, que avanzaba desde el centro del pelotón. Undécimo. Octavo. Quinto. Cuarto. Le pisaba los talones a su archirrival.

–*Si De Rossi sigue así, podría ganar esta carrera. Una conducción excepcional de un piloto excepcional* –decía el comentarista.

Millie no apartaba los ojos. Tenía agallas, talento y una concentración feroz. Pasaría el resto de su vida deseando que lo suyo hubiera sido distinto, pero quería que él tuviera éxito.

Quería que ganara porque él lo deseaba.

El público gritó de emoción cuando Taz consiguió adelantar. El rival recuperó la posición. Más gritos. Dos coches pegados vuelta tras vuelta. Quedaban pocas. Diez. Quince. Aquella carrera sería recordada.

Taz luchaba con todo. Millie deseó que él hubiera luchado así por ellos.

En una curva larga, Taz vio un hueco mínimo y aceleró. Su rival cerró el paso de golpe. Taz quedó atrapado entre el coche y la barrera, rozando el hormigón. Se aferró al volante, pero derrapó y golpeó el parachoques del otro coche en la recta.

Los dos terminaron dando vueltas de campana.

–*Carrera suspendida* –anunciaron los comentaristas.

Las discusiones entre ellos comenzaron al momento. ¿Había calculado mal Taz? ¿Fue el otro piloto demasiado agresivo? ¿Quién tuvo la culpa?

¿A quién le importaba?

Ambos estaban fuera. Sin puntos. Furiosos.

Millie, presa del pánico, salió corriendo hacia el muro del *pit*. Los ingenieros sabrían si estaba bien.

«Por favor, que no haga ninguna tontería. Por favor, que no pierda los nervios».

El mundo entero vio cómo Taz abría la puerta y salía del vehículo.

Mientras el coche daba vueltas, mantuvo los ojos abiertos. La multitud era un borrón. La pista aparecía y desaparecía.

Cuando el coche redujo la velocidad y Taz comprendió que no iba a estrellarse contra nada sólido, su pulso descendió y aflojó el agarre

del volante.

Cuando el mundo dejó de girar, apoyó la cabeza en las manos y pensó que estaba un poco harto de ser una peonza a toda velocidad. Aquello podría haber acabado mal. Hospitalizado o… algo mucho peor. Y ya no habría ninguna Millie esperándolo. Ninguna Millie, punto.

Miró a su alrededor y, por primera vez, pensó que solo era una carrera. Solo un puesto en un campeonato que dentro de unos años no le importaría a nadie. No tendría hijos ni nietos con los que presumir; solo un imperio que a nadie más que a él le interesaba.

Los imperios no te calentaban por la noche. No te hacían reír. No estaban ahí cuando estabas enfermo o triste.

Los imperios se derrumbaban. Y quienes se aferraban a ellos, también.

Había engañado a la muerte dos veces en poco tiempo, ¿y para qué? Para demostrar que era mejor que Alex. Algo absurdo, porque era tan buen piloto como él y mejor empresario que su padre. Había convertido De Rossi en una marca multimillonaria sin necesidad de recurrir a la mentira.

No era un hombre en público y otro en privado. No consumía drogas ni las compartía con chicas demasiado jóvenes. Respetaba a las mujeres. Era exigente, sí, pero sus empleados eran los mejor pagados del sector. La gente se peleaba por entrar en su equipo.

Había tenido que pulir su reputación, y Millie le había devuelto gran parte de su brillo. Pensaba conservarlo.

Dos accidentes bastaban. Ya no quería ganar a su hermano.

Era hora de soltar lastre. De liberarse del control de su padre y del fantasma de Alex. De crear su propio legado. Su propia vida.

Con suerte, con Millie.

Si ella podía perdonarle por haber sido un idiota testarudo y egoísta.

Pero antes tenía que salir de aquel coche. Echó el asiento hacia atrás, soltó el volante y lo dejó caer sobre la hierba. Luego se desabrochó el arnés y salió con el cuerpo tenso.

–Taz, ¿estás bien? –oyó la voz de su ingeniero en el intercomunicador.

No estaba herido, pero le dolía cada músculo por la fuerza G.

–Un poco aturdido, pero estoy bien.

Len suspiró de alivio.

–¿Fue culpa tuya o suya?

Taz observó cómo Jean-Pierre, su rival, se quitaba el casco.

–¿Acaso importa? El resultado es el mismo.

La carrera estaba detenida. La multitud guardaba silencio, expectante, esperando su reacción.

Y, como era Taz de Rossi, hizo algo que nadie esperaba.

Se colocó el casco bajo el brazo, caminó hacia Jean-Pierre y le tendió la mano. El otro piloto se quedó sorprendido, pero la aceptó. No hubo reproches ni excusas. Solo dos hombres reconociéndose como iguales.

La multitud no paraba de gritar.

Taz activó el micrófono de nuevo.

–Len… ¿Puedes enviarle un mensaje a Millie?

–La tengo justo a mi lado –le informó su ingeniero.

–Dale unos auriculares –ordenó Taz.

Cuando oyó la pregunta entrecortada de Millie sobre si estaba herido, supo exactamente qué debía hacer.

–Mils, te necesito en la rueda de prensa.

Percibió un instante de decepción, pero ella se recompuso de inmediato.

–No, no lo entiendes –insistió él–. Te necesito allí. Conmigo.

–De acuerdo –respondió ella finalmente.

Sabía que no lo había entendido del todo. No podía explicárselo con medio equipo escuchando, así que dijo lo único que podía decir, lo único que solo ella comprendería:

–Mils, tenías razón. He dejado de competir contra fantasmas.

Millie estaba de pie frente a la ventana de la *suite*. La noche había caído sobre Mónaco, tiñendo la ciudad de un azul profundo, mientras sus pensamientos giraban sin descanso.

Había estado con Taz en la rueda de prensa. Después, un abrazo rápido, un apretón de manos, y los periodistas se lo habían llevado.

No era el momento para hablar, pero le bastaba saber que la había querido allí. No como su responsable de Prensa, sino como su apoyo.

¿Eso era lo que había querido decirle? ¿O estaba imaginando lo que deseaba oír?

Miró hacia el pasillo, preguntándose cuánto tardaría en salir de la ducha. Él le había pedido que esperara, que necesitaba quitarse aquel día de encima.

Se sirvió dos dedos de *whisky* en un vaso. Se apoyó en la ventana y trató de descifrar su mensaje. ¿Había cambiado algo… o estaba a punto de recibir otro golpe?

Taz apareció a su espalda sin hacer ruido. Le quitó el vaso con naturalidad y bebió un sorbo. Después le apartó un mechón de la mejilla y lo colocó tras su oreja. Un gesto sencillo, íntimo.

–Sentémonos, Mils.

La tomó de la mano y la llevó al sofá. Una vez sentados, Taz se recostó con las manos detrás del cuello.

–Ha sido un día horrible.

–Un día horrible –repitió ella–. ¿Cómo te encuentras?

Los hombros de él subieron y bajaron.

–Tengo los músculos doloridos. Pero nada más.

–Manejaste muy bien la situación –murmuró ella.

–Dos accidentes seguidos… –dijo él, agitando la cabeza.

Se quedaron mirando el mar, conscientes de la tensión que había entre ellos. ¿Por qué la había llamado? ¿Qué quería decirle? Millie no iba a preguntar ni a suplicar. Hablara o no, estaba preparada para cualquiera de las dos cosas.

–Mi padre no se interesaba por mí –comenzó Taz en voz baja–. Yo era el ojito derecho de mi madre, y él y Alex estaban muy unidos. Cuando mi madre murió, yo tenía seis años y…, bueno, parece que estorbaba. Era el tercero en discordia.

Millie se volvió hacia él, sorprendida por aquella franqueza inesperada.

–¿Por qué me cuentas esto ahora, Taz?

Él se pasó los dedos por el pelo aún húmedo.

–Porque eres la única a quien puedo contárselo, Mils.

Ella iba a marcharse al día siguiente. ¿Por qué había decidido contárselo?

–Alex no era el chico encantador que todos creían –soltó de golpe, como si temiera perder el valor–. Era difícil de tratar, grosero y a menudo desagradable. Se creía con derecho a todo.

El rostro de Millie se entristeció.

–Pero a mi padre le daba igual. Todo se excusaba por su talento extraordinario al volante.

A Millie le resultó perturbador escuchar esa otra versión del héroe deportivo. Le apretó la rodilla, consciente de lo mucho que le costaba abrirse.

–Quise ir a la misma academia que Alex, pero mi padre se negó a pagarla. Le supliqué durante años. Creo que mi desesperación le divertía, porque correr era lo único que quería. –Se frotó la nuca–. Le rogué, le grité… hasta que cedió. Supongo que solo quería que me callara.

El corazón de Millie se encogió al imaginar a aquel niño siendo rechazado una y otra vez.

–Empecé en F3, luego tuve una oportunidad en otro equipo de F1. Solo me uní a De Rossi porque Ben murió y la prensa destrozó a mi padre por no fichar a su otro hijo.

Millie percibía la amargura en su voz.

Taz jugueteaba con la correa de su reloj mientras la rodilla le temblaba. Ella le puso la mano en el brazo para intentar tranquilizarlo.

–Sigo dispuesta a firmar ese acuerdo de confidencialidad –murmuró, seria.

–No te diría esto si no confiara plenamente en ti –respondió él, mirándola a los ojos. A Millie se le hizo un nudo en la garganta. Algo profundo estaba ocurriendo entre ellos–. Tengo que contarte lo que pasó la noche en que murió.

Ella negó con la cabeza.

–No es necesario, Taz. Todo el mundo sabe que resbaló y se golpeó la cabeza.

Él soltó una risa amarga y entrelazó los dedos con los de ella.

–Ese fue el final. Solo mi padre, su abogado y yo sabemos lo que ocurrió antes. Quiero que lo sepas. Alex voló a Nueva York ese fin de semana. Su prometida estaba fuera. Lo hacía a menudo… Lo llamaba «tiempo para Alex». –Bajó la mirada–. No sabía que mi padre también estaba en la casa, en el piso de arriba.

Millie se mordió el labio.

–Mi padre oyó un grito. Bajó y se encontró a una adolescente en la cocina. Estaba drogada y medio desnuda. Había cocaína y alcohol. Ella lloraba. Señaló a Alex. Había resbalado al contestar el teléfono y se había abierto la cabeza con la encimera de mármol. –Taz se pasó la mano por la cara–. Mi padre lo sostuvo mientras moría.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Millie.

Le explicó que su padre había llamado al abogado, no al 911. Se encargaron de eliminar cualquier rastro de drogas y alcohol antes de que llegaran los servicios de emergencia. También de callar a la chica.

La versión oficial –que su padre se había encontrado a Alex en el suelo con la cabeza fracturada– era cierta, pero incompleta. Aquella noche, tras el primer derrame de su padre, alguien tuvo que tomar decisiones y dirigir el imperio. Y cuando su padre murió, heredó también sus secretos.

Millie lo rodeó con los brazos y lo abrazó. Taz apoyó el rostro en su cuello durante un instante antes de separarse.

–No llores por alguien a quien no conocías, Mils. Me rompe el corazón.

Millie se pasó la mano por la cara.

–Estoy llorando por ti. Nadie debería pasar por eso.

Taz le sostuvo el rostro y le secó las lágrimas con los pulgares.

–¿Sabes por qué te he contado mi mayor secreto, Millie?

Ella negó con la cabeza, mirándolo a los ojos.

–En parte porque quiero que lo sepas todo sobre mí, lo bueno y lo malo. Nunca había querido eso antes. Siempre he tenido un muro a mi alrededor. –Sonrió y le besó la nariz–. Pero también porque confío en ti. Eres la primera persona a la que se lo he contado… y la última. No quiero secretos entre nosotros.

–¿Entre nosotros… de ahora en adelante? –repitió ella, intentando entenderle.

Él le acarició la mejilla.

–Eres la única para mí, Millie. Mi campeonato. Mi victoria definitiva. Nada se compara con tenerte en mi vida.

Ella lo miró sin parpadear, como si el mundo se hubiera detenido.

–La vida no va de ganar carreras o títulos –continuó él–. Va de despertar y ver tu cara. De perder los estribos y que tu sonrisa lo arregle todo. Va de hacer el amor contigo y, quizá algún día, formar la familia que ninguno de los dos tuvo.

Millie le sujetó las muñecas, incrédula.

–Quiero ser mejor que el hombre que era antes. Desde que te conocí, he tenido que mejorar, y ese ha sido el mayor regalo de mi vida. Quiero ser mejor amigo, jefe, compañero y amante. –La miró con admiración–. Eres auténtica, valiente, amable… y paciente.

–Te olvidas de que soy buena en la cama –bromeó ella, al borde del llanto.

Los ojos de Taz se oscurecieron de deseo.

–Eres increíble en la cama. –Le besó los nudillos–. Y cuando me miras así solo puedo pensar en desnudarte.

Ella se inclinó hacia él, pero Taz negó con la cabeza y se apartó un poco, levantando las manos.

–Aún no he terminado. –Se frotó la nuca–. En la caja fuerte de mi apartamento de Londres está el anillo de compromiso de mi madre. Quiero dártelo.

Millie se llevó la mano al pecho.

–Eso es… –Se detuvo–. Espera. ¿Qué?

Taz se levantó y se arrodilló frente a ella.

–Millie, te quiero. ¿Quieres ser mi esposa?

Ella sintió que explotaba de felicidad.

–¿Esposa de mentira o esposa de verdad?

–Mi esposa de verdad. La que se quede conmigo para siempre y me mantenga lejos de los problemas. –Miró el suelo–. Y agradecería una respuesta rápida. Esto es incómodo.

Ella se inclinó y le rodeó el cuello con los brazos.

Por fin había encontrado su lugar. Y, antes de encontrarlo a él, se había encontrado a sí misma.

–Sí. Me casaré contigo, Taz.

Él apoyó la frente contra la suya.

–Gracias a Dios.

La besó con ternura, luego se apartó y le sostuvo el rostro entre las manos.

–Esto… esto lo es todo, Millie. Nada podría superarlo.

–¿Ni siquiera ganar un cuarto campeonato?

Taz sonrió.

–Ni por asomo. Tú eres mi aliento, la futura madre de mis hijos, mi mejor amiga. –Cerró los ojos–. Lo eres todo para mí.

Y, por primera vez, Millie sintió que su vida por fin tenía sentido.

Epílogo

Abu Dabi

Millie permanecía en medio del equipo De Rossi Racing, ajena a las celebraciones que estallaban a su alrededor. Las gotas de champán salpicaban su rostro y se mezclaban con sus lágrimas. Era la última carrera de la temporada y Taz, pese a haber corrido con el alma, había terminado el año empatado a puntos con su rival más cercano. Pero Jean-Pierre había ganado más carreras, y el título mundial se le escapó a Taz en el último instante.

Que De Rossi Racing se alzara con el Campeonato de Constructores era una gran noticia, y sabía que Taz se sentiría orgulloso. Aun así, ella deseaba que hubiera conseguido su cuarto campeonato. Mordiéndose el labio, lo observó posar en el podio, sonriente e impecable ante las cámaras. Pero conocía demasiado bien a su prometido. Detrás de aquella sonrisa encantadora se escondía el dolor.

Porque, aunque le había dicho que había dejado de competir con su hermano, Millie sabía que una parte de él había querido superar el récord de Alex. Dio una patada al suelo, deseando poder gritar que Taz de Rossi valía diez veces más que su hermano en todo lo que de verdad importaba.

Pero había prometido guardar sus secretos. Y lo haría. Siempre.

Taz saltó del escenario y se abrió paso entre la multitud hasta detenerse frente a su futura esposa. Tenía el pelo empapado de champán y los ojos brillantes. Le sostuvo el rostro y la besó con intensidad.

–Pareces pensativa, cariño. ¿Qué pasa? –le dijo al oído.

Ella negó con la cabeza y le rodeó la muñeca con los dedos.

–Quería que ganaras. Has trabajado demasiado duro como para no hacerlo.

Taz la envolvió con los brazos y la levantó. Ella le rodeó las caderas con las piernas y se quedaron con las frentes pegadas, ajenos a las cámaras.

–He dejado de competir con él, Mils. Hace meses. –Le dio un beso suave en los labios–. Me importan las carreras y el equipo, pero ya no son mi razón de vivir. Lo eres tú.

Millie no tenía ninguna duda de que no era cierto.

Rozó su nariz con la de él y, necesitando oírlo una vez más, le dijo en tono juguetón:

–Demuéstramelo.

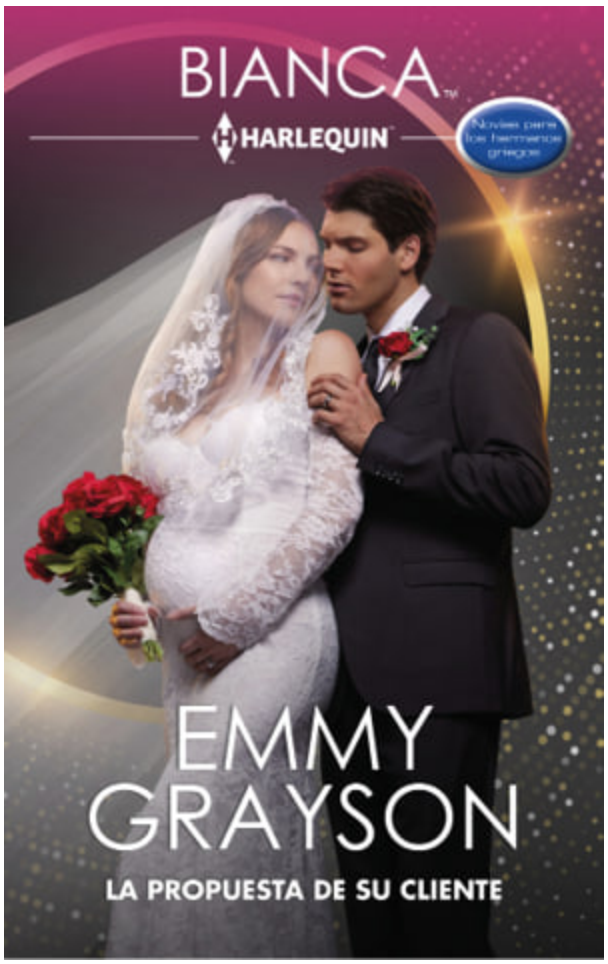
Taz la miró con esa determinación tan suya.

–Te lo prometo. Cada día, el resto de mi vida. Mañana te amaré más que hoy, y pasado mañana más que mañana… Ya sabes.

Era demasiado amor para contenerlo. Con los ojos llenos de lágrimas, Millie lo atrajo hacia sí. El resto del mundo se desvaneció: el ruido, las cámaras, la multitud. Solo existían ellos cuando sus labios se encontraron, sellando sus promesas con un beso que sabía a eternidad.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Portadilla

BIANCA™

TARA PAMMI

SIN
ESCÁNDALOS

HARLEQUIN™

Capítulo 1

Renzo DiCarlo se hallaba en su Maserati contemplando con furia a las ocupantes de la casa, mujeres de distinta edad que volvían del trabajo, de una cita o de donde fuera, al final del día.

El edificio victoriano de dos pisos, situado en un pueblo cerca de Londres, no era el lugar donde esperaba encontrar lo que buscaba.

La casa era hermosa y sólida, con fachada de ladrillo, barandillas de hierro forjado y una puerta de color azul oscuro. El jardín estaba lleno de flores y arbustos bien cuidados.

Al menos, ella había elegido un pueblecito tranquilo, en vez de una ciudad como Londres o Nueva York, por lo que estaba agradecido.

Teniendo en cuenta que el investigador privado que había contratado para localizarla le había hablado, emocionado, de la historia y el folklore locales, no debería haberlo sorprendido.

A Mimi Shah le gustaban los libros, era reservada y le interesaba documentar las vidas ajenas, pero no le interesaba la vida pública de su madre, una actriz de fama mundial.

A Renzo lo molestaba que prefiriera compartir la vivienda con un grupo de mujeres trabajadoras en vez de contarle a su familia que esperaba un hijo.

Pero todo lo referente a Mimi Shah siempre lo irritaba, aunque era lo puesto a Pia, su hermanastra y cuñada de Renzo. Él no entendía la intensidad de su reacción ante Mimi.

En ese momento, una mujer embarazada salió de un coche que había entrado en el patio de la casa. Se inclinó a agarrar las bolsas y sonrió forzadamente al dar las gracias al conductor.

Renzo asió con fuerza el volante al verla dirigirse a los gastados escalones de la entrada principal y comenzó a subirlos respirando hondo. Renzo apretó los dientes.

Mimi estaba muy delgada, por lo que su vientre destacaba aún más. Pero lo que le llamó la atención fue el rostro, anguloso y de ojos serios, como si su obstinada naturaleza se le hubiera grabado en los rasgos.

Comparada con su hermanastra Pia, Mimi no sobresalía, especialmente desde que, ahora Renzo se percataba, había decidido pasar desapercibida.

Pia era impresionante. Poseía una belleza que llamaba la atención de inmediato. Y quedabas atrapado momentáneamente, como le había sucedido a él, al conocerla.

Sin embargo, después, día tras día, su belleza comenzaba a marchitarse bajo las garras de su personalidad. La mujer consentida, inmadura y acaparadora de la atención de los demás que surgía a los pocos minutos de conocerla lo había desanimado.

Pia era insulsa, superficial, manipuladora y agotadora, pero Santo, el hermano de Renzo, se había enamorado de ella.

Renzo apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. ¡Ojalá Santo no la hubiera conocido!

¡Ojalá hubiera sido más fuerte y se hubiera hecho valer ante Pia, de modo que ella no hubiera jugado con su corazón!¡Ojalá Santo hubiera roto con ella la primera vez que descubrió que lo engañaba!

Pero su hermano había seguido siéndole fiel y queriéndola, siempre dispuesto a ver el lado bueno de todos, ya fuera de su esposa o de su padre, que revoloteaba alrededor de las mujeres como si fuera una abeja entre las flores. O incluso el del propio Renzo, cuando se mostraba demasiado cínico e implacable para el gusto de su hermano.

Y ojalá Renzo hubiera evitado que Santo y Pia se montaran en el coche aquella noche tormentosa y tomaran aquella peligrosa curva mientras probablemente seguían discutiendo, como lo habían hecho al subir al vehículo.

Meses después, el dolor seguía ahí y lo asaltaba en oleadas que amenazaban con ahogarlo. Y ahora una de esas oleadas lo había

llenado de ira y frustración hacia la mujer que iba a tener un hijo suyo.

Un hijo de Renzo, no de Santo, como todo el mundo supondría, ya que Mimi era la madre de alquiler del hijo de Pia.

Renzo soltó una amarga carcajada. Era él el padre del hijo de Mimi Shah, un secreto que solo sabía Santo. Su hermano le había suplicado que donara su esperma para la fecundación *in vitro*, desesperado por dar a Pia el hijo que deseaba e intentar salvar su matrimonio.

A Renzo no le importó.

No se sentía muy paternal, tal vez por tener un padre que era la personificación del egoísmo; o tal vez porque había tenido demasiadas responsabilidades desde muy joven; o tal vez porque, tras haber sido abandonado por Rosa, la mujer a la que había amado, y haber visto muchas relaciones desequilibradas a su alrededor, no se fiaba de que ninguna mujer pudiera compartir su vida.

Donó el esperma sin problemas porque el hijo, ya fuera Pia o Mimi la que llevara adelante el embarazo, sería de Santo, lo que lo haría muy feliz y tal vez contentase a Pia.

Ahora Santo ya no estaba y Mimi, su obstinada cuñada, que había accedido a ser la madre de alquiler, estaba embarazada.

Se había quedado muy sorprendido cuando el director de la clínica del fertilidad se había puesto en contacto con él porque Santo no había realizado los pagos del tratamiento. Era típico de Santo olvidarse de que había que pagar a la gente.

Renzo pagó las diversas rondas de extracciones y el tratamiento *in vitro* y halló ligeras discrepancias en los registros. Cuando habló con el director de la clínica, se quedó en estado de *shock* al enterarse de que Pia no había pasado por la última ronda de extracciones, sino que había sido Mimi.

Así que, ahora, Mimi, una mujer que no le caía bien por razones que le resultaban incomprensibles, estaba embarazada de él.

Y ella, aún sin saber que el hijo era suyo y no de Santo, había mantenido el embarazo en secreto durante meses.

Renzo odiaba la mentira y la manipulación. Ya había tenido bastante con las de su padre y su familia. Pero lo cierto era que, tanto si quería tener un hijo como si no, iba a tenerlo.

Muy pronto.

Y no iba a consentir que las cosas siguieran como estaban.

Se bajó del coche sabiendo que la vida de ambos estaba a punto de cambiar de un modo inimaginable.

Pero no era como su padre. No eludía sus responsabilidades, aunque fueran producto de un cruel capricho del destino.

El niño era un DiCarlo.

Mimi Shah observó al hombre en el umbral, que tenía apoyado un hombro en el marco de la puerta como si esperase que le fuera a dar con ella en las narices y no quisiera correr riesgos.

Si Mimi no hubiera estado preparada para su llegada, sería lo que habría hecho.

Renzo DiCarlo, el famoso hotelero multimillonario de Venecia, por fin la había encontrado.

Siempre le había producido un hormigueo en la piel; unas veces por furia, otras, por una innegable atracción que conseguía disimular. Durante los seis años de matrimonio de Pia y Santo, Renzo había dejado muy claro que Pia, Mimi y su familia eran un incordio que soportaba por su hermano.

A Mimi se le hizo un nudo en el estómago y se llevó la mano al vientre. Él siguió el movimiento con la mirada. Y ella se dio cuenta, demasiado tarde, de que parecía que estaba a la defensiva.

No era tonta. Se había imaginado cientos de veces aquella situación en los meses anteriores y se había engañado creyendo que estaba preparada para enfrentarse a él.

Bastó con que Renzo enarcara una ceja para que perdiera la compostura y la determinación de estar tranquila. Se apartó de la puerta, sin invitarlo a entrar.

La risa de él, a sus espaldas, le erizó el vello de la nuca y notó algo caliente circulándole por las venas. Volvió a acariciarse el vientre, esa vez para consolarse a sí misma. Lo único que le faltaba

era sentirse atraída por él. Sería como arrodillarse en medio del campo de batalla e inclinar la cabeza ante el enemigo.

–Es un habitación… acogedora, señorita Shah –dijo él en un tono cruel e incrédulo a la vez–. Nada en el lujoso repertorio de los hoteles DiCarlo podría igualársele.

–Es mi casa, señor Di Carlo. Y no, nada de lo que usted posee me haría más feliz ni me haría sentirme más segura.

Él contempló la amplia habitación con una lentitud que la puso nerviosa.

Mimi tenía los suficientes ahorros, gracias a su trabajo de directora de documentales y videógrafa de eventos, para pagar la habitación más grande de la casa que alquilaba una de sus amigas. Pero estaba embarazada de siete meses, trabajaba mucho y estaba cansada.

Por eso, la habitación estaba muy desordenada, aunque ella no era una persona ordenada de por sí. Montones de libros, el equipo de cámara y objetos infantiles ocupaban la mitad del espacio. El guardarropa, básicamente leotardos negros y jerséis anchos y de colores, colgados en un perchero con ruedas, ocupaba una pared.

Numerosas cajas de objetos de bebé, ropa, juguetes y mantas usados, que ella llevaba meses recogiendo, ocupaban buena parte del suelo. Y también estaba el material para hacer punto, que era lo único que le calmaba los nervios, ya que no podía tomarse ni una copa de vino.

Aquel era su hogar, su refugio, donde se sentía a salvo. Tras meses de inyecciones de fertilidad, de los estallidos emocionales de Pia, el montón de mentiras que la había rodeado, el accidente de coche y la noticia de su embarazo, necesitaba estar sola. Aunque había accedido de buen grado a ser madre de alquiler, su hermanastra no hacía las cosas más fáciles a nadie.

Tras aquellos horribles meses, necesitaba recuperar el equilibrio, un respiro de los dogmáticos comentarios de su madre y del dolor de John, su padrastro. Aquella soleada habitación le había proporcionado una sensación de control, tras meses de estar con Pia, mientras esta hacía el tratamiento *in vitro*.

–Veo que ha estado ocupada preparándose para lo que la espera.

Durante unos segundos, Mimi se había olvidado de su presencia.

Se dio la vuelta justo a tiempo para contemplar las distintas emociones que expresaba su rostro al observar los objetos de las cajas. Tampoco le pasó desapercibido el tono de reticente admiración de sus palabras.

Se apoyó en la pared y examinó a Renzo, sin sentir vergüenza alguna al hacerlo.

Ella tenía veintiséis años, estaba embarazada y, aparentemente, gracias a uno de los efectos secundarios del embarazo, su aspecto era increíblemente *sexy*. Pero aunque ninguna de esas cosas fuera verdad, era capaz de apreciar, sobre todo siendo artista, el sensual atractivo de un hombre como Renzo DiCarlo.

Resultaba interesante que fuera menos guapo, desde una perspectiva clásica, que su hermano.

Santo era como un busto de mármol, con pronunciados pómulos, nariz recta y gruesos labios. A ella acababan de partirle el corazón cuando lo conoció como profesor de Arte en uno de los cursos de verano a los que había acudido en Italia. No tardó en percatarse de que la bella y aburrida apariencia de Santo la dejaba fría.

Santo y Massimo, el hermano menor, poseían una belleza juvenil y un temperamento arisco.

Pero Mimi había llegado a apreciar el atractivo de Renzo al hacerse mayor y comenzar a entender su propia sexualidad.

Renzo estaba compuesto de imperfecciones, un bulto en medio de la nariz, una cicatriz en la ceja, un extraño hoyuelo cerca del labio superior… Tenía los ojos grises y una constante expresión de insatisfacción, como si nada en el mundo le pareciera suficientemente bueno.

Debería pasar desapercibido, pues tenía bastantes defectos para hacerlo, pero era algo más que la suma de sus rasgos, y resultaba mucho más atractivo que su hermano Santo.

Se debía a la autoridad y la seguridad en sí mismo que emanaban de él; un aire de «me puedo enfrentar a todo aquello que me depare la vida» que excitaba a Mimi, que la había excitado incluso cuando no entendía por qué el cuñado de su hermanastra los miraba como si fueran alimañas.

Ella era una mujer competente, que se hacía cargo de cualquier situación. Por eso tampoco entendía por qué la seguridad en sí mismo que él demostraba hacía que le temblaran las rodillas.

Tal vez fuera la novedad de un multimillonario italiano, alto y moreno; tal vez fuera el hecho de no haber conocido a su padre. Su padrastro John no se hacía valer, como tampoco Santo; o tal vez fuera el viejo instinto de desear al hombre más inteligente, *sexy* y fuerte para satisfacer el arraigado instinto de supervivencia.

Renzo Di Carlo era todo eso.

Mimi había dejado de intentar entenderlo hacía mucho tiempo. De todos modos, no iba a suceder nada entre ellos. Además, estaba el hecho de que, en cuanto empezaban a interactuar, la atracción retrocedía, ya que él poseía la extraña habilidad de irritarla.

Así que se limitó a admirar sus anchos hombros, cómo se le ajustaba la camisa a la estrecha cintura y, cuando él se agachó para abrir algunas de las cajas, la dureza de los muslos. La habitación olía a su aroma de bergamota y limón.

Cuando él acabó de mirar las cajas y dirigió la atención hacia ella, cada poro de la piel de Mimi se encendió ante su detenido examen. Él observó sus ojeras, ya que no dormía bien a causa del vientre, las arrugas alrededor de la boca, a causa del estrés, y el pulso irregular en el cuello.

Renzo se apoyó en la pared cercana a la puerta, imitando a Mimi. Pero, mientras ella estaba tensa, él parecía despreocupado, con las manos metidas en los bolsillos.

–Basta de tanto teatro, señor DiCarlo. ¿A qué ha venido?

Él volvió a enarcar una ceja.

Ella suspiró.

–Estoy cansada y no estoy de humor para jugar a la buena anfitriona.

–Vamos a sentarnos.

–No creo que sea necesario. No será tan largo lo que me vaya a decir –contestó ella, aunque los riñones la estaban matando.

–Estoy dispuesto a dejarme de rodeos e ir directamente a la ronda de preguntas y respuestas, si me promete que me dirá la verdad.

Su tono condescendiente la encrespó.

–No tengo interés alguno en mentirle.

–Salvo por la enorme mentira por omisión que ambos intentamos evadir.

–No voy a insultarlo presentándole excusas. Volvería a hacer lo mismo.

–¿El qué, exactamente?

–Ocultar el hecho de que el último intento de fecundación *in vitro* funcionó y de que estoy embarazada del hijo de Pia y Santo, así como alejarme de todos y escapar a este tranquilo pueblo.

–¿Quiere decir que ni siquiera sus padres están al corriente?

–Así es. Se fueron a Australia, tras el velatorio de Santo y Pia, porque mi madre rodaba una nueva película.

–¿Puedo preguntarle por qué es necesario tanto secretismo?

Mimi lo miró, agradablemente sorprendida por la genuina curiosidad de la pregunta.

–Al final, no podía más. Mi hermanastra no estaba… –vaciló, presa del dolor y el sentimiento de culpa.

Entendía el dolor, porque, a pesar de la problemática relación con Pia, la quería, pero el sentimiento de culpa no era bueno ni sano para el bebé, algo que no dejaba de repetirle el ginecólogo. Que Pia hubiera muerto, mientras ella seguía viva y esperaba el hijo que su hermanastra tanto deseaba, era un peso del que no se podía desprender.

–¿Señorita Shaw? –De repente, Renzo estaba a su lado y la agarraba del codo–. Se ha puesto muy pálida.

Mimi se soltó. Notó que deseaba caer en sus brazos, dejar que otro cargara con el peso de sus problemas durante unos segundos.

–Estoy bien.

Él masculló una maldición, agarró la silla del escritorio y la colocó frente a ella.

–No voy a pensar mal de usted si se sienta.

–Me da exactamente igual lo que piense de mí.

–¿En serio? Entonces, ¿por qué es tan obstinada? Su embarazo está muy avanzado, así que, ¿por qué voy a tener mejor opinión de usted que de Pia?

Su tono de frustración y el hecho de que mencionara a su hermanastra hizo una brecha en las defensas de Mimi. En cuanto se sentó, sintió alivio en los riñones al tiempo que se notaba avergonzada. Él tenía razón. Y ella odiaba que la provocara para que se comportara como una niña. Cuando él se puso en cuclillas frente a ella para mirarle el rostro, se alarmó.

Lo último que se esperaba era que él se agachara frente a alguien, y mucho menos ante ella.

«Que no se te suba a la cabeza. Solo lo hace porque el hijo será miembro de la familia DiCarlo», le susurró una vocecita interior.

–Estoy contemplando un milagro.

–¿Cuál?

–No pensé que su inmenso ego le permitiera doblar las rodillas de ese modo.

Durante unos segundos, los ojos de él reflejaron admiración.

–Le recomiendo que lo tome como una advertencia, más que como un milagro, señorita Shah. Vienen tiempos difíciles.

Le lanzó una mirada dolorida al tiempo que tragaba saliva.

–Reconozco el sentimiento de culpa en su rostro como si me estuviera mirando a mí mismo en un espejo. Ni usted ni yo somos responsables del accidente.

Mimi asintió. De repente, él había dejado de ser un enemigo para convertirse en un afligido espectador.

–¿Ha empezado a creérselo?

Él esbozó una leve sonrisa.

–Sigo esperando el día, pero usted…

–Sí, ya lo sé: tengo que pensar en el bebé.

–Iba a decir que usted ni siquiera estaba allí cuando ocurrió. Pero yo los vi irse. Se estaban peleando, para variar. Llovía a cántaros. Agradecí el silencio cuando se fueron. Hasta que recibí la llamada.

–Lo siento mucho –susurró ella.

–Yo también. –Él la agarró de las manos y ella tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no retirarlas, sobresaltada como si fuera un gatito ante un gran lobo malvado–. Quisiera saber por qué ha ocultado el embarazo a todo el mundo.

–No era muy fácil tratar a Pia.

–Eso es quedarse muy corto.

–Los meses previos al accidente, el problema creció de manera exponencial. Como ha dicho usted, Santo y Pia discutían constantemente, pero ella creía que el bebé lo solucionaría todo, a pesar de que cada vez había más mentiras entre ambos. En el funeral, la situación me superó: John, mi madre, usted y su familia… Me di cuenta de que debía pensar en mí. Llevaba meses apoyando emocionalmente a Pia, a pesar de que era yo la que se ponía las inyecciones de fertilidad. Necesitaba tranquilidad, no contemplar la pena de John ni soportar las ordenes de usted. Necesitaba un respiro y tiempo para mí.

–Me parece justo.

–Me alegro –contestó ella en tono de superioridad, como reacción al suyo de condescendencia.

–Las cosas van a ser mucho más difíciles para ambos. Si reacciona de ese modo a todo lo que le diga.

–Pues no me hable en ese tono, como si validara mis decisiones con su consentimiento.

–Es usted dura, por debajo de esa máscara de razonable suavidad.

Mimi se sonrojó esperando que él no se diera cuenta de lo mucho que le había gustado el cumplido, que notara su fuerza por debajo de su docilidad, lo desesperada que llevaba toda la vida por ser vista, sobre todo frente a la belleza de su hermana. Que fuera él quien se hubiera dado cuenta era muy alarmante.

–Solo tengo otra pregunta –dijo él incorporándose–. ¿Por qué ha decidido quedarse con el bebé?

–¿Cómo?

–¿Ha sido porque es de Santo?

–No sabe lo que dice –contestó ella sonrojándose de nuevo.

–Sé que sentía cariño por él. Fue usted quien lo conoció y se hizo su amiga aquel verano en Milán. Después apareció Pia y se lo robó.

–¿Cree que he decidido quedarme con el bebé porque estaba enamorada de él? Así que, ¿no solo estaba enamorada del esposo de mi hermanastra, sino que acepté complacida entregar mi cuerpo y

mi libertad durante nueve meses para tener este hijo? ¿No le parece un poco retorcido?

–Aceptó ser madre de alquiler para una mujer que era incapaz de pensar en nadie, salvo en sí misma.

–Era mi hermana y la quería –afirmó ella enfurecida, aunque le gustó que él se hubiera percatado de lo agotadora que podía ser Pia con su incesante competitividad y sus celos–. Y yo no estaba enamorada de Santo. No tardé en darme cuenta de que no era mi tipo.

–¿Qué «tipo» era Santo?

–¿Quiere que enumere los defectos de mi cuñado?

–Yo he hablado de los de Pia. Mi familia lo ha elevado a los altares. Prefiero recordar al hombre de verdad, con todos su defectos.

–Santo era un irresponsable. No, no es eso. No se hacía responsable de nada porque tenía una visión romántica de la vida totalmente alejada de la realidad. No defendía lo que estaba bien. Con el paso de los años me di cuenta de que Pia y él vivían por encima de sus posibilidades, por culpa de usted. Es un milagro que el matrimonio durara tanto.

Al alzar la vista observó que Renzo tenía la boca abierta de la sorpresa. Mimi suspiró.

–No pretendía…

–Me parece que sabe usted calar a las personas. Lo que ha dicho de Santo es verdad.

–Entonces reconocerá que, solo por él, no estaba dispuesta a hacer nada. Pero, aunque discutieran por todo lo demás, Santo y Pia deseaban un hijo desesperadamente. Sufrieron mucho para conseguirlo. Yo sufrí mucho. Así que no me planteé la posibilidad de no tenerlo.

–Quiero creerla.

Mimi se levantó de un salto.

–Si ha acabado de insultarme, me gustaría que se fuera.

–No hemos terminado.

–Ha venido para hablar de un acuerdo de custodia, ¿verdad? Vayamos al grano, por favor. Me gustaría ducharme, cenar y

acostarme.

–¿Quiere que le pida comida para llevar?

–No podría probar bocado con usted revoloteando a mi alrededor como una feroz rapaz que espera recoger las sobras.

Él soltó una carcajada.

–¡Qué lengua tan afilada!

–Siento no ser tan apocada y complaciente como esperaba.

Él suspiró y eso la distrajo, porque el suspiro parecía salirle del fondo del alma. Había perdido a su hermano y ahora quería noticias del hijo de este.

–Tengo que decirle una cosa –afirmó él tras una larga pausa–. Será mejor que se siente. ¿Recuerda que me ha dicho que entre Santo y Pia había un montón de mentiras? Preferiría que no comencemos esta relación con una.

–No tenemos ninguna relación, señor DiCarlo, ni vamos a tenerla. Aceptaré que tenga derecho a ver al bebé, si así lo desea. Una de mis compañeras de casa es abogada y me ha asegurado que ni siquiera le debo eso. Sin embargo, como es el hijo de su hermano…

–No es hijo de Santo, sino mío. –La miró fijamente a los ojos–. Ni tampoco es hijo de Pia, sino suyo, de usted.

Capítulo 2

A Mimi le fallaron las piernas. El señor DiCarlo la agarró y la condujo a la cama.

–Coloque la cabeza entre las piernas –le ordenó él, como un general dando órdenes a los soldados. Mimi obedeció instintivamente y dobló la espalda todo lo que le permitía el vientre. El oxígeno volvió a sus pulmones a través de profundas inhalaciones, aunque lo que la sostuvo fue el peso de las manos de él en las rodillas y la solidez de su hombro, en el que había apoyado la frente.

«Dos segundos más y me echo hacia atrás», se dijo. Se daba cuenta de que estaba hallando un respiro en el mismo hombre que la estresaba.

Renzo DiCarlo se había introducido en su vida, iba a desempeñar un importante papel y ponía en peligro su resolución de no depender de nadie.

No podía ser cierto. Mentía por algún motivo. No podía ser el padre de su hijo.

Pero, por mucho que lo intentaba, no podía evitar la verdad: Renzo DiCarlo era el padre de su hijo.

Su hijo.

«Nuestro hijo». Oyó la voz de él en la cabeza, con su tono furioso y su acento italiano.

Mimi se irguió bruscamente y se separó de él reptando hacia atrás en la cama hasta tocar el cabecero. Él le tendió un vaso de agua, que ella se bebió de un trago y le devolvió con manos aún temblorosas.

–Siento haberte disgustado –afirmó él sentándose al lado de sus piernas. Que sus remordimientos fueran sinceros no disminuyó la

confusión de Mimi. Tampoco el hecho de aspirar su perfume.

«Está demasiado cerca», quiso gritarle. Era atento con ella debido a su estado, no porque se preocupase por ella. Debía tatuárselo en la mano para recordarlo y mantenerse cuerda los meses siguientes.

–¿Hay alguna posibilidad de que esté fantaseando a causa de la pérdida de su hermano?

–Créame, señorita Shah, si pudiera olvidar la tarde en que tuve que… He comprobado los registros de la clínica. Santo me dijo que su semen no se podía utilizar porque contenía pocos espermatozoides. Se enteró tras el primer intento fallido de fertilidad *in vitro*. Me pidió que aquello quedara entre nosotros, ya que su matrimonio se tambaleaba. Acepté porque vi cuánto deseaba que su matrimonio funcionara. Como era habitual, estaba dispuesto a hacer lo que fuera para ofrecer a Pia lo que deseaba.

–¿Y tampoco había nada que usted no hiciera por su hermano?

–Santo habría sido buen padre. Me dijo que Pia no quería adoptar, así que accedí –concluyó Renzo con un suspiro.

A Mimi se le ocurrió la ridícula idea de que él estaba utilizando todos los suspiros de una vida con ella.

–Supongo que a usted la forzarían también a aceptar.

–Pia no me forzó. –A Mimi se le llenaron los ojos de lágrimas e intentó contenerlas–. Gritó, lloró y se quejó de que las inyecciones le estaban destrozando el cuerpo, y sin ningún resultado. Santo fue cruel al dejar que creyera que era culpa suya.

Renzo no salió en defensa de su hermano, lo cual a ella le gustó.

–Me suplicó que la ayudara. Como ha dicho usted, no era fácil quererla, pero me di cuenta de que los intentos fallidos la estaban destrozando psicológicamente, así que accedí a la extracción.

–La manipulación emocional era le mejor arma del arsenal de Pia.

Mimi no lo negó. Lanzó un suspiro y alzó la vista.

Estando tan cerca de él, su atractivo le cortó la respiración. Era tan grande, tan sólido y tan masculino que le entraron ganas de perderse en él.

–¿Me puede dejar un poco de espacio? No puedo respirar.

Con una expresión de preocupación, él se desplazó hacia los pies de la cama, hasta un montón de ropa interior lavada que ella no

había guardado.

Mimi lanzó una maldición, agarró la ropa y la tiró al suelo.

–¿Está avergonzada, señorita Shah?

–Lo que estoy es molesta por el interrogatorio.

–Entiendo por qué se ha escondido. Pero el anonimato que buscaba se ha acabado. Es un milagro que los medios de comunicación no la hayan descubierto.

–¿Por qué iban a buscarme?

–Su hijo es un DiCarlo. Antes o después, se enterarán.

¿Cómo?

–Porque yo formaré parte de su vida, de un modo u otro. Y porque comunicaré que es hijo mío. No es asunto baladí. El mundo va a preguntarse por qué se escondió usted, por qué no los acogí a usted y al bebé en la familia todos estos meses. El matrimonio de Santo y Pia fue un circo que nos convirtió en el centro de atención del público. Ahora, esto va a ser como arrojar carne fresca a hienas hambrientas.

–En primer lugar, el niño aún no ha nacido; en segundo, usted es multimillonario. ¿Qué le importa lo que digan los medios de usted? ¿No son ustedes reyes egocéntricos de sus pequeños feudos?

–Me importa lo que significa mi apellido, ya que lo he salvado del escándalo y la ruina. –Renzo sonrió como si quisiera disminuir la gravedad de sus palabras–. ¿Utiliza usted un lenguaje tan pintoresco con todo el mundo o soy yo el que consigue que salga a relucir esa habilidad?

–Es usted. Con el resto del mundo, soy una mujer sensata y cariñosa.

–Me siento muy especial –dijo él con sequedad.

Mimi sonrió levemente. Era extraño ver a Renzo DiCarlo haciéndose la víctima. Cuando la miró, la sonrisa se convirtió en una sonora carcajada que le provocó dolor en le pecho.

–¡Ay! –exclamó ella dándose palmaditas en el vientre, porque el bebé le estaba dando patadas.

Él tendió las manos hacia el vientre de Mimi instintivamente.

–¿Le está… –carraspeó– dando patadas? ¿Necesita…?

–Sí, me está dando patadas –contestó ella retirando las manos para no tocar las de él–. Al reírme, he debido presionarlo. Es normal. Lo que me sorprendería es que no las sintiera, al menos una vez a la hora.

A él no le pasó inadvertido que ella apartara las manos, pero no retiró las suyas. Se creó una extraña intimidad entre ambos, contra la que ella luchó con todas sus fuerzas. Una cosa era que se sintiera atraída hacia él; otra sentirse unida a él de la forma que fuera a causa del bebé. Se rebelaba ante semejante idea.

Quiso decirle que apartara las manos, pero fue incapaz. La expresión de sus ojos se lo impidió. Se sintió estúpida por haber retirado las suyas, como si hubiera cedido terreno, lo que era absurdo, ya que se trataba de un bebé, no de un campo de batalla.

Además, él estaba tan poco interesado en ser padre como ella en establecer un vínculo con él.

Debía recordarlo.

Renzo estaba inmóvil, atónito y deseoso de sentir los golpecitos del bebé. Era la primera vez que experimentaba algo similar. Lleno de asombro, notó que los patadas disminuían hasta desaparecer.

De repente, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo en la vida. Un niño daba patadas con sus piececitos o piernecitas en el vientre materno dándose a conocer. Como su hermano ya no estaba, era su hijo.

Una vida pura e inocente de la que él se haría responsable, a diferencia de los estúpidos y privilegiados miembros de su familia. Mejor dicho, ahora tenía que responsabilizarse de dos vidas y la otra también era pura e inocente.

Mimi había vivido oculta a la sombra de su hermana, y él la había contemplado con una mirada prejuiciosa por lo que le había hecho Rosa, la mujer a la que había querido, sin darse cuenta de cómo era Mimi en realidad.

Alzó la vista, miró sus rebeldes ojos castaños y estuvo a punto de echarse a reír.

Era una extraña reacción. Se había preparado para sentir furia, ira y frustración ante la idea de sentirse ligado a una mujer a la que no soportaba, de verse obligado a desempeñar un papel que no deseaba.

Se hallaba preparado para cualquier cosa, pero no para la maravilla que habían creado por un camino no habitual.

–¿Puede apartar las manos, por favor? Es posible que tenga derechos sobre este niño, pero no creo que debamos…

Él lo hizo inmediatamente.

–Somos prácticamente desconocidos.

–Nos conocemos hace casi seis años, señorita Shah. –Y, durante ese tiempo, ella siempre le había despertado la curiosidad.

Era una prometedora documentalista. Incluso Pia la elogiaba. No dependía económicamente de sus padres, lo que era una cualidad que él respetaba mucho, ya que sus hermanos esperaban que él, gracias a su trabajo, los mantuviera toda la vida. Mimi era dueña de sí misma y no salía con hombres.

Pia le había pedido que fuera su madre de alquiler. Santo se había sentido tan incómodo que se lo dijo a Renzo.

Mimi era tan reacia como él a ser el centro de atención. Y a él le atraía aquella dinámica mujer de grandes ojos brillantes, marcados rasgos e inusual belleza. Era un atracción más intensa y peligrosa que la lujuria, ya que se había introducido en su interior y se había quedado allí todos esos años. Incluso le gustaban su ingenio y su sinceridad.

–¿Sale con alguien? –Era mejor dejar las cosas claras desde el principio–. ¿Qué dice él de que sea usted madre de alquiler y ahora vaya a convertirse en madre soltera?

–No tengo novio. Y, aunque lo tuviera, no consentiría que un hombre me dijera lo que puedo o no puedo hacer por mi hermana.

Él sonrió. Todo empezaba a encajar.

Tenía treinta y cinco años. Lo cierto era que había considerado la posibilidad de casarse, pero la había pospuesto hasta que tuviera más de cuarenta y quisiera tener un heredero para legarle lo conseguido con su trabajo.

Pero ahora se le ofrecía en bandeja una familia, si era capaz de hacerse a la idea de que aquella enérgica, sensata y competente mujer fuera su esposa. No sería la esposa sofisticada que se habría imaginado, y lo más probable era que no aceptara una proposición matrimonial, simplemente para fastidiarlo. Pero también era leal y muy práctica.

Mimi Shah era perfecta para ser su esposa y la madre de su hijo.

Todo había cambiado. Su mundo se había vuelto del revés y debía adaptarse rápidamente. Su hijo tendría una infancia feliz, con unos progenitores sensatos.

Mimi suspiró, lo que lo devolvió al presente. Ella lo observaba detenidamente con sus grandes ojos de largas pestañas. Tenía la boca pequeña y sensual. El moño en que se había recogido el sedoso cabello castaño se le estaba deshaciendo.

El deseo se apoderó de Renzo, lentamente al principio; después fue como un puñetazo en el estómago.

–No me gusta la expresión de sus ojos –dijo ella–. Sea lo que sea lo que esté pensando, la respuesta es «no».

Renzo rio de nuevo. Tres veces en un hora: todo un récord. Al menos no se aburriría viviendo con ella.

–Es interesante que me adivine el pensamiento. Debo decirle que es mutuo.

–¿A qué se refiere?

–Creo que hay algún motivo más que los que me ha dado para que haya ocultado el embarazo tanto tiempo, sobre todo a mí. Usted sabe cuánto valorábamos Santo y yo la familia, ya que nuestro padre es un canalla que no duda en avergonzar a nuestra madre. Y sabía que yo no consentiría tener un hijo fuera del matrimonio, que los medios considerarían un mongrelo. Lo sabía, pero no quiso enfrentarse a la realidad. Y no la culpo.

–Si nos olvidamos del óvulo y el esperma que han creado a este niño, sería su tía –dijo ella.

–Aunque el niño fuera de Santo, ahora que ya no está, yo habría insistido en que nos casáramos. En su fuero interno, usted lo sabía. Parece que me conoce mejor de lo que cree.

Ella sacó pecho y alzó la barbilla.

–No le caigo bien ni usted a mí. Estamos predestinados a que el matrimonio sea un desastre, tras habernos prometido amor eterno. No vamos a ganar nada tomando ese camino, Renzo.

Su nombre en los labios de ella le pareció una invitación a algo nuevo.

–Funcionaría porque no somos Pia y Santo. Nosotros no deseamos falsas promesas eternas de amor y devoción eterno. Nosotros no queremos tener nada que ver con el amor.

Ella no lo negó. La admiración de él por su integridad se centuplicó.

–Eres conocido por tu soltería, tu «incapacidad para comprometerte con una mujer más de un mes» –dijo ella citando una frase de la prensa del corazón sobre él.

–¿Cómo lo sabes?

–Era lo único sobre ti que ponía contenta a Pia: que no ibas a introducir en la familia a nadie que pudiera hacerle la competencia.

–Las circunstancias cambian. Los solteros multimillonarios acaban siendo vencidos –contestó él intentado que se riera.

–No puedes obligarme a casarme.

–No, pero tampoco puedo dejarte sin protección. Y no me refiero ante la prensa, que investigará todos los aspectos de tu vida hasta el punto de interrumpir tu trabajo y afectar tus posibilidades profesionales, si decides ser madre soltera.

–Ahora intentas asustarme.

–No soy un canalla, Mimi.

–No veo por qué los medios van a interesarse por mí y el bebé. No soy nadie. Llevo el apellido de mi padre, en vez del de mi madre, para huir de su fama. Cuando John me pidió que adoptara el suyo, me negué. Que me relacionaran con Pia, que, de adolescente, quería se modelo, también hubiera atraído la atención hacia mí.

–Imagínate lo que se pensará de tu embarazo –dijo él, impaciente–. A no ser que quieras explicar la sórdida verdad, es decir, que Pia y Santo nos pidieron ayuda al tiempo que se mentían mutuamente, se sabrá que el bebé es mío. Y comenzarán las especulaciones sobre quién eres y cómo has conseguido hacerme

sentar la cabeza. Soy famoso por lo circunspecto que soy sobre mis aventuras y mi precioso esperma, valorado en millones de dólares.

Ella rio y la risa aumentó asombrosamente la belleza de su rostro. Renzo la miró con deseo. A pesar de que la prensa sensacionalista presentaba una exagerada caricatura de sus hazañas amorosas, no había rehecho la fortuna familiar tomándose el tiempo a la ligera. Cuando su apretada agenda le permitía tener sexo, lo hacía con una anónima desconocida que tenía la misma necesidad que él. Eso era todo.

Sin embargo, el deseo que sentía ahora era distinto y quería ceder a él.

–Si hubiera sabido que se trataba de tu valioso esperma, me hubiera asegurado de que mis óvulos lo rechazaran.

Él sonrió.

Ella le miró los labios y tomó aire. Y Renzo se preguntó cómo no se había dado cuenta hasta entonces de que Mimi lo deseaba. Era un multimillonario italiano alto, guapo y en la flor de la vida, desde luego. Las mujeres se volvían locas por él.

Pero la mirada de Mimi era distinta.

Tenía que ver con cómo era él con ella, a diferencia de cómo era fuera de allí. Era una mirada excitante y adictiva, sobre todo para alguien que había aprendido a las malas que su apellido era casi una maldición la mayoría de las veces.

–Quiero lo mejor para el bebé. Supongo que tú también –dijo ella.

Él asintió.

–¿Estamos también de acuerdo en que andar a la greña en un matrimonio que ninguno de los dos desea no es lo mejor para el bebé?

–¿Piensas pelearte conmigo constantemente?

–Durante seis años, apenas hemos soportado estar en la misma habitación más de cinco minutos, Renzo.

–¿Y no ha sido a causa de nuestros hermanos? ¿Recuerdas alguna vez que hayamos discutido de algo no relacionado con ellos?

–No quiero echarles la culpa de todo lo que iba mal. Me parece horrible.

–Pues la realidad es que estamos pagando las consecuencias de las decisiones que tomaron y estamos hablando de ellas como personas adultas.

–Entonces, ¿no me odias?

–«Odiar» es una palabra demasiado fuerte para lo que siento.

–Entonces, digamos que, por algún motivo incomprensible, cada uno consigue sacar lo peor del otro. Tienes razón en que odiaría convertirme en un espectáculo mediático, pero no voy a casarme simplemente para librarme de los medios, ni siquiera por el bebé.

–Cualquier mujer se apresuraría a aceptar la oferta de lujo y protección que te he hecho –dijo él sabiendo que eso la enfadaría.

Pero, en lugar de ello, su expresión se volvió casi triste.

–Puede ser, pero no quiero ponerme en una situación donde me sienta vulnerable.

–Me tienes en muy mal concepto. ¿Qué crees que voy a hacerte? –Su falta de confianza lo alteraba. No estaba acostumbrado a tener que demostrar su valía personal.

–No es que desconfíe de ti, Renzo, sino que no tengo ninguna razón para confiar. Eres poderoso y estás habituado a conseguir lo que quieres, a cambiar de pareja cada mes y a hacer lo que sea por tu familia.

–¿Eso es negativo?

Ella sonrió.

–¿Y si, cuando las cosas se tuerzan en nuestro supuesto matrimonio, como inevitablemente sucederá, me quitas al niño? ¿Y si me expulsas de tu vida por no someterme a tu voluntad?

La ira se apoderó de Renzo.

–En mi vida he abusado de mi poder ni de mis privilegios. No soy como mi… –Se tragó las palabras y ella lo miró con curiosidad–. Firmaremos un acuerdo para que la custodia sea compartida en caso de separación. Es evidente que a ti se te ha ocurrido algo más aceptable. Dímelo.

–Solo habrá boda si aceptas que nos divorciemos sin escándalos dentro de… un año, más o menos. Es de esperar que, para entonces, el interés por Pia y Santo habrá disminuido. El niño será, indiscutiblemente, un miembro de la familia DiCarlo. Incluso estoy

dispuesta a seguir viviendo en Italia, si tú lo estás a formar parte de su vida.

–¿Acaso crees que no lo haré?

–Muchas cosas cambian en un año. De ese modo, si quieres deshacer el matrimonio, no habrá problema. Firmaré un acuerdo prematrimonial en el que me comprometeré a no pedirte nada al final de ese año, salvo, por supuesto, aquello con lo que desees contribuir al mantenimiento del niño. Sé que me ayudarás económicamente.

A pesar de la furia que sentía por la desconfianza de ella, Renzo reconoció que intentaba proteger el futuro del niño.

–¡Qué magnánima, Mimi! Me dejarás ser tu esposo durante un año.

–¿Lo ves? –Mimi le lanzó una almohada al rostro–. Llevamos dos minutos hablando y ya te burlas de mí.

Renzo agarró la almohada de su regazo mientras pensaba que su casi prometida y él tenían muchas más cosas en común de lo que creía. Ella necesitaba, tanto como él, saber que controlaba su vida.

–¿Cuántos años tienes? –le espetó.

–Veintiséis.

Era joven para ser madre, para enfrentarse sola al mundo y a los medios de comunicación. Sin embargo, se comportaba de forma más madura que Santo.

–Entonces, ¿estás de acuerdo? –preguntó ella dándole un golpecito en la muñeca.

Renzo le agarró la mano.

–Puesto que estamos hablando de las condiciones y has mencionado el divorcio, ¿puedo esperar que el sexo intervendrá en nuestro acuerdo de un año?

Notó que a ella se le aceleraba el pulso al desplazar la mano hasta su muñeca. Cuando alzó la vista, observó que parecía un cervatillo asustado ante las luces de un coche y que se humedecía el labio inferior con la punta de la lengua. A él se le contrajo el estómago.

–No lo había pensado. Lo último que me esperaba hoy era que me propusieras matrimonio.

–Sin embargo, la proposición en sí no tiene nada que ver con pensar en tener sexo conmigo. Como has dicho, hace seis años que nos conocemos.

A ella se le aceleró la respiración y se sonrojó.

–Estás jugando conmigo. Sabes que me atraes, ¿verdad?

Su expresión avergonzada lo enfadó y ablandó a la vez. Aún no estaban ni siquiera comprometidos y ella ya lo estaba volviendo del revés.

–No es para tanto, Mimi. Atraigo a las mujeres. Es así.

Ella le lanzó otra almohada.

–Eres el hombre más arrogante que conozco –dijo medio en serio, medio en broma.

Él colocó la almohada en su sitio.

–¿Es arrogante querer que todos los factores queden claros y que sean aceptados? Es evidente que has decidido que soy el malo de la película, del que debes protegerte, así que te lo voy a plantear claramente. ¿Quieres que sea un esposo fiel? Porque puede resultar difícil para un hombre tan viril como yo pasarme un año entero sin sexo.

–Estás siendo grosero a propósito.

–Lo que me pregunto es si se me permitirá seducir a mi bella esposa durante ese año o si eso sería saltarse las nomas que ella está estableciendo para ambos.

–No bromeas –dijo ella mirándolo con los ojos como platos y respirando con dificultad.

–Parece que nuestros hermanos nos han gastado una última broma.

–La maldita atracción que siento por ti nada tiene que ver con ellos.

–Sin embargo, ni tú ni yo la hubiéramos reconocido ni siquiera ante nosotros mismos.

–Yo lo hice hace mucho tiempo, pero no iba a obrar en consecuencia. –Mimi le sonrió y él se alegró de que la tensión que ella experimentaba ante la idea de casarse hubiera desaparecido–. Pero probablemente controlo mejor que tú mis decisiones.

–Llevo la lista de todas tus acusaciones. Un día me vengaré. –Renzo se levantó–. Ya veremos quién cede primero. Lo que te prometo es que nunca te reprocharé tu deseo de mí. Pero que me supliques un poco me hará ceder con facilidad.

–Pues puedes esperar sentado.

Renzo le sonrió y sacó el móvil. Tardó media hora en hacer las llamadas necesarias, entre ellas a un médico que estuviera disponible las veinticuatro horas del día. Odiaba la idea de dejarla sola en tan avanzado estado de gestación.

Había mucho que preparar para el nacimiento del niño y la boda. Esta debería celebrarse pronto, antes de que se conociera el embarazo.

–Volveré dentro de una semana, como mucho. Te van a traer otro móvil, comida y…

Al ver que ella no contestaba se dio la vuelta. Mimi se había quedado profundamente dormida. Parecía muy vulnerable.

Él le apartó con delicadeza un mechón de cabello que tenía sobre los ojos y se lo puso detrás de la oreja. Se dijo que la ternura que experimentaba se debía a la juventud de ella, al hecho de que el mundo no la hubiera corrompido. Y, como cualquier hombre decente, quería protegerla porque iba a tener un hijo suyo.

Nada más.

Le dirigió una última mirada y se fue cerrando la puerta.

Capítulo 3

Cuando, una semana después, Mimi se bajó del taxi acuático, el sol que se reflejaba en la bóveda de Santa Maria della Salute la cegó momentáneamente. Parpadeó intentando asimilar la vista que tenía ante sus ojos.

No estaba alucinando. Aquel edificio no era la discreta capilla donde debía reunirse con Renzo, sino una magnífica basílica. Se puso furiosa.

Una mujer, vestida elegantemente con camisa blanca y pantalones negros, se acercó a ella con un bloc de notas en la mano.

Mimi quiso gritar que no deseaba representar un papel estelar en aquel circo. Renzo era un canalla arrogante y ególatra. No debería haberse fiado de él.

Pero la conversación mantenida en la vivienda de ella en un pueblo cercano a Londres y la sensatez con la que él había manejado la situación en que se hallaban la habían impulsado a creer que era un hombre de fiar.

Así que, cuando él le sugirió por teléfono que fuera a Venecia para casarse en una tranquila ceremonia civil, de modo que pudieran acelerar las cosas y legitimar al niño aún no nacido, ella accedió.

Como era una ingenua, se había convencido de que estar casada con él no sería tan malo; que incluso podía ser agradable tener un compañero fiable tras el nacimiento del niño.

Ahora se hallaba, embarazada de siete meses, frente a la flor y nata de la sociedad veneciana, que la familia DiCarlo controlaba. Deseó que el médico no le hubiera dado permiso para viajar ni que Renzo hubiera conseguido un *jet* privado con dos médicos a bordo.

Pero allí estaba, y no había nada que hacer.

La gente ya se alineaba en la escalera de mármol. Había invitados vestidos de punta en blanco paseando por los alrededores. Las conversaciones eran una sinfonía de lenguas: italiano, inglés, francés…

Mimi vio a la familia DiCarlo: Chiara, la hermana; la madre, que miraba a Mimi divertida; el padre, que lo hacía como un rey observando a un plebeyo; Massimo, el hermano, tan guapo y taciturno como era habitual; y las primas, que susurraban tapándose la boca.

A Mimi se le aceleró el corazón al notar su escrutinio y sus juicios, la mayoría basados en el comportamiento de Pia con ellos y con Santo. Pero no les daría el gusto de verla quebrarse. Además, aquella boda no era de verdad, y lo que menos buscaba era la aprobación de su familia política.

Al comienzo de las escaleras, los *paparazzis* se peleaban por encontrar sitio. Las cámaras comenzaron a disparar cuando Renzo salió del taxi que había llegado detrás del de ella.

Mimi se percató, horrorizada, de que gritaban su nombre además del de Renzo.

–¡Mimi, aquí!

–Señora DiCarlo, ¿cómo se siente al llevar al altar a un soltero tan imposible de atrapar como Renzo DiCarlo?

Ella se quedó sin respiración.

«Señora DiCarlo».

Ya le habían cambiado el apellido y le pesaba tanto como el centenar de ojos que la miraban. Había seguido su instinto a la hora de vestirse: un amplio vestido negro de encaje. No iba a gastarse el dinero que tanto le costaba ganar en un vestido para una boda que no deseaba.

El novio, por supuesto, llevaba un esmoquin de Armani. Parecía recién salido de las páginas de una revista. Con el negro cabello peinado hacía atrás, y la morena piel brillando al sol, era un sueño húmedo hecho realidad. Un sueño de ella, desde luego, que se había pasado la semana pensando en él. Se sonrojó.

Renzo se acercó a ella y le puso la mano en la frente.

–Estás sofocada. ¿Te sientes mal?

Mimi tuvo que contenerse para no apartarle la mano bruscamente.

Pero él era tan perceptivo como prepotente.

–Ah, estás enfadada. –Se le acercó más y la besó en la frente, un gesto que la desconcertó.

–¿Se puede saber qué haces? –susurró ella mirándole la nuez de la garganta. Después, para hacer algo con las manos, le ajustó la pajarita.

–¿Sabes que tienes un rostro muy expresivo, Mimi? Tus ojos transmiten lo que piensas y lo que sientes. Lo único que nos falta es suministrar a los medios más carnaza sobre nosotros.

–¿Soy yo la que les ofrece carnaza? –preguntó ella, medio mareada por su aroma–. Me prometiste una tranquila ceremonia civil, no esto. Y ni siquiera has tenido la decencia de avisarme. ¿Te das cuenta de lo humillante que me resulta que toda esta gente me esté mirando y juzgando mientras se pregunta de qué montón de basura me has sacado?

Sin saber por qué, se le saltaron las lágrimas. Normalmente le daba igual lo que los demás pensaran de ella.

Renzo frunció el ceño.

–No me eches la culpa, después de la escena que montó tu madre la semana pasada.

–¿Qué? –preguntó ella, desconcertada–. Mi madre está en Australia.

Él la tomó de las manos y, de nuevo, ella tuvo que contenerse para no soltarse. Él lo hacía para la prensa.

–¿Hablaste la semana pasada con ella?

Mimi empezó a entender lo sucedido.

–Sí, me sorprendió con una videollamada. Fue una de esas veces en que recuerda que es mi madre. Respondí sin darme cuenta de quién era. Estaba cansada y olvidé esconder el vientre. Llevaba toda la semana preparándome para decírselo. Pero ella lo vio y se puso histérica. Tuve que tranquilizarla.

–¿Qué le dijiste?

–No mucho. Ella no dejó de repetir que le había mentido y que no había pensado en cómo le afectaría. No me permitió decir nada.

Creo que lo único que le dije fue que tú y yo nos estábamos haciendo cargo.

Soltó un gemido al darse cuenta de cómo habría interpretado su dramática madre esa frase.

–¡Madre mía! ¿Qué ha hecho?

–No pasa nada. Yo me he hecho cargo. No es culpa tuya.

–Dímelo, por favor.

–Ha hecho declaraciones a un periódico sensacionalista local en las que afirma que los hombres de la familia DiCarlo han maltratado a sus hijas, empezando por Santo y siguiendo por mí. No sé si dijo exactamente esas palabras, pero la esencia de sus declaraciones es que te he dejado embarazada y después te he rechazado, porque eso es lo que mi familia hace con las mujeres.

La fuerza con la que contrajo las mandíbulas indicó a Mimi cuánto aborrecía que lo juzgaran de la misma manera que a su padre. Ella sabía, por lo que le había contado Pia de Santo y de su familia, que Renzo mantenía escrupulosamente en privado su vida amorosa y sus negocios. Solo después de que se hubiera marchado de casa de ella, se dio cuenta cuánto le habría dolido su comentario de que estaba utilizando su poder para separarla de su hijo.

Había sido un mecanismo de defensa por parte de ella, porque estaba sobrepasada por la situación. En el fondo sabía que Renzo nunca utilizaría su poder para hacer daño a nadie.

Se iba a casar con ella para evitar que creyeran que era igual que su libertino padre, aunque Renzo no debía nada a Mimi y aunque los medios no dejaban de asegurar que sería difícil que abandonara la soltería.

–Qué desastre –dijo ella, horrorizada ante lo que había dicho su madre.

–Alguien ha publicado aquí sus declaraciones. Ya te he dicho que intentan constantemente revivir la trágica historia de amor de Pia y Santo, como empiezan a denominarla. Y esto les ha venido como anillo al dedo.

–Así que has decidido limitar los daños organizando una boda frente a la basílica e invitando a media Venecia.

–Debía hacerlo. No voy a consentir que nadie crea que te he rechazado. Y, sinceramente, no es mala idea. Ahora todos creerán que este hijo ha sido concebido normalmente y que no me avergüenzo de ti ni del bebé. ¿No es eso mejor que las especulaciones sobre quién eres y por qué te he mantenido oculta tanto tiempo?

–No, no es mejor. No hay nada peor para mí que estar aquí, embarazada de siete meses, ante esta gente, representando una farsa.

Él la agarró de los hombros y la atrajo hacia sí.

–Te llamé anoche, pero no me contestaste. Te limitaste a mandarme mensajes diciendo que todo iba bien y que hoy vendrías.

–Salí con mis amigas y volví pronto porque… –Mimi no le dijo que se había sentido mal todo el día, porque a saber lo que habría hecho. Ahora tampoco se encontraba bien–. Estaba cansada y harta de tus autoritarias instrucciones. Deseaba pasar una noche tranquila. Y ahora me encuentro con esto.

–No es tan malo como crees. Estás resplandeciente y… –Dio un paso hacia atrás y rio al examinarle el vestido–. Ah, ya veo, la última rebelión.

Mimi sonrió. ¿Cómo se daba cuenta él tan claramente de su motivación? ¿Y por qué eso le hacía sonreír?

–Si te preocupa la imagen que vas a dar, puedo hacer que te traigan un vestido de diseño inmediatamente, por lo que no tendrás que sentirte violenta.

–No, no voy a complacer a esta gente, que ni siquiera me conoce, a los medios de comunicación ni a ti. Me voy a casar vestida así. Lo tomas o lo dejas.

Si creía que él iba a enfadarse, se equivocaba. Renzo sonrió y asintió.

–Hay otra cosa de la que tenemos que hablar –murmuró.

Ella gimió.

–Por favor, Renzo. Ten compasión, que solo me faltan dos meses para dar a luz. ¿Qué más me tienes reservado?

–Al intentar hablar con tu madre, tuve que hacerlo con John. Le conté mis planes e insistió en estar hoy aquí.

Con el corazón en la boca, Mimi buscó con la mirada a su padrastro entre la multitud.

–¿John está aquí?

Renzo asintió. Le acarició la muñeca con los nudillos para tranquilizarla, como si supiera que mencionar a su padrastro iba a alterarla.

–Le dije que dependía de ti que quisieras verlo. Sé que no lo has visto desde el velatorio y entiendo lo difícil que puede ser para ti.

Mimi apoyó la frente en su pecho, sin importarle estropearle el traje ni que él pudiera malinterpretarlo. En aquel momento, necesitaba su apoyo para seguir de pie.

No era de extrañar que John se hubiera ofrecido a estar allí aquel día, porque no querría que estuviera sola. Aunque sabía que iba a tener el hijo que debería haber sido el de su hija, nunca había hecho distingos entre las dos.

Las había querido igual desde el momento en que la madre de Mimi se casó con él. Y Mimi intentó, por él, ser una buena hermana para Pia, que, como ella, no había conocido a su otro progenitor, ya que la madre había muerto en el parto.

Se puso a temblar en los brazos de Renzo.

–No tienes que verlo si no quieres –susurró él.

Mimi lo abrazó por la cintura fingiendo durante unos instantes que aquello era verdad, que él se preocupaba realmente por ella.

–¿Sabe cómo ha tenido lugar el embarazo? ¿Le has dicho que el bebé es… nuestro? –preguntó ella esperando que él hubiera tomado el control de la situación. No se veía con fuerzas para contárselo a John.

–Sí, se lo he contado y nos guardará el secreto. Quiero que todos sepan que este hijo es nuestro. No deseo que haya confusión ni ahora ni más adelante. Quería a mi hermano, pero esta es nuestra vida. No hay ninguna necesidad de sentirse culpable por jugar con las cartas que nos han tocado.

–Para mí, no es tan sencillo.

–¿Qué es lo que te molesta? –preguntó él en un tono que parecía de verdadera preocupación.

–No me gusta el escrutinio público. Y estoy en desventaja. Esta falsa boda indica que te he atrapado. Eres famoso por tu soltería, por disfrutar de tu libertad. Ahora parece que no te queda más remedio que casarte conmigo porque estoy embarazada. Toda mi vida…

Mimi se tragó lo que iba a decir. No hacía falta demostrarle su vulnerabilidad.

–¿Toda tu vida…?

Ella se encogió de hombros, sin mirarlo a los ojos.

–¿Qué te parece si hacemos algo que demuestre a los medios y a todo el mundo que no me has atrapado? Estoy aquí porque quiero.

Ella lo miró.

–¿Como qué? –preguntó con desconfianza.

Renzo esbozó una sonrisa pícara. Le puso la mano en la cintura y la atrajo hacia sí y se desplazó levemente hacia un lado para no aplastarle el vientre. Después le agarró la barbilla.

–Algo así.

Mimi lo miró, fascinada, mientras él agachaba la cabeza y la besaba en los labios.

Los suyos estaban fríos y eran suaves, en tanto que los de ella ardían de deseo. Notó la respiración de él sobre ellos y sus dedos en la nuca. Él la abrazó y sus anchos hombros la ocultaron del mundo, como si el momento fuera demasiado íntimo para compartirlo.

Y ella perdió la noción de todo y se dejó llevar por las sensaciones, mientras el beso se hacía más profundo.

–Abre la boca. Deja que te saboree.

Ella lanzó un grito ahogado ante la sensualidad de sus palabras, lo que él aprovechó para introducirle la lengua con una habilidad que la hizo gemir. La siguió besando hasta dejarla sin aire en los pulmones y el cerebro en blanco.

Ella se perdió en el beso mientras la invadía un lento deseo. Cuando él dejó de mordisquearle el labio inferior y comenzó a tirarle de él, las braguitas se le humedecieron y perdió el equilibrio.

Cayó sobre él, que la sostuvo, pero no antes de que el vientre de Mimi le rozara la erección. Y el deseó de ella aumentó.

Que un hombre como él la deseara le parecía inconcebible.

Renzo empezó a besarle la mandíbula al tiempo que la agarraba por los hombros.

–Solo pretendía que se dieran cuenta de que no me arrastras al altar contra mi voluntad.

–¡Cuánto sacrificio y qué buena actuación, Renzo!

Él la miró a los ojos con la boca abierta de la sorpresa. Suspiró y le acarició el labio inferior con el pulgar.

–Eres una dura negociadora, *cara*.

Ella se pasó la mano por la boca, como si quisiera borrar el beso, aunque el deseo que seguía sintiendo se burlaba de ella.

–No te he pedido nada.

–Reconozco que solo un uno por ciento del beso ha sido para los medios. El resto ha sido para mí, para nosotros. Quería comprobar una teoría.

–¿Con qué resultado? –preguntó ella con voz cortante.

–Que nuestro matrimonio puede ser entretenido, si queremos –contestó él con una sonrisa traviesa.

Mimi cerró los puños.

–Eres increíble. Un ardiente beso y un hijo no buscado no garantizan la dicha matrimonial. Y, la próxima vez, avísame, por favor, para que me prepare para la actuación. Aunque debo decirte que no se me da bien representar un papel.

–Si te hubiera dicho que te iba a besar hasta dejarte aturdida, te habrías puesto a la defensiva y arruinado la espontaneidad, lo cual no habría convencido a nadie, ¿no te parece?

–De todos modos, te agradecería que me incluyeras en tus planes.

Renzo rio.

–La próxima vez te diré lo mucho que deseo besarte. A mí tampoco me gustan las sorpresas.

–No hemos acordado que haya un aspecto sexual en nuestro trato.

–No, pero soy paciente, y la persecución es divertida.

–No vas a perseguirme –le espetó ella.

–Claro que no. Hablo de que seas tú la que me persiga y me suplique que te ofrezca lo que necesitas.

Mimi se quedó sin respiración ante la audacia y el ego de Renzo.

–Aunque fueras el último hombre sobre la tierra, jamás te suplicaría que me besaras ni que tuviéramos sexo. Por si no te lo he dejado claro, no eres el hombre al que hubiera elegido para tener un hijo.

La sonrisa de Renzo desapareció. Y Mimi tuvo la impresión de que le había arañado la arrogancia y la seguridad en sí mismo, que en él eran como una segunda piel. Pero rápidamente levantó las defensas y volvió a ser el habitual hombre encantador.

–Te prometo no alardear cuando pierdas, *bella*. Me resultará fácil. Ya que estaré tan dentro de ti que no me importará haber ganado. Tu rendición será mi recompensa.

Antes de que Mimi pudiera responder, dio media vuelta y se alejó mientras ella echaba chispas.

Mimi se juró que no se rendiría a aquel arrogante italiano, aunque el juramento le pareció vacío, dado el deseo que le había provocado y que aún permanecía.

Capítulo 4

Mimi se hallaba al lado de la ventana de la sacristía. Se pasó nerviosamente las manos por el vestido. El silencio se le hacía cada vez más insoportable.

Era un espacio pequeño y sencillo, con bancos de madera alineados a lo largo de las paredes.

A pesar de su resolución de no ablandarse ante el novio, le estaba muy agradecida. Le había proporcionado el lugar tranquilo que tanto necesitaba, al margen de las preparativos del exterior, para recuperar el aliento y hablar con su padrastro.

La puerta crujió y ella se volvió, emocionada.

John la miró con expresión cansada y preocupada. Era un hombre sencillo, por lo que parecía fuera de lugar vestido con un traje de diseño. Pero allí estaba. Había recorrido miles de kilómetros para que ella no estuviera sola.

–Estás preciosa, Mimi.

A ella se le saltaron las lágrimas.

–No sé qué decir. No creía que quisieras venir. Después de los últimos meses…

John entró y la puerta se cerró.

–¿Creías que no quería estar presente en una ocasión tan especial para ti?

Mimi se llevó las manos al vientre mientras intentaba contener las lágrimas.

–Lo hice por ella, John. Iba a ser su hijo.

John se acercó y le agarró las manos, con los ojos llenos de lágrimas.

–Claro que lo hiciste por ella. Fuiste una buena hermana, no lo dudes. A veces era difícil quererla, pero la queríamos. Y lo sabía, sabía cuánto la queríamos. Así que eso es lo que debemos recordar.

Mimi asintió. Las palabras de John le aliviaron la pena y el sentimiento de culpa. Lo abrazó impulsivamente, sintiéndose como la niña que lo había mirado maravillada el día que se casó con su madre y le dijo que ahora formaban una familia.

–Gracias por venir. No sabes lo que tus palabras significan para mí, cuánto he tenido que luchar los último meses.

Él le dio palmaditas en la espalda con torpeza, indudablemente sorprendido por sus muestras de afecto.

No solía demostrárselo. Se lo impedía la advertencia de Pia, el día en que se casó con su madre, de que John era su padre, no el de Mimi.

–Olvídate de todo eso ahora. –Se echó hacia atrás y ella lo soltó avergonzada–. Tu madre también quería venir.

Ella asintió, sin confiar mucho en el deseo de su madre.

–¿Va todo bien? –preguntó John–. ¿Estás segura de lo que vas a hacer? Renzo es… Me parece un hombre de fiar, más fiable que Santo, pero el matrimonio es un gran paso.

–Es muy arrogante y siempre ha despreciado a nuestra familia.

–Sí, pero su opinión estaba teñida por su deseo de proteger a su hermano. Pia no ponía las cosas fáciles a nadie y Santo se lo permitía. Está bien que Renzo vaya a ocuparse del bebé y de ti, teniendo en cuenta cómo habéis llegado hasta aquí.

–Sé cuidarme sola.

–Por supuesto. Eres sensata, pero a veces es agradable no estar solo, no vivir la vida completamente solo.

–¿Por eso te casaste con mamá? ¿Porque te sentías solo?

John la miró desconcertado.

–No, me casé con ella porque la quiero. Y ella me quiere a su manera, aunque no lo parezca por cómo me trata.

–Te creo.

–Di lo que quieras, Mimi. Desahógate. Andarse con rodeos no le sirvió de nada a Pia. Aunque parezca mentira, tu madre está destrozada porque no le has dicho que estabas embarazada.

–¿Quieres que te cuente por qué nunca he sentido la más mínima conexión con la mujer que me crio?

John palideció, pero asintió.

–No le reprocho que me mandara a un internado, que diera más importancia a su carrera que a la maternidad ni que me llevara de vuelta a casa solo después de casaros. Pero nunca ha intentado relacionarse conmigo en modo alguno, mientras que con Pia…

–Era más fácil hacerlo con Pia, ya que les preocupaban las mismas cosas: la ropa y las cosas estúpidas y superficiales. Tú eres la mujer más serena, intelectual y reflexiva que conozco. No me sorprende que tu madre no supiera qué hacer contigo.

–Eso no me vale como excusa.

–¿Por qué crees que organizó tanto alboroto al enterarse de que estabas embarazada? Quería volver para estar contigo, pero la disuadí. No quería que complicara aún más las cosas entre Renzo y tú.

–Solo me hubiera complicado las cosas a mí.

–Quiere compensarte, Mimi. Nunca es tarde para reconocer que nos hemos equivocado, hazme caso. Lo siento mucho, cariño.

–¿Qué sientes?

–Sé que Pia te puso las cosas difíciles. No me di cuenta hasta hace unos años. No me percaté de lo insegura que era mi hija y de que lo pagaba contigo.

–Ya no importa. Forma parte del pasado.

–Sí importa y no pertenece al pasado, porque el daño que te causó sigue ahí. Ahora me doy cuenta de lo sola que te has debido de sentir. Debía haberme preocupado más de ti, haberlo hecho mejor con Pia y contigo.

–Estuviste a su lado cuando ella más te necesitaba. Y ahora estás aquí. Es lo que importa.

–Eres la que mejor corazón tienes de todos nosotros, cariño. –John levantó las manos, vaciló durante unos segundos y las puso en la cabeza de Mimi–. Entiendo por qué no le dijiste nada a tu madre ni a mí. Pero podemos ayudarte a criar al niño. No quiero que tomes decisiones porque creas que debes hacerlo. ¿Casarte es lo que verdaderamente quieres?

–No es un matrimonio por amor, pero es lo que ahora hay que hacer.

John suspiró.

–Muy bien, pero recuerda que siempre tendrás un hogar con tu madre y conmigo. Te queremos. –Le tendió el brazo–. Ahora, ¿me haces el honor de dejarme conducirte al altar?

A ella se le saltaron las lágrima mientras se agarraba a su brazo.

–Gracias, John, por venir. Por todo.

–De nada, cariño. Venga, vamos a casarte.

Mimi odiaba reconocer que Renzo había vuelto a tener razón.

Ninguno de los invitados podía poner en duda que se había comprometido con aquel matrimonio, con el niño y con ella.

En el interior, la basílica era aún más imponente que en el exterior: cúpulas doradas adornadas con mosaicos, columnas de mármol e innumerables velas. Había filas de sillas frente al altar y las conversaciones se hacían en voz baja. El aire olía incienso y a rosas blancas.

Cuando ella apareció, aumentaron los susurros.

Mimi respiró hondo y apretó el brazo de John al empezar a recorrer la nave. A cada paso parecía que el dolor de riñones le aumentaba, pero decidió no hacerle caso. Sin embargo, el dolor, además del peso que para su cuerpo suponía el séptimo mes de embarazo, le recordó que aquello no era un cuento de hadas, aunque Renzo lo pretendiera.

Lo vio. Estaba guapísimo y parecía muy seguro de sí mismo, como si se burlara de los temores de ella con respecto a la boda.

Él tenía más que perder que ella en aquella unión: su libertad de soltero y su estilo de vida. Ni siquiera le había mandado el contrato prematrimonial en que ella había insistido.

¿Tanto se fiaba de ella? ¿O tenía una fortuna tan inmensa que cualquier artimaña que ella pudiera planear le daba igual?

Él la miró a lo ojos. Ella sintió una opresión en el pecho y se centró en cada paso que daba hacia él. Pronto llegó a su lado y, de repente, se sintió atrapada.

La expresión de Renzo se suavizó inmediatamente. La tomó de la mano con una ternura que hizo que ella volviera a respirar regularmente.

John la besó en la sien, miró a Renzo y dejó a Mimi a su cargo.

–Ya casi hemos acabado, *cara* –susurró Renzo.

Y, durante unos segundos, el majestuoso entorno desapareció para Mimi. Los ricos invitados y el cuento de hadas se evaporaron.

Solo estaba él, el recuerdo del beso que se habían dado y la audaz esperanza de que tal vez hubiera algo más que el niño para unirlos.

El taxi acuático se detuvo frente al Grand Rialto DiCarlo, la joya del imperio de Renzo. Él descendió primero. Observó la multitud que se había reunido en la calle acordonada y que no dejaba de hacer fotos. El espectáculo lo puso nervioso, más por Mimi que por él, que se había criado rodeado de lujo y *paparazzis*.

Sabía por experiencia propia lo que era que lo juzgaran, primero, por ser un DiCarlo; después, por sí mismo. Pero su esposa odiaba esa clase de espectáculos y, al estar interna, se había visto protegida de la fama de su madre.

«Mi esposa…». Renzo frunció el ceño al sentirse excitado por dichas palabras.

Le tendió la mano a Mimi para ayudarla a salir del taxi. Estaba pálida y tensa. La fatiga del día se reflejaba en cada uno de los rasgos de su rostro.

Él se sintió culpable, porque podía haberle puesto las cosas más fáciles, pero su vanidad ante lo que pensaría la gente le había podido. ¿Era mejor que su padre, que siempre necesitaba la aprobación ajena?

–¿Te parece bien que baje al banquete dentro de media hora? –preguntó ella.

–No, me dan igual el banquete y los invitados. Te llevo directamente a la *suite*. Debes descansar.

–¿Estás seguro? No quiero que digas que no he cumplido con mi parte del trato.

–No soy el demonio, *cara.* Noto que estás agotada.

Ella lo miró con los labios apretados, como si quisiera discutir con él, pero careciera de energía.

–Muy bien. ¿Te puedo pedir un favor? ¿Puedes mandar, dentro de una hora, a alguien para que vea cómo estoy? Es por precaución.

–Dentro de media hora subiré yo, cuando me libre de los invitados.

Él creyó que ella rechazaría el ofrecimiento, pero ella asintió, por lo que él se puso en estado de alerta. No era normal que Mimi accediera a lo que le propusiera sin protestar.

Sin añadir nada más, le puso la mano en la espalda y la condujo por el vestíbulo hasta el ascensor. Renzo entró primero y tiró de ella suavemente para que subiera. Mimi hizo una mueca y se llevó la mano al vientre.

–¿Qué te pasa?

Ella se tambaleó y se le agarró del brazo. Él la sostuvo.

–¿Estás bien? –preguntó en tono preocupado.

Ella no contestó inmediatamente. Tenía el rostro contraído de dolor. Después se produjo un sonido inesperado: algo había salpicado el suelo.

Renzo se miró los zapatos y vio un pequeño charco a su alrededor.

Mimi lo miró a los ojos.

–¡Madre mía! –susurró, presa del pánico–. He roto aguas.

Fue como si Renzo hubiera recibido un puñetazo. El corazón se le desbocó.

–¿Qué significa eso? –preguntó, aunque, hacía unas horas, su madre le había dado unas nociones sobre el embarazo y el parto, por lo que sabía que el bebé iba a nacer.

–Es demasiado pronto, Renzo –afirmó ella con voz temblorosa–. El niño tendría que nacer dentro de dos meses. Si llega ahora… –dijo con expresión horrorizada.

–Mírame –la interrumpió él tomándole el rostro entre las manos.

Ella obedeció. Tenía los ojos brillantes de lágrimas.

–Lo solucionaremos –afirmó él, a pesar del miedo que sentía–. Todo va a ir bien. Estaré siempre contigo y no dejaré que te ocurra nada. Respira, *cara*.

–Estás conmigo y harás que todo salga bien –dijo ella asintiendo.

Renzo pulsó el botón de emergencia del ascensor mientras la abrazaba con el otro brazo. Lo único importante era que ella estuviera a salvo y que el bebé naciera como debía.

Y que su esposa conservara la confianza en él intacta, porque, de repente, se había convertido en algo fundamental.

Capítulo 5

Las veinticuatro horas siguientes fueron las peores de la vida de Renzo. Su arrogancia se evaporó ante el pánico de su esposa.

Fueron corriendo al hospital, donde el tocólogo confirmó los temores de ella: que el bebé llegaba antes de tiempo y que tal vez fuera incapaz de respirar.

Comprobaron las constantes vitales de Mimi y él la ayudó a quitarse el vestido y a ponerse la bata del hospital.

–Llevo dos días notando pinchazos en la zona lumbar –dijo ella con voz temblorosa–. Por eso volví pronto la noche que salí con mis amigas. Supongo que no me di cuenta de que se intensificaban. Me dolía y debería habértelo dicho y haber venido al hospital, pero no le di importancia y…

Le puso la mano en el pecho temblando, y él deseó poder eliminarle al menos parte del dolor.

–¿Y si hubiera venido al hospital hace dos días y…? –Se le quebró la voz.

Renzo nunca se había sentido tan débil. Ni su fortuna ni su influencia ni su inteligencia podían ayudarlo. Solo le quedaban las palabras, la fe y la admiración que sentía por Mimi, que nunca se había mostrado débil ante los demás y que ahora necesitaba su fortaleza.

–Para –dijo atrayéndola hacia sí–. No te eches la culpa. El especialista me ha asegurado que a veces pasan estas cosas, sin motivo alguno. Todo iba bien en la última revisión, pero parece que el bebé ha cambiado de postura. Nada de lo que has hecho ni pensado lo ha provocado. ¿Me oyes? Si hay que echarle la culpa a alguien, yo la asumo. ¿Y si ha sucedido por el estrés que te

causado? Porque te he convencido de que nos casemos y, después, te he sorprendido con una enorme farsa de boda.

–No, esto empezó mucho antes de esta mañana –dijo ella con voz fatigada.

Renzo echó al médico y a la enfermera y se la sentó en el regazo.

–Escúchame, Mimi: no has hecho nada mal.

Le puso las manos en el vientre con el deseo de que también el niño, al igual que la madre, entendiera sus palabras.

–El bebé podía haber tenido la inmensa mala suerte de haber perdido a unos padres que deseaban tanto que naciera.

Le alzó la barbilla y le secó una lágrima de la mejilla.

–¿Sabes lo que me convenció para casarme contigo?

–¿La obsesiva necesidad de ser el héroe que me controlara la vida? –preguntó ella con un brillo irreverente en los ojos.

Renzo se dijo que no iba a aburrirse ni un solo día con ella y que Mimi tampoco iría en busca de emociones ni de fama sacrificando la felicidad de los demás para conseguir sus caprichos.

–La confianza, la fuerza y la alegría que vi en tus ojos, cuando me dijiste cuánto querías ya la vida que crecía en ti. Tener las cosas tan claras siendo tan joven…

–Sigue hablando, Renzo. Empiezo a comprender por qué los medios te adoran.

–No te importaba no haber planeado tener este hijo. Solo recordaste cuánto lo deseaban Santo y Pia, por lo que tú también lo deseabas y lo querías. Me sorprendí a mí mismo al proponerte matrimonio. ¿Sabías que ni siquiera desayuno sin antes haberlo programado?

–No sé qué decir –susurró ella.

–Después de haber perdido a Santo, tu fe me hizo creer a mí también, me dio de nuevo un propósito, una forma de honrar los deseos de él. Todo eso has conseguido, Mimi. Ahora quiero que te tranquilices y que dejes que las cosas sigan su curso. El estrés y el sentimiento de culpa que experimentas no le hacen ningún bien al niño.

Ella le tomó el rostro entre las manos y él se percató de que era la primera vez que ella lo tocaba por propia voluntad.

–Gracias por hacerme escucharte –susurró–. Si algo…

Él la calló con un beso. Sabía que necesitaban algo más que palabras, una conexión más profunda. El suave contacto de los labios de ella le produjo una sacudida.

Mimi sabía a lágrimas, crema dental y dolor. De repente, la idea de un mundo sin ella y sin su hijo le resultó insoportable.

Ella fue relajándose en sus brazos, mientras él le acariciaba la espalda. Sus senos le oprimían el pecho.

Que él pudiera estar acariciándola como a un gatito se debía únicamente a la terrible situación en que se hallaban, pero le daba igual. Lo que ella quisiera darle, sería un premio.

Ella movió los labios sobre los de él y le devolvió el beso suavemente, como si temiera romper la frágil paz del momento. Él abrió la boca y ella se le aferró al pecho, como si fuera un salvavidas.

Renzo se vio invadido por un deseo urgente y primario, como nunca lo había experimentado.

Lanzó un gemido y se introdujo en la boca de ella buscando más fe, más fuerza y calidez. Mimi igualó sus caricias y su fervor, hasta que respirar se convirtió en algo secundario. Se perdieron en el beso, y el mundo y las preocupaciones desaparecieron.

Ella se separó de él y lo miró.

–Gracias, Renzo. No podría haberme enfrentado al día de hoy sin tu ayuda.

–No hace falta que me agradezcas que cumpla con mi deber –contestó él, sabiendo lo mucho que le había costado a ella decírselo. Apretó la frente contra la suya y murmuró:

–Vamos a estar bien: el bebé, tú y yo.

Después vino el largo proceso del parto, que duró varias horas. Mimi era la que sufría, pero Renzo se subía por las paredes.

Por fin, tras lo que le pareció una eternidad, nació su hijo, aunque se lo llevaron inmediatamente. Lo vio de pasada. Mimi estaba inconsciente. Contempló horrorizado lo pálida que estaba, pero al

mismo tiempo se hallaba maravillado, como si ambos sentimientos pudieran coexistir.

Era un varón, no dejaba de repetirse, como si intentara despertarse del estupor en que había caído. Un hijo nacido prematuramente que necesitaba ayuda para respirar. Y su esposa, su frágil y valiente esposa, estaba bajo los efectos de la anestesia.

El médico le preguntó si quería ver al bebé. Pero Renzo se negó, no porque no estuviera deseando conocer aquella nueva vida que había llegado al mundo contra todo pronóstico; el niño al que Santo hubiera querido más que a su propia vida y que Pia deseaba con desesperación.

El niño al que Renzo ya quería más de lo que había llegado a imaginarse.

Pero quería verlo con Mimi. Quería saborear aquella nueva e increíble experiencia a su lado, con su esposa.

Era una idea sentimental y absurda, le recordó la vocecita racional a la que siempre hacía caso.

Pero, esa vez, no le prestó atención.

Renzo estaba sentado en un sillón cuando Mimi se despertó. La vulnerabilidad de su rostro hizo que él se levantara de un salto. Preocupado por cuándo se despertaría, no se había movido de su lado. Le pesaban los ojos por la falta de sueño.

–¿Renzo? –dijo ella con voz seca.

Él encendió la luz de la mesilla y le sirvió un vaso de agua de la jarra que había en ella.

Mimi estaba demacrada, tenía ojeras y el cabello, normalmente brillante, estaba apelmazado y húmedo alrededor de sus sienes.

Hizo una mueca al sentarse en la cama.

–¿Y el niño? –preguntó agarrándolo de la muñeca.

Algo se removió en el interior de Renzo, como si hubiese cruzado una línea invisible, arrastrado por el destino. Ya no había vuelta atrás.

Era esposo y padre, dos cosas que no creía que sería.

–¿Renzo? –susurró ella.

Él se sentó en la cama y le tendió el vaso.

–Está bien, dentro de lo que cabe.

Ella negó con la cabeza obstinadamente.

–Dime. ¿Se ha…? –Tragó saliva y rompió a llorar.

–Basta de lágrimas, *cara*. Bébete el agua y puede que te lo cuente.

–Eres mezquino. En el fondo, siempre lo he sabido –dijo ella, pero agarró el vaso y se bebió la mitad vertiéndose el agua por la boca y el cuello.

Él agarró una servilleta y la secó. Ella le asió la muñeca con su helados dedos.

–Dímelo, por favor.

–Tenemos un hijo. Está sano, aunque no puede respirar por sí mismo, por ser prematuro. Todo lo demás está bien. Tendrá que estar en la Unidad Neonatal unas semanas. Cuando mejore, nos lo llevaremos a casa.

Ella sonrió entre lágrimas.

–Un hijo… –La sonrisa le devolvió algo de color a las mejillas–. ¿Cómo es?

–¿Ahora mismo? Como una uva arrugada de gran tamaño y recubierto de pelusa.

Ella se echó a reír, que era lo que él pretendía, y le dio una suave bofetada.

–Ten cuidado con lo que dices de mi hijo.

–Nuestro hijo –la corrigió él con intensa emoción.

Lo invadió un desconocido instinto de posesión, que, al no tener salida, lo lleno de furia.

En la infancia, había visto a su padre flirtear y tener escandalosas aventuras, una detrás de otra, descuidando a su esposa y a su hijos y la cadena hotelera que su padre le había legado.

La familia se convirtió en objetivo de la prensa sensacionalista y de las cazafortunas.

Lo único que le quedó entonces fue el instinto de conservación.

No dejó que nadie intimara con él; ni Santo, ni su hermana Chiara, ni su madre, desde luego, siempre al borde del derrumbamiento. No

dejó que nadie se percatara de lo dolido y aislado que estaba, incluso rodeado de todos ellos.

Al cumplir los dieciocho, tuvo que convertirse en su protector. Incluso tuvo que proteger a su padre de sus propios excesos. Si no lo hacía él, nadie lo haría.

Se sumergió en el trabajo, con ayuda de su abuelo, y la empresa, además de expandirse, volvió a tener beneficios.

Se dio cuenta de que el poder era la única manera de controlar a su padre, la única manera de librarse de la debilidad propia y ajena.

Había diseñado su vida para no querer nada de nadie, ni ayuda ni amabilidad ni cariño. Las mujeres con las que salía lo sabían, y lo calificaban de monstruo cruel y despiadado.

Sin embargo, ahora, Mimi y su hijo le habían traspasado la armadura y hecho sentir toda clase de emociones que no sabía procesar.

–Nuestro hijo –dijo Mimi mirándolo a los ojos con una expresión que él no pudo describir–. Cuéntame más, por favor.

Renzo se inclinó hacia delante apoyándose un poco en las piernas de ella.

–Tiene el cabello negro azabache y la nariz de los DiCarlo.

Ella hizo un mohín.

–¿No se parece en nada a mí?

–Tiene tu fuerza y fiereza. Me han dicho que, por ser prematuro, tiene dificultades con el reflejo de succión. Pero en cuanto consiguen que agarre el biberón, se lo toma entero. Dicen que es estupendo que tenga tanto apetito.

Ella volvió a llorar y se secó las lágrimas con la mano.

–Sigue, por favor.

Él rio y le agarró la mano. Quería que ella dependiera de él en todo. Había algo muy emocionante y motivador en conseguir que una mujer tan fuerte como ella lo mirara con consideración y respeto.

Al darse cuenta de lo que estaba pensando, se reprochó que hubiera convertido en un desafío personal ganarse a su mujer.

–¿Qué más, Renzo? –preguntó ella apretándole los dedos.

La extrañeza de sentir la mano de ella en la suya le produjo un latigazo. Aunque habían vivido juntos un hecho que les había cambiado la vida, ella seguía siendo prácticamente una desconocida que no creía en el compromiso de él.

La incertidumbre exigía acción, que él organizara el futuro de ambos de forma satisfactoria para sí mismo. Nunca dudaba de sus decisiones, pero lo ocurrido en los días anteriores había intensificado la idea de que Mimi y su hijo le pertenecían de manera permanente. Su pequeña familia se basaría en el respeto y la fidelidad mutuos y en el amor por su hijo.

Ahora debía adivinar lo que ella deseaba y ofrecérselo.

Él se soltó de su mano.

–¿Qué te pasa, Renzo?

–Me preguntaba si debo contarte una verdad sin importancia, pero que no me deja en buen lugar.

–¿Estás reconsiderando el hecho de ser padre? –preguntó ella, alarmada–. No importa. El nacimiento de un hijo es un acontecimiento tan grande que es normal que dudes de ti mismo. No hay problema si quieres anularlo todo.

–Verdaderamente tienes muy mala opinión de mí.

–Esa clase de compromisos son difíciles para algunos. No quiero que te sientas atrapado.

–Anotado –gruñó él.

Ella se inclinó hacia delante y le apoyó la cabeza en el hombro.

–Me destrozaría que te fueras. Y no solo porque eres un poderoso y arrogante multimillonario que ahora puede organizarme la vida.

Él se echo a reír. ¿Cómo podía ser tan fuerte una mujer tan frágil?

–Si me halagas, conseguirás lo que quieras.

–Cuéntame más, por favor. No quiero que haya secretos entre nosotros sobre nuestro hijo ni sobre cómo nos sentimos siendo padres. Como has dicho, lo estamos haciendo lo mejor que podemos. No tenemos guion.

–Aún no lo he visto –dijo él emocionado. Se sentía como si lo arrastrara la corriente de un río y no pudiera mantenerse a flote–. Lo que te he dicho es lo que Massimo me ha contado.

–¿Por qué no lo has visto?

Él apartó la vista de los ojos de ella, porque no quería transmitirle algo que no podía controlar.

–Estabas inconsciente y no me ha parecido justo verle yo primero, cuando has sido tú la que lo has llevado en tu interior tantos meses. Así que le he pedido a Massimo que me lo cuente. Le emociona haber dejado de ser el pequeño de la familia.

Ella alzó la barbilla y sonrió.

–¿Vamos a ver a nuestro hijo?

Él rio y la atrajo hacia sí. Ella apoyó la cabeza bajo su barbilla y lo abrazó por la cintura.

Renzo sintió el urgente deseo de volver a besarla, de saborearla de nuevo.

Reprimió el deseo. Se suponía que su relación debía basarse en el respeto mutuo, no en su deseo de ella. Lo atraía, desde luego, lo cual haría su matrimonio muy agradable, pero no podía convertirse en esclavo de sus deseos y estropearlo todo. Debía dejarse llevar únicamente por el pensamiento racional.

–Sí, vamos, pero, antes, las enfermeras tendrán que examinarte. Tenías la tensión baja. Te desmayaste cuando intentaron sentarte para ir al servicio.

–Por favor, dime que no me he puesto en evidencia.

Él le acarició el cabello y ella gimió.

–Aunque lo hayas hecho, no pasa nada –contestó él con ternura–. ¿Has pensado algún nombre?

Ella se puso tensa y él volvió a acariciarle la espalda. Quería aliviarle cualquier dolor, físico o mental.

Aunque Santo era el mayor, era él quien se había hecho cargo de los asuntos familiares: desde exigir a su padre que controlara sus inacabables aventuras, hasta asegurarse de que su hermana se casara con el hombre al que amaba y hacerse cargo de la cadena hotelera a punto de quebrar y convertirla en el lujoso imperio que era ahora.

Nunca se había quejado.

Entonces, ¿por qué la abrumadora necesidad de librar de un peso a su esposa iba a ser distinta? Sobre todo porque había decidido que

su matrimonio sería todo lo verdadero que estuviera en su mano. Ella estaba bajo su protección.

–Tú decides, Mimi. Yo estaré de acuerdo.

–Ellos querían llamarlo Luca, si era niño –susurró contra su pecho–. Es una de las pocas cosas en que se pusieron de acuerdo.

Él la estrechó en sus brazos, mientras la pena le hacía un nudo en el estómago. Ese día habría sido distinto si Pia y Santo vivieran. Sin embargo, era incapaz de imaginar una realidad diferente.

¿Era un canalla egoísta por no querer hacerlo?

–¿Te gusta? –preguntó él.

–Sí.

–Entonces, se llamará Luca.

Ella se acurrucó en sus brazos sin dejar de repetir el nombre de su hijo.

Capítulo 6

Mimi odiaba la idea de abandonar el hotel cercano al hospital donde se hallaba Luca. Era uno de los hoteles DiCarlo, a dos minutos andando del hospital, y era una maravilla.

Pero hacía casi un mes del nacimiento del niño. Los médicos habían asegurado a Renzo que ella se encontraba bien y que debería seguirse recuperando «en un entorno más tranquilo y cómodo», aunque Mimi creía que era él quien deseaba que estuviera en un entorno más cómodo.

Como su esposo era un multimillonario arrogante y autoritario que creía saber lo que más le convenía a ella, pensaba que Mimi se marcharía del hotel y se trasladaría al ático de él. Y no se había tomado la molestia de informarla hasta el último momento, mientras llegaban al muelle privado, tras lo que ella creía que sería un paseo en barco.

El edificio donde Renzo vivía era una mezcla de tradición veneciana y lujosa modernidad. Se hallaba cerca del Gran Canal, pero lejos del caos turístico.

La molestó que él hubiera decidido por ella. El lujo de la casa solo aumentó su incomodidad, mientras subían al ático en el ascensor. Cuando las puertas se abrieron, se quedó maravillada ante la vista. La ciudad se extendía ante ella desde las ventanas panorámicas.

–Bienvenida a tu nuevo hogar, *cara* –dijo tendiéndole la mano–. Te tomaría en brazos para entrar, pero me parece que no estás de humor.

«Sabe que estoy enfadada».

Mimi le miró las manos, tan familiares para ella como las suyas propias. El recuerdo del cuidado con el que sostenían a su hijo la

conmovió.

La vista de Renzo acunando al niño contra su pecho se estaba convirtiendo en su preferida. Por alguna razón sin base en la realidad, creía que él no sería capaz de tomar en brazos a un recién nacido y que, como algunos de los compañeros de sus amigas, se negaría a ser un padre activo.

Sin embargo, nada lo asustaba en el papel de padre primerizo y atento. Y la idea de establecer una verdadera conexión con él y formar una verdadera familia había anidado en el corazón de Mimi, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse fuera del falso sueño en que vivía.

Por otra parte, como esposo, no sabía qué esperar de él.

Sabía que lo había impactado profundamente que Luca hubiera sido prematuro, con las consiguientes complicaciones. Pero había estado al lado de ella todo el tiempo.

Sin embargo, últimamente lo notaba más distante. La abrazaba y besaba en la sien cada vez menos. Y ella se dio cuenta de que lo echaba de menos.

¿La actitud de él se debía a que ella ya no era una mujer necesitada, al borde de la histeria? ¿Cómo podía molestarla que decidiera por ella y, al mismo tiempo, desear que la abrazara durante el mayor tiempo posible?

También trabajaba más, por lo que prestaba menos atención a Luca y a ella.

Era precisamente para lo que ella se había preparado, lo que sabía que sucedería, pero la inquietaba y alteraba, lo cual era absurdo, porque aquello era la vida real y él no le debía nada más de lo que ya le había ofrecido.

–Sé que estás enfadada conmigo –dijo él acercándose a ella y mirándola a los ojos–. Pero estás agotada. ¿No quieres entrar?

Mimi lo hizo.

El salón era lujoso pero sencillo: elegante mobiliario italiano, una mesita de café de cristal y cuadros de pintura abstracta. Una amplia terraza rodeaba el ático y se divisaba la laguna incluso desde el interior.

«Agotada» no definía bien cómo se sentía. Se sentía vacía, hueca. Notaba un dolor en el pecho que no sabía explicar.

–He preparado todo lo que puedas necesitar. Un chef traerá cuatro comidas al día. Si no te encuentras bien, vendrá una enfermera. Un especialista en lactancia para ayudarte a sacarte la leche. Y hay un ama de llaves, aunque no te molestará, a menos que la llames. También he contratado a un nutricionista, a un entrenador físico…

–¿Tan desesperado estás para que me vuelva a poner en forma? –preguntó ella, furiosa. El esfuerzo de Renzo debería consolarla, pero la fría perfección de todo ello, el ático, la organización, las instrucciones, aumentó su sensación de aislamiento–. ¿Voy a convertirme en la perfecta esposa trofeo adecuada para el apellido DiCarlo?

–Eso es absurdo. Los médicos han recomendado que hagas ejercicio y estiramientos para recuperarte mejor. Quiero que lo hagas con un profesional, para no lesionarte. En cuanto a convertirte en algo que no eres…

–No quiero profesionales –le espetó ella. ¿Tenía que recordarle él que nunca encajaría en su estilo de vida? ¿Y por qué le dolía tanto que lo hiciera?–. Llévame de vuelta. No tienes derecho a traerme aquí sin consultarme.

Él se le acercó más, muy tenso. Y a ella le gustó que al menos se sintiera incómodo, aunque no sabía por qué sentía la necesidad de hacer trizas su autocontrol.

–He intentado hacerlo, pero te has negado a hablar de ello.

–Porque quiero seguir en el hotel cerca del hospital. –Se le quebró la voz y comenzó a jadear. Se estaba aferrando a su hijo, como si no hubiera sitio para ella en ninguna otra parte.

–No quiero estar aquí. –Salvó la escasa distancia entre ambos con una agresividad que era nueva en ella–. ¿O el hotel es demasiado caro? –La pregunta le pareció ridícula, incluso a ella.

Él suspiró y ella sintió una punzada de vergüenza.

–Esta noche no vas a provocarme. –Levantó la mano para acariciarle el rostro, pero lo pensó mejor y la bajó–. No es bueno que estés en el hospital continuamente. Las enfermeras me han dicho que estás obsesionada con las constantes vitales de Luca, que

has dado la alarma varias veces porque creías que le había cambiado el ritmo de la respiración. Incluso vas allí a medianoche.

A ella se le saltaron las lágrimas. Estaba cansada de llorar.

–¿Así que me han estrado espiando para informarte?

Él la agarró de los brazos con suavidad. Ella observó las arrugas de los ojos y la boca, producto del cansancio.

Mientras ella estaba obsesionada con Luca, Renzo había trabajado día y noche, parando únicamente para estar con los dos. Y nunca había dado muestras de impaciencia ni de fatiga. Su fuerza, tanto física como mental, parecía inagotable. Ella se sintió aún más avergonzada.

–No, están preocupadas por tu salud mental, al igual que yo. Luca vendrá a casa un día de estos. Estoy seguro de que querrás estar totalmente recuperada para él. Quedarte en el hotel no va a ayudarte, Mimi.

–¿Y si le pasa algo mientras no estoy?

Él frunció el ceño.

–Es el miedo lo que te hace decir eso. Tú misma has dicho cuánto confías en los especialistas.

–Aquí me volveré loca. No puedo…

–Dame tres días con sus noches, *cara*. Si no lo soportas, te llevaré de vuelta. Mientras tanto, iremos a verlo tres veces al día, si veo que comes y duermes adecuadamente.

Su propuesta la sorprendió y, durante unos segundos, se olvidó de su preocupación. Él tenía que preocuparse de mucha gente, más allá de Luca y de ella.

Darse cuenta de eso la hizo salir del abismo en que había caído hacía días.

Nunca había sido una carga ni un motivo de preocupación para nadie: ni para su madre ni para John ni para Pia. Al contrario, había intentado por todos los medios ser autosuficiente y no manifestar dudas ni preocupación.

Sin embargo, con Renzo se había comportado de forma lamentable, como si fuera su enemigo en vez de su pareja.

Había olvidado lo difícil que le resultaba apoyarse en alguien. Con Renzo le resultaba aún más difícil. Quería ocultarle sus puntos

flacos, no perder su respeto ni que se diera cuenta de su deseo de formar parte de algo, del deseo de pertenecerle, que se había incrementado en las dos semanas anteriores.

Mimi asintió sin mirarlo a los ojos.

–Está bien. Voy a deshacer el equipaje. –Lo que era una excusa estúpida, porque no tenía equipaje. Pero necesitaba alejarse de él y recuperar el equilibrio.

Recorrió el pasillo que él le señaló. Sin fijarse en los detalles del dormitorio, fue directamente al guardarropa, que tenía el tamaño de un piso.

Se desnudó y se puso una bata de seda. Lo único que deseaba era darse un baño y dormir para despertarse fresca y de mejor humor para ir a ver a Luca.

Entró en el cuarto de baño, una paraíso de mármol que parecía un spa.

Renzo estaba arrodillado junto a la bañera, con una mano metida en el agua caliente. En la otra tenía unos frasquitos que observaba con atención.

Mimi observó su perfil: la nariz demasiado larga, la frente ancha y una boca que podía haber diseñado uno de los artistas de esa parte del mundo. Era tan magnífico que causaba impresión mirarlo; era demasiado imponente para ser real.

Casarse no estaba en sus planes de futuro inmediato. Cuando Pia vivía, Mimi dudaba de que un hombre fuera a dedicarle atención. Los dos novios que había tenido estaban más emocionados con su hermanastra que con ella.

Sin embargo, Renzo era su esposo, un «deber» que se tomaba muy en serio. Y no podía negar que, a pesar de su prepotencia, por debajo de su arrogancia, latía un corazón leal y una cabeza sensata que componían su vibrante personalidad.

Era el hombre que ella hubiera deseado tener como pareja de haber elegido ese camino, aunque no se engañaba y sabía que lo que la atraía era su físico. Las enfermeras, aunque muy profesionales, no habían pasado por alto su sensualidad. Un par de ellas había felicitado a Mimi por haber conseguido a un hombre así.

¿Alguien lo veía como lo hacía ella? ¿Vislumbraban su verdadero ser por debajo de los trajes de diseño y los destello de amor de sus ojos al mirar a su hijo?

Ahora, con el vapor de agua rizándole el cabello y las mangas de la camisa subidas, que dejaban al aire sus fuertes antebrazos, parecía real, como si existiera en el mismo plano que ella.

Mimi cerró los puños para no introducirle los dedos en el cabello.

–¿Qué haces? –preguntó para romper la fascinación que sentía.

Él se volvió sonriendo.

–Te preparo el baño. ¿Prefieres el aceite de lavanda o el de rosas?

–Eso lo puedo hacer yo.

–No lo dudo –contestó él vertiendo el contenido de uno de los frasquitos–. Es el de rosas. Creo que alguna vez te lo he olido en la piel. Te sienta bien.

Ella notó calor en el bajo vientre con tanta intensidad que ahogó un grito.

–Ven a ver si el agua está bien –dijo él, aún de rodillas.

Ella se acercó a la bañera. Él alzó la vista y detuvo la mirada donde la bata de ella se abría y dejaba al descubierto buena parte del muslo. Ella notó una punzada de excitación.

Se había sacado leche antes de salir del hospital, pero los senos volvían a pesarle por la leche, y por algo más. Sentía una placentera molestia, como si el cuerpo intentara recordarle que era una mujer con sus propias necesidades, que era más que una madre.

Pero se sentía insegura fuera del entorno familiar del hospital y de su hijo. La niebla de las semanas anteriores de repente se levantó y se sintió como si la hubieran dejado en una tierra desconocida, con un hombre desconocido que la afectaba de un modo incomprensible y que al mismo tiempo no era un desconocido.

Se frotó el pecho, confusa.

Renzo tragó saliva mientras le miraba los labios. Finalmente la miró a los ojos.

–Vuelves a mirarme como si fuera tu enemigo, *cara*. Como si fuera un lobo dispuesto a devorarte.

–No te considero mi enemigo, pero he pagado contigo el miedo y la frustración. He sido injusta, y lo siento.

–Como siempre, tu sinceridad me desconcierta.

–En cuanto a lo segundo, creo que podrías ser ese lobo y que podrías devorarme si no tengo cuidado.

«Físicamente, pero también de otra forma», pensó.

Él rio y ella miró con la boca abierta la hermosa sonrisa de su rostro.

–¿Tienes intención de esconderte?

–Lo ideal sería –respondió ella negando con la cabeza– devorarte a mi vez. Pero como no sé cómo devorar a un hombre como tú, lo mejor será disfrutar de lo inevitable, lo que, con tu enorme experiencia, supongo que es lo que has querido decir.

Él le sostuvo la mirada y le acarició la mano.

–¿A un hombre como yo? ¿Tan distinto soy de otros a los que conoces?

–Por supuesto. Y no solo porque seas rico y poderoso.

–¿Por qué, entonces?

Ella se encogió de hombros sin querer explicárselo todo. El hecho era que era distinto de todos los hombres que conocía o con los que había salido y que la hacía sentir cosas que no creía que llegaría a sentir.

–Creo que te conozco, pero me sigues sorprendiendo –afirmó él.

–Solo quiero llegar al año que viene sin que acabemos peleándonos. Lo que ocurra mientras tanto… –Se calló, incapaz de expresarlo en palabras.

Él frunció el ceño, sin decir nada más. Ella comprobó la temperatura del agua y él le agarró la mano por debajo del agua. Ella lanzó un grito, casi sentada en su regazo, y después se echó a reír cuando la soltó y le echó agua. Ella lo imitó y, al cabo de unos segundos, él tenía el rostro, el cuello y el pecho empapados.

Con un suspiro exagerado, Renzo se secó el rostro con la mano mientras el otro brazo descansaba bajo los senos de ella. A ella le encantaba que la sostuviera así, como si fuera algo precioso para él.

Como si no fuera la madre de su hijo.

Él apoyó la mejilla en la de ella.

–Es estupendo oírte reír.

Ella asintió sin mirar sus penetrantes ojos.

Él la levantó con cuidado hasta sentarla en el borde de la bañera. Después se puso de pie, sacó su neceser de afeitado y se quitó la empapada camisa.

Mimi contempló los músculos de su espalda, el vello del pecho y cómo se le ajustaban los pantalones a la cintura y las caderas. Era un hombre increíblemente *sexy*. Y notó que revivía, que su cuerpo volvía a ser el de siempre.

Él se afeitó, se lavó y se puso una camisa limpia. Después, como si recordara su presencia, se dio la vuelta.

–Métete en la bañera. El agua se va a enfriar.

–Lo haré cuando te vayas.

–Te he visto dar a luz a nuestro hijo. No hay nada que… –se interrumpió y negó con la cabeza–. Perdona. Dame dos minutos y me voy.

Ella asintió, levemente sonrojada.

Una oleada de intimidad los envolvió. Además, era muy agradable ver a Renzo vestirse, cosa que hacía con meticulosa eficiencia, como lo hacía todo. La idea de que solo ella pudiera verlo entre bastidores la llenó de una satisfacción perversa e injustificada. Hasta que se le ocurrió otra idea.

–Vas a salir –dijo ella siguiéndolo a la habitación. Una chaqueta negra colgaba del respaldo de una silla y unos zapatos a su lado le habían indicado a ella lo que necesitaba saber.

–Tengo una cena de negocios. No puedo dejar de acudir.

–¿Con esos inversores japoneses de los que hablaba tu secretaria?

–Estaré fuera solo unas horas, a no ser que necesites que me quede o que haya algo en lo que no he pensado.

–No –contestó ella con más firmeza de la que sentía–. Tengo todo lo que necesito.

–Entonces, hasta mañana –dijo él agarrando la chaqueta.

Se fue cerrando la puerta y Mimi se quedó mirando durante varios minutos el espacio que acababa de ocupar. El silencio comenzó a pesarle.

¿Solo iría a ver a aquellos inversores o buscaría alguna forma de entretenerse? Y, en ese caso, ¿tenía ella algún derecho, tras el

estresante mes anterior, a reprocharle que buscara aliviarse y liberarse?

Aunque hubiera atracción entre ambos, eso no implicaba que un hombre viril y atractivo como él fuera a esperarla ni a limitarse exclusivamente a ella. Los votos matrimoniales no significaban nada, a menos que ella le exigiera fidelidad.

Mimi apretó los puños. Él había afirmado que la deseaba y que quería que el matrimonio fuera real. ¿Sería tan mezquino como para ir detrás de otra mujer mientras ella se recuperaba del parto?

Podía haberle pedido que se quedara y le hiciera compañía en la primera noche lejos de su hijo. Estaba segura de que a él le habría gustado que se lo hubiera pedido.

Pero se lo había impedido su obstinación y el instinto de protegerse.

Su matrimonio nada tenía que ver con el amor ni con las satisfacción de las necesidades de ambos. Era un matrimonio de conveniencia, una solución práctica a una compleja situación.

Luca se encontraba cada vez más fuerte y pronto lo mandarían a casa. Lo mejor sería que ella comenzara a organizarse la vida al margen de la de su esposo, que cada uno tuviera la suya.

Sin embaro, mientras se metía en el agua, deseó que él la abrazara una vez más, entregarse a sus brazos. Anheló con todo su ser conseguir que el matrimonio y la relación fueran lo más verdaderos posible.

Capítulo 7

Renzo volvió apenas una hora después. La casa estaba oscura y silenciosa.

Era cierto que tenía una cena con dos inversores extranjeros, de los que la semana anterior se habían encargado sus secretarias, porque él no quería dejar solos a Luca y Mimi en el hospital.

La cena de esa noche era importante.

Sin embargo, supo que se había equivocado al decidir acudir en cuanto entró al Hotel DiCarlo Palazzo.

Su esposa lo necesitaba, pero no quería reconocerlo por lo obstinada que era. Y él era igual de testarudo al querer que fuera ella la que le pidiera las cosas.

Los sucesos de los meses anteriores habían sido los más intensos y agotadores de su vida. No se imaginaba lo que habría supuesto para Mimi perder a su hermana, decidirse a quedarse con el bebé, cuidar de sí misma y enfrentarse a él, a pesar de haber accedido a casarse.

Era indudable que su esposa era una mujer excepcional.

Pero también era joven y frágil, a pesar de sus esfuerzos de no demostrar lo segundo.

Contempló la cama vacía de su habitación y se dirigió a las dos de invitados. Estaban a oscuras. Frunció el ceño y abrió la puerta del despacho. Se sobresaltó al ver la pequeña figura de Mimi acurrucada en el sillón, profundamente dormida. Encendió la lámpara del escritorio y se le aceleró la respiración al reconocer la sudadera con la que se había tapado.

Era de él.

Verla dormida, con la nariz y la barbilla apoyadas en la tela, lo conmovió.

Sentir algo por Mimi no formaba parte de sus planes.

Se inclinó y la tomó en brazos. Ella le apoyó el rostro en el cuello, como si fuera un ritual mil veces repetido. El olor a rosas de su piel le llenó los pulmones mientras la llevaba a la habitación de él.

Acababa de taparla con el edredón cuando ella abrió los ojos. Lo agarró de la camisa y lentamente se dio cuenta de dónde estaba.

–¿Renzo?

–Sigue durmiendo, Mimi –dijo él besándola en la frente–. El sillón del despacho no es adecuado para pasar la noche entera.

Ella sonrió levemente.

–No dejas de reprenderme, ¿verdad?

–Tú no dejas de pelearte conmigo, ¿verdad?

–En este caso, no me estoy peleando. Es la única habitación de la casa que huele a ti –dijo suspirando.

Él notó su aliento en la barbilla. Si le levantaba a ella la suya, podría volver a besarla. La última vez que se habían besado fue al nacer Luca y el beso de ella tenía gusto a sal, lágrimas y sudor.

Y a él le encantó.

Quería besarla cuando estuviera soñolienta, como en aquel momento; cuando lo desafiara echando chispas; cuando se peleara con él. Quería saber qué gusto tenía en cada uno de sus estados de ánimo, como si fueran los colores del arcoíris. ¡Madre mía, era un caso perdido!

–No quería estar sola.

–Es comprensible.

–Todas las camas estaban frías. La de una de las habitaciones de invitados olía a perfume. ¿Es ahí donde llevas a tus amantes? –preguntó con un brillo de furia en los ojos?–. Entiendo que tienes una vida, pero no me parece adecuado que me traigas a tu picadero.

–Esta cama está fría –afirmó él sonriendo– porque llevo un mes sin dormir en ella. Y nunca he traído a una amante aquí. Es mi santuario. En cuanto a la habitación de invitados, mi hermana estuvo allí hace unos días. Es posible que durmiera allí.

–¿Chiara estuvo aquí, en Venecia? Creía que su esposo y ella vivían en Milán.

–Vino a veros a Luca y a ti, sin avisarme.

Mimi tragó saliva y Renzo se maldijo a sí mismo y maldijo a su familia. Todos sus miembros, incluso su madre, una persona generalmente amable, habían seguido el ejemplo de él en lo referente a Pia y a su familia: les caían muy mal.

–No la vi en el hospital –dijo ella.

–No fue. La mandé de vuelta a Milán.

–¿Por qué?

–Ni tú ni Luca estáis listos para recibir visitas de mi familia ni de nadie. A tu madre le he dicho lo mismo.

Ella se lanzó hacia él para abrazarlo por la cintura. El perfume de su cabello y la presión de su cuerpo lo excitaron enormemente. Se reprochó ser un canalla egoísta.

Hacía un mes que ella había dado a luz, pero allí estaba él deseando su cuerpo.

Aunque no solo deseaba su cuerpo, sino su mente, su alma incluso. Quería poseerla por completo, que le perteneciera, y quería que ella deseara hacerlo.

Deseaba saber lo que pensaba; deseaba que su fuerza y su lealtad le pertenecieran.

–Gracias, es el mejor regalo que podrías haberme hecho.

–No te he regalado nada –dijo él poniéndole la mano en la nuca–. Ni siquiera te he hecho un regalo de boda.

Recordó que un regalo de boda no le había parecido necesario. Tampoco había tenido tiempo de comprarlo. Y, conociéndola, a ella le habría disgustado. Sin embargo, deseaba, de forma absurda y sentimental, haberle regalado algo, un detalle pensado exclusivamente para ella, no por el hecho de que fuera a tener un hijo suyo.

Ella se encogió de hombros, con la mejilla apoyada en su pecho.

–No necesito nada más que esto, que nosotros tres.

Él le acarició la espalda. Carraspeó con la esperanza de librarse del deseo que lo invadía. En algún momento, la realidad penetraría en la burbuja en la que vivían, y debía estar preparado.

–En algún momento tendremos que comunicar a la prensa el nacimiento de Luca, tal vez con una foto. Y mi familia insistirá en visitarnos. Sobre todo mi madre… –Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta–. Ansía conocer a su nieto. Por favor… –se atragantó al decirlo, pero no podía olvidar su deber hacia su familia–… considera que acaba de perder a su hijo mayor.

Sin embargo, comenzaba a agobiarle el dolor de su madre, la decepción matrimonial de su hermana y el falso sentimiento de culpa de su padre.

La burbuja en la que llevaba viviendo las semanas anteriores, solo con Luca, Mimi y el trabajo, era un lujo que no sabía que necesitaba.

–Por supuesto –contestó ella–. Tu madre me cae bien. ¿Dentro de una semana, tal vez? Espero encontrarme mejor para entonces.

–¿Mi madre te cae bien? Dentro de una semana es mucho menos de lo que me esperaba. –Le acarició la mejilla–. Estaba dispuesto a darte un mes.

–Siempre ha sido amable conmigo. Y nunca se enfrentaba a Pia cuando se ponía a discutir. Entiendo que quería que Santo fuera feliz, pero que creía que su esposa lo menospreciaba.

–¿Cómo sabes tanto siendo tan joven?

Ella rio y él pensó que era precioso verla así.

–Cuestión de práctica. Te olvidas de que soy una estratega. Tu madre tiene cuatro hijos, por lo que seguro que da buenos consejos sobre un bebé. Y quiero que Luca conozca a su familia y que crezca rodeado de amor.

–¿Y te preguntas por qué me he empeñado en casarme contigo? Ya eres una madre que protege a su hijo.

Ella no sonrió, como Renzo esperaba. Se limitó a asentir, y él se preguntó qué acababa de hacer mal.

–En cuanto a lo de encontrarte mejor, no lo conseguirás, a no ser que descanses.

–Se me ha olvidado preguntarte qué ha pasado con la cena. ¿Por qué has vuelto tan pronto?

–Se ha cambiado la fecha –mintió él.

–¡Qué bien! –exclamó ella.

Cuando él intentó apartar el brazo, ella lo detuvo.

–Tengo que ducharme, *cara*.

Ella apoyó el rostro en su pecho y aspiró con fuerza.

–A mí me parece que hueles muy bien, como siempre.

Él negó con la cabeza y lanzó un bufido, exasperado.

–Quédate conmigo –dijo ella dando palmaditas en la cama–. Me he comportado de forma obstinada y estúpida. No quiero estar sola en esta casa. Mejor dicho, quiero dormirme en tus brazos.

Como él se limitó a mirarla, ella agachó los hombros, derrotada.

–¿Quieres que te lo suplique?

–Claro que no –contestó él. Si se tumbaba con ella en la cama, no estaba seguro de poder disimular su deseo. El cuerpo le traicionaría en cuanto ella apretara su cuerpo contra el de él. Y odiaba la idea de insinuársele, cuando ella le pedía compañía y consuelo.

Odiaba perder el dominio de sí mismo en presencia de ella. No podía ser, si deseaba que su matrimonio fuera cordial y amistoso. No podía estar a merced de sus deseos.

Cuando ella estuviera lista para que la relación avanzara, sería distinto. Pero, como su esposo, no podía negarse a lo que le pedía en aquel momento.

–Tengo que trabajar unas horas, pero me quedaré contigo hasta que te duermas. Después me ducharé y me pondré a trabajar.

–Gracias –susurró ella.

Él se tumbó y la atrajo a su lado. Ella le puso la mano en el abdomen y él tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no estrecharla en sus brazos. Le acarició la frente. Enseguida, ella comenzó a respirar más profundamente.

Él apoyó la cabeza en la cabecera de la cama, cerró los ojos e intentó repasar el trabajo que lo esperaba, sin ser capaz de hacerlo, porque nunca antes había sentido la dulce alegría que lo invadía porque las manos de Mimi se aferraran a las suyas.

Aunque no debería haber sido fácil establecer un ritmo durante el mes siguiente, lo consiguieron. Faltaban tres días para que Luca cumpliera dos meses. Cada vez estaba más fuerte, por lo que pronto lo mandarían a casa.

Hacía cuatro semanas que Mimi vivía en el ático, pero podían haber sido cuatro décadas, a juzgar por la facilidad con la que Renzo y ella se habían adaptado a vivir juntos, con cambios mínimos.

Tal vez no debería sentirse sorprendida, pensó Mimi, ya que Renzo era complaciente como el que más.

A diferencia de lo que se temía por tener que convivir con él y su despótica personalidad, Renzo se esforzaba al máximo en atender sus necesidades. Para alguien que había cuidado de sí misma casi toda la vida, era desconcertante ser el centro de semejante atención, aunque ella no era distinta de cualquier importante proyecto que él tuviera entre manos, y la manejaba con su implacable habilidad.

Conforme iban pasando los días, se sentía cada vez más molesta. No sabía lo que quería, pero la relación cortés y racional que tenían la irritaba, así como la falta de actividad de sus días.

Por la mañana, un desayuno caliente la esperaba en cuanto entraba en la cocina, después de haber hecho estiramientos con el entrenador. El ejercicio era un lujo que le gustaría poder permitirse toda la vida. Le encantaba lo ligera y menos dolorida que se sentía tras los estiramientos.

Renzo, vestido con un traje de diseño y el cabello peinado hacia atrás, se tomaba un batido de proteínas. Después iban juntos al hospital a ver cómo seguía su hijo. Él se despedía con un beso en la mejilla y se iba a trabajar

Alrededor del mediodía, ella iba a la *suite* de invitados, reservada para ella en el hospital, comía de mala gana, se echaba la siesta, porque se sentía como si hubiera corrido un maratón, y volvía a ver a su hijo.

Cuando el sol comenzaba a ponerse, el chófer la llevaba a casa. Se duchaba, se estiraba, cenaba, veía algo en la televisión y se acostaba. Y Renzo siempre aparecía justo cuando ella intentaba dormirse.

Se desabrochaba los puños de la camisa, se desataba la corbata y se acostaba a su lado, aunque no la abrazaba del todo. Era como si tuviera un palo en la espalda que le impidiera doblarla.

Algunas noches parecía demacrado, como la noche anterior; otras, rebosaba de energía cuando había conseguido un buen trato. Y Mimi se dormía arrullada por su voz mientras se lo contaba.

Él mantenía su promesa. Se limitaba a acariciarle la cabeza y a tomarla de la mano si ella lo necesitaba.

La noche anterior, ella le había apoyado el rostro en el muslo, tras una pesadilla con Luca. Él, por supuesto, la había abrazado y susurrado palabras de consuelo, además de besarla en la frente hasta que se calmó y se durmió.

Era como si se hubiera convertido en su somnífero particular y ella se hubiera vuelto adicta.

En eso pensaba cuando entró en la espaciosa cocina, otra mañana igual que las demás. Desde la mesa veía el agua del canal reflejándose en las fachadas históricas, mientras las góndolas se deslizaban por el agua y se oían las campanas de las iglesias.

Como era amante de la historia, se moría de ganas de explorar todos los rincones de la ciudad. De pronto se percató de que era libre de hacerlo. Aunque, por una parte, quería estar en el hospital a todas horas para estar con Luca por si la necesitaba, por otra, se estaba volviendo loca.

Siempre había trabajado rodando documentales. Para no pasar ni un minuto más de lo necesario en casa de sus padres ni verse atrapada en las escenas que montaban Pia o su madre, se dedicaba a trabajar, a estudiar y a salir con los amigos. Debía volver a hacerlo.

Para lograr mantener la cordura durante las semanas siguientes, era importante conservar y cultivar esos aspectos de sí misma. Adoraba a su hijo, pero debía preocuparse también de su propio bienestar.

–Quiero visitar la ciudad. ¿Me consigues un mapa? –preguntó a Renzo, sin querer darle más vueltas.

Debía hacer algo ese mismo día para romper la monotonía que se extendía ante ella.

Renzo, sentado frente a ella, irguió la espalda y frunció el ceño. Cuando lo hacía pasaba de ser un hombre guapo a ser de otro mundo. También le daban ese aspecto el hoyuelo que tenía cerca del labio superior y la pequeña cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda.

Una serie de imperfecciones que lo convertían en un hombre de belleza deslumbrante.

–¿Quieres ver algo en concreto?

–¿Solo tienes un barco?

–No, tengo seis; todos a tu disposición. El transporte no es el problema.

–Entonces, ¿cuál es?

–No voy a permitir que te dediques a recorrer la ciudad sola. En primer lugar, no la conoces; en segundo, te reconocerán y te acosarán y eres…

–¿Qué soy? ¿Una turista estúpida que no sabe cuidar de sí misma? Además, no tengo un rostro inolvidable.

–Eres mi esposa y un miembro de la familia DiCarlo. Siempre habrá alguien a quien le intereses. –Dejó el tenedor en la mesa con una lentitud exagerada y la miró a los ojos–. ¿Por qué intentas pelearte conmigo?

Sus palabras la desarmaron. Tenía razón. Ella quería y no quería más de él. Y ni siquiera sabía qué pedirle.

–Lo único que deseo es hacer algo por mí misma –dijo, sin confirmar ni negar las palabras de él.

–Algo por ti misma…

–¿Te resulta extraño? Me estoy volviendo loca esperando a que Luca venga a casa. Necesito hacer algo que rompa la monotonía, volver a trabajar. Y Venecia es una ciudad muy interesante. Quiero grabar imágenes. Lo único que te pido es que me aconsejes por dónde empezar.

–¿No quieres seguirte tomando las cosas con calma unos días más?

–¿Te imaginas lo que es estar sentada en casa o en el hospital todo el día, sin hacer nada, como si la vida se hubiera detenido?

–Te entiendo –afirmó él asintiendo.

–No estoy acostumbrada a estar sin hacer nada. Recorrer la ciudad es una idea.

–Si esperas al fin de semana, te la mostraré.

Ella se enfureció.

–No necesito que seas mi niñera ni voy a imponerte mi compañía.

En los ojos de Renzo apareció un destello de ira, que desapareció inmediatamente. Y Mimi se preguntó, una vez más, qué pasaría si perdiera el dominio de sí mismo, si se dejara llevar por sus sentimientos y deseos en vez de por su cabeza.

–Por si lo has olvidado, estamos casados. Pasar tiempo contigo no es una imposición, sino uno de los requisitos de nuestro matrimonio.

Esa era la palabra: «imposición».

Ella era una imposición para él, para su estilo de vida y su espacio, por mucho que lo negara. Eran el deber y el sentido del honor lo que dictaban su comportamiento.

También había sido una imposición para su madre, que quería seguir su carrera de actriz sin que la retuviera un hijo. Y para su padre, que no quiso tener nada que ver con una hijo inesperado.

También para Pia, que deseaba que su padre fuera solo para ella.

Mimi se dijo que, cuando creía que estaba volviendo a la normalidad, la asaltaban esos retorcidos sentimientos. Pero sabía que las cosas iban cambiando día a día y que recuperaría los suyos propios.

–Gracias por ofrecerte, pero prefiero hacerlo sola. Sabes que no necesito tu permiso.

–¿Por qué siempre intentas forzar los límites entre nosotros?

–Yo intento no traspasarlos. Eres tú quien…

Él se inclinó hacia delante, como un depredador dispuesto a saltar sobre su presa.

–¿Soy yo quien…?

Mimi negó con la cabeza. Era injusta, solo porque cabía la posibilidad de que él hubiera perdido todo el interés por ella que había dicho que sentía antes de la boda. Tal vez verla dar a luz lo había desanimado.

Se apoyó en el respaldo de la silla y cerró los ojos para no llorar. Él la agarró de los hombros y se lo masajeó.

–¿Y si hacemos un trato? Creo que es lo mejor para que nuestra unión llegue a buen puerto.

Ella abrió los ojos. Los labios de él estaban muy cerca de su rostro. Parte de ella deseaba dejarse llevar por la atracción que

sentía, por su deseo de él. Pero su cuerpo y su mente deseaban recuperar la normalidad después del nacimiento de su hijo.

De todos modos, Renzo siempre la excitaría y haría que su corazón deseara cosas estúpidas. Lo primero lo aceptaba; era lo segundo lo que le daba que pensar.

–De ese modo, te parecerá que dominas la situación.

–¿Qué trato?

Él le puso las manos en las mejillas.

–Cenas conmigo y dos de mis mejores amigos y yo te dejo que Enrico, tu guardaespaldas, te lleve a una librería que se abrió hace casi un siglo. Te interesan la historia, la cultura y el arte, ¿verdad?

–Me tomas el pelo.

–Es fácil hacerlo –contestó él riendo.

–¿Solo dos amigos?

–Sí.

–De acuerdo. ¿Puedes conseguirme una entrevista con el dueño de la librería? Tal vez así pueda documentar su historia.

–¿Me prometes que hoy solo irás a la librería?

–Sí.

–Buena chica –dijo él dándole una palmadita en la mejilla antes de soltarla.

Mimi notó humedad entre los muslos y ahogó un grito ante el placer que le producía. Hacía tanto tiempo que su cuerpo no reaccionaba de forma tan excitada que se mareó.

Renzo acabó de tomarse el café, agarró la chaqueta, la besó en la mejilla y se fue.

Mimi no quiso dar demasiada importancia al hecho de que él supiera que le gustaría ir a la librería, pero le dio la impresión de que llevaba un tiempo guardándose esa carta.

¿Con la intención de convencerla de que conociera a sus amigos o para proporcionarle el placer de la visita? ¿Acaso su multimillonario, poderoso e implacable esposo pensaba en lo que la hacía feliz?

Y lo más importante, ¿por qué se le aceleraba el corazón al pensar que Renzo se preocupaba de ella?

Capítulo 8

La noche de la cena con los amigos de Renzo, Mimi se quedó mirando el guardarropa fijamente.

Nunca sería tan elegante como los amigos de él, pero no quería que se avergonzara de ella.

Claro que debería haber sabido que su eficiente esposo se anticiparía al problema y buscaría una rápida solución. Una hora antes de que él le dijera que la recogería esa noche habían llegado al ático numerosas prendas, zapatos y accesorios.

Vestidos de seda y chales de cachemira de colores suaves colgaban del armario. Ella notó que él se había dado cuenta de que no le gustaba la ropa ni los colores demasiado llamativos.

Su capacidad de observación la desconcertaba y excitaba a la vez.

Las prendas llamativas eran el terreno de Pia. Como no podía superar a su hermanastra ni tampoco quería que pareciera que pretendía hacerlo, Mimi siempre llevaba colores apagados que, además, como documentalista, la ayudaban a pasar más desapercibida y a tranquilizar a quienes entrevistaba. Se sentía a salvo con ellos y se decía a sí misma que eran los que prefería, aunque eso no significaba que no le gustara destacar.

Sintió una punzada de dolor. ¿Acaso Pia hubiera sido más razonable si ella se hubiera hecho valer desde el principio y se hubiera negado a concederle todos los caprichos?, ¿si hubiera sido más fuerte y hubiera creído más en sí misma?, ¿si su madre se hubiera puesto de su parte y no hubiera cedido a las exigencias y rabietas de Pia?

¿Seguiría viva Pia?

Se tumbó en la cama gimiendo, junto a las prendas de su nuevo guardarropa.

¿Cuándo dejarían de asaltarla tales pensamientos? ¿Podría la relación con Renzo funcionar con tanto pesar y sentimiento de culpa?

De repente, se sintió demasiado frágil para exponerse al escrutinio de los amigos de Renzo y al de él mismo.

Contempló una de las prendas. Era un elegante traje pantalón de color verde esmeralda, hecho de crepé. Parecía diseñado para ella por la forma, el color y el tejido.

Se lo puso, se ató el cinturón de seda negra y suspiró. El carmín rojo que siempre llevaba añadía una nota de color. Se dejó el largo cabello suelto.

Estaba muy elegante. Y se lo debía al esfuerzo de Renzo.

«No va a dejar que lo avergüences», le susurró la vocecita interior que siempre la hacía rendirse ante Pia.

Mimi no le hizo caso. No quería convertirse en una persona negativa que no creyera que le podían suceder cosas buenas. No era conveniente ni para Luca ni para ella.

Era hora de avanzar, de alejarse del dolor y la culpa y de aceptar sus propios deseos y necesidades.

La lancha privada surcaba suavemente la laguna veneciana.

Mimi estaba sentada en el lujoso interior, donde había un pequeño bar con agua y champán. La luz de las farolas se reflejaba en el agua creando un caleidoscopio de colores al pasar.

Pero la belleza que la rodeaba palidecía ante Renzo, sentado frente a ella.

Debería haberse acostumbrado a su sensual atractivo, pero se derretía al mirarlo. Y aunque pudiera luchar contra la atracción física, que estuviera empezando a caerle bien y a admirarlo era otra historia.

Había cumplido su promesa y Enrico la había llevado esa semana a los lugares más interesantes de Venecia. Era lo que ella necesitaba

para recuperar el equilibrio y la creatividad. Se había dedicado a grabar y editar.

Pero las dos noches anteriores, él no había vuelto a casa, y ella había dormido mal.

Ahora, con las piernas extendidas, no parecía relajado. Desde que la había visto salir del ascensor, algo había cambiado. Ni siquiera le dedicó un cumplido, lo que la molestó.

Quería saber qué le pasaba.

–¿Va todo bien en el trabajo? –preguntó en tono alegre. Por suerte, sabía disimular lo que sentía, aunque le parecía que eso estaba levantando un muro entre ambos–. Llevas dos noches sin ir a casa.

–¿Ya consideras el ático tu casa?

–No has contestado la pregunta.

Él entrecerró los ojos, pero, en vez de contestar, miró al exterior. Mimi no dijo nada, porque no quería presionarlo. Él se frotó la sien vacilando.

–Massimo se ha peleado con miembros de una fraternidad universitaria rival y ha acabado en la cárcel.

–¿Se encuentra bien? –preguntó ella–. ¿No has podido sacarlo?

–La primera noche no fue posible.

Ella frunció el ceño, confusa.

–Pia insistía en lo poderosa que era tu familia. Me he dado cuenta de que se refería fundamentalmente a ti. Sin embargo, ¿no has podido sacarlo?

–Pia tenía razón. He recuperado el apellido de la familia hasta alcanzar la importancia que tenía en vida de mi abuelo. Pero Massimo, al igual que mi padre, se han acostumbrado demasiado a ser unos privilegiados. Por lo que sé, fue él quien inició la pelea y dio una paliza a su rival, como si fuera un matón callejero. Se merecía pudrirse en prisión las dos noches y aprender la lección, pero mi madre no dejaba de llorar. Lo saqué al cabo de treinta y seis horas.

Mimi se levantó bruscamente. Necesitaba tocarlo. Casi le cayó encima, pero él la sostuvo agarrándola de las caderas.

–Siento que hayas tenido que tomar una decisión tan difícil, pero seguro que ha sido por su bien –dijo ella sentándose a su lado.

Él esbozó una tensa sonrisa.

–¿Tanto te fías de mí? Mi familia no lo hace. Mi padre no deja de decir al resto de la familia que me he convertido en un hombre duro e implacable y que tanto poder se me ha subido a la cabeza. Y a Massimo hay que perdonarle todos los errores porque tiene la tierna edad de veintidós años.

A ella le hizo daño el dolor que transmitían sus palabras.

–Me da igual lo que piense tu familia. Me fio de ti. Luca tiene suerte al tener un padre como tú. Santo lo habría querido, pero tú, además, le enseñarás a ser buena persona.

Él la miró estupefacto, y ella se sonrojó.

–Siento no habértelo dejado claro. Nuestro hijo es muy afortunado; yo también, al menos temporalmente.

Él asintió.

–¿Vas a estar fuera más noches? –preguntó ella intentando no parecer una esposa posesiva, sin conseguirlo.

–Probablemente no. Pero tengo un montón de trabajo y parece que tú…

–¿Por qué ya no te quedas a mi lado en la cama? ¿Por qué te marchas, sea lo hora que sea? –Lo estaba presionando y no se lo merecía, y menos aquella noche. Pero no pudo contenerse.

Tal vez porque la burbuja en que vivían había desaparecido y ella estaba entrando en su mundo. Quería una muestra de que había conexión entre ambos, antes de que Luca y el mundo se los tragaran.

Él la miró, tan sorprendido por sus preguntas como lo estaba ella. Tragó saliva.

–¿Eres alérgico a dormir con alguien? ¿Ninguna mujer consigue el tratamiento Renzo DiCarlo completo?

Él sonrió levemente y se encogió de hombros.

–¿Quieres que te diga la verdad?

–Por favor, sea la que sea.

–No he querido que te percates de mi constante deseo. Estoy furioso con Massimo por no controlar su genio, pero mi cuerpo se comporta como el de un adolescente cuando estoy a tu lado.

Después de todo por lo que has pasado en los últimos meses, me parece una grosería incluso insinuarte lo que me gustaría hacerte.

Era lo último que Mimi se esperaba, pero habían llegado hasta allí, y no iba a echarse atrás.

–¿Qué quieres hacerme?

–¿Para que puedas considerar que has ganado esta batalla?

–Claro que no. Me preocupaba estar aferrándome a ti y asfixiándote con mis exigencias y al ponerte las manos en el abdomen todas las noches. Incluso me preguntaba si la atracción que había al principio entre ambos había desaparecido por tu parte al haberme visto dar a luz. Estos días lo único que quería era suplicarte que me volvieras a besar y…

Ella consiguió su deseo sin tener que suplicar.

Los suaves y fríos labios de él se posaron en los de ella para besarla apasionadamente. La agarró de las caderas y la levantó para sentársela en el regazo. La evidencia de su erección hizo que ella ahogara un grito. Él le introdujo la lengua y saboreó cada rincón de su boca. Y ella tuvo la sensación de estar amarrada a la tierra y, a la vez, volando. Le rodeó los hombros con el brazo.

–Vamos, Mimi, juega conmigo. –Y ella perdió los últimos restos de inhibición.

Le introdujo los dedos en el cabello y lo besó con todo el deseo acumulado durante meses. El sabor de él la llenó por completo. Se sintió una nueva mujer con un nuevo cuerpo.

Por primera vez en su vida, hacía lo que quería, sin pensar en lo que deseaban los demás.

Solo en lo que ella necesitaba y deseaba.

Se excitó aún más cuando se removió en su regazo y la erección le rozó el muslo. Que ella pudiera excitar a aquel hombre tan atractivo hizo que se sintiera poderosa. A la excitación se unieron el afecto y la admiración que sentía por él. Era la primera persona que le había prestado atención de verdad, que se preocupaba por lo que deseaba y la veía como nadie lo había hecho antes.

–Y yo que pensaba que eras una chica inocente a la que corrompería con mi deseo –le murmuró él al oído, antes de lamerle la oreja.

Temblando, ella volvió a presionarle la erección con la cadera. Ya tenía empapadas las braguitas.

–La culpa la tienes tú por hacer conjeturas.

No recordaba la última vez que un simple beso la había excitado tanto. Aunque nada era simple en el modo de devorarla de Renzo. Como todo en él, su deseo era adictivo.

Él separó la boca de la de ella y le presionó la frente con la suya.

–A diferencia del beso anterior a la boda, no quiero que el mundo y los medios de comunicación sean testigos de este, *cara*.

–Ya… –dijo ella, aún bajo los efectos del beso.

Él sonrió y ella miró a su alrededor. La lancha se aproximaba al muelle privado del Hotel Grand DiCarlo, que se elevaba como un palacio con la fachada iluminada suavemente.

–Y yo que creía que lo único que le interesaba, señor DiCarlo, era que lo vieran actuar.

Él la levantó de su regazo.

–Creo que debería esperar para evaluarme, señora DiCarlo.

Ella rio y él la miró y esbozó una genuina sonrisa.

Mimi se lanzó sobre él y besó aquella sonrisa.

–Tu sonrisa me provoca cosas –susurró–. Aún más que tu voz. –El soltó una carcajada–. Creo que ya sé qué regalo de bodas quiero.

Él le acarició la espalda con los nudillos.

–¿El qué?

–Más de esto. Me gusta cómo me siento cuando me besas.

Renzo le acarició la mejilla con el pulgar.

–¿Cuánto más?

–Mucho más. Todo, si podemos gestionarlo. Me pone nerviosa, pero lo deseo. Por ti y por mí.

–Ay, *cara*, el destino te ha elegido para que me atormentes. –En cuestión de segundos, el apasionado amante se convirtió en el afectuoso compañero que le había agarrado la mano durante el parto. La besó en la sien–. No quiero presionarte. Tenemos la vida entera para hacerte todo lo que deseo.

–¿Ah, sí? Nuestro acuerdo es por un año.

Él soltó otra carcajada.

–Siempre estás a la defensiva.

–Espera, Renzo…

–No vamos a ponernos a discutir ante testigos. Me niego a seguir los pasos de Santo y Pia. Lo que pase entre nosotros queda entre nosotros, ¿de acuerdo?

Ella se tragó sus palabras de protesta y asintió.

El hotel era una obra de arte. Mimi sabía que la empresa de Renzo poseía hoteles lujosos, pero ver uno de ellos tan de cerca era abrumador.

–¿Es tuyo? –preguntó ella.

–Nuestro –dijo él, mientras la lancha se detenía–. Es la joya de la corona del imperio DiCarlo.

Él le tendió la mano y ella la tomó.

–Antes de que te pongas a discutir conmigo, ya consideras el ático tu hogar, ¿verdad? Estoy de acuerdo en que vayamos paso a paso.

–Pues lo que yo deseo es dar un salto, sin importarme las consecuencias.

Él inhaló con fuerza.

Ella se volvió a mirarlo.

–Nunca había sentido este desenfreno. Todo lo que hacía o dejaba de hacer, incluyendo con qué hombre salía y hasta dónde lo dejaba llegar, estaba influido por Pia y mi madre. –Tragó saliva para deshacer el nudo de vergüenza que se le había formado–. Dictaban lo que pensaba, lo que era culpa mía. Pero esto, tú y yo…Quiero hacer lo que deseo y avanzar. Y mi valor procede de que creo que es lo que tú también deseas. No te haces idea de lo liberador que es. Así que te lo agradezco.

Él le dirigió una mirada comprensiva y la besó.

–¿Te he dicho que eres magnífica, *cara*? Cuando has salido del ascensor, lo único que deseaba era devorarte. En eso somos iguales, ¿verdad?

Ella asintió.

En el muelle, ella sacó pecho. Estaba nerviosa. Renzo debió de darse cuenta, porque se inclinó hacia ella y le murmuró:

–No tenemos que quedarnos mucho tiempo. Si llega un momento en que no puedes más, dímelo.

–No, quiero conocer a tus amigos y saber más de tu vida.

–¿Me contarás algo más de la tuya?

–Ya lo sabes todo sobre mí.

–Solo lo que Pia le contaba a Santo y él me contaba a mí. Y sabemos que había habido filtros y distorsiones por el camino.

–Mi vida carece de interés.

–Deja que sea yo quien lo juzgue.

Mimi suspiró. No quería remover su doloroso pasado.

–Puede que me convenzas de que te cuente algo, si vuelves a besarme como antes.

–Trato hecho, *cara*.

Mimi contempló con los ojos como platos el magnífico vestíbulo del hotel, una deslumbrante muestra de historia y modernidad. Arañas de cristal de Murano colgaban del techo y su luz se reflejaba en el suelo de mármol. Espejos de marco dorado se alineaban en las paredes, aumentando la elegancia del espacio.

Un empleado los condujo hasta un salón privado. Cuando las puertas se abrieron, se oyeron risas y conversaciones. En su interior había unas treinta personas. A Mimi se le aceleró el pulso, cuando se volvieron a mirarla.

Aquello no era una cena con dos buenos amigos de Renzo.

Notó que él, a su lado, se ponía tenso y le quitaba la mano de la espalda. Lo miró y vio que tenía la vista clavada en el centro de la estancia, donde estaba Chiara, su hermana, con una copa de champán en la mano y una sonrisa satisfecha en los labios.

Se acercó a ellos.

–¿Chiara? –murmuró Renzo. Después comenzó a hablar en italiano, pero Mimi entendió la esencia de lo que decía.

Estaba furioso con su hermana, sobre todo por haber invitado a determinadas personas, aunque Mimi no entendió a quiénes.

–Estabas tardando demasiado –dijo Chiara–. La has escondido como si fuéramos a comérnosla. –Se volvió hacia Mimi–. Me pareces

muy bien, Mimi. Nos preguntábamos si había algún motivo por el que mi hermano te mantuviera oculta.

El insulto y las insinuaciones eran impecables.

Mimi se obligó a sonreír cortésmente, aunque tenía un nudo en el estómago. Aquello no era una cálida bienvenida, sino una emboscada. Observó a los invitados: había hombres y mujeres de todas las edades. La mujeres más jóvenes la miraban divertidas o desdeñosas. Ella dedujo que al menos algunas habían sido invitadas porque Renzo les había interesado en algún momento.

¿Por eso estaba él tan enfadado?

Todos los presentes la conocían a través de Pia y su comportamiento manipulador y autodestructivo. Ahora pensarían que Mimi había ido más allá al atrapar a Renzo quedándose embarazada.

Una cosa era los medios de comunicación y otra enfrentarse a personas que habían llegado a horribles conclusiones sobre ella. O se marchaba corriendo y dejaba que tales conclusiones se consolidaran o se quedaba y les demostraba quién era.

Dos semanas antes, Mimi habría huido. Pero ahora, con Renzo a su lado, le debía a él y a su hijo quedarse. Y a sí misma.

–No tenías derecho a hacer esto –dijo Renzo a Chiara en tono cortante.

Mimi le puso la mano en el brazo y notó lo tenso que estaba.

–No pasa nada. He accedido a ver a tus amigos. Son más de los que esperaba, pero da igual.

–No voy a exponerte a un estrés innecesario.

–No puedo esconderme eternamente. Además, que no me guste el drama no implica que me asuste –dijo ella en un tono lo suficientemente alto para que Chiara la oyera–. Deja que me conozcan.

Él la miró durante unos segundos y finalmente asintió. La agarró por la cintura y la atrajo hacia sí, como si quisiera protegerla.

Chiara observó el gesto y sonrió.

–Vamos a divertirnos. Todo ansían conocer a la mujer que ha conseguido llevarte al altar.

–Has cometido un grave error, Chiara. Una cosa es ir a por mí; ir a por Mimi… –Negó con la cabeza.

Hubo un destello de miedo en los ojos de Chiara, antes de que frunciera los labios.

–Lo dices como si la prefirieras a ella en vez de a nosotros.

–No es cuestión de elegir, porque ella nunca me ha puesto en evidencia. Te he repetido que Mimi es intocable.

–¿Tan frágil es?

–Si no respetas a mi esposa, puede que decida dejar de pagar las deudas de la empresa de tu esposo.

Capítulo 9

Cuando regresaron al ático, Renzo estaba de peor humor.

Mimi le dijo que iba a ducharse y se fue al cuarto de baño en cuanto entraron.

Él no le reprochó que no quisiera estar a su lado.

Su familia, incluyendo su primos y sus esposas, siguiendo el ejemplo de Chiara, se habían dedicado a juzgar a Mimi y a buscarle defectos.

Su esposa, por el contrario, había sido un modelo de gracia y elegancia. No mordió el anzuelo ni una sola vez, sonrió ante los comentarios groseros sobre su embarazo e incluso rio cuando uno de sus primos más jóvenes le preguntó cómo había conseguido ponerle la correa a Renzo.

Su padre la miró con desprecio, cuando le preguntó si Massimo estaba bien, como si fuera una desconocida movida por la curiosidad.

Massimo, al menos, tuvo la decencia de preguntarle por uno de sus documentales.

Su madre, al percatarse de lo furioso que estaba Renzo, le demostró amabilidad interrumpiendo conversaciones groseras, preguntándole por Luca y ofreciéndose a cuidar del niño cuando Renzo y ella quisieran estar solos.

A él no le extrañaría que Mimi deseara huir de todos ellos a la mañana siguiente.

Se dedicó a recorrer el salón de un lado a otro, como un animal enjaulado. Y herido.

¿Cómo se había atrevido su hermana a invitar a Rosa, ni más ni menos? Como si él siguiera soltero, como si a él no lo fuera a alterar

ver a la mujer que lo había abandonado hacía años.

¿Qué creía su hermana que iba a conseguir?

Renzo había hecho mucho por Chiara, por Massimo y por su padre, y nunca se había quejado. Tuvo que madurar muy deprisa, tomar decisiones difíciles y asumir la responsabilidad de la empresa familiar.

Estaba muy orgulloso de haber salvado a su familia y de haber recuperado el respeto para su apellido. En algún momento, eso se había convertido en su identidad. Sin embargo, de repente, le parecía, además de vacía, demasiado pesada, al estar formada por expectativas ajenas y su propia ambición.

Echaba de menos a su hermano. Santo no había querido tener nada que ver con la desastrosa empresa familiar ni con la responsabilidad de meter en cintura a su padre.

Pero para Renzo, cuando decidió encargarse de la economía familiar, había sido un firme apoyo. Su matrimonio con Pia frustraba a Renzo, pero su hermano la quería y le era fiel.

¿Había sido esa la raíz de su resentimiento hacia ella? ¿Que necesitara constantemente a Santo, que lo apartara de él y lo privara de su compañía?

Ahora Renzo deseaba que Santo estuviera allí para ayudarlo a entender la cólera que sentía. Las jugarretas de su familia no eran nuevas para él, pero nunca lo habían irritado tanto.

Metían a Mimi en el mismo saco que a Pia, a pesar de que él había afirmado vehementemente que no eran iguales. Aún peor era su falta de consideración con él, la falta de empatía y de comprensión con respecto a todo lo que había asumido no solo el año anterior, sino desde hacía más de una década.

Solo Mimi, aunque se hubiera llevado mal con él y no se fiara de él al principio, entendía su dolor por la pérdida de su hermano y amigo.

Se sirvió un *whisky* con mano temblorosa y se lo tomó de un trago. No lo calmó, así que pensó que tendría que marcharse del ático. No quería estar cerca de Mimi con aquella furia.

–¿Renzo? –La voz de Mimi le llegó por detrás.

Se estaba sirviendo otro *whisky* y se lo bebió antes de darse la vuelta.

Su esposa estaba en el umbral de la puerta, con las manos entrelazadas en un gesto nervioso. Pero el resto de ella era una fiesta para los sentidos.

El miembro comenzó a palpitarle de forma dolorosa. Lo único que deseaba era apoyarla contra la pared y penetrarla profundamente. Librarse, gracias al cuerpo de ella, de la ira y la frustración.

Vestida con unos pantalones verde esmeralda y una camiseta del mismo color que se le ajustaba al cuerpo, parecía un plato delicioso que él deseaba devorar. Con el cabello recogido en una trenza, estaba muy lejos de la elegante mujer de hacía unas horas.

Pero igual de *sexy* y únicamente suya.

De repente, entendió parte del origen de su resentimiento. Algo en ella revivía en él las necesidades y deseos que se había obligado a no sentir: amor, afecto, compañerismo, comprensión…

Agarró la chaqueta.

–¿Necesitas algo? –preguntó bruscamente.

–¿No me digas que tienes un reunión con inversores a estas horas de la noche?

–No.

Ella se cruzó de brazos.

–¿He dicho o hecho algo que no debía en la fiesta? Me he pasado un buen rato hablando con Massimo, pero es fácil hablar con él cuando…

Él la interrumpió.

–¿Se ha portado bien contigo?

–Por supuesto –contestó ella sorprendida–. No es peor que cualquier otro joven privilegiado, pero no es una caso perdido. Sin querer intervenir en tus asuntos familiares, creo que ha aprendido la lección.

–También es tu familia.

–Renzo, no vayas a esperar que les caiga bien a todos, cuando llevamos seis años…

–Te has portado decentemente con ellos.

–Sí, pero yo no tengo nada que perder, a diferencia de ellos.

¿Así veía ella la relación entre ambos, como si no tuviera nada que perder? ¿No apostaba nada en ella?

–¿Qué tienen que perder?

Mimi suspiró.

–Has amenazado a Chiara delante de mí. Y te has pasado toda la noche revoloteando a mi alrededor como si fueras un pájaro y yo tu cría, y…

–No me gusta esa comparación. Lo último que me siento a tu lado es maternal.

Ella rio y él tuvo que contenerse para no tomarla en brazos y llevarla al dormitorio, donde la haría reconocer que su relación era importante, no una equilibrada transacción que podía abandonar cuando acabara el plazo.

–Massimo me ha dicho que hacía mucho tiempo que no llevabas a una mujer a una reunión familiar. Y que nunca te habían oído decir que alguna te causara admiración.

–Porque nunca he querido hablarles de mis aventuras y avergonzarlos, como hace mi padre.

–Sí, pero se han dado cuenta de que me proteges. Se sienten amenazados. ¿No te das cuenta? Su destino está en tus manos y creen que voy a manipularte.

–Piensan que eres como Pia. No saben que no deseas tener ese poder sobre nadie, que las cosas sencillas de la vida son lo más importante para ti.

Ella, sin inmutarse ante su mal humor, se le acercó mirándolo fijamente. Cuando llegó a su lado, el olor del jabón y la piel de ella lo libró de la furia y la frustración.

–Exactamente. Pero tardarán en darse cuenta. No puedes exigir que me respeten.

–Si pago el colegio privado de sus hijos y la privilegiada vida que llevan, claro que se lo puedo exigir. Además, eres la madre de mi hijo. Eso debería hacer que te respetaran automáticamente.

Ella le rozó con los brazos, que seguía teniendo cruzados.

–Déjalo estar. Al menos, esta noche.

Él tiró la chaqueta al suelo y contuvo la respiración.

–Esperaba que esta noche te quedaras conmigo.

–No te haré buena compañía, *cara*. No soy lo que necesitas esta noche.

–¿Y si no hablamos?

Renzo soltó el aire estremeciéndose. Le introdujo las manos en el cabello hasta llegar a la nuca y atraerla hacia sí. Ella no se resistió y apretó los senos contra su pecho. Él gimió.

–Creo que no es buena idea, Mimi.

Ella hizo un mohín.

–¿No irás a decirme que no quieres tener sexo conmigo? No me lo creo.

Él le deslizó la mano por la espalda hasta la cintura y la apretó contra sí. Ella notó su erección en el vientre y ahogó un grito al tiempo que lo agarraba del cuello. Empujó el cuerpo contra el de él con un ansioso abandono que aumentó la excitación de Renzo.

–Esta noche, casi he perdido el dominio de mí mismo.

Ella se humedeció el labio inferior con la lengua.

–Estás afligido, y no solo por el mal comportamiento de tu familia.

–Sí, aunque «afligido» no es la palabra correcta.

–Ya –dijo ella abriendo la boca y volviendo a cerrarla. Renzo la miraba fascinado.

–Los dos últimos meses has sido muy bueno conmigo. Hoy, como compañera tuya, quiero hacer algo por ti. Estoy dispuesta a todo.

–¿A qué?

–Tener sexo desenfrenado puede que no sea buena idea, pero… Nunca le he hecho sexo oral a un hombre, pero aprendo deprisa. Si no te importa guiarme…

Si el mundo se hubiera vuelto del revés en aquel momento, Renzo se hubiera sorprendido menos. La agarró y la puso encima de la mesa. Después apoyó el rostro en su cuello y aspiró su aroma.

Lo invadió una emoción incomprensible.

Era cómico y conmovedor a la vez el modo en que ella quería tranquilizarlo y hacerlo huir de la realidad.

La agarró de los hombros y la miró mientras le deshacía la trenza. Parecía más inocente de lo habitual.

–Me das las gracias y, al minuto siguiente, me insultas. ¿Cuándo te he dado la impresión de que espero favores sexuales por comportarme decentemente?

–Eres más que un hombre decente –dijo ella apartándole un mechón de la frente–. Además, querer hacer algo por ti, cuando has hecho tanto por mí, ¿no es un modo de forjar nuestra relación, más allá de nuestro amor por Luca?

Tal vez la relación fuera esencialmente una transacción, pero, de ese modo, ambos sabrían qué esperar del otro. Tal vez fuera la única manera de que la relación creciera.

Pero lo molestaba que el deseo de ella procediera de algo tan decente y cortés. Quería que fuera tan apasionado como el suyo.

Le puso las manos en los muslos y se los separó. Ella lo miró con los ojos como platos y apoyó las manos en la mesa.

–Cuando te he dicho que esta noche no me controlo, no he querido decir que fuera a tratarte con dureza físicamente. Nunca te haría daño, Mimi.

–Lo sé.

–Lo que quería decir es que tenía ganas de devorarte.

–¿A qué te refieres? –preguntó ella. Respiró hondo cuando él le acarició un pezón con el pulgar.

Él contempló su dorada piel y sus exuberantes curvas, producto del embarazo. Todo en ella resplandecía.

Renzo tenía la idea recurrente de que ella no habría entrado en su vida de no haber sido por el hecho de ser madre de alquiler. Debido a sus prejuicios y a su ego, él no la habría mirado dos veces seguidas ni habría reconocido la conexión entre ambos.

Sin embargo, al mirarla ahora, que a su vez lo miraba con evidente deseo, se reprochó a sí mismo su inadecuado comportamiento.

Ella era demasiado buena para él, demasiado inteligente, independiente y capaz. Era eso lo que estaba en el origen de su frustración y su ira, porque se preguntaba si podría ofrecerle algo, que no fuera su hijo, que la uniera a él.

–¿Renzo?

–¿Ansías tranquilizarme y quitarme el mal humor?

–Sí, haré lo que sea.

–Entonces, déjame que te saboree entre los muslos.

Era lo último que ella esperaba que dijera su esposo.

«Esposo» era una palabra que le sonaba extraña, pero que cada día le gustaba más. Esa noche, en la fiesta, se dio cuenta de lo que era tener a un hombre como Renzo DiCarlo por esposo en el verdadero sentido de la palabra: era quien la protegía, quien la cuidaba y un leal aliado si alguien intentaba atacarla, aunque fuera su familia.

El muro con el que se protegía el corazón comenzaba a agrietarse. De repente, se había sentido indefensa ante los deseos que él le despertaba.

Con él a su lado, era intocable. Pero se había dado cuenta de que su familia sentía curiosidad no solo por ella o por Luca, sino también por el poder que ella tenía sobre su esposo.

Él se había mantenido fiel a los votos matrimoniales, a pesar de las reticencias de ella.

Y ahora, cada roce del cuerpo de él con el suyo, cada caricia, intensificaba su deseo.

–¿Quieres que vayamos al dormitorio? –preguntó ella en el tono de virgen asustada. No lo era. Pero, desde que lo había conocido, siempre estaba a la defensiva en su presencia. Incluso ahora intentaba demostrarle algo a él y a sí misma.

Él sonrió con suficiencia.

–No, a no ser que te den vergüenza estas cosas y quieras la protección de la oscuridad.

Mimi se dijo que le exigía entregarse a él como no lo había hecho a ningún otro hombre.

–No soy virgen –dijo ella sonrojándose–, pero no tengo mucha experiencia.

–Entonces, creo que podemos taparnos con las sábanas. No es lo que deseo esta noche, pero me las arreglaré.

–Me estás presionando porque sabes cuanto detesto parecer incompetente.

Él soltó una risa llena de un extraño sentimiento que ella parecía provocarle. Se preguntó, estremecida, si sería afecto.

–Ser competente no tiene nada que ver con esto, Mimi.

Le agarró el elástico de los pantalones, tiró de él e introdujo los dedos para acariciarle la piel. Fue un leve contacto, pero a ella le pareció que la había marcado con una barra al rojo vivo. Lentamente, ella, agarrada a su camisa, se echó hacia atrás. Él la miraba con ojos hambrientos siguiendo cada uno de sus movimientos, y ella pensó que la estaba poniendo a prueba y que esperaba, que deseaba casi, que fracasara, lo que ella no entendía.

¿Acaso para poder rechazar su invitación sin ofenderla? ¿O porque, por primera vez en la vida, necesitaba a otra persona y no podía soportarlo?¿La necesitaba tanto como ella a él?

Mimi tocó con los codos la superficie de la mesa. Sin dejar de mirarlo, apoyó también la cabeza.

Separó los muslos como él le había dicho que hiciera.

–Nunca me achanto ante un desafío. –Y, por Renzo, estaba dispuesta a cualquier cosa.

Se miró el cuerpo y vio que se le habían endurecido los pezones y que la camiseta se le había subido y le dejaba parte del abdomen al aire.

–Apoya los pies en los reposabrazos de la silla.

Mimi se contuvo para no protestar. De ese modo, estaría completamente abierta ante su vista. Algo en su actitud le indicó que esperaba que se echara atrás, que no se arriesgara y se mantuviera dentro de los límites que Pia y su madre le habían impuesto, como llevaba haciendo toda la vida.

Él quería que le demostrara, y que se demostrara a sí misma, que podía ser como él deseaba en aquel momento.

Apoyó los pies con fuerza en la silla. Renzo le quitó los pantalones de un tirón.

Mimi no quiso pensar mucho en la facilidad con que actuaba. Tras sus previos e insatisfactorios intentos anteriores, quería un compañero sexual que supiera qué hacer.

Pero le daba miedo lo que sucedería después, que se sentiría distinta, cambiada, porque nada en la vida la había preparado para un hombre como él.

Renzo le acarició el centro de su feminidad lenta y suavemente.

La excitación que ella llevaba sintiendo durante días se transformó en una llama que reclamaba que la extinguieran. Jadeando y retorciéndose, Mimi se mordió el labio inferior para no proferir ningún sonido.

Y él no dejaba de mirarla, desafiante, mientras sus dedos la exploraban centímetro a centímetro.

Ella emitió un leve gemido cuando él le introdujo un dedo y empezó a meterlo y sacarlo.

–¡Madre mía! –exclamó él–. ¿Todo esto es para mí, *cara*?

–Sí –contestó ella casi gritando–. Es para ti. No te olvides de que me he lanzado sobre ti. Te deseo. Huelo tus camisas como si fuera adicta. Utilizo tu gel de baño. Te miro disimuladamente cuando subes sudoroso del gimnasio, porque tu cuerpo me excita. Todo lo que se refiere a ti, cómo me miras, cómo… –Se le quebró al voz–. Todo me excita. Nunca me había sentido así.

Él rio.

–No tienes que mirarme disimuladamente, *cara*. Soy todo tuyo.

–Eso es lo que dices, pero… –No pudo continuar porque él agachó la cabeza y le lamió el clítoris.

Mimi arqueó la espalda. Apenas había procesado la primera caricia cuando él comenzó a lamerla en pequeños círculos sin parar, mientras seguía metiendo y sacando los dedos de su centro, cada vez más profundamente.

Ella sintió un intenso placer que la dejó sin respiración. Le introdujo las manos en el cabello, aterrorizada y excitada a la vez.

Cuando él dejó de lamerla y comenzó a chuparla con aquellos labios que ella no se cansaba de besar, Mimi explotó.

El orgasmo la sacudió y la estremeció de los pies a la cabeza. Lanzo un gemido al ver la arrogante cabeza de su esposo entre sus temblorosos muslos.

Renzo la besó en los labios externos y alzó la cabeza. Tenía los labios húmedos, el cabello revuelto y una sonrisa traviesa en los labios.

El orgasmo debería haberla dejado satisfecha, pero se sentía vacía, con un deseo voraz de más. Estaba desesperada por saber cómo sería sentir a Renzo en su interior.

Intentó levantarse, pero su cuerpo se negó a responder. Renzo le volvió a poner los pantalones y le tendió la mano. Ella la tomó al tiempo que la invadía una repentina timidez.

–Ha sido… ¿Quieres que te lo explique ahora?

–No hace falta –contestó él acariciándole la mejilla–. Los sonidos que has emitido al llegar al orgasmo son míos y solo míos. Como recompensa, es más que suficiente.

Mimi le agarró la mano y se la llevó a los labios. Olía a ella. Quería sorprenderlo como él la había sorprendido. Pero, sobre todo, quería dar salida a sus más profundos deseos. ¿Y con quién mejor que con su esposo?

Aunque viviera cien vidas, Renzo siempre sería el hombre del que estaría segura que no se burlaría de ella ni la menospreciaría ni desearía que ella fuera lo que no era ni deseaba ser.

Le lamió la punta de los dedos, antes de introducirse uno en la boca.

Él exhaló con fuerza. Ella se lo chupó y él lanzó una maldición. Ella se lo soltó.

–¿Puedo devorarte yo también? ¿O eres uno de esos hombres que exigen que su compañera se rinda ante él, pero que no está dispuesto a ceder ni un milímetro?

Capítulo 10

Renzo se quedó sin respiración ante el desafío de su esposa. Con su sabor aún en la boca y las manos en su cuerpo, se sentía mareado, como si hubiera bebido demasiado, cosa que nunca hacía.

Siempre tenía que ser responsable.

Deseaba a Mimi con tanta intensidad que lo hacía temblar. Pero era algo más que deseo.

Era cómo lo desafiaba, cómo intentaba comprenderlo, que lo considerara más que el implacable y poderoso multimillonario que podía ofrecerle lo que ella deseara. Y ahora, ese ser apasionado y atrevido lo miraba con la barbilla levantada y los labios brillantes.

–Me temo que esta noche no voy a tener suficiente con mi mano en tu boca. Quiero estar dentro de ti y ver cómo te sientes.

Ella se sonrojó, lo cual lo excitó.

–Nunca había tenido un orgasmo tan intenso; casi me desmayo. Pero creía que yo era así, que no era capaz de…

A él le gustaba que fuera tímida con respecto al sexo, pero lo bastante atrevida para insinuársele y decirle que quería devorarlo y dejar claro que su deseo era tan intenso que eliminaba sus inhibiciones.

Se daba cuenta de lo que le había costado ofrecerse a tranquilizarlo como quisiera. No se trataba simplemente de un favor sexual, sino que le había ofrecido su confianza y su esperanza en conseguir que le cambiara el estado de ánimo.

Él la besó en la boca. Se abrazaron y se separaron jadeando. Él le acarició el labio inferior.

–Me conformaré con la mano –susurró él– si es demasiado para ti. No quiero hacerte daño ni incomodarte.

–Te lo diré si sucede. Lo único que me ha recomendado la doctora es no forzarme emocionalmente. Le dije que eso no era un problema entre nosotros y que probablemente tendría que ser yo la que te sedujera. Me ha puesto un DIU. Soy alérgica al látex.

Como siempre, su respuesta lo sorprendió y fascinó. Y lo excitó enormemente.

Él la levantó de la mesa y ella lo abrazó con los brazos y las piernas y le apoyó la cabeza en el cuello. La tumbó en la cama y se situó frente a ella separándole las piernas. Con el cabello extendido sobre la almohada y los senos subiendo y bajándole estaba preciosa.

Pero lo que la convertía en una diosa era la confianza en él y el deseo que transmitían sus ojos.

Apoyó la parte inferior de su cuerpo en el de ella. El calor y la humedad del centro de su feminidad le traspasaron los pantalones.

Ella alzó las caderas al tiempo que él bajaba las suyas. Ambos gimieron.

–¡Qué gusto! –exclamó ella sonriendo–. Quiero sentirte más, por favor. Lo quiero todo.

–Aún no –susurró él apartándole las manos, que ella le había puesto en el abdomen–. Llevas semanas torturándome con tus caricias y la presión de tu cuerpo. Voy a vengarme. Además, hay muchas partes de ti que todavía no he besado ni abrazado ni lamido.

Ella hizo un mohín y él rio. Se besaron con ferocidad. Después él se dedicó a acariciarla: las clavículas, los hombros y los senos. Le subió la camiseta y se los besó. Y cuando la tela comenzó a estorbarle, la rasgó.

Los tomó en las manos. Con los ojos cerrados, Mimi arqueó la espalda mientras él se los masajeaba y le besaba las areolas, sin tocarle la punta de los pezones.

–Renzo, por favor, deja de provocarme.

Cuando iba a lamerle los pezones, le salió una gota de leche.

Ella se puso tensa y se tapó el seno.

–Me he sacado la leche antes de ducharme, pero…

Renzo le apartó la mano con delicadeza y le lamió la gota.

–No me digas que te avergüenzas de lo que nace tu cuerpo para alimentar a nuestro hijo. Creí que eras más sensata.

–No me avergüenzo, pero todo esto, a veces, me supera. Me parece como si me ahogara en lo que me haces sentir, Renzo, y que estoy sola.

–No es así –dijo él buscándole la boca.

Ella le tiró de la camisa.

–Quiero sentir tu piel.

–Los deseos de mi esposa son órdenes.

Se quitó la camisa, se bajó la cremallera de los pantalones y esperó.

–Sí, por favor, quítatelo todo.

Renzo se quitó los pantalones y el bóxer a la vez. Y ella lo examinó centímetro a centímetro. Y a él comenzó a arderle la piel ante el examen.

Ella le pasó una uña por un pezón y siguió hasta el abdomen, donde se detuvo.

–Eres hermoso –susurró.

–Túmbate y acaríciame.

Ella le agarró el miembro con firmeza.

–Me muero de ganas de sentirte en mi interior.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó el aire antes de volver a mirarla, tumbada en la cama, desnuda y abierta para él, mientras lo acariciaba.

Tenía el ceño fruncido en un gesto de concentración y se mordía el labio inferior.

–Sigue apretándome con toda la fuerza que puedas –dijo él jadeando.

Si ella continuaba un poco más, él se derramaría sobre sus senos y su abdomen.

Quería estar en su interior, hacerla su esposa por completo.

Se inclinó hacia delante, sosteniéndose con los brazos, y la besó en la boca. Ella le soltó el miembro y le puso las manos en la nuca. Gimió y se retorció contra él.

–Me encanta el sabor de todo tu cuerpo, *cara* –murmuró él besándola en el cuello y entre los senos, antes de juguetear con los pezones con la lengua y los labios.

Y continuó descubriendo su cuerpo. El cuerpo de ella se ondulaba con sus caricias, mientras él iba llevándola de nuevo al clímax.

Mimi repitió su nombre sin parar mientras él volvía a acariciarle el clítoris.

–Dime si te resulta excesivo –murmuró él apoyando la frente en la de ella y colocando el miembro en la entrada de su centro– y pararé.

Ella soltó un sollozo cuando él comenzó a penetrarla. Le clavó las uñas en los bíceps, sin dejar de mirarlo a los ojos.

–Más, Renzo, por favor. Me muero de ganas.

El rio y presionó un poco más.

–Estás tensa y te resistes. Relájate.

Ella le puso los pies en las nalgas.

–Quiero que tú también disfrutes, Renzo.

–Si siento más placer, creo que me moriré –dijo él penetrándola por completo.

Ella se tensó y se quedó inmóvil. Renzo volvió a besarla en la boca y ella le correspondió.

–¿Estás bien, Mimi?

–No tengo bastante –dijo ella con un brillo travieso en los ojos castaños–. Quiero que te muevas con fuerza y deprisa. Y quiero volver a tener un orgasmo.

–De acuerdo en todo –contestó él levantándole las caderas y bajando las suyas. La tomó con embestidas largas y profundas.

–Estoy llegando, *cara*. No voy a poder detenerme. Acarícíate.

Ella lo miró con los ojos como platos, sacó la lengua y deslizó la manos entre ambos cuerpos. El roce de sus dedos en el miembro casi lo volvió loco.

Los dos miraron el lugar por el que estaban unidos y luego se miraron a los ojos.

Iban a alcanzar el clímax juntos. Renzo se inclinó y le agarró un pezón con los dientes y tiró de él.

Ella se convulsionó. Y él movió las caderas de forma salvaje mientras se vaciaba en su interior.

La intensidad del orgasmo hizo que ella arqueara la espalda y le buscara la boca. Después lo miró con ojos maravillados, como si no

se esperase que aquello fuera a ser tan estupendo, como si lo necesitara más que respirar.

Como si nada existiera, salvo él y aquella enfebrecida intimidad entre ambos.

Era él quien deseaba que fuera suya. Sin embargo, extrañamente, Renzo se sintió poseído por ella, como nadie lo había poseído antes.

Mimi acarició el antebrazo de Renzo disfrutando de la sensación de solidez en los dedos. El cuerpo aún no se le había recuperado del frenesí vivido y le parecía que el corazón le había crecido e iba a salírsele del pecho.

Debería haberse imaginado que el sexo con su esposo sería una experiencia abrumadora que la cambiaría. Ya se sentía más libre y valiente y mejor con su cuerpo que nunca; también más confusa, más posesiva y más egoísta.

Hizo una mueca al mover las piernas. Le dolía el centro de su feminidad.

Él la abrazaba por detrás, y se sentía protegida, una sensación extraña para ella, que no sabía cómo tomarse.

Si no tenía cuidado, acabaría anhelándola. Pero ¿acaso estaba mal, era egoísta desear aquella intimidad con él, después de haber tenido un sexo tan apasionado?

–¿Te duele? –preguntó él poniéndose tenso–. Te he hecho daño.

Mimi lo agarró con más fuerza, temerosa de que se apartara de ella.

–Si te levantas, voy a enfadarme mucho.

Notó que la tensión de él disminuía un poco. Su aliento le rozó la nuca.

–Dime cómo te sientes.

Su exigencia la hubiera molestado en otro momento, pero ahora notó la incertidumbre subyacente.

–Como una se siente después de tener dos orgasmos alucinantes y tras haber satisfecho con mi cuerpo a mi atractivo esposo. Como si me hubieran vuelto a hacer.

–Mimi… –dijo él con voz grave.

Ella frunció el ceño, le tomó la mano, se la llevó a la boca y se la besó en el centro. No se creía que pudiera tocar y acariciar a Renzo así, libremente y siempre que quisiera.

–Ha sido mucho ejercicio y muy intenso. Claro que me duele, pero no me has hecho daño.

Él la besó en la nuca, lo que hizo que se estremeciera, al igual que al agarrarla posesivamente de la cadera y notar su erección presionándole las nalgas.

–Si sigues teniendo ganas, mi oferta inicial sigue en pie –dijo ella chasqueando la lengua.

–Esta noche no.

–Voy a darme la vuelta –dijo ella. Él suspiró y aflojó la fortaleza que había creado alrededor de ella con los brazos.

Ella se giró, dolorida. Él le puso el brazo en la cintura mientras la examinaba. Ella lo examinó a su vez, maravillada de nuevo de que aquel hombre increíble fuera suyo. Al menos, en aquel momento.

Estaba despeinado, sus finos labios estaban hinchados debido a los mordiscos de ella y tenía marcas de arañazos en los hombros y el pecho.

Era suyo, solo de ella.

Renzo DiCarlo era algo más que su fortuna, su poder o su arrogancia. Había bondad y afecto bajo la máscara que presentaba al mundo. Era un hombre capaz de sentir profundas emociones y un dolor aún más profundo.

Esa noche, el grosero comportamiento de su familia le había hecho daño. Se enfureció por cómo la habían tratado, y ella se sintió protegida y fuerte por tenerlo a su lado. Y no se había dejado pisotear, algo que no había hecho nunca, ni siquiera con su familia.

Y vio en los ojos de él la misma soledad que ella conocía desde hacía mucho tiempo. Pero juntos podían ser mucho más de lo que eran por separado.

Si estaba dispuesta a arriesgarse, si confiaba en él y en sí misma, podrían tener una relación de verdad, algo que ella no creía posible.

Algo como verdadero amor.

Ahogó un grito al darse cuenta de que estaba utilizando el buen sentido y la razón para algo que ya no estaba en sus manos. Estaba

intentando controlar una situación, cuando ya era tarde.

Se había enamorado de su esposo total e irrevocablemente. ¿Cómo no iba a quererlo, cuando la había ayudado a darse cuenta de quién podía ser cuando era ella misma, cuando no dudaba de su valía personal?

–Ese sonido no me gusta nada.

El tono cáustico de él la devolvió al presente y a la dolorosa verdad de saber que lo quería, pero que era posible que él nunca llegara a corresponderla.

«Ninguno de los dos desea tener nada que ver con el amor», había dicho él al proponerle matrimonio. Y más de una vez le había dejado claro que la admiraba por saber conservar la cabeza y el corazón fríos.

–Intentaré no emitir sonidos que ofendan a mi esposo y señor –contestó ella en tono cortante, como si eso fuera a disimular en su rostro el amor que brillaba como un cartel luminoso.

¿Vería él en su rostro lo enamorada que estaba? ¿Se burlaría de ella y acortaría el trato?

Él rio y ella le miró la boca suspirando.

–No me gusta que te escondas, *cara*. Cuando estás triste, me tomo mi deber muy en serio.

–No estoy triste.

El la agarró de la mejilla con una mano y le giró el rostro a uno y otro lado como buscando la verdad. Ella lo abrazó por el cuello.

La dicha y el miedo luchaban en su interior haciéndola temblar. Pero notar los senos desnudos contra el pecho de él era una gloriosa sensación.

–Estás temblando, Mimi.

Ella se frotó contra él de la cabeza a los pies, con la esperanza de distraerlo y de ahogarse en un mar de sensaciones que la ayudara a escapar de la verdad que tenía clavada en el corazón.

Él la besó en los labios con un gemido, pero no dejó que se lo devolviera. Fue un beso suave, casi una disculpa. Y algo más profundo, que ella no supo definir.

Cuando Renzo la soltó, ella se aferró a él pensando mil cosas a la vez. Luca llegaría pronto a casa. Y por lo que hasta aquel momento

sabía de su esposo, el vínculo de ambos con Luca profundizaría el que había entre los dos.

Sin embargo, seguía sin saber por qué él estaba en contra del amor. ¿Por haberse visto expuesto, desde la infancia, a las infidelidades de su padre? Además, el matrimonio de Santo y Pia había sido un desastre.

–La mujer a la que Chiara ha invitado esta noche… creo que se llama Rosa.

Renzo se puso tenso.

–¿Qué le pasa?

–No soportabas mirarla.

Él se giró para quedarse tumbado de espaldas, pero la siguió abrazando con un brazo.

–En efecto, no soporto mirarla.

–¿Por qué?

–Fue buena amiga mía, la primera mujer a la que quise y con la que creí que me casaría y formaría una familia –dijo él en tono resignado, pero sin amargura.

–Ah… –Los celos se apoderaron de Mimi, pero recordó que Renzo apenas la había mirado en la fiesta ni se había apartado de su lado. Se dijo que no se parecía en absoluto a su padre.

Sin embargo, era su sentido del deber el que le habría impedido mirarla, ya que estaba casado, con independencia de que sintiera algo por ella o no.

–Siento haberte preguntado por ella.

–No importa. Es natural que te pique la curiosidad. Es íntima amiga de Chiara. Se divorció hace un par de años. Mi hermana ha intentado que volvamos a estar juntos.

–Y la ha invitado esta noche, aunque estás casado y tienes un hijo –afirmó Mimi con furia. Una cosa era que Chiara dijera a Mimi que no le caía bien; otra que tendiera una emboscada a su hermano invitando a la mujer a la que había querido–. Y Chiara se atreve a decir que Pia era una manipuladora.

Igual que la había invadido, la furia la abandonó. Le daba igual Chiara. Lo que quería saber era por qué Renzo se había enfadado tanto al ver a Rosa.

Se sentó en la cama y él la imitó.

–No volverá a ocurrir.

–Estoy más molesta por ti que por mí. –Mimi se mordió el labio inferior. Tenía que hacerle una pregunta para saber si seguía sintiendo afecto por Rosa.

–¿Habías considerado volver con ella, pero Luca y yo arruinamos tus planes?

–No es la pregunta correcta, *cara* –contestó él con un brillo furioso en los ojos.

Ella hizo una mueca.

–No tienes que presumir de que se me caiga la baba por ti. Es la primera vez en mi vida que alguien me excita tanto. Dame un respiro.

Agarró el edredón para echárselo por los hombros y levantarse de la cama, pero él se la sentó en el regazo y la agarró con fuerza. Ella se retorció, notó la erección de él en las nalgas, oyó que lanzaba un gruñido y se quedó inmóvil soltando un bufido.

–Estate quieta.

«No es la pregunta correcta», había dicho él.

–¿Por qué rompisteis Rosa y tú?

Él rio suavemente.

–¿Te he dicho que tu mente me excita tanto como tu cuerpo?

Mimi lo besó y murmuró:

–No, pero cuéntamelo, por favor. No volveré a preguntártelo.

Él bajó la cabeza hasta tocarle el hombro con la barbilla.

–A los veintiún años me enteré de que mi familia estaba muy endeudada. La empresa se estaba yendo a pique. Mi padre, ya fuera por estupidez o por negligencia, se había arruinado. El padre de Rosa lo supo y se lo contó a su hija. Ella me mandó el mensaje, a través de su hermano, de que anulaba nuestro compromiso matrimonial.

Mimi apoyó la mejilla en su pecho, con el corazón dolorido.

–Lo siento.

–Ya no importa. Gracias a ella aprendí una valiosa lección que no olvidaré, que me motivó para arreglar los asuntos de mi padre.

Tardé más de diez años, pero lo hice y convertí la empresa en una cadena hotelera de lujo.

–No lo entiendo. Massimo me ha dicho en la fiesta que los esposos de Rosa y Chiara montaron un negocio juntos que se fue a pique y que tuviste que rescatar literalmente a tu cuñado. ¿No te ha alegrado restregarle a Rosa por el rostro tu éxito, tu poder y tu fortuna?

Ambos rompieron a reír.

–Estás sedienta de sangre, *cara*. Cada vez me gustas más.

Mimi se encogió de hombros, complacida por el elogio.

–En vez de eso, te has sentido consternado al verla. ¿Estás seguro de que ya no sientes nada por ella?

Él le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Mimi ahogó un grito y se removió en su regazo cuando se lo lamió para aliviarle el dolor.

–No quiero que dudes de mi palabra ni de mi compromiso contigo.

–No lo hago –contestó ella. Gimió cuando él le tomó los senos en las manos–. Pero…

No pudo terminar la frase, porque él le separó los muslos y le introdujo los dedos en su centro.

–¡Qué mojada estás! No creo que esto se pueda considerar un castigo a tu pregunta. –Le acarició el clítoris con un dedo y Mimi sollozó ante la oleada de sensaciones que experimentaba. Él le clavó los dientes en el hombro–. Tal vez debería parar.

–No, por favor –dijo ella agarrándolo de la muñeca.

–Entonces, ¿estamos de acuerdo en que no volveremos a hablar de esa mujer?

Mimi se percató de que no había contestado la pregunta, sino que la estaba seduciendo para que se olvidara de sus dudas.

Pero se veía impotente ante sus voz y sus caricias, ante el hecho de amarlo tanto que lo único que deseaba era que aquel momento fuera eterno.

Él dejó de acariciarla.

–No me has contestado, Mimi.

–No volveremos a hablar de ella –susurró ella.

Él comenzó a acariciarla de nuevo en hábiles círculos. El clímax resplandecía a lo lejos, fuera de su alcance.

–No sé si voy a poder, Renzo.

–Claro que sí. Tu cuerpo me canta, Mimi. ¿Sabes cómo me excita eso? ¿Sabes cómo me pongo cuando veo que no disimulas que me deseas y que reaccionas ante la más mínima de mis caricias?

Mimi fue subiendo los peldaños en espiral, con la mente, el cuerpo y el alma controlados por él.

Protegidos por él.

Suyos para que los amara, si lo deseaba.

Ella sollozó ante la idea. La realidad arruinó momentáneamente su ascenso hasta el final.

–Más, Renzo, por favor.

Él le dio todo y más.

–Llega hasta el final, *cara*, porque, entonces, aceptaré tu ofrecimiento y dejaré que utilices las manos para llevarme al clímax. Como seguirás dolorida el resto de la noche, te salpicaré los senos con mi…

Mimi volvió a agarrarlo de la muñeca, se arqueó y estalló en mil pedazos. Y el hombre al que adoraba la sostuvo, la elogió y la tranquilizó mientras la besaba.

Como si fuera algo muy valioso para él. Como si fuera la mujer a la que había elegido por voluntad propia, no por un cruel capricho del destino.

Capítulo 11

A Luca lo mandaron a casa al día siguiente. Renzo estaba fuera de la ciudad.

No estaba en la cama cuando ella se despertó. Le había dejado una nota en la mesilla:

Tengo un asunto urgente que resolver en el hotel de los Alpes. R.

No decía cuándo volvería ni que los echaría de menos a ella y a Luca.

Claro que no eran adolescentes mandándose notas de amor en clase, pero, de todos modos… A ella le hubiera gustado algo más personal.

Sobre todo tras la noche que habían pasado juntos. Él seguía insaciable, incluso al amanecer. La despertó para saber si seguía ofreciéndole la boca. Ella se lo aseguró en un susurro. Y lo que siguió fue revelador de la facilidad con la que ella podía traspasar sus propios límites sexuales y del apasionado amor que sentía por él. Renzo acabó temblando y volviendo a elogiarla por su «competencia».

Casi la destrozó despertarse sola en la cama, con el cuerpo agotado y dolorido y sin poder ver y besar al hombre del que se había enamorado.

Con los ojos llenos de lágrimas, se levantó. Al llegar al hospital, le dijeron que se podía llevar a Luca a casa.

Llamó a Massimo y a su madre, que llegaron, muy contentos, inmediatamente.

Mimi sabía que podía haber esperado a que volviera Renzo, pero, como era muy cobarde, intentó evadirse de los sentimientos que le inspiraba, dedicándose por entero a su hijo.

O tal vez no fuera cobardía, sino instinto de supervivencia. Debía demostrarse a sí misma que una noche apasionada no la había vuelto estúpida ni incapaz de hacer lo que había que hacer; que la pasión de Renzo por ella no le había cambiado la mente ni su verdadera naturaleza.

«La pasión, no el amor», se dijo.

Llevaban mucho tiempo esperando que Luca llegara a casa. El niño era la razón por la que estaban juntos.

Así que se lo llevó a casa, con la ayuda de la madre de Renzo y de su hermano y un pelotón de enfermeras y niñeras que su esposo había contratado.

Renzo se había casado con ella porque era una mujer sensata y capaz que no creía en el amor. Se había portado con una inmensa amabilidad, la había consolado y demostrado una enorme pasión precisamente porque no esperaba que se convirtiera en una criatura sensiblera y enamorada.

¿Y había alguna garantía de que esos nuevos y extraños sentimientos no le causaran más dolor, de que no se volviera a sentir rechazada? Ya había tenido suficiente para toda una vida, gracias a su madre.

Se dijo, mientras apoyaba el rostro en el vientre de su hijo, que ella no cambiaría en absoluto. No consentiría que el amor por su marido la pusiera en ridículo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras le cambiaba el mono a Luca, pero fingió que eran de alegría por la vuelta del niño a casa.

Renzo entró de puntillas en el dormitorio, iluminado por la luz de la luna, como si fuese un ladrón.

Estaba frustrado y enfadado consigo mismo, porque se había dado cuenta de que era la intensidad de lo que sentía por Mimi lo que había hecho que se marchara, por lo que se había perdido la salida del hospital del su hijo. Había estado fuera dos días, pero le parecía una eternidad.

La lamparilla de la mesilla de su lado estaba encendida. Lo que vio le encogió el corazón.

Luca estaba dormido, envuelto en una manta. Mechones de negro cabello le sobresalían del gorro. En la regordeta carita destacaba la recta nariz. A su lado, con los dedos rozándole el vientre, como si no soportara no tocarlo, estaba su esposa, con la cabeza apoyada en el brazo doblado.

Dos vidas brillantes e inocentes que habían entrado en la suya por casualidad, sin que él supiera que deseaba que formaran parte de esta.

Apartó un mechón de la frente de Mimi, con el deseo de que se despertara y le exigiera explicaciones de su huida.

Porque había huido, como un cobarde.

Tras haberla utilizado toda la noche, tras haber saciado repetidamente su deseo en su cuerpo aún no recuperado del todo.

No esperaba perderse en ella de aquel modo, hallar tanto su salvación como su destrucción en sus suaves sonrisas, sus apasionados besos y su cálido cuerpo.

Pero no debería haberlo sorprendido que Mimi fuera tan generosa y apasionada en la cama como lo era en cualquier otro sitio. Y él estaba tan descontrolado, tan necesitado, que incluso la había despertado al amanecer para pedirle sexo oral.

Se negaba a arrepentirse. Ella lo odiaría si lo hiciera, porque ella lo había tratado como a su igual. Por la mañana se había despertado en brazos de ella.

La luz del sol le iluminaba las ojeras y las marcas que le había dejado en el cuello y el pecho. Entonces, él se percató de por qué lo había alterado tanto ver a Rosa la noche anterior.

La verdadera trayectoria de su vida había comenzado cuando ella rechazó su amor y un futuro con él.

Proporcionar lo que necesitaban a quienes lo rodeaban se convirtió en su identidad. Si él no hubiera decidido salvar la empresa y la economía familiar, ninguno de ellos viviría tan lujosamente como lo hacían.

Pero su gran esfuerzo durante años, su negativa a parar ni un solo día a descansar o divertirse, lo había transformado únicamente en eso: un hombre que solucionaba problemas ajenos, cuyo único valor

residía en su fortuna y su poder, que no deseaba ni entendía relaciones más profundas.

Estaba rodeado de gente que necesitaba algo de él. Su hermosa y valiente esposa había destacado en aquella maldita fiesta por un motivo concreto que lo dejó descolocado.

¿Qué necesitaba Mimi de él? ¿Qué podía ofrecerle para que aceptara unirse a él voluntariamente y para siempre?

Su arrogancia lo había llevado a asumir que ella se quedaría porque él así lo deseaba.

Si la frenética noche de amor le había aclarado algo, era que se estaba enamorando de ella y de la familia que estaban formando. Y que no tenía nada que ofrecerle para que se quedara.

Ella era reacia a casarse y había cedido porque él la había obligado a entender lo que significaba que fuera a tener un hijo suyo. Y no había exagerado.

Luca y ella necesitaban protección. Pero el interés de los medios por ellos no tardaría en decaer y el año del acuerdo acabaría.

Lo abrumaba la posibilidad de perderla, de saber que no había nada que pudiera ofrecerle para que se quedara cuando llegara ese día.

Así que se marchó, con la excusa de los problemas del hotel, para pensar y urdir un plan, sin conseguirlo.

Se acostó al lado de su hijo y le acarició la mejilla con la punta del dedo. No quería despertarlo. Después acarició la mejilla de Mimi con el mismo dedo. Respiró libremente por primera vez desde hacía días. No soportaba separarse de ellos.

Al día siguiente se mantendría a distancia hasta descubrir cómo hacer más llevadero el dolor.

La noche siguiente, Mimi se detuvo en el umbral de la habitación como si la viera por primera vez, aunque, en realidad, preparándose para lo que iba a contemplar.

La habitación del bebe era discretamente elegante. Las paredes estaban pintadas de gris claro y un móvil de góndolas venecianas colgaba sobre la blanca cuna.

En un rincón había un sillón, al lado de una estantería con libros infantiles que ella había empezado a coleccionar antes del nacimiento de Luca. El suelo de madera brillaba tenuemente bajo la luz de una lámpara de mesa.

Cerca de la ventana que daba al Gran Canal, Renzo estaba tumbado en la alfombra sosteniéndose sobre el codo. Había regresado la noche anterior, tarde, y ella se había marchado del ático antes de que se despertara, ciñéndose a su horario de trabajo.

Renzo estaba descalzo y llevaba unos vaqueros y un jersey negro que se le ajustaban a su perfecto cuerpo. Ya llevaban dos meses casados, pero a ella la seguía afectando su presencia, su *sexy* masculinidad.

Luca, envuelto en una mantita, miraba a su padre con los ojos muy abiertos. La voz de Renzo era un murmullo tranquilizador. Le cantaba una canción de cuna en italiano.

Solo había estado fuera dos días, pero, después de haber llevado a Luca a casa, Mimi se dio cuenta de lo sola que se sentía.

Se conmovió ante la escena.

–Se os ve muy a gusto.

Renzo alzó la vista y se le oscureció la mirada al verla.

–Pues tú pareces agotada.

Mimi rio, entró en la habitación y se arrodilló al lado de ellos. Inmediatamente le llegó el olor a polvos de talco del niño y el de la colonia de su esposo. La oleada de amor que sintió por ambos la abrumó.

–Odio empezar a hacer ejercicio con el entrenador. Solo al acabar me siento bien. –Suspiró y frotó el rostro contra el vientre de Luca–. Estaría bien sentir la subida de la adrenalina antes de hacer las cosas difíciles, ¿no te parece? Nos recordaría que merece la pena llevarlas a cabo.

Renzo no contestó. Ella se preguntó si se debía a que estaba de acuerdo o a que no le importaba. Se le empañaron los ojos y parpadeó con fuerza.

Él la había arrastrado al matrimonio contra su voluntad, le había demostrado lo maravillosa que podía ser la relación, pero se había

ido distanciando de ella, que quería exigirle una explicación. Claro que él no había hecho nada que incumpliera los términos del trato.

Era ella la que había cambiado totalmente. Y aunque era culpa suya, no podía vivir sabiendo que lo quería y que él no la correspondía.

Se tumbó al lado de Luca, le agarró la mano y se la frotó con la nariz.

–¿De qué hablabais?

Renzo se incorporó y tomó al niño en brazos, que comenzó a gorjear. Parecía minúsculo en sus musculosos brazos, aunque ella sabía que Renzo controlaba su fuerza.

Era lo mismo que hacía con ella, a pesar de que lo había visto muchas veces perder el dominio de sí mismo para satisfacer sus necesidades, lo que hacía desaparecer su instinto de protegerla. Sabía lo exigente que podía llegar a ser.

–Le estaba hablando de Venecia, que suena diferente cuando empieza a hacer frío. Se oyen menos barcos por la noche y a menos gente cruzar los puentes.

Mimi sonrió.

–¿Crees que lo ha entendido?

–Desde luego –contestó él, sin mirarla a los ojos–. Está muy adelantado para su edad.

Ella rio mientras acariciaba los pies de Luca.

–No me imaginaba que en pocos días pudiera cambiar tanto de aspecto –dijo él en tono de admiración–. Cada día observo algo nuevo. Por ejemplo, cómo nos mira ahora, como si supiera que somos suyos.

A Mimi se le hizo un nudo en la garganta al mirar a su esposo. Había ternura en la expresión de su rostro al contemplar a su hijo, pero desaparecía cuando la miraba a ella.

Y Mimi deseaba que también la mirara así. Deseaba con desesperación ser algo más que la madre de su hijo, su sensata y competente esposa o su amante. Quería serlo todo para él.

–Creo que ya te reconoce.

Renzo rio.

–Probablemente se pregunta por qué hablo tanto.

Mimi sonrió y se acercó a Renzo hasta que sus hombreo se tocaron. Se produjo una sutil conexión entre ambos en aquel momento, que desaparecería en cuanto el niño no estuviera con ellos.

Y Mimi se percató de repente, a pesar de preguntarse si eso iba a perjudicar a su hijo, que ya no soportaba seguir viviendo así.

Capítulo 12

Qué es esto? –preguntó Mimi, dos horas después, mirando un sobre de aspecto oficial a su nombre que había en la almohada.

Habían tardado bastante en conseguir que Luca se quedara dormido en la cuna. Y ella se preguntó si su propia inquietud había sido la causa.

Ella se volvió y vio que Renzo se estaba desabrochando la camisa. Parecía cansado. Tenía arrugas alrededor de los ojos y la boca. La frustración que sentía ella desapareció inmediatamente.

Quiso tomarle el rostro entre las manos y besarlo en la boca; ofrecerle el consuelo que pudiera.

Sin embargo, no estaba segura de que él fuera a tomárselo bien, lo que le dolió inmensamente. Tampoco sabía si se tomaría bien que le dijera que lo quería. Nada en la vida la había preparado para aquello.

–No me digas que es otro regalo.

–La semana pasada me reuní varias veces con mis abogados. Era conveniente solucionar también esto. Y no entiendo qué tiene de extraño que un esposo se encargue de las cosas de su esposa. Eres tú quien dice que te hago regalos.

Sin añadir nada más, entró en el vestidor. Ella lo siguió. Empezaba a estar harta de jugar al ratón y el gato.

La ropa de diseño que colgaba en su lado del vestidor, así como los estuches de caras joyas, puso de relieve el problema que tenía con él: su insistencia en regalarle cosas, a pesar de sus protestas.

Como era la esposa de Rezo DiCarlo despertaba cierto interés, así que tenía sentido renovar el guardarropa, las joyas y los accesorios.

Se dijo que formaba parte de la farsa en que a veces participaba, ya que él, tanto si estaba vestida de diseño como si llevaba los *leggins* negros y las camisetas anchas habituales, la miraba del mismo modo.

Renzo había comenzado regalándole, antes del nacimiento de Luca, cámaras de última generación y otros accesorios para su trabajo que la habían dejado con la boca abierta.

Al principio se negó a aceptarlos, pero él la convenció besándola y diciéndole que, si se tomaba su carrera en serio, debía invertir en un equipo adecuado.

Después habían buscado una casa, una finca al lado de lago Como, porque Renzo insistió en que, con el tiempo, Luca necesitaría más espacio para jugar del que había en el ático.

A continuación, había puesto la casa a nombre de ella., además de otra en Londres, porque tal vez tuviera que volver allí por trabajo, y necesitaban un lugar estable para Luca.

Ella volvió a protestar con todas sus fuerzas, pero él la convenció de nuevo diciéndole que ambas propiedades eran el regalo de bodas que no le había hecho, donde podrían aumentar la familia, si así lo deseaban en el futuro.

Lo único que evitó que ella gritara que eso era lo que deseaba fue el extraño brillo de los ojos de él. Y de repente se dio cuenta del patrón.

Renzo le compraba cosas: ropa, joyas, propiedades y equipo para trabajar.

Renzo le compraba casas alejadas de Venecia, el lugar donde él pasaba la mayor parte del tiempo, su centro de operaciones.

¿Acaso intentaba mantener una educada relación a distancia? ¿Ya lo aburrían Luca y ella?

¿Le sentaba mal que Luca y ella lo necesitaran, dependieran de él, después de todas las responsabilidades que había asumido a lo largo de su vida?

Se volvió para exigirle que le dijera la verdad, pero se quedó inmóvil.

Él se había quitado la camisa y la luz de la araña le iluminaba cada músculo.

Incluso en aquel momento, Mimi sintió el urgente deseo de lanzarse sobre él, clavarle las uñas, perderse en sus besos y pedirle que la penetrara hasta que le desaparecieran todas las dudas.

Cuando estaban uno en brazos del otro, era incuestionable que él quería que formara parte de su vida, que la deseaba.

Ella notó que estaba tenso.

–¿Qué te pasa? ¿Massimo vuelve a tener problemas?

–No, parece que tenías razón sobre él. Se ha disculpado por haber perdido el control en los últimos meses. Dice que echaba de menos a Santo. Ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta de que debíamos haber hablado de lo mucho que añorábamos a nuestro hermano.

–Tú tienes un montón de responsabilidades que atender. ¿Cuál es la excusa de Massimo?

–La tiene –contestó él quitándose los pantalones y el bóxer, seguro de su cuerpo y su desnudez. Se puso unos pantalones de chándal.

–¿Cuál es?

–Parece que yo lo intimidaba.

–Es posible. Te guías por criterios riguroso e implacables. A un simple mortal le puede resultar difícil complacerte.

–Tú siempre lo logras, *cara*.

Mimi se sonrojó.

–A pesar de tus rigurosos criterios, me dejas mucha libertad de acción. A veces, es difícil saber lo que piensas, Renzo.

–Para ti no lo es.

–Solo me lo permites hasta cierto punto. Controlas en buena medida lo que yo o cualquier otro percibimos de ti. Se te da de maravilla.

Él no contestó inmediatamente. Ella noto la tensión que se había creado entre ambos.

–¿Así que el hecho de que mi hermano ni siquiera intente comportarse como una persona adulta y madura se debe a mis rigurosos criterios? –preguntó él, enojado porque ella defendiera a Massimo.

–No he dicho eso. Se le da bien salir de un apuro cuando sabe que ha obrado mal. Es encantador. Y, sinceramente, con Santo tan centrado en su vida y tú en tus negocios, no me extraña que haya perdido el rumbo.

–Deberías haber estado allí para hacer de árbitro de la discusión.

Mimi agarró una vieja sudadera de él y se la puso.

–Te presta atención –prosiguió Renzo–. Creo que está un poco enamorado de ti.

–No seas absurdo. Tenemos intereses comunes. Aunque te burles de él, va en serio con la fotografía. Dale una oportunidad.

Él asintió.

–¿Y Chiara? –Mimi sabía que él necesitaba hablar de su familia–. Tu madre ha venido a vernos regularmente, pero no habla de Chiara. Yo tampoco. Sé que debería hacer las paces con ella, pero, con la llegada de Luca a casa, he estado muy ocupada y…

Renzo le agarró las manos y se las apretó. Mimi creía que la iba a atraer hacia él y a abrazarla, pero la soltó.

El dolor que le produjo que lo hiciera le resultó insoportable. ¿Por qué solo la acariciaba en un contexto sexual? ¿Qué había sido del Renzo que la provocaba y se burlaba de ella? ¿Por qué pasaba tanto tiempo lejos de Luca y de ella, cuando era él quien había insistido en que se casaran?

¿Lo había hecho únicamente para controlar la situación y a ella?

–Yo tampoco he hablado con Chiara. Y he pagado las deudas de su marido, por si te preguntabas si había cumplido mi amenaza. Mi madre dice que puede que pida el divorcio. Chiara se lo ha buscado, pero debe tomar una decisión sobre si va a continuar o no.

Hizo una pausa y alzó la mano como si quisiera detener la siguiente pregunta de ella. Siguió hablando en tono resignado.

–He renunciado a controlarles la vida. Si tienen problemas, los ayudaré. Pero se acabó el esperar que se comporten como es debido, que enmienden los errores ni que me entiendan.

Mimi lo siguió al dormitorio. Volvió a mirar el sobre.

–Ábrelo –dijo él.

Ella lo hizo y echó un vistazo a los documentos. Entendió lo suficiente para que le pareciera que le quemaban las manos y los

arrojó a la cama.

–¿Por qué vas a poner todo ese dinero a mi nombre? Ni siquiera soy capaz de convertir la cantidad a libras. No te he pedido que lo hicieras.

–Estás exagerando.

Mimi se enfadó tanto al oírlo que solo pudo soltar un bufido.

–Los hijos de Chiara también tienen un fondo fiduciario, así como Massimo. He creado uno para Luca y ese es para ti.

–¿Por qué? ¿Tienes intención de divorciarte de mí dentro de poco? ¿Temes que te pida demasiado?

–Claro que no. Fuiste tú la que estableciste el plazo de una año, no yo.

Mimi lo fulminó con la mirada.

–¿No te han dicho que lo último que debes decirle a tu esposa es que exagera?

–Exageras cuando te regalo algo. Ya hemos pasado por esto, Mimi. Soy rico y me gusta hacer regalos a mi esposa. Deberías aceptarlos con elegancia.

–No, porque me parece que intentas comprarme por algún motivo. Cuando propusiste este acuerdo, te dije que no quería nada de ti, salvo que me ayudaras a criar a Luca cuando nos separásemos.

Él no dijo nada.

–¿Así que quieres que nos separemos? Las viviendas que me has comprado en distintas ciudades, los viajes de más de un día que haces, que nunca estés aquí para…

–¿Que nunca estoy? ¿Me estás diciendo que no cumplo con mi deber de padre y esposo?

«Deber», ahí estaba de nuevo esa palabra.

La odiaba, pero le daba la respuesta a las preguntas que la acosaban día y noche.

Ella únicamente era y sería para él una responsabilidad, otra carga que asumir. Y tal vez porque de momento le resultaba una novedad, o porque le proporcionaba un sexo conveniente y sin problemas, él le pedía y le ofrecía intimidad física.

¿Cuánto duraría si la consideraba un deber más de la lista, si no había nada más?

Una lágrima se le deslizó por la mejilla. No sabía cómo volver a lo que habían tenido. Ni siquiera estaba segura de que no hubiera sido un espejismo producido por el pesar compartido de haber perdido a sus hermanos y el amor de la vida inocente que habían traído al mundo.

–Quiero irme a Londres en Navidad y llevarme a Luca –le espetó ella, que había llegado al límite de su paciencia.

Él alzó bruscamente la cabeza y la miró durante unos segundos sin decir nada.

Mimi se cruzó de brazos y miró por la ventana. Fuera, el mundo seguía su curso, mientras que el de ella se había desmoronado.

–Uno de los documentales que hice durante el embarazo, sobre cuidados prenatales para mujeres de entorno socioeconómico precario, es candidato a un premio. El banquete se celebra unos días antes de Navidad en Londres. Tengo que ir y quiero llevarme a Luca. Mis amigos quieren conocerlo y yo necesito un descanso.

–Un descanso, ¿de qué?

–De estar aquí enjaulada –contestó ella mirándolo a los ojos.

«Por favor, pídeme que no me vaya y que solucionarás lo que va mal entre nosotros».

–¿Cuánto tiempo estarías fuera?

–No lo sé. Ahora estás muy ocupado con la construcción del nuevo hotel. Y yo necesito volver a mi vida durante un tiempo. Luca es lo más importante de mi vida y hay cosas que debo aclarar con mi madre. Llevo mucho tiempo huyendo de mi casa.

–¿Y no es lo que quieres hacer ahora? –preguntó él en tono cortante. No la dejó responder–. Haz lo que quieras, pero hazme el favor de alojarte en el piso de Londres que te acabo de comprar. –Hizo una mueca–. ¡Qué previsor he sido!

Dicho lo cual, se marchó.

Sin discutir ni amenazarla.

Dejó a Mimi sola con su hijo.

Capítulo 13

El elegante Bentley se detuvo ante la puerta del Mayfair Grand DiCarlo. Londres resplandecía lleno de luces navideñas que parpadeaban en la llovizna.

Dentro del coche, Mimi, helada, sostenía el premio en las manos.

Había ganado el premio al mejor documental.

Debería estar eufórica. Debería haber disfrutado de los aplausos, los brindis con champán y las felicitaciones. Pero solo pensaba en él.

Cuando dijeron su nombre, la sala del banquete estalló en aplausos, puesta en pie. Sus padres, sus compañeros de profesión y sus amigos la vitorearon.

Era un logro en un carrera aún corta, y estaba orgullosa, pero no se sentía feliz.

Le parecía estar presente en cuerpo, pero no en espíritu. Era como si estuviera representando un papel. Llevaba así desde la semana anterior, cuando se había marchado de Venecia.

La única persona con la que habría querido compartir su alegría no estaba.

Renzo no estaba.

Fu él, durante las semanas que Luca estuvo en el hospital, quien le pidió que le hablara de su nuevo proyecto y que lo presentara al concurso, cuando ella estaba prácticamente convencida de que no lo haría. Gracias a él envió la solicitud.

«No solo tienes talento, *cara*, sino también una perspectiva única. Deja que el mundo la conozca».

¡Cómo había deseado ver su rostro entre la multitud, correr a sus brazos y volver a oír su voz susurrándole al oído! Oírle decir de

nuevo que era su inteligente, competente y *sexy* esposa y ver el orgullo reflejado en sus ojos.

Pero no estaba allí.

Y no la había llamado ni una sola vez desde que se había marchado. La niñera se encargaba de que él hablara con Luca por la mañana y por la tarde.

Sin embargo, al recoger el premio y contemplar la multitud entre los flases de las cámaras, le pareció divisarlo durante unos segundos, observándola con la intensidad que siempre le aceleraba el pulso.

Al bajar del escenario lo buscó, sin encontrarlo. Renzo no estaba, por supuesto.

Había sido otro espejismo que su amor por él le provocaba para tranquilizarla.

Se estaba volviendo loca. Lo veía donde no estaba y lo oía cuando no era él quien hablaba.

El conductor del Bentley carraspeó. Mimi se percató de que el vehículo se había detenido frente al hotel.

Al día siguiente era Nochebuena. Y aunque lo único que deseaba era meterse en la cama y esconderse bajo las mantas hasta que llegara el Año Nuevo, era la primera Navidad de su hijo.

Le debía a él, y a sí misma, celebrar que estaban juntos e iniciar nuevas tradiciones. Había perdido muchas cosas para no valorar lo que tenía.

Entró en el vestíbulo y, de repente, se quedó inmóvil. ¿No era Massimo el que salía del ascensor? ¿O volvía a imaginarse cosas?

Iba mirando el móvil que llevaba en la mano y se dirigió a la otra salida del hotel.

Si era él, ¿por qué no se había puesto en contacto con ella? Para empezar, ¿por qué estaba en Londres? Su madre no consentiría que estuviera fuera durante las fiestas, salvo que Renzo la hubiera convencido de que dejara que viajara con él.

Fue como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

Eso implicaba que Renzo estaba en Londres y que era él a quien había visto en la ceremonia. Estaba allí, oculto en la sombra, sin darse a conocer.

¿Cómo se atrevía a ocultarse como un ladrón? ¿Cómo se atrevía a jugar con sus sentimientos?

Mimi experimentó sentimientos encontrados: ira, nostalgia, angustia…

Predominó la ira. Se dirigió al mostrador de recepción con el pulso acelerado.

–Hola, una pregunta.

El recepcionista apenas la miró.

–Buenas noches, señora DiCarlo. ¿Necesita otra tarjeta de acceso? –Le dejó una en el mostrador, como si fuera algo rutinario.

Mimi se quedó sin respiración. La había llamado señora DiCarlo, como si supusiera que su esposo estaba allí, en su propio hotel.

Agarró la tarjeta con mano temblorosa y se montó en el ascensor. Cuando bajó, reinaba la oscuridad, salvo por la luz procedente del exterior que entraba por los ventanales. La habitación olía a su arrogante esposo.

Cuando finalmente lo vio, el pulso se le disparó.

Se hallaba al lado de una de las ventanas, con las mangas de la camisa remangadas y un *whisky* en la mano.

–Has estado en la gala, ¿verdad? –preguntó ella, sin andarse con rodeos.

–*Buonasera, cara*.

–Contestame.

–Sí –dijo él sin volverse a mirarla–. Enhorabuena. Estabas radiante. El discurso que diste… Todos se han dado cuenta de que te apasiona lo que haces.

–¿A qué juegas, Renzo? ¿Cuánto llevas en Londres? Estás jugando conmigo, con mis sentimientos.

Por fin, él la miró. Estaba muy tenso.

–No es mi intención hacerte daño ahora ni tampoco antes.

–Entonces, ¿te dedicas a espiarme?

–¿Por qué iba a hacerlo? –preguntó él en tono furioso.

A Mimi le gustó esa furia. Odiaba verlo cansado, quemado, derrotado, como le había parecido aquella noche en el dormitorio.

Diez días lejos de él le habían proporcionado una gran claridad de pensamiento. Cuando Renzo hablaba de su familia, lo hacía con

resignación, pero también con aceptación, ¿Era ella, entonces, la causa de su infelicidad?

¿Debería tener más paciencia, más valor y más fe en la relación? ¿En él y en sí misma?

Él le había dicho que estaba huyendo de nuevo. ¿Por qué no le había dicho que lo amaba?

–No he querido estropearte tu momento –dijo él devolviéndola al presente.

–¿Estropeármelo? –A ella se le quebró la voz–. Que estuvieras allí era lo único que habría hecho que aquello me pareciera real.

Él no dijo nada.

–¿Por qué has ido? ¿Por qué no me has dicho que estabas aquí?

–Porque soy un cobarde que sigue intentando hallar el modo de decirte que te quiero.

Ella se quedó sin respiración y se tambaleó. Renzo dejó el vaso de golpe y la agarró.

Renzo abrió la puerta del dormitorio de una patada y la cerró de la misma forma. No iba a molestarlos ningún empleado, desde luego, pero, como Massimo estaba allí, no quería correr riesgos.

Depositó suavemente a Mimi en la cama y se sentó a su lado. Ella se apartó y se sentó apoyándose en el cabecero. Se le subió el dobladillo del vestido dejando a la vista buena parte de sus largas piernas.

Él apretó los dientes y la miró a los ojos.

Tenía las mejillas arreboladas. El sedoso cabello le caía por los hombros. Estaba tan hermosa que era difícil mirarla y no acariciarla.

–¿Has dicho lo que me ha parecido oír? –preguntó ella, nerviosa.

Él asintió.

A Mimi se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿No te burlas?

A Renzo le partió el corazón verla tan dolida e incrédula.

–Nunca te he dicho nada que no sea verdad.

–Pero todos esos regalos…

–Después de la fiesta, me di cuenta de que me estaba enamorando de ti. Al ver a Rosa me percaté de que eras la única persona que no deseaba ni mi poder ni mi fortuna ni mi influencia. No tenía nada que quisieras, así que decidí que te colmaría de regalos para que vieras lo valioso que era que formara parte de tu vida.

–¡Qué lógica perversa! –dijo ella, con su sinceridad habitual–. No me hubieran importado tanto los regalos si no te hubieras apartado de mí, como si fuera otra carga de la que no pudieras librarte. Dejaste de provocarme, de acariciarme. Estaba desolada.

–¿Que no te acariciaba? –preguntó él negando con la cabeza–. ¡Pero si no puedo dejar de tocarte!

–El sexo no es la única intimidad que compartimos. De hecho, fue la última. Pero, de repente, salvo cuando teníamos sexo, dejaste de tocarme. Y aquí estaba yo, sabiendo que me había enamorado de ti, y tú ni me mirabas.

Renzo se quedó inmóvil.

–¿Me quieres?

Ella se secó las lágrimas.

–Me parece que lo haré eternamente.

–¿Por qué no me lo has dicho?

–Sabes que tengo problemas con mi madre. Sé que tu familia y la mía parecen ser el centro de nuestras vidas, pero te prometo que esta es la última vez que menciono a mi madre o a Pia.

Él le tomo la mano y le acarició los nudillos.

–Escucharé lo que tengas que decirme, *cara*.

–Mi madre me crio sola, porque mi padre ya la había abandonado. No es una mujer maternal. Le encantaba su profesión, actuar, y yo… –Mimi tragó saliva y bajó la vista–. Incluso de niña, odiaba que me prestara excesiva atención. No era cruel ni negligente; simplemente no me demostraba su amor.

Renzo le agarró las manos y le besó los nudillos.

–Deja de justificar su comportamiento.

–No lo hago. La última semana que pasé con ella, analicé las cosas con la perspectiva de una persona adulta y como madre. Ella

no contó con ninguna clase de apoyo. Hizo lo que pudo. Nos las habríamos arreglado de algún modo.

–Pero se casó con John y Pia entró a formar parte de vuestra vida.

Mimi soltó una carcajada.

–Pia… –susurró–. La adoré desde el principio. Era todo lo que yo no era: guapa, inteligente, ingeniosa, pero también mezquina y manipuladora.

Renzo rio a su vez.

–Mi madre y ella se llevaron de maravilla desde el primer día. No me importó. John era amable y encantador conmigo. Pero Pia me dijo que era su padre, no el mío, y que no iba a consentir que se lo robase. Sin embargo, no dudo de que ella me quería. ¿Sabías que fue quien me regaló mi primera cámara?

Renzo negó con la cabeza.

–Ahora me doy cuenta de que era muy insegura, lo que la hacía manipuladora. Quería a mi madre, a John e incluso a mí solo para ella. No podíamos querer a nadie más. Yo, de adolescente, no lo entendía. Cuando la descubrí besando a mi novio, perdí la seguridad en mí misma. No obstante, no tengo la certeza de que no la hubiera creído de haberme dicho que él llevaba tiempo intentando ligar con ella. Hacía que me diera cuenta de la verdad, aunque me partiera el corazón.

–La describes mejor de lo que era, Mimi.

–No. Por primera vez la veo claramente, no como a la niña a la que yo deseaba complacer y querer, sino como a una persona. Necesitaba aclararme a este respecto por Luca y por mí. Necesitaba entender que me quería a su modo y que yo la quería. Porque un día tendré que hablar a Luca de Santo y de ella. Creo que debe conocerlos, ¿no te parece?

Renzo asintió con los ojos húmedos.

Qué corazón tan fuerte y generoso tenía su frágil esposa.

–Para ser libre, tengo que analizar el pasado por última vez, examinar cómo mi madre y ella me hicieron ser quien soy. Tú, al mostrarme cómo podía ser la vida contigo, me diste el valor que necesitaba para hacerlo.

–¿Ser libre para qué?

–Para atreverme a quererte para mí, Renzo. –Las lágrimas volvieron a rodarle por las mejillas–. Para tener el valor de decirte que me había enamorado, a pesar de mis esfuerzos por no hacerlo, y para confiar en mí misma y en ti lo suficiente para saber que tú también me quieres.

Nada en el mundo lo habría detenido en ese momento. Se acercó a ella y la abrazó.

Se dieron un beso torpe, rápido y salado, pero él no podía pasar ni un minuto más sin besarla y abrazarla.

La tumbó en la cama y dejó que notara su peso y su deseo. Le besó la frente, los ojos, las sienes, las mejillas y, de nuevo, los labios.

Esa vez se besaron lenta y suavemente, mientras ella le acariciaba la espalda.

–Te quiero, *cara mia*, con todo mi corazón. La idea de que me dejes en el futuro me saca de quicio. Me he distanciado de ti porque sabía que te estaba fallando, cuando lo único que debería haber hecho era decirte que te quiero.

–Por favor, no vuelvas a hacerme eso. No vuelvas a distanciarte tras haberme demostrado cómo puede ser el amor y lo feliz que puedo ser contigo.

Renzo apoyó la frente en la de ella.

–Nunca más. Eres mía: tu inteligente cerebro, tu dulce boca, tu voluptuoso cuerpo, tu alma luminosa… Eres mía toda entera. Y no voy a volver a perderte de vista en mi vida.

Más tarde fueron a recoger a su hijo a casa de John y la madre de Mimi.

Sentada en el regazo de Renzo, en el asiento trasero del Bentley, Mimi lo abrazó mientras él le decía que volverían a Venecia esa noche y celebrarían la Navidad solos.

Había decidido que nadie los interrumpiría.

–¿Ni siquiera Massimo? –preguntó ella, que sabía lo apegado que se sentía Luca a su tío.

Renzo le aseguró que no iba a compartirla con nadie, ni siquiera con su encantador hermano.

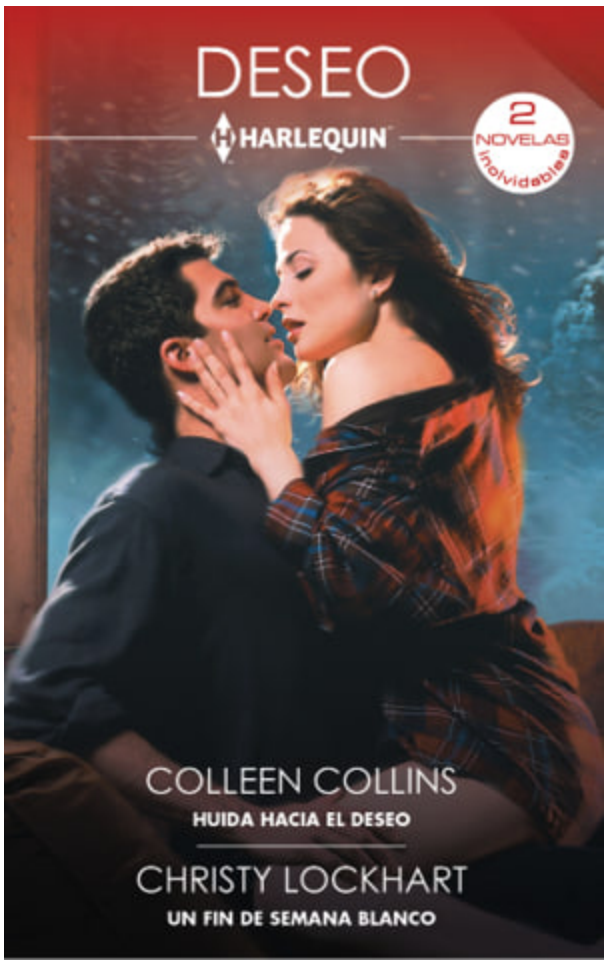
Mimi le dijo que estaba celoso y que su actitud era autoritaria y prepotente.

Él la besó, y ella decidió que le daba igual cómo se comportara si la besaba, la abrazaba y la quería como lo hacía.

Como si ella fuera el sol, las estrellas y el cielo, todo junto.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Portadilla

BIANCA™

AMANDA CINELLI

UNA CARRERA CONTRA EL DESEO

HARLEQUIN™

Capítulo 1

Nina Roux mantuvo una educada sonrisa en sus labios hasta que estuvo a suficiente distancia de las intensas luces del pabellón de la prensa. El centro de operaciones de la Elite One de Montecarlo estaba relativamente desierto tras la desastrosa carrera del día anterior, en la que diez pilotos se habían estrellado.

Por suerte, nadie había resultado herido de consideración; nadie salvo el principal piloto de la escudería Falco Roux y, como ella era su sustituta, se acababa de encontrar con la única ocasión que había tenido hasta entonces de participar en las carreras. Y aunque Nina no era tan insensible como para alegrarse del accidente de su compañero, estaba decidida a aprovechar la situación.

Durante la reunión informativa de la mañana, había lucido con orgullo el polo y los chinos de la indumentaria oficial del equipo, de color blanco y granate. Todo parecía indicar que sería ella quien condujera durante las siete carreras que faltaban para el final de la temporada. Le iban a dar la oportunidad que merecía tras graduarse como mejor piloto de la academia a los dieciocho años y trabajar un lustro entero en el departamento de pruebas y desarrollo.

De hecho, ella no era la única persona que lo esperaba. Sus compañeros de equipo le habían estrechado la mano en gesto de felicitación, y Nina estaba encantada cuando empezó la rueda de prensa. Estaba segura de que la noticia importante que había anunciado la dirección de la escudería era su ascenso inmediato.

Pero ¿cómo lo anunciarían? ¿Dirían que era la primera Roux que se ganaba un puesto en el equipo de su familia tras el fallido intento de su hermano, del que ya habían pasado diez años? ¿O hablarían del más impactante detalle de que sería la primera mujer que

participara en el Elite One desde la experiencia de su tía, Lola Roux, quien había dominado el campeonato veinticinco años atrás?

Lamentablemente para ella, la dirección no había convocado esa rueda de prensa para anunciar su ascenso, sino la contratación de un piloto nuevo, como acababa de escuchar: Apollo Accardi, un campeón del mundo que había estado lejos de los circuitos durante seis años y que, para empeorar las cosas, era el nieto del propietario de su principal rival, el equipo Accardi Autosport.

La noticia la había dado el nuevo dueño de Falco Roux, Tristan Falco, quien lejos de molestarse en acudir a la rueda de prensa, había informado a los medios por videoconferencia. Nina se había quedado atónita al ver su atractivo y bronceado rostro y su oscuro y perfectamente peinado cabello rubio en la pantalla. No sabía desde dónde estaba hablando, pero supuso que estaría en algún lugar remoto; seguramente, en uno de sus famosos yates.

Desde luego, se habían oído bastantes rumores sobre el posible regreso del legendario piloto, pero Nina los había desestimado. Le había parecido demasiado increíble para ser verdad. Y ahora resultaba que Apollo había regresado y que le había robado la oportunidad de convertirse en líder permanente del equipo.

Sí, tal como esperaba, sería ella quien sustituyera al piloto accidentado durante las carreras siguientes; pero, cuando Apollo Accardi llegara y se familiarizara con el coche, le quitaría el puesto.

La desesperación de Nina era tan absoluta que, al final, se había levantado de la silla y se había marchado, haciendo caso omiso de la recriminatoria mirada de la jefa de relaciones públicas. Estaba tan tensa que se le doblaban las piernas y, por supuesto, las cámaras se cebaron con ella, esperando que la mujer a quien la prensa llamaba «la princesa de hielo» se enrabietara o montara una escena.

Así que sonrió.

Sonrió mientras pasaba con toda tranquilidad frente a la fila de periodistas; sonrió mientras atravesaba el impresionante centro de operaciones, y solo echó a correr al vacío vestíbulo, lleno de trofeos, carteles y banderolas con los colores del equipo: el blanco y el granate que su familia había hecho famosos hasta que un impulsivo y mujeriego multimillonario había aparecido de repente y había

hecho una oferta que Alain, su hermano mayor, no había podido rechazar.

Cuando salió del edificio, estaba lloviendo; pero Nina siguió adelante sin preocuparse por la lluvia, caminando el ritmo de los feroces latidos de su corazón. Y no se detuvo hasta llegar a su caravana, situada en uno de los extremos del complejo.

Solo entonces, dejó escapar el grito que había estado refrenando.

No podía creer lo que había pasado. Aquello era el mayor desastre que había sufrido el equipo en muchos años, y su propietario ni siquiera se había molestado en estar presente. Aunque, por otra parte, no había sido ninguna sorpresa, porque Tristan Falco se había mantenido al margen de todas las reuniones y carreras desde que había sustituido a Alain al frente de Falco Roux.

Famoso por adquirir y renovar la imagen de empresas con dificultades para venderlas después por enormes sumas de dinero, Tristan Falco había creído que su forma de actuar funcionaría igual en el mundo del automovilismo; pero, como demostraban su creciente impopularidad y la caída de beneficios, se había equivocado por completo.

Por lo visto, ella era la única persona que estaba dispuesta a decirle por qué; y se lo habría dicho si conseguir una reunión con él no hubiera sido un objetivo imposible.

De no haber estado tan frustrada con la dirección del equipo, Nina no habría perdido el aplomo esa mañana; pero lo estaba y, por mucho que respetara a Apollo Accardi, no iba a olvidar lo que le habían hecho. Ella era la piloto de reserva, y lo había sido durante mucho más tiempo que ninguno de los pilotos con licencia para participar en el campeonato.

Los hechos demostraban que no tenía futuro en el equipo; no si Falco estaba dispuesto a pagar a un piloto externo lo que probablemente sería el triple de su salario. Y encima tratándose de alguien que tendría que empezar de cero, porque desconocía el coche. El coche que ella había ayudado a desarrollar. El coche con el que había quedado en primer lugar en la Legends, después de que un excampeón mundial, Grayson Koh, la eligiera como segunda piloto.

Si eso no era suficiente, nada lo sería.

Pensándolo bien, cabía la posibilidad de que le hubieran hecho un favor. Se había aferrado demasiado tiempo a la lealtad familiar. Además, su academia de conducción para chicas estaba al borde de la quiebra, porque había perdido su herencia y las acciones de la empresa por culpa de las dificultades financieras que habían llevado a su hermano a aceptar la oferta de Tristan Falco.

Al principio, Nina había creído que Alain había vendido el equipo y la había arruinado a ella en un intento desesperado por salvar la empresa; pero la realidad era bastante más oscura, como demostraba el hecho de que ahora estuviera viviendo en Ibiza, en uno de los yates del propio Falco. Seguramente, como resultado de las negociaciones secretas que habían terminado con la conversión del equipo más antiguo de Mónaco, Roux Racing, en Falco Roux.

Nina cerró la caravana de un portazo y, un instante después, la puerta se volvió a abrir. Era Astrid Lewis, la jefa de relaciones públicas, cuyos verdes ojos brillaron con furia tras sus gafas de diseño. En ese momento, era la viva imagen de la indignación.

–Antes de que digas nada, he hecho lo correcto al abandonar la rueda de prensa –afirmó Nina.

Aún estaba decidida a cambiarse ropa y marcharse tan deprisa como pudiera. Los periodistas no la seguirían hasta la casa de su difunta tía, que estaba en el sur de Francia; y si se quedaba en Montecarlo, no la dejarían en paz.

–Tu contrato te obliga a quedarte en las ruedas de prensa hasta el final –le recordó Astrid–. Acabamos de anunciar un cambio crucial en el equipo, tras el peor accidente que ha sufrido un piloto esta temporada.

Nina se obligó a morderse la lengua. Sabía mejor que nadie lo que pasaba cuando se atrevía a hablar con libertad. Era perfectamente capaz de controlar su mal genio, pero no lo controlaba tan bien en presencia de la injusticia. Había trabajado muy duro, y merecía una recompensa por sus esfuerzos. Sin ella, sin los cientos de horas que había pasado con los ingenieros del equipo, no habrían conseguido tener su mejor coche en muchos años.

Sin ella, no habrían tenido la posibilidad de ganar el campeonato de constructores.

Y no, no se iba a quedar de brazos cruzados mientras el equipo hablaba sobre lo entusiasmados que estaban con su nuevo piloto. No se limitaría a sonreír, estrechar manos y hacer de chica buena ni un segundo más. Era lo que había hecho durante toda su carrera. ¿Y adónde la había llevado eso? Como rezaba el dicho, la definición de locura era hacer lo mismo una y otra vez y esperar un resultado diferente.

Desgraciadamente, su sentimiento de lealtad la había llevado a firmar un contrato ridículo que la obligaba a seguir en Falco Roux hasta que cumpliera veinticinco años. Sin embargo, ahora sabía que no podía quedarse tanto tiempo. No podía desperdiciar dos años más en un sitio donde no reconocían su talento ni le concedían ninguna oportunidad. Quizá le iría mejor en otro equipo, en uno que la tratara con respeto.

Pero había una persona que la podía liberar.

–No me gusta tu mirada, Nina –dijo Astrid con cautela–. Sé que la decisión que se ha tomado te parecerá injusta, pero te aseguro que responde a un plan. Tristan Falco sabe lo que está haciendo…

–No menciones ese nombre delante de mí. Ni siquiera ha tenido la decencia de hablar ni una sola vez conmigo desde que se quedó con la empresa de mi familia.

Astrid tuvo el detalle de apretar los labios y guardar silencio; y Nina se alegró, porque no quería descargar sus frustraciones con ella. Aunque no se podía decir que fueran amigas, la había tratado bien desde el principio, cuando las dos eran recién llegadas a un mundo tan masculino como el de las carreras.

–Por favor, dime lo que pretendes hacer –le rogó Astrid–. Por si tengo que tomar medidas por mi parte para contrarrestar las posibles consecuencias negativas.

Nina ya se disponía a tranquilizarla cuando su teléfono móvil empezó a sonar. Era un mensaje de texto y, cuando lo leyó, se alegró al instante. Acababa de recibir la noticia que estaba esperando, una invitación de última hora para asistir a una fiesta de disfraces que se iba a celebrar en París esa misma noche.

Si se marchaba ya, llegaría a tiempo. Podría tomar cartas en el asunto, y Tristan Falco se enteraría de quién era ella.

–No te preocupes, Astrid. No pasará nada malo –dijo mientras guardaba sus cosas en una bolsa deportiva–. No si Tristan Falco es tan buen hombre de negocios como afirma ser. Y ahora, si me disculpas, me tengo que ir al aeropuerto.

Cuando la limusina de Nina se detuvo delante del Museo de Artes Decorativas de París, el cielo de la ciudad se había teñido de tonos rojos, morados y naranjas. Lo único bueno que había sacado de los cuatro años que había pasado en un internado de los Alpes suizos era la red de mujeres poderosas con la que ahora estaba en contacto. Y una de esas mujeres era Hermione Hall, la estilista que le había conseguido la invitación para asistir a ese acto.

Como la invitación en cuestión era originalmente para una modelo que se había puesto enferma a última hora, exigía llevar un vestido de alta costura, y Nina se volvió a mirar en el espejo, tras una hora de maquillaje y arreglos del vestido.

La gente de mundo de la moda eran verdaderos magos. No se le ocurría otra explicación, porque habían conseguido que una mujer tan agotada como ella pareciera ahora el no va más del glamur. Su vestido, una prenda de encajes y tul azul, se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel desde el cuello hasta la mitad del muslo, y los diamantes de su antifaz brillaban cada vez que se movía.

La mayoría de la gente se habría alegrado de tener la oportunidad de vestirse de ese modo e interpretar el papel de una supermodelo por una noche; pero ella, una mujer introvertida que además había tenido problemas con la prensa, no era de la misma opinión. Avanzar por la alfombra roja del exterior del museo, entre una multitud de fotógrafos y reporteros, se parecía bastante a su concepto del infierno.

A pesar de ello, se armó de valor cuando llegó el momento y empezó a caminar bajo la reconfortante mirada de los guardias de seguridad, que se aseguraban de que nadie se acercara demasiado a los invitados. Estaba allí por una persona en concreto, la única que

le importaba esa noche. Pero los famosos que se encontraban a su lado la distrajeron tanto que estuvo a punto de no verlo.

–¡Tristan! –gritó un fotógrafo de repente.

Los compañeros del periodista se sumaron inmediatamente al grito, intentando conseguir una foto del hombre del momento. Y Nina se quedó sin aire cuando el hombre en cuestión, que no llevaba máscara, pasó a su lado y le rozó la falda del vestido.

Su esmoquin blanco resaltaba enormemente entre el mar de prendas negras, y enfatizaba su bronceada piel y su oscuro cabello rubio. Era treinta centímetros más alto que todos los que lo rodeaban, y sus ojos azules brillaban como si fueran los de un ángel caído, enviado al mundo para conseguir que los seres humanos se sintieran inferiores en comparación.

En solo un instante, se había convertido en el dueño de la alfombra roja. Un dueño que se había presentado con cuatro mujeres impresionantes que se aferraban a sus musculosos brazos.

¿Quién diablos necesitaba ir a un acto con cuatro acompañantes?

Fuera como fuera, Nina sintió una punzada de irritación al ver cómo le sonreían, cómo coqueteaban con él sin que él les prestara la menor atención. Desde luego, era consciente de que Tristan Falco alimentaba a propósito su imagen de mujeriego y de que, seguramente, no era amante de las cuatro mujeres a la vez; pero la forma en que lo tocaban parecía indicar cierto grado de intimidad.

¿Sería posible que se estuviera acostando con todas?

Nina lo miró descaradamente, haciéndose preguntas sobre las complicaciones físicas de hacer el amor con cuatro personas a la vez. Pero se rumoreaba que Tristan Falco era insaciable en la cama y, si eso era cierto, cabía la posibilidad de que cuatro mujeres fueran la cantidad necesaria para mantener su atención. Hasta era posible que su última novia lo hubiera dejado porque no era suficiente para él.

Su mente y su desbocada imaginación se empeñaron en evocar tórridas imágenes de Tristan Falco con sus cuatro supuestas amantes. Y le pareció tan absurdo que se le escapó una ruidosa carcajada.

En principio, era imposible que alguien la hubiera oído. La multitud era demasiado ruidosa. Pero un súbito cosquilleo la empujó a alzar la mirada de nuevo y, cuando lo hizo, descubrió que la estaba mirando de arriba a abajo, con una sonrisa en sus pecaminosos labios.

–¿Señorita Roux? –preguntó entonces una mujer.

Nina parpadeó, sintiéndose como si acabara de salir de un trance. Era una de las ayudantes de Hermione Hall, y parecía impaciente.

–Tiene que entrar ahora mismo, o ya no quedarán joyas adecuadas para el vestido que lleva –declaró.

Luego, la mujer la instó a avanzar, y Nina obedeció al instante, haciendo caso omiso del extraño cosquilleo de su nuca.

Para ser un hombre con fama de juerguista y mujeriego, Tristan Falco era un hombre extremadamente serio, que nunca perdía el control de sus emociones. Pero aquella noche estaba distraído.

En general, le gustaba ser anfitrión de las fiestas, un papel al que estaba acostumbrado desde pequeño, por ser el único hijo de una mundialmente famosa millonaria argentina, un icono de la moda internacional. Su madre, Dulce Falco, le había enseñado a manejar a la gente y a usar su encanto y su atractivo para hacer fortuna. Y Tristan llevaba mucho tiempo haciendo fortuna, pero su vida no estaba exenta de problemas.

Dulce estaba decidida a encontrarle esposa. Los recientes escándalos amorosos de Tristan no le habían hecho ningún favor al respecto y, para empeorarlo todo, Dulce estaba completamente concentrada en ello desde que se había jubilado y había abandonado el puesto de directora general de su querida empresa. Tanto era así que ni la organización de su propia boda en Buenos Aires le había sacado el asunto de la cabeza.

A decir verdad, Tristan había estado coqueteando últimamente con la idea de sentar cabeza y fundar una familia, pero la idea saltó por los aires cuando su exnovia se fugó con uno de sus primos. El escándalo había sido terrible y, de paso, él había llegado a la conclusión de que no estaba hecho para la vida doméstica.

Mientras lo pensaba, alcanzó una segunda copa de champán e intentó concentrarse en las tareas de la noche. Estaba extrañamente nervioso, y ese nerviosismo no tenía nada que ver con las presiones casamenteras de su madre, sino con la identidad de la misteriosa y bella mujer que había visto en el exterior del edificio.

Una y otra vez, se sorprendía buscando con la mirada a la mujer de azul. Le habían asignado una tiara de la exposición que combinaba a la perfección con su vestido. Tristan la conocía de sobra, porque formaba parte de la colección de joyas antiguas de Falco Diamonds que se exhibían esa noche, y hasta él mismo llevaba una de las piezas en la cabeza: una corona, elegida por su equipo de estilistas.

Tras beberse la copa de champán y hacer un gesto a un camarero para que le diera otra, su mirada volvió a recorrer la enorme sala del museo, intentando localizar al objeto de sus pensamientos. En esta ocasión, la misteriosa mujer se había detenido bajo una de las cúpulas, con su brillante antifaz de diamantes.

A su alrededor, la gente socializaba y establecía contactos, pero ella estaba completamente inmóvil, con la vista clavada en las luces del techo, como hechizada. Aunque también cabía la posibilidad de que le pasara lo mismo que a él: que habría preferido estar en cualquier sitio menos en ese.

Tristan se imaginó acercándose a ella y presentándose con su encanto habitual. Le contaría la historia de las coronas que llevaban puestas, inspiradas en un rey y la princesa que se había casado con él, respectivamente. Después, haría un comentario halagador sobre su vestido, clavaría la vista en sus ojos y daría paso al juego de la seducción. No tardaría mucho en quitarle la prenda azul y oírla gritando su nombre.

Al darse cuenta de lo que estaba pensando, se quedó atónito. Su libido ni siquiera se había despertado con el coqueteo y los tocamientos de las cuatro preciosas criaturas que lo acompañaban. Además, llevaba varios meses sin acostarse con nadie, y la última mujer con la que había salido había terminado por cansarse de su indiferencia y se había ido en busca de un hombre más atento. Pero aquella desconocida lo estaba volviendo loco.

–Hola, Tristan. ¿Por qué no me sorprende que, entre todo lo que te podías poner, hayas elegido una corona?

Tristan se puso al oír la familiar voz y sentir el contacto de las rojas uñas que se habían cerrado sobre la manga de su esmoquin blanco. Era Gabriela, su antigua amante argentina, quien se pegó a él y le dio un beso en la mejilla. Olía verdaderamente bien, y se tuvo que recordar que los olores más dulces podían ocultar los peores venenos.

–Vaya, has conseguido que te dieran una invitación. Qué sorpresa –declaró él con ironía.

–¿Sorpresa? ¿Es que Vic no ha hablado contigo todavía?

El hombre al que Gabriela se acababa de referir, Víctor Falco, se acercó a ellos en ese preciso momento.

–¿Cómo voy a hablar con él? Es imposible de localizar –dijo el recién llegado–. Por cierto, me estaba preguntando quién se habría puesto la corona que lleva… tendría que haber supuesto que eras tú, Tristan.

–Me ha parecido que los zafiros enfatizarían mis magníficos ojos –bromeó el aludido.

–¿Tus magníficos ojos? Más bien tu gigantesco ego –puntualizó Víctor, tomándole el pelo.

Tristan echó un trago de champán y dijo:

–No, eso sería imposible. Ningún ego resaltaría lo suficiente estando los vuestros cerca.

Víctor abrió la boca para contraatacar, pero una de las acompañantes de Tristan apareció en ese momento e insistió en llevar un fresón cubierto de chocolate a su boca. Luego, apareció otra y lo tomó del brazo, coqueteando.

–Me alegra observar que nuestra separación no te rompió el corazón –dijo Gabriela con tono de incredulidad.

–Heredar el control de una empresa multimillonaria potencia enormemente el atractivo sexual del afortunado –comentó Tristan.

–Sigues siendo tan encantador como siempre, ¿eh? –ironizó Víctor–. Pensaba que los recientes acontecimientos te habrían vuelto más serio.

–¿A qué acontecimientos te refieres, primo? ¿Al hecho de que mi madre me eligiera a mí para sustituirla en la junta de la empresa? ¿O a que haya tenido que asumir el cargo en mitad de un escándalo provocado por ti?

El ambiente se cargó de tensión. Víctor, que solo sacaba un par de meses a Tristan, había sido uno de sus mejores amigos; pero, en algún momento del año anterior, se había empezado a distanciar de él. Y parte de lo que explicaba dicho distanciamiento estaba en ese momento entre ellos: el enorme anillo de diamantes que llevaba Gabriela y su no tan enorme, aunque ya prominente, estómago de embarazada.

–Observo que se impone una felicitación –dijo Tristan, que no se había dado cuenta hasta entonces.

–¿Es que no lo sabías? Creía que Víctor te lo habría contado –comentó Gabriela, de un modo aparentemente sincero.

–Como acabo de decir, Tristan es imposible de localizar. Cualquiera diría que me rehuye a toda costa.

–Bueno, ahora ya lo sé –dijo Tristan, encogiéndose de hombros–. Y por el tamaño de ese anillo de diamantes, es obvio que mi primo es más fácil de presionar que yo. Bravo.

Gabriela respiró hondo, evidentemente ofendida; pero, en lugar de responder, miró a Tristan con ira, dio media vuelta y se fue, dejando solos a los dos hombres.

–Tristan, este no es momento ni lugar para sacar a colación los trapos sucios de vuestra pasada relación –declaró Víctor–. Te recuerdo que es una celebración en honor al legado de nuestra familia, y ya la has manchado bastante presentándote con cuatro mujeres.

–No me voy a disculpar por ser un producto tan demandado en el universo femenino –dijo Tristan con una sonrisa–. Como tú te has expulsado a ti mismo del mercado de la carne, ahora me veo en la obligación de multiplicar mis esfuerzos amatorios.

Su primo sacudió la cabeza, entrecerrando los ojos.

–Tu madre me dijo lo que le habías prometido, Tristan.

–Eso es asunto mío.

–Ah, luego es verdad… ¿Vas a sentar cabeza? ¿Te vas a casar y a fundar una familia?

–Daré a mi madre la gran boda que merece, y con la novia perfecta –contestó Tristan, tirándose del cuello de la camisa como si súbitamente le apretara–. Pero no le dije que fuera a sentar la cabeza.

–¿Y ya has encontrado a la afortunada dama?

–Te veo muy interesado en mi vida amorosa, primo. ¿Ya te has cansado de la última prometida que me robaste?

Víctor se acercó un poco más a él, sin el menor destello de humor en sus ojos.

–No te habías comprometido con ella –replicó–. Te lo he intentado explicar un montón de veces. Gabi y yo nunca hemos tenido intención de hacerte daño.

Durante unos instantes, Tristan sopesó la idea de pegar un puñetazo a su primo y romperle la nariz; pero, por satisfactoria que fuera esa idea, decidió que no merecía la pena. No quería arruinar su esmoquin blanco con la sangre de Víctor.

–Eso ya no tiene importancia para mí –dijo Tristan–. Y ahora, si me disculpas, me voy a buscar a mi prometida.

Tristan se alejó, dejando plantado a su indignado primo, y avanzó por la sala con la aparente intención de saludar a otros invitados, aunque estaba a la caza de una persona en concreto. Su piel vibraba de pura excitación mientras pasaba la vista por la multitud que admiraba las vitrinas llenas de joyas. La mujer de azul tenía que estar en algún lado.

Por fin, el rostro de la desconocida se reflejó en el cristal de una de las vitrinas y, cuando él se giró, ella se ocultó rápidamente detrás de un maniquí, lo cual le pareció de lo más interesante. ¿Sería posible que lo estuviera siguiendo?

Decidido a probar su teoría, se abrió paso entre la gente y se detuvo delante de otro expositor. Segundos después, y tal como había imaginado, volvió a ver un reflejo azul, parcialmente oculto tras unas flores de diamantes.

Tristan siguió caminando por la abarrotada sala, dominado por la curiosidad y haciendo caso omiso de los conocidos que intentaron

llamar su atención. Descubrir la identidad de aquella mujer era lo más importante. Ya se concentraría en los negocios cuando tuviera la mente despejada y, si todo salía bien, un plan para pasar la noche con la misteriosa dama.

Con el corazón desbocado, se aseguró de que ella lo seguía, llegó a un pasillo vacío y, a continuación, salió a la terraza.

Luego, esperó.

Capítulo 2

Nina había perdido su rastro. ¿Dónde se habría metido?

Entrecerró los ojos y escudriñó la oscura terraza, intentando localizarlo. Llevaba una hora siguiendo discretamente a Tristan Falco por el museo, esperando una oportunidad para pasar a la acción; pero no se le había presentado, porque tenía una asombrosa facilidad para entablar conversación con cualquier persona.

Al cabo de un rato, ya se había dado cuenta de que él era el anfitrión del acto; y su irritación aumentó al ver cómo se deslizaba tranquilamente entre los poderosos invitados con una corona en la cabeza. Se comportaba como si fuera el dueño del museo, aunque no lo era. Nina lo había investigado en Internet, y sabía que estaba allí como representante de la familia Falco, que poseía una de las colecciones de joyas más grandiosas de Europa.

Aquello empezaba a ser desesperante; sobre todo, porque estaba agotada tras el fin de semana de carreras, la rueda de prensa posterior y las prisas por llegar al museo. Además, ese tipo de actos le recordaban su infancia en Montecarlo, cuando el apellido Roux abría cualquier puerta de la ciudad. Su madre la paseaba como si fuera una muñeca y se ponía furiosa cuando no estaba a la altura. La consideraba una niña excesivamente sensible.

Para Nina, en cambio, lo excesivo era el mundo de la alta sociedad; la áspera ropa, los bailes, las normas no escritas, el constante ruido y las conversaciones banales. Lo soportaba a duras penas, y solo porque siempre se imaginaba pasando por la *chicane* más difícil del circuito de Mónaco o volando por la recta final del Autódromo Accardi, a punto de conseguir la Víctoria.

Sin embargo, en la pista siempre estaba a la altura. Su atención al detalle y su inquebrantable concentración la convertían en una excelente profesional. Las carreras eran su vocación, y no había momento en el que se sintiera más feliz que al volante de un coche, recordando las palabras de su tía Lola, quien no le preguntaba si podía ser campeona del mundo, sino cuándo. Y estaba decidida a conseguirlo. No iba a permitir que un grupo de hombres trajeados que no sabían nada de su mundo acabaran con sus sueños. No se dejaría ganar por ellos.

Una cálida brisa le acarició las mejillas, y Nina hizo un esfuerzo por refrenar las lágrimas. Ardía en deseos de quitarse las pestañas postizas y el vestido de alta costura, que le arañaba la piel como si fuera papel de lija. Se sentía atrapada en los cánones del concepto de belleza.

Apoyó las manos en la barandilla de piedra, respiró hondo y soltó un gruñido de frustración dejando escapar su tensión en la soledad de la oscura terraza. Hasta masculló una serie de maldiciones.

–¿Buscas a alguien?

Nina se sobresaltó al oír la voz y se dio la vuelta. El hombre al que había estado siguiendo, el hombre de esmoquin blanco y corona de zafiros, acababa de salir de entre las sombras y la estaba mirando con una sonrisa en los labios.

Nerviosa, cerró las manos sobre la balaustrada y apoyó la cadera en ella.

–A decir verdad, sí. Estaba…

–Quítate el antifaz, por favor.

–¿Siempre te acercas a las desconocidas de ese modo? ¿Apareciendo súbitamente en la oscuridad para darles órdenes?

–Solo si la desconocida en cuestión me ha estado siguiendo toda la noche.

Nina se ruborizó. Su plan no estaba saliendo precisamente bien.

–¿Esperabas que no me diera cuenta? –continuó él, avanzando hacia ella–. ¿O forma parte de un juego? Francamente, espero que sea lo segundo, belleza.

¿Belleza? ¿Un juego? ¿Qué demonios estaba diciendo aquel hombre?

Nina abrió la boca con intención de contestar, pero no lo llegó a hacer porque él alzó una mano y le acarició los labios con un dedo.

–No te sientas avergonzada. Admiro a las mujeres que saben lo que quieren y están decididas a conseguirlo. Me has llamado la atención desde que te he visto en la entrada del edificio. Has despertado mi… interés. Conozco a todos los invitados a la fiesta, pero tú eres un misterio para mí.

–Pues es extraño que los conozcas, porque todos llevan máscaras. Bueno, todos menos su alteza –ironizó ella.

Tristan Falco sonrió de oreja a oreja. Era obvio que estaba disfrutando enormemente.

–Quítate el antifaz –insistió él–. ¿O estás esperando a que te lo quite yo?

–Inténtalo y ya verás –declaró ella entre dientes.

–¿Sabes que tus ojos acaban de brillar? –preguntó él, pasándole el dedo por la mejilla–. Todo un logro, teniendo en cuenta que el marrón de tus ojos es tan oscuro que casi parece negro. Como si fueran de turmanila u obsidiana.

A Nina se le escapó una carcajada que le sorprendió a ella misma.

–¿De qué te ríes? –preguntó él, algo desconcertado.

–De nada importante… de esos halagos tuyos tan floridos. ¿Dices a todas las mujeres que sus ojos son como piedras preciosas?

–¿Estás intentado herir mi orgullo a propósito? –dijo él, fingiéndose ofendido–. ¿O esa es tu forma de coquetear?

–Sabes que no he venido aquí a coquetear.

–Sí, ya me he dado cuenta de que tú eres distinta. Has venido con un objetivo en mente, ¿verdad? –dijo él en voz baja–. Qué suerte que hayamos encontrado este raro y mágico momento en una terraza desierta.

Ella volvió a reír.

–Oh, sí que soy distinta. Soy especial.

–Desde luego, eres ciertamente fascinante. Y nada parecida a lo que esperaba cuando te he atraído a este lugar.

–Tú no me has atraído. Te he seguido yo.

Nina se ruborizó levemente al ver la inmediata expresión de triunfo en su engreído rostro, y le irritó tanto que se quitó el antifaz

al instante, esperando que la reconociera y se disculpara. Pero ni la reconoció ni le pidió perdón.

Lo único que hizo fue recorrer su rostro con la mirada, logrando que se sintiera como si estuviera bajo un microscopio. Y cuando rompió el silencio, la voz de Tristan Falco sonó con un fondo ronco, como si surgiera de lo más profundo de su pecho.

–Por fin te veo la cara, belleza.

Había algo familiar en ella, algo que no lograba identificar. Tenía la impresión de que se habían visto antes, en alguna parte; pero le pareció imposible, porque estaba seguro de que, en ese caso, no la habría olvidado.

Tristan ya no era un hombre propenso a fascinarse con nadie. Lo había dejado de ser por la ingente cantidad de mujeres que se echaban en sus brazos cuando oían los rumores sobre su destreza sexual; rumores que habían empezado durante una época particularmente intensa de su existencia.

Desde luego, algunas de las cosas que se decían sobre su vida eran ciertas, pero eso carecía de importancia en ese momento. Lo único importante era que aquella exquisita mujer había llamado su atención. Era joven, bella y de lo más refrescante, porque, lejos de sentirse impresionada con él, había reaccionado con irritación ante sus cumplidos. Y despojada del antifaz, resultaba asombrosamente perfecta.

Sus cejas oscuras y sus delicadas mejillas eran el marco perfecto de sus ojos de obsidiana. Tenía unos labios grandes y sensuales, que invitaban a besarlos, y un pequeño hoyuelo en el mentón que enfatizaba su aire obstinado.

Pero, a pesar de su actitud, la hermosa desconocida no había intentado alejarse de él ni regresar a la fiesta, de donde dedujo que hacerse la difícil formaba parte de su estrategia. Hasta cabía la posibilidad de que se hubiera enterado de que estaba buscando esposa y hubiera decidido presentarse voluntaria.

Fuera como fuera, estaba dispuesto a recompensar su atrevimiento, y de forma extremadamente exhaustiva si ella le daba

la oportunidad. De hecho, su mente se llenó de lujuriosas imágenes que no ayudaron nada a reducir la tensión que sentía bajo los pantalones.

–¿No tienes nada que decir? –preguntó ella, con una expresión extrañamente expectante.

–Bueno, te haría más cumplidos, pero has dejado claro que no los necesitas –contestó–. Si quieres, podemos hablar del motivo por el que estás aquí.

–Creo que eso es obvio –dijo ella–. Eres un hombre increíblemente difícil de localizar. De hecho, no habría venido al museo si hubiera tenido otra opción. Estoy muy ocupada, y habría preferido que vinieras a verme tú, para discutir este asunto en un entorno más adecuado. Pero esto tendrá que valer.

Tristan sonrió, encantado con su franqueza y con la suerte que había tenido. Aquella mujer era la prometida que necesitaba para dar gusto a su madre. Obviamente, no iba a cometer la estupidez de casarse con ella, pero disfrutaría a fondo de su noviazgo.

–¿Un entorno más formal? –preguntó él con suavidad–. ¿El juzgado más cercano, tal vez?

–No nos precipitemos. Tengo entendido que eres un negociador muy hábil –dijo ella, frunciendo un poco el ceño–. Te he seguido hasta aquí para hablar sobre una solución rápida. Creo que sería ventajoso para los dos.

Tristan se volvió a quedar sin palabras momentáneamente. Se limitó a mirarla, desconcertado con la euforia que sentía. Su desconocida estaba hablando de casarse de él y, en lugar de huir a toda velocidad, seguía allí, como hechizado.

–¿Pretendes que te pida el matrimonio ahora mismo? –preguntó al fin.

Ella volvió a fruncir el ceño.

–Como mínimo, espero un intento de negociación, una demostración de tus famosas habilidades. De lo contrario, no tendré más remedio que marcharme.

–¿Marcharte? ¿Estás dispuesta a renunciar con tanta facilidad a mis… habilidades? –dijo el, acercándose más a ella–. ¿No quieres verme en acción?

Las pupilas de su contraparte se dilataron mientras estiraba elegantemente el cuello, mirándolo a través de sus grandes pestañas. Tristan pensó que se estaba haciendo la inocente y, aunque no era una de las mejores actuaciones que le había ofrecido una mujer, le pareció digna de aplauso. Lo había seguido con intención de deslumbrarlo y sacarle una propuesta de matrimonio y, al ver que no lo conseguía, jugaba la carta de la ingenuidad.

–Estoy segura de que eres un hombre impresionante –declaró ella, con la vista clavada en sus labios–. Reconozco que no me quiero ir, pero añado que cometerás una estupidez si permites que me vaya. Sé lo valiosa que soy.

–¿Como una piedra preciosa, quizás?

Ella extendió el índice y se lo clavó en el pecho.

–No te burles de mí, Falco. No he venido a jugar contigo.

Tristan cerró la mano sobre sus dedos y los apretó contra su corazón, que latía con desenfreno. Sus ojos de obsidiana brillaron nuevamente con irritación, y él decidió que había llegado el momento de dejarse de tonterías. Le daría lo que quisiera con tal de saborear aquella pasión en un sitio más íntimo.

–Jugar es la mejor forma de negociar, cariño. –Tristan le dio un dulce beso en la cara interior de la muñeca–. De hecho, es mi forma preferida. Sin embargo, no te podré prestar toda mi atención si no vamos a un lugar más privado.

–A un lugar más privado –repitió ella lentamente–. Está bien.

–Mi chófer nos recogerá en la entrada del museo dentro de cinco minutos –dijo él, a punto de perder el control de su libido–. Y, dentro de diez, estarás desnuda y gritando mi nombre.

Ella se quedó atónita, y su perplejidad aumentó todavía más cuando él se inclinó y la empezó a besar apasionadamente. Pero, al cabo de unos momentos, Tristan se dio cuenta de que ella no le estaba besando a su vez. Se había quedado inmóvil, como una estatua. Y siguió sin moverse hasta que él rompió el contacto y se apartó un poco.

Entonces, ella gimió, pasó los brazos alrededor de su cuello y lo besó desaforadamente, sin la menor delicadeza, sin refrenarse en modo alguno.

Un rugido de victoria recorrió las venas de Tristan, quien la tomó entre sus brazos, la apretó contra la balaustrada de piedra y ladeó la cabeza para poder besarla con más facilidad. Quería saborear cada centímetro de su cuerpo, y que ella hiciera lo mismo con él. La quería inflamada de pasión. Su falta de inhibiciones lo había excitado tanto que hasta sintió la tentación de tomarla allí mismo. Y ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Al cabo de unos momentos, vio un repentino destello. Su misteriosa mujer se quedó helada, y él sopesó la posibilidad de que hubiera caído un rayo. Desde luego, habría sido de lo más poético. Pero entonces vio otro resplandor, y su mente, embotada por la excitación sexual, comprendió que no eran rayos, sino cámaras.

Frustrado, se giró hacia atrás en el preciso instante en que les sacaban otra foto. Era una joven, que los estaba fotografiando con su teléfono móvil desde la terraza contigua.

–Mierda –dijo.

Tristan soltó a su acompañante y avanzó hacia la barandilla de hierro que separaba las dos terrazas. La joven del móvil ya se alejaba en dirección contraria; pero, si se daba prisa, su equipo de seguridad la podría alcanzar y poner fin al problema. No podía permitir que aquellas fotos llegaran a la prensa. Había hecho una promesa a su madre.

Rápidamente, llamó a sus guardaespaldas, quienes le aseguraron que se ocuparían de ello al instante y lo tranquilizaron. Todo saldría bien. Saldría bien, y él podría seguir explorando el cuerpo de la mujer de azul.

Excitado de nuevo, se volvió a girar. Pero la terraza estaba vacía. Su misteriosa desconocida había desaparecido.

Capítulo 3

Nina aceleró en la cinta, forzándose a esprintar. Estaba sola en el gimnasio de Falco Roux, porque la mayor parte del equipo se había tomado un día de descanso; y como ella se sentía incapaz de descansar, había optado por someterse a una sesión de potencia. Además, necesitaba ejercitarse tras el vuelo de Mónaco a París, y dejar de pensar en las constantes notificaciones de su móvil y en la posibilidad de que apareciera Astrid en cualquier momento.

Había metido la pata hasta el fondo.

Las fotografías de su instante de pasión con Tristan Falco habían aparecido en Internet a última hora de la noche anterior. Se habían convertido en la comidilla de las redes sociales, y ahora no había ninguna posibilidad de que él no supiera quién era ella, porque los titulares de los medios que se habían hecho eco de la noticia lo dejaban bien claro.

Ni siquiera sabía cómo se había podido meter en semejante lío. Aunque, por otra parte, nunca había juzgado bien las situaciones, y si a ello se le sumaba el intenso encanto de aquel hombre, no era de extrañar que su capacidad de pensar se hubiera visto comprometida.

Tristan Falco la había confundido con otra. Por el tipo de cosas que le había dicho, era más que evidente. Pero ¿por quién la había tomado? Nina no tenía ni idea, a pesar de que había repasado mentalmente su conversación, intentando averiguar en qué momento había perdido el control por completo.

No, eso no lo sabía. En cambio, tenía muy claro cuándo se habían empezado a desmadrar las cosas: cuando él la besó en la cara interior de la muñeca y ella sintió un intenso calor en la parte baja de su estómago.

En cualquier caso, ya no tenía ninguna duda de que su fama de seductor no era ni mucho menos falsa; y, al parecer, ella había estado peligrosamente cerca de experimentar sus habilidades en persona. Solo había visto una pequeña muestra de lo que podía hacer, pero se había sentido como si la hubieran conectado a una corriente eléctrica.

Era un hombre abrumador. Tan abrumador que había conseguido que reaccionara de un modo completamente nuevo para ella.

Nunca se había sentido tan atraída por otra persona. De hecho, esa era la razón por la que no le interesaba salir con nadie o coquetear con los muchos hombres que habían intentado descongelar a la princesa de hielo de Elite One, como la llamaban. No se había resistido a sus encantos por protegerse a sí misma; sencillamente, no le interesaban. Nunca perdía el control y, desde luego, nunca olvidaba quién era ni lo que quería.

Menos la noche anterior.

Nina aumentó la velocidad y corrió hasta que se empezó a preocupar por la posibilidad de sufrir un tirón. Entonces, se detuvo y se quedó mirando el puerto durante un rato antes de irse a la ducha, donde se quedó más tiempo de lo habitual. Como tantas veces, se alegró de ser la única conductora del equipo, porque tenía un cuarto de baño para ella sola. Pero estaba preocupada por lo que pasaría cuando aparecieran sus compañeros.

La reputación que se había ganado como piloto estaba súbitamente en peligro. No soportaba la idea de que la hubieran visto besándose con el nuevo propietario del equipo. Tenía miedo de que le perdieran el respeto y de que dejaran de considerarla su igual. A fin de cuentas, la reputación lo era todo en ese deporte, y ella se había pintado una diana en la espalda.

Aquello podía ser desastroso para su carrera. Le había costado que dejaran de considerarla una enchufada, que solo estaba allí por su apellido. Había demostrado su valía una y otra vez, sin dejar de reconocer que se sentía privilegiada por ser miembro de la familia Roux. Y no quería ni pensar cómo llamarían a una piloto que, por la impresión que había dado, se estaba acostando con el dueño del equipo.

Con su simple beso, Tristan Falco podía haber clavado el último clavo de su ataúd; y no le podía echar la culpa, porque no se habrían llegado a besar si ella no hubiera viajado a París para enfrentarse a él de incógnito. Además, no se había sobrepasado; ella lo podría haber detenido en cualquier momento. Y para empeorar las cosas, se había derretido entre sus cálidos brazos como si estuviera hecha de mantequilla.

Sin embargo, eso tampoco era tan extraño, teniendo en cuenta que tenía veintitrés años y ningún tipo de experiencia sexual. De hecho, no la habían besado apasionadamente hasta la noche anterior.

Sus pezones se endurecieron cuando se preguntó qué habría pasado si no los hubieran interrumpido. ¿Se habría entregado a él? Pero, en lugar de responderse a sí misma, achacó su reacción física al aire acondicionado, dejó de pensar en el asunto y salió de la ducha.

La imagen que le devolvió el espejo fue un cruel recordatorio de la verdadera razón por la que Tristan Falco no la había reconocido. Su negro cabello caía lacio sobre sus hombros, ni lo suficientemente rizado ni lo suficientemente liso; sus oscuras ojeras enfatizaban sus enrojecidos ojos; y todo ello en un rostro que la mayoría de los medios de comunicación consideraban soso y poco interesante.

Pero los medios no eran los únicos que la describían así. Había gente que compartía esa opinión, y que disfrutaba hablando de su supuesta falta de feminidad, de sus pocos elegantes andares y de su informal manera de vestir.

Afortunadamente, nunca le habían preocupado esas cosas. Pero mientras contemplaba su imagen, le preocupó la posibilidad de que el seductor Falco no la encontrara tan fascinante si la hubiera visto en ese momento.

Una vez más, borró esos pensamientos de su cabeza y se dijo que la opinión de aquel hombre carecía de importancia para ella. Lo único importante era su trabajo, y se encontraba en una situación muy comprometida. Pero quizá no fuera tan mala como parecía. Con un poco de suerte, aquellas fotos le darían la excusa que necesitaba para cancelar su contrato y firmar con otro equipo.

–Por supuesto que eres fascinante –le dijo a su reflejo–. Fascinantemente capaz de destrozar tu propia carrera.

Justo entonces, alguien llamó a la puerta y la sacó de sus pensamientos. Nina se puso una toalla alrededor del cuerpo, convencida de que sería Sophie, que había ido a reprenderla por trabajar demasiado. Y se quedó atónita al ver que la persona en cuestión no era su entrenadora, sino un rubio, atractivo y trajeado hombre.

Nina soltó un chillido y cerró la puerta.

–Ya te he visto. No tiene sentido que te escondas –dijo él–. Tenemos que hablar.

Ella contuvo la respiración, pegándose a la helada pared de azulejos. Pero no se podía esconder eternamente; su bolsa de deporte, donde llevaba todas sus pertenencias, estaba al otro lado de la puerta y, además, Falco no se iba a ir después de haberla visto. Él también era víctima de aquella pesadilla mediática, y seguro que no había ido a verla para hablar de cosas intrascendentes.

–Nina, no tenemos tiempo para esto. Sal de una vez, por favor. ¿O te vas a quedar ahí todo el día? –preguntó con impaciencia–. Tu trampa fotográfica de París ha creado una situación que debemos afrontar con urgencia.

El comentario de Tristan la irritó tanto que abrió la puerta al instante.

–¿Mi trampa? Yo no fui quien comparó los ojos de nadie con piedras preciosas y me jacté de mis habilidades.

Tristan admiró brevemente su cuerpo antes de clavar la vista en sus ojos.

–No sabía quién eras, Nina.

–Ya lo sé. Y eso dice más de ti que de mí, porque eres el propietario del equipo de mi familia desde hace más de un año –le recordó ella–. Yo no he tenido nada que ver con lo sucedido. Te estaba siguiendo porque eres imposible de localizar, y quería convencerte para que cancelaras mi contrato.

Tristan entrecerró los ojos.

–¿Me besaste con la esperanza de que te despidiera?

Nina se ruborizó.

–No, claro que no. Y, además, fuiste tú quien me besaste a mí.

Los ojos de Tristan se oscurecieron.

–Bueno, da igual quién empezara… Tu contrato no está sujeto a posibles negociaciones. Eres el único miembro de tu familia que sigue en el equipo, y es fundamental que sigas en él. Puede que no sea un experto en carreras, pero he investigado nuestros problemas a fondo y he llegado a la conclusión de que lo único que no está en contra nuestra es tenerte atada a nosotros con ese contrato de cinco años de duración.

–Pues deberías haberlo pensado antes de traer a Apollo Accardi en lugar de ascenderme a mí –afirmó ella.

Él ladeó la cabeza y la miró con interés. Era una mujer extraordinariamente bella, y estaba aún más atractiva sin maquillaje y envuelta en una toalla.

–¿Realmente esperabas que te ascendiera? ¿En lugar de traer a un excampeón del mundo con muchos años de experiencia?

–Esperaba que me mostraras algún tipo de respeto, y que me explicaras por qué se ha roto el protocolo del equipo en mitad de la temporada para fichar a un piloto nuevo –respondió Nina–. Aunque, francamente, no me sorprende. Es tu forma de hacer las cosas.

Tristan intentó no fijarse en el rubor de las mejillas de Nina, que se iba acentuando con su enfado. Estaba furiosa con él. Eso era obvio. Y, de repente, su actitud distante de la noche anterior tenía mucho más sentido.

En cualquier caso, no había ido a verla para discutir con ella, sino para averiguar si lo de las fotos había sido cosa suya, si había intentado hacer daño al equipo o provocar deliberadamente un escándalo. Sin embargo, ahora sabía que había sido un malentendido por ambas partes, y quedaba lo más difícil de todo: convencerla de que lo ayudara.

–¿Y cuál es mi forma de hacer las cosas, si se puede saber? –replicó él.

–Comprar empresas en quiebra y venderlas, sin sentimentalismos de ninguna clase –contestó ella–. Una táctica que quizá funcione con un fondo de inversión o una empresa normal, pero que no

funcionará aquí. Roux Racing se fundó a partir de la pasión y la lealtad.

Pasión y lealtad.

Por su forma de pronunciar esas palabras, Tristan supo que Nina creía realmente en ellas, detalle que le encantó.

–Mi forma de hacer negocios no tiene nada que ver con el hecho de que no se hablara contigo antes de contratar a Accardi. Es un fichaje magnífico, que nos dará ventajas psicológicas y estratégicas frente a nuestro principal competidor. La sorpresa era esencial.

Lejos de responderle, Nina alcanzó su bolsa de deporte y desapareció tras una mampara; sin duda, para vestirse. Y él decidió aprovechar la ocasión para desviar la conversación hacia su objetivo, hacia el motivo por el que estaba allí. Nunca despreciaba la oportunidad de sacar partido a una situación y, aunque Nina no lo supiera, el beso que se habían dado se había convertido, casualmente, en la solución de sus problemas.

–Hablando de pasión, Astrid me ha informado de que esas fotos se han vuelto virales –comentó él.

Tristan se sentó en el largo banco que estaba contra la pared, y ella reapareció al cabo de unos momentos con un polo de Falco Roux y unos pantalones deportivos blanco.

–Lo dices como si fuera algo bueno.

–Porque lo es. Mi gente cree que es justo lo que necesitábamos.

Nina sacudió la cabeza, y su melena de color azabache osciló con suavidad.

–Quizá lo sea para ti, pero estoy segura de que lo que se comenta sobre mí no es tan halagador –afirmó.

Tristan sacó su móvil y abrió la lista de comentarios que Astrid le había enviado una hora antes, llena de entusiastas opiniones de aficionados a las carreras. Pero eso no era lo mejor: por lo visto, se había producido un aumento sin precedentes en las ventas de sus acciones y sus productos.

Nina leyó los datos con creciente interés y, cuando lo volvió a mirar, sus ojos brillaban con asombro.

–Los comentarios son… positivos. Todos lo son.

–Parece que a los aficionados les encanta que estemos juntos. Y como a los inversores les encanta que los aficionados estén contentos, se han puesto a comprar acciones –dijo él–. Es fantástico para el equipo.

Nina se cruzó de brazos.

–Ah, ahora lo entiendo. Has venido a que dé por buena la mentira de nuestra supuesta relación, ¿verdad?

Tristan también se cruzó de brazos.

–Yo pensaba que una mente tan pragmática como la tuya sabría apreciar la oportunidad. De repente, tienes poder de negociación.

–¿Estás dispuesto a negociar conmigo? –preguntó ella, arqueando una ceja.

–Estoy dispuesto a hacerte una oferta. Quédate con nosotros. Finge que estás saliendo conmigo hasta que acabe la temporada y te podrías ir.

–¿Así como así?

–En efecto.

–¿Y si me niego?

Tristan midió cuidadosamente sus palabras antes de responder.

–Si te intentas pasar a otro equipo, recibirás el mismo trato que recibe el resto de los pilotos que intentan romper sus contratos.

Nina cerró los ojos, consciente de lo que eso significaba: batallas legales, difamación pública y pérdida de su ya dañada reputación. Además, se arriesgaba a quedarse en la ruina, incluso si cumplía su contrato; los salarios de los pilotos de reserva no daban para cubrir gastos, ni mucho menos para financiar su academia para chicas, que quizá tendría que cerrar.

–O sea, que puedo elegir entre quedarme en la reserva dos años más o hacer de novia tuya, comprometiendo mi integridad. Genial. Simplemente, genial.

–De novia, no; de prometida –puntualizó él con voz suave.

–¿Cómo? ¿Qué? –acertó a decir ella.

–Mi madre me ha estado presionando para que me case, y yo he estado buscando a alguien que interprete el papel, para darle gusto. Si te prestas a lo que sin duda será una magnífica campaña de

publicidad, me quitaré de encima a mi madre y podré trabajar tranquilo sin que me moleste –contestó.

–¿Y qué implicaría exactamente nuestro acuerdo? ¿Tomarnos de la mano de vez en cuando? –preguntó ella, mordisqueándose una uña.

–Bueno, al principio solo tendríamos que avivar más las especulaciones, mediante el procedimiento de dejarnos ver en público.

–¿Y después?

–Anunciar en algún momento nuestro compromiso y aprovecharlo en beneficio nuestro. Tú asistirías al centenario de Falco Diamonds, que se celebrará próximamente, y yo iría con más frecuencia a tus carreras… cosas así. Además, me tendrías que acompañar a la boda de mi madre; pero tienes que ir a Argentina de todas formas, por la carrera.

–Ya, pero…

–No te preocupes por nada. La nuestra sería una relación estrictamente platónica –dijo él, adivinando sus pensamientos–. Es lo mejor para los dos.

–Entonces, no perdería demasiado tiempo, ¿verdad? Ten en cuenta que, con tu decisión de fichar a un piloto nuevo en plena temporada, voy a estar muy ocupada. Soy piloto profesional, y mi trabajo es muy exigente.

–Lo sé. Pero, si eres mi prometida, tendrás que ir adónde yo vaya –declaró él, mirando su polo de Falco Roux–. Por cierto, conviene que te cambies de ropa. He reservado mesa para comer en el Blue Mont.

–Aún no he dicho que vaya a aceptar tu ofrecimiento –dijo ella, mirándose las prendas que llevaba–. Sin mencionar el hecho de que me extrañaría que alguien se crea que quieras casarte conmigo, con independencia de la indumentaria que lleve.

Él se le acercó un poco más.

–Pues será mejor que empieces a convencerte a ti misma, porque nuestro acuerdo entrará en vigor en cuanto lo aceptes.

Capítulo 4

Ver a Nina sin sujetador, y con un polo de Falco Roux ligeramente traslúcido, había distraído bastante a Tristan, y se distrajo aún más cuando vio lo bien que le quedaban los pantalones vaqueros.

Nina se había cepillado el pelo y se había puesto una camiseta blanca y una chaqueta de cuero, de color rojo. Estaba tan *sexy* que a Tristan le pareció ridículo que los medios la consideraran una mujer del montón. Desde luego, su presión arterial no se había estabilizado desde que había salido del cuarto de baño sin más prenda que una toalla alrededor de su cuerpo.

En cualquier caso, tenía asuntos más importantes en los que pensar. Ya había hablado con Astrid, y habían acordado que unas cuantas comidas informales y apariciones en público bastarían para echar leña al fuego antes de anunciar formalmente su compromiso. De hecho, Tristan le había contado la verdad. Confiaba en Astrid y, como era una gran profesional, sabía que sabría sacar partido de la situación.

Como los detalles eran fundamentales para que su plan saliera bien, se aseguró de acariciar a Nina un par de veces mientras la llevaba a la mesa del restaurante. Y luego, cuando ella ya se había sentado, le pasó la mano por el pelo antes de acomodarse a su vez.

Tal como esperaba, Nina estaba más tensa de la cuenta, y sus expresivos ojos se clavaron con furia en él.

–¿He hecho algo que te haya molestado, cielo mío? –le preguntó, cerrando la mano sobre sus dedos.

Ella apartó la mano al instante.

–Todavía no hay ningún fotógrafo por aquí.

–No se trata solo de que nos hagan más fotos. La gente nos tiene que ver. Tiene que creer que somos pareja.

–La gente solo te está mirando a ti. Ni saben quién soy ni les importa.

–¿Cómo que no? Perteneces a una de las familias más famosas de Mónaco –le recordó él, frunciendo el ceño.

–A una de las más infames, querrás decir. Perdimos el cariño del público hace mucho tiempo, como bien sabes.

Por supuesto, Tristan era consciente de ello. Parte del trabajo de adquirir empresas endeudadas consistía en investigar a fondo y averiguar todo lo posible sobre lo que les había llevado a esa situación. Sabía que el bisabuelo de Nina había sido un gran ingeniero de coches y que había fundado y dirigido su imperio con mano de hierro, formando un ejército con sus propios hijos para que continuaran con su legado.

Desgraciadamente, la única persona que estuvo a la altura fue su tía, Lola Roux, quien ya era una leyenda del automovilismo cuando falleció en un accidente de tráfico. Su padre había sido un hombre de negocios lamentable y, por si eso fuera poco, Alain, su hermano, había terminado de arruinar la empresa y se había visto obligado a vendérsela a él.

–¿Crees que la ruina económica de tu familia te ha hecho menos interesante para los medios? Las cosas no funcionan así.

Ella se sirvió un poco de agua y bebió.

–La prensa adoraba a mi madre, y se interesó una temporada en mí, cuando tuve la edad suficiente y empecé a ir a fiestas. Me sacaban fotografías desde todos los ángulos posibles, para dar la impresión de que yo era tan juerguista como ella. Pero a mí no me gustaba ese mundo. Prefería trabajar, pilotar. Y cuando dejé de asistir a ese tipo de actos, perdieron interés y empezaron a decir que yo no tenía estilo, que solo era una princesita de hielo… Previsible, ciertamente. Y lo prefiero así.

Él no se dejó engañar por lo que Nina acababa de decir. Sabía interpretar a las personas, y era evidente que aquello le molestaba, que la prensa y la opinión pública le hacían daño. Su gesto de dolor no casaba bien con la imagen que los medios daban de ella.

Tristan había estado mirando las redes sociales y los periódicos durante su vuelo de aquella mañana. Quería saber más cosas de Nina, y no por motivos personales, sino para encontrar el modo de salir del lío en el que se habían metido.

Sin embargo, la mayoría de los artículos que había visto se centraban en una época concreta de su adolescencia, una época en la que se había prestado a una sesión fotográfica bastante atrevida, según los gustos de entonces. Y le había sorprendido que la marca involucrada en la sesión fuera Roux Motors, la desaparecida marca de coches de lujo.

En uno de los artículos, Nina aparecía en bikini, recostada sobre el capó de un elegante coupé de color plateado. Y el texto de la foto no podía ser más elocuente: «¡La nueva generación nunca ha tenido tan buen aspecto!».

Mientras lo pensaba, se preguntó qué habría querido decir con eso de que los medios se habían empezado a interesar por ella cuando tuvo la edad suficiente. ¿La suficiente para quién? Al fin y al cabo, la chica que aparecía en las fotos daba la impresión de haber terminado la educación primaria el día anterior.

–Nina –dijo él, tomándola otra vez de la mano–. ¿Podrías hacerme el favor de cambiar de expresión? Cualquiera diría que te están torturando.

Ella bufó y se puso a juguetear con la ensalada que le acababan de servir.

–No sé de qué demonios me estás hablando. Me lo estoy pasando en grande. De hecho, te estoy enormemente agradecida por permitir que me vean públicamente contigo, Falco –declaró ella con sorna.

–¿Falco? Voy a ser tu prometido. ¿No crees que deberías llamarme por mi nombre?

–Como quieras, Tristan –dijo ella, mirándolo con gesto de desafío.

–¿Significa eso que aceptas los términos de nuestro acuerdo?

Él le acarició la mano y esperó a que contestara, guardando silencio.

–En efecto –respondió ella–. Pero quiero que lo pongas por escrito, y con todo lujo de detalles.

Tristan asintió, diciéndose a sí mismo que se encargaría de que redactaran el acuerdo de inmediato.

Cuando terminaron de comer, él insistió en ponerle la mano en la espalda y la llevó por el paseo marítimo que estaba enfrente del restaurante. Nina parecía nerviosa, y no dejaba de mirar el elegante reloj que llevaba en la muñeca.

–Te he dicho que no tendría mucho tiempo para estar contigo. Tengo que pilotar los dos fines de semana que vienen, hasta que Apollo esté preparado. Debería volver a la sede del equipo, para ensayar estrategias y practicar con el simulador.

–Oh, vamos… quédate unos minutos más, como si no fueras capaz de despedirte de mí –dijo él con dulzura, acariciándole un hombro–. Hay dos fotógrafos a escasa distancia de nosotros. Pero no los mires. Haz como si no supieras que están ahí.

Ella asintió, e hizo un esfuerzo por relajarse un poco.

–Discúlpame. Lo había olvidado. Dime lo que tengo que hacer.

–Pásame los brazos alrededor del cuello y mírame a los ojos, como si me encontraras irresistible –le ordenó Tristan.

De haber sido otra mujer, Nina habría obedecido al instante y lo había mirado con verdadera sensualidad. Pero no lo era, y puso tan poca gracia en el asunto como si, en lugar de desearlo, estuviera a punto de darle un masaje sueco.

Tristan sonrió sin poder evitarlo, y ella se puso tensa.

–¿Qué pasa? ¿Estoy haciendo algo mal?

–Se supone que te tienes que pegar a mí como queriendo fundir nuestros cuerpos, no como intentando romperme el pescuezo –ironizó él.

–Eso no tiene sentido. Los seres humanos no se funden.

–Oh, Dios mío –dijo Tristan, apretándose contra ella para no romper a reír–. No hablaba en sentido literal, Nina. Relájate, por favor.

Nina frunció el ceño.

–Sinceramente, no sé cómo vamos a convencer a nadie de que nos adoramos, cuando no podemos estar juntos ni un minuto sin empezar a discutir –alegó.

–Bueno, dicen que las relaciones intensamente combativas pueden ser las más apasionadas –observó él.

–O las más tóxicas.

–Sí, eso también. Pero damos impresión de intensidad en cualquier caso, que es justo lo que necesitamos.

A Tristan le pareció oír que Nina gruñía antes de ceder; pero cedió, y permitió que él la abrazara con fuerza y le acariciara el pelo con una mano mientras introducía la otra por debajo de la chaqueta de cuero. El fino algodón de su camiseta blanca era muy suave, y sintió un cosquilleo en la yema de los dedos cuando la empezó a acariciar lentamente.

Desde luego, Nina no se derritió con sus atenciones, pero se relajó de todas formas, y su respiración se aceleró un poco. De hecho, parecía vibrar con sus caricias, apretada aún contra su cuerpo.

Tristan sonrió para sus adentros y pensó que era como una gata difícil, toda garras y colmillos hasta que la acariciaban lo suficiente. Pero no pudo disfrutar mucho tiempo de su victoria, porque justo entonces aparecieron una madre y su hija y se dirigieron a Nina, quien súbitamente dejó de ser la susceptible mujer que hacía lo posible por mantener las distancias con él y se transformó en otra cosa completamente distinta.

Su voz se volvió más suave, y sus ojos brillaron cuando se puso a hablar con la niña y puso su autógrafo en los productos del equipo que su madre le había comprado. Luego, habló un rato con la pequeña sobre la academia de pilotos para chicas, porque se quería inscribir en su jornada de puertas abiertas; y cuando por fin se volvieron a quedar a solas, Nina volvió a ser la de siempre.

La magia de su abrazo había desaparecido.

Tristan insistió en llevarla a la sede del equipo en su coche, sin creerse su apenas velada mentira de que tenía que volver andando porque Sophie le había ordenado que hiciera ejercicio tras perderse la sesión vespertina en el simulador.

–Para estar tan preocupada con el trabajo, le has dedicado bastante tiempo a esa niña –ironizó él–. Se nota que te gusta adular

a tus seguidores.

–Siempre tengo tiempo para los niños. Normalmente, son más fáciles que los adultos.

–Lo de la jornada de puertas abiertas de la que estabais hablando es de tu academia, ¿verdad? –se interesó Tristan.

Ella asintió.

–Sí, de la Academia Lola Roux. La fundé hace unos años para que las chicas se empezaran a interesar por las carreras. Tenemos varias instalaciones de entrenamiento en Europa, y reclutamos gente por todo el mundo –le explicó ella.

Nina, que casi se había olvidado de la jornada en cuestión, sacó su teléfono móvil para poner unas notas en su agenda.

–Vaya, una agenda con códigos de colores –dijo él–. Interesante.

Nina se sintió cohibida con su comentario, y se guardó el teléfono al instante.

–Los códigos de colores me facilitan las cosas. Me gusta ser organizada.

En realidad, Nina no tenía más remedio que serlo, pero decidió que Tristan no necesitaba saber eso. No tenía por qué saber que solo tenía dos facetas como profesional: la de una adicta al trabajo o la de un desastre garantizado.

–¿Y de dónde sale el dinero de la academia? ¿La financias tú sola? –preguntó él al cabo de unos segundos, sacándola de sus pensamientos.

–Al principio, teníamos apoyo de Roux Racing, pero eso se acabó hace un par de años –contestó ella–. Es una de las razones por las que necesito ganar más carreras. Y sí, me temo que sí, su financiación es cosa mía.

Tristan asintió y apretó el volante del vehículo con más fuerza.

–Por lo que veo, haces casi todas las cosas sola.

–Quizá porque sé que soy de fiar –dijo ella.

–¿Y los demás no lo son?

Ella guardó silencio. Aún no se había recuperado del abrazo que se habían dado minutos antes. Sus caricias le habían gustado tanto que había estado a punto de perder la razón.

–¿Y qué hay de ti? –preguntó Nina, cambiando el sujeto de la conversación–. Pareces encantado de dirigir la empresa a distancia mientras mantienes tu personaje de mujeriego impenitente. ¿De verdad crees que los medios se van a tragar que yo te he seducido?

Los ojos azules de Tristan se clavaron momentáneamente en ella.

–Los medios ven en mí lo que quieren ver. Pero yo controlo el relato todo el tiempo, y me gusta que sea así.

–¿Hay alguien que conozca al verdadero Tristan Falco?

–¿Por qué lo preguntas? ¿Pretendes desmontarme como si fuera uno de tus motores, intentando averiguar cómo funciono?

–Me da igual cómo funciones.

Un instante después, Tristan detuvo el vehículo. Y ella se estremeció cuando él se inclinó repentinamente sobre ella y le dio un beso en cada mejilla.

Ni siquiera supo por qué le había afectado tanto. Era un gesto de despedida habitual, normal y corriente. Pero, fuera por el motivo que fuera, se sintió completamente desarmada. Al parecer, estaba decidido a lograr que su supuesta prometida se sintiera tan incómoda con él como fuera posible.

–Cada vez se te da mejor –dijo Tristan.

–¿A qué te refieres?

Él sonrió.

–A mentir.

Nina puso su mejor cara de póquer, para que él no se diera cuenta de lo profundamente turbada que estaba por lo que había pasado entre ellos. Y encima, en menos de veinticuatro horas.

¿Cómo iba a sobrevivir a varios meses con ese hombre?

–Te llamaré para quedar contigo de nuevo.

–Como ya te he dicho, estoy muy ocupada. No tengo tiempo.

–Oh, no te preocupes por eso. Seguro que sacas tiempo para mí.

Las palabras de Tristan resonaron en su mente y le arrancaron varios gruñidos mientras se alejaba hacia la sede del equipo.

¿En qué diablos se había metido?

Capítulo 5

Tras realizar unas sesiones de entrenamiento altamente satisfactorias, Nina estaba convencida de que lo sucedido con Tristan había sido un sueño. Era el fin de semana de la carrera de Italia, y habían pasado cinco días sin que él se presentara en el circuito o la llamara con intención de quedar otra vez.

De hecho, ni siquiera había estado en las ruedas de prensa del día anterior. La había dejado sola, condenada a contestar una y otra vez «sin comentarios» a los periodistas que la bombardearon a preguntas sobre su relación romántica con Tristan.

Para empeorar las cosas, el director del equipo no la había ayudado en absoluto. Jock, a quien nunca le había gustado su presencia en Falco Roux, había hecho lo posible por dejarla en mal lugar. Pero, por fortuna, sus compañeros decidieron intervenir en su defensa cuando un reportero particularmente mordaz insinuó que se estaba acostando con el dueño del equipo para abrirse camino como piloto.

En general, Nina hacía caso omiso de las opiniones negativas; pero no estaba acostumbrada a ese tipo de acusaciones, y le había afectado tanto que, veinticuatro horas después, seguía tensa y preocupada.

No se necesitaba demasiada imaginación para saber lo que determinadas personas pensaban de ella. Aunque los aficionados estuvieran encantados con la supuesta relación amorosa, también había quien lo consideraba escandaloso. A fin de cuentas, Tristan era su jefe y, encima, le sacaba doce años de edad. Pero casi le había molestado más que su futuro prometido la dejara en la estacada.

Al salir de la ducha, se vistió para asistir a los compromisos de aquella noche: una gala benéfica y una fiesta para acabar la noche, aunque antes tendría que cenar con la familia Marchesi, los inversores italianos del equipo. Luego, salió de la habitación del hotel donde se alojaba y dejó que los guardias de seguridad la acompañaran al exterior del edificio.

Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que la estaba esperando una limusina, porque no le solían asignar vehículos tan elegantes. Pero comprendió el motivo cuando la portezuela se abrió y dio paso al hombre que había estado ocupando sus pensamientos.

Al final, Tristan Falco había decidido ir a Milán, lo cual implicaba que su acuerdo seguía en vigor. Y Nina no supo si la súbita tensión de su estómago se debía al miedo o al deseo que sintió cuando se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla derecha. Su aroma le gustó tanto como el contacto de su mano en el talle.

–¿Me has echado de menos? –preguntó él.

–Han pasado cinco días.

–Oh, pobrecita. Los has estado contando…

Tristan sonrió y ladeó la cabeza para que cualquiera que los estuviera mirando pensara que estaban muy acaramelados. Nadie habría imaginado que Nina ardía en deseos de pegarle una bofetada.

–Si tuviera que contar las carreras a las que has asistido, me bastaría con un dedo –replicó ella–. Bueno, si es que tienes intención de asistir.

–Después del subidón de las ventas, Astrid Lewis me ha ordenado que no me pierda ni una a partir de ahora –dijo él con humor–. Mira, sé que no he estado con vosotros tanto como debería; pero, por suerte para mí, tengo a mi preciosa prometida, que siempre está dispuesta a decirme las duras verdades que necesito oír.

–No pretendía ser dura.

–Lo sé. –Tristan volvió a sonreír–. Tardé un poco en darme cuenta, pero ahora sé que lo único que pasa es que eres de carácter…

–¿Brusco? –lo interrumpió ella.

–No, brutalmente sincero –puntualizó él, clavando la vista en sus ojos–. Sin embargo, no he venido a discutir contigo, sino a ocuparme de un negocio importante.

El chófer de la limusina redujo la velocidad y aparcó el vehículo delante de un histórico edificio de tres plantas que lucía el emblema de Falco Diamonds. Se encontraban en el corazón de Milán, donde estaban las casas de moda más relevantes.

Ya habían entrado en el edificio cuando él comentó:

–No estamos aquí por mí, sino por ti.

–¿Por mí?

–Espero que no te importe… cuando estábamos planeando lo de esta noche, le dije a mi equipo que te dejara unas cuantas joyas.

–¿Cómo? ¿Ahora también vas a elegir mi forma de vestir?

–Ni mucho menos. Sophie, tu entrenadora personal, ha tenido la amabilidad de informarme sobre tus gustos al respecto.

–¿Y qué piensas hacer? ¿Envolverme en diamantes para convertirme en un anuncio andante?

–A decir verdad, hemos venido a recoger un anillo. Tu anillo de compromiso, para ser exactos –contestó.

Nina se quedó atónita.

–¿Un anillo de compromiso? Pensaba que esperaríamos un poco antes de anunciar eso.

–No vamos a anunciar nada. Sencillamente, te dejarás ver esta noche con un anillo apropiadamente caro en tu mano izquierda. Los rumores se encargarán del resto. Pero ¿por qué te sorprende tanto, cariño? Es normal que la prometida del director ejecutivo de Falco Diamonds vaya por ahí con un enorme pedrusco en el dedo.

–Sí, supongo que sí –dijo ella en voz baja.

Justo entonces, Nina se dio cuenta de que la gerente de la tienda y su ayudante los estaban mirando con una sonrisa en los labios, como encantadas de contemplar una escena tan aparentemente romántica. De hecho, dio por sentado que esa fue la razón por la que Tristan la tomó de la mano con afecto, le acarició los nudillos y, a continuación, le apartó un mechón de pelo de la cara.

–He pedido que sacaran esto de la caja fuerte.

Tristan se inclinó sobre las joyas que la gerente había preparado, alcanzó una cajita roja y la abrió, revelando un anillo con un gigantesco diamante negro, rodeado de blancas piedras preciosas.

–De todas formas, eres tú quien se lo va a poner –continuó Tristan–. Así que, si no te gusta, puedes elegir entre el resto de las joyas.

Nina no fue consciente de lo que hizo a continuación, pero lo fue sobradamente del momento en que él la miró con gesto de triunfo, clavó una rodilla en el suelo y le puso el anillo en el dedo, ganándose el aplauso de su pequeña audiencia.

–Te queda perfecto.

Acto seguido, Tristan ordenó a sus empleadas que acercaran una bandeja con anillos y collares a juego, e insistió en probárselos en persona. A ojos del mundo, se acababa de convertir en la futura esposa del señor Falco y, cuando lo miró a los ojos, sintió pánico.

¿Qué demonios iba a hacer cuando la volviera a besar? Porque estaba segura de que la volvería a besar.

Tristan nunca se había planteado lo que pasaría cuando le pidiera matrimonio a una mujer, pero jamás habría imaginado que la mujer en cuestión reaccionaría así.

Nina, que se había comportado en todo momento como si la estuvieran sometiendo a una intervención dental de lo más dolorosa, se quedó paralizada cuando le puso el anillo en el dedo. Y las cosas no habían mejorado mucho desde que, al salir del edificio, se detuvieron un momento para posar ante un pequeño grupo de fotógrafos.

Poco después de llegar al lugar donde se celebraba el acto benéfico, el primer compromiso de la noche, la perdió de vista. Él tenía que conceder una serie de entrevistas a varias cadenas de televisión, y ella se iba a someter a una sesión fotográfica de la Elite One con los demás pilotos del campeonato.

Como ya imaginaba, los periodistas intentaron sacarle detalles sobre su relación con Nina, una situación que él manejó con facilidad y hasta disfrutando con las palabras que elegía para contestar.

Tristan era todo un artista en lo de dar información de forma selectiva. Su relación con la prensa siempre le había parecido una especie de juego, una serie de movimientos de ajedrez con los que

podía manipular a su oponente; y siempre le había funcionado. Pero, unos días antes, al ver lo que se estaba publicando sobre Nina en las redes sociales, había decidido dejar París y marcharse a Milán para echar una mano a su futura prometida.

Incluso ahora, el simple hecho de no saber dónde estaba exactamente ni qué preguntas se vería obligada a responder sin ayuda de nadie hacía que se sintiera culpable. La había dejado sola demasiados días, y no volvería a cometer ese error. Funcionarían como un equipo, tanto si le gustaba a Nina como si no.

Por lo que vio después de sus entrevistas, funcionar como un equipo no iba a ser ningún problema; al menos, por lo relajada que estaba Nina mientras la fotografiaban con el otro piloto de reserva, Daniele Roberts. El rompecorazones italoescocés había sido uno de los mejores activos de la escudería durante el año anterior.

Pero, cuando Roberts se inclinó sobre ella y le susurró algo al oído, arrancándole una carcajada, Tristan se puso tenso al instante. Nina no lo trataba con la brusquedad que le dedicaba a él. De hecho, parecía estar disfrutando, y le dio la misma impresión cuando terminaron con la sesión de fotos y se alejaron juntos.

En ese momento, oyó una voz de lo más familiar. Era la de Valerio Marchesi, a quien conocía desde su juventud, porque habían estudiado en el mismo internado. Al principio, su relación había sido conflictiva, pero se hicieron amigos porque los dos habían sufrido experiencias traumáticas; y, tras pasar por varias terapias, Valerio superó sus problemas y se terminó casando con Daniela Avelar, quien se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

–He oído un rumor delicioso esta semana, Falco –dijo la mujer con una sonrisa maliciosa.

–Parece que tu prometida está bastante ocupada esta noche –comentó Valerio con sorna, ladeando la cabeza hacia Roberts–. Me alegro de que por fin hayas encontrado la horma de tu zapato.

Justo entonces, Roberts dio un abrazo excesivamente cariñoso a Nina, y Tristan dejó a sus dos amigos y cruzó la sala a grandes zancadas.

Cuando llegó a la altura de los dos pilotos, Roberts estaba preguntando:

–¿No te has acostado todavía con él?

Tristan se sintió como si la sangre le hirviera en las venas y, por supuesto, intervino de inmediato.

–¿No le parece que es una pregunta demasiado personal, señor Roberts? –preguntó, dedicándole una sonrisa de depredador.

En lugar de sentirse incómodo, Roberts le devolvió la sonrisa y dijo:

–Solo son bromas de compañeros, Roux. Nada importante. Además, estoy seguro de que a usted no le molestara… a fin de cuentas, Nina quiere que la traten como a los demás miembros del equipo, ¿verdad?

–Bueno, yo no soy como los demás. Soy mucho mejor que vosotros –bromeó Nina–. Y no, no tengo nada contra las bromas.

–Yo tampoco –dijo Tristan–, pero Nina es mi prometida, y no me gusta que le intente sonsacar detalles de nuestra relación, Roberts.

–No estaba intentando sonsacarme nada sobre nosotros, sino sobre ti –afirmó Nina–. Me ha preguntado eso porque siente curiosidad sobre tu fama como amante. De hecho, es la pregunta que más me han formulado esta semana… ¿Es cierto que Tristan Falco es un mago entre las sábanas?

–¿Ahora dicen que soy un mago? –preguntó Tristan–. Vaya, antes era un dios. Por lo visto, he bajado de categoría.

Roberts rompió a reír y, acto seguido, tuvo la sensatez de despedirse de ellos y dejarlos a solas con su conversación.

–No creo que interpretar el papel de cavernícola sea necesario para seguir adelante con esta farsa –bramó ella entonces.

–Creía que estaba claro que soy yo quien decide lo que es necesario o deja de serlo.

–Ah, sí, ¿cómo lo he podido olvidar? –ironizó ella–. Mi papel se limita a mirarte con adoración e ir de aquí para allá como un expositor de joyas ambulante. Tendría que haberle dicho a Roberts que no hay ninguna posibilidad de que llegue a saber si es verdad que eres tan buen amante.

Tristan se quedó perplejo, sin creer siquiera lo que acababa de oír.

–Un dios… –prosiguió ella, sacudiendo la cabeza–. Es como si todo el mundo me preguntara por un supercoche aparcado en mi garaje y

yo tuviera que presumir de él aunque no se me permita conducirlo.

–¿Qué intentas decir con eso?

–Nada, tranquilo. No te estoy proponiendo que nos acostemos. Mi hermano ya me ha quitado esa idea de la cabeza.

–Nuestra relación no es asunto de tu hermano.

–Pues él cree que sí –dijo ella, girándose hacia uno de los cuadros que se exponían en la sala–. Hacía más de un año que no hablaba conmigo, pero hoy me ha dejado un mensaje en el contestador para recomendarme que no me acueste contigo.

Tristan se sintió culpable. Él era la única persona que sabía por qué había estado tanto tiempo sin hablar con su hermano; pero aún no se lo podía decir, por injusto que fuera para los dos. Solo esperaba que, cuando Nina por fin lo supiera, se diera cuenta de que él había actuado en todo momento en defensa de los intereses de Roux.

–Solo intenta protegerte, nada más.

–Sí, bueno, antes era muy protector conmigo. Ojalá lo hubiera sido tanto con el legado de nuestra familia y con mi propia herencia. Pero parece que solo le preocupa mi virtud –declaró ella.

–¿Tu virtud? Lo dices como si yo fuera un pervertido y tú, una inocente niña.

Ella lo miró de forma extraña y se apartó del cuadro que estaba mirando.

–Mi reputación es mi virtud, Tristan. Y la gente ha empezado a pensar que soy una bruja calculadora que ha encontrado el modo de seducir al soltero más indomable del mundo.

–¿Y lo que piense la gente me convierte en el malo de la película? –preguntó él–. ¿Crees que tengo intención de seducirte, Nina?

–No lo sé. ¿La tienes?

–¿Qué harías si te dijera que sí?

Nina se encogió de hombros.

–Bueno, ya lo intentaste una vez. Y me libré de ti con bastante facilidad.

–¿Me estás desafiando, cariño? –preguntó Tristan, deseando desnudarla lentamente.

–¿Que si te estoy desafiando? ¿Esa es la única posibilidad que se te ocurre? Cómo se nota que estás acostumbrado a que todo el mundo te adore. Aunque mentiría si afirmara que no siento curiosidad por saber si coqueteas conmigo en serio o es otra de esas farsas con las que alimentas tu fama de mujeriego.

–Si crees que pago a mujeres para que me asalten por ahí y se metan en las habitaciones donde duermo, estás muy equivocada.

–No, dudo que hagas esas cosas. Pero creo que no haces nada por impedirlo, y también creo que, si la nuestra fuera una relación de verdad, yo no tendría un momento de paz.

–Si nuestra relación fuera real, me encargaría de que te sintieras más en paz que en toda tu vida. Estarías tan relajada que casi flotarías en mi cama –musitó él con sensualidad.

Las pupilas de Nina se dilataron, y un leve rubor tiñó sus mejillas. Abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar y, al ver que los llamaban para que se sometieran a otra sesión fotográfica, aprovechó la oportunidad y se alejó de él.

Tristan se quedó inmensamente satisfecho con su reacción. Su gatita jugaba duro, pero estaba claro que no era inmune a sus encantos.

Ni mucho menos.

Capítulo 6

Tristan no asistió a los actos del Premio de Bélgica, que se celebró el fin de semana siguiente, y tampoco se presentó en Mónaco días después para asistir a la primera sesión oficial de entrenamiento de Apollo Accardi.

Durante su ausencia, Nina se concentró por completo en su trabajo, decidida a terminar su última temporada como segunda piloto del equipo con la cabeza bien alta. Su agente le había llamado por teléfono para informarle de que Accardi Autosport estaba buscando un piloto nuevo para la siguiente temporada y, tras dudar unos momentos, habló con ellos y les pidió que la incluyeran en la lista de posibles candidatos.

Era lo mejor que podía hacer. Cuando su contrato en vigor terminara, se quedaría sin equipo, y necesitaba tener otras opciones.

Sin embargo, el sentimiento de culpa pesó en su conciencia cuando su equipo se reunió en el puerto de Montecarlo para viajar a Barcelona. Iban a pasar la noche en un superyate de lujo; probablemente, por cortesía de su principal patrocinador, contento con el fantástico resultado de la carrera de Italia.

Nina reconoció la embarcación al instante, porque era mundialmente famosa. Pero ya no se llamaba *La Sirenetta II*, sino *La experiencia Falco*.

Tristan apareció al pie de la escalerilla instantes después, vestido con unos pantalones de lino de color *beige* y un polo a juego. Dio la bienvenida a cada uno de los miembros del equipo y la dejó a ella para el final. Sus compañeros subieron a bordo y se dirigieron a los camarotes donde iban a pasar la noche. Era un barco enorme, así

que había sitio para todos. Pero no era habitual que el dueño del equipo viajara con los demás.

Durante los minutos siguientes, Tristan se dedicó a ejercer de anfitrión. Hacía lo posible por mantener las distancias con ella, y a Nina no le extrañó demasiado, teniendo en cuenta que casi lo había desafiado a seducirla. Además, el hecho de que lo hubiera hecho aparentemente en broma no cambiaba nada. Fantaseaba con Tristan todo el tiempo, y cuando se acostaba era peor, porque protagonizaba sus más que tórridos sueños.

Nina siempre había odiado que le dijeran que algo estaba prohibido. Normalmente, tendía a cumplir las normas; pero, cuando le decían eso, solo quería desobedecer.

Desde luego, Tristan había dejado claro desde el principio que la suya sería una relación platónica, porque consideraba que era lo mejor para los dos; pero, en el fondo, no creía que esa fuera la razón por la que no había intentado ir más lejos con ella. Pensaba que no era su tipo de mujer. No era ni alta ni esbelta. No le reía las gracias ni le hacía cumplidos.

Decidida a no permitir que él se diera cuenta de lo que le molestaba eso, se dedicó a charlar con sus compañeros y con Astrid Lewis, que se acercó a saludarla. Últimamente, Astrid asistía con frecuencia a los actos sociales del equipo. Su hijo, Luca, era un experto en todo lo relacionado con la Elite One, y no se había perdido ni una sola carrera hasta el otoño, cuando tuvo que volver al colegio.

–Por favor, no me digas que has venido a darme más trabajo –le dijo Nina.

–¿Tristan te ha hablado del centenario de Falco Diamonds?

–Sí –contestó Nina, reprimiendo un gemido.

–La campaña publicitaria se hará en Buenos Aires, el mes que viene, pero los de relaciones públicas quieren adelantarse y hacer unas cuantas pruebas mientras te hacen fotos en Barcelona –le informó la mujer.

Nina frunció el ceño.

–¿Al mismo tiempo que la sesión fotográfica?

–Eso depende de ti, pero les he dicho que quizá sea lo mejor, porque sé que esas cosas te roban mucha energía. Sin embargo, la revista se ha enterado de lo que está pasando y lo quieren incluir en el relato de la campaña. Les gustaría que Tristan participe en ella.

En ese momento, apareció el mentado con dos copas de champán y, tras darle una a Nina, preguntó:

–¿En qué quieren que participe?

Astrid le informó rápidamente, y Tristan frunció el ceño cuando ella dejó de hablar.

–Me parece magnífico, pero no sé por qué me necesitan a mí. ¿O quieren usar joyas de Falco en la campaña?

–Desde luego, quieren que Falco Diamonds participe, para enfatizar la relación de las dos marcas, aunque aún están buscando un sitio apropiado para ello –comentó Astrid–. Pero también quieren que participes en la sesión fotográfica.

–Pues que no cuenten conmigo –dijo Tristan–. En cambio, con las joyas no habrá ningún problema. Y en cuanto al sitio, pueden usar la propiedad de mi difunto tío… Tenía intención de ir de todas formas. Me la dejó a mí en lugar de dejársela a mi primo Víctor, y yo la he dejado tal como estaba. Tiene una colección de coches clásicos que vendría bien como trasfondo de las fotos.

Astrid se fue poco después, dejándolos a solas, y Nina bebió un poco de champán y dijo:

–Me ha sorprendido tu comentario sobre los coches y las fotos. No me digas que también eres fotógrafo…

–Lo fui brevemente, hace mucho tiempo. Tras la muerte de mi tío, estuve viajando bastante, y publiqué varias de las fotos que hacía, aunque con pseudónimo.

–¿Es que ya no las haces?

–No, hace años que no. Aún tengo mi cámara y todo lo demás, pero… no tengo tiempo para esas cosas.

–Siempre hay que tener tiempo para las cosas que te dan placer. ¿O ya tienes bastante con el que te dan tus amantes?

Tristan arqueó una ceja.

–No llevamos juntos ni tres minutos y ya has mencionado mi vida sexual. Creo que has batido un nuevo récord. Estás obsesionada.

–Sí, quizá tengas razón –dijo ella, distraída.

Él se dio cuenta de que está pensando en otra cosa, y preguntó:

–¿Qué se te ha pasado por la cabeza?

–Que deberías ser tú quien hicieras las fotos.

Tristan sacudió la cabeza y se bebió su copa de champán de un solo trago, en silencio.

–Astrid es muy observadora, y sabe que me suelo poner tensa en las sesiones fotográficas –continuó Nina–. Pero creo que me sentiría mejor si el que está detrás de la cámara no es un desconocido.

–Me alegra saber que ya no soy un desconocido para ti –ironizó Tristan–. Sin embargo, tengo que volver a París cuando acabe la carrera. Además, es una sesión de una revista importante… seguro que tienen un fotógrafo de primera categoría. Estarás bien.

Ella asintió.

–Es lógico que te marches tan pronto.

–¿Lógico? ¿En qué sentido, exactamente?

–Tristan, has estado manteniendo las distancias conmigo desde que te desafié a seducirme.

–Puede que haya estado ocupado, nada más.

–No, no es eso. Hasta entonces, coqueteabas siempre que podías.

–Nina…

–No te preocupes. No volveré a decir nada parecido. Aún me queda un poco de orgullo. Aunque reconozco que me molesta lo que la gente dice de mí, teniendo en cuenta que la verdad es bastante más risible.

–¿La verdad?

–Los medios han pasado de presentarme como una especie de frígida a afirmar que debo de ser una diosa del sexo, porque he conseguido echarte el lazo.

Los ojos de Tristan se oscurecieron.

–¿Una diosa del sexo?

–¿Qué tiene de particular? A ti te llaman dios por el mismo motivo.

–Sí, se ve que estamos hechos el uno para el otro…

Nina lo miró con irritación, se apoyó en la barandilla del barco y se quedó mirando la preciosa puesta de sol.

–¿Piensas que el hecho de que mantenga las distancias contigo significa que tu sinceridad me disgustó? –preguntó él entonces.

–¿Es que me equivoco?

Tristan sonrió.

–Nina, tu franqueza es lo más refrescante con lo que me he topado en los últimos tiempos –le confesó–. ¿Crees de verdad que no te deseo? ¿Crees que dejo de pensar en algún momento en todas las razones que tengo para querer tocarte? Ojalá fuera posible… pero sería desastroso para los dos.

–¿Por qué?

–Bueno, al margen del hecho de que te saco doce años y de que soy técnicamente tu jefe, fui yo quien te presioné para que te prestaras a esta farsa. Si me acostara contigo, me estaría aprovechando de ti.

–¿Y si quiero que te acuestes conmigo? –preguntó ella.

–Nina…

Nina se pegó a él repentinamente y le puso las manos en los hombros. Tristan la deseó tanto que no se habría podido apartar aunque hubiera querido; y como no quería, la besó con suavidad y, acto seguido, permitió que ella llevara el ritmo del beso, explorándolo.

Tristan sabía tan bien como Nina recordaba. Su contacto era delicioso, y no solo eso: curiosamente, sintió una excitación muy parecida a la que sentía cuando estaba pilotando a toda velocidad. Lo único en lo que pensaba era él. Lo único que quería sentir era él. Pero quería bastante más que un beso.

Él la apretó luego contra la barandilla, y Nina pudo sentir la presión de su erección en el estómago, lo cual aumentó su excitación de tal manera que se empezó a frotar contra su cuerpo mientras Tristan le acariciaba el cabello. Y en ese preciso momento, oyeron pasos a su espalda y se giraron.

Era Astrid, que desapareció rápidamente tras su sorpresa inicial.

–Oh, Dios mío. Nos ha visto –dijo ella.

–Sí, en efecto.

–Bueno, Astrid sabe que lo nuestro es una farsa, pero no le dará importancia en ningún caso. No te preocupes por eso.

–No es eso lo que me preocupa.

–¿Ah, no?

–No, lo que me preocupa es que, cada vez que me quedo a solas contigo, pierdo el control. Y eso es inaceptable. Yo nunca pierdo el control. Sin mencionar el hecho de que tú y yo establecimos unas normas y no dejas de romperlas.

–Tienes razón. Pero no me voy a disculpar por eso.

–¿Por qué no? –preguntó él, arqueando una ceja.

–Porque me gustas mucho, y siento curiosidad.

Tristan se volvió a acercar a ella.

–Maldita sea tu curiosidad y tu negativa a cumplir las normas –dijo pasándose la lengua por los labios.

–Pues no parece que te disguste mucho. Si no querías que nos besáramos, te podrías haber apartado en cualquier momento.

–¿Apartarme de ti? Que el infierno se congele sería más fácil, gatita. No tengo tanta fuerza de voluntad.

Tristan la besó de nuevo y, al cabo de unos segundos, preguntó:

–¿Seguro que esto es lo que quieres?

–Sí.

Entonces, él alzó las manos y le acarició los pezones por encima de la camiseta, arrancándole un gemido de placer. De repente, Nina se sentía como si hubiera estado jugando con fuego y se encontrara a punto de sentir las llamas en su piel. Y, por supuesto, permitió que Tristan siguiera adelante con sus atenciones; pero, cuando él llevó una mano al botón de sus pantalones vaqueros, se quedó helada.

–Oh, discúlpame. Me he dejado llevar –dijo Tristan en voz baja–. ¿Quieres que vayamos a algún lugar más privado?

Nina sacudió la cabeza, porque acababa de recordar dos cosas: la primera, que estaban en el yate, con todo el equipo a bordo; la segunda, que Tristan la había tomado por una mujer con experiencia, y se llevaría una decepción si se acostaba con ella y descubría que era virgen y que no sabía nada sobre hacer el amor.

–¿Nos podemos tomar un descanso? –dijo ella.

–Por supuesto.

Tristan dio un paso atrás, como intentando controlarse.

–Quiero que sigamos adelante –le confesó Nina–. Lo deseo con toda mi alma. Pero vamos demasiado deprisa para mí. Además, este fin de semana es muy importante, y no podría concentrarme en ti.

–¿Estás insinuando que pondría en peligro tu carrera? Vaya, me siento halagado.

–Sí, ya me lo imaginaba. Pero creo que sería mejor que esperemos hasta… después.

–Solo si me prometes que buscarás tiempo para mí en cuanto puedas –musitó él contra su mejilla–. Anótalo en tu agenda con letra roja. No sé por qué, pero estoy obsesionado con tus códigos de colores.

Ella sonrió, ligeramente ruborizada.

–Durante los tres próximos días, estaré concentrada en la carrera –anunció–. Pero luego seré tuya.

Él la miró con asombro.

–¿Eres consciente de que dices cosas que volverían loco a cualquier hombre?

Obviamente, Nina no pretendía que sus palabras sonaran tan contundentes; pero si su franqueza le gustaba tanto, estaba dispuesta a ser más franca que nunca con él.

–Es que creo que debo ser sincera contigo –dijo con nerviosismo–. Aunque no suelo hacer este tipo de cosas, ¿sabes? De hecho, yo nunca…

Tristan la besó entonces en el cuello, y ella ni siquiera supo si había oído algo de lo que le había dicho.

–Bueno, será mejor que te llevemos a la cama, Nina. Como siga contigo, no me responsabilizo de lo que pueda pasar.

Tristan la acompañó a su camarote, y se quedó unos momentos frente a la puerta, mirándola con deseo.

–Tres días –dijo.

–Tres días –repitió ella.

El palco del Premio de España estaba lleno de gente que Tristan no conocía personalmente, aunque sabía quiénes eran: políticos y famosos variopintos, que se dedicaban a socializar con intención de

ganar influencia. Seguramente, a algunos les gustaban las carreras de verdad, pero los fines de semana de la Elite One no eran solo un asunto de carreras, sino también de contactos y del simple hecho de disfrutar del ambiente.

Tristan se había sentado lejos de las ventanas de la parte delantera. Había estado muchos años en terapia tras el accidente de avión que le había costado la vida a su tío y casi se la había costado a él, pero el rugido de los motores le seguía poniendo los pelos de punta, aunque no se le notara. Al fin y al cabo, era un experto controlando sus emociones. Nadie podía imaginar que sentía pánico al ver conducir a Nina a tanta velocidad.

Según los mecánicos, la estrategia del equipo era buena, los coches estaban en perfecto estado y los pilotos se encontraban en plena forma; y debía de ser verdad, porque en ese momento ocupaban el cuarto y el quinto lugar de la carrera. Los bólidos de Accardi iban en primer y segundo lugar, pero Nina y Roberts tenían tanto talento que, al cabo de un rato, ganaron un puesto cada uno.

–¿Me engaña la vista? ¿O eres tú de verdad?

Tristan se giró al británico acento de Astrid, que se acercó a él con una sonrisa en los labios.

–Tristan Falco en una carrera… Esto es lo nunca visto –continuó–. No me digas que has decidido seguir mi consejo.

–A decir verdad, ha sido Nina quien me ha convencido de que es importante que muestre mi apoyo al equipo.

–Sí, ya me he dado cuenta de que Nina te ha causado una gran impresión.

Tristan carraspeó, pero no dijo nada.

–¿Sabes una cosa? Al principio, no estaba segura de que tu plan fuera a funcionar, pero el efecto mediático ha sido maravilloso. Estás haciendo un gran trabajo al respecto, incluso en privado. Nadie diría que vuestra relación no es real. Pero cuida a Nina, por favor.

Tristan se acordó de la renuencia inicial de Nina a aceptar el acuerdo que le propuso. Como necesitaba tranquilizarla, le había asegurado que su relación sería estrictamente platónica; pero, cuanto más tiempo estaban a solas, más les costaba recordarlo. Sus cuerpos parecían empeñados en llevar las cosas mucho más lejos. Y,

en su caso, no era de extrañar, porque nunca había deseado tanto a una mujer.

–Por cierto, he oído un rumor interesante –dijo Astrid.

–Espero que sea bueno.

–Por lo menos, importante. En Accardi están interesados en Nina.

Tristan miró a Astrid con súbita intensidad.

–Pues tendrán que pasar sobre mi cadáver.

Astrid apretó los labios y ladeó la cabeza, claramente sorprendida por su emotiva reacción.

Comprendo que te disguste, pero, según el acuerdo que has firmado con ella, la liberarás a final de temporada de todas formas.

–Sí, pero ellos no lo saben.

–¿Quieres que siga en el equipo, Tristan? –preguntó ella con interés–. Porque, con la decisión que tomó el equipo el mes pasado, dudo que ella quiera seguir.

–Esa no es la cuestión.

–Entonces, ¿cuál es?

–Que Enzo Accardi se quiere vengar de nosotros por haber fichado a su nieto. Y no voy a permitir que use a Nina como arma arrojadiza.

–Te das cuenta de que esto es la Elite One, ¿verdad? Se hacen más jugarretas que en el resto de los deportes de motor. Esto es un drama permanente. Las carreras solo suponen un cinco por ciento de la diversión.

Tristan soltó un gruñido. Conocía a Enzo Accardi y, además, había oído muchas historias sobre lo ladino, traicionero e implacable que podía llegar a ser. De hecho, esa era la razón de que Apollo lo hubiera abandonado. Y no soportaba la idea de que Nina cayera en las garras de un hombre como ese.

Mientras lo pensaba, se oyó un rugido en las gradas. Roberts había superado a Nina y a uno de los pilotos de la escudería Accardi y ahora estaba en segundo lugar, mientras Nina competía ferozmente por el tercer puesto.

Al verla, se le puso la carne de gallina. Había empezado a llover, pero ella y su oponente avanzaban a toda velocidad hacia una de las curvas, como si fuera lo más natural del mundo. El corazón se le encogió al ser consciente de lo que pretendía hacer. Iba a apurar la

frenada con intención de pasar al piloto de Accardi, por peligroso que fuera.

Un instante después, Nina consiguió su objetivo y se puso en tercer lugar.

Tristan suspiró, aliviado. Aquello había sido poesía en movimiento. No era un experto en carreras, pero cualquiera se habría dado cuenta de que aquella mujer tenía un don. Y se sintió tan orgulloso de ella que se sumó a los gritos de alegría de los miembros del equipo que estaban en el palco.

Todo parecía indicar que la carrera iba a terminar así, con Roberts en la segunda plaza y Nina en la tercera. Pero, en la última vuelta, el segundo piloto de Accardi forzó demasiado las cosas y rozó uno de los neumáticos traseros de Nina con el morro de su bólido.

–¡Oh, no!

Los dos coches empezaron a girar descontroladamente. Y un instante después, el de Nina se estrelló contra uno de los laterales.

Capítulo 7

Los servicios médicos intervinieron con tanta rapidez como de costumbre, y poco después ya estaban tratando los pequeños hematomas que había sufrido Nina. Por suerte, el accidente no había tenido consecuencias físicas graves, pero las podía tener de otro tipo, porque en la Elite One se tomaban muy en serio la seguridad, y no se toleraban ese tipo de incidentes.

Al cabo de un rato, los médicos dieron el alta a Nina, que regresó a su hotel en compañía de Sophie. Su entrenadora iba a pasar la noche con ella, para asegurarse de que no había sufrido una conmoción cerebral. Y aunque Nina estaba segura de no tenerla, se alegró de que Sophie la acompañara.

En cambio, Tristan la había decepcionado profundamente. Esperaba que apareciera al instante, porque estaba en uno de los palcos y era imposible que no hubiera visto lo sucedido. Pero ni había aparecido mientras los médicos la estaban tratando ni se había acercado después a ver qué tal estaba.

¿Qué tipo de novio era capaz de abandonar a su prometida en semejantes circunstancias?

Nina estuvo a punto de enviarle un mensaje para recriminarle su actitud; pero, en lugar de eso, intentó sobreponerse a su enfado y, en cuanto llegó al hotel, se acercó al mostrador con intención de pedir que le subieran varios postres a la habitación.

Por supuesto, su entrenadora se quedó espantada, porque no era un tipo de comida precisamente saludable.

–Te aseguro que hay cosas más sanas –protestó Sophie.

–No quiero cosas sanas. Quiero azúcar –gruñó Nina–. Pero, si eres buena conmigo, estoy dispuesta a compartir mi helado contigo.

–No sé qué decirte. Tengo la impresión de que hay una persona que tiene un plan distinto. Quizá esté pensando en un tango para dos.

Nina no supo de qué demonios estaba hablando, pero comentó:

–El tango siempre es cosa de dos.

Un instante después, comprendió el comentario de Sophie. Lo había dicho por Tristan, que acababa de entrar en el hotel.

–¿Los médicos te han dado el alta? –preguntó el recién llegado.

–Sí. Estoy bien. Solo necesito dormir un rato.

–Se supone que teníamos que ir a la fiesta de esta noche, pero me he ofrecido a quedarme con ella por si ha sufrido una conmoción –intervino Sophie.

–No es necesario que te pierdas la celebración. Yo me quedaré con ella.

–No, no quiero que…

–Nina, por favor –la interrumpió Tristan–. Gracias por todo, Sophie. Disfruta de la fiesta.

Para horror de Nina, Tristan la tomó entonces del brazo y la llevó hacia el ascensor privado que llevaba a la *suite* del ático, dejando a Sophie en el vestíbulo del hotel.

–Deja de ser tan brusco –protestó Nina–. Además, andas demasiado deprisa.

Tristan bajo el ritmo al instante, pero la metió en el ascensor de todas formas.

–No discutas conmigo en este momento. Estoy tan alterado que no me extrañaría que sufra un infarto.

–Siento haber reventado tus planes nocturnos, pero no es necesario que te quedes conmigo. Me encuentro perfectamente bien.

Él entrecerró los ojos.

–¿Crees que estoy alterado porque me voy a perder esa fiesta?

–¿Por qué si no? La reputación lo es todo para ti, y supongo que querías dejarte ver en público. A fin de cuentas, es esencial para la farsa a la que me he prestado.

Tristan la miró con angustia, pero no dijo nada porque el ascensor llegó en ese momento al vestíbulo de la *suite* del ático, donde había

dos guardias de seguridad. Él los saludó por sus nombres y, a continuación, la llevó al interior de la *suite*, que resultó ser tan grande y elegante como Nina esperaba.

–Esto es absurdo –dijo ella–. ¿Por qué me tengo que quedar aquí? Mi habitación está muy bien…. Ni siquiera entiendo por qué necesitas un sitio tan grande. Hay tanto espacio que se podría organizar un baile para todo el equipo.

–Ya me ocuparé de eso cuando me haya asegurado de que tus heridas no son graves.

–Me encuentro bien –insistió ella, con gesto de cansancio–. No necesito que cuides de mí. Aunque, por otro lado, es lo que haría un novio de verdad.

–No sé qué es lo que haría un novio de verdad, pero no me voy a apartar de ti. Te he visto chocando a trescientos kilómetros por hora.

–No iba tan deprisa. Acababa de salir de una curva…

Tristan se acercó a uno de los muebles y sacó un kit de primeros auxilios.

–Oh, vamos. Los médicos me han dado el alta. No tengo ni el más pequeño corte, Tristan. Solo un par de magulladuras.

–Sí, ya lo sé. He hablado con ellos por teléfono, y hasta he llamado a mi médico de París para que me dé una segunda opinión.

–¿Has hecho eso? –preguntó ella, sorprendida.

–Por supuesto.

Tristan la miró a los ojos y abrió la boca como para decir algo, pero guardo silencio. Luego, la llevó al dormitorio principal de la *suite* e insistió en que pasara allí la noche.

Nina, que estaba cada vez más cansada, no se resistió cuando él se arrodilló para quitarle las zapatillas, los pantalones de chándal y la holgada camiseta que se había puesto después de que los médicos la examinaran en busca de fracturas y posibles hemorragias internas. Por tranquila que estuviera, estrellarse a tanta velocidad no era algo sin importancia.

Hasta ese día, Nina no había sufrido ningún tipo de accidente similar. Su experiencia al respecto se limitaba a lo que le habían dicho otros pilotos sobre el efecto de las fuerzas gravitatorias a velocidades excepcionalmente altas, pero cualquiera podía imaginar

lo que pasaba al chocar en dichas circunstancias contra una barrera metálica.

Pensándolo bien, había tenido muchísima suerte. Y quizá fue eso, su sensación de alivio, la razón de que no impidiera que Tristan le colocara las almohadas mientras ella se tomaba un analgésico y la recostara en ellas a continuación.

Pero se quedó perpleja cuando él se sentó a su lado.

–Ponte cómoda, porque no vas a salir de la cama.

Nina ladeó la cabeza lo justo para poder mirarlo.

–¿Me estás amenazando con una noche de placer? Porque el plazo de tres días ya ha expirado. ¿Por fin voy a poder disfrutar de las habilidades del gran seductor?

Tristan se giró hacia ella. Se había quitado la chaqueta y la corbata, y Nina admiró brevemente su cuello antes de volver a clavar la vista en sus ojos.

–Sigues completamente obsesionada con el sexo, incluso después del accidente que has sufrido. ¿Seguro que estabas pensando en eso?

–Bueno, nos comprometimos a ello…

Tristan alzó una mano, le acarició la mejilla y frunció el ceño.

–Hasta yo tengo mis límites en determinadas situaciones –afirmó sin dejar de acariciarla–. ¿Cómo es posible que alguien sea tan valiente y fuerte y tan frágil al mismo tiempo?

Nina se quedó asombrada con él. Había supuesto que la tensión de su voz se debía a la irritación, pero no parecía molesto: parecía preocupado por ella.

–¿De verdad vas a renunciar a esa fiesta para quedarte aquí, cuidándome?

–Necesitas descansar, y me voy a asegurar de que descanses.

–Tranquilo, ya has frustrado los planes autodestructivos que tenía. Sophie estará inmensamente aliviada, porque le he dicho que tenía intención de comerme un montón de postres y ver películas románticas al mismo tiempo. No sé qué odia más esa mujer, si las películas románticas o el azúcar.

–Pero a ti te gustan…

–Veo ese tipo de películas cuando estoy abrumada por algún motivo. Son una especie de medicina. Me ayudan a tranquilizarme.

–Supongo que lo comprendo. Yo suelo preferir las películas de acción, pero mi madre y yo veíamos muchas comedias románticas juntos, para aprender inglés. Mi vocabulario fue bastante extravagante durante unos cuantos años.

–Se nota que la quieres mucho. Yo no conozco esa sensación, esa clase de complicidad familiar –dijo ella.

–No siempre ha sido fácil. Entonces lo era, porque mi tío ejercía de mediador entre nosotros. Pero, sí, siempre hemos estado muy unidos.

A Nina no le pasó desapercibida su angustia al mencionar a su tío; particularmente, porque Tristan se levantó de inmediato, como queriendo poner tierra de por medio, y pidió un montón de postres al servicio de habitaciones.

Sin embargo, ni el exceso de azúcar ni la película que vieron pudo impedir que los ojos se le empezaran a cerrar. Tristan la vigilaba como un ángel de la guarda, susurrando palabras de afecto en español y acariciándole el cabello con sus fuertes manos.

–Logras que desee que esto sea real –dijo ella, ya medio dormida–. Haces que… te desee.

–Descansa, y no te preocupes por nada. Estoy contigo, querida –susurró él–. Soy tuyo.

Cuando Tristan abrió los ojos, vio la luz del sol entrando por las ventanas y a Nina profundamente dormida en sus brazos. Había dormido toda la noche, a pesar de que la pequeña descarada se había dedicado a apretar cada centímetro de su flexible cuerpo contra el suyo, tensándolo tanto que ahora le dolían todos los músculos.

Había hecho todo lo posible por conseguir que Nina no se durmiera de inmediato, porque le seguía preocupando la posibilidad de que hubiera sufrido una conmoción cerebral. Pero, tras convencerse de que se encontraba bien, se había relajado y había

intentado dormir a su vez, aunque el contacto de su piel lo mantuvo despierto un buen rato.

Desgraciadamente, ahora estaba despierto, y la angustia del día anterior volvió con toda su fuerza.

El accidente de Nina le había provocado tal ataque de pánico que se había ido porque no se sentía capaz de afrontar la situación. Sus malditos ataques le impedían llevar una vida normal. Nunca sabía cuándo los iba a sufrir. Solo sabía que se habían convertido en una parte inseparable de él desde la muerte de su tío, de su querido tío, del hombre que había sido su padre de facto, porque no había conocido a su padre de verdad.

Tristan tenía un trastorno de estrés postraumático y, aunque había aprendido a controlarlo en general, no se había librado de él por completo. Hiciera lo que hiciera, las viejas heridas tendían a abrirse de nuevo, y tenía que echar mano de todas las estrategias que conocía para mantener el control de sus emociones.

Con sumo cuidado, se apartó de Nina y se levantó silenciosamente de la cama. Aún llevaba la ropa de la noche anterior, sin más excepción que el calzado y el abrigo, pero el cuello de la camisa le molestaba tanto que estuvo a punto de arrancársela de un tirón. Luego, salió del dormitorio, cruzó el salón de la *suite* y habló con la recepcionista para que les subieran café y algo de comer.

El carácter doméstico de la situación lo desconcertó un momento; pero, a diferencia de otras ocasiones parecidas, no sintió el deseo de salir corriendo. Nunca había sentido la necesidad de cuidar a nadie, pero ahora la sentía, y no se engañaba a sí mismo hasta el extremo de pensar que esa sensación se podía explicar a partir del deseo sexual.

Sí, tenía intención de hacer el amor con ella tan pronto como pudiera, pero también se quería asegurar de que tomara los medicamentos que le habían recetado, comiera lo suficiente y no se esforzara demasiado. Nina era muy obstinada, y siempre anteponía los intereses del equipo y de su academia para chicas a sus propias necesidades.

Cada vez que pensaba que se podía haber matado en aquella carrera, se le encogía el corazón. Pero, según le habían contado, lo

único que le preocupaba a ella cuando la sacaron del coche era haber perdido su puesto en el podio.

Aún estaba empantanado en ese tipo de pensamientos cuando Nina salió de la habitación, envuelta en un albornoz blanco. Tristan tardó unos segundos en darse cuenta, porque estaba sentado en la terraza, disfrutando de las vistas de Barcelona; y cuando por fin la vio, dijo:

–Pensaba despertarte cuando subieran el desayuno.

Nina se le acercó y se sentó a su lado.

–Es una vista preciosa –dijo–. Lo más bonito que he visto nunca.

–Sí que lo es –dijo él, sin apartar la vista de su cara.

Ella se ruborizó un poco.

–¿Cómo te encuentras hoy? –continuó Tristan.

–Bastante bien, para haberme estrellado a toda velocidad.

Tristan hizo un gesto de dolor, y volvió a mirar los tejados de la ciudad, en un intento por distraerse a sí mismo y abstenerse de exigirle que no se volviera a subir a un coche de carreras en toda su vida.

–Estoy bien, Tristan, en serio –insistió ella–. Es la primera vez que choco contra un muro, pero los pilotos estamos entrenados para todo tipo de situaciones. Además, el coche es seguro, nuestros equipos son seguros… y yo también lo soy.

–Has tenido suerte, nada más.

Ella apretó los labios.

–Sí, la suerte ha tenido algo que ver, pero lo esencial es mi habilidad. Sé lo que hago, Tristan. Si no lo supiera, no tendría un historial de daños excepcionalmente bajo para la cantidad de carreras en las que he participado.

–No estoy insinuando que no seas una piloto hábil. Además, tú no causaste el accidente de ayer –dijo él–. He hablado con el director del equipo y le he pedido que proteste ante los comisarios para que suspendan a ese canalla.

–¿Cómo?

–Todo el mundo vio lo que pasó. Te intentó adelantar sin tener espacio para ello. Si por mí fuera, se llevaría la sanción más severa

que sea posible. Pero, francamente, no sé cómo puedes pensar en volver a las pistas después de algo así.

–Es mi trabajo, Tristan. Y en cuanto al piloto que chocó conmigo, yo también podría haber calculado mal durante un adelantamiento y haberle sacado de la pista a él. ¿Pedirías entonces que me echaran a mí de la competición?

Tristan guardó silencio, mordiéndose la lengua para no decir lo que quería. Si su compromiso matrimonial hubiera sido real, quizá se lo habría dicho; pero no lo era. Y por otra parte, Nina tenía razón: era su trabajo.

Pero ningún trabajo importaba más que la vida. Su tío lo había aprendido de la peor manera posible.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Era el camarero del servicio de habitaciones. Y, durante un rato, se limitaron a disfrutar del delicioso desayuno, que prácticamente devoraron porque ninguno de los dos había comido nada desde la tarde anterior.

Cuando ya estaban llenos, Nina se levantó y anunció que se iba a preparar.

–¿A preparar para qué, exactamente? –preguntó Tristan.

–Mira, te agradezco que hayas cuidado de mí esta noche, pero los dos tenemos cosas que hacer. Tú tienes que volver a París y yo tengo una sesión fotográfica, sin mencionar el hecho de que me gustaría pasar antes por el gimnasio.

–En primer lugar, te vas a quedar en la cama, descansando; y en segundo, no voy a ir a París. Te llevaré a la propiedad de los Falco.

–¿Ah, sí? ¿Significa eso que la sesión fotográfica la vas a hacer tú?

–No, significa que iré contigo y supervisaré la sesión para asegurarme de que cumplen mis requisitos.

–Me siento como si fueras mi niñera –dijo ella, entrecerrando los ojos–. Pero está bien, como quieras.

Él la miró con desconfianza.

–¿Eso es todo? ¿No vas a protestar? ¿No me vas a echar un sermón de cinco minutos sobre lo independiente que eres? ¿No vas a decir que no necesitas que te cuide nadie?

Ella sonrió.

–No, en absoluto. Nos marcharemos en cuanto salga del servicio.

Al llegar a la puerta del cuarto de baño, Nina se giró hacia él y añadió:

–¿Sabes una cosa? Creo que me gusta que estés conmigo, dándome órdenes.

Luego, volvió a sonreír y desapareció tras la puerta, dejando a Tristan terriblemente frustrado. Habría dado lo que fuera por meterse con ella en la ducha.

Tristan se opuso tajantemente a que Nina se diera un baño en la piscina antes de abandonar el hotel, y ella se mantuvo en silencio durante la mayor parte del viaje, mientras se dirigían hacia el norte por una carretera de la costa.

Llevar dos días seguidos sin ejercitarse a fondo no habría sido importante para la mayoría de la gente, pero ella estaba acostumbrada a ese tipo de actividad física, y lo único que había conseguido su descanso obligado era que sus niveles de ansiedad se dispararan.

Por supuesto, Sophie le había enviado varios mensajes para saber si estaba bien, acordándose quizá de la lesión en el cuello que había sufrido dos años antes. El largo periodo de reposo y el lento proceso de rehabilitación habían sido más dolorosos para Nina que la propia lesión, porque era una persona que necesitaba mantenerse ocupada.

–¿Sigues enfadada? –preguntó él en determinado momento.

–No, pero me gustaría saber si siempre conduces tan despacio o lo estás haciendo a propósito para sacarme de quicio.

Él sonrió con malicia, dio unos golpecitos al volante y bajó la velocidad un poco más.

–Puede que me guste ver el paisaje mientras viajo. Vivir el momento, ya sabes.

–Pues disfrutarás mucho el paisaje, porque, a este ritmo, puede que no lleguemos hasta mañana –replicó ella.

Nina se inclinó sobre la radio para cambiar la canción que estaba sonando en ese momento, porque no le gustaba; pero no encontró ninguna que le gustara más, de modo que se limitó a bajar el volumen.

–Mi radio, mis reglas –dijo él, y lo volvió a subir.

Para empeorar las cosas, Tristan se puso a cantar, y ella pensó que cantaba bien, demasiado bien. Siendo como era, no le sorprendió que la vida también lo hubiera bendecido con una voz como de ángel caído. Pero, a pesar de su disgusto, no pudo resistirse a la tentación de girarse hacia él y mirarlo mientras repetía la rápida letra de la cantante, que hablaba de un amante que la había engañado.

Tristan no solo se la sabía entera; además, cantaba con una pasión que ponía la piel de gallina. Y mientras lo escuchaba, Nina se acordó de su desaforada reacción al accidente. ¿Sería posible que no fuera el modelo de calma y aplomo que fingía ser?

Cuando la canción terminó, tuvo la sensación de que acababa de ver algo más de lo que se ocultaba tras la máscara de Tristan Falco; algo desde luego más indómito e intenso que la imagen de mujeriego impenitente que pretendía dar al mundo.

La propiedad de los Falco era tan gigantesca como Nina había imaginado. De hecho, tuvo la impresión de que habían recorrido varios kilómetros cuando los árboles que flanqueaban el camino dejaron ver la casa. O, más bien, lo que Tristan había definido como casa, porque aquello era completamente diferente.

–¿Es un castillo? –preguntó, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

–Sí, el edificio principal se construyó en el siglo XVII –contestó él con una sonrisa–. A mi tío le encantaba lo dramático y, en cuanto vio este sitio, se enamoró de él.

Nina se había criado entre lujos, de modo que estaba acostumbrada a las grandiosas fincas de las familias con dinero, pero la propiedad de los Falco no se parecía a nada que hubiera visto antes.

Tras detener el vehículo en mitad de un enorme patio, entre estatuas de mármol antiguas y un jardín tan bien cuidado que habría despertado la envidia de un rey, Tristan saludó a la pareja que

cuidaba de la finca, aceptó su ofrecimiento de enseñar el lugar a la invitada y tomó del brazo a Nina.

Obviamente, la presentó como su prometida, para alegría del ama de llaves y de su esposo, quienes preguntaron si tenían intención de casarse allí. Tristan contestó que su madre probablemente insistiría en celebrar la boda en Buenos Aires, y Nina se tuvo que recordar que su relación era una farsa; pero eso no impidió que la mención de la supuesta boda la estremeciera.

En todo caso, su inquietud dio paso al asombro mientras avanzaban por el edificio histórico mejor conservado que había visto jamás. El marido del ama de llaves le dio todo tipo de explicaciones y, cuando se equivocaba con alguna fecha, su mujer lo corregía al instante. El majestuoso lugar estaba a menos de una hora de Barcelona, entre frondosos bosques, y las vistas del Mediterráneo eran sencillamente increíbles.

Además del edificio principal, que era un recinto amurallado, la propiedad tenía varias casas más pequeñas, una ermita en los jardines y, por supuesto, una larga piscina. Por supuesto, todas las edificaciones se habían reformado a lo largo de los siglos, pero preservando exquisitamente su estilo original.

Por lo que Nina pudo ver, Tristan se llevaba muy bien con sus empleados, detalle que le sorprendió porque sabía que se había criado en Buenos Aires con su madre, aunque había estado varios años en un internado del viejo continente. Y, al pensarlo, se dio cuenta de que, en realidad, sabía muy poco de él.

La pareja le comentó que no vivían en la propiedad, sino en un pueblo cercano, con sus hijos, y añadieron que tenían un pequeño restaurante en la localidad. De hecho, los invitaron a cenar en él aquella noche y, a continuación, se despidieron y los dejaron a solas.

–¿La propiedad está vacía todo el año? –preguntó entonces Nina.

–Mi madre celebra alguna fiesta de vez en cuando, pero nadie ha vivido en ella desde que mi tío falleció. Este era su hogar, aunque iba a la sede de Falco todos los días. Hasta reformó una de las casas pequeñas que has visto antes para que yo viviera en ella. Le encantaba este lugar. Tenía caballos, y soñaba con abrir la propiedad

al público cuando se jubilara y enseñársela a la gente sin cobrarles nada.

Cuando llegaron al final de los establos, que resultó ser un edificio de forma rectangular, Tristan se detuvo. Y Nina notó que sus atractivos rasgos se endurecían de repente.

–Lo que está detrás de esas puertas es su garaje –anunció y, tras sacar una llave, se la plantó en la mano–. Tenía unos cuantos coches. Elige el que quieras para usarlo mañana.

–¿No quieres elegirlo conmigo? –preguntó ella, confundida.

Él sacudió la cabeza y dio media vuelta.

–Tengo que dar un paseo por los alrededores, para elegir los sitios más apropiados para la campaña de publicidad. Los de la revista llegarán a primera hora de la mañana y, si los miro ahora, ahorraremos tiempo.

Nina asintió y lo siguió con la vista mientras él se alejaba por el césped del jardín.

Las puertas del garaje eran automáticas, y se abrieron en cuanto introdujo la llave en la cerradura y la giró. Después, las luces del techo se encendieron, y todo el cavernoso espacio se iluminó, revelando mucho más que unos cuantos coches, como había dicho Tristan.

A Nina se le aceleró el corazón cuando empezó a caminar entre las filas de vehículos, sin saber muy bien en cuál fijarse, porque había alrededor de cincuenta coches clásicos perfectamente cuidados. Y todos ellos llevaban el símbolo de los Falco en el capó.

–Dios mío… –susurró al ver un modelo en particular que estaba al final del garaje.

Durante un momento, hasta sopesó la posibilidad de arrodillarse, como si estuviera en un lugar sagrado; y, para cualquiera que adorara los coches, aquel lugar lo era.

Lo que estaba mirando era el coupé Roux Motors original, que no había visto nunca físicamente porque solo se habían fabricado cinco. Dos de ellos habían quedado destrozados en sendos accidentes, y otros dos se habían vendido a coleccionistas asiáticos. En cuanto a aquel, había pasado por las manos de varios propietarios y hasta

había aparecido en una película muy famosa, cuyo protagonista interpretaba el papel de un espía.

Nina pasó los dedos por el volante, más que consciente del fresco aroma del cuero y de la total ausencia de polvo en el capó. Evidentemente, Tristan había contratado a alguien para que cuidara de los coches, si es que no los cuidaba él mismo. Todos estaban como si acabaran de salir de la fábrica del día anterior, listos para ser exhibidos, como si su anterior propietario siguiera con vida.

Entre aquel detalle y la forma en que Tristan había hablado de su tío, Nina habría llegado a la conclusión de que lo había querido mucho aunque no hubiera sabido que había sido como un padre para él. Pero había muerto; y, encima, el propio Tristan había estado a punto de perder la vida en el mismo accidente aéreo.

Nina salió del garaje poco después y, por supuesto, intentó localizar a su supuesto prometido. Estaba de pie, con una cámara impresionantemente grande entre las manos, examinando un tronco caído en un bosquecillo de la linde de la propiedad.

–¿Has visto algún coche que te guste? –se interesó él.

–Me he sentido como si estuviera en una iglesia.

–Sí, suponía que te sentirías así. La mitad de los modelos que fabricó Roux Motors están ahí, si no más –afirmó Tristan, sin dejar de fotografiar el tronco desde distintos ángulos–. Sólo le faltaban cuatro de los que quería tener cuando… en fin, cuando pasó lo que pasó. El día que se enteró de que tu padre iba a vender su colección, corrió a hacerle una oferta.

Nina apretó los labios, recordando la caótica época en que las deudas de juego de su padre y su inminente bancarrota habían ocupado los titulares de los medios de comunicación. De hecho, el accidente de Tristan y su tío se había producido la misma semana. Y se preguntó qué habría pasado si, en lugar de ser Alain quien había llevado las riendas de la empresa familiar, hubiera sido el tío de Tristan. Por la pasión que había visto en el garaje, todo habría ido bien.

–Solía bromear diciendo que el primer coche que fabricara se llamaría Dulce Diablo, en honor a mi madre. Ella siempre se burlaba

de él por su colección, porque dedicaba muchísimo tiempo a sus coches.

–Sospecho que me habría llevado bien con él –dijo Nina, sentándose en el tronco caído–. A fin de cuentas, compartíamos la fascinación por los coches y… por ti.

–Ah, así que te fascino.

Tristan se giró hacia ella cámara en mano y apretó varias veces el obturador.

–Sí. Totalmente –contestó Nina.

Justo entonces, Nina sintió la luz del sol sobre su piel y se acordó de lo que él había dicho cuando estaban en el coche, lo de vivir el momento. Tristan estaba claramente deprimido por el recuerdo de su tío, tan asociado a aquel lugar, y ella decidió que lo podía ayudar de un modo muy determinado: dándole nuevos y más felices recuerdos.

Solo tenía que dar un paso adelante. Y su forma de darlo fue armarse de valor y bajarse una de las tiras del vestido.

Capítulo 8

Estar en la casa donde había vivido tantos momentos felices con su tío y su tía sacaba de quicio a Tristan; pero eso no fue nada en comparación con la tortura de verla bajándose las tiras del vestido y dejando que cayera al suelo, hasta quedarse en ropa interior.

–¿Con calzado? ¿O sin él? –preguntó ella, apartando el vestido con el pie.

–¿Calzado?

Ella se recostó sobre el tronco del árbol y sonrió, señalando las zapatillas que aún llevaba puestas.

–Bueno, la revista quiere que pose mañana en bañador, así que también me lo debería quitar, ¿no crees?

–Sí –dijo él casi sin habla, aunque la siguió fotografiando.

–¿Eso es estrictamente necesario? –preguntó ella, arqueando una ceja.

En respuesta, Tristan soltó un gruñido y entrecerró los ojos, dándose cuenta de lo que estaba haciendo su gatita. La noche anterior, se había negado a concederle su deseo porque le preocupaba que tuviera una conmoción; pero, ahora, Nina estaba decidida a que perdiera el control de sus emociones.

–Túmbate y levanta un poco el cuello –le ordenó.

Ella obedeció.

–¿Así?

–Perfecto. Pero relaja un poco el labio inferior…

Nina volvió a obedecer, y siguió sus instrucciones durante los minutos siguientes.

–Ahora, mírame de frente. Y no apartes la mirada hasta que yo te lo diga.

–¿Qué pasará si no lo hago? –preguntó ella, entrecerrando los ojos.

–Que quizá decida que esta sesión fotográfica se tiene que hacer con menos ropa todavía –respondió él, que inmortalizó rápidamente su mirada de sorpresa.

Tristan habría apostado cualquier cosa a que Nina estaba esperando que le ordenara que se quitara la ropa interior y se quedara desnuda ante él y su cámara. Al fin y al cabo, estaban completamente solos. Nadie los podía ver. Y la simple idea de que estuviera pensando eso estuvo a punto de lograr que perdiera la concentración.

Sin embargo, ella parecía tan abrumada como él. Sus ojos brillaban de deseo, y sus brazos empezaron a temblar por el esfuerzo de mantenerse apoyada en la rugosa superficie del tronco.

–Respira, Nina –musitó Tristan, acercándose un poco–. Esto se te da de maravilla. Estás… preciosa.

Los pezones de Nina se endurecieron bajo el sostén y, sin que nadie se lo dijera, separó las piernas de repente, empeorando la erección de Tristan.

Nunca había fotografiado así a nadie; prefería encontrar sus modelos en la vida real, sin que se dieran cuenta, captando pequeños momentos de sinceridad expresiva. Pero, aunque no estaba seguro de lo que estaban haciendo allí, le parecía una combinación perfecta de los dos estilos, una mezcla de órdenes y honestidad que le aceleraba el corazón.

Se había controlado con Nina durante varias semanas, decidido a negarse su propio placer; y, entre tanto, ella había decidido que lo único que le interesaba de su acuerdo era precisamente lo que él le había dicho que no le podía dar.

Tristan dejó la cámara a un lado, sustituyendo su mecánica mirada por la natural de sus ojos, y admiró los bellos rasgos de Nina. No había cambiado de posición; seguía en la pose que le había ordenado, como esperando, y lo siguió con la vista mientras él se acercaba paso a paso.

Por fin, Tristan la tomó entre sus brazos y la apretó contra su pecho. Sus labios se encontraron entonces como el imán y el hierro,

y él saqueó y poseyó hasta el último milímetro de su boca antes de apartarse para respirar.

–Me vuelves loco –dijo con voz ronca.

Tristan cerró las manos sobre su pelo; quizá, para mantenerla en el sitio o, quizá, para contenerse él mismo. Estaba al borde de perder el control, pero no le disgustaba. Quería estar con Nina. Quería la pasión, el fuego que había devuelto a su vida, destrozando la mediocridad y el aburrimiento habituales de su existencia; una mediocridad y un aburrimiento que sin duda volverían cuando se fueran por caminos separados.

Deslizó las manos por su talle y se permitió el lujo de dejar de pensar y limitarse a sentir. Tocar su suave piel era como estar en el paraíso. Oír sus gemidos de deseo era como estar en el paraíso.

–Se supone que soy yo quien te está seduciendo –protestó él mientras ella se frotaba contra su erección.

Nina le dedicó una sonrisa sensual.

–¿Ah, sí? ¿Quién ha dicho eso?

–Creía que te gustaba que te diera órdenes…

Esta vez, ella se ruborizó y bajó la cabeza con repentina timidez. Pero él le puso un dedo bajo la barbilla, instándola a mirarlo de nuevo.

–Por cierto, las fotos que te he sacado son tuyas. Puedes guardarlas o borrarlas, lo que prefieras. Yo no las necesito porque ya te tengo grabada en mi memoria –le confesó–. En cambio, necesito llevarte a una cama lo antes posible.

–Una cama… Sí –susurró ella.

Tristan se inclinó y concentró sus atenciones en uno de sus duros pezones, por encima del fino sostén. Luego, se obligó a levantarse, la tomó de la mano y la llevó hacia el castillo.

Nina se sintió como si estuviera en una nebulosa hasta que, de repente, se encontró tumbada en la enorme y adoselada cama de Tristan, riendo entusiasmada mientras él se tumbaba sobre ella.

A continuación, él musitó unas palabras de afecto contra su boca y se empezó a desabrochar el cinturón. La habitación tenía las cortinas

echadas, así que había poca luz, pero ella pudo ver su musculoso cuerpo cuando Tristan se enderezó para quitarse la camiseta y los vaqueros y regresó a la cama.

Estaba cargada de energía. Lo deseaba con toda su alma.

–Me temo que nuestra primera vez no durará mucho –dijo él, separándole las piernas con suavidad–. ¿Estás segura de que te encuentras bien? No querría que tus heridas…

–Estoy bien –le aseguró ella–. Pero, si te detienes ahora, te juro que…

Él soltó una carcajada, alcanzó un preservativo y se lo puso a una velocidad impresionante. Luego, se puso de lado, la atrajo hacia sí y la levantó un muslo. Nina se había estado preparando para aquel momento, pero no había visto esa posición en ninguno de los libros que había consultado, y se sintió increíblemente expuesta.

Los dos se miraban a los ojos. Sus cuerpos se tocaban de arriba a abajo. Y por si eso fuera poco abrumador, Tristan apretaba su duro y caliente miembro contra la entrada de su sexo mientras le acariciaba el clítoris.

–Por favor –rogó ella, apretándose contra él, ansiosa por tenerlo dentro.

–Despacio… Despacio, por el amor de Dios, o no duraré ni cinco segundos.

–¿No decías que nunca pierdes el control?

–Digo muchas tonterías cuando estoy contigo.

Tristan la volvió a besar y, mientras la besaba, la penetró un poco.

A Nina le resultó incómodo, pero no excesivamente y, como él estaba devorando sus labios con desenfrenada pasión, se olvidó del dolor enseguida y se concentró en disfrutar. Ya no estaba cohibida. Se sentía preciosa, deseable, *sexy*. Se sentía mejor que nunca, mejor incluso que al volante de un coche.

La combinación de tenerlo un poco dentro y sentirlo contra su clítoris tuvo un efecto mágico, y sus piernas no tardaron en temblar, anunciando la liberación del placer. Tristan no aceleró su ritmo ni apartó la mirada de sus ojos cuando ella empezó a susurrar una serie de maldiciones y súplicas en francés. Se mantuvo allí, con ella, trabajándose su cuerpo con un ritmo perfecto hasta que la derrotó.

Su orgasmo fue un lento terremoto que la estremeció de los pies a la cabeza, eliminando cualquier resto de pensamiento y convirtiéndola en una temblorosa masa contra su pecho. Fue vagamente consciente de que la besaba en la frente, y también lo fue de que él no había llegado al clímax.

–Ha sido… perfecto –susurró ella.

–Sí, pero necesito estar dentro de ti. Completamente dentro.

–Ah. ¿Es que no lo estabas? –preguntó ella, forzándose a salir de su orgásmica crisálida.

Él rio con suavidad y le volvió a separar los muslos.

–Mi ego no necesita que lo alimentes más, cielo mío. Ya estoy al borde del abismo.

Nina se puso tensa, intentando encontrar las palabras adecuadas para decirle que no estaba preparada todavía para tenerlo completamente dentro, pero su mente dejó de funcionar cuando Tristan se concentró de nuevo en su aún sobreexcitado clítoris. Al parecer, estaba decidido a darle una sobredosis de orgasmos antes de que la noche terminara.

Y ya estaba a punto de darle uno más cuando él sonrió y la penetró hasta el fondo con una suave acometida.

El dolor fue tan intenso y repentino que a Nina se le escapó un grito gutural y puso las manos en su pecho, necesitando apartarlo. Tristan se quedó helado de inmediato, y la miró con el ceño fruncido, sin entender nada.

–Estás… muy tensa, belleza –dijo en voz baja.

–Es que eres muy grande.

–No tanto –replicó él, sacudiendo la cabeza–. No me digas que eres… ¿Esta es tu…?

–Mi primera vez, sí –le confesó ella–. Pero no te preocupes, ya me siento mejor.

–Oh, Dios mío.

Nina le puso las manos en la cara y lo obligó a mirarla a los ojos.

–Estoy bien, de verdad. No te detengas, por favor.

Nina era consciente de que tendría que haberle dicho que era virgen. Sin embargo, ni se arrepentía de lo que había hecho ni habría cambiado nada de lo sucedido hasta entonces. Lo único que

le preocupaba era que saliera de su cuerpo y se alejara de ella, pero la revelación de su virginidad no parecía haberle afectado en exceso, porque su miembro seguía tan erecto como antes.

Dominada por la curiosidad, apretó sus músculos internos sobre él. Y Tristan gimió.

–Me vas a matar, Nina –dijo–. ¿Por qué no me lo has dicho? Habría sido mucho más delicado contigo.

–No quiero delicadeza, Tristan –replicó ella, empezando a mover las caderas.

Sus movimientos no debieron de ser totalmente torpes, porque él reaccionó enseguida y se empezó a mover a su vez. Al principio, con sumo cuidado y, luego, con más rapidez, como si hubiera perdido el control al oír la agitada respiración de Nina.

Ella sentía su potencia en cada una de sus acometidas, como si estuvieran luchando entre ellos. Pero era algo perfecto, una especie de baile para el que se habían estado preparando durante todas sus interacciones anteriores.

¿Sería esa la razón de que hubieran discutido tanto? ¿El deseo sexual?

Fuera como fuera, Tristan la llevó rápidamente al segundo orgasmo y, al cabo de unos instantes, se estremeció y se desplomó sobre ella, derrotado también.

Estuvieron así hasta que él se apartó y se tumbó a su lado, de espaldas, respirando tan aceleradamente como ella. Luego, Tristan se levantó y se dirigió al cuarto de baño, de donde regresó poco después con una toallita húmeda.

Entonces, se la metió entre las piernas con intención de limpiarla y, cuando la apartó, vio que estaba manchada de sangre.

Tristan frunció el ceño con evidente preocupación. Ella deseó tranquilizarlo, decirle que había sido una experiencia maravillosa. Quería disculparse por no haberse atrevido a confesarle que era virgen. Quería que la besara de nuevo, que le dijera que él también se alegraba de haber hecho el amor.

–Duerme –musitó él.

Tristan se puso entonces una bata y se alejó hacia el balcón, con su alta silueta bañada por la luz de la luna. Nina hizo lo posible por

no rendirse al sueño. Había conseguido lo que quería. Tendría que haberse sentido satisfecha. Pero ahora sentía un nuevo dolor, del todo ajeno al sordo latido que notaba entre los muslos; un dolor que se había instalado en su pecho: el deseo de estar para siempre con un hombre aparentemente empeñado en mantener las distancias.

De repente, quería mucho más que ser su amante. Quería que la necesitara igual que ella lo necesitaba a él.

Un minuto después, Tristan regresó a la cama y le preguntó si se encontraba bien. Y, a pesar de las nuevas preocupaciones de Nina, estaba tan cansada que lo único que pudo decir antes de quedarse dormida fue un ronco «gracias».

Capítulo 9

El agradecimiento de Nina seguía resonando en los oídos de Tristan mucho tiempo después de que se quedara dormida y lo dejara a solas con sus pensamientos.

Se había acostado con una mujer virgen, sin sospechar que lo era. Se había dejado cegar por la lujuria, hasta el extremo de pasar por alto todas las señales. Y ahora, cuando ya no podía cambiar lo sucedido, cayó en la cuenta de que Nina se lo había intentado advertir de muchas formas, aunque no se refiriera explícitamente a ello.

Estaba furioso consigo mismo. En su necesidad de poseerla, la había tomado sin delicadeza alguna. Le había hecho daño.

Tras castigarse un buen rato en la penumbra, luchando contra sus propios pensamientos, volvió a la cama, se tumbó junto a ella y admiró su rostro. Por fin entendía lo que le pasaba. Sí, estaba enfadado por no haber comprendido que Nina carecía de experiencia; pero no lo estaba porque hubiera dañado su ego ni su fama de buen amante, sino porque todo eso carecía de importancia cuando estaba con ella.

Nina le importaba de verdad. Y no se atrevía a analizar ese sentimiento.

En cualquier caso, había una forma fácil de corregir su error: volver a hacer el amor con ella, demostrarle cómo tendría que haber sido su primera vez y cómo sería a partir de entonces, si le daba la oportunidad.

Más tranquilo, la apretó contra su pecho y dejó que su delicioso aroma lo arrastrara a un profundo y reparador sueño.

Nina no sabía qué se debía sentir o decir después de haber hecho el amor con un falso novio, pero no tenía intención de averiguarlo mediante el procedimiento de quedarse en la cama hasta que Tristan se despertara.

El sol de la mañana acarició cálida y agradablemente su rostro cuando salió a dar un paseo por la propiedad, dejando que el suave ejercicio relajara sus tensos músculos. El sexo había resultado ser más extenuante de lo que había imaginado.

Al volver al castillo, se acercó al bufé que había preparado el ama de llaves y tomó un café y una pieza de fruta. Ya habían llegado algunas personas de la revista y, tras saludarlas brevemente, salió al patio desde el que se veía la piscina y se puso a jugar en su teléfono móvil hasta que oyó pasos a su espalda.

Nina se enderezó un poco, refrenando el deseo de huir. ¿Cómo se portaría con ella después de la noche anterior? ¿Sería dolorosamente amable y se la quitaría de encima con delicadeza? ¿Actuaría como si no hubiera pasado nada?

Al final, Tristan se limitó a plantarse ante ella y mirarla con el ceño fruncido.

–Buenos días –dijo Nina–. ¿Te apetece un café?

–¿Qué estás haciendo? –preguntó él en voz baja.

–Esperando a que empiece la sesión de fotos. Me gusta ser puntual.

Tristan admiró sus desnudas piernas y se frotó la mandíbula.

–¿Me he despertado en una dimensión alternativa? ¿O es cierto que anoche hicimos el amor?

–Es cierto –contestó ella, armándose de valor–. Pero, si te estás preguntando por qué me he marchado esta mañana, no te preocupes… me he ido para evitar conversaciones incómodas. Como ves, estoy perfectamente bien. No voy a llorar por haber perdido la virginidad. Ni me arrepiento de ello ni espero que seas amable conmigo.

Tristan frunció el ceño.

–Pues yo creo que lo mínimo que debo hacer es ser amable. Reconozco que tu pequeño engaño me sorprendió, pero tendría que

haber sido más cuidadoso contigo. No quiero que te sientas obligada a huir de mí.

–¿Mi engaño? ¿Eso es lo que crees que ha sido?

–Bueno, no fuiste sincera conmigo. Y te podría haber hecho daño. De hecho, te lo hice.

–Tristan, puede que no anunciara a gritos que seguía siendo virgen, pero ni te he mentido ni he intentado engañarte. Sencillamente, supuse que alguien con tanta experiencia como tú sabría leer entre líneas.

–¿Cómo? ¿Estás diciendo que la culpa de lo que ha pasado la tengo yo?

Nina alcanzó el platillo y la vacía taza de café que había dejado en la mesa del patio y se alejó hacia el castillo, obligándolo a seguirla.

–Nadie tiene la culpa de nada. Somos dos adultos que se han acostado porque han querido acostarse. Y ha estado bien.

–¿Bien? –dijo él sorprendido.

–Sí, claro.

–Entonces, si te propongo que nos sigamos acostando, ¿me harás un hueco en tu apretada agenda? –Tristan alzó una mano y le apartó un mechón de la cara–. Y, en tal caso, ¿qué color usarás para nuestra relación sexual? ¿El naranja? ¿El azul?

–El rojo es más adecuado para ese tipo de ejercicio.

Tristan sonrió, aunque mirándola con suma seriedad.

–Ah, sí, claro, no se puede negar que sudamos bastante, ¿verdad? Me alegro de haber contribuido a que te mantengas en forma.

Ella se ruborizó y y giró la cabeza hacia el lado contrario, en un intento de escapar de su ridículo juego. Obviamente, estaba enfadado por el asunto de su virginidad.

–Lo que dices es irrelevante, porque has dejado claro desde el principio que lo que hicimos anoche no se convertirá en costumbre. Y me parece bien, por cierto… Es mejor que no compliquemos las cosas. Y ahora, si me disculpas, tengo que ir a que me cubran el cuerpo de diamantes.

Tristan entrecerró los ojos y se pasó la lengua por los labios. Durante un momento, Nina pensó que estaba a punto de hacer algo

tan sorprendente como besarla hasta dejarla sin aire; pero, al final, se limitó a apretar los dientes y marcharse.

Tristan tenía la sensación de que lo estaban castigando, pero no sabía si era ella o si se estaba castigando él mismo; al fin y al cabo, había sido él quien se había mostrado de acuerdo con Astrid cuando propuso que utilizaran a Nina para la campaña de las joyas. Y cuando Nina apareció con un finísimo bañador cubierto de diamantes, Tristan se sintió como si lo estuvieran torturando.

Su bronceada piel brillaba bajo el sol de la tarde, con el verano haciendo por fin acto de presencia. Nina ni siquiera lo miró cuando le mostraron el plató que habían instalado en el patio; estaba a lo suyo, sonriendo y asintiendo con la cabeza mientras los miembros del equipo hablaban sobre el coche antiguo en el que ella iba a posar.

A Tristan se le encogió el corazón al recordar la sesión de fotos que había hecho Nina años antes, pero se quedó donde estaba, decidido a no interferir.

Nina no era una damisela en apuros. No necesitaba que la rescataran. Había aceptado hacer de modelo, con plena conciencia de lo que ello implicaba. Pero, cuando lo volvió a mirar a los ojos y lo saludó con la mano antes de darle de darle la espalda de nuevo, él estuvo a punto de soltar un gruñido.

Aún no había superado lo de aquella mañana. Desde luego, no esperaba que Nina rompiera a llorar de emoción cuando abriera los ojos, pero tampoco esperaba que se fuera y lo dejara solo después de una noche así. Su actitud le había molestado mucho; sobre todo porque, a pesar de su intención inicial de mantener su control y mantener las distancias, era él y no ella quien estaba loco por agarrarla como un cavernícola y llevarla de vuelta a la cama.

Mientras miraba, el ayudante del director indicó a Nina que cambiara de posición, alcanzó una fina bata de seda y se la puso sobre los hombros, cubriendo su cuerpo casi desnudo. Estaba siguiendo sus instrucciones con toda naturalidad; pero, cuando le

pidieron que se echara sobre el capó, Tristan tuvo la impresión de que no se encontraba del todo cómoda.

¿Sería posible que su incomodidad no se debiera al hecho de estar mostrando públicamente su cuerpo? Había sido bastante brusco con ella la noche anterior, y cabía la posibilidad de que estuviera dolorida.

Sin embargo, descartó su preocupación al instante, porque conocía a Nina y sabía cómo era. Por dolorida que estuviera, no iba a dejar de hacer lo que se había comprometido a hacer. Era una profesional, y extremadamente obstinada.

En consecuencia, Tristan optó de nuevo por mantenerse al margen de lo que estaba pasando; pero, cuando el director le pidió que cambiara de posición otra vez y ella soltó un leve gemido antes de obedecer, se hartó y decidió intervenir.

–¡Corten! –dijo en voz alta–. Parad todo. Parad.

–¿Cómo? Estamos en medio de una toma… –alegó el director, gesticulando con las manos.

–Tengo que hablar con mi prometida.

Tristan cruzó el plató a grandes zancadas y se detuvo frente a Nina, que se cruzó de brazos en gesto defensivo.

–Todavía no hemos terminado, Tristan. No puedes interrumpir el trabajo solo porque quieras hablar conmigo.

–Por supuesto que puedo –dijo él–. Sé sincera conmigo, por favor… ¿Te duele algo?

Ella apretó los labios y apartó la vista.

–No más de lo que puedo soportar. Vuelve a tu silla.

–A ver, marchaos a comer al pueblo, que invito yo –bramó Tristan–. Mi ama de llaves os acompañará… Y, en cuanto a ti, ven conmigo.

Nina no se resistió cuando él la tomó en brazos, levantándola en vilo. Se dejó llevar hasta que llegaron al dormitorio, momento en el cual empezó a sacudir las piernas para que la dejara en el suelo y, conseguido su propósito, se cerró el cinturón de la bata.

–Espero que tengas una buena explicación para lo que acabas de hacer –dijo, mirándolo con los ojos entrecerrados–. No puedes

interrumpir la sesión sin un buen motivo. La gente empezara a hablar, y llegará a conclusiones extrañas.

–Que hablen todo lo que quieran. Me da igual lo que digan.

–Te recuerdo que el sentido de esta sesión es combinar los legados de nuestras dos familias, es decir, la moda y las carreras. No me habría prestado a ello si no me sintiera cómoda.

–¿Y te sientes cómoda? Porque a mí no me ha dado esa impresión.

–¿Ese es el problema? ¿Que te sientes culpable porque anoche me hiciste daño? Tengo entendido que es normal que te pase eso la primera vez que haces el amor con un hombre. No es importante.

–Pues a mí me importa –afirmó él, cerrando las manos sobre su cintura–. Te puedes fingir tan tranquila como quieras, pero yo tendría que haber sido más cuidadoso contigo. Si hubiera sabido que eras virgen, me lo habría tomado con calma.

–¿En serio?

Tristan respiró hondo.

–Por supuesto. Habría sido mucho mejor para ti. No imaginas cuánto.

Tristan le acarició la mejilla, inhalando su aroma. Echaba de menos su cuerpo, su calor, y quizá fuera esa la razón de que se hubiera enfadado tanto esa mañana, al ver que se había ido. Le asustaba la posibilidad de no poder volver a tocarla, de no volver a tenerla.

–Deja que te lo diga en términos que puedas apreciar. Anoche, esperabas recibir la experiencia Falco al completo, por así decirlo… pero yo no sabía en lo que me estaba metiendo. De haberlo sabido, mi estrategia habría sido distinta, porque tu placer es lo más importante para mí. Y como no lo sabía, te hice daño, y no me lo puedo perdonar. Quiero que grites mi nombre en pleno éxtasis. Soy un perfeccionista, cariño.

–¿Qué me estás proponiendo, exactamente?

–Que lo hagamos de nuevo. Y, esta vez, como se debe.

–No estás jugando limpio…

Él cerró las manos sobre sus mejillas, la miró a los ojos y dijo:

–Esto no es un juego. Aquí no hay ni cámaras ni público. Lo que pase a partir de este momento, pasará entre tú y yo.

Capítulo 10

Si aquello era algún tipo de castigo, le encantaba. Y, por supuesto, no quería que Tristan dejara de hacer lo que estaba haciendo.

Tras tumbarla en la cama, la había besado desde los tobillos hasta las rodillas y, acto seguido, siguió subiendo lentamente; pero, para su desesperación, volvió a bajar y repitió la operación con la pierna contraria, arrancándole un suspiro de frustración. Luego, le bajó las braguitas poco a poco, se chupó el índice y lo llevó a sus más íntimos pliegues.

Nina soltó un gemido mientras él la acariciaba de forma implacable y, al cabo de unos momentos, le rogó que le metiera ese travieso dedo; pero, por supuesto, él se negó y, por si eso no fuera suficiente tortura, se inclinó sobre ella y sopló su torturada carne.

–Ya te he dicho que es pronto para eso. Te tienes que recuperar, Nina. Ahora, lo único que quiero es que te sientas bien.

Nina suspiró cuando Tristan empezó a besar su sexo y a lamerlo una y otra vez. Había perdido el control, y lo siguió perdiendo durante los siguientes minutos, dejando escapar súplicas y gemidos. Era un maestro de la seducción, y ella estaba a su merced por completo, desgarrándose por las costuras.

El orgasmo que se había estado preparando en su interior se apoderó al final de todo su cuerpo, despertando todas sus terminaciones nerviosas y condenándola a una explosión de calor y de sucesivas oleadas de placer.

Tras unos momentos de delirio, recuperó la conciencia de su ser y se dio cuenta de que Tristan no había hecho ademán de ir más lejos, como la noche anterior.

–¿Aún estás dolorida? –preguntó él en un susurro.

Ella sacudió la cabeza y arqueó las caderas hacia arriba, reprimiendo el deseo de pedirle que la penetrara.

–Los del equipo volverán pronto –dijo entonces Tristan–. Pero creo que tenemos tiempo para darnos una ducha.

–¿Juntos?

Él sonrió con picardía.

–Esto ha sido un buen principio, pero necesito más información para plantear una estrategia adecuada contigo.

–¿Cuánta más información? –preguntó ella.

–Tanta como me puedas dar, gatita. Si crees que puedes estar a mi altura, claro está.

Nina se volvió a excitar, consciente de que se estaba metiendo en un lío. Pero siempre había sido incapaz de resistirse a los desafíos. Tristan era como las emociones que sentía cuando estaba pilotando y, si no se andaba con cuidado, se perdería en sus perversos juegos.

Un momento después, permitió que él la tomara de la mano y la llevara al cuarto de baño; y, cuando se metieron en la ducha, Tristan le mostró qué tipo de datos necesitaba. Hasta que los dos quedaron tan agotados y satisfechos que, naturalmente, llegaron tarde a la sesión de fotografías.

Nina no dejó de sentir la mirada de Tristan a lo largo de la tarde, mientras su cuerpo parecía empeñado en recordar lo que habían estado haciendo. Sin embargo, eso no contribuyó a ponerla nerviosa; al contrario, aumentó su confianza en sí misma y, aunque se solía sentir incómoda en ese tipo de sesiones, el evidente deseo de su amante la relajó por completo.

Entre tanto, el fotógrafo de la revista pidió consejo a Tristan en varias ocasiones, y él le dio un par de excelentes ideas sobre la forma de conseguir imágenes más atractivas y más originales. Tenía talento de artista, como demostró cuando propuso al equipo que llevaran el coche al garaje y utilizaran los neumáticos y las herramientas como fondo, como símbolo de los amplios conocimientos de Nina sobre el mundo de las carreras.

Cuando se reunieron para ver las fotos que habían hecho, Nina se sintió enormemente satisfecha al verse en las imágenes. Daba una impresión *sexy* y poderosa, una mezcla de la mujer y de la piloto que era. Y los miembros del equipo de Falco Diamonds se quedaron tan contentos como los demás.

Luego, Tristan anunció que parte de la experiencia Falco exigía que él la llevara a un yate y la tuviera lejos de todo durante un par de semanas, y a ella le encantó la idea. Técnicamente, aún tenía que guardar reposo; y, además, sabía que no iba a descansar mucho si estaba con él. Pero, tras asegurar a Sophie que estaría en Argentina a tiempo de participar en la carrera siguiente, se dejó de precauciones y aceptó la propuesta de Tristan.

–Lo único que digo es que has hecho trampas –protestó Tristan, aún alterado por su última sesión de sexo.

Nina sonrió. Le había ganado cinco partidas seguidas al ajedrez, y él la había castigado con una serie de besos irresistibles y la había llevado al camarote principal del yate, donde habían hecho el amor durante horas.

–Yo no hago trampas nunca –ironizó ella, apretándose contra su pecho–. Sencillamente, no estás a mi nivel. Pero descuida… la próxima vez, tendré piedad de ti.

–Bruja –dijo él, y rompió a reír.

Desde que estaban en el yate, el mujeriego más famoso del mundo se había dedicado a demostrarle cómo se había ganado su reputación. Lo hacía por la mañana, cuando la luz del amanecer inundaba el camarote. La seducía en cubierta a plena luz del día, tras agasajarla con fresones y champán. Hasta la asaltaba cuando estaba haciendo ejercicio en el gimnasio, lleno de equipos especialmente pensados para ella.

Sin embargo, Nina no se podía quejar, porque no había ninguna duda de que la mantenía en forma; y no solo con las actividades de dormitorio, sino también con aventuras de todo tipo, desde bucear en Córcega hasta hacer senderismo en Cerdeña.

Nina había viajado por medio mundo; pero, hasta entonces, no se había dado cuenta de que su forma de disfrutar del tiempo libre era demasiado aburrida. Comía en los mismos restaurantes, corría por los mismos senderos y, en general, no hacía otra cosa que conducir constantemente. Y en cuanto a las pocas amistades que había tenido, habían desaparecido cuando renunció a seguir siendo un espectáculo público, otro escandoloso miembro de la familia Roux.

Vivir con Tristan era como vivir en un sueño. Se había vuelto adicta al sexo, sí, pero le embriagaban todavía más los momentos en que no hacían otra cosa que estar juntos, cuando ella le hablaba de su pasado o de su relación con sus padres y él compartía la experiencia de crecer con una madre soltera o le decía lo mucho que lamentaba no haber conocido a su padre, quien había fallecido poco antes de que Dulce supiera que estaba embarazada.

Además de las conversaciones personales, también hablaban de trabajo, y Tristan se mostraba sorprendentemente proclive a compartir sus ideas sobre el futuro de Falco Roux, que ella le discutía por sistema. Sin embargo, él valoraba tanto su opinión que, al final, se sintió lo suficientemente segura como para decirle que su equipo directivo estaba lleno de misóginos.

Aquella noche, Tristan se puso furioso, y su tranquila cena en el puerto italiano donde estaban se vio interrumpida múltiples veces porque él se empeñó en saber más al respecto y en apuntar los nombres de los individuos en cuestión.

Desde luego, a Nina le encantó que le hiciera caso; pero aquella noche, después de que hicieran el amor y lo tranquilizara con besos y caricias en la intimidad del camarote del yate, se dio cuenta de que él seguía alterado por lo que le había dicho y, a partir de ese momento, procuró evitar las conversaciones sobre Falco Roux y lo redirigió hacia formas indudablemente más lúdicas de divertirse.

Esa era la razón de que aquel día le hubiera propuesto que jugaran al ajedrez. Tristan casi no sabía jugar y, por supuesto, le ganaba todo el tiempo; pero era un contrario entretenido, que sabía perder y se entregaba de buena gana al tira y afloja que tanto le gustaba a ella.

Sin embargo, cada vez que hacían el amor y Nina intentaba relajarse y disfrutar sencillamente del momento, la realidad de la situación en la que estaba se interponía de repente. Era como el proverbial elefante de la habitación, una presencia que ninguno de los dos quería afrontar; y ella, menos aún, porque estaba convencida de que, al final, Tristan le partiría el corazón.

Ahora bien, ¿cómo le iba a partir el corazón si, teóricamente, no lo había puesto en peligro?

No, el problema estaba en que tendía a encariñarse demasiado de la gente cuando le gustaba mucho. Se había encaprichado de Tristan, y no podía negar que su relación sexual era increíble. Pero eso era todo. Por muy encaprichada que estuviera, era consciente de que no estaban comprometidos de verdad. Y, por otra parte, era demasiado joven y estaba demasiado ocupada con su trabajo como para pensar en tonterías como una boda.

–Pareces preocupada –le dijo él un día, apretándose contra ella–. Pensaba que estarías relajada, después de lo que hemos estado haciendo.

–Me temo que no hay nada que calme mi mente –le confesó Nina–. Siempre va a toda velocidad.

–Pues suena agotador, aunque es lógico.

–¿Lógico? ¿Por qué?

–Porque no podrías dedicarte a lo que te dedicas si no tuvieras una enorme capacidad de concentración. Tienes mucho talento y, por supuesto, trabajas mucho, pero también eres una superdotada. No solo conoces tu deporte… lo vives a fondo. Lo respiras.

Ella dudó unos segundos y, a continuación, decidió hacerle partícipe de sus sospechas. Le contó que había aprendido bastante sobre el autismo por el hijo de Astrid, Luca, que padecía de dicha dolencia; y le dijo que sospechaba que podía tener un problema parecido, porque era algo que no se detectaba siempre con facilidad.

Cuando se dio cuenta de que llevaba hablando demasiado tiempo, se sintió un poco ridícula y quiso pedirle disculpas y cambiar de conversación, pero Tristan la sorprendió una vez más.

–No me extrañaría –dijo él acariciándole el cabello–. El funcionamiento de tu mente me ha fascinado desde el principio,

desde que hablamos por primera vez. Es como si vieras el mundo en alta definición y no te perdieras ni un detalle. Pero supongo que puede ser una forma difícil de vivir.

Nina se quedó con la extraña sensación de que alguien la había entendido por fin, e intentó reprimir la emoción que anegó su pecho. Sabía que Tristan solo había intentado ser amable con ella, pero lo que había dicho le había gustado enormemente.

–Creo que siempre he sido distinta, y de un modo que los demás no entendían… con excepción de mi hermano, tal vez. Él también es diferente, a su modo. Sabe de carreras tanto como yo, y hasta consiguió un puesto de piloto cuando salió de la academia, a los dieciocho años. Pero no pudo soportar la presión de estar en la Elite One.

Tristan se puso tenso al oír lo de su hermano, y apartó la mirada de repente.

–Alain es un hombre complejo –dijo sin más.

–Sí que lo es. Creo que soñaba con llegar al equipo principal de la escudería, y que se sintió avergonzado por no estar a la altura, o algo así. Y luego, cuando yo empecé a ganar carreras… –Nina guardó silencio un momento y siguió hablando–. En fin, no fui muy buena hermana para él.

–No te puedes culpar por lo que haga la gente a la que quieres. Créeme, ese camino solo lleva al sufrimiento. Tu hermano es un hombre adulto, y terminará por descubrir lo que le pasa. O puede que no. Pero, de todas formas, no es responsabilidad tuya.

–Hablas como si hubieras pasado por una experiencia similar.

Tristan carraspeó.

–Mira, no sé por qué se comporta así tu hermano. Tampoco entendía a mi tío. Solo sé que se hundió en la depresión cuando su esposa murió de cáncer. Se encerró en sí mismo. Nadie se podía acercar a él. Y fue su dolor lo que lo acabó matando y estuvo a punto de matarme a mí. Pero yo no lo podría haber salvado. Nadie habría podido.

–¿Sabes que eres un hombre muy sabio, Tristan Falco? –dijo ella, pasándole una mano por el pecho.

–¿Esa es tu forma de llamarme viejo? –se burló él.

Tristan cerró las manos sobre su talle y se la puso encima. Y así, sin más, los dos llegaron al tácito acuerdo de evitar la oscura deriva de su conversación anterior y sumergirse de nuevo en la fantasía de estar completamente solos en el mundo.

Y, aunque Nina lo agradeció, no se pudo quitar una sensación de encima: la de que algo había cambiado entre ellos; la de que el camino que tenían por delante se había vuelto infinitamente más peligroso.

Capítulo 11

Cuando llegó el día de viajar a Buenos Aires, Nina se sorprendió deseando tener más tiempo libre por primera vez en toda su vida. Normalmente, odiaba las tres semanas de vacaciones que tenía a mitad de temporada, pero aquellas estaban siendo las más placenteras que había tenido nunca.

Tristan era un hombre tan divertido como culto y encantador. Además, la relación sexual que mantenían era asombrosa y, en cuanto a sus conversaciones, no podían ser más estimulantes. Era una pena que la realidad se tuviera que interponer en su camino.

El avión que Tristan había fletado para que todos los integrantes del equipo viajaran juntos era una maravilla en todos los sentidos, hasta el punto de que tenía habitaciones privadas para el propietario, los directivos y los tres pilotos de la escudería. Apollo y Daniele desaparecieron de la vista en cuanto subieron al aparato, y lo mismo hicieron el director del equipo y los miembros de la junta.

En cuanto a Nina, llevó sus cosas a la habitación que les había tocado y se quedó a esperar a Tristan, que había ido hablar con el piloto del avión. Y cuando él regresó, le pareció más tenso de lo normal.

–¿Va todo bien?

Él asintió, se metió las manos en los bolsillos y las sacó casi al instante para poder cerrarlas sobre su cuerpo. Parecía un león enjaulado. Daba la sensación de que le habría gustado estar en cualquier sitio menos allí.

En ese momento, Nina cayó en la cuenta de que estaba nervioso porque había estado a punto de morir en un accidente de aviación. No se le había ocurrido que un hombre tan seguro tuviera problemas

como ese. Pero, al pensarlo, recordó que evitaba los aviones cada vez que podía. Prefería viajar en tren o en barco, y llegaba hasta el extremo de conducir varias horas seguidas con tal de no tener que acercarse a un aeropuerto.

–¿Te incomoda volar? –preguntó acariciándolo.

–Lo sobrellevo.

–Tristan…

–Nina, no necesito que sientas lástima de mí. No en este momento –dijo él, perdiendo los estribos.

–Deja que te ayude, por favor.

Él soltó una carcajada sin humor.

–Nada ni nadie me puede ayudar. El terror es el mismo, todo el tiempo. El recuerdo, mis pensamientos recurrentes… cada vez que me subo a un avión, me siento como me sentí… aquel día.

–El día de tu accidente –afirmó ella.

–Sí, el día que nos estrellamos.

Tristan respiró hondo y se sentó frente a ella.

–Debe de ser algo terriblemente difícil de afrontar. Sobre todo, por tu cuenta.

Él asintió y se giró hacia la ventanilla.

–Sufrí una amnesia temporal después del accidente, que duró varias semanas. Al parecer, es bastante normal en esas situaciones. Pero tenía pesadillas, sueños terribles en los que oía el rugido de los motores, los gritos, el estrépito del viento. Y, por supuesto, no he olvidado el día en que me desperté en la cama de un hospital y mi madre, que estaba llorando, me dijo que mi tío había fallecido.

–Oh, Dios mío…

–Durante mucho tiempo, estuve terriblemente enfadado con todo. Y confundido, porque no sabía por qué había sobrevivido yo y había muerto él. Al fin y al cabo, yo era joven, egoísta y mucho menos importante para el mundo que mi tío.

–Sobreviviste a una experiencia espantosa, Tristan. A algo que no se puede prever ni controlar –alegó ella.

–Sí, ya, la terapia me ayudó a entenderlo al final. Tardé mucho en recuperarme y, cuando lo conseguí, decidí dar un paso adelante y

tomar las riendas de Falco. Pero cada vez que subo a un avión… no puedo con ello.

A Nina se le hizo un nudo en la garganta. La vida podía llegar a ser extremadamente cruel. Sin embargo, sintió un inmenso alivio al pensar que él había sobrevivido, el mismo alivio que con toda seguridad había sentido su madre.

Momentos después, el piloto del avión anunció que estaban a punto de despegar, y Tristan cerró los ojos con fuerza.

–¿Quieres que me quede contigo? –preguntó ella con afecto.

–Sí, por favor.

Las palabras de Tristan avivaron un fuego en su pecho, un fuego que la calentó por dentro cuando él se sentó a su lado y se abrochó el cinturón.

Cuando el avión empezó a ascender, su respiración se volvió entrecortada, pero no soltó su mano en ningún momento. Y ella guardó silencio, dejando que superara la situación a su ritmo, sin apresurarlo, sin intentar tranquilizarlo, sin hacer otra cosa que dejarle ser.

Minutos después, una azafata apareció para preguntarles si necesitaban algo, y ella se la quitó de encima educadamente, colgó el cartel de «no molestar» en la puerta y se volvió a sentar junto a Tristan.

A medida que el pánico de Tristan se desvanecía, empezó a ser consciente del lugar donde estaba, y lo empezó a ser por los colores: el blanco de la cerrada puerta, el azul de sus vaqueros y la oscura cortina del suave cabello de Nina, que se inclinó sobre él súbitamente, lo abrazó con fuerza y cubrió su cara de besos.

En respuesta, él cerró las manos sobre ella y la sentó sobre sus piernas. Nina soltó una carcajada y le dio un beso en el cuello.

–Sigues empeñada en distraerme, ¿eh? Empiezo a tener miedo de haberte convertido en una obsesa del sexo, mi amor.

Nina se puso tensa al oír la cariñosa expresión que le había dedicado, pero él la tranquilizó enseguida con un beso tan apasionado como exigente. El corazón se le había desbocado, y no

por la ansiedad de viajar en avión, sino por la incertidumbre absoluta que sentía cada vez que estaba con aquella mujer.

Nina lograba que se sintiera divino e inseguro al mismo tiempo.

–Bah, solo dices eso porque te encanta halagarte a ti mismo.

Tristan le acarició los pechos por encima de la camiseta y ella tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir un gemido.

–Oh, vamos, ¿siempre tienes que discutirme las cosas? –preguntó él, dándole una palmadita en las nalgas–. Y por cierto… ¿por qué tienes que llevar ropa tan conservadora?

–¿Habrías preferido que subiera al avión con un tanga cubierto de diamantes?

–Si fuera por mí, estarías siempre desnuda. Siempre.

–Eso sería una violación de las normas de seguridad de la Elite One –bromeó Nina.

Su comentario sobre las carreras hizo que Tristan la quisiera abrazar con más fuerza. De hecho, tuvo la sensación de que empezaba a perder nuevamente el control; pero esta vez no tenía nada que ver con su traumático pasado, sino con la perfecta y vivísima mujer que estaba sentada a horcajadas sobre él.

Sin embargo, no se lo podía decir, de modo que se abstuvo de exigir cosas que no tenía derecho a exigir y se limitó a poner la cabeza entre sus senos.

–¿En qué estás pensando? –musitó ella.

–En que los ajustados pantaloncitos deportivos que llevas dificultan las sumamente despreciables cosas que quiero hacerte. Son un obstáculo tremendo, aunque no imposible de superar.

Tristan se lo demostró inmediatamente, aprovechando que la puerta cerrada y el rugido de los reactores apagarían sus gemidos, como así fue cuando por fin la penetró. Entonces, ella clavó la vista en sus ojos con inseguridad, y él se recordó que era una primeriza en cuestiones sexuales. Era el primer hombre que la veía así, excitada, dominada por el deseo, ansiosa por llegar al orgasmo. Y eso lo volvía posesivo.

Era como si hubiera encontrado una joya entre los escombros de la existencia y la quisiera solo para él.

Tristan supo que iba a perder el control cuando Nina apoyó las manos en su pecho y se empezó a mover lujuriosamente. Los dos se esforzaron por no hacer ruido y, por algún motivo, ese detalle aumentó la intensidad de la experiencia, que acabó poco después, cuando los dos llegaron al clímax.

Durante los minutos siguientes, él se dedicó a acariciarle el pelo mientras ella le hacía preguntas sobre su familia, su infancia y su ciudad natal, Buenos Aires. Tristan sabía que lo estaba distrayendo, para que no pensara en el avión, pero lo agradeció de todos modos y le dijo lo que quería saber.

Le contó que la familia de su padre esta muy unida, y que el rico y clasista clan de los Falco era mucho más rígido. Le contó cómo había reaccionado la gente cuando Dulce anunció que se iba a casar de nuevo, tras varias décadas de limitarse a ser una viuda satisfecha. Le explicó que su madre siempre había sido un personaje fundamental en su vida, y algo se derritió en su interior cuando Nina bromeó sobre su obsesión con casarlo.

–Ahora entiendo por qué necesitabas una prometida con tanta urgencia –comentó ella entre carcajadas.

–Ya, ríete todo lo que quieras, pero está empeñada en que me case. Como ha encontrado el amor otra vez, ahora no tiene más objetivo que arrancarme una boda por todo lo alto y conseguir el nieto que quiere.

–¿Y qué hay de lo que tú quieres?

–Le he prometido que sentaré la cabeza este año. Sobre todo, para que deje de preocuparse por mí –dijo él, encogiéndose de hombros–. Pero, cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que hace tiempo que no echo de menos mis días de juerguista y mujeriego… Quizá sea esa la razón por la que no me he enfrentado a mi madre. Puede que, en el fondo, desee sentar la cabeza de verdad.

Tristan había sido completamente sincero con ella, y el peso de sus propias palabras lo incomodó sobremanera. De repente, todo le pareció demasiado y demasiado poco a la vez.

Luego, abrazó a Nina y la instó a dormir un poco. Él también estaba agotado, y su exhausta mente se dejó arrastrar a un sueño

maravilloso, con una novia que se parecía increíblemente a cierta piloto de cabello negro.

Capítulo 12

Mientras avanzaban por el centro de Buenos Aires, sentados en la limusina que los había ido a recoger, Nina intentó controlar la ansiedad que oprimía su pecho. Asistir a la boda de Dulce Falco y que Tristan la presentara como su prometida iba a ser una ducha fría de realidad tras dos semanas de placeres sensuales.

Desde luego, Tristan le había asegurado más de una vez que su familia se quedaría encantada con ella que y nadie sospecharía la verdad, pero Nina no estaba tan segura de eso; y lo estaba aún menos desde lo que había pasado en el aeropuerto, cuando se encontraron con un pequeño ejército de empleados de los Falco, que habían ido a llevarles ropa adecuada para la ocasión.

Ese detalle bastó para recordarle que estaba allí para interpretar un papel, que lo debía interpretar delante de las personas que mejor conocían a Tristan y que, para empeorar las cosas, ella no era actriz.

Por supuesto, Tristan le había informado de que tendrían que ir al ensayo de la boda en cuanto aterrizaran, pero Nina todavía no estaba preparada para la pompa y la solemnidad inherentes al regreso del gran hombre a Buenos Aires.

Al parecer, habían pasado varios años desde su última visita a Argentina. Sin embargo, eso no impidió que Nina se llevara una sorpresa cuando vio la enorme cantidad de curiosos que habían ido al aeropuerto a recibirlo. Tristan Falco era famoso en Europa, pero lo era aún más en su país natal.

Naturalmente, Nina se había puesto el vestido dorado, los pendientes y el collar de diamantes que le habían llevado. La prenda le quedaba perfecta, y sonrió para sus adentros al pensar que Tristan debía de haberles dado su talla, aunque eso no le agradó

tanto como los cumplidos que le dedicó él cuando se reencontraron de nuevo, interrumpiendo la conversación que mantenía con el coordinador de actos sociales de su familia.

La boda, que se iba a celebrar al día siguiente, le recordó que no habían vuelto a hablar de los términos de su acuerdo. ¿Qué pasaría cuando terminara la temporada? ¿Dejaría el equipo? ¿Volvería a ser una desconocida para él?

No lo sabía, y lo que Tristan le había dicho en el avión, en el sentido de que su madre estaba verdaderamente empeñada en que se casara y le diera un nieto, la había deprimido. No tenía ninguna duda de que encontraría a una mujer adecuada cuando ella hubiera desaparecido de su existencia; pero, en lo tocante a sí misma, todo era inseguridad.

Ya no se imaginaba en brazos de otro hombre. Durante las dos últimas semanas, algo había cambiado en su interior. En lugar de hacer gimnasia como de costumbre, se había dedicado a pasar tanto tiempo como podía entre los brazos de su amante. En lugar de analizar circuitos y estrategias de pilotaje, no había hecho otra cosa que pensar en sus ojos azules y en cómo cambiaba su cara cuando reía.

Y ahora, cargada con una tonelada de vestidos para los actos que se iban a celebrar durante los días siguientes, Nina se recordó que tenía que ser muy cuidadosa. Los Falco estaban en la cúspide de la alta sociedad bonaerense, y no solo era una familia de ricos, sino también gente muy tradicional, como descubrió cuando le presentaron a Valentina, la abuela de Tristan, y, acto seguido, a su madre y al hombre que se iba a convertir en su padrastro, Agustín.

Para entonces, ya estaban en un lujoso hotel del centro de la ciudad. Y en cuanto Valentina pudo, la tomó de la mano y clavó la vista en sus ojos, como intentando descubrir hasta sus secretos más ocultos.

–¿Eres piloto de carreras? Pues tendrás que dejar ese pasatiempo cuando te cases con mi nieto –dijo.

Nina se puso tensa y miró a Tristan, que carraspeó e intervino con rapidez.

–Abuela, Nina es una persona extremadamente importante en el mundo de las carreras. Lo suyo no es un pasatiempo, sino su profesión.

–Ya, pues es una profesión demasiado peligrosa para la madre de tus hijos, cariño.

La anciana mujer se marchó sin decir nada más, y Tristan suspiró y dijo sonriendo:

–¿Comprendes ahora por qué no suelo ver a mi familia?

Ella intentó sonreír a su vez, pero el encontronazo con Valentina la había puesto en guardia, y solo se empezó a relajar cuando habló con Dulce.

La madre de Tristan era un icono del mundo de la moda y, evidentemente, Nina la había visto un sinfín de veces desde su infancia, en todo tipo de medios de comunicación. Pero allí, en su ciudad natal y rodeada de los suyos, no se comportaba como una famosa; de hecho, casi no llevaba maquillaje, y se había puesto un sencillo vestido blanco de lino, con bordados de colores.

–Así que esta es la mujer que ha conquistado el corazón de mi hijo –le dijo mientras la abrazaba afectuosamente–. Eres tan bella en persona como en televisión. He visto tus dos últimas carreras, y debo decir que eres… feroz.

Nina se ruborizó.

–Viniendo de ti, es todo un cumplido.

Dulce sacudió una mano, restándole importancia, y miró a su hijo con una ceja arqueada.

–Tan feroz que me pregunto cómo es posible que cierto dueño de cierta escudería no se haya asegurado de que seas tú quien consiga el triunfo para Falco Roux en el Premio de Argentina –declaró.

–Mamá, acabamos de llegar a Buenos Aires… –protestó su hijo, abrazándola con fuerza–. Deja que me relaje un poco antes de empezar a despellejarme.

Nina observó la demostración de afecto entre madre e hijo con una punzada de envidia. Los abrazos y cumplidos que ella había recibido de niña siempre estaban asociados a las expectativas, los juicios de valor o los simples espectáculos de cara a la prensa. Sus

padres eran personas egoístas, preocupados solo por sus propios objetivos; pero la madre de Tristan no se parecía nada a ellos.

Por primera vez en su vida, sopesó la posibilidad de que su familia fuera aún más disfuncional de lo que creía; y, al mismo tiempo, de que eso la hubiera afectado más de lo que pensaba.

Cuando llegaron a la casa de los Falco, tras una cena magnífica y bastante contacto social, Dulce insistió en que Tristan y ella durmieran juntos en su antigua habitación, para horror de Valentina. Sin embargo, la habitación en cuestión resultó ser una especie de *suite* con salón, despacho, dormitorio, baño propio y unas preciosas vistas de la ciudad.

Nina estaba tan cansada que apoyó a Tristan cuando este sugirió que se acostaran de inmediato; pero, cuando llegó a la entrada de la habitación, se detuvo.

–¿Qué ocurre? –preguntó él, frunciendo el ceño.

Por supuesto, no pasaba nada malo. Las dos semanas que llevaban juntos habían sido perfectas. El único problema era que, cuanto más se acostaba con Tristan, fingiendo ser su prometida, más frágiles eran las defensas de su corazón.

–Nada. Es que… quizá deberíamos dormir separados.

–¿Por qué? –preguntó él, avanzando hacia ella–. ¿Es que quieres dormir sola?

Nina sacudió la cabeza.

–No, claro que no.

Tristan le pasó las manos por los brazos y susurró contra sus labios:

–Pues duerme conmigo. Casi no te he tocado desde que aterrizamos. Casi no hemos tenido ocasión de estar a solas. Y he estado contando los minutos que faltaban para poder tenerte de nuevo para mí solo… Duerme aquí, en el sitio que es tuyo. Conmigo.

Las palabras de Tristan la llenaron de alegría, pero se dijo que no significaban nada, que solo lo había dicho porque no quería dormir solo; y, a decir verdad, ella tampoco. Lo había pensado con detenimiento, y si tenía que elegir entre romper su relación de inmediato o estar con él unas semanas más y arriesgarse a que le

rompiera el corazón, elegiría lo segundo. Por doloroso que fuera al final, al menos habrían estado juntos un poco más.

–No dormiremos mucho si me acuesto contigo –dijo ella con humor.

Tristan sonrió y la besó en el cuello.

–Anda, métete en la cama y deja que te corrompa un poco. Ya dormirás después.

Y Nina obedeció, haciendo caso omiso de las alarmas que sonaban en su mente, imaginando que estaban prometidos de verdad mientras hacían el amor en la antigua habitación de Tristan, intentando no hacer ruido.

Tristan acompañó a su madre al altar, para que se casara con el hombre que la hacía feliz, el hombre del que se había enamorado; y cuando llegó al lugar donde esperaba Agustín, se la entregó sin derramar mucho más que una solitaria lágrima.

Después, se acomodó junto a Nina, quien lo tomó de la mano. Ella también se había emocionado, y se emocionó aún más cuando Dulce dio un apasionado discurso sobre el amor. La fiesta posterior fue una de las más grandiosas a las que habían asistido nunca, y Tristan disfrutó mucho de tener a todos sus familiares juntos, bajo el mismo techo.

Comieron como reyes, gracias a un famoso chef local que había dado un toque único al tradicional bufé de pescado fresco y ternera y cerdo a la parrilla. Había empanadas, provoleta y chimichurri en abundancia, además de un montón de botellas del famoso Malvec de la bodega de los Falco. Hasta Nina se excedió un poco con el vino, aunque tenía que cuidarse un poco, porque la carrera se celebraba la semana siguiente.

Después de que Dulce y Agustín abrieran el baile, los animaron a unirse a ellos, y lo que siguió a continuación fue un intento francamente divertido de enseñar el tango a Nina. Ella rogó a Tristan que parara, pero él se empeñó en darle vueltas y más vueltas por la pista de baile y, al final, ella rompió a reír.

Luego, de repente, él clavó la vista en sus ojos y la besó apasionadamente, incapaz de refrenarse. Nina le devolvió el beso, a pesar de los ruidosos carraspeos de Valentina, y Dulce aplaudió encantada.

Al cabo de un rato, Agustín sustituyó a Tristan y, mientras el primero bailaba un vals con la supuesta prometida del segundo, este llevó a su madre a un aparte y se sentó con ella, para que descansara los pies un rato.

–No se puede decir que sea muy buena bailarina –dijo Dulce entre risas–. Menos mal que conducir se le da mejor.

–Bueno, al menos le pone ganas. Es una mujer muy perfeccionista, y le cuesta admitir sus defectos. Aunque no estoy seguro de que sepa que casi no tiene ninguno.

Tristan se giró entonces hacia su madre, y vio que lo estaba mirando con una extraña sonrisa en los labios.

–Iba a esperar hasta después de mi boda para tener cierta conversación contigo, pero quizá debería adelantarme.

Tristan frunció el ceño.

–¿Qué pasa?

–Nada. O, por lo menos, espero que nada –contestó su madre–. Cuando me dijiste que te habías comprometido con una mujer de la que nunca había oído hablar y a la que nunca había visto en ningún sitio, desconfié al instante; así que investigué un poco, me enteré de que tenías un problemita con tu imagen pública y llegué a la conclusión de que tu compromiso matrimonial no era más que un montaje.

–Ah…

–Te conozco mejor que nadie, Tristan. De hecho, me he estado preparando para estar a la altura de tus habilidades interpretativas y de las habilidades de Nina. Hasta preparé un discurso sobre lo despreciable que es engañar a una madre, aunque sea por la mejor de las intenciones.

–Mamá, yo…

Tristan intentó explicarse, pero su madre alzó una mano, se la puso en una rodilla y siguió hablando.

–Ardía en deseos de ver hasta dónde eras capaz de llevar la farsa con tal de tenerme contenta. Pero ¿sabes una cosa? Ahora que os he visto juntos, creo que te has metido en una zanja mucho más profunda de lo que pretendías.

–No sé lo que quieres decir.

Ella sonrió con malicia y miró a su flamante marido, que seguía girando con Nina al ritmo del vals.

–Oh, yo diría que lo sabes de sobra, cariño. Esa mujer es perfecta para ti. Cualquiera se daría cuenta de que estáis profundamente enamorados. Quizá tendríais que haber sido vosotros quienes os casarais hoy.

Tristan coqueteó con la idea de llevar a Nina al altar ante la atenta mirada de sus familiares. Desde luego, no podía negar que estaba obsesionado con ella. ¿Se habría enamorado de verdad de su falsa prometida? ¿Sería posible que él, un mujeriego impenitente, un hombre totalmente alérgico a las relaciones duraderas, hubiera perdido la cabeza por una mujer?

Sí, claro que era posible; particularmente, porque nunca había sido alérgico a las relaciones. O, al menos, no lo había sido hasta que contempló el lento deterioro de su tío y vio lo que le podía pasar a una persona cuando perdía a un ser querido. Entonces, decidió renunciar a cualquier vínculo emocional excesivamente intenso. Tenía miedo de que le hicieran daño.

A decir verdad, ni la propia Gabriela había conseguido llegar a su corazón. Ahora era consciente de que no se había enfadado con Víctor y ella porque esta lo hubiera traicionado, sino por una simple cuestión de orgullo.

–Tristan… Quiero que seas feliz. Mereces un amor como el que yo viví con tu padre y como el que estoy viviendo con Agustín, desde que me permití amar otra vez y que me amaran. Te has encerrado en ti mismo desde la muerte de tu tío. Te sentías culpable por no haber conseguido salvarlo de su depresión. Y te metiste en una especie de jaula de cristal, donde la gente podía ver tu corazón, pero no tocarlo.

–Mamá, ¿no podríamos dejar esta conversación para otro momento?

–Si no hablamos hoy, cuándo vamos a hablar –preguntó ella con firmeza–. Tu tío era mi hermano, Tristan, y comprendí perfectamente tu dolor. Pero perdiste el rumbo al perderlo a él, y la cosa empeoró cuando Gabriela y Víctor empañaron aún más tu sonrisa. De hecho, no los he invitado a mi boda porque pensé que te resultaría demasiado doloroso.

Tristan guardó silencio, incapaz de hablar.

–Mira, eres lo más importante para mí –prosiguió ella– y, aunque insistías en decir que estabas bien, te conozco. Pero esa chica lo ha cambiado todo. Esa preciosa chica ha despertado algo en ti que llevaba mucho tiempo dormido, cariño mío. Te ha devuelto la vida.

Las palabras de Dulce siguieron sonando en los oídos de Tristan mucho tiempo después de que el baile terminara y los invitados empezaran a marcharse. Poco después, los únicos que quedaban eran Nina y él, solos bajo las tenues luces, entre los camareros que iban de un lado a otro, recogiendo sillas y mesas.

–Nosotros también nos tendríamos que ir –dijo ella, agotada de tanto bailar.

Nina llevaba un espectacular vestido rojo perfecto para el tango y, cuando al cabo de unos instantes se oyó música, procedente de otra ala de la casa, él la tomó de la mano y la invitó a un último baile.

–Estás preciosa –le musitó al oído.

–Tú tampoco estás mal –dijo ella, y soltó una carcajada cuando él la echó hacia atrás, en un típico movimiento del tango–. Me gustaría ser mejor en esto. Me gustaría hacerlo de verdad.

Por supuesto, Nina se refería a bailar el tango, pero a Tristan se le encogió el corazón al oír sus palabras, porque evocaron algo en su interior.

–Puedes… si te arriesgas.

Ella arqueó una ceja.

–Creo que tiene más que ver con la práctica y la habilidad.

Tristan la giró por debajo de un brazo, se puso a su espalda y se apretó contra su cuerpo.

–Este es un baile sobre la confianza, sobre la pasión.

–Y también de velocidad y precisión.

Nina le pegó un pisotón en ese preciso momento, y él soltó una carcajada.

–Sí, eso también. Pero, sobre todo, se trata de dejarse llevar por los deseos más profundos, por dejarse de inhibiciones y confiar en tu pareja lo suficiente como para dejarte llevar –comentó Tristan.

–Pues yo quiero dejarme llevar –dijo Nina en voz baja–. Quiero creer que puedo, y que no me arrepentiré después. Pero nunca he sido buena pareja… bailando, quiero decir.

Tristan la miró a los ojos, a sabiendas de que Nina tampoco estaba hablando realmente del baile, pero no se le ocurrió la forma de decir lo que pensaba sin parecer que había perdido la cabeza: «Confía en mí, Nina. Quédate conmigo. Cásate conmigo».

Cerró los ojos y recordó lo importante que era para ella su carrera de piloto. Además, era joven, bastante más que él. Y, encima, él era su primer amante. Con toda seguridad, solo se habría planteado la maternidad o el matrimonio como objetivos a largo plazo, si es que se los había planteado.

¿Estaba siendo un egoísta al intentar retenerla?

Tal vez y, para complicarlo todo, ni siquiera le había contado la verdad sobre su acuerdo con Alain. Y tenía que ser sincero con ella si quería tener alguna posibilidad de mantener su relación cuando acabara la temporada de carreras.

Ahora bien, ¿lo podría perdonar? ¿Entendería por qué había actuado así? ¿Comprendería que había sido la única forma de salvar a Roux de la quiebra y el colapso total?

Tristan lo había mantenido en secreto porque su acuerdo con Alain incluía una cláusula de confidencialidad, pero su sentimiento de culpa empezaba a ser insoportable, y ya no soportaba la situación.

Tenía que intentarlo. Tenía que confiar en que, cuando Nina reflexionara al respecto, lo perdonaría. Porque ahora estaba completamente seguro de que, a pesar de todos los obstáculos que se interponían entre ellos, la quería.

La quería de verdad.

El Circuito Falco era una impresionante pista nueva que se había hecho ese mismo año a iniciativa del propio Tristan, para que se celebrara en él la carrera de la Elite One. Tristan se lo contó a Nina mientras paseaban por las instalaciones, y ella pensó que estaba siendo más atento que de costumbre desde el día de la boda de su madre; pero lo achacó a la enorme cantidad de veces que hacían el amor.

En cualquier caso, solo faltaban unos días para la carrera, y sabía que tenía que volver a sus rutinas tan pronto como fuera posible y concentrarse en su trabajo.

Cuando llamaron a Tristan para que asistiera a una reunión en una de las salas de juntas, ella aprovechó la oportunidad y se fue a la zona de Falco Roux, donde su equipo ya había empezado a prepararlo todo. Y mientras inspeccionaba una mejora del sistema de inyección del coche, apareció un hombre en su visión periférica.

Nina se giró, esperando encontrarse ante uno de los mecánicos, y se quedó helada al reconocer a su hermano, de cabello y ojos tan parecidos a los suyos.

–¿Alain? ¿Qué haces aquí?

–Falco ha dejado de contestar a mis llamadas, y necesitaba hablar contigo. En persona –respondió él.

A Nina se le encogió el corazón al ver la expresión de su hermano. No había ido a pedirle perdón por lo que había hecho. Ni siquiera había ido a animar a los miembros del equipo. Tenía la misma expresión que el día que le informó de que había vendido la empresa.

–¿De qué querías hablar con Tristan? –dijo con frialdad–. El equipo ya no es cosa tuya. Abandonaste el barco.

Alain respiró hondo y se pasó una mano por el pelo, en un gesto heredado de su padre. Se parecía a él en muchos aspectos.

–No sabes nada sobre nuestro acuerdo, ¿verdad?

–Lo único que sé es que no te importó venderle la empresa de la familia y dejarme prácticamente en bancarrota. Confié en ti, Alain. Creí que intentabas salvar la empresa, no arruinarla.

Alain sacudió la cabeza.

–No fui a ver a Falco con intención de vender. Quería salvar el legado de nuestra familia, Nina, tu legado. Y sí, sé que he cometido muchos errores.

–¿Muchos? Te estás quedando corto –se burló ella.

–Estás enfadada conmigo, y lo comprendo. Pero ya no soy el juerguista y derrochador que era antes. Durante el proceso de rehabilitación he aprendido a asumir las consecuencias de mis actos.

Nina no entendió nada de lo que estaba diciendo. ¿Rehabilitación? ¿Asumir las consecuencias? Aquel hombre no parecía su hermano.

–¿Se puede saber de qué estás hablando?

–La empresa estaba en muy mala situación cuando me hice cargo de ella, tras la muerte de papá. Sin embargo, reconozco que yo empeoré la situación. Me endeudé por culpa del juego. Me negué a admitir que tenía un problema hasta que un día me metí en una partida de póquer en la que estaba Tristan Falco.

–¿Una partida de póquer?

–Sí, ya sabes, las viejas costumbres…

Nina miró de nuevo a su hermano; pero, esta vez, lo miró de verdad, y notó que había perdido mucho peso desde la última vez que habían coincidido. De hecho, tenía buen aspecto; un aspecto radicalmente distinto al de un hombre que llevara todo el verano de juerga. Estaba bien afeitado, bien vestido y, sobre todo, sobrio.

–Aquel día toqué fondo, Nina. Me jugué la empresa de la familia en esa partida.

–¿Qué? No, no me lo puedo creer… Si hubieras hecho eso, la gente se habría enterado. Yo me habría enterado.

–No, porque Tristan se apiadó de mí y presentó el asunto como una adquisición, como si le hubiera vendido la empresa. Incluso firmamos un acuerdo de confidencialidad al respecto –contestó.

Nina estaba tan atónita que no dijo nada.

–Me dio un año para que pusiera en orden mi vida y se comprometió a salvar Roux –continuó Alain–. Siempre ha tenido intención de devolvérnosla.

–¿Devolvérnosla? ¿Por qué iba a hacer eso?

–No tengo ni idea. Solo sé que dijo que estaba sentimentalmente ligado a la escudería.

Súbitamente, Nina se acordó de la colección de coches antiguos del tío de Tristan.

–De todas formas, ¿quién era yo para discutírselo? –siguió diciendo su hermano–. A caballo regalado no se le mira el diente… Me metió en un programa de rehabilitación, en una clínica para ricos de una isla griega. Limpié playas, barrí calles, ayudé a personas sin hogar y, en algún momento, asumí que era un adicto y que siempre lo sería, pero que eso no significaba que fuera una causa perdida.

Nina se estremeció al oírlo.

–Alain, nunca he pensado que fueras eso. Hemos discutido mucho, pero eso no significa que no te quiera.

–Por favor, Nina… ni siquiera he empezado a reparar el daño que te hice. Fui tan terriblemente egoísta como nuestros padres. Ni siquiera sé cómo te has podido convertir en una persona tan buena. No merecías eso.

–Ni tú.

El breve y sencillo reconocimiento de su dolor compartido hizo que Nina se sintiera como si le hubieran clavado un cuchillo en las costillas. Pensó que tenían que hablar de muchas cosas, pero se dijo que ese no era el momento adecuado. Aún tenía que asimilar lo que había hecho Tristan, lo que le había estado ocultando.

–¿Por qué me lo has contado ahora, y no antes?

–Porque vi la noticia de tu compromiso matrimonial con Falco y me enfadé muchísimo. No sé a qué está jugando ese hombre, pero me fui de Grecia en cuanto pude con intención de avisarte –respondió.

Justo entonces, Nina vio que Tristan se caminaba hacia ellos con paso firme y expresión de sorpresa. Tristan, el hombre que le había estado mintiendo todo el tiempo; o, quizá, el hombre con quien ella se había estado engañando todo ese tiempo.

Nina se sintió completamente estúpida. Tanto que pidió disculpas a Alain y optó por la salida más fácil: huir.

Capítulo 13

Nina se alejó todo lo que pudo y, al cabo de unos minutos, se encontró deambulando por el camino que bordeaba el vacío circuito. No iba a ninguna parte en concreto. Sencillamente, necesitaba caminar un rato, para procesar la confusión de su mente. Pero no tuvo ocasión, porque Tristan la alcanzó y dijo, mirándola con angustia:

–¿Te vas? ¿Sin concederme siquiera la posibilidad de darte una explicación?

Ella podría haber dicho que sí, que se iba porque necesitaba tiempo para pensar, para intentar comprender por qué le había mentido sobre su propio hermano y sobre la forma en que se había hecho con el equipo. Podría haber dicho eso, pero los ojos se le llenaron de lágrimas y se sorprendió diciendo otra cosa.

–Me has mentido.

–Tenía intención de decírtelo… Te lo he querido decir un montón de veces. Pero, además de la cláusula de confidencialidad que firmé con Alain, quería darle tiempo para que se recuperara, como él mismo me había pedido.

Nina sacudió la cabeza.

–No entiendo nada. Me ocultaste lo de mi hermano. Sabías que tenía intención de regresar y volver a tomar el control de la empresa, pero estabas dispuesto a permitir que yo firmara un acuerdo con Accardi y abandonara Falco Roux.

–No, te lo habría contado antes de que firmaras nada con ese viejo pervertido, incluso a pesar de la cláusula de confidencialidad. De hecho, el acuerdo con Apollo solo es válido hasta el final de la temporada. Pensé que era lo más adecuado para el equipo, porque

supuse que tu hermano querría tomar sus propias decisiones cuando volviera a la dirección de la empresa.

Ella frunció el ceño.

–Comprendes que me cueste creer lo que dices, ¿verdad?

–Es normal.

–Nada de esto es normal. Y, sinceramente, estoy harta… harta de que otros decidan por mí, harta de trabajar a destajo y acabar justo donde empecé. Confiaba en ti, Tristan.

Él dio un paso hacia ella, acortando las distancias.

–Aún puedes confiar en mí. Cometí un error. Debería habértelo dicho antes, pero tu hermano insistió en que no lo supieras. Por favor, no permitas que esto destruya lo nuestro. Lo hice con la mejor de las intenciones, para salvar la empresa de tu familia. Y quiero que lo nuestro funcione. Si vuelves a confiar en mí, te demostraré hasta qué punto estoy hablando en serio.

Ella bajó la cabeza, deseando que la explicación de Tristan fuera suficiente. Sin embargo, algo se había roto en su interior. Aunque todo lo que le había dicho fuera cierto, había mentido de todas formas. La había traicionado.

–No dejes que esto se interponga entre nosotros –le rogó Tristan–. No te alejes de lo que hemos empezado a construir entre los dos. Y no me digas que no es nada, porque sé que tú sientes lo mismo que yo.

–Oh, vamos, los dos sabemos que solo ha sido una farsa –dijo ella en un susurro.

–No, no lo ha sido. No para mí.

–Tristan, no necesito que me tranquilices ni que mientas por mi supuesto bien. Firmé ese acuerdo contigo con plena conciencia de lo que hacía. Era una farsa para engañar a tu madre y una maniobra para mejorar la imagen pública de la empresa. Pero, francamente, no esperaba que me afectara tanto. Es extremadamente doloroso para mí.

–Me alegro –dijo él con voz ronca.

–¿Cómo?

–Bueno, no es que me alegre que sufras… pero me alegra saber que te pasa lo mismo que a mí. Llevamos dos semanas juntos,

conociéndonos, haciendo el amor todos los días, y aun así no era suficiente –le confesó–. Antes no sabía por qué. Lo supe gracias a mi madre, que lo entendió en cuanto nos vio juntos.

–¿Y qué había que entender? –preguntó ella, nerviosa.

–Que me he enamorado de ti, Nina. Que te amo, que quiero que nuestro compromiso sea real –contestó Tristan–. Me encanta tu ambición, tu capacidad de concentración, tu voluntad de llevarme la contraria en todo momento y, por supuesto, tu cuerpo y tu habilidad para volverme loco con una simple mirada.

Nina se quedó sin aliento. No podría creer lo que estaba oyendo.

–Pero nuestro acuerdo, las reglas, tus secretos, las mentiras…

–Olvida las reglas, olvídalo todo. Yo me convencí de que estaba haciendo lo correcto, pero solo intentaba engañarme a mí mismo. Cuando tuviste ese accidente, me di cuenta de que lo que sentía por ti era muy complicado. Sospecho que me enamoré esa noche, mientras te abrazaba y me hablabas de tus películas preferidas… Siento no haberte contado antes la verdad, pero ya no puedo cambiar eso. Solo puedo seguir adelante.

–Tristan, es posible que creas realmente que te has enamorado de mí, pero apenas me conoces. Si me conocieras, no me habrías mentido.

Nina sacudió la cabeza y se alejó un poco. El corazón se le había desbocado, y casi no se tenía en pie. Pero tenían que hablar.

–Tu madre te ha presionado mucho para que sentaras la cabeza. Y entre eso y que tu ex se fue con tu primo, comprendo que no pienses con claridad.

–No, esto no tiene nada que ver –replicó él, acercándose a ella–. Sin embargo, sé que son demasiadas emociones de repente, y que te cuesta asumirlas. Con Alain aquí, y después de haberte enterado de lo que hice… En fin, quizá deberíamos hablar en otro momento, cuando hayas tenido ocasión de reflexionar.

–No, no. Esperar no resolverá nada, Tristan. Nos hemos emborrachado tanto con la magia de las relaciones estas semanas que ya no sé ni quién soy. No sé qué es real y qué no lo es. Ni siquiera sé qué parte se debe al simple y puro hecho de haber pasado tiempo con tu maravillosa familia, a la que adoro.

–Ellos también te adoran.

–Por favor, no sigas… No puedo pensar cuando me miras así.

–A veces, pensar no es lo mejor que se puede hacer, Nina. No todo lo que pasa es lógico y razonable. A veces, alguien aparece en tu vida cuando menos te lo esperas, y despierta algo en ti que ni siquiera sabías que estuviera dormido. Hagamos que esto sea real. Casémonos. Fundemos una familia juntos.

Nina cerró los ojos, deseando poder confiar en él.

Tristan le acababa de decir que la quería; le acababa decir lo que ella deseaba oír. Y habría dado cualquier cosa por tomarlo de la mano y arrojarse a sus brazos sin pensar en las consecuencias, porque imaginaba perfectamente el futuro que le estaba ofreciendo. Hasta imaginaba una gran boda, la alegría de su familia, el interés de los medios de comunicación.

Sería algo tan vertiginoso como el principio de la relación de sus padres, que se habían casado en mitad de una tormenta mediática. Y su relación nunca había tenido ninguna oportunidad, porque a su madre le encantaba ser el centro de atención, y el escrutinio constante de la prensa la cambió profundamente.

¿Sería capaz ella de hacerlo mejor?

Mientras se lo preguntaba, se acordó de las palabras que le repetía una y otra ver su difunta tía Lola: «Confía en ti, Nina».

–No puedo, Tristan.

Nina sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza, como deseando que, cuando los volviera a abrir, resultara que todo aquello había sido una simple pesadilla.

–¿No puedes? ¿O no quieres? –quiso saber él.

–Siempre me ha costado confiar en los demás, Tristan. No me crie en una familia tan afectuosa como la tuya, pero sé que las relaciones son difíciles de mantener. Y si se basan en mentiras y engaños, por bienintencionados que sean, no tienen futuro. Además, tú y yo solo llevamos juntos unas semanas, y casi todo lo que ha pasado ha sido una farsa.

–Puede que lo fuera al principio, pero el resto ha sido real –afirmó Tristan–. Concédenos una oportunidad.

–No puedo –repitió ella, haciendo un esfuerzo por no llorar–. Lo siento.

Tristan se preguntó cómo era posible que las cosas se estropearan tan deprisa. Llevaba dos días esperando que Nina entrara en razón y que entendiera por qué había hecho lo que había hecho. Tenía intención de volver a pedirle matrimonio y, esta vez, de verdad. Pero ella se comportaba como si él fuera un extraño.

Aquello lo estaba volviendo loco. Sabía que tendría que haberle contado antes lo de Alain. Sus intenciones habían sido buenas en todo momento, pero la había engañado en cualquier caso, y ahora se arrepentía de haber actuado así. Había traicionado su confianza. Y se sintió enormemente culpable cuando volvió a hablar con ella y descubrió que no había cambiado de actitud.

–Mira, Tristan… aunque me hubieras dicho la verdad desde el principio, aunque hubiéramos superado todo eso, ¿crees de verdad que funcionaríamos como pareja? –preguntó ella, derramando una solitaria lágrima.

Tristan se empezó a sumir en la desesperación. No en vano, Nina le había confesado que le costaba confiar en la gente, y estaba seguro de que había roto relaciones por mucho menos que lo que le él le había hecho. Nina quemaba sus naves en ciertas circunstancias porque era más fácil que permitir que le volvieran a hacer daño.

–Dime qué puedo hacer para arreglar esto –le rogó, negándose a rendirse, a admitir que su relación había terminado.

Ella guardó silencio durante unos segundos y, cuando por fin habló, su voz sonó muy baja, como si estuviera lejos de allí.

–Tristan, lo nuestro no funcionaría en ningún caso. Solo iba a ser algo temporal.

Tristan intentó tomarla entre sus brazos, pero Nina se apartó.

–Puede que esto sea lo mejor que nos podría haber pasado –continuó ella–. Creer en nuestra relación sería engañarnos con una falsa esperanza.

–La esperanza es buena –alegó él, intentando convencerla.

–A veces, la esperanza solo sirve para prolongar un dolor inevitable. Somos muy diferentes, Tristan. Tú eres atractivo, alegre, carismático… y yo solo soy una obsesa del trabajo, la reina del hielo de la que hablan los medios.

Él intentó protestar, pero ella alzó una mano, acallándolo antes.

–Me ha llevado mucho tiempo, pero me gusta ser quien soy. Me gusta estar obsesionada con los coches rápidos, los motores y las estrategias. De hecho, adoro el peligro. Ningún piloto estaría en este negocio si no le gustara. Y tú apenas soportas mi trabajo. Te estremeces cada vez que me siento delante de un volante. Y lo comprendo, sé por qué te sientes así; pero yo tengo la impresión de que…

–¿De qué? –preguntó él, al ver que no terminaba la frase.

–De que, si usamos la esperanza como pegamento para unirnos y ver adónde llega esto, nos haremos mucho daño al final. Y no quiero hacerte daño. Pero ¿te parece mejor que renuncie a ser yo misma para que tú te sientas cómodo?

Tristan se encogió ante la dureza y la exactitud de sus palabras. Sí, era verdad que su profesión era peligrosa, que le daba miedo y que eso podía llegar a ser un problema entre ellos. Sin embargo, no era justo que Nina utilizara ese argumento contra su relación cuando no le estaba dando la menor oportunidad.

–No –replicó, sacudiendo la cabeza–. Yo no acepto eso, Nina. Mi miedo puede ser una carga, pero intentaré cambiar en ese aspecto porque tú necesitas que cambie. Eso es lo que se hace cuando estás enamorado. Maduras, cambias y das tanto valor a sus necesidades como a las tuyas.

–Puede que yo no esté hecha para eso.

–No nacemos aprendiendo a confiar. Se aprende con el tiempo, igual que se aprende a estar enamorado. Y creo que tú estás enamorada de mí, aunque estés enfadada y tengas miedo de concederme una oportunidad.

Ella apretó los dientes y lo miró brevemente a los ojos.

Durante un momento, Tristan pensó que se iba a arrojar a sus brazos. A fin de cuentas, no le había discutido lo que acababa de

decir. Pero el momento pasó rápidamente, y ella sacudió la cabeza con tristeza y se giró hacia el desierto circuito.

–Está bien –dijo él, sintiendo un intenso frío interior–. Si ya has tomado una decisión, no tiene sentido que me quede aquí y suplique.

Después, Tristan dio media vuelta y se empezó a alejar sin que ella se moviera del sitio. El viento se había llevado su última brizna de esperanza.

Capítulo 14

La distancia entre la cama de su hotel y el cuarto de baño fue el recorrido más largo que hizo Nina durante los dos días siguientes. Había desconectado el teléfono y colocado el cartel de «no molestar» en la puerta, ganándose un poco de paz con ello. Al menos, en apariencia, porque por dentro era un huracán de emociones que la superaban por completo.

Durante su encierro, Alain le metió varias notas bajo la puerta, sin que ella le hiciera caso. También recibió un paquete que contenía bombones de chocolate y una selección de sus comedias románticas favoritas. El paquete no tenía ninguna nota, pero Nina supo que se lo había enviado Tristan; y como no le apetecía tomar nada dulce ni ver películas, lo dejó en la mesa de la habitación, como recordatorio.

Pero ¿como recordatorio de qué? ¿De que era incapaz de confiar en nadie?

La gente cometía errores; ella misma los había cometido muchas veces a lo largo de su vida, pero no soportaba que le mintieran y engañaran deliberadamente. Alain decía que era demasiado rígida, y cabía la posibilidad de que tuviera razón. Siempre había sido muy sensible a las injusticias. Tenía un férreo sentido del bien y del mal. Pero ya no sabía qué pensar.

Con el corazón roto y un mar de dudas sobre su futuro en el mundo de las carreras, estaba completamente perdida. Lo único que sabía es que había pasado de odiar a Tristan a quererlo con toda su alma. Y tenía la sospecha de que eso no se curaba con facilidad.

Durmió durante lo que le parecieron semanas, sin más consciencia del tiempo transcurrido que el resplandor del reloj de la mesita y la luz que se filtraba entre las cortinas, que pasó de diurna a nocturna.

Se estaba deslizando por una pendiente muy peligrosa, y sabía que, si no reaccionaba, acabaría en un pozo del que le costaría salir.

A la mañana siguiente, alguien llamó a la puerta, y ella hundió la cara en la almohada e intentó hacer caso omiso. Hasta que oyó una voz muy familiar.

–Será mejor que abras la puerta, superestrella. O llamaré a cierto argentino para que la derribe.

Enfadada, Nina se levantó de la cama y abrió.

–¿Qué estás haciendo aquí? –dijo–. Se suponía que no debías venir hasta mañana.

–¿Desconectas tu teléfono durante dos malditos días y esperas que no me presente antes de tiempo? –rugió Sophie, echando un vistazo a la oscura habitación–. Qué horror, qué mal huele aquí… Por cierto, ¿cuándo has entrenado por última vez?

Nina se encogió de hombros y contestó:

–No voy a correr este fin de semana. Aquí no me necesitan. No sé por qué no puedo volver a Montecarlo.

–Dios mío, ¿te estás oyendo a ti misma? Eres una superestrella, y las superestrellas tienen que entrenar. No sé qué problemas personales tienes, pero seguro que no merecen que arruines tu carrera.

–¿No te han contado nada?

–No, nada, aunque sé sumar dos y dos, querida. Y sé que, con independencia de lo que haya pasado, te sentirás diez veces mejor cuando muevas el trasero y me empieces a insultar por hacerte sudar a chorros.

Nina gimió y bajó la vista. Sophie tenía razón. Todo lo que sentía en ese momento era más intenso e insoportable precisamente porque se había encerrado en aquella habitación, aislándose del mundo. Pero estaba cansada, agotada de esforzarse todo el tiempo y acabar siempre como al principio, sola.

Sophie clavó en ella sus azules ojos, mirándola con preocupación. Era una mirada que Nina conocía muy bien. Estaba delante de la mejor entrenadora del mundo del motor, y siempre sabía lo que tenía que hacer y decir.

–Está bien… gracias por haber venido a buscarme.

–Ya sabes que puedes contar conmigo –dijo Sophie con una sonrisa–. Pero es verdad que aquí huele mal. Hazme caso. Creo que necesitas una ducha.

Nina se presentó en el flamante circuito bonaerense el día de la carrera y descubrió que todo era un caos. La mitad del equipo había desaparecido y, mientras caminaba por allí, confundida con lo que estaba pasando, se encontró con el director del equipo, Jock.

El hombre estaba sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó.

–Que están cayendo como moscas. Eso es lo que ha pasado.

Sophie apareció entonces y le explicó lo que sucedía.

–Anoche fueron a cenar con Daniele Roberts, y al menos una cuarta parte acabaron con una intoxicación alimentaria, incluido el propio Roberts.

–Oh, Dios mío. ¿Es grave?

–Aún no lo sabemos con seguridad, pero supongo que estará fuera de combate un par de días, y su recuperación podría ser lenta.

–Estamos perdidos –dijo el director–. Me faltan cinco mecánicos, y cualquiera sabe si sus sustitutos llegarán a tiempo. No me lo puedo creer. Precisamente ahora, cuando estábamos a punto de ganar el campeonato de constructores.

–No pasará nada. Úsame a mí –dijo Nina.

–¿Estás loca? ¿Después de lo que pasó en España? No voy a volver a confiar en ti, Roux. Careces de la agresividad necesaria para ser primer piloto de la escudería.

En ese momento, sonó el teléfono de Jock, quien se alejó al instante. Entonces, Nina se dio cuenta de que Apollo se estaba preparando para la primer sesión de entrenamientos, y se acercó a saludarlo. Pero, mientras hablaba con el piloto, oyó parte de la conversación del director del equipo:

–De ninguna manera, Falco. ¿Crees que me puedes llamar para exigir que ponga a tu novia de primer piloto? Prefiero dimitir.

Nina frunció el ceño. ¿Sería posible que estuviera hablando con Tristan?

–Lo digo en serio, Falco. Si insistes, me marcharé.

Obviamente, Nina no oyó la contestación de Tristan, pero debió de ser bastante contundente, porque Jock palideció y tiró su móvil al suelo, rompiéndolo en pedazos.

–A mí me parece bien que Nina sea el primer piloto –declaró Apollo de repente.

–¿Estás de acuerdo con ese chalado? –preguntó Jock perplejo–. En los treinta años que llevo en el equipo, jamás había oído nada tan ridículo.

–Cállate de una vez, o acabarás despedido –dijo Alain, entrando de repente en el garaje–. Y ya tenemos bastantes problemas.

–¡Alain! No sabía que hubieras vuelto. No sabes cuánto me alegro. Quizá puedas convencer a ese individuo que se ha quedado con el equipo.

Alain se detuvo junto a su hermana y le puso una mano en el hombro.

–El equipo vuelve a ser nuestro, Jock. Tristan Falco nos ha devuelto las acciones, y yo vuelvo a ser el director ejecutivo –le informó–. Dicho esto, mi hermana es la persona más adecuada en este momento para conducir el primer coche.

–Gracias, Alain –dijo ella, con un nudo en la garganta–. Pero Apollo firmó como primer piloto, y yo no tengo demasiada experiencia al respecto.

–Lo harás bien –intervino Apollo, animándola–. Puede que no tengas mucha experiencia como primer piloto, pero Roberts ha ganado varias veces gracias a tus recomendaciones. Y yo habría salido de segundo de todas formas si él no hubiera sufrido esa intoxicación.

–Vaya, parece que te vas a volver a salir con la tuya, princesa –dijo Jock de mala manera.

–¿Sabes una cosa? Estoy harta de ti –bramó Nina–. Si es cierto que he recuperado mis acciones, voy a decirte algo que llevo mucho tiempo queriendo decir: estás despedido, Jock.

Nina se quedó atónita cuando el ya exdirector se abalanzó hacia ella con intención de agredirla. Afortunadamente, su hermano se interpuso en su camino y, segundos después, los guardias de seguridad se lo llevaron de allí.

Tras el caos posterior, Alain anunció que asumiría el puesto de director de equipo, cargo que pretendía asumir en cualquier caso la temporada siguiente. Al fin y al cabo, conocía el trabajo a la perfección, porque se había criado entre coches de carreras, igual que ella. Y aunque no fuera tan buen piloto con su hermana, tenía verdadero talento con la gente.

Cuando Nina lo volvió a mirar, comprendió que todo lo que había pasado se lo debían a Tristan Falco, el hombre al que todo el mundo consideraba un vulgar juerguista, el hombre que había comprado temporalmente un equipo sin más intención que impedir que desapareciera, el hombre que los había salvado.

Sí, por supuesto que había cometido errores por el camino, pero ¿acaso no los cometía todo el mundo?

Nina cerró los ojos, apoyó la cabeza en una pila de neumáticos y respiró hondo, preparándose para afrontar el desafío más importante de su carrera.

Al cabo de un rato, mientras conducía hacia su posición en la parrilla de salida, se giró hacia la tribuna y buscó a Tristan con la mirada, esperando que estuviera allí. En principio, no tenía motivos para ello. Ya no era propietario del equipo. Había cumplido su parte. Pero, para inmensa alegría de Nina, estaba allí, con su aire de ángel caído, apoyándola en la distancia incluso después de que ella lo hubiera rechazado.

Una vez más, se acordó de su tía Lola, quien también solía decir que estar enamorada implicaba estar al lado del ser querido en cualquier situación, buena o mala. Decía que el amor verdadero era incondicional. Y aunque Nina no hubiera sabido aceptar el amor de Tristan, ahora estaba más que dispuesta a aceptarlo.

Capítulo 15

Tristan casi estalló de orgullo cuando Nina subió al podio, tras acabar la carrera en tercera posición. Era su primer podio en la Elite One y, teniendo en cuenta cómo había pilotado aquel día, no sería el último.

Además de conseguir el tercer puesto, Apollo y ella habían conseguido los puntos necesarios para que el equipo se llevara el campeonato de constructores y, por supuesto, Alain subió a recoger el trofeo en representación de Falco Roux, entre los vítores del público.

Tristan no podía estar más contento. Si eso era lo único bueno que salía de su breve relación con el equipo, sería suficiente. Había sido él quien había sugerido que Alain asumiera de nuevo la dirección ejecutiva. Pero, a pesar de ello, lamentó no ser él quien felicitara en persona a la mujer de quien se había enamorado, la superestrella que en ese momento estaba respondiendo las preguntas de la prensa, entre los gritos y aplausos de sus seguidores.

De todas formas, solo tenía intención de quedarse el tiempo suficiente para verla subir al podio y, como ya la había visto, había llegado el momento de marcharse. De modo que se abrió paso entre la multitud y bajó al garaje de Falco Roux para echar un último vistazo al mundo de Nina.

Tal como imaginaba, estaba vacío, porque todos se habían ido a celebrar el resultado de la carrera. Y mientras contemplaba los neumáticos y las desordenadas y brillantes herramientas, oyó un ruido a su espalda, se giró y se encontró ante la mujer que ocupaba constantemente sus pensamientos.

Nina no se había quitado su rojo traje de piloto, que estaba empapado. Cualquiera habría dicho que estaba cayendo un chaparrón; pero no estaba así porque lloviera, sino por el champán que le habían vertido encima, como era habitual en el podio.

–Has venido –dijo ella sin más.

–Quería verte correr. No lo he podido evitar. Ni siquiera sé cómo es posible que contratara a Apollo en lugar de darte el puesto a ti. ¿Por eso has bajado? ¿Para echármelo en cara?

–No, ni mucho menos. He bajado aquí porque creo que ha llegado el momento de que sea valiente.

–Siempre eres valiente –afirmó él con voz ronca.

–No, no lo soy. Soy una cobarde. Me dijiste que, cuando estás enamorado de alguien, maduras, cambias y das tanto valor a sus necesidades como a las tuyas, pero yo no te hice caso. Huí del amor.

–¿Qué me estás intentando decir, exactamente? –preguntó Tristan, sin atreverse a hacerse ilusiones.

–Que estoy perdidamente enamorada de ti, Tristan Falco. No te podría dejar de amar ni aunque lo intentara.

Nina se sentía como si el corazón estuviera a punto de salírsele del pecho. Tristan se había quedado en silencio, con los pies firmemente plantados en el suelo, inmóvil, incapaz de reaccionar.

–¿Estás enamorada de mí? –preguntó al cabo.

–Con toda mi alma –respondió ella, permitiendo que sus emociones se reflejaran en su tono de voz–. Quiero ser tuya, y quiero que tú seas mío, si aún me quieres. Tenías razón… el amor implica crecer, y tú haces que desee crecer. Haces que quiera ser una versión mejorada de mí misma.

Tristan se acercó rápidamente a Nina, o quizá fue Nina quien se acercó a él. Pero todo se volvió borroso cuando se abrazaron y se empezaron a besar, atrapados en un torbellino de pasión y alivio.

–¿Me perdonas? –preguntó ella después.

–¿Por qué tendría que perdonarte?

–Por haberte rechazado.

–Solo si tú me perdonas a mí por ser un cretino. He intentado arreglar las cosas, empezando por animar a Alain a asumir la dirección ejecutiva, pero sé que no es suficiente. Tendría que haber sido sincero contigo desde el principio.

–Claro que es suficiente. Tú eres más que suficiente… incluso de un modo excesivo, en comparación con la mayoría de la gente. Pero te acepto tal como eres, con tu extravagante forma de vestir y todo lo demás.

–¿Estás insinuando que puede que se te pegue mi elegancia? –preguntó él con sorna.

–Bueno, yo no esperaría tanto si estuviera en tu lugar.

En ese momento, a Nina se le ocurrió una idea. Se acercó a una de las mesas de trabajo, alcanzó una tuerca del tamaño necesario y, acto seguido, se arrodilló delante de Tristan.

–¿Qué estás haciendo?

–No quiero despertarme en un mundo en el que tú no estés, y como al final va a resultar que soy más tradicional de lo que pensaba…

Y así, con una tuerca haciendo las veces de anillo, Nina pidió el matrimonio al hombre al que amaba.

Desde luego, no era el excepcional diamante negro que él le había regalado semanas antes, pero le pareció adecuado para las circunstancias. Y también le pareció adecuado que él la tomara entre sus brazos, aceptara su oferta de matrimonio y la hiciera girar y girar a su alrededor.

–Tendremos que negociar otra vez nuestro acuerdo matrimonial –le advirtió ella.

–Nada de eso. No me casaré contigo hasta que ganes el campeonato de pilotos.

–Me parece perfecto. Y no tendremos hijos hasta que haya ganado tres, por lo menos.

Los ojos de Tristan se oscurecieron.

–¿Me acabas de confesar que quieres tener hijos, Nina Roux?

–Claro que sí, pero no tan pronto. Quiero tenerte para mí sola tanto tiempo como pueda.

Él soltó una carcajada.

–Pues me parece muy bien, porque yo quiero lo mismo que tú. Y prepárate, porque pienso ser el marido más seductor del mundo.

–¿Y en qué consiste eso, si se puede saber? –bromeó ella mientras él le empezaba a desabrochar el traje de piloto.

–En ser escandalosa y abrumadoramente lujurioso –respondió Tristan, que ya se había puesto de rodillas ante ella–. En seducir a tu esposa de las formas más indecentes.

Nina sonrió.

–No sabes cuánto me alegro.

Como era de esperar, las caricias y los besos dieron paso a la consumación de su amor, y nada más y nada menos que contra una pila de neumáticos, en la oscuridad del garaje. A todos los efectos, era lo más romántico que Nina podía desear. Estaban en el lugar perfecto para prometerse una cosa: amor eterno.

Epílogo

Nina se miró en el espejo de la sacristía de la iglesia, refrenando el deseo de sonreír. Era el día de su boda y, aunque no tenía intención de elegir un vestido tradicional cuando Dulce la llevó de compras por Buenos Aires, había elegido uno de color blanco.

Solo habían pasado dos días desde entonces, los mismos días transcurridos desde que Tristan había accedido a fugarse con ella; aunque, en realidad, Nina no le había propuesto que se casaran en la capital argentina y por la iglesia, sino en Las Vegas.

Habían pasado cuatro años desde que se habían comprometido en el garaje de Falco Roux, y ella todavía no había podido olvidar la mirada de júbilo de Tristan cuando ganó su primer campeonato mundial; precisamente allí, en Buenos Aires. Pero aquello carecía de importancia en ese momento, porque estaban a punto de convertirse en marido y mujer, y en el mismo sitio donde se había casado Dulce con el padre de Tristan y con Agustín.

–¿Nina?

Al oír la voz de Dulce, Nina se giró hacia ella. La mujer estaba a su lado, colocándose un delicado velo de encaje.

–Me han pedido que esperara a este momento para darte otra sorpresa de mi hijo.

–¿Qué se le habrá ocurrido ahora? –dijo Nina con sorna.

Dulce alcanzó entonces su bolso y sacó una caja cuadrada con la corona de Falco, el símbolo de la empresa.

–No lo sé. Tristan dijo que lo entenderías en cuanto lo vieras.

Nina contuvo la respiración, abrió la caja y sonrió de oreja a oreja al ver lo que contenía: una tiara, la misma que llevaba puesta la

noche en que se conocieron, la noche en que su vida cambió para siempre.

Dulce sacó el precioso objeto de la caja y se la puso en la cabeza. A Nina le pareció casi surrealista que una de las personas más importantes de la moda mundial se molestara en colocársela bien.

–Estás sencillamente impresionante.

Dulce le dio un beso en la mejilla y se marchó, dejándola a solas. Pero su soledad no duró mucho, porque Alain apareció instantes después para decirle que había llegado el momento que esperaba, así que tomó del brazo a su hermano, salió de la sacristía y avanzó con él por el pasillo central.

Ni su padre ni su madre se habían tomado la molestia de ir a la boda; pero a ella no le importó, porque tenía a Alain, al hombre que la había apoyado cuando ella decidió anunciar al mundo que padecía de autismo tardío, igual que ella lo había apoyado a él cuando decidió afrontar su trastorno de déficit de atención con hiperactividad. Y los dos rieron mientras caminaban, recordando historias de su infancia.

De hecho, Nina tenía tantos motivos para reír que ni siquiera le preocupaba lo que pudieran pensar los estirados invitados de la alta sociedad argentina sobre la extravagante prometida de Tristan Falco. Se iba a casar con él, y eso era todo lo que importaba.

Tristan no esperaba que Alain se arrancara con un discurso. Pero allí estaba, entre las enormes mesas del castillo, contando una historia bastante escandalosa con su habitual buen humor, en honor a los recién casados.

Cuando acabó de hablar, Tristan se inclinó sobre su esposa y la besó de nuevo, entre los aplausos de los presentes. A decir verdad, ardía en deseos de tomarla entre sus brazos y llevársela de allí. Verla avanzar por el pasillo central había sido algo verdaderamente abrumador, aunque no tanto como ponerle la alianza en el dedo tras cuatro largos años de espera.

Mucho después, cuando ya estaban bailando un tango, Tristan notó que Nina lo miraba de forma maliciosa y preguntó:

–¿En qué demonios estás pensando?

–En que tú no eres el único que esconde sorpresas bajo la manga.

Entonces, y para asombro de Tristan, Nina se quitó la falda del vestido de novia y reveló lo que llevaba debajo, una faldita enormemente más corta y provocativa. Luego, arqueó una ceja y empezó a bailar como una verdadera profesional, porque al parecer había estado recibiendo clases de baile sin que él lo supiera.

Al final de la noche, después de que los invitados se hubieran marchado, Tristan y Nina salieron al patio del castillo y se quedaron mirando las estrellas.

–Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? –preguntó ella, apretándose contra su pecho–. He ganado un campeonato y tú has asaltado el mundo de la moda con tu empresa, sin mencionar el hecho de que ya me has conseguido echar el guante.

–Sí, eso es verdad.

–Bueno, técnicamente soy yo quien ha domado al mujeriego más indomable del mundo. Pero, en cualquier caso, las cosas se volverán aburridas si no buscamos otro desafío.

–Querida, tú no me podrías aburrir ni aunque lo intentaras.

–Tristan, te estoy intentando decir que ya estoy preparada.

Él tardó un momento en comprender lo que sucedía.

–¿Que estás preparada? ¿Para dar el siguiente paso?

–He decidido tomarme un año sabático para concentrarme en la academia de chicas. Y como no voy a estar pilotando… creo que sería un buen momento para fundar una familia. De hecho, estoy impaciente por tener hijos, Tristan Falco.

–Oh, por Dios. Si sigues diciendo ese tipo de cosas, me va a dar un infarto. Y solo llevamos casados unas cuantas horas.

–Qué dramático eres –ironizó ella–. Pero tengo condiciones, claro.

–Tendría que haber imaginado que intentarías negociar. ¿Y qué condiciones son esas?

–Que practiquemos mucho antes de que me quede embarazada, porque necesito saber si estás a la altura.

–Bueno, no te preocupes por eso. Te aseguro que lo estoy. Pero, ya que insistes, te propongo que empecemos ahora mismo, en este preciso instante.

Ella rompió a reír, y Tristan la llevó al dormitorio y la hizo girar varias veces antes de tumbarla en la cama y cumplir su amenaza, demostrando una vez más que él era la mayor aventura en la que ella se había embarcado jamás.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

